ANDREA MILANO

MI PEQUEÑA MARIPOSA

UN SECRETO ARDIENTE ENTRE
BUENOS AIRES Y PARÍS (1923-1956)



ANDREA MILANO

Mi pequeña mariposa

Un secreto ardiente entre Buenos Aires y París (1923-1956)

Para ustedes, queridos lectores, que recibieron esta saga con los brazos abiertos y acompañaron a los hermanos Navarro Soler en cada una de sus historias. Espero que se hayan ganado un rinconcito en sus corazones y que la despedida no sea algo definitivo. Si echan de menos a esta entrañable familia, solo tienen que abrir un libro para volver a encontrarse con ellos.

Permanecer callado e indiferente es el mayor pecado de todos.

ELIE WIESEL

LA MADRE

Irene Sandoval contempló la fotografía familiar con lágrimas en los ojos. Acarició suavemente el rostro sonriente del pequeño Pedro. Recordó lo difícil que fue lograr que se quedara quieto. La única manera de que obedeciera había sido bajo la promesa de que más tarde, ese mismo día, recibiría de regalo una locomotora nueva para su tren eléctrico. Luego deslizó su mano hasta detenerse en Santiago. Su penetrante mirada revelaba a un niño inteligente, pero sumamente sensible. Él era siempre quien mediaba cada vez que sus hermanos se enfrascaban en alguna pelea. Miró a Francisco, el más díscolo de sus hijos. Era sagaz e impertinente; aun así, nadie se atrevía a dudar de su bondad. Dejó escapar un suspiro cuando posó sus ojos claros en Rosario, su hija mayor, la única niña de la familia y la criatura más adorable del mundo. Amaba a los cuatro por igual, pero sentía por ella una devoción especial que en ocasiones le costaba mucho disimular. Todo lo que había hecho en el pasado fue para protegerla, y vivía con el miedo constante de que la verdad saliera a la luz. Si ese día llegaba, el mundo que rodeaba a los Navarro Soler se derrumbaría con la velocidad de un castillo de naipes. La verdad que cargaba en su conciencia destruiría para siempre a su familia. Por eso, y porque cada vez le dolía más seguir respirando, había tomado una decisión. La más dura de su vida. Besó la fotografía de sus hijos y la regresó a su sitio, encima de la

chimenea. Se acercó a la ventana y de su garganta brotó un gemido lastimero.

La primavera ya comenzaba a despedirse de Buenos Aires y los días lluviosos de aquella última semana del mes de noviembre presagiaban un verano más cálido de lo habitual.

Rosario se encontraba en el jardín, jugando con Pedrito y uno de los cachorros que habían traído de la estancia para deleite de los niños. Su hija la vio asomada a la ventana y agitó su mano para saludarla.

Irene le devolvió el saludo con una sonrisa. En silencio, le pidió perdón a ella y a sus hermanos por lo que iba a suceder. Esperaba que algún día pudieran perdonarla.



ANTES DE PARÍS

LA HERMANA MAYOR

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1923

El cielo de Buenos Aires, teñido de gris oscuro, parecía acompañar el luto de la familia Navarro Soler. Incluso la tenue llovizna que los había sorprendido en pleno entierro se coló entre las lágrimas que derramaban los deudos de quien en vida fuera doña Irene Sandoval. La repentina y trágica muerte de una mujer todavía joven despertaba no solo compasión por aquellos que la lloraban, sino también toda clase de comentarios acerca de por qué había tomado la drástica decisión de quitarse la vida. A pesar de que don Álvaro había tratado de evitar que los rumores maliciosos sobre su esposa se esparcieran como reguero de pólvora, en una sociedad siempre ávida de noticias y chismes era imposible mantener la verdad escondida durante mucho tiempo.

Aunque contaba con la complicidad del médico de la familia para que no llegara a los oídos de la gente que Irene se había suicidado, rápidamente las circunstancias que rodeaban su muerte fueron de público conocimiento gracias a una de las mucamas, quien, impactada por lo sucedido, había hablado de más delante de las personas equivocadas. Por supuesto, apenas conoció la identidad de la mujer, el propio don Álvaro se encargó de despedirla. Ahora que Irene los había abandonado, su prioridad era proteger a sus hijos de

cualquier comentario malintencionado. Ya estaban sufriendo demasiado con la pérdida de su madre como para tener que soportar que hablaran de ella, tejiendo conjeturas sobre el motivo que la había empujado a tomar aquella drástica decisión. Si él, un hombre hecho y derecho, no entendía qué se ocultaba detrás de la muerte de Irene, no quería siquiera imaginar el daño que le causaría a sus cuatro hijos oír mentiras o medias verdades sobre su adorada madre. La larga y triste despedida había causado estragos en los Navarro Soler, y tras regresar del cementerio, cada uno de los miembros de la familia había procurado un poco de soledad para calmar tanto dolor.

Don Álvaro buscó refugio en su despacho. La botella de brandy se convirtió en su única compañía. Se bebió el último sorbo más por inercia que por gusto, y el silencio que lo rodeaba lo empujó a perderse en pensamientos oscuros. Ensimismado, no escuchó que la puerta del despacho se abría.

—Papá… ¿puedo entrar?

La suave voz de Rosario le devolvió un poco de calma.

—Claro que sí, hija. —Rodeó el escritorio y le indicó que se sentara frente a él—. ¿Dónde están tus hermanos?

Rosario dejó escapar un resuello. En su mano estrujaba un pañuelo de seda que había bordado su madre. Tenía los ojos hinchados y le temblaban los labios.

—Pedrito se quedó dormido apenas apoyó la cabeza en la almohada, Santiago está encerrado en su habitación y Fran salió al jardín. Hace un rato lo vi junto a los jazmines que plantó mamá.

Don Álvaro asintió. Su niña estaba convirtiéndose en una mujercita e intuía que la inesperada muerte de Irene la haría crecer

de golpe. Todavía no había cumplido los quince años y ya se ocupaba de sus hermanos menores con la dedicación de una madre. Sabía que no necesitaba pedírselo; aun así, decidió hablar con ella del futuro que les aguardaba.

—Rosario, no será sencillo nuestra vida a partir de ahora —comenzó a decir, tratando de no sonar demasiado acongojado. Le tocaba mostrarse fuerte, al menos delante de sus hijos—. Sos una jovencita muy valiente, que siempre ha velado por el bienestar de sus hermanos pequeños. Pedrito te ve como a una madre; prácticamente lo criaste junto con Irene. Santiago es el primero que sale en tu defensa si alguien se atreve a molestarte y Francisco… ¡qué decir de mi hijo más revoltoso! Aunque le resulte placentero hacerte renegar, te admira mucho. Los tres te adoran y estoy seguro de que, en estos momentos tan adversos, van a encontrar consuelo a tu lado. Sos un puerto seguro en donde anclar nuestra tristeza, querida hija. Nada ni nadie llenará el enorme vacío que dejó tu madre; sin embargo, me tranquiliza tenerte.

Rosario guardó silencio. Las responsabilidades que le correspondían al ser la hermana mayor nunca la habían amedrentado. No obstante, sentía que la pérdida que acababan de sufrir marcaría sus vidas para siempre. Su mayor preocupación era Francisco. El niño, rebelde de por sí, había tenido la desgracia de encontrar el cuerpo de su madre desangrándose en la bañera. Ella estaba en el desván pintando cuando oyó el grito de horror que profirió su hermano ante aquella terrible escena. Sabía que jamás podría olvidarse de lo que había visto. Gracias a la oportuna intervención de su padre, que impidió que alguien más entrara en la

habitación, ni ella ni Santiago se quedarían con esa espantosa imagen guardada en la memoria.

—Estás pensando en Francisco, ¿verdad? —manifestó don Álvaro, consciente de que el mayor de sus hijos varones sería el más afectado por la tragedia.

Rosario asintió sin pronunciar palabra. Tenía un nudo en la garganta.

—Alguien me sugirió que lo viera un doctor, pero no creo que las palabras de un extraño lo ayuden demasiado. Lo que él necesita es el amor y la contención de su familia… confío en que sea suficiente para que salga adelante. —Hizo una pausa en su discurso, esperando que Rosario dijera algo. Ante su prolongado silencio, optó por continuar—. Por lo pronto, decidí que lo mejor es que no vaya a la escuela, al menos durante unos días. Santiago y vos deberían hacer lo mismo. Nadie se sorprenderá de que prefiramos pasar tiempo en casa. Yo hablaré con Mario Sanabria para que me cubra en la empresa. Me gustaría conocer tu opinión, hija.

La joven suspiró. Nunca le había costado poner en palabras lo que pensaba… hasta ese momento. Ella no estaba tan segura de que la terrible experiencia por la que había atravesado su hermano desapareciera sin la ayuda adecuada. No sabía si un médico era la solución, pero quizá hablar con alguien ajeno a la familia podría brindarle a Francisco el sosiego que ahora no encontraba.

—Papá, el dolor por la muerte de nuestra madre nos ha golpeado profundamente y Fran es un niño que ahora está demasiado asustado. —Hizo un gesto con la mano, señalando la ventana que daba al jardín—. No ha querido entrar en la casa desde que regresamos del cementerio. Los jazmines que con tanto esmero

cuidaba mamá parecen ser su único consuelo. Si le parece bien, me gustaría llevarlo mañana a la iglesia. La palabra de un sacerdote no puede hacerle ningún daño.

Don Álvaro tardó en responder. No fue porque la sugerencia de Rosario le hubiera parecido absurda; su falta de reacción se debía a que, una vez más, su hija mayor lo sorprendía por su madurez.

—Es una buena idea, Rosario. El padre Olegario ha sido nuestro confesor durante mucho tiempo y sabrá cómo lidiar con el alma atormentada de tu hermano.

Rosario asintió. No iba a ser fácil convencer a Francisco de que la acompañara a la parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes. Tendría que usar su poder de persuasión y, si eso no funcionaba, estaba dispuesta a llevarlo engañado. Se puso de pie y el pañuelo bordado de su madre cayó al suelo. Se agachó para recogerlo y entonces todas las lágrimas que había estado guardando en su garganta brotaron en un llanto desconsolado.

Don Álvaro rodeó de prisa el escritorio y la ayudó a incorporarse. Rosario se arrojó a los brazos de su padre y escondió el rostro contra su pecho.

—No hay necesidad de ocultarse para llorar, querida —la reconfortó, embargado por la misma tristeza. Le acarició la espalda y esperó a que se calmara antes de apartarla un poco para mirarla a los ojos—. Sé que es difícil entender lo que pasó, Rosario. Yo jamás sospeché nada. Tu madre era una mujer demasiado sensible. Algo muy grave debió estar atormentándola para tomar la decisión de no querer seguir viviendo. Aunque nos cueste aceptar lo que hizo, no nos toca a nosotros juzgarla, sino perdonarla.

—¿Perdonarla, papá? —replicó Rosario con la voz entrecortada.

—Sí, hija. Tal vez no ahora, porque el dolor es reciente. Confío en que el paso del tiempo nos dará la fuerza necesaria para perdonar a mi amada Irene.

Rosario guardó silencio. Tenía miedo de decir algo inapropiado. Se sentía en falta con su padre porque estaba segura de que ni ella ni sus hermanos podrían perdonar a su madre por haberlos abandonado. Le dio un beso en la mejilla a don Álvaro y salió del despacho para buscar a Francisco. Había comenzado a llover nuevamente y no quería que se mojara.

Lo encontró arrodillado junto a los jazmines, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. Se acercó despacio para no asustarlo. La tenue llovizna que caía había empapado su camisa nueva. Se inclinó a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Fran, entremos a la casa.

Él no se movió.

—Por favor, no quiero que te enfermes —le suplicó Rosario, dándole un ligero empujón.

Francisco la miró. No había lágrimas en sus ojos grises.

—Si enfermo puede que muera y entonces me iré al cielo con mamá. Porque se ha ido al cielo, ¿verdad, Rosario?

Aquellas palabras fueron un golpe directo al corazón. Rosario se sentó con él sin importarle que la hierba estuviera mojada. Cuando su hermano apoyó la cabeza en su hombro y empezó a llorar, lo abrazó y le aseguró que todo iba a estar bien. No acostumbraba a decir mentiras piadosas, pero era lo que Fran necesitaba oír.

*

Al día siguiente

El padre Olegario los recibió con los brazos abiertos y una retahíla de palabras de consuelo apenas Rosario y Francisco pisaron la nave central de la parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes. Como había previsto, convencer a su hermano no resultó nada sencillo. Tras varios intentos durante el desayuno, Rosario se vio obligada a echar mano de una de sus tantas tácticas para tratar de salirse con la suya. Le dijo que si no la acompañaba le pediría al padre Olegario que lo visitara esa misma tarde para que le confesara todos sus pecados. Ante aquella contundente amenaza, Francisco no tuvo más remedio que acceder a la petición de su hermana.

—Rosarito, Francisco, me complace mucho que hayan venido a verme. —La ausencia momentánea de feligreses y el tiempo que todavía faltaba para la próxima misa fueron la excusa perfecta para que el sacerdote los invitara con unas confituras que guardaba en la sacristía para las ocasiones especiales—. Un dulce nunca hace daño —comentó mientras buscaba la Biblia que acababa de dejar sobre el altar.

Los hermanos Navarro Soler lo siguieron en silencio. Francisco consiguió soltarse y Rosario, con un gesto severo, le advirtió que se portara bien. En la sacristía, el padre Olegario les indicó que se sentaran y se puso a preparar unos mates para acompañar las deliciosas rosquillas que le había dejado una feligresa.

—¿Cómo se encuentra don Álvaro? —preguntó, a sabiendas de que la muerte de su esposa lo había afectado más de lo que pretendía demostrar a los demás. Lo conocía demasiado bien como para entender que fingía fortaleza solo por el bienestar de sus hijos.

—Papá ha resuelto quedarse unos días en casa —respondió Rosario, mirando de reojo a su hermano. Aunque aparentaba calma, no podía fiarse de él.

—Sabia decisión, sin duda —comentó el sacerdote, llevándose una mano a la cintura mientras en su rostro se vislumbraba una mueca de dolor. Era un hombre joven todavía; sin embargo, el exceso de algunos kilos debido a su debilidad por los dulces y las harinas le jugaba en contra cuando pasaba mucho tiempo de pie. Se dejó caer pesadamente en la silla y soltó un suspiro de alivio—. Con la ayuda de nuestro Señor, vuestra familia saldrá adelante. Es importante que permanezcan juntos. La tristeza pesa menos cuando se comparte con los seres queridos.

Rosario asintió. Quiso esbozar una sonrisa y no le salió. Estaba atenta a todo lo que hacía su hermano.

El padre Olegario vertió el agua caliente en el mate y, tras un movimiento vacilante, se lo ofreció a Francisco.

—Tengo que ir al baño. Me estoy meando —soltó el niño, rechazando abiertamente la infusión que acababa de preparar su anfitrión.

Rosario se puso nerviosa. No sabía si Francisco de verdad necesitaba orinar o solo estaba tramando su huida. Le lanzó una mirada reprobatoria.

El sacerdote se tomó el mate y no dijo nada.

—Fran, ¿no podés esperar? —Rosario trataba de descubrir si le estaba mintiendo.

Él negó con la cabeza.

—Hija, no pequemos de soberbios. —Le sonrió a Francisco—. El baño se encuentra al final del pasillo. Cuando regreses, después de

haberte lavado bien las manos, vas a probar una rosquilla. ¿Trato hecho?

Rosario le dio un ligero pisotón a su hermano por haber dejado al sacerdote con la palabra en la boca.

—Como usted diga, padre —respondió Francisco al fin y entonces una expresión de gran alivio enmarcó el rostro de Rosario.

—No es necesario que vayas con él —intervino el padre Olegario al darse cuenta de cuál era la intención de la joven—. Es imposible que se pierda. Mientras lo esperamos, te cebaré un par de mates.

Ella no encontró argumento valedero para levantarse y acompañar a su hermano. Decidió confiar en él; después de todo, el baño estaba a tan solo unos cuantos metros de distancia. Cuando Fran abandonó la sacristía, no pudo evitar que un sentimiento de inquietud la embargara. Tomó el primer mate, demasiado dulce para su gusto y mordisqueó una de las rosquillas ante la insistencia del sacerdote en que eran un "manjar de los ángeles".

Los minutos se hicieron eternos. Al menos eso es lo que pensaba Rosario al ver que Francisco no volvía. Había dejado la puerta abierta y el silencio al otro lado era aplastante. Impaciente y preocupada, se puso de pie para dirigirse a la salida. El padre Olegario fue tras ella. El pasillo estaba vacío y cuando Rosario entró al baño sin llamar, no había nadie en su interior.

—¡No está, padre! ¡Francisco se ha ido!

—Tranquilízate, hija. No hay por qué alarmarse. —Los intentos del cura por calmarla fueron inútiles. Rosario estaba desesperada. Corrió por el atrio, mezclándose con los feligreses que llegaban para asistir a la misa de once. Recorrió todos los rincones de la iglesia, con la

esperanza de encontrarlo. No había señales de Francisco por ningún lado.

De repente, uno de los niños que oficiaba de monaguillo entró corriendo y empezó a vociferar, asustado, que alguien quería tirarse desde lo alto del campanario. El corazón de Rosario se desbordó. Buscó al padre Olegario y como pudo, porque los nervios apenas le permitían hilar una oración, le preguntó cómo llegar hasta el lugar. El sacerdote decidió acompañarla. No solía subir a menudo por causa de sus articulaciones adoloridas y le costó seguirle el paso a la atribulada adolescente.

La imagen de Francisco encaramado sobre la ventana del campanario, con ambas manos aferradas a la pared, paralizó a Rosario. Le faltaba el aliento, y cuando quiso gritar el nombre de su hermano para impedir que cometiera una locura, sintió que se le cerraba la garganta. La enorme campana se interponía entre ellos. No había mucho lugar para moverse, sobre todo para alguien de su tamaño. Nunca le había importado ser más alta que las demás jovencitas de su edad… hasta ese momento. Al lograr pronunciar por fin el nombre de Francisco lo hizo con temor. Cualquier paso en falso podría desatar una tragedia.

El pequeño hizo caso omiso al débil llamado de su hermana mayor. No apartaba la mirada del vacío que lo aguardaba bajo los pies. El grito de alerta dado por el monaguillo había atraído la atención no solo de los feligreses habituales de Nuestra Señora de las Mercedes. Los peatones que transitaban esa nublada mañana de noviembre por la calle Echeverría detuvieron su andar para presenciar la dramática escena que protagonizaba aquel niño de diez años desde lo alto del campanario.

Rosario se dio cuenta en ese instante de que el padre Olegario estaba parado junto a la puerta, recuperándose del trajín de subir las escaleras.

—Hija, ten cuidado —le suplicó, con el poco aliento que le restaba.

Ella asintió. Comprendió que a pesar de que el sacerdote la había acompañado hasta allí, era su responsabilidad controlar la situación. Aunque estaba aterrada, lo primero era conservar la calma. Necesitaba persuadir a Francisco de que se bajara de aquella ventana. Logró sortear con cierta dificultad el estrecho espacio entre la campana y una de las gruesas vigas de madera que sostenían el tejado. Llegó tan cerca que si estiraba el brazo podía tocar a su hermano. Decidió no hacerlo por temor a que reaccionara mal.

—Fran… ¿qué estás haciendo? —preguntó. Percibió cuánto le temblaba la voz. Tenía que demostrar aplomo y se moría de miedo.

Él no le contestó. Su respuesta fue moverse con temeridad hacia un lado para tratar de impedir que Rosario lo alcanzara.

—No podés saltar, Fran. Mi corazón ya está desgarrado por la muerte de mamá. Si te pierdo a vos también, no voy a resistirlo. —Cerró la mano en un puño apretado mientras hacía un gran esfuerzo para no llorar—. Sé lo mucho que te duele su partida. Todos estamos sufriendo…

Francisco volteó la cabeza. Tenía los ojos vidriosos y una expresión iracunda en el rostro.

—Lo que vi esa tarde nunca me lo voy a quitar de la mente, Rosario. La imagen de mamá desangrándose, sin vida, me persigue en todo momento… Necesito saber por qué lo hizo. Morir es la única manera que tengo de volver a verla.

—¡No digas eso, te lo ruego! ¡Papá te necesita… nosotros también! —Decidió aproximarse sin pensar en las consecuencias. Cuando sujetó a su hermano de la muñeca, lo hizo con todas sus fuerzas—. ¡Si caés al vacío, me llevarás con vos! —le advirtió, enfadada.

Francisco tironeó de ella para intentar zafarse. En ese intercambio de voluntades, una de las piernas del niño terminó deslizándose peligrosamente fuera de la angosta cornisa que bordeaba la ventana del campanario. Rosario, presa del pánico, se abalanzó encima de su hermano y de un empujón consiguió que se bajara. Durante unos cuantos segundos en los que solo eran capaces de oír el acelerado latir de sus corazones, se miraron sin decir nada. Entonces Francisco, quizá consciente por primera vez de lo que había estado a punto de hacer, se arrojó sobre su hermana y rodeó su cintura con los brazos.

Rosario, todavía conmocionada por aquella terrible situación, lo estrujó contra su pecho mientras se desarmaba en un llanto desgarrador.

—¡Perdoname, Rosario! ¡No quise asustarte! —se disculpó Francisco en medio de profundos hipidos. También estaba llorando.

Ella mantuvo el abrazo un largo rato antes de soltarlo. Tomó su rostro entre las manos y lo miró.

—Te prometo que todo lo malo pasará. Viviremos momentos tan lindos que esas horribles imágenes que no te dejan en paz desaparecerán para siempre. Debemos quedarnos con la sonrisa dulce de mamá o recordar su voz cantarina para borrar tanto dolor.

Fran asintió.

—¿Te puedo pedir un favor?

Rosario le acarició la mejilla empapada de lágrimas.

—El que quieras.

—No le contemos a papá lo que pasó, al menos no ahora. No quiero que se preocupe por mí.

—No diré nada solo si me asegurás que nunca más vas a intentar algo semejante —exigió ella.

La tardanza en darle una respuesta preocupó a Rosario.

—Está bien, te lo prometo —dijo al fin, antes de arrojarse nuevamente en los brazos de su hermana mayor.

Rosario, entre el miedo de perderlo y la angustia de no saber cómo ayudarlo, eligió creerle.



ALMA REBELDE

San Isidro, provincia de Buenos Aires, 1928

La mujer avanzó por el pasillo de la Catedral de San Isidro con tanto ímpetu que la niña que llevaba aferrada a su mano izquierda se movía con la torpeza de una muñeca de trapo. Caminaba altiva, sin importarle que el vestido de seda color marfil, siguiendo el intempestivo compás de sus movimientos, se deslizara hacia arriba casi con descaro, dejando al descubierto sus pálidas rodillas.

La pequeña, de rizada cabellera rojiza, trató de soltarse al adivinar cuáles eran las intenciones de su madre. Fue en vano. Los dedos que la sujetaban tenían la fuerza de una garra. Cuando vio la puerta de la sacristía entreabierta, sus pies se frenaron en seco.

—¡No voy a tolerar uno de tus berrinches! —la increpó la mujer, tironeándola del brazo para obligarla a caminar.

—¡No quiero! ¡Dejame ir! —Los gritos de la niña retumbaron en la iglesia vacía. Nadie apareció para ayudarla.

—¡El padre Joaquín nos espera! ¡No me hagas pasar vergüenza!

La mención de aquel nombre provocó que la pequeña negara con la cabeza.

—¡Vamos a casa, mamá! ¡Por favor! —suplicó, con los ojos aguados.

La mujer entonces la miró, furiosa.

—¡Estoy cansada de tu rebeldía, Ana Victoria! —Cuando estaba enojada la llamaba por su nombre completo—. ¡Un buen sermón del padre Joaquín conseguirá meterte en cintura! —Arrastró a su hija hasta la sacristía, haciendo oídos sordos a sus ruegos.

La puerta crujió al abrirse por completo. Era un ruido que por las noches se colaba en los sueños de la niña. Un sacerdote joven, de espesa melena castaña y profundos ojos negros, les dio la bienvenida con una sonrisa.

—Las estaba esperando —indicó, haciendo un ademán con el brazo para que entraran.

La madre empujó a su hija hacia adelante mientras fingía una calma que no sentía. Lo que menos deseaba era volver a pasar vergüenza por culpa de los caprichos de una niña malcriada. El padre Joaquín era amigo de la infancia de su esposo, y aunque le costara admitirlo, siempre le había parecido demasiado atractivo para dedicar su vida al sacerdocio. La sacristía, iluminada por el sol de aquella tarde de verano, estaba sumida en un silencio sepulcral y envuelta por el penetrante olor de unas pocas velas encendidas al pie de la Virgen María.

Los asustadizos ojos azules de la pequeña recorrieron el lugar y se clavaron en la imagen religiosa que parecía contemplarla con indulgencia. Soltó la mano de su madre para cruzarse de brazos. Aquel inocente movimiento de cubrirse el pecho cada vez que visitaban al padre Joaquín no llamó la atención de su madre.

—¿Cómo se ha portado la niña? —preguntó el sacerdote sin perder la sonrisa.

Ernestina Burgos de Von Keller soltó un resuello mientras se quitaba el sombrero. Tomó asiento y miró a su hija de siete años por

encima del hombro.

—No quería venir a la iglesia, padre —se quejó, sacudiendo levemente la cabeza—. Espero no ser inoportuna, pero quería pedirle que hablara con ella. Ha estado más rebelde que de costumbre, y en casa, gracias a la intervención de mi suegra que no hace más que defenderla, siempre se sale con la suya. Su última travesura dejó un costoso jarrón de porcelana hecho añicos…

—¡Eso fue un accidente! —se defendió la pequeña, elevando el tono de su voz.

—¡Estabas correteando por el pasillo como una posesa! —replicó su madre.

El padre Joaquín decidió intervenir.

—No tiene caso lamentarse por lo que ya está roto, ¿no cree, Ernestina?

La mujer esbozó una sonrisa. Si bien era verdad que de nada servía seguir quejándose por haber perdido una pieza tan valiosa, lo que más la irritaba era el comportamiento de Anita. ¡Ni siquiera su hermano Lisandro, cinco años mayor que ella, le había ocasionado semejantes quebraderos de cabeza!

—Le juro que a veces no sé qué hacer con ella, padre —reconoció Ernestina, frustrada por no ser capaz de lidiar con la rebeldía de su hija.

El sacerdote asintió y posó sus ojos oscuros en la pequeña Anita. Durante unos cuantos segundos no dijo absolutamente nada, solo se limitó a observarla en silencio. Ansiosa, Ernestina comenzó a tamborilear los dedos sobre el escritorio.

—¿Podría dejarnos a solas?

La petición del padre Joaquín sonó a gloria para aquella atribulada madre que buscaba con desesperación encarrilar a su hija por el camino de la obediencia. Se puso de pie y caminó hacia la puerta. Cuando la niña la siguió, con el propósito de irse con ella, la detuvo en seco.

—El padre Joaquín hablará contigo —la obligó a darse media vuelta—. Yo estaré esperándote afuera.

—¡Mamá… por favor! —suplicó su hija, al borde de las lágrimas.

Ernestina Burgos de Von Keller abandonó la sacristía, desoyendo los ruegos de la niña. Cerró la puerta tras de sí y esperó un momento antes de alejarse en dirección al atrio central.

*

Anita se quedó de pie junto a la puerta que acababa de cerrar su madre. Le temblaban los labios y estaba a punto de llorar. El padre Joaquín rodeó el escritorio y se acercó a la pequeña con sigilo. Asustarla no entraba en sus planes. Apartó una silla para poder sentarse justo frente a ella y respiró hondo.

—No hay razón alguna para tener miedo, Anita —dijo con voz calmada—. Somos amigos, ¿verdad? Tu padre y yo nos conocemos desde pequeños. Eso nos hace cercanos.

La niña no respondió. Cuando el cura tomó su pequeña mano entre las suyas y la apretó ligeramente, no fue capaz de rechazarlo. Estaba paralizada. Pudo sentir cómo acariciaba su cabello mientras no dejaba de mirarla a los ojos.

—Sé que sos una niña muy buena, Anita. Es normal que cometas travesuras a tu edad. —La atrajo hacia él hasta lograr que se

apoyara sobre su regazo—. Tu madre se preocupa demasiado, pero lo hace porque te quiere. Todos los que te queremos pensamos solamente en tu bienestar.

El cuerpo entero de Anita temblaba. Le dolía la garganta por no poder llorar. Sabía lo mucho que le molestaba al padre Joaquín ver sus mejillas cubiertas de lágrimas.

El cura le cubrió la boca con la mano, advirtiéndole con aquel gesto dominante que guardara silencio. Paralizada por el miedo, la pequeña cerró los ojos. En cuestión de segundos, la otra mano del padre Joaquín terminó debajo de la falda de su vestido.

—Sos muy hermosa, Anita —le susurró el sacerdote al oído—. El diablo ha poseído tu cuerpo para tentarme. A mí, que no soy más que un humilde siervo de Dios. Basta con mirar tu cabello del color del fuego para caer en las garras de Satán…

La única persona que podía rescatarla de aquella pesadilla estaba a tan solo unos metros de distancia, al otro lado de la puerta. Aun así, Anita no gritó. Su pedido de ayuda se quedó ahogado en lo más profundo de su garganta.

El tiempo pareció detenerse a su alrededor y los minutos se convirtieron en una angustiante eternidad. Entonces el teléfono de la sacristía sonó y la niña volvió a respirar con normalidad.

El padre Joaquín masculló una blasfemia ante aquella inoportuna interrupción y se alejó de ella por fin. Anita, todavía aterrada por lo que acababa de suceder, apenas tuvo las fuerzas necesarias para sujetar el pomo de la puerta. A pesar de que no estaba cerrada con llave, le costó abrirla. Cuando al fin lo logró, salió corriendo con desesperación. Pasó por al lado de su madre sin percatarse de su presencia. Tampoco la escuchó llamarla por su nombre. Ernestina,

contrariada, la siguió apretando el paso. Justo antes de llegar a la vereda, la tomó del brazo y la obligó a detenerse. Lo que vio en los ojos de su hija le provocó un vuelco en el pecho. Sin embargo, en vez de preguntarle qué le pasaba, la regañó por correr en la catedral.

Se marcharon de prisa para evitar miradas curiosas y se subieron al automóvil que las estaba aguardando al otro lado de la calle. Ernestina le indicó al chofer que las llevara de regreso a la casa y luego guardó silencio. Su hija se había acurrucado en un rincón. Tenía ambas manos metidas entre los muslos y se rehusaba a mirarla.

Ernestina estaba a punto de decirle algo cuando se percató de un olor desagradable. Al bajar la vista, descubrió una enorme mancha de orina en el vestido de su hija.

—¡Ana Victoria! ¿Cómo has podido hacer algo semejante? —le recriminó, al borde de la histeria. Se despojó del chal que llevaba y cubrió a su hija para no tener que ver aquel desastre durante el resto del viaje.

Las quejas de su madre no eran más que un eco lejano retumbando en los oídos de la niña. En su cabeza solo resonaba la voz del padre Joaquín acusándola de ser la única culpable de todo lo que sucedía entre las cuatro paredes de la sacristía. Según sus punzantes palabras, ella llevaba el demonio en el cuerpo. Sintió tanta rabia que comenzó a arañarse los brazos.

—¡Hija, por Dios! ¡Te has vuelto loca! —Ernestina la sujetó con fuerza para evitar que siguiera lastimándose.

Cuando ya no pudo atentar contra su propia humanidad, Anita se puso a gritar. Su madre no sabía qué hacer. Le pidió al chofer que se

detuviera un momento y abandonara el vehículo. El hombre, perturbado por lo que acababa de presenciar, obedeció de inmediato.

Ernestina obligó a su hija a callarse y la sostuvo de las muñecas. Tenía varios rasguños; incluso algunos estaban sangrando.

—¿Qué es lo que te pasa? ¡Siempre has sido una niña difícil, pero últimamente te comportas como una chiquilla rebelde y caprichosa! —la regañó, aliviada de que al menos su hija ya no gritara.

—¡Quiero ir a casa con la abuela! —farfulló Anita, desviando la mirada. Se tranquilizó porque sabía que era la única manera de que su madre la dejara en paz. No podía contarle lo que provocaba aquellos repentinos ataques porque diría que todo era mentira. El padre Joaquín le había advertido que, si abría la boca, se encargaría de hacerla quedar como una embustera. Y ella, que desconocía el significado de aquella palabra, sospechaba que no podía ser nada bueno.

Ernestina le dijo que hasta que no se calmara no pensaba llamar al chofer. Sabía de sobra su afición a esparcir rumores, y su hija siempre, de una manera u otra, terminaba convirtiéndose en la comidilla de los criados. Cuando se cercioró de que Anita no volvería a protagonizar un nuevo berrinche, le hizo señas al hombre de que regresara al automóvil. El viaje de regreso a la mansión familiar transcurrió en absoluto silencio y apenas el Chevrolet Doble Phaeton color borravino cruzó el portón de entrada, la niña se aprestó para bajar. Abrió la puerta y corrió a la casa, llamando a viva voz a su abuela. Encontró a la anciana en el salón, entretenida en el armado de un rompecabezas. Era uno de sus pasatiempos favoritos. Siempre decía que no había nada más sano para la mente humana que un

acertijo por resolver. Se acercó a ella por detrás, y estaba tan concentrada en la búsqueda de la pieza que encajase en su *puzzle* que la anciana dio un grito de asombro al sentir los brazos de su nieta alrededor de los hombros.

—¡*Cherie*, qué sorpresa! —exclamó, jocosa. Aunque llevaba casi medio siglo viviendo en la Argentina, doña Agnes tenía un fuerte acento francés y adoraba dirigirse a la niña con aquel cariñoso apelativo. Se asustó al descubrir que los brazos de su nieta sangraban—. ¿Quién te ha hecho esto? ¿Has vuelto a pelear con tu madre?

Anita no supo qué decir y se mordió el labio. Su abuela interpretó que la causante de aquellos rasguños había sido Ernestina y la niña tenía miedo de acusarla. Hizo sonar la campanilla para que viniera una de las criadas y le ordenó que trajera alcohol y unas vendas limpias. Con cuidado y paciencia, curó las heridas de su nieta mientras su cabeza se llenaba de los peores insultos que pensaba soltarle a su nuera apenas la tuviera frente a ella. Anita, a modo de agradecimiento, le dio un beso en la mejilla y se acomodó a su lado para ver más de cerca la imagen que iba revelando el nuevo rompecabezas en el cual estaba ocupada su abuela. No quería responder preguntas incómodas; tampoco le importaba que todos creyeran lo que no era. Justo en ese momento escucharon que Ernestina azotaba una de las puertas que llevaba al patio. Sus enérgicos pasos en la galería retumbaron en todo el salón. Anita volteó la cabeza, inquieta. Cuando vio que su madre pasaba de largo, suspiró aliviada.

—Ese suspiro confirma mis sospechas —manifestó doña Agnes. La sonrisa en su rostro dio paso a una expresión preocupada—. A

veces, tu madre es un poco… impetuosa. ¿Cuál fue el origen del disgusto en esta ocasión? ¿Por qué llegó tan lejos?

La niña volvió a mirar hacia la puerta antes de contestar.

—No me gusta ir a la iglesia, *grand-mère*. —Aquel vocablo galo que significaba "abuelita" lo usaba cada vez que buscaba un refugio donde escapar de los gritos de su madre. No conocía muchas palabras en ese idioma, tan solo las que intercambiaba con ella. Planeaba aprender más pronto, y esperaba que nadie se lo impidiera.

La anciana estaba intrigada. Aunque sabía que su nieta era más traviesa que cualquier otra niña de su misma edad, eso no justificaba que se resistiera a la hora de visitar la casa del Señor. Recordaba que unos años atrás, cuando solía llevarla a la misa de gallo, volvía contenta. ¿Qué había cambiado desde entonces para que ahora renegara de acompañar a su nuera a la iglesia?

—Sabes que puedes contarme lo que sea, *cherie*. ¿Acaso el padre Joaquín también ha sido severo contigo? Si quieres, puedo hablar con él…

Anita negó con la cabeza. Aunque su abuela era, quizá, el único miembro de su familia en el cual podía confiar, debía quedarse callada. El miedo de que esa terrible verdad que se ocultaba entre las cuatro paredes de la sacristía la convirtieran en una mentirosa, pesó más que cualquier necesidad de pedir ayuda. No dijo nada y apoyó la cabeza en el regazo de su abuela. La anciana esperó en vano una respuesta que no llegó. Acarició el cabello de su nieta con ternura mientras le cantaba en francés.

Esa noche, en la soledad de su habitación, Anita tomó uno de sus cuadernos escolares y en la última página escribió:

Soy Anita von Keller, un alma rebelde con cuerpo de demonio.



LA MEJOR DECISIÓN

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1935

Rosario se encontraba pintando en la buhardilla cuando escuchó los gritos. ¡Otra vez Francisco y Santiago se habían enfrascado en una discusión! Bufó de fastidio y arrojó el pincel en la pequeña mesa donde almacenaba sus utensilios de arte. Su padre había regresado temprano de la oficina por culpa de una de sus molestas jaquecas y no tardaría en despertarse al oír semejante escándalo. Decidió bajar y enfrentarse a sus hermanos para que dejaran de pelear. Antes de dirigirse al salón, pasó a ver a don Álvaro. Descubrió que su padre tenía toda la intención de interrumpir su siesta.

—¿Qué está pasando? —preguntó el patriarca de los Navarro Soler, algo somnoliento todavía, rascándose la cabeza.

—Los muchachos, peleando otra vez. Por fortuna, Pedrito no ha vuelto del colegio todavía —comentó Rosario, aliviada. El benjamín de la familia odiaba cada vez que sus hermanos mayores reñían por cualquier motivo—. Iré a ver si puedo apaciguar los ánimos. No es necesario que vaya usted, padre. Mejor descanse.

Don Álvaro asintió, pero apenas su hija cerró la puerta de la habitación, dejó la cama, dispuesto a intervenir en el altercado para evitar que pasara a mayores.

Rosario bajó de prisa las escaleras. Se quedó petrificada al ver que Pedro entraba a la mansión. Había vuelto del colegio un poco más temprano de lo habitual. Le hizo señas de que guardara silencio. Él comprendió de inmediato lo que estaba pasando, y juntos se dirigieron al despacho. La voz de Gardel, desde el gramófono, apenas se escuchaba por debajo de los gritos de sus hermanos. Atravesaron el pasillo con sigilo, y entonces Santiago mencionó una pistola. Rosario sabía que su padre guardaba un arma en uno de los cajones del escritorio, bajo llave. Aterrada de que Francisco estuviera a punto de cometer una locura, aceleró el paso y entró sin siquiera llamar. Pedro la siguió de cerca.

El despacho estaba en penumbras y ella se encargó de abrir las cortinas. Cuando el lugar se iluminó, descubrió que Francisco blandía la pistola de su padre a escasos centímetros de su cabeza. Se aferró al brazo de Pedro porque sintió que le fallaban las piernas. Le vino a la mente aquella vez en la que descubrió a Francisco a punto de saltar del campanario de la iglesia. ¿En dónde quedaba la promesa que le había hecho entonces?

Pedro trató de intervenir, pero su hermano mayor solo se burló de él. Rosario percibió el gesto que le hizo Santiago y le habló para persuadirlo de su cometido.

—Si bajás el arma, podemos hablar…

—¡No quiero hablar! —replicó Francisco, volteándose hacia ella.

Santiago se aprovechó de aquella distracción y se arrojó encima de su hermano para quitarle la pistola. Los reflejos de Francisco, disminuidos por causa del alcohol que había estado bebiendo desde temprano, hicieron que le costara mantenerse en pie cuando quiso empujarlo. Terminaron ambos en el suelo.

Rosario no se atrevía siquiera a gritar. Sin darse cuenta del peligro al que estaba expuesta, se acercó para evitar que alguno de ellos saliera lastimado. En medio de la pelea, la pistola se disparó. El estruendo los ensordeció. Cuando Francisco y Santiago vieron a Rosario, justo frente a la trayectoria de la bala, comprendieron lo que acababa de suceder. Su hermana mayor se cubría el vientre con ambas manos mientras la tela de su vestido se manchaba de sangre.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritó Pedro, con el rostro desencajado.

Durante algunos segundos, ni Santiago ni Francisco reaccionaron. Estaban impactados. Cuando don Álvaro entró al despacho y se encontró con semejante escena, ordenó de inmediato que trasladaran a Rosario a su habitación mientras esperaban la llegada de la ambulancia. Aunque había perdido una cantidad importante de sangre, la joven se mantenía consciente.

Don Álvaro le quitó la pistola humeante a Santiago y la arrojó dentro del cajón donde siempre había estado guardada. Francisco, borracho y desesperado, salió al jardín. A pesar de que no podía asegurar quién había apretado realmente el gatillo, todo había sucedido por su causa. Santiago también cargaba con la misma culpa y apenas el despacho se quedó vacío, se arrodilló en el suelo y lloró hasta quedarse sin lágrimas.

*

Rosario abrió los ojos con cierta dificultad. Le pesaban los párpados y una luz blanquecina que pendía del techo hirió sus pupilas. Se vio obligada a volver a cerrarlos durante unos segundos antes de

intentarlo de nuevo. Al hacerlo, descubrió que había alguien sentado junto a su cama. Armando, su prometido, dormitaba en una posición bastante incómoda en una de las butacas de cuero negro que había en la habitación. Se movió con la intención de despertarlo, pero un dolor punzante en el vientre la dejó paralizada. Entonces recordó por qué estaba allí. La pelea de sus hermanos, el disparo y la intensa quemazón que sintió cuando la bala ingresó en su cuerpo. Fragmentos de lo sucedido se fueron agolpando en su cabeza con la velocidad de un carrusel. Una náusea repentina le provocó un revoltijo en el estómago. Trató de ignorar un mareo y miró debajo de la cama. Alcanzó a tomar la escupidera y vomitar en su interior. El ruido de sus arcadas despertó al hombre que la acompañaba.

—Rosario, querida, ¿querés que llame a una enfermera? —preguntó Armando Quirós, levantándose con el impulso de un resorte. Estaba pálido y ojeroso.

Ella regresó la escupidera a su sitio y lo miró.

—No es necesario… —Extendió el brazo y Armando sujetó su mano con suavidad—. ¿Hace cuánto que estás aquí? —Había perdido la noción del tiempo.

—Tu padre me avisó recién esta mañana lo que había pasado. —Ella notó cierto dejo de reproche en su voz—. Te ingresaron ayer por la tarde. ¡Tenía derecho a saberlo apenas ocurrió!

Rosario le pidió ayuda para incorporarse y le acarició la mejilla. Estaba frío.

—No fue tan grave —dijo, consciente de que solo trataba de minimizar los hechos—. Un accidente… un terrible accidente.

Armando Quirós suspiró.

—Don Álvaro podrá contar lo que quiera, y no lo culpo, pero ambos sabemos que ese balazo que recibiste, y que podría haber sido fatal, fue otra de las locuras de tu hermano Francisco.

Rosario se quedó callada. No quería entrar en su juego y admitir que tenía razón. A pesar de los dolores, esbozó una sonrisa.

—Estoy bien y es lo que importa —zanjó, con la esperanza de que Armando desistiera de aquella conversación que no llevaría a ningún lado.

—Te equivocás, querida. No planeaba decírtelo todavía porque tu padre me pidió que esperara a que volvieras a tu casa… pero el balazo que recibiste en tu vientre ha hecho mucho daño. Solo don Álvaro lo sabe. No ha tenido el valor de contárselo a tus hermanos aún.

Rosario frunció el ceño, preocupada.

—¿Qué querés decir?

Armando guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Perdiste mucha sangre; aunque eso no fue lo peor. El proyectil estalló en tu útero, causando un daño importante. El doctor Miranda dijo que es bastante improbable que puedas quedar encinta.

Ella comprendió de inmediato lo que aquello significaba. Trató de decir algo. Las palabras se negaban a salir.

—La imprudencia que cometió tu hermano quizá te quitó… nos quitó la posibilidad de convertirnos en padres —manifestó su prometido, dando por hecho que ella jamás sería capaz de llevar a término un embarazo. Había rencor en su voz. No iba a fingir que todo estaba bien cuando acababan de sentenciarlos a una vida sin hijos. Nunca le había caído bien Francisco Navarro Soler y le

molestaba que Rosario siempre saliera en su defensa, aunque no tuviera razón.

Un silencio incómodo se instaló en la habitación del hospital. El enojo de Armando y la desazón de Rosario no les permitió decirse mutuamente eso que ambos necesitaban oír para tratar de superar la tragedia. La oportuna llegada de don Álvaro fue la excusa perfecta que encontró Armando para marcharse sin sentir un ápice de culpa. Le dio un beso en la mejilla a Rosario y en voz baja dijo:

—Hablaremos cuando estés recuperada. Mañana vendré a verte.

Ella asintió con un débil saludo de despedida. Supo en ese preciso instante que algo se había roto entre ellos. Su padre le preguntó cómo se encontraba y Rosario lo tranquilizó, asegurándole que se sentía mejor. Un par de horas más tarde, cuando se quedó a solas, apartó las sábanas de un manotazo y observó la venda que le envolvía el abdomen. El dolor físico era lo de menos cuando la temeridad de sus hermanos la podría condenar a cargar con un vientre seco. El sueño de ser madre terminaría por convertirse en su peor pesadilla. En un arrebato de rabia se cubrió el cuerpo con las sábanas; aunque se propuso no derramar una sola lágrima, se acurrucó como si quisiera desaparecer y lloró en secreto.

*

Confitería del Molino, Buenos Aires, unas semanas después

Rosario llegó antes de la hora pautada porque todavía necesitaba encontrar las palabras correctas para hablar con Armando. Le habían dado el alta diez días antes y él, religiosamente, más por obligación

que por placer, la visitaba por las tardes, después de salir del trabajo.

Un mozo joven se le acercó para preguntarle qué deseaba ordenar. Prefirió esperar a Armando, aunque tenía el estómago cerrado. Miró su reloj. Habían pasado diez minutos de las cinco de la tarde y, como era habitual a esa hora, la confitería estaba casi colmada. Esperaba no encontrarse con ningún conocido. No tenía ánimos de socializar. El recinto principal olía a vainilla, coco, chocolate y a café recién hecho. Ni siquiera aquella deliciosa combinación de aromas la tentaba a pedir algo para merendar. La gente entraba y salía continuamente. Rosario había perdido la cuenta de las veces que se había quedado mirando la puerta. Armando estaba retrasado y eso era algo poco habitual en él. Se le cruzó la posibilidad de que no apareciera. La relación entre ambos se había resentido desde lo del disparo, y todo porque él insistía en hablarle mal de Francisco mientras ella bregaba por defenderlo y afirmar que solo había sido un accidente. Llevaban juntos casi cinco años y habían decidido embarcarse en una relación amorosa a fuerza de encuentros fortuitos y de lo mucho que se reían cada vez que estaban juntos. Los había presentado su hermano Santiago durante un evento en el Club del Progreso, y bastó que cruzaran un par de palabras amables y alguna que otra mirada intensa para darse cuenta de que se gustaban. Armando pertenecía a una familia adinerada que vivía en Pilar, y de inmediato obtuvo el visto bueno de su padre cuando se lo presentó como un "amigo muy querido". Los Navarro Soler, los Quirós y buena parte de la sociedad porteña que sabía del compromiso, pensaban que no tardarían en anunciar la fecha de la boda; sin embargo, Rosario y Armando habían decidido

esperar unos meses hasta que él finalizara el proyecto en el cual estaba trabajando; era ingeniero y una de la empresas de construcción más prósperas del país lo había contratado para llevar adelante un proyecto edilicio. Y justo ahora, cuando parecía que pronto sorprenderían a todos con la noticia de un inminente enlace matrimonial, sentía que lo ocurrido había cambiado la percepción que tenían del futuro. No solo era la tensión que se generaba en el aire cada vez que Armando se cruzaba con Francisco. El día anterior Rosario había pasado por el hospital para retirar los resultados de un estudio ginecológico que se había realizado a escondidas, gracias a la discreción del doctor Miranda. El diagnóstico fue definitivo: su útero había sufrido tanto daño que la posibilidad de una gestación exitosa era imposible. Escuchó que la puerta de la confitería volvía a abrirse y al levantar la mirada se encontró con la sonrisa de Armando. Él se aproximó presuroso y tras darle un ligero beso en la frente le pidió disculpas por su tardanza.

—¿Hace mucho que llegaste?

—No —mintió ella para que no se sintiera culpable por haberla hecho esperar tanto.

El mismo mozo que se había acercado antes preguntó qué deseaban ordenar. Armando entonces pidió un café con leche y Rosario, un té de manzanilla.

—¿Cómo se encuentra tu padre? —Él se quitó el sombrero y se sentó a su lado.

—Bien. No quería que saliera de casa todavía. Dice que debo cuidarme. Supongo que se preocupa demasiado por mí.

—Es normal, Rosario. Ya perdió a su esposa y pudo perderte a vos también ese día…

Ella le hizo un gesto con la mano para que se callara.

Armando guardó silencio solo para evitar una nueva discusión.

—Me sorprendió tu llamada —dijo en cambio, refiriéndose a la invitación que le había hecho la noche anterior para encontrarse en la coqueta confitería del centro porteño—. Podría haber ido hasta Belgrano.

—Quería hablar con vos a solas —le confesó—, por eso te pedí que nos viéramos aquí. Mis hermanos aún ignoran las graves consecuencias de lo que pasó y lo mejor era vernos en otro lado.

—Tarde o temprano deberán saberlo —acotó Armando, jugueteando con una servilleta. Parecía que le costaba mirarla directamente a los ojos.

—Es cierto; terminarán enterándose y ese día no será fácil ni para ellos ni para mí —respondió Rosario, atribulada. Tanto Santiago como Francisco sentían culpa por lo sucedido y su gran miedo era que no pudieran lidiar con la verdad, sobre todo Fran, quien había estado manipulando la pistola que acabó con su sueño de convertirse en madre algún día—. No te cité aquí para hablar sobre aquel incidente.

Él carraspeó. La reaparición del mozo evitó que dijera algo inapropiado.

—Lo nuestro ya no tiene razón de ser. —Apenas se quedaron a solas, las lapidarias palabras de Rosario volvieron a instalar un silencio incómodo.

Armando bebió un poco de su café y ella hizo lo mismo con el té de manzanilla. Se tomaron unos cuantos segundos antes de volver a abrir la boca. Esta vez, fue él quien tomó la palabra.

—No sé en qué estás pensando, Rosario. Tenemos una relación que ya lleva cinco años, todo el mundo sabe que nos comprometimos en matrimonio y que solo estamos esperando el mejor momento para anunciar la fecha de la boda.

—Eso ya no será posible —sentenció ella sin rodeos—. No voy a condenarte a vivir conmigo cuando sabés muy bien que jamás podré darte un heredero. Sos único hijo, y a mi lado tu sueño, y también el de tu padre, de perpetrar el apellido Quirós, jamás se realizará.

Armando dejó la taza de café sobre la mesa y al hacerlo, quizá por lo que acababa de escuchar, la pieza de porcelana chocó con el plato, provocando que varios de los comensales que se encontraban en las mesas más cercanas se voltearan con discreción para observarlos.

—¿De qué estás hablando? —Le costaba mantener la calma. Sobre todo, viendo la mirada imperturbable de su prometida. Le asombraba que hablara con tanta frialdad de un asunto por demás delicado—. ¿Querés que pongamos fin a nuestra relación?

Rosario asintió.

—¿Sabés lo que significa eso? ¡Todo el mundo se va a reír de nosotros!

—No me importa lo que piensen los demás, Armando. Se trata de vos y de mí… y de la vida que nos espera si nos casamos. No quiero que un día me eches en cara la falta de hijos. Lo harás, tal vez no de manera intencionada porque sos un buen hombre, pero mi imposibilidad de darte un heredero estará siempre latente en nuestro matrimonio. No quiero eso para ninguno de los dos.

Armando respiró hondo. Aunque romper el compromiso resultaría algo desagradable, tenía que reconocer que el planteo de Rosario no

era del todo descabellado. Él deseaba convertirse en padre, no solo para cumplir las expectativas de su progenitor. Al ser hijo único, su mayor anhelo era llenar su hogar de niños… Y con ella, eso ya no era posible.

—¿Y qué pasará con lo que sentimos? —retrucó, tratando de adivinar si aún estaba enamorada de él.

Rosario suspiró. En un acto casi automático, se quitó el anillo y con disimulo, se lo dejó junto a la servilleta.

Él se apresuró a recogerlo y lo arrojó en el bolsillo de su chaqueta. Parecía que aquella alianza de oro le quemaba en las manos. Ya no le quedaba ninguna duda de que a Rosario le importaban muy poco sus sentimientos.

—¿Entonces esta es la última vez que nos vemos? —Sin darse cuenta, estaba prolongando la agonía de un final anunciado. Se mesó el cabello en un gesto de fastidio y la miró—. Quizá lo más sensato sería que yo hablara con tu padre al respecto; después de todo, estamos comprometidos.

—No es necesario —lo interrumpió ella, levantando un poco la voz —. Por ahora, es mejor que mi familia no sepa nada. Ya decidiré cuándo contarles que no habrá boda. Si me preguntan por qué ya no me visitás en la mansión, inventaré algo hasta que sea el momento de revelarles la verdad.

—¿Estás segura que es lo que deseás hacer?

—Sí, Armando. Te devuelvo tu libertad para que encuentres a una mujer que cumpla con tus expectativas. Te aseguro que un día me lo agradecerás. —En medio de aquella conversación, acababa de descubrir que lo que sentía por él había perdido intensidad. Supo entonces que hacía tiempo que el amor había cedido su lugar a la

costumbre. Se alisó la manga de su blusa de seda color borgoña y se dispuso a ponerse de pie. Armando la sujetó del brazo para retenerla a su lado.

—¿Tenés prisa en dejarme? —la increpó.

—Armando, no es bueno que nos vean protagonizar un escándalo. —Miró a su alrededor. Estaban llamando la atención. Logró soltarse y se levantó—. Te deseo lo mejor.

Él ni siquiera fue capaz de seguirla. Llamó al mozo y tras pagar la cuenta se marchó, consciente de que nadie le quitaba los ojos de encima. Cuando abandonó la confitería Del Molino, salió tan distraído que no se percató de que Rosario se encontraba al otro lado de la calle, frente al escaparate de una tienda de sombreros.

Rosario sí lo vio a través del cristal. Necesitaba tomar aire y decidió ir a dar un paseo antes de regresar a la mansión. Mientras avanzaba por la avenida Rivadavia, experimentó un gran alivio. Había tomado la decisión correcta y ya no era posible volver atrás. Un par de meses más tarde, cuando Santiago le contó que se había cruzado con Armando y su flamante conquista en las instalaciones de aquella misma confitería donde ella había roto su compromiso, no tuvo más remedio que contarle a su familia que había terminado con su prometido porque nunca podría darle hijos. Unas cuantas palabras de aliento pronunciadas solemnemente por su padre y el abrazo que le dieron sus hermanos, pidiéndole perdón por lo ocurrido tras el incidente con la pistola, bastaron para que Rosario se sintiera contenida. Los rumores que circularon en Buenos Aires sobre las posibles causas de la ruptura y el imprevisto romance de Armando Quirós con la hija de un importante empresario gastronómico no llegaron siquiera a importunarla. Se abocó de lleno

a pintar; incluso probó suerte con la escultura, y fue una de sus épocas más prolíficas como artista.



EL CASTIGO

San Isidro, provincia de Buenos Aires, 1935

El olor penetrante del tabaco rápidamente inundó los pasillos que conducían al área de los aseos. La pelirroja adolescente espantó el humo con las manos antes de pasarle el cigarrillo a su compañera. La otra, una muchacha de cabello oscuro y el rostro en forma de corazón se llevó el pitillo a la boca y le dio una calada. Ninguna de las dos había fumado antes y la falta de experiencia provocó que sufrieran un ataque de tos que las llevó a esconderse en uno de los retretes.

Cerraron la puerta y cuando sus miradas se cruzaron, se echaron a reír a carcajadas. Se les revolvía el estómago y apestaban a humo; aun así, la aventura de abandonar el aula con la excusa de una indisposición había valido la pena. Guardaron silencio al oír que alguien se acercaba. Podían ser tan cautelosas como un ratón, pero el hedor que había dejado el cigarrillo todavía estaba en el aire. Unos pasos firmes se detuvieron de repente, justo al otro lado de la puerta. Las muchachas se cubrieron la boca y permanecieron inmóviles, como si aquel improvisado plan fuera suficiente para salirse con la suya. Estaban a punto de ser atrapadas y lo sabían.

—¡Anita von Keller, de nada servirá que te escondas! —La voz de trueno de una de las celadoras del colegio Carmen Arriola de Marín

sonó a condena—. ¡Será mejor que vos y tu cómplice salgan y den la cara!

Escapar del castigo era imposible. Anita soltó un resuello y, resignada, miró a su amiga. Le hizo señas de que ella saldría primero y entonces Berenice la sujetó del brazo con tanta fuerza que le dejó las uñas marcadas.

—Todo estará bien —le aseguró la pelirroja en voz baja. Antes de enfrentarse a la celadora, tomó el cigarro y le indicó que le siguiera la corriente.

Asustada, Berenice asintió.

La puerta del retrete se abrió despacio y Anita salió primero, seguida por su amiga.

De un manotazo, la celadora le quitó la prueba del delito y lo arrojó al inodoro. Se giró sobre los talones y las taladró con sus inquisidores ojos de águila.

—¿Cómo se les ocurre fumar en el colegio? ¡Saben muy bien que es una infracción que no toleramos!

—La culpa es mía, señorita Carriaga —dijo Anita, asumiendo la responsabilidad de todo—. ¡Le juro que Berenice no quería hacerlo! ¡Yo la obligué!

La celadora observó a Berenice con un gesto interrogante.

—¿Es eso verdad?

La adolescente tartamudeó que sí.

—Si has tenido la osadía de convencer a tu amiga para acompañarte en semejante locura, recibirás un castigo acorde a la falta que cometiste —aseveró la señorita Carriaga, inflexible—. Sumarás una nueva nota en tu cuaderno de amonestaciones y le enviaremos un mensaje a tu familia.

—¿Es necesario contárselo? ¡Le prometo que cumpliré con el castigo que la madre superiora disponga sin chistar, pero no les avise a mis padres! —suplicó la adolescente, poniendo ojos de cordero degollado. Sabía que, si insistía lo suficiente, la celadora terminaría mostrándoles algo de indulgencia.

La mujer ni siquiera se inmutó. Anita era una jovencita rebelde que siempre se metía en problemas. Y no se contentaba con hacerlo sola, ahora también arrastraba a su mejor amiga, convirtiéndola en partícipe de sus locuras. No le tocaba a ella decidir qué castigo se merecía por infringir las normas del colegio. Esa poco grata tarea era competencia de la madre superiora. Les indicó a ambas que se lavaran el rostro con agua fría y luego la acompañaran a su despacho. Anita intentó interceder nuevamente por su amiga; la celadora no la escuchó. Berenice estaba a punto de llorar. Tenía las mejillas coloradas y los ojos vidriosos. Anita, en cambio, se mostraba altiva, con los labios apretados y los puños cerrados. Cruzaron el patio en silencio. Se detuvieron frente al despacho de la madre superiora. La señorita Carriaga les pidió que esperaran a que las llamaran y entró después de dar unos golpecitos en la puerta.

Anita se reclinó contra la pared y se cruzó de brazos. A su lado, Berenice juntó ambas manos y se puso a rezar. Su amiga rio.

—Una oración no va a salvarnos del castigo, Bere —se burló, molesta por la actitud tan sumisa de su amiga.

—¡Por favor, Anita, no es momento para ser irrespetuosa! —saltó Berenice, intuyendo lo que podría llegar a suceder una vez que se encontraran frente a la madre superiora. A veces tenía miedo de que el comportamiento poco cauteloso de su amiga terminara por arruinar la relación tan cercana que ambas mantenían, gracias a los

lazos de amistad que compartían los Von Keller y los Godoy desde hacía casi tres décadas.

Anita iba a decir algo, pero la interrumpió el llamado de la celadora. Entraron al despacho de la madre superiora caminando una al lado de la otra. La religiosa las observó mientras se acomodaba las gruesas gafas sobre el puente de su nariz. La señorita Carriaga permanecía a una distancia prudencial, con los brazos pegados en la espalda. Tras un silencio sepulcral, seguido por un fuerte carraspeo, la directora le pidió a Berenice que relatara su versión de los hechos.

Anita dio un paso al frente y se aclaró la garganta. Miró de reojo a su amiga antes de hablar por ella.

—Berenice no tiene la culpa de nada, madre superiora. El cigarrillo lo traje yo y fue idea mía salir del aula para fumar a escondidas en los aseos. Ella solo me acompañó para que la profesora de Historia no sospechara.

La madre superiora dirigió su atención a Berenice.

—Alumna Godoy, ¿es cierto lo que cuenta su compañera?

La tardanza de Berenice en responder resultó tan evidente que, una vez más, quedó bajo la influencia perniciosa de su amiga.

—Es una pena que una jovencita tan aplicada como usted se deje convencer de hacer cosas que no están permitidas en nuestra institución. —La religiosa abrió el cuaderno de tapa negra donde registraba los datos personales del alumnado y comprobó que, tan solo durante ese mes, había tenido que llamar a los Von Keller en tres ocasiones. Por supuesto, los padres de Berenice también habían sido notificados por las mismas faltas. Miró a Anita por encima de sus gafas—. Debo avisar a sus familias y, lamentablemente, debido

al número de amonestaciones que han sumado desde el inicio de clases, recibirán un castigo ejemplificador. Serán suspendidas durante una semana.

—¡Madre, por favor, no sea tan dura con Berenice! ¡La única culpable soy yo! —replicó Anita, insistiendo en defender a su amiga. Le causaba pánico que la suspendieran; sobre todo, temía la reacción de su madre. Jamás se lo perdonaría. Conociendo de sobra la intransigencia de las monjas, sabía que sus ruegos caerían en saco roto—. ¿Le puedo pedir algo?

—No estás en posición de pedir nada, Anita —intervino la señorita Carriaga, acercándose al escritorio.

La madre superiora le hizo un gesto de que guardara silencio.

—¿Qué es lo que quieres?

—Cuando llame a mi casa, solicite hablar con mi abuela. Cuéntele a ella lo que pasó, por favor.

—Tus padres se enterarán de todos modos —repuso la celadora, molesta por la impertinencia de la muchacha al atreverse a imponer sus condiciones.

—Lo sé, pero mi abuela es la única de mi familia que va a protegerme cuando ellos sepan que me han suspendido del colegio. Mi madre es una mujer muy severa y mi padre… él tiene la conciencia sucia y por eso le permite hacer cualquier cosa conmigo.

La inquietante confesión de Anita las dejó sin palabras. La madre superiora y la celadora intercambiaron miradas suspicaces. No era inusual que la muchacha recurriera a una mentira para impedir que se le impusiera un castigo severo. Ya lo había hecho antes, alegando que su pobre abuelita se encontraba muy enferma y que un disgusto podría ser fatal. Por supuesto, la señora Agnes, a pesar de su edad,

gozaba de una excelente salud. Una vez le habían creído; sin embargo, sabían que las estaba engañando. Ni siquiera las lágrimas que comenzaron a rodar por las mejillas de Anita las conmovió.

La llamada fue breve y contundente. Al otro lado de la línea se encontraba la señora Ernestina. La madre superiora, con voz impasible, le anunció que viniera a buscar a su hija porque estaba suspendida. Cuando le relató los detalles de lo sucedido, Anita pudo escuchar sus quejas. Tras hablar con el padre de Berenice, quien recibió el mismo castigo a pesar de los intentos de su amiga por evitarlo, ambas regresaron al aula para juntar sus útiles escolares.

Más allá de lo que le esperaba cuando llegara a su casa, Anita pensó que una semana sin clases no era algo particularmente negativo. Lo aprovecharía para leer y pasar el rato con su abuela, reforzando su francés. Le resultaba fácil escribirlo, aunque todavía le costaba hablarlo y quería mejorar su pronunciación. Sin duda, lo peor de aquel castigo fue enterarse esa misma tarde que los padres de Berenice le habían prohibido acercarse a ella hasta que no volvieran a reencontrarse en el colegio. Ni siquiera permitían que le hablara por teléfono. Anita intentó ponerse en contacto con su amiga, pero una de las criadas de los Godoy le dijo que tenía órdenes de no pasarle sus llamadas a la señorita Berenice. Una semana sin verla se haría eterna. Deseó entonces no haberla involucrado en su frustrada aventura. En casa, Ernestina había impuesto su propio castigo. De nada sirvió que doña Agnes intercediera por su nieta. Anita se quedaría sin postre hasta que ella lo dispusiera. Tenía vedado salir de la mansión sin su permiso, y como un último intento por aplacar su temperamento impulsivo,

antes de regresar al colegio pasaría por la iglesia para confesar todos sus pecados.

Anita sintió escalofríos al oír las condiciones que exigía su madre para ganarse su perdón. Se mostraba más severa con ella que de costumbre y negarse a obedecerla solo significaba recibir una mirada cargada de frialdad siempre que sus ojos se encontraban. Don Braulio, un hombre con poco tiempo para la familia por causa del trabajo, prefería no intervenir en las decisiones que tomaba su esposa a la hora de educar a los hijos. Se conformaba con saber que estaba haciendo lo correcto al tratar de enderezar a Anita. De niña siempre había sido difícil. Ahora, en plena adolescencia, controlarla se volvía algo completamente imposible. No podían contar con Lisandro. Su hijo varón era apenas unos años mayor que su hermana y le hacía muy poco caso. La abuela Agnes, por su parte, la protegía en demasía. Algunas veces salía en defensa de Anita, pasando incluso por la autoridad de su propia nuera. Esa especie de rivalidad que se había generado entre ellas a causa de la joven era responsable de muchas discusiones.

El tiempo transcurría despacio y, más allá de los amenos momentos que pasaba con su abuela, Anita vivía agobiada por el aburrimiento. Para no provocar más roces, casi siempre desaparecía de escena cuando su madre y doña Agnes comenzaban a hablar de ella. A menudo Ernestina se reunía con otras mujeres de su misma posición social para organizar diferentes obras de caridad, y esas horas que permanecía lejos de casa eran un verdadero alivio, tanto para Anita como para la anciana.

Braulio von Keller, gracias a sus extensas jornadas como anticuario, lograba mantenerse alejado de la tensa situación que se

vivía en su hogar. Lisandro, el hijo mayor, estaba cursando el último año en el liceo, y tanto don Braulio como su esposa anhelaban que pronto se incorporara a trabajar en la tienda de antigüedades. Aunque el joven era bueno con los números, tenía un gran defecto: le gustaba llevar una buena vida sin esforzarse demasiado. Por esa razón, ambos progenitores creían que ayudar en la tienda obraría el milagro de que, por fin, sentara cabeza. Sin embargo, el mayor incordio, según doña Ernestina, era la constante rebeldía de Anita, y lo sucedido en el colegio no hacía más que avalar sus dichos.

El día antes de que se cumpliera el plazo de la suspensión impuesta por la madre superiora, Anita se negó a salir de su habitación. Pesaba sobre ella la amenaza que había esgrimido su madre acerca de obligarla a confesar sus pecados antes de regresar a clases. La sola idea de hablar con un sacerdote le provocaba dolor de estómago. El hecho de haber callado durante tantos años estaba haciendo estragos en su vida. La rebeldía de la cual despotricaba su madre no era más que el amargo reflejo de lo que ocultaba en su alma. Mantener un secreto tan horrible la había convertido en una jovencita resentida y huraña, que buscaba un poco de cariño entre los brazos de su abuela.

¿Cómo evitar que la amenaza proferida por su madre se hiciera realidad? Cada vez que en el colegio debían cumplir con el sacramento de la confesión, ella se ponía última en la fila, con la esperanza de que sus compañeras tardaran lo suficiente como para que el timbre del recreo la salvara de enfrentarse a una de sus peores pesadillas. El verdadero alivio llegó el día que se enteró de que el padre Joaquín sería enviado a Brasil en una misión evangelizadora. El nuevo cura, un anciano de aspecto bonachón, no

parecía peligroso; sin embargo, Anita jamás pudo confiar en él. La sola visión de la sotana negra le causaba náuseas. Se llamaba Cristóbal y hablaba con acento español mientras entrelazaba los dedos sobre su prominente barriga. Una vez por semana oficiaba misa en la capilla del colegio y se ocupaba de confesar a las alumnas. La diócesis también lo había asignado como cura párroco de la Catedral de San Isidro, cubriendo la vacante que había dejado el padre Joaquín Mendoza. Ya hacía cuatro años que se había marchado del país y esperaba que nunca más volviera a su vida. La ausencia del sacerdote que había destruido su infancia y parte de su adolescencia, poco a poco fue mitigando el tormento. Saber que ya no la lastimaría le había ayudado a enterrar aquellos terribles recuerdos en un rincón de su memoria. Contra todo pronóstico, Anita logró que el olvido, con su manto piadoso, escondiera la vergüenza. Se sentó frente al secreter que le había heredado su abuela en vida y contempló su imagen en el espejo. Todavía batallaba con aceptar el color de su cabello. De una intensa tonalidad rojiza, contrastaba con la extrema blancura de su piel. Lo llevaba largo hasta la cintura, aunque se había acostumbrado a peinarlo con una trenza que luego recogía en lo alto de su cabeza. Cuando la luz del sol se reflejaba en su pelo, destellaba como el mismísimo fuego. Sonrió con amargura al recordar el disgusto que le provocó a su madre el día que tomó unas tijeras y se lo cortó. Tenía tan solo nueve años, y aquella travesura no había sido más que un grito de auxilio que nadie entendió. Doña Ernestina, quien no estaba dispuesta a tolerar que su única hija saliera a la calle pareciéndose a un varón, arregló el desastre comprándole una peluca. Anita tuvo

que usarla a diario, hasta que su propio cabello creció lo suficiente como para evitar que se descubriera lo que había hecho.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Al oír la voz de su abuela pidiendo permiso para entrar, sonrió complacida. Salió a su encuentro y se fundieron en un cálido abrazo.

Anita se apartó un poco para observarla con atención al darse cuenta de que iba más arreglada de lo habitual.

—¿Vas a salir, abuela? —preguntó, incapaz de ocultar su curiosidad.

Doña Agnes tomó la mano de su nieta entre las suyas y soltó un suspiro.

—He venido a despedirme, *cherie* —dijo, a sabiendas de que sus palabras le causarían un gran disgusto.

La joven movió la cabeza en señal de negación.

—¡Serán solo unos pocos días! ¡Te lo prometo! —aseguró su abuela, mientras le acariciaba el cabello—. ¿Te acuerdas de mi vieja amiga Concepción?

—¿La que vive en Mar del Plata?

Doña Agnes asintió.

—La misma. Ha sufrido un pequeño percance en las escaleras de su casa y me ha pedido que vaya a visitarla. La pobre es demasiado aprehensiva y cree que un golpe en la cabeza y una fisura en la costilla la llevarán a la tumba. ¡Imagínate que me ha dicho que quiere verme para despedirse de mí!

Anita no sabía si reírse o llorar. Había conocido a la tal Concepción durante unas vacaciones de verano y siempre le pareció una mujer que todo lo exageraba.

—¿Puedo ir con vos? —le preguntó de repente, con la esperanza de escaparse a la costa para retrasar el regreso al colegio.

—¡Qué más quisiera, *cherie*! —exclamó la anciana, dejando escapar un suspiro de fastidio—. Ambas sabemos que mi nuera no te dará permiso para acompañarme.

Aunque adivinaba que sería inútil, Anita intentó protestar pero su abuela frenó su descontento: .

—¿Me ayudas a armar el equipaje? Le comenté a tu padre de mi repentino deseo de viajar a Mar del Plata y a pesar de que le pareció algo apresurado, habló con el chofer para que mañana bien temprano me lleve a la estación. El tren parte a las ocho en punto. Hablaré con Ernestina para que al menos te deje ir conmigo en el coche. ¿Te gustaría?

Anita asintió; sin embargo, la alegría de acompañar a su abuela se vio rápidamente opacada por una nube de tristeza al recordar que al día siguiente se terminaba su castigo.

Doña Agnes también se percató de ello y frunció el ceño.

—No perdemos nada con intentarlo, *cherie*. Estoy segura de que si llamo por teléfono a la madre superiora y le cuento lo mucho que significa para mí que vayas a la estación conmigo, conseguiré convencerla de que prolongue una jornada más tu suspensión.

La adolescente volvió a sonreír. Su abuela tenía tanta facilidad de palabra que podría disuadir al mismísimo sumo pontífice si se lo proponía. A pesar de ser domingo, cuando doña Agnes dijo su nombre al teléfono, desde el otro lado de la línea la comunicaron de inmediato con la máxima autoridad del colegio donde asistía su nieta predilecta. Con su voz suave pero firme, tardó un suspiro en obtener una respuesta afirmativa. Aquel gesto fue una muestra más del

inmenso cariño que la anciana sentía por Anita. Esa noche, durante la cena en familia, entre ambas les dieron la noticia a sus padres. Ernestina tuvo que tragarse su orgullo y aceptar que, de nuevo, gracias al respaldo de su suegra, la revoltosa de su hija se salía con la suya.

Cuando llegó la hora de irse a dormir, Anita le dio las buenas noches a su abuela con un amoroso beso en la mejilla. Doña Agnes le guiñó el ojo y le deseó que tuviera dulces sueños.

En la soledad de su habitación, la joven abrió uno de los cajones del secreter y sacó un cuaderno de tapas azules. Allí volcaba en palabras sus peores miedos y sus más recónditas emociones. Siempre le había gustado escribir. Lo que no se atrevía a decir terminaba en aquellas páginas que nadie leería jamás. A pesar de que su caligrafía había cambiado con el paso de los años, se enorgullecía de seguir teniendo una letra elegante. Su mayor aspiración era convertirse en escritora. La abuela Agnes, al enterarse de su afición, la alentó a no abandonar su sueño. Apenas lo supo su madre, le dijo que con aquellas absurdas ideas no llegaría a ningún lado. No tardó en recordarle que, como cualquier otra jovencita en su posición social, se esperaba de ella algo completamente diferente. Hojeó las primeras páginas. Había borrones causados por sus propias lágrimas. No recordaba exactamente cuándo había escrito aquellas palabras. Lo que sí reconocía en ellas era la rabia y el dolor de no poder decirlas en voz alta… de tener que esconderlas en un cuaderno para no envenenar su alma de odio. En un gesto de impotencia, lo regresó a su sitio. El secreter no tenía llave, y su mayor temor era que alguien lo encontrara y descubriera su contenido. Puso una caja de lápices encima para esconderlo bien. Y

miró dos veces antes de cerrar la tapa. Con parsimonia comenzó a desvestirse, reemplazando el vestido de algodón por un camisón.

Esa noche, pensando en el paseo del día siguiente con su abuela hasta la estación, logró que la angustia que sentía al tener que cumplir con el mandato de su madre de confesarle sus pecados al padre Cristóbal pesara un poco menos en su corazón.

*

Al día siguiente

El madrugón de esa mañana para acompañar a su abuela a la estación de trenes obligó a Anita a dormir una siesta y compensar así la falta de sueño. Ernestina prefirió no decirle nada, porque se dio cuenta de que encerrarse en su habitación, con la excusa de que estaba cansada, era solo una treta para retrasar el momento de ir con ella a la iglesia. Adivinando que su hija intentaría sabotear sus planes, supo que había hecho bien en no acordar una hora exacta con el padre Cristóbal para que impartiera en la impetuosa alma de la joven el sacramento de la confesión. Compartió la merienda con su esposo en el comedor y aprovecharon para ponerse al día con las novedades. Entre las reuniones de Ernestina con fines filantrópicos y las horas que pasaba Braulio metido en la tienda de antigüedades, les costaba encontrar el momento para conversar con calma. El tema central esa tarde, por supuesto, fue el intempestivo viaje de doña Agnes a Mar del Plata. Braulio escuchó las quejas de su esposa sin atreverse a interrumpirla. Sabía de sobra que cada vez que hablaba de su madre lo hacía para despotricar en su contra.

—No había nada que pudiéramos hacer para impedir que viajara —repuso Braulio von Keller, bebiéndose el último sorbo de café. Miró su reloj. Debía regresar a El Anticuario Alemán para trabajar en el inventario mensual, y sentía que estaba perdiendo el tiempo.

—Tu madre no entiende que una mujer de su edad debe cuidarse y no subirse arriba de un tren simplemente porque una de sus amigas, a la cual no ve hace mucho tiempo, se lo pida —dijo Ernestina, alzando un poco la voz al darse cuenta que comenzaba a perder el interés de su esposo. Como si hablar más fuerte bastara para obtener su atención.

Braulio asintió. No dudaba de sus intenciones. Aunque discutieran a menudo, casi siempre por causa de Anita, Ernestina estimaba a su madre. Abandonó la mesa en silencio y miró el patio trasero a través de la ventana. El cielo estaba cenizo y una brisa fresca mecía la copa de los árboles. Se volteó para anunciarle a su esposa que lamentaba no poder seguir merendando con ella. Quería llegar a la tienda antes de que empezara a llover. Estaba a punto de decírselo cuando oyó que alguien llamaba a la puerta principal con cierta insistencia.

—¿Estás esperando a alguien? —preguntó Braulio, agradecido por aquella oportuna interrupción.

Ernestina se limpió los labios con la servilleta y se puso de pie.

—No, yo tengo planes de salir. Dentro de un rato llevaré a nuestra hija a la iglesia. Le advertí que debía confesarse con el padre Cristóbal antes de volver a sus clases.

Don Braulio no le contestó. Ambos se sorprendieron cuando una de las criadas apareció en el comedor, seguida de una silueta envuelta en un abrigo. Un sombrero de ala ancha, caído hacia delante, les impedía distinguir su rostro.

—Señor, señora, el caballero dice que ustedes lo conocen…

El recién llegado alzó la cabeza y se quitó el sombrero.

—¡Joaquín! ¡Qué sorpresa, hombre! —exclamó Braulio al ver su amigo de la infancia.

—¡Padre, no esperábamos su visita! —Un dejo de reproche se vislumbraba en la voz de Ernestina. No estaba acostumbrada a que alguien se apareciera así, sin previo aviso. Lo consideraba una falta de educación. Por supuesto, como se trataba de un sacerdote, que además era amigo de la familia, pensó en pasar por alto su atrevimiento.

Joaquín Mendoza esbozó una gran sonrisa mientras se fundía en un abrazo con su amigo. Luego, sin dejar de sonreír, apretó suavemente la mano de Ernestina.

—Pido disculpas por llegar sin anunciarme —dijo soltando un hondo suspiro—. Acabo de volver de Brasil y antes de presentarme en la diócesis quise pasar a saludarlos. No tuve tiempo de enviarles un telegrama. —Miró a la esposa de su amigo—. Perdón, querida Ernestina. Prometo avisar con tiempo la próxima vez.

—¿Planeás viajar de nuevo? —quiso saber Braulio, invitándolo a sentarse. De repente, ya no tenía deseos de encerrarse en la tienda para revisar el inventario.

El padre Joaquín dejó caer su cansada anatomía en una de las sillas y estiró las piernas por encima de la alfombra. Sin esperar a que nadie se lo ofreciera, se llevó un pedazo de bizcocho de vainilla a la boca y lo saboreó con placer.

Ernestina, con su acostumbrada celeridad, le sirvió una taza de café. Se sentó a su lado y lo observó con atención. Llevaban cuatro años sin verlo y parecía que el tiempo no había pasado para él.

Seguía teniendo el cabello oscuro, sin una sola hebra plateada, y una espesa barba prolijamente recortada le confería un aire bohemio. Imagen que por supuesto no concordaba con la que se espera de un siervo de Dios.

—Sé que no debo abusar de su generosidad, mis queridos amigos; sin embargo, quería preguntarles si me podrían recomendar un hotel barato donde hospedarme hasta que la diócesis decida mi próximo destino.

—¿Volviste a Buenos Aires sin un nombramiento? —Braulio no daba crédito a la poca cabeza de Joaquín. Siempre había sido un tanto impulsivo y alocado en su juventud; por esa razón se había sorprendido cuando un día le contó que planeaba dedicar su vida al sacerdocio.

Joaquín Mendoza se encogió de hombros y sonrió. Ambos percibieron cierto nerviosismo en su actitud.

—Me llamaron hace una semana para decirme que mi misión en tierras brasileñas había finalizado. Me despedí de mis feligreses y me subí al primer barco que zarpaba para Buenos Aires. No sé el tiempo que tardará la diócesis en gestionar mi próximo destino. Igualmente, unos días de descanso no me vendrán nada mal.

Ernestina miró de reojo a su esposo. Él, sospechando sus intenciones, se limitó a asentir.

—No vamos a permitir que vaya a un hotel cuando en nuestra casa contamos con una habitación de huéspedes —le anunció, complacida de tenerlo entre ellos mientras aguardaba que le asignaran una nueva parroquia—. ¿Dónde ha metido su equipaje?

—Hay un auto afuera, esperándome. —Iba a levantarse, pero Braulio se lo impidió.

—Vos terminá tu café que yo voy a despedir al chofer y a recuperar tus valijas.

Joaquín no planeaba contradecir a su amigo. Se bebió la infusión y aprovechó para comerse otro bizcocho. El café lo hizo entrar en calor enseguida. Miró hacia la puerta con disimulo. No quería pecar de ansioso. Afortunadamente, fue la propia Ernestina la encargada de saciar su curiosidad.

—Mi suegra ha viajado esta mañana a Mar del Plata. —La dueña de casa esbozó una amplia sonrisa—. Con Braulio intentamos persuadirla para que no tomara ese tren, pero ya la conoce. ¡No hay mujer más testaruda que doña Agnes!

Él asintió mientras esbozaba una sonrisa comprensiva.

—¿Estará lejos de Buenos Aires mucho tiempo?

Ernestina se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Con ella nunca se sabe…

—¿Y los niños?

—¡Ya no son tan niños, padre! Lisandro termina este año el liceo y Anita, si todo va bien, pasará a tercer año.

—¿Si todo va bien? —El sacerdote entrelazó los dedos. Le costaba reprimir sus sentimientos cuando se trataba de la hija de su mejor amigo.

—Anita ha quebrantado las reglas del colegio y la madre superiora se vio obligada a suspenderla. Precisamente, mañana vuelve a clases después de estar castigada durante una semana. La atraparon en los baños, fumando a escondidas. Lo peor fue que involucró a su amiga Berenice en semejante travesura. Por supuesto, ella también fue suspendida.

—Lamento oír eso, Ernestina —dijo Joaquín, consternado ante el relato de la mujer.

—En un rato debo llevarla a la iglesia para que se confiese con el padre Cristóbal.

—Yo podría ocuparme de brindarle a tu hija el sacramento de la confesión —se ofreció, viendo en aquel acto religioso la oportunidad para estar a solas con Anita después de cuatro años—. Está lloviendo y sería realmente un pecado que salieran a la calle cuando tienen un cura en casa.

Ernestina asintió, dándole la razón.

—Creo que su llegada ha sido providencial, padre. —La mujer se arregló la manga de su blusa y suspiró aliviada—. La verdad es que no me gusta andar bajo la lluvia. Hace poco estuve resfriada y trato de evitar los cambios de temperatura.

Braulio regresó al comedor, arrastrando el equipaje de su amigo con cierta dificultad. Joaquín Mendoza se puso de pie en un santiamén y lo ayudó con la pesada valija.

—No pude evitar que se mojara —dijo el dueño de casa a modo de disculpa.

—No te preocupes, mi amigo. La pobre ha andado tantos caminos que un poco de agua no va a destruirla.

Ernestina se hizo cargo de la situación. Le pidió al padre Joaquín que la acompañara a la planta alta, así se instalaba en la habitación de huéspedes. Sugirió un baño caliente mientras ella hablaba con su hija para comunicarle el cambio de planes.

Joaquín Mendoza dejó la vieja valija a un lado de la puerta y se sentó en la cama. Se preguntaba cuál sería la habitación de Anita. Saber que la ahora adolescente se encontraba a tan solo unos pocos

metros de distancia provocó que su respiración se agitara. Incluso había comenzado a sudar. Se obligó a calmarse. Seguiría el consejo de Ernestina. Se dirigió al baño y abrió el agua caliente. Necesitaba asearse antes de presentarse frente a ella.



IMPOSIBLE DECIR QUE NO

San Isidro, provincia de Buenos Aires, 1935

Anita se asustó cuando despertó y vio a su madre, de pie junto a la cama, contemplándola en silencio. Se incorporó con tanta rapidez que uno de los almohadones cayó al suelo. Ernestina lo recogió y le hizo señas de que se levantara.

—¿Qué hora es? —preguntó la muchacha, todavía bastante somnolienta.

—Hora de dejar la holgazanería, Anita. —Se dio media vuelta y buscó un vestido para su hija.

—Está lloviendo, mamá ¿Es necesario que vayamos a ver al padre Cristóbal?

—Te dije que ibas a confesar tus pecados antes de volver al colegio y no pienso dar mi brazo a torcer. —Ernestina sacó un vestido de tela cuadrillé del armario y lo dejó sobre la cama—. Hemos tenido suerte, querida. El padre Joaquín ha venido a visitarnos y se ofreció él mismo a confesarte.

Anita estaba poniéndose de pie cuando escuchó aquel nombre que tanto la aterraba. Su cuerpo, incapaz de mantenerse erguido por causa del impacto de las palabras que acababa de pronunciar su madre, cayó hacia atrás con brusquedad. Quiso volver a incorporarse; sin embargo, las piernas no le respondían.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —le espetó Ernestina, acercándose a ella. La sujetó del brazo, obligándola a levantarse—. No estoy dispuesta a soportar un nuevo berrinche, Anita. Tu abuela se encuentra lejos y harás lo que yo diga.

—¿Por qué ha venido el padre Joaquín? —Su voz no era más que un susurro.

—Apareció de sorpresa. Acaba de regresar de Brasil y mientras aguarda que la diócesis encuentre una parroquia donde ejercer su sacerdocio, se quedará con nosotros.

—¡No, eso no puede ser! —exclamó Anita, soltándose del agarre de su madre. Consiguió dar unos pasos y llegó hasta la ventana. Vio que afuera llovía a cántaros. Se giró sobre sus talones y se encontró con la mirada reprobatoria de su madre.

—No vas a empezar otra vez con tus tonterías. No olvides que el padre Joaquín, además de haber sido nuestro confesor durante muchos años, es el amigo de la infancia de tu padre. —Le señaló el vestido elegido para ella—. Será mejor que te vistas para que te encuentres con él. ¡Ah, y por favor, no salgas con el cabello suelto! Hazte un peinado sencillo y no te pongas nada de bijouterie. La ostentación delante de un hombre que se ha despojado de sus bienes para dedicarse al Señor es el peor de los pecados.

Anita seguía muda. Su cuerpo temblaba y le dolía el estómago. Pero Ernestina parecía no percatarse de nada. Su hija, sin necesidad de palabra alguna, estaba demostrándole lo asustada que estaba.

—Date prisa. Si no bajas a la sala en diez minutos, yo misma subiré a buscarte.

Anita abrió la boca. Intentó decirle algo a su madre, pero antes de poder articular siquiera una palabra, Ernestina abandonó la

habitación, dejándola a solas con sus temores. No sabía qué hacer. El monstruo había conseguido meterse en su propia casa, vulnerando su seguridad. Valiéndose de su sotana y de la amistad que aún conservaba con su padre, había regresado para convertirla nuevamente en su presa. Y aunque el miedo todavía le estrujaba el estómago, Anita ya no era una niña indefensa. Decidió obedecer a su madre, poniéndose el vestido que había seleccionado especialmente para ella. Se calzó un par de zapatos de goma y buscó un bolso pequeño que colgó en su hombro izquierdo. Tomó la alcancía y la estrelló contra el piso. La figura de porcelana se hizo añicos. Con cuidado de no lastimarse, metió los pocos ahorros que tenía en un bolsillo interno del bolso y salió sigilosamente al pasillo. Al pasar frente a la habitación de huéspedes, notó que la puerta estaba un poco abierta. Aceleró el paso, pero no logró evitar que el padre Joaquín la detuviera a medio camino.

Anita pudo sentir como la mano del sacerdote se cerraba alrededor de su brazo con firmeza. Intentó soltarse. El movimiento que hizo para liberarse de su agarre provocó que terminara tambaleándose hacia atrás. Fue entonces que Joaquín Mendoza aprovechó para arrinconarla contra la pared.

—¡Suélteme o le juro que gritaré tan alto que todo el mundo me oirá!

Antes de que ella siquiera tuviese la oportunidad de cumplir con su amenaza, el cura le cubrió la boca con el dorso de la mano. Sus ojos oscuros reflejaban un brillo siniestro. La observó en silencio, devorándola con la mirada. Aunque sentía predilección por las niñas de menor edad, Anita von Keller siempre le había parecido fascinante. Pudo percibir a través de la tela de su vestido la ligera

protuberancia de aquellos senos juveniles, que subían y bajaban al ritmo de su agitada respiración. Su cuerpo de hombre, que la había añorado durante cuatro largos años, comenzó a reaccionar. Tuvo que hacer acopio de su fuerza de voluntad para no ceder a sus instintos más salvajes. No era el momento. Tampoco el lugar.

—Te voy a soltar… solo si me prometés que no vas a gritar. ¿De acuerdo?

Ella, ansiosa de que la soltara, asintió con un vehemente movimiento de cabeza.

—Está bien. —El padre Joaquín se apartó de Anita y muy despacio quitó la mano que había usado para silenciarla a modo de mordaza —. No hay necesidad de preocupar a tus padres con tonterías. Podés reunirte con ellos ahora. Yo bajaré en un momento para que cumplamos con el sacramento de la confesión. Ernestina me pidió que ocupara el lugar del padre Cristóbal, y por supuesto, cuando se trata de vos, es imposible decir que no.

Apenas el sacerdote la soltó, Anita se alejó en dirección a las escaleras. Bajó corriendo mientras rezaba para no encontrarse con su madre. Se desvió del camino y salió al patio por una de las puertas laterales. Iba mirando por encima del hombro y no vio al jardinero que se acercaba por la galería. Chocó contra él y no supo qué decirle. El hombre se deshizo en pedirle disculpas y a ella solo se le ocurrió hacerle una petición.

—No le diga a nadie que me vio salir de la casa, por favor. —No se quedó a esperar su respuesta. Temiendo que alguien de su familia la descubriera, atravesó el jardín bajo una lluvia intermitente. Ignoraba qué rumbo tomar. Pensó en buscar a su amiga Berenice; sin embargo, sospechaba que cuando notaran su ausencia sería el

primer lugar donde la buscarían. Y ella no deseaba que la encontraran. No mientras ese demonio disfrazado de santo estuviera viviendo bajo su mismo techo.

Dejó atrás la mansión familiar con la cabeza gacha y los brazos cruzados sobre el pecho. La lluvia ganó rápidamente en intensidad y le impedía ver con claridad. Presurosa, siguió avanzando en dirección recta sin detenerse. Tan solo alzaba un poco el mentón cada vez que llegaba a una esquina para asegurarse de que ningún auto circulaba hacia ella. Un perro callejero se cruzó en su camino. Al sacudirse el pelo empapado, le salpicó el vestido. Aquel gesto, que seguramente le provocaría un infarto a su madre, logró arrancarle una sonrisa. Sin saber por qué, decidió seguirlo. El animal, de raza indefinida, cruzó la calle rumbo a una plaza. Allí buscó refugio debajo de un árbol. Anita, con cierto recelo, se sentó a su lado. Su cabello, tan mojado como el del perro, formó un charco a sus pies. Lo estrujó entre sus manos para secarlo y con un pañuelo que llevaba en el bolso, hizo lo mismo con su rostro. Llevaba un chocolate medio derretido que compartió gustosa con su compañero de aventuras.

—Esperaré a que escampe un poco y luego seguiré —Miró al perro y dejó escapar un suspiro—. No sé a dónde voy. Lo único que sé es que no puedo regresar a mi casa.

El callejero gimoteó a modo de respuesta. Ella intentó acariciar su lomo, y el animal, quizá acostumbrado al maltrato de la gente, retrocedió con desconfianza. Anita no insistió. Se terminó el chocolate y colocó el bolso detrás de su espalda para usarlo de apoyo. Estaba cansada y tenía sueño. Le pesaban tanto los párpados

que se le cerraban los ojos. Cabeceó durante un par de minutos hasta quedarse dormida. Cuando despertó, ya no llovía.

El perro se removió inquieto y la sorprendió, tendiéndole su pata delantera. La apoyó en su muslo derecho. Anita no hizo nada para apartarlo. El vestido ya estaba arruinado. Una mancha de barro no haría ninguna diferencia. Se dio cuenta en ese momento que le dolería despedirse de él. Le acarició el lomo y pudo percibir un ligero temblor en su cuerpo… lo reconoció como un gesto de terror. Respiró hondo. Posponer el adiós no lo haría más fácil.

—Debo irme, amiguito. —Echó un vistazo a su alrededor. La plaza no era muy grande, aunque seguramente aquel árbol era lo más parecido a una casa que el pobre animal tenía. Se levantó y el perro hizo lo mismo, dispuesto a seguirla—. No sé qué rumbo tomaré ahora. Es mejor que vos te quedes acá. —Hurgó en el interior de su bolso, pero no quedaban más chocolates. Le brindó una última caricia como despedida y se marchó sin voltear a verlo ni una sola vez. Podía sentir el golpeteo de sus pezuñas golpeando el suelo de cemento a medida que se alejaba de él.

Estaba a punto de cruzar la calle cuando alguien gritó su nombre desde el otro lado de la calle. Era su hermano Lisandro. La sorpresa de verlo allí la dejó pasmada. No esperaba que la encontraran tan pronto. Se giró sobre sus talones y comenzó a caminar de prisa. El perro iba detrás de ella, negándose a abandonarla. Lisandro también aceleró el paso y no tardó en alcanzarla. Cuando la detuvo, apoderándose de su bolso, el animal le saltó encima.

—¡Maldito perro! —gritó el joven, tratando de que lo soltara. La fuerte mandíbula del callejero se había cerrado alrededor de su brazo.

Anita, asustada, le dio unos golpes con el bolso para que dejara de morder a su hermano. No logró su objetivo. Antes de que el forcejeo pasara a mayores, decidió cambiar de táctica.

—¡Tranquilo, amiguito! ¡Nadie va a lastimarnos, te lo juro! —Aunque saliera lastimada, lo tocó en la cabeza. Entonces el perro, al verla, se calmó. Seguía con el brazo de Lisandro entre sus fauces, pero al menos ya no tironeaba ni mordía—. Sé que no sos malo, que solo tratabas de defenderme.

—¡Anita, pegale de nuevo con el bolso! ¡Y esta vez con más fuerza! —La azuzó su hermano, histérico. Le sudaba el rostro y tenía los ojos desencajados.

Ella lo miró, enojada.

—No voy a pegarle, Lisandro. —La adolescente seguía acariciando al perro. Estaba segura que una muestra de afecto era la mejor estrategia para que la obedeciera. No ganaría nada maltratándolo.

Lisandro maldijo en voz baja. Cuando el animal por fin lo liberó, soltó el aire acumulado en sus pulmones.

—¿De dónde lo sacaste? —le recriminó a su hermana mientras observaba, molesto, la rasgadura en su camisa. Los dientes del perro le habían dejado una marca en el brazo, sin llegar a lastimarlo.

—Me siguió y no pude hacer nada para quitármelo de encima —respondió ella, colgándose el bolso en el hombro—. No voy a regresar a casa, Lisandro.

—¡No seas necia, Anita! Mamá me mandó a buscarte apenas se dio cuenta de que te habías escapado. —Puso los brazos en jarra, mirando de reojo al callejero—. ¿Tanto miedo tenés de confesarte con el cura?

Ella no le respondió. Su hermano mayor era un incordio. Sabía de su soberbia y de lo poco que le gustaban los estudios. Nunca habían sido muy cercanos. Se llevaban cinco años, y esa diferencia muchas veces abría un abismo entre ambos. ¿Qué diría Lisandro si le contaba lo que se escondía detrás de sus miedos? ¿Qué pensaría un muchacho como él si se enteraba de que el padre Joaquín la había tocado de manera indecente cuando ella era tan solo una niña? Como su hermano mayor, él tenía la obligación de protegerla.

—Lisandro…

—¿Qué pasa?

Anita se mordió los labios. Ni siquiera sabía cómo decírselo. Cuando era niña no se había atrevido a hablar por miedo. Ahora, lo sucedido con el padre Joaquín la llenaba de vergüenza. Intentó que las palabras salieran de su garganta; sin embargo, se había quedado sin voz. Sin darse cuenta, había empezado a temblar. Lisandro le puso la mano en la frente.

—¡Estás hirviendo! —le dijo en tono acusatorio—. ¿Cómo se te ocurre salir en medio de semejante tormenta?

—No me llevés a casa, por favor —le suplicó, echándose a llorar. Se dejó caer al suelo y el perro callejero le lamió una de sus mejillas.

—¡Levantate, Anita! —le ordenó Lisandro, sin atreverse a tocarla por temor a que aquella bestia salvaje volviera a atacarlo.

Anita no respondió. Tampoco hizo lo que su hermano demandaba. Estaba dispuesta a quedarse allí toda la noche si era necesario.

Él hizo caso omiso a sus ruegos y, dejando a un lado sus propios miedos, le apretó la mano con fuerza. Se percató de que su hermana menor temblaba. Sabía que permanecer más tiempo a la intemperie terminaría jugando en contra de su salud. La conminó a

moverse, suplicándole con la mirada. No recurrió a las amenazas. No tenía sentido asustarla. Ella, quizá por cansancio o debilidad, se echó a andar. Lisandro sintió que, por fin, estaba ganando aquella absurda guerra de voluntades. Sin embargo, el sabor del triunfo no duró demasiado. Apenas unos cuantos metros más adelante, Anita se desvaneció. Cuando su cuerpo laxo cayó al suelo, el perro callejero se abalanzó sobre ella y comenzó a lamerle el rostro. Lisandro le gritó que se apartara. Se agachó junto a su hermana y al ver que no reaccionaba, la levantó en brazos. La joven murmuraba algo mientras él lidiaba con su peso. Aunque Anita era delgada, Lisandro no estaba acostumbrado a hacer grandes esfuerzos. No tardó en sentir el cansancio en sus piernas. La lluvia había amainado, pero el aire frío calaba los huesos. Estaba seguro de que ambos terminarían enfermándose por culpa de las locuras de su hermana. Decidió que no importaba quién era el culpable de aquella situación. Lo único importante era llevar a Anita a su casa para que cuidaran de ella.

Cuando divisó el viejo nogal en la esquina, sintió alivio. Faltaban tan solo unos pocos metros para llegar. Miró hacia atrás, solo para comprobar que el perro los seguía de cerca. Aporreó el portón y el jardinero no tardó en abrirles.

—¡Su padre estaba a punto de llamar a la policía! —le anunció el empleado, ayudándolo a cargar con la muchacha.

Ingresaron por la puerta que daba al salón, y de inmediato los Von Keller se arremolinaron alrededor de sus dos hijos, acribillando a Lisandro con preguntas. Ernestina observó, furiosa, el reguero de barro que llegaba hasta la entrada.

Acomodaron a Anita en el sofá, cerca de la chimenea para que entrara pronto en calor.

—¡Hay que sacarle esa ropa mojada! —alegó don Braulio, preocupado por el estado calamitoso en el cual había llegado su hija.

—¿Por qué no despierta? —preguntó Ernestina, olvidándose por un momento del desastre que había provocado Lisandro con los zapatos cubiertos de lodo por todo el salón. Tocó el rostro de Anita y descubrió que estaba ardiendo. Entonces mandó a llamar a una de las criadas para que la ayudara a despojar a su hija de aquellas prendas empapadas.

Don Braulio y Lisandro se fueron para que tuvieran privacidad. Desde el despacho, el patriarca de la familia aprovechó para llamar por teléfono al doctor Torrealba, su médico de cabecera. La fiebre de su hija requeriría de un tratamiento adecuado. Tras esperar un tiempo prudencial, ambos regresaron al salón.

El padre Joaquín los interceptó al pie de las escaleras.

—¿Hay noticias de Anita?

—La encontré en la plaza —respondió Lisandro, rascándose la barbilla. Le dolía el estómago de hambre. Apenas le dijeran que su hermana se encontraba bien, iría a la cocina por algo de comida.

—Tuve que llamar al médico para que venga a verla. Anita está ardiendo de fiebre. ¡Esa niña nunca escarmienta! —se quejó Braulio, dejando por un instante que el enojo venciera a la preocupación.

El cura le dio una palmada en el hombro.

—Se pondrá bien, ya verás. A su edad, una gripe es cosa de nada —lo tranquilizó.

Se encaminaron los tres al salón, donde Ernestina intentaba, en vano, conseguir que su hija le hablara.

—El doctor Torrealba no tarda en llegar —le dijo don Braulio con la intención de tranquilizarla. En circunstancias como aquellas era cuando más echaba en falta a su madre. Contempló a su hija menor en silencio.

Anita estaba arropada hasta el cuello con una manta de lana gruesa. Le habían cambiado las prendas mojadas por un camisón de algodón. Su abundante cabello rojo, desparramado adrede por encima de su cabeza para que se secara más rápido, le daba el aspecto de una auténtica medusa. Tenía los ojos cerrados y respiraba con cierta dificultad. A pesar de estar tapada, tiritaba de frío.

—¿Por qué no logra mantenerse despierta? —preguntó Lisandro. Se encontraba recostado contra una de las bibliotecas. Aún le duraba el cansancio de haber salido en busca de su hermana bajo la lluvia. Él también estaba mojado, pero a nadie parecía importarle. Se apartó un mechón de cabello de la frente y suspiró, algo molesto. Una vez más, Anita se llevaba toda la atención. Ya fuera por causa de un regaño o por un poco de preocupación, su querida hermana siempre terminaba relegándolo a un segundo plano. Salió del salón sin que nadie se diera cuenta para encerrarse en su habitación.

Unos minutos más tarde, el doctor Torrealba llegó a la casa de los Von Keller para brindarle atención médica a la inquieta adolescente. Un baño frío para aplacar la fiebre que se había apoderado de su cuerpo y unos fuertes antibióticos que evitarían que la gripe prosperara fueron las indicaciones que dejó el galeno antes de irse, ya cerca de la medianoche.

Ernestina permaneció junto a la cama de su hija y se fue a dormir solo cuando Anita cayó presa de un sueño profundo.

Esa madrugada, la tormenta regresó con más violencia. Alguien había cerrado mal uno de los postigos de la habitación y el viento huracanado que soplaba del sur lo azotaba sin piedad. El fuerte ruido despertó a Anita en medio de la oscuridad. Aturdida por la fiebre no supo dónde estaba, ni cuánto tiempo había pasado desde que su hermano Lisandro la trajera de regreso a la casa. Estaba ardiendo y el cuerpo le quemaba. Apartó las sábanas porque el contacto de la tela de algodón con la piel le molestaba. Tenía la boca seca y una sensación de pesadez en la cabeza. Le costaba mantener los ojos abiertos. En la penumbra de la habitación, descubrió que no había nadie en el cuarto. Si su abuela no se hubiera marchado a Mar del Plata, estaría allí, velando su sueño como cuando era pequeña. Sintió deseos de llorar. Hacía apenas unas cuantas horas de su partida y la echaba mucho de menos. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? ¿Por qué le parecía que acababa de despertar de una pesadilla? Entonces recordó el motivo de su huida esa tarde, bajo la lluvia. Encogió las piernas, llevándoselas al pecho, y las rodeó con ambos brazos. Una voz en su interior le gritaba que algo no andaba bien. Encendió la lámpara con el temor de encontrar al monstruo escondido en algún rincón de su habitación, esperando para acecharla. A pesar de encontrarse sola, aun así podía sentir su presencia maligna. Había estado soñando con el padre Joaquín. Él se veía borroso. Aunque su rostro se desvanecía detrás de una bruma oscura, lo escuchaba respirar junto a su oreja. El crucifijo de plata que llevaba colgado en su cuello se balanceaba frente a ella, justo delante de su rostro. Luego, todo se volvió muy confuso, y al abrir los ojos el monstruo se esfumó.

Sobre la mesita de noche había un vaso de leche medio vacío. Anita ni siquiera recordaba haberla bebido. Por un instante se le nubló la vista. Intentó levantarse, y al hacerlo sintió un fuerte tirón entre los muslos. Un escalofrío helado la recorrió de arriba abajo al ver una diminuta mancha de sangre en la sábana. Tampoco recordaba haberse lastimado durante la huida. No tenía ningún corte, solo una ligera inflamación en sus partes íntimas. Y aquel terrible descubrimiento le reveló de la peor manera que el monstruo sí había estado allí. La pesadilla era real. Dolorosamente real. Se cubrió la boca para no gritar. Como pudo, logró ponerse de pie. Avanzó entre tumbos hasta el cuarto de baño y se metió dentro de la tina sin quitarse el camisón. Se acurrucó en un rincón y cerró los ojos. Aunque no era capaz de recordar qué había sucedido exactamente, podía sentir las manos de aquel monstruo en cada rincón de su cuerpo. ¿Le creería ahora su madre si le contaba lo que el respetable padre Joaquín le había hecho? ¿La acusaría él de mentirosa para cubrirse las espaldas? Con las uñas, se restregó la piel de los muslos hasta que comenzó a sangrar. Cuando descubrió que el fondo de la bañera se había teñido de rojo, se detuvo. Permaneció allí recostada, tiritando de frío y de rabia. No se atrevió a cerrar de ojos de nuevo, por temor a que el monstruo se apoderara una vez más de sus sueños. Al día siguiente, muy temprano, una de las criadas la encontró y llamó de inmediato a su patrona. Ernestina, asustada por lo que le acababan de decir, entró corriendo al cuarto de baño. Cuando se acercó a la tina y vio las heridas en las piernas de su hija, estuvo a punto de trastabillar.

—¡Anita! ¿Qué has hecho? —la zarandeó por los hombros para hacerla reaccionar. Aunque la joven estaba despierta, parecía

encontrarse muy lejos de allí.

Ella entonces miró a su madre con los ojos llenos de lágrimas.

—Dejaste entrar al monstruo, mamá…



AMOR CONDENADO

Estancia Las Acacias, Pilar, provincia de Buenos Aires, 1943

Rosario cerró el libro que fingía leer y abandonó la comodidad del sofá porque apenas lograba mantenerse quieta. Estaba más nerviosa de lo habitual. No se trataba solamente de haber inventado una falsa reunión para un evento de caridad que ni siquiera existía; la ansiedad, que picaba en sus entrañas con la intensidad de un aguijón, no le permitía concentrarse en nada. Para evitar miradas curiosas y una posible indiscreción que no necesitaba, le había dado el resto de la jornada libre a los criados. No era la primera vez que pasaba la noche en la estancia sin servidumbre. De vez en cuando le gustaba disfrutar de la soledad del campo. Alejarse de Buenos Aires y del agobio de ocuparse de sus hermanos menores, aunque fuera durante unas cuantas horas. Ese tiempo que pasaba allí era suficiente para luego volver a la rutina con una sonrisa.

Aunque en esta oportunidad, la razón de su repentina felicidad poco tenía que ver con escaparse de la ciudad y las responsabilidades. Miró a través de la ventana. El sol todavía iluminaba el horizonte con esplendor. El verano se sentía diferente en el campo, y por primera vez en mucho tiempo quería compartir esa sensación con alguien más. Se percató entonces de que nunca había tenido la misma necesidad con Armando. Él no era hombre de

campo y había visitado Las Acacias en contadas ocasiones, casi siempre durante algún evento festivo. Se dirigió a la cocina y, a pesar de que aún no estaba segura de si ella aparecería, puso a calentar el agua para el mate. La cocinera había horneado unos pastelitos antes de retirarse y planeaba agasajar a su invitada con una merienda bien criolla. Miró el reloj. La cita estaba pactada para las seis de la tarde. En tan solo unos pocos minutos descubriría si aquella sería una jornada especial o el mayor fracaso de su vida. Preparó todo en una bandeja y esperó. El corazón le dio un vuelco en el pecho al escuchar que un automóvil se acercaba por el sendero principal. Se asomó por la ventana. Esperaba que no fuera ninguno de sus hermanos. A Pedro le tocaba repartir juguetes en un orfanato, mientras que Santiago tenía una cita con su prometida. De los movimientos de Fran no estaba al tanto. Seguramente se encontraría durmiendo la mona en algún cabaret del sur de la ciudad. Una mujer se bajó del coche, se inclinó ligeramente sobre el lado del acompañante y le dijo algo al hombre que conducía. Un par de minutos después, el vehículo se alejó del casco de la estancia, dejando una estela de humo a su paso.

Rosario contuvo el aliento al verla caminar hacia la casa. Dudó un instante si debía salir a su encuentro o esperar a que ella llamara a la puerta. No quería pecar de ansiosa; sin embargo, le costaba quedarse allí como si nada. Sacó la pava del fuego y mirándose en el cristal de la ventana se retocó un poco el peinado. Llevaba el cabello recogido en un rodete en lo alto de la cabeza. Le pareció demasiado formal y de un manotazo lo deshizo, soltándose el pelo.

Cuando salió a la galería, lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Débora, viniste! —exclamó, saludándola con un ligero beso en la mejilla.

Débora Eiserman no dijo nada. Gratamente sorprendida por la efusividad de su recibimiento, sujetó suavemente a Rosario por los hombros antes de soltarla.

Ambas se miraron en silencio durante algunos segundos. Fue la recién llegada quien retomó la conversación para evitar caer en una situación incómoda.

—No sabía si debía traer algo —se disculpó mientras se despojaba del sombrero. El techo de la galería las protegía de los rayos del sol.

—¡No hacía falta, no te preocupes! —La invitó a sentarse en uno de los sillones de hierro. La tarde comenzaba a languidecer y en el interior de la casa hacía calor—. Si te parece bien, tomaremos la merienda en la galería.

Débora asintió.

—Dejá que te ayude…

Rosario ni siquiera la dejó terminar la frase.

—Ya tengo todo listo. ¡Vuelvo enseguida! —Tardó un par de minutos en reaparecer. Traía la bandeja de pastelitos dulces en una mano y el mate de calabaza en la otra. Tuvo que hacer un segundo viaje a la cocina para buscar el pote con el azúcar y la pava de agua caliente—. ¿Tomás mate?

Débora no quería que Rosario se sintiera mal y respondió que sí. La verdad era que todavía no se había acostumbrado a esa infusión extraña de color verde que su esposo Teodoro se empeñaba en que bebiera a su lado cuando regresaba de la embajada. Ella prefería el té o el chocolate. Eran bebidas que le recordaban las tardes de meriendas compartidas con su familia en Berlín.

La ronda de mates endulzados con cascaritas de naranja fue la excusa perfecta para entablar una conversación, en donde el incipiente romance de Santiago Navarro Soler con Magdalena, la hija de Débora, rápidamente se robó el protagonismo.

—Mi hermano está muy entusiasmado —comentó Rosario con una sonrisa en los labios—. Desde que conoció a tu hija en la fiesta de Nochevieja, en esta misma estancia, se ha planteado seriamente abandonar su eterna soltería.

Débora suspiró profundo, dejando entrever que ella aún tenía ciertos reparos acerca de que aquella relación, que apenas llevaba un par de meses, llegara a buen puerto. Era testigo del entusiasmo de Santiago; sin embargo, no estaba segura de que Magdalena sintiera lo mismo por él.

—Mi niña ha sufrido demasiado. Fue arrancada de su hogar por culpa del odio y la intolerancia. —Hizo una pausa porque, como siempre, recordar le provocaba mucha angustia—. Jamás podremos superar lo que sucedió con Otto… él murió en sus brazos y eso no es algo que se olvida fácilmente.

Rosario apretó su mano. Aunque Débora era reacia a hablar de su vida en Alemania, sabía que su primer esposo había sido una de las tantas víctimas ultimadas durante lo que fue conocida como La noche de los cristales rotos. Se lo había contado su hermano Santiago, quien, a su vez, lo oyó de boca de Teodoro Schneider, el actual marido de Débora.

—No soy capaz siquiera de imaginarme lo que han tenido que atravesar antes de abandonar su tierra… solo espero que Buenos Aires las haya recibido con los brazos abiertos y sientan que aquí, en uno de los rincones del mundo, vos y tu hija tienen un hogar.

—A veces me siento culpable —manifestó Débora con un dejo de tristeza.

—¿De qué?

—Magdalena y yo somos las únicas que pudimos escapar de Berlín. Mi anciana suegra, mi amorosa cuñada, mi simpático cuñado y mis adorables sobrinos no corrieron la misma suerte, y eso es algo que me provoca mucha angustia. No sabemos qué ocurrió realmente con ellos. Las noticias que llegan de Europa son muy desalentadoras. Mi hija le ha enviado varias cartas a su prima Isabela, pero no hemos recibido ninguna respuesta. Teodoro asegura que en tiempos de guerra la correspondencia tarda más de lo habitual, o ni siquiera llega a destino. Temo que hayan muerto en manos de esa gente.

Rosario negó con la cabeza.

—No te hace bien pensar en lo que pudo sucederles a tus seres queridos. Estás lejos, y a veces la distancia y la falta de noticias conspiran en nuestra contra. Son épocas convulsas, y aunque sé que no es un consuelo, tenés a tu hija.

—Magdalena es la razón de mi vida. Por ella acepté casarme con un hombre al que no amaba. Teodoro me prometió que nos ayudaría a salir de Alemania y que todo sería más sencillo si me convertía en su esposa. —Débora percibió el asombro en los ojos de Rosario—. ¿Te parece que hice mal?

Rosario tardó algunos segundos en darle una respuesta.

—No soy nadie para juzgar tu vida, Débora. Las decisiones que tomamos marcan nuestro destino, para bien o para mal —Decidió hablarle de sus tragedias—. Hace unos años rompí con mi prometido para que cumpliera su sueño de ser padre con otra mujer. Un

accidente en casa con un revólver me causó un daño irreparable en el útero y nunca podré concebir un hijo.

—¡Oh, Rosario! ¡Lo lamento tanto! —Débora le devolvió el gesto de apoyo, acariciándole la mano.

—Se truncó el sueño de convertirme en madre; sin embargo, creo que ponerle fin al compromiso con Armando me devolvió la libertad que, hasta ese momento, no sabía que tanta falta me hacía. El matrimonio habría sido un fracaso, ahora lo sé.

—Con vos siento que puedo hablar de todo —reconoció Débora sin ningún tapujo—. Teodoro no me escucha y mi hija prefiere encerrarse en su habitación para tocar el violín.

Rosario sonrió. Ella se sentía igual. Habían forjado una bonita amistad que iba más allá de las obras de caridad en la que ambas participaban o las reuniones familiares entre los Navarro Soler y los Schneider debido al noviazgo de Santiago y Magdalena. Lo que ellas tenían era diferente. Muchas veces, bastaba una sola mirada para entenderse. Compartían una complicidad que poco a poco se iba convirtiendo en algo más. Una fuerza irresistible que ninguna de las dos alcanzaba a comprender.

Rosario fue la encargada de dar el primer paso. Lo hizo con recelo, temiendo la reacción de Débora. Tomó su mano y la acercó a su rostro, muy despacio, sin dejar de mirarla. Los delgados dedos de Débora se estremecieron ante aquel contacto que, aunque parecía inocente, guardaba un gran anhelo. Cuando Rosario comenzó a besar sus nudillos, dejó escapar un suspiro.

—Rosario…

Ella no se detuvo, posó la mano de Débora en su mejilla y le sonrió.

—Sé que estás asustada porque yo también lo estoy —dijo mientras entrecerraba los párpados para disfrutar del roce de su piel.

—Supongo que es normal tener miedo —respondió Débora, dejándose llevar por lo que sentía.

—Te juro que no te invité a la estancia con segundas intenciones. Lo único que quería era que compartiéramos una merienda a solas, lejos de nuestros afectos. —Descubrió que a Débora le brillaban los ojos—. Lo que vaya a pasar a partir de ahora entre nosotras será nuestro secreto.

Débora entonces descendió con su mano por el cuello de Rosario y se detuvo justo donde el escote del vestido revelaba el nacimiento de sus pechos. Había sido un movimiento por demás atrevido, y a pesar de que ambas entendían que era algo que jamás hubieran imaginado que sucedería, lo deseaban con cada fibra de su cuerpo. Se acercaron tímidamente, buscándose primero con la mirada. Rosario le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y sujetándola por la nuca, la atrajo hacia ella. Quedaron frente a frente, a tan solo unos pocos centímetros de distancia. Débora contempló la boca de Rosario con ansiedad. Se habían dedicado miradas cargadas de deseo con anterioridad; también, en un juego que les permitía tocarse sin que nadie se diera cuenta, habían compartido roces descuidados o abrazos de despedida que cualquiera hubiese confundido con el que se prodigaban dos amigas muy queridas. Sin embargo, lo que estaban a punto de hacer traspasaba todos los límites. Ambas eran plenamente conscientes de que una vez que cruzaran esa barrera, ya no habría marcha atrás.

Sus labios se unieron en un beso cargado de torpeza. Se separaron un instante y se miraron a los ojos. Aquello era algo completamente desconocido para ellas.

La soledad del campo les permitía una libertad que en una ciudad como Buenos Aires les era esquiva. Repitieron el beso, y en esta ocasión el deseo le ganó con creces a la timidez. Con las manos entrelazadas ingresaron al salón. Atravesaron la sala con la urgencia en la sangre. Subieron de prisa las escaleras y se dirigieron a la habitación de Rosario. Ella cerró la puerta y le indicó a Débora que se parara frente al espejo.

Rosario se acercó por detrás y le soltó el cabello. Los gruesos tirabuzones dorados cayeron sobre los hombros de Débora, enmarcando su rostro ruborizado.

—Sos muy hermosa. Me gustaría plasmar tu belleza en un lienzo —susurró Rosario, mirándola por encima del hombro—. ¿Vas a dejar que te retrate?

—Para mí sería un honor —respondió Débora mientras dejaba que un hondo suspiro se escapara por su garganta.

Rosario colocó ambas manos en la cintura de Débora, presionando suavemente su espalda.

—Serás mi musa inspiradora entonces —le dijo, hundiendo su rostro en el cuello femenino. Comenzó a sembrar su piel con besos húmedos mientras los botones de la blusa de Débora se rendían a sus hábiles dedos de artista.

Entre gemidos y suspiros fueron despojándose de la ropa hasta quedar desnudas. Fue Débora quien tomó la iniciativa de llevarla a la cama. Lo hizo despacio, midiendo cada movimiento como si tuviera miedo de cometer algún error. Rosario la tranquilizó, diciéndole que

era normal sentirse nerviosa. Cuando se atrevió a contarle que estaba a punto de hacer el amor por primera vez, Débora se detuvo.

No se esperaba semejante confesión de parte de una mujer que ya había traspasado el umbral de los treinta.

—¿Estás sorprendida?

Débora asintió en silencio.

—¿Te incomoda?

—No. En cierto modo, también es mi primera vez —repuso ella, acariciándole el vientre con la palma de la mano abierta.

Rosario se incorporó y se apoderó de su boca. Poco a poco fueron perdiendo el miedo y se dejaron arrastrar por la fuerza del deseo. Se recorrieron mutuamente con curiosidad, experimentando la pasión con cada beso, con cada caricia. Juntas aprendieron cómo darse placer, minando sus cuerpos de sensaciones maravillosas. Alcanzaron la cima del éxtasis sin dejar de mirarse a los ojos. Exhaustas y subyugadas por lo que acababan de compartir, cayeron abrazadas sobre la cama.

—Me gustaría que te quedaras a dormir —deslizó Rosario, a sabiendas de que quizá estaba pidiendo demasiado.

Débora respiró hondo. Su cuerpo, atrapado entre los brazos de su amante, todavía temblaba de pasión.

—De verdad quisiera pasar la noche contigo, Rosario —respondió con sinceridad—. Sin embargo, sería demasiado arriesgado no volver a mi casa. Teodoro espera que esté de regreso a la hora de la cena.

Rosario no dijo nada. A pesar de que no le agradaba la idea de que Débora se marchara, sabía que no podían arriesgarse a ser descubiertas. Tenían todo el tiempo del mundo para amarse.

El sol se fue alejando por el horizonte y el campo rápidamente quedó envuelto en la oscuridad. Rosario y Débora compartieron un baño de tina antes de retornar a la realidad. Estaban despidiéndose en el salón cuando unos bocinazos retumbaron en el casco de la estancia.

—Han venido a buscarme —dijo Débora, refiriéndose al chofer de su esposo. Para su desgracia, el hombre era siempre muy puntual.

De mala gana, se separaron y salieron rumbo a la galería.

Débora se alejó unos metros y se volteó de repente. La miró con ansiedad.

—¿Me llamás mañana?

—Mañana y todos los días —prometió Rosario, curvando los labios en una sonrisa.

Esa noche, ninguna de las dos pudo conciliar el sueño. Lo vivido en Las Acacias había cambiado sus vidas para siempre.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1946

Débora presentía que algo malo estaba a punto de suceder. La misma inquietante sensación se había instalado en su cuerpo la noche en la que asesinaron a su esposo durante un acto de vandalismo en la sastrería familiar. Ese terrible episodio que había sumido a Berlín en la violencia aún le causaba pesadillas. No se lo había contado a nadie para evitar que su hija Magdalena continuara sufriendo. Se había convertido en la esposa de alguien importante y no quería que se angustiara por su culpa. Santiago Navarro Soler era

un buen hombre. Aunque intuía que Magdalena no estaba profundamente enamorada de él, esperaba que fuera muy feliz. Escuchó la voz de Teodoro y de inmediato supo que estaba enojado. Hablaba con alguien por teléfono. La puerta del despacho se encontraba entreabierta y eso le permitía oírlo. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando mencionó el nombre de la estancia que la familia de su yerno tenía en Pilar. Las Acacias se había convertido en un refugio donde podían amarse con Rosario sin temor a ser descubiertas. No era sencillo para ninguna de las dos fingir delante de los demás, y en la cómplice soledad del campo gozaban de una libertad que, si bien efímera, les permitía soñar con un futuro en donde nadie las juzgara por lo que sentían.

El repentino silencio al otro lado de la puerta le resultó más perturbador que la voz irascible de su esposo. Llevaba tres años encontrándose a escondidas con Rosario, y quería creer que nadie se había dado cuenta de que entre ellas existía un lazo más intenso que el de la amistad. Siempre habían sido discretas; por eso, la estancia de los Navarro Soler era donde se reunían cada vez que deseaban estar juntas. Respiró hondo y al darse media vuelta sus ojos claros se posaron en el retrato de su único nieto. El pequeño Santiago era la luz de su vida. Los afectos perdidos en Alemania por culpa de un régimen cruel y despiadado jamás serían reemplazados; sin embargo, la llegada a su vida de aquel niño que se parecía tanto a su madre había sido un milagro. Magdalena lo adoraba y ella, como cualquier abuela cariñosa, se ocupaba de consentirlo en todo momento. Acarició su imagen y no pudo evitar acordarse de su querido sobrino Samuel. El hijo menor de Eugen y Aina Eiserman había sido uno de los tantos niños desaparecidos en los campos de

concentración que el Tercer Reich estableció en distintos países de Europa. Su familia completa se convirtió en víctima del odio. La vida digna que había logrado brindarle a su hija en Buenos Aires, jamás sería suficiente para enterrar la culpa de haberlos dejado atrás. Aunque ignoraba realmente qué les había sucedido, las noticias que empezaron a cruzar el océano tras el fin de la guerra no eran las más alentadoras del mundo.

No ganaba nada poniéndose triste. El amor de Rosario la hacía feliz, y esa misma tarde volverían a verse. Se retocó el peinado frente al espejo y abrochó el último botón de su blusa antes de ponerse unas cuantas gotas del perfume que volvía loca a Rosario. Decidió pasar por el despacho para despedirse de su esposo. Llamó y al no oír una respuesta, entró con cierto sigilo. Si estaba enfadado, era mejor mostrarse complaciente.

—Querido, me voy. —Miró el reloj para que no notase su nerviosismo—. Trataré de llegar temprano, aunque no te prometo nada.

Teodoro rodeó el escritorio y le dio un beso. Al separarse de ella, la miró a los ojos.

—¿Adónde vas?

Débora se dio cuenta de su mal humor.

—Te lo dije durante el almuerzo. Hay una reunión en casa de una de las chicas. Estamos organizando una colecta para colaborar con la parroquia Santa Clara.

—¿Y en esa reunión va a estar Rosario Navarro Soler?

Débora se paró en seco. No fue el hecho de que mencionara su nombre, si no el modo irónico en que lo dijo.

—Sí, por supuesto. Es la iglesia donde ha vuelto a oficiar misa su hermano Pedro después de pasar una temporada en el interior…

—¡Dejá de mentir, Débora! —Teodoro la sujetó con tanto ímpetu que casi le hizo perder el equilibrio. Ella tuvo que aferrarse al escritorio para no caerse y entonces, una fotografía se deslizó hasta el suelo. Terminó justo al lado de sus pies. Se agachó para recogerla y sintió que todo se volvía oscuro a su alrededor. Eran ella y Rosario, besándose.

—¡No sé cómo has podido caer tan bajo, acostándote con esa degenerada!

La voz de Teodoro se escuchaba lejos, como si estuviese gritándole a través de una pared muy gruesa. Había empezado a temblar. La foto que evidenciaba su secreto más oscuro le quemaba las manos.

—¿Desde cuándo lo sabés? —Fue lo único que pudo decir mientras se dejaba caer pesadamente en el sofá porque las piernas ya no le respondían.

—Tu recelo a la hora de cumplir con tus deberes de esposa, la distancia que te empeñabas en poner entre nosotros y, sobre todo, ese repentino buen humor, eran claras señales de que algo te pasaba. Siempre fuiste sincera conmigo respecto a tus sentimientos. Te casaste sin amarme y pensé que con el paso del tiempo te habías cansado de mí. —Se sirvió un whisky—. Aun así, no podía concebir la idea de que me estuvieras engañando. Resolví que no era sano quedarse con la duda, por eso te mandé a seguir. Jamás pensé que estuvieras viéndote a escondidas con esa mujer.

—Teodoro, yo… —Intentó darle una explicación, pero nada de lo que dijera lo conformaría. Ni él ni nadie podía entender lo que sentía

por Rosario.

—Ahorrate las excusas, Débora. Lo que has hecho no tiene perdón de Dios. —La miró de arriba abajo con desprecio—. Tal vez si me hubieses engañado con un hombre, te habría podido perdonar… pero ¿una mujer? Me parece lo más aberrante del mundo. Veo esas fotos y me dan ganas de vomitar.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—Esas fotografías son la prueba de tu traición y tu perversidad. Si insistís en continuar con semejante locura, se las mostraré a tu hija. Alejate de esa desviada antes de que sea demasiado tarde.

Débora no dijo nada. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y se echó a llorar. Le dolía en el alma renunciar a Rosario, pero no podía permitir que Teodoro le mostrara las fotos a Magdalena. La vergüenza de que su hija la viera en una situación tan íntima con una mujer pesaba más que lo que sentía por su amante.

Tenía que hablar con ella, y fue el propio Teodoro quien la obligó a hacerlo.

—Hola, Rosario —le temblaba la voz.

—Hola, cariño. Te llamaba para pedirte que hoy cuando vengas, lleves puesto el vestido rojo que usaste en la kermés. Quiero perpetrar en el lienzo el momento exacto en el cual me enamoré de vos.

Débora se mordió los labios.

—Rosario, yo voy a llegar más tarde hoy. —Enredó los dedos en el cable del teléfono—. Será mejor que te adelantes. Yo le pediré al chofer que me acerque hasta la estancia con la excusa de encontrarme contigo allí para juntar ropa para la colecta. Luego nos

volvemos juntas a Buenos Aires. —El silencio al otro lado de la línea le indicó que Rosario no entendía de qué le estaba hablando.

—Nos vemos más tarde, cariño. Te quiero.

Débora dejó caer el auricular del teléfono después de escuchar aquellas palabras de la mujer que amaba. *Yo también te quiero, mi amor*, contestó para sus adentros con el corazón roto en mil pedazos.

*

Las Acacias, partido de Pilar, 1946

La tardanza de Débora no hacía más que aumentar la inquietud de Rosario. Después de hablar con ella por teléfono y pensar lo peor, solo deseaba verla llegar. Sabía que algo andaba mal y la razón de esa perturbadora sensación era Teodoro Schneider. Se le cruzó por la cabeza volver a llamarla; sin embargo, desistió enseguida para no comprometerla. Los nervios le impedían pintar. Tuvo que encender un cigarrillo para ver si lograba calmarse un poco. La casona, con sus altas paredes empapeladas de gris, le parecía más grande y vacía que nunca. Puso un disco de boleros en la vitrola para que la espera no le resultase tediosa. La voz de Agustín Lara con su "Noche de ronda" le acariciaba los oídos. Bailó al compás de la música, con los brazos pegados al cuerpo, como si Débora estuviese allí con ella, moviéndose bajo el influjo de la misma sintonía.

De repente, se percató de que uno de los postigos se movía. Se paró en seco. Justo en ese mismo momento, la música dejó de sonar. Solo se oía el chasquido de la púa raspando el disco de pasta.

Se acercó a la ventana con la esperanza de que se tratase de una ráfaga de viento, pero el aire estaba sereno y el sol ya comenzaba a esconderse en el horizonte. No podía ser Débora. A esas alturas, sospechaba que faltaría a la cita. Se dirigió a la cocina para prepararse una infusión. La taza de porcelana tembló en sus manos cuando escuchó un ruido. Había alguien en la estancia. Los criados se habrían anunciado con ella; no estarían afuera, al acecho. Se cerró la bata sobre el pecho antes de tomar la decisión de salir a investigar qué era lo que pasaba. Retiró la pava del fuego y apagó la luz para que no pudieran verla desde el exterior. Fue dejando los ambientes en penumbras a medida que avanzaba por la casa. El postigo que había originado los extraños ruidos seguía golpeándose. Se acercó y descubrió que el gancho que sujetaba el pestillo se había roto. Suspiró aliviada. No había nada de qué preocuparse. Cuando entró en la cocina, una sombra se cernió sobre ella. Quiso darse vuelta, pero una mano le tapó la boca. Dos hombres se le abalanzaron, tirándola al piso. No pudo ver sus rostros. Llevaban medias de nailon que le cubrían por completo la cabeza hasta la altura del cuello.

—Será mejor que no grites, puta. Nadie te va a escuchar.

Rosario los observó. Ambos llevaban ropas oscuras, y uno de ellos tenía un objeto en la mano. Se le heló la sangre cuando lo blandió hacia ella y distinguió la hoja de un cuchillo.

—¿Qué buscan? ¡No hay dinero en la casa! Puedo entregarles mis joyas. Hay adornos costosos, jarrones chinos y cubertería de plata…

—No nos interesa nada de eso. —El intruso que llevaba la voz cantante le abrió la bata a la altura de los muslos con la punta del

zapato—. Vinimos a otra cosa más placentera, señorita Navarro Soler.

La conocían. No eran simples ladrones. Ahora lo sabía. La misteriosa llamada de Débora y su inesperada ausencia. Se arrastró por el piso, buscando alejarse, pero de inmediato comprendió que no tenía escapatoria posible.

El que llevaba el cuchillo se adelantó y, sujetándola del brazo, la obligó a ponerse de pie.

—Busquemos un lugar más cómodo, Negro —ordenó el que parecía ser el cabecilla.

La llevaron a empujones hasta el salón donde hacía un momento había bailado en solitario al ritmo de un bolero.

—Te estuvimos espiando un buen rato. —Sonreía mientras se pasaba la lengua por los labios—. Acá, mi amigo el Negro se entusiasmó enseguida con vos. Quería entrar y enseñarte lo que te perdés por andar metiéndote debajo de las faldas de otra mina.

Rosario cerró los ojos cuando el Negro comenzó a sobarse la bragueta.

—Está muy necesitado el pobre. Hace poco que salió de la gayola y cuando ve a una mina así, toda perfumada como vos, se vuelve loco, ¿cierto, Negrito? —le dio una palmada en el hombro a su compinche.

El otro, sin dejar de masturbarse, asintió dando cabezadas.

—Bueno, dejemos de chamuyar que estamos acá para otra cosa más agradable. —Miró a Rosario—. ¿Te parece bien el sofá o preferís que vayamos a la pieza? A nosotros nos da lo mismo.

—¡Por favor, váyanse! —les suplicó, cerrándose la bata en un intento por preservar su desnudez. No llevaba nada debajo—. ¡No sé

quién los ha enviado, pero puedo conseguirles dinero, mucho dinero si se marchan ahora mismo de la estancia!

—No queremos plata, *señorita*. Ya cobramos por adelantado. Tenemos vía libre para hacer con vos lo que se nos antoje.

El Negro, desesperado de ponerle la mano encima a una mujer como Rosario, la empujó violentamente contra el sofá. Cuando trató de levantarse, la sometió dándole una bofetada. Aturdida, no pudo evitar que el hombre la despojase de la única prenda que llevaba encima. Se cubrió la entrepierna con ambas manos.

—¡Que desperdicio que toda esa belleza la disfrute una tortillera de nariz parada! —comentó el cabecilla al verla desnuda. Se aproximó y la sujetó del brazo, impidiéndole cualquier intento de fuga.

Mientras el Negro se desabrochaba los pantalones con movimientos algo torpes debido a la excitación, Rosario continuó suplicando que no le hicieran daño.

—No queremos lastimarte, Rosarito. Lo que te vamos a hacer es por tu bien. Quedate quieta que te va a gustar. —Ejerció más presión alrededor de sus muñecas—. Lo vas a disfrutar tanto que ya no te van a quedar ganas de tirarte a la mujer de nadie.

Entonces Rosario ya no tuvo dudas. Aquellos malvivientes estaban allí cumpliendo las órdenes de Teodoro Schneider.

Mientras la bestia, con su rígida y asquerosa masculinidad ultrajaba su cuerpo, Rosario solo podía pensar en lo que estaría padeciendo Débora en manos de aquel hombre. Lloró en silencio porque seguramente ya no volverían a verse.

No supo cuánto tiempo duró la pesadilla. A ella le pareció una impiadosa eternidad. Cuando llegó el turno del cabecilla de exigir su

parte del botín, la sometió a la peor de las humillaciones. Se separó la bragueta, exponiendo su enorme erección. Rosario se negó a obedecer, frunciendo la boca. Entonces el sujeto le apretó la nariz para que no pudiera respirar. Ella no tuvo más remedio que separar los labios para tomar aire. Sentir aquel miembro entrando y saliendo de su boca le provocaba fuertes arcadas. Terminó vomitando encima de él, ensuciándole los pantalones.

—¡La puta que lo parió! ¡Mirá lo que hiciste! —le gritó, empujándola lejos.

El Negro soltó una carcajada.

—¿De qué te reís, pelotudo? —lo increpó, limpiándose el desastre con la carpeta tejida al crochet que adornaba el sofá.

—¡De tu cara de idiota! —retrucó el Negro, hablando por primera vez desde que habían llegado.

Rosario, ignorando el intercambio de insultos, se arrebujó en el suelo, con las piernas flexionadas contra el pecho y el rostro entre los brazos.

—Nos vamos, señorita Navarro Soler. Espero que no esté enojada con nosotros. Solo cumplíamos órdenes.

Rosario se cubrió los oídos para no escucharlo. Permaneció allí, encerrada en un caparazón invisible que la protegía del mundo que la rodeaba, pero cuando abrió los ojos, enfrentándose a la realidad, descubrió que aquellos engendros del demonio se habían ido.

Desnuda y sucia, caminó a su habitación. Cuando pasó frente al espejo, se detuvo. Recién entonces pudo llorar. Corrió al baño y abrió la llave de la ducha. El agua caliente barrió con el apestoso olor que habían dejado en su piel los violadores. Frotó cada rincón de su cuerpo con fuerza para despojarse de cualquier vestigio que le

hiciera recordar lo que había ocurrido. La sangre seca mezclada con semen se deslizó entre sus piernas, perdiéndose en el drenaje.

La humillación, el dolor y la vergüenza no desaparecerían con la misma facilidad. Se quedarían enquistadas en su alma, envenenando su vida para siempre.



MAL TRAGO

Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1946

Débora no dejaba de mirar por encima de su hombro mientras avanzaba por uno de los largos y estrechos pasillos de la enorme Penitenciaría Nacional. Era la primera vez que estaba allí y le había costado tomar la decisión de volver a ver a su esposo. Teodoro Schneider se encontraba recluido en aquel lugar, cumpliendo una condena por falsificación de documentos para ingresar al país, valiéndose de su jerarquía diplomática. Aunque sabía que lo había hecho para ponerlas a ella y a su hija Magdalena a salvo, sacándolas de Alemania justo antes de que estallara la guerra, jamás podría perdonar la vileza de sus actos. La sala de visitas estaba atiborrada de gente. En una mesa al fondo distinguió a Teodoro. Él le hizo señas con el brazo en alto y Débora fue incapaz de moverse. Apretó el bolso contra su vientre y respiró hondo. El guardia que la escoltaba la incitó a avanzar. Mientras caminaba entre los prisioneros de caras alegres por el reencuentro con sus seres queridos, una marea de terribles imágenes se fue sucediendo en su mente como un carrusel de recuerdos macabros. Sintió un sabor amargo en la boca del estómago. Cuando se plantó delante de él y pudo observarlo con más detenimiento, descubrió que el tiempo que llevaba en prisión le había pasado factura. Tenía el cabello salpicado

de blanco y poco quedaba de su color castaño original. Unas profundas ojeras le conferían aspecto de un hombre fatigado. La recibió con una sonrisa, pero Débora percibió de inmediato el desprecio en sus ojos.

—Pensé que nunca vendrías a visitarme —le dijo en tono mordaz, invitándola a sentarse al otro lado de la mesa.

Ella no respondió. Le costaba mirarlo y no escupirle la cara. Le bastó comprobar que no había cambiado nada para decidirse a dar media vuelta y marcharse de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Teodoro intuyó cuál era la intención de su todavía esposa y trató de impedir que se fuera.

—Ya que has juntado el valor suficiente para llegar hasta acá, al menos quedate un momento.

Débora dejó el bolso encima de la mesa y permaneció de pie. Tuvo que tragar saliva y contar hasta diez para no perder los estribos.

—Te doy la razón, Teodoro. No planeaba venir a verte; sin embargo, ahora que estás frente a mí quiero decirte lo mucho que te aborrezco. —Se sentó y lo miró directamente a los ojos—. Jamás pensé que serías capaz de caer tan bajo…

Teodoro se inclinó hacia ella y juntó las manos encima de la mesa. Sus labios se curvaron en una sonrisa maquiavélica.

—¿Vos me hablás de caer bajo? —retrucó, bajando la voz—. ¿Qué calificativo le pondrías al hecho de revolcarte con una hembra? ¡A tu edad, Débora! ¡Debería darte vergüenza!

—No voy a hablar con vos de lo que siento por Rosario. Lo nuestro es demasiado grande para permitir que lo ensucies con tu odio —

respondió, sin importarle que alguien pudiera oírles. Mucho menos en aquel lugar donde se purgaban toda clase de crímenes—. No estamos cometiendo ningún delito.

—Y sin embargo, si todo el mundo supiera lo que vos y esa pervertida hacen en secreto, nadie dudaría en condenarlas —dijo, como si tuviera moral para criticarlas.

Débora no contestó.

—No quiero discutir con vos, querida —se burló Teodoro deslizando la mano por encima de la mesa con el propósito de tocarla.

—¡Ni te atrevas! —le advirtió ella, echándose hacia atrás.

—Está bien, como quieras —capituló él, sabiendo que no ganaba nada haciéndola enojar. —¿A qué has venido?

Ella respiró hondo. Todavía sentía el estómago revuelto.

—Vine a despedirme.

—Te recuerdo que sigues siendo mi esposa…

—¡Me importa un bledo lo que diga la ley acerca de nuestro matrimonio! —saltó Débora, levantando considerablemente la voz. Muchos de los presentes se dieron media vuelta y la miraron—. Rosario y yo nos vamos una temporada a París.

Teodoro no se lo esperaba. Apretó los puños y poco faltó para que diera un golpe con ellos en la mesa.

—¿Te vas de viaje con esa zorra? ¿Cómo es posible que le queden ganas de meterse con vos después de lo que le pasó?

La sola mención de aquel terrible suceso que les había causado tanto daño hizo que Débora reaccionara de modo impensado. Se levantó de golpe y todo el odio acumulado en sus entrañas estalló en una sonora bofetada que le dio vuelta la cara a Teodoro. El

sonido de su mano al chocar con la mejilla acalló el rumor de la gente a su alrededor. Con la respiración entrecortada y el cuerpo en posición de ataque, Débora sacó fuerzas de donde no tenía para repetir la hazaña. Salvo que esta vez Teodoro fue más rápido que ella y alcanzó a sujetarla de la muñeca y evitar que volviera a dejarlo mal parado frente al resto de los prisioneros.

Enfurecido y avergonzado, Teodoro intentó devolverle la ofensa. Uno de los guardias adivinó su intención y logró interponerse entre ambos. Lo obligó a soltar a Débora y con la cachiporra le hizo señas de que volviera a sentarse.

—¡Has llegado demasiado lejos! —le espetó, aniquilándola con sus ojos azules. Estaba tan poseído por la rabia que una de las venas de su cuello parecía el tallo de una planta latiendo con fuerza. Su rostro colorado y el brillo en la mirada le daban un aspecto siniestro.

Débora le agradeció al guardia su oportuna intervención y lo obedeció cuando amablemente le pidió que ocupara su banqueta. Una vez que se aseguró de que los ánimos se habían calmado regresó a su habitual ronda, que finalizaba cuando el horario de visitas concluía.

—Lo que vos hiciste con Rosario es mucho peor —le recriminó. Lo odiaba tanto que, si hubieran estado a solas, lo habría matado allí mismo con sus propias manos.

—Esa mujer tenía que pagar por meterse contigo —dijo Teodoro, a modo de justificación—. Aunque yo haya sido la mente maquiavélica que planeó la venganza, el mayor culpable es Francisco Navarro Soler, y tu amiguita lo sabe.

Débora guardó silencio. Era consciente de que a Rosario le había dolido mucho descubrir que su propio hermano se valió de lo que

sabía sobre ellas para extorsionar a Teodoro. Por un puñado de dinero, Francisco había actuado sin ponerse a pensar en las consecuencias. Rosario, debido al gran amor que sentía por él, había logrado perdonarlo. Ella, en cambio, sentía que ese mismo amor fraternal le impedía a Rosario ver la clase de hombre que era su hermano. El mayor de los hijos varones de don Álvaro Navarro Soler tenía fama de ser un hombre poco fiable, al que le gustaba derrochar dinero a manos llenas y jugarse parte de la fortuna de su familia en una mesa de cartas. ¿Qué se podía esperar de alguien de semejante calaña?

—No voy a defender a Francisco porque creo que no me incumbe —dijo, dejando de lado lo que pensaba de él—. Rosario supo perdonarlo, y él, quizá para alivianar la culpa de lo que provocó, nos dio la oportunidad de alejarnos de Buenos Aires por un tiempo. Más allá de lo que hizo, le agradezco que haya pensado en nosotras.

—¡No podés irte, Débora! ¡Aunque esté metido en este nido de ratas, seguimos siendo marido y mujer! —le recordó, poniéndose a gritar otra vez.

—No necesito tu permiso para irme de viaje con una amiga —respondió con frialdad—. ¿Qué vas a hacer para impedirlo?

Teodoro estuvo a punto de decir algo, pero al ver la actitud prepotente de su esposa no se animó a hacerlo. Nunca la había visto tan segura de sí misma, y saber que ese cambio se debía a Rosario Navarro Soler le carcomía las entrañas. Decidió dejar que creyera que se salía con la suya. Ya tendría la oportunidad de que pagara por su traición cuando fuera puesto en libertad.

Débora tomó su bolso, se puso de pie y se alisó la falda del vestido.

—No vas a volver a visitarme, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Estás en el lugar que te merecés, Teodoro. Un hombre como vos tiene que permanecer encerrado para siempre.

—Sos muy desagradecida, Débora. Las salvé a vos y a tu hija de una guerra que las hubiera destrozado y me pagás con semejante moneda.

Débora asintió.

—Te lo agradecí con creces, convirtiéndome en tu esposa a pesar de que nunca te amé. No puedo seguir a tu lado después de lo que has hecho. Yo viviré con la libertad a medias que significa amar a Rosario; vos dedicate a expiar tus pecados, para que el día que salgas de aquí tengas la posibilidad de rehacer tu vida con una mujer que no te reproche tu pasado, y sobre todo, que se enamore de vos a pesar de tu oscuro corazón.

Él sonrió con ironía.

—¿Ahora me deseás buena suerte?

Débora no le respondió, se dio media vuelta y se alejó del lugar, consciente de que nadie a su alrededor le quitaba los ojos de encima.

Desde su rincón, Teodoro Schneider juró que algún día se vengaría de ella.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, al día siguiente

Rosario acababa de acomodar uno de sus sombreros favoritos en la valija cuando se percató de que Fran la observaba desde la puerta. Estaba recostado sobre el marco, con los brazos cruzados y una expresión melancólica en la mirada.

—No te habrás arrepentido de regalarnos ese viaje a París, ¿verdad?

Francisco soltó un suspiro y se dejó caer sobre la cama con cierta displicencia. Cuando empezó a tamborilear los dedos, dando golpecitos en el estuche donde su hermana llevaría alguna de sus joyas, Rosario supo que aquella despedida sería la más difícil de todas. Apartó la valija y se sentó junto a él. Durante algunos segundos ninguno de los dos abrió la boca. Parecía que necesitaban sumergirse en aquel repentino silencio para poder encontrar las palabras justas y no decir algo que terminara lastimándolos. Rosario no quería marcharse de Buenos Aires peleada con él, mientras que Francisco rogaba para que el viaje a París les devolviera a ambos la paz que tanta falta les hacía. Él, al menos, se conformaba con saber que su hermana sería feliz al lado de la mujer que amaba.

—Sé que todos vamos a extrañarte, pero no… te juro que jamás me arrepentiría de algo que les permitirá estar juntas sin que nadie las juzgue. Los europeos tienen una mente más abierta, sobre todo los parisinos. —Le contó una anécdota protagonizada por el amigo que le dejaba su departamento en el barrio de Saint-Germain-des-Prés y ambos terminaron riéndose.

—Yo también los voy a extrañar —reconoció Rosario, agradecida por aquel momento divertido que acababan de compartir—. Sobre todo, a Santiaguito. Su madre no le hace mucho caso y eso me

preocupa. ¡Creo que pasa más tiempo con su gato Juanito que con ella!

Francisco arrugó el ceño. Aunque Magdalena le parecía una mujer sumamente atractiva y sabía que tarde o temprano caería en su juego de seducción, algo en ella le provocaba recelo. Sin embargo, fiel a sus instintos, no dudaba de que terminaría conociéndola en la intimidad. Y eso era una ventaja sobre su hermano Santiago que no pensaba perderse por nada del mundo; ni siquiera porque Magdalena pudiera resultar peligrosa.

—¿En qué te quedaste pensando? —le preguntó Rosario, dándole un codazo en el estómago.

Él carraspeó. Si su hermana mayor sospechara lo que ocupaba su pensamiento, le habría dado ese codazo en la cabeza en lugar de la barriga.

Ante el silencio de Fran, Rosario decidió hablarle de lo sucedido. Aunque ya le había jurado que no le guardaba rencor, intuía que él seguía embargado por la culpa.

—Fran, tenemos que olvidarlo. Vos, para quitarte el cartel de culpable de la frente, y yo para no volverme loca. Sé que no es fácil, por eso trato de esconder los terribles momentos de esa noche debajo de recuerdos más agradables.

Francisco la besó en la mano y la miró a los ojos.

—¿De verdad me has perdonado? Porque yo simplemente no puedo hacerlo. Jamás debí extorsionar a Schneider usando el secreto de ustedes. ¡Ese hijo de puta se merece lo peor!

—Estabas endeudado y necesitabas dinero para evitar que te mataran, Fran. No actuaste empujado por la sensatez, sino por la desesperación. Y si bien al principio me costó perdonarte, entendí

que no sos responsable de la nefasta decisión que tomó ese miserable en nombre de su venganza. Lo habría hecho tarde o temprano. Tu desafortunada intervención solo le dio el empujón que necesitaba para llevar adelante su macabro plan. —Le acarició la mejilla en donde se asomaba una incipiente barba y sonrió—. No quiero que continúes atormentándote con una culpa que no te corresponde. Además, el regalo que nos has hecho a Débora y a mí demuestra que jamás quisiste causarnos daño.

—Yo solo deseo que seas feliz, hermanita. Y si esa felicidad está al lado de Débora, haré todo lo posible para que puedan vivir su amor sin que nadie las moleste.

Ella asintió. Tenía un nudo en la garganta y no quería llorar justo antes de despedirse de su familia. La esperaba un viaje que ni siquiera en sus mejores sueños había imaginado. No conocía París, y poder vivir esa experiencia al lado de Débora debía bastar para borrar todos los malos recuerdos.

Se abrazaron como si ya no volvieran a verse. Alguien carraspeó con fuerza y Fran soltó a Rosario. Santiago y Pedro entraron a la habitación y se sumaron al abrazo, apretujando a su hermana entre los tres. Permanecieron así al menos un par de minutos, hasta que ella empezó a gritar que la estaban asfixiando.

Pedro se ofreció a llevar la valija mientras que Santiago sería el chofer oficial. Francisco iría de acompañante. Todos querían estar con ella hasta verla subir al avión. El plan era ir a buscar a Débora y partir rumbo al aeropuerto de Morón. En el salón los esperaban Magdalena y el pequeño Santiago. El niño se soltó de la mano de su madre y corrió a abrazar a Rosario. Ella lo apretó contra su pecho con fuerza. Sin duda, él sería a quien más echaría de menos durante

su ausencia. Le enjugó las lágrimas y aunque le prometió que le traería el juguete más costoso de París, Santiaguito le suplicó que no se marchara.

—¡Santiago, no seas caprichoso! —lo amonestó Magdalena tironeándolo del brazo para separarlo de su cuñada.

—Dejalo, Magdalena —le pidió Rosario sin soltar al niño—. Voy a estar un par de meses sin poder verlo. Creo que tengo derecho a pasar con él todo el tiempo que pueda antes de partir.

Magdalena se encogió de hombros y, sin decir nada, fue hasta la mesita de los licores y llenó una copa con coñac. Sentada en su sillón favorito, lo bebió mientras observaba la escena con frialdad.

—¿Te has despedido de tu madre? —preguntó de repente Rosario, preocupada de que Magdalena estuviera bebiendo tan temprano. Era un hábito que la volvía irascible e impertinente.

—No pienso hablar de ella con vos —zanjó, deslizando el dedo por el borde de la copa de cristal.

—¿Ni siquiera le vas a desear buen viaje? —intervino Santiago, harto de la conducta de su esposa.

Magdalena sonrió con ironía. Estaba a punto de decir algo hiriente cuando su prima Isabela hizo acto de presencia en el salón, evitando, sin saberlo, un momento de lo más incómodo.

—¡No te irás sin despedirte! —exclamó Isabela, dirigiéndose a Rosario. La joven alemana, que llevaba poco tiempo viviendo en el país, supo ganarse a pulso el cariño de los Navarro Soler desde el primer momento. Se desempeñaba como niñera, cuidando al hijo de su prima Magdalena. Esto le permitía estar cerca de ella y de su tía Débora. Tras haber perdido al resto de su familia en la guerra,

ahora, a miles de kilómetros de distancia, intentaba construirse una vida, dejando para siempre el horror en el pasado.

Santiaguito, quien sentía una gran predilección por ella, corrió para echarse en sus brazos. Esa confianza que el niño le demostraba no hacía más que exacerbar la rabia de Magdalena. Le lanzó una mirada cargada de desprecio. Podía soportar que intentara robarse a su esposo, pero ganarse el cariño de su hijo era algo que no estaba dispuesta a tolerar. En un arrebato tomó al pequeño del hombro, empujándolo hacia ella. Lo sujetó con fuerza, pegándolo a su cuerpo. Con aquel gesto, Magdalena acababa de marcar su territorio.

Rosario sonrió algo nerviosa. Le preocupaba irse al otro lado del mundo y dejar a su sobrino en manos de una mujer que empezaba a perder el control sobre su vida, afectando la de los demás. Isabela, adivinando lo que pasaba por su cabeza en ese momento, le rozó la mano en un gesto de complicidad.

—Yo cuidaré de él mientras estás lejos —le susurró al oído.

Las palabras de Isabela le devolvieron a Rosario la tranquilidad que Magdalena acababa de quitarle. Le parecía increíble que ambas fueran tan distintas. Las unía un lazo de sangre; sin embargo, mientras Isabela era pura bondad, su prima mayor se había convertido en una mujer fría y calculadora. Le dolía que ni siquiera se despidiera de su madre.

El pequeño Santiago, al ver que su tía Rosario estaba por partir rumbo al aeropuerto, logró desprenderse de las manos de su madre y se abalanzó sobre ella. Magdalena, furiosa ante aquel acto de desobediencia decidió intervenir para amargar la despedida de su cuñada.

—¡Tené cuidado, Santiago! —le advirtió mientras se retocaba el peinado—. ¡No deberías acercarte tanto a tu tía! ¡Hay ciertas enfermedades que se contagian con solo tocar a alguien!

—¿Qué estás diciendo, Magdalena? —Santiago se paró frente a ella con la intención de hacerla callar.

—¡Tu *bobe* Débora se acercó demasiado a ella y terminó convirtiéndose en una pervertida!

Santiago no aguantó más. La sujetó del brazo y la sacó a empellones del salón. Cerró la puerta tras de sí y recién entonces la soltó.

—¿Cómo has podido, Magdalena? —Agradecía que su hijo era demasiado pequeño para entender ciertas cosas. Aun así, dudaba de que, con su inteligencia, Santiaguito no empezara pronto a hacer preguntas incómodas.

Ella no le respondió. Soltó un bufido y volvió a arreglarse el cabello.

—La madre de tu hijo soy yo —le recordó—. No voy a permitir que nadie se interponga entre él y yo. Mucho menos la loca de tu hermana o la puta de tu amante.

—¡No hables así de ellas! —bramó Santiago, alzando el brazo en un gesto amenazante.

—¿Acaso no es la verdad? Te acuestas con mi prima y ella está haciendo hasta lo imposible por ganarse el cariño de mi hijo. No le basta con haberme arrebatado a mi esposo. ¡Ahora quiere quedarse también con el niño!

—¡Bajá la voz, por favor! —le exigió.

Magdalena se encogió de hombros y se dio media vuelta en dirección a las escaleras. Apoyó una mano en el barandal y lo miró.

—Lo bueno de ese dichoso viaje es que al menos me libraré de la presencia de tu hermanita por un par de meses —manifestó, soltando todo su veneno—. Ojalá pudiera decir lo mismo de Isabela.

Santiago tuvo que morderse la lengua para no insultarla. No valía la pena perder tiempo con ella. Regresó al salón y se dio cuenta de que la patética escena que había protagonizado su esposa dejó en la atmósfera una sensación de agobio. Recibió de buen gusto la sonrisa comprensiva de su amada Isabela y se apoderó de la valija de su hermana, haciéndose cargo de la situación, como solía hacerlo cada vez que algo se salía de los planes.

Rosario respiró hondo, sonrió y volteó la cabeza para echarle una última mirada a su hogar. Se le llenaron los ojos de lágrimas al ver que su sobrino, prendido a la cintura de Isabela, la despedía agitando la mano con entusiasmo.



LO QUE NO DIJE

Barrio de Barracas, Buenos Aires, 1949

Esa tarde de primavera, el café El Progreso estaba concurrido. La clientela, en su mayoría masculina, comentaba el resultado de los partidos de fútbol del último fin de semana, mientras en una de las mesas del fondo una muchacha revolvía su taza sin apartar la mirada de la ventana. Parecía que lo que llamaba su atención se encontraba al otro lado de la calle. Su delgada silueta, elegantemente sentada en una de las sillas Thonet, no pasaba desapercibida. Mucho menos su abundante cabellera rojiza, recogida en una cola de caballo en lo alto de la cabeza. Un mozo se acercó para preguntarle si necesitaba algo más.

—Estoy bien, gracias —respondió Anita al darse cuenta que el café se había enfriado. Pensó en pedir otro, sin embargo no tenía sentido. Sabía que en cualquier momento la persona que esperaba ver aparecería saliendo del edificio de enfrente. Sacó dinero del bolso y lo dejó sobre la mesa. Cuando se puso de pie, los hombres que estaban más cerca la miraron de reojo, admirando su belleza. Algunos incluso respiraron hondo para quedarse con el aroma del perfume que fue dejando a su paso mientras abandonaba el lugar.

La joven aminoró el paso al alcanzar la esquina de la calle California. Estaba nublado, pero reinaba una temperatura cálida en

el ambiente. Había dado muchas vueltas antes de decidirse a hacer aquello. Ni siquiera estaba segura de cómo reaccionaría al enfrentarlo con la verdad. Sonrió con amargura. Esa batalla ni siquiera le correspondía a ella pelearla. Si se había armado de coraje para llegar hasta allí era porque detestaba la mentira, y su padre llevaba engañándolos a todos desde hacía mucho tiempo. Encendió un cigarrillo para matar la espera. Podría haberse quedado en El Progreso hasta verlo abandonar el edificio donde se encontraba con su amante, pero le incomodaba atraer la mirada de los hombres a pesar de no buscarlo para nada.

Un automóvil pasó muy cerca y dobló en la calle Montes de Oca. Cuando le tocó bocina, ella le mostró el dedo medio en un gesto obsceno. Se rio al recordar los retos de las monjas del colegio cada vez que se peleaba con alguna de sus compañeras y remataba la discusión con aquel mismo ademán. En muchas ocasiones, a sabiendas de que la rectora la estaba espiando, lo hacía a propósito, apuntando el dedo hacia ella. Sin duda, su infancia y su adolescencia fueron marcadas por una rebeldía que la ayudaba a evadir el dolor. Arrojó el cigarrillo al suelo en un gesto de rabia y lo aplastó con el taco de su zapato. No quería llenar su cabeza de recuerdos oscuros precisamente ahora. Necesitaba estar lúcida para salir airosa del encuentro con su padre. Retrocedió sobre sus pasos y cruzó la calle para esperar fuera del edificio en donde don Braulio von Keller se reunía con su amante.

La puerta se abrió de repente. No era él. Se trataba de una mujer que sacaba a pasear a su perro. Notó que la miraba con cierta desconfianza. Apenas unos pocos minutos más tarde, alguien más salió del edificio. Anita respiró hondo. Su padre iba distraído y no se

percató de su presencia. La vio cuando llegó al final de las escalinatas y se quedó de piedra. Estaba blanco como un papel y con la boca abierta.

—Hola, papá. —Se acercó despacio, consciente de que jamás se hubiera imaginado encontrársela allí.

Braulio miró por encima de su hombro, como buscando a alguien más.

—Vine sola —le dijo.

—¿Qué… qué estás haciendo acá, hija? —Se arregló el cabello. Un mechón húmedo le caía sobre la frente, húmeda también con el sudor provocado por los nervios.

—Creo que ambos sabemos la respuesta, papá. ¿Le gustaría que conversáramos en otro lado?

—Tengo el auto estacionado a la vuelta. ¿Vamos? —le propuso don Braulio.

Anita asintió. Lo que tenían que hablar no podía ser tratado en medio de la calle. Doblaron en la esquina y solo caminaron un par de metros hasta llegar al vehículo. Braulio se apresuró a abrirle la puerta del lado del acompañante, aunque se tomó unos cuantos segundos para ocupar su lugar.

—Si he venido a buscarlo es solo porque quería confirmar lo que llevo sospechando desde hace tiempo —le explicó, sin dar demasiadas vueltas.

—Hija, no creo que vos y yo debamos tener esta charla —repuso su padre, poniéndose colorado.

—¿Hubiese preferido que se lo contara a mamá?

—¡No, por supuesto que no! —saltó don Braulio, sujetando el volante con vehemencia—. ¡No sé qué te estarás imaginando, pero

te juro que no es lo que parece!

Los labios pintados de rojo de Anita se curvaron en una sonrisa cargada de ironía.

—Ya no soy una niña, papá, y sé diferenciar muy bien las cosas. He sido testigo de cómo usted y la señora Sabina intercambian miradas, que de discretas tienen muy poco.

—Sabina es la madre de mi socio y la viuda de un querido amigo…

—Sé muy bien quién es Sabina Mendizábal —replicó Anita, molesta. No le gustaba que la trataran de tonta—. Esa señora es una mujer sin escrúpulos, que no le importa enredarse con un hombre casado.

Braulio von Keller se quedó mudo. Era difícil refutar las acusaciones de su hija cuando acababa de descubrirlo saliendo del edificio donde vivía Sabina. Podía inventar una excusa creíble sobre una falsa reunión con su socio, pero presentía que nada de lo que dijera convencería a su hija de que estaba equivocada. Decidió entonces reconocer su error y suplicar que no lo expusiera delante de Ernestina.

La miró directamente a los ojos y al percibir el destello de rabia en sus pupilas azuladas, tragó saliva. Anita se había convertido en una joven independiente, que no se dejaba avasallar por nadie. Nunca había sido fácil lidiar con ella; mucho menos entenderla. Les había hecho la vida imposible con su constante mal comportamiento. Con la ayuda de su abuela se había ido de casa tras cumplir los veintiún años. Hizo caso omiso a las palabras de Ernestina, que le aseguraba que no tenía edad para irse a vivir sola y que estaría en boca de todo el mundo. Por supuesto, él trató de persuadirla para complacer

a su esposa. Todo resultó en vano. Anita, una vez más, decidió no escucharlos.

—No tiene sentido que lo niegue —reconoció muy a su pesar—. Sabina y yo nos hemos estado viendo desde hace un tiempo…

—¿Desde cuándo? —quiso saber ella.

—¿Acaso importa?

—A mí sí.

Braulio dejó escapar un suspiro.

—Todo empezó poco después de la muerte de su esposo. Me dijo que se sentía sola, que no le bastaba con la compañía de su hijo y yo me acerqué, primero porque me daba lástima. Luego, cuando me quise dar cuenta, estaba atrapado en sus redes.

—Habla de ella como si fuera una especie de viuda negra —repuso Anita, sorprendida. No le caía bien la mujer; sobre todo después de haberla visto coqueteando con él casi en las narices de su madre; aun así, le parecieron exageradas las palabras para referirse a ella.

—La vida al lado de Ernestina no ha sido fácil, hija. Cuando Sabina me dedicó un poco de atención, sentí que por primera vez en mucho tiempo le importaba de verdad a alguien. Es una mujer muy hermosa y supo muy bien cómo seducirme. Te voy a contar algo que nadie sabe…

—¿De qué se trata?

—Sabina prácticamente me obligó a que nombrara a su hijo Agustín como socio de la tienda de antigüedades. Intentó hacerlo de manera sutil, pero cuando le dije que mi intención era que tu hermano ocupara ese lugar, empezó a hablarme maravillas de él y terminé cayendo en su trampa. Me propuso que lo contratara a prueba, asegurándome que nunca encontraría a un socio más

eficiente. Y la verdad es que acertó. Agustín Mendizábal es un joven inteligente y sagaz. Me demostró también que es un gran comerciante, cualidades que me hubieran gustado encontrar en mi propio hijo. Pero vos y yo sabemos que Lisandro no tiene madera para dedicarse al comercio.

—¿Y solo por eso aceptó que su hijo se convirtiera en socio? —A Anita le importaban muy poco los tejes y manejes del negocio familiar. Lo que realmente le indignaba era que su padre se hubiese dejado manipular de aquella manera por la mujer con la cual se acostaba.

—Y no me arrepiento, hija. Si a mí me llegara a pasar algo, sé que la tienda de antigüedades quedaría en las mejores manos. Agustín es ambicioso, pero también es un hombre justo. No se parece en nada a Sabina. Heredó el buen carácter de su padre, que Dios lo tenga en su gloria.

Anita no dijo nada. Aunque conocía a Agustín jamás se había fijado en él como hombre. Le bastó ver sonreír a su padre para darse cuenta de cuál era su intención al mencionar a su socio.

—¡Ni se le ocurra, papá! —le advirtió, creyéndose dueña de la situación. Era él quien estaba en desventaja y no iba a permitir que tratara de llevarla a un terreno donde no se sentía cómoda.

—¿Por qué no, hija? Agustín es un excelente partido y me consta que te mira con muy buenos ojos.

—¡Jamás me enredaría en una relación amorosa precisamente con el hijo de su amante!

Aquellas palabras bastaron para que su padre dejara de insistir, al menos de momento.

—Sos una mujer hermosa, Anita, y mamá es de las primeras que sueña con verte formar tu propia familia —dijo, consciente de la debilidad que sentía por su abuela.

—Ella sabe que no tengo deseos de enamorarme, tampoco de casarme… —Hizo una pausa. Era un tema que siempre le causaba escozor—. Estoy contenta con mi trabajo y la libertad que me brinda tener mi propio departamento, sin nadie que se meta en mi vida.

Braulio sabía que su empleo en una de las revistas más leídas del país como redactora *amateur* la hacía feliz. Había conseguido la oportunidad de dedicarse a una de sus pasiones, la escritura, gracias a la intervención de su hermano Lisandro, quien se había convertido en periodista. No le gustaba inmiscuirse en sus cosas; aun así, se sintió con derecho de hablarle con el corazón en la mano.

—Hija, sé que no soy el mejor esposo del mundo. Me temo que tampoco he sido un padre ejemplar; sin embargo, el bienestar de mi familia es mi prioridad. Te juro que cuando te vi parada en la vereda me morí de la vergüenza. Pensé en inventar alguna excusa y me di cuenta de que no quería engañarte.

—Va a pedirme que me calle la boca, ¿verdad? —lo interrumpió Anita adivinando su intención.

Braulio von Keller negó con la cabeza.

—Podés hacer lo que quieras. Estoy dispuesto a enfrentar las consecuencias de mis errores, aunque eso lleve mi matrimonio a la ruina.

Si lo que buscaba era crearle un sentimiento de culpa a su hija, lo estaba logrando.

—Papá…

Él le tomó la mano y sonrió.

—Ya no hablemos de eso. Esta noche tengo que tomar un tren y deseo volver a casa para pasar tiempo con mi familia antes de viajar. ¿Venís a cenar? A Lourdes le haría mucha ilusión verte. Todos los días me dice lo mucho que te extraña y lo mal que le sabe no reunirse con vos más a menudo.

Anita suspiró. Aquel había sido un golpe bajo. Cada vez que pensaba en Lourdes, le dolía el corazón.

—Ella no tiene la culpa de nada…

—Yo tampoco soy culpable, papá —replicó Anita, haciendo un gran esfuerzo por no dejarse dominar por los recuerdos.

—Esa triste historia quedó enterrada en el pasado, hija. —Le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja en un gesto de cariño que pocas veces le brindaba—. Como familia, hicimos lo que creímos era lo mejor para todos.

Anita guardó silencio. La familia que la había salvado, según su madre, del escarnio social, era la misma que cuando se atrevió a contar lo que había pasado la trató de fabuladora. Una vez más, su abuela Agnes fue la única que creyó en su palabra, pero su abuela no pudo hacer nada para cambiar el destino que los Von Keller le habían marcado.

—Lourdes no tiene por qué saber la verdad —sentenció su padre. Se mostraba comprensivo, aunque todavía le costaba asimilar lo sucedido.

—Mamá y usted nunca me creyeron…

—Por favor, Anita, no vuelvas con esa historia.

—Entiendo que para ustedes era más sencillo pensar que su hija, la libertina, se había abierto de piernas ante el primer chico que se le acercó con intenciones poco decentes. Para mamá siempre ha

sido más importante lo que piensan los demás, por eso prefirió barrer la basura debajo de la alfombra.

Braulio la soltó. No tenía ganas de revolver el pasado. A pesar de tener muchas dudas, se había dejado envolver por el poder de convencimiento de su esposa. Además, las acusaciones en contra de su amigo de la infancia eran demasiado espantosas. Y todos sabían que, en esa época de rebeldía, Anita habría sido capaz de inventar cualquier cosa.

Ante el rotundo silencio de su padre, la joven decidió no insistir. No tenía caso seguir hablando de una historia que todavía continuaba distanciándola de sus seres queridos.

—¿Cenás con nosotros esta noche, entonces? —preguntó don Braulio, escapando de la conversación.

Ella, con cierta apatía, asintió. No tenía planeado aceptar; sin embargo, echaba mucho de menos a su abuela. Con Lourdes, en cambio, era muy diferente. Nunca sabía cómo tratarla, y por eso en varias ocasiones inventaba compromisos para no ir la casa familiar. A veces, mantener la distancia era la única manera que encontraba para lidiar con sus fantasmas.

Durante el trayecto desde el barrio de Barracas hasta San Isidro intercambiaron unas pocas palabras. Anita fingía descansar mientras don Braulio conducía, perdido en sus propios pensamientos. Llegaron cuando ya empezaba a oscurecer. El ladrido de unos perros resguardados detrás de un paredón rompió con el silencio reinante del barrio. Anita abrió la puerta del Sunbeam-Talbot gris perla, pero su padre la detuvo.

—No tengo derecho a pedirte que te quedes callada, hija. Aun así, pensá bien lo que vas a hacer —le dijo en tono suplicante.

Ella, quizá demasiado acostumbrada a guardar secretos, decidió darle una oportunidad.

—Le propongo un trato, papá.

—Te escucho.

—Si me promete que va a dejar a esa mujer, no le diré nada a mamá.

Braulio no vaciló en aceptar su propuesta.

—Te juro que cuando regrese de mi viaje al Tigre hablaré con Sabina para poner fin a nuestra relación.

—Hay algo más.

Su padre frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—No trate de propiciar un acercamiento entre Agustín Mendizábal y yo. Creo que, dadas las circunstancias, no es adecuado que nos frecuentemos con intenciones amorosas.

A pesar de que no estaba de acuerdo con ella, don Braulio no puso ninguna objeción. Le aseguró que ya no le hablaría de su socio en términos de un posible noviazgo, aunque se atrevió a decirle que esperaba que muy pronto conociera a alguien especial.

Anita no le respondió. Se llevaba bien con la soledad y no necesitaba de un hombre para ser feliz; mucho menos para complacer a su familia.

Ingresaron a la propiedad y don Braulio se bajó del coche para cerrar el portón. Ella entonces aprovechó para dirigirse a la casa. Estaba subiendo las escalinatas del porche cuando la puerta principal se abrió de repente.

—¡Hermanita, qué alegría!

Lourdes se le tiró encima para abrazarla.

Al principio, aturdida por la sorpresa, Anita permaneció quieta, con ambos brazos pegados al costado del cuerpo. Respondió al recibimiento efusivo de la jovencita con tibieza. Cuando Lourdes la soltó para darle un beso en la mejilla, pudo sonreír.

—Papá me pidió que viniera a cenar porque sale esta noche de viaje —le dijo, como si tuviera que justificar su presencia allí.

—¡Sí, tiene que reunirse con un anticuario mañana muy temprano y por eso decidió salir en el tren de esta noche! —Lourdes la tomó del brazo para entrar juntas a la casa.

Don Braulio las alcanzó en el vestíbulo y saludó a su hija menor con un beso en la frente. Los tres se detuvieron de repente cuando Ernestina apareció en escena. Era demasiado evidente que no se esperaba la visita de Anita, aunque hizo un gran esfuerzo por disimularlo. Para evitar prolongar la incomodidad de la situación, Anita se dirigió al salón para saludar a su abuela. Iba tan ensimismada que no se percató de que Lourdes la seguía.

—¡Anita, esperá!

Ella se volteó, y al ver el rostro de la muchachita de trece años sintió un vuelco en el estómago.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Lourdes, mirándola con sus ojos bien abiertos, turquesas, como dos pozos de agua cristalina, que resaltaban en su rostro de piel de alabastro. Su larga caballera, de un castaño rojizo, serpenteaba sobre los hombros al compás de sus movimientos.

—No, es solo un poco de cansancio.

—¿Fuiste a la revista hoy?

Anita mintió.

—Sí, necesitaba terminar un artículo para mañana.

—No deberías trabajar tanto, hermanita —manifestó Lourdes con cierta preocupación—. Mamá dice que estás en edad de encontrar un buen partido.

—Ella no siempre tiene la razón —replicó, alzando un poco la voz. Le molestaba que su madre insistiera en su absurdo plan de buscarle marido. Porque ver a su hija rebelde bien casada, para su mala fortuna, era el mayor de los anhelos de Ernestina von Keller.

—La abuela también piensa que deberías hacer más vida social.

Anita cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ya no soy una niña para que me digan lo que debo hacer —sentenció, pero al notar que Lourdes soltaba un suspiro, esbozó una sonrisa. Se sintió mal de repente. Al fin y al cabo, ella no era culpable de nada—. Cuando tengas mi edad y mamá te atosigue con las mismas pretensiones te acordarás de mis palabras.

La adolescente negó rotundamente con la cabeza.

—¡Voy a casarme con quien yo elija! ¡Ni mamá ni papá tendrán vela en ese entierro! —afirmó, poniéndole énfasis a sus palabras con la impetuosidad que la caracterizaba.

Anita esperaba que Lourdes tuviera mejor suerte que ella. Se llevaba bien con su madre, y eso era un gran alivio. Fueron interrumpidas por doña Agnes, quien salió del salón al oír las voces de sus nietas.

—¡Abuela! —Anita le dio un largo abrazo y no pudo evitar que unas cuantas lágrimas rodaran por sus mejillas cuando se apoyó en el hueco de su hombro.

—¡Anita, *cherie*! ¡Si hubiera sabido que venías te habría preparado tu postre favorito! —La miró de arriba abajo, estudiándola con esmero—. ¿Has perdido peso o soy yo que veo mal?

—Está más flaca, abuela —repuso Lourdes, metiéndose en la conversación.

—No quiero arrepentirme de haber apoyado tu decisión de irte a vivir sola…

—¡No he perdido peso y tampoco estoy enferma! —saltó Anita, apretándole la mano. A ella, en cambio, sí la notó más delgada. El anillo de esmeraldas que siempre llevaba en el dedo índice se le movía—. Lo que pasa es que ya no me ven a diario, y cuando me asomo por aquí les parece que he cambiado.

Doña Agnes y Lourdes intercambiaron miradas incrédulas, aunque ninguna dijo más nada para no molestarla. Ahora que la tenían allí, no iban a perder el tiempo discutiendo con ella. Se dirigieron juntas al salón a escuchar un poco de música mientras esperaban que la cena estuviera lista. Anita se enfrascó en el nuevo rompecabezas que había empezado su abuela, mientras Lourdes bailaba al compás de un vals de Schubert. Agnes contempló a sus nietas con una sonrisa en los labios. Le gustaba verlas juntas; por eso lamentó que una de las criadas viniera a anunciarles que ya podían pasar al comedor.

La velada resultó amena. Aunque hubo unos momentos de tensión entre Anita y su madre cuando Ernestina volvió a tocar el asunto de vivir sola. La ausencia de Lisandro, quien había llamado más temprano para avisar que tenía una cena con amigos, solo sirvió para poner de mal humor a Ernestina. El viaje de Braulio al Tigre fue la excusa perfecta para no prolongar la sobremesa. Su tren salía esa noche de Retiro, y como le gustaba llegar puntual a todos lados prefería esperar en la estación. Le dijo a Anita que podía dejarla de pasada en su departamento, pero ante la insistencia de Lourdes en

que esa noche durmiera allí, rechazó la oferta de su padre. La verdad era que la joven no creía poder resistir otro viaje a su lado después de lo que había descubierto esa tarde. La abuela Agnes aplaudió su decisión y Lourdes no tardó en pedirle que compartieran su habitación. Anita estaba a punto de aceptar; sin embargo, le bastó ver la expresión severa en el rostro de su madre para decirle que prefería dormir en su propia cama.

Cuando llegó la hora de que la familia despidiera a don Braulio, Anita lo apartó un momento para recordarle la promesa que le había hecho. Él la abrazó y aprovechó para susurrarle algo al oído.

—Jamás rompo mis promesas, hija. Te quiero. —La miró a los ojos y le dejó un beso en la frente.

Anita no pudo evitar emocionarse. Rara vez su padre se mostraba así de cariñoso con ella. No quería hacerse ilusiones; no obstante, esperaba que cuando él regresara de su viaje al Tigre las cosas entre ambos comenzaran a mejorar.

Exhausta, logró escabullirse hasta su habitación antes de que Lourdes volviera a tratar de convencerla de que durmieran juntas. Cerró la puerta y permaneció allí un rato, con las luces apagadas. Una estela de luz que se filtraba por uno de los postigos iluminaba parte de la cama. Hacía mucho que no entraba a su habitación y parecía que el tiempo se hubiera detenido. Incluso una de sus viejas muñecas de porcelana descansaba en la butaca, frente al secreter. Sabía que aquello era obra de su abuela. Doña Agnes, tal vez guardando la esperanza de que ella regresara a vivir con su familia, le había dado instrucciones a las criadas para que todo permaneciera del mismo modo que lo había dejado al mudarse a su moderno departamento del barrio de Caballito.

Respiró hondo y descubrió que incluso olía igual que siempre. Avanzó lento, guiándose por la estela de luz que entraba por la ventana. Rozó la lámpara con los dedos, pero no la encendió. De repente, el tictac del reloj despertador se volvió ensordecedor. Los buenos momentos pasados entre aquellas cuatro paredes no eran suficientes para borrar el infierno que sabía había vivido la noche en la que, presa de una fuerte fiebre, se convirtió en la víctima de un monstruo perverso. Volvió sobre sus pasos sin mirar atrás y al tropezarse con la alfombra, casi se cae. Con el corazón agitado y el estómago revuelto, llegó hasta la puerta. No pudo abrirla. Era plenamente consciente de que no la había cerrado con llave; sin embargo, el picaporte no respondía. Lo sacudió con violencia y al ver que se resistía, trató de gritar. Pero justo en ese momento, la puerta se abrió como si nunca hubiera estado trabada. Salió al pasillo vacío y bajó corriendo las escaleras. No deseaba cruzarse con nadie para no tener que dar explicaciones de por qué esa noche no dormiría en su habitación. Entró al despacho de su padre, cerró la puerta con sigilo y se dejó caer en el sofá. Acomodó un par de almohadones en el rincón y se arrebujó, con las piernas apretadas contra el pecho. Le costó conciliar el sueño, pero se sentía segura allí, rodeada de los libros y las figuritas de porcelana antigua que su padre guardaba con tanto recelo.

Despertó en medio de una pesadilla, con el cuerpo bañado en sudor y el corazón saltando en el pecho. Al abrir los ojos, incluso creyó ver un crucifijo de plata balanceándose frente a su rostro. Respiró hondo para tratar de serenarse. Escuchó un portazo y se asustó. ¿Quién estaría haciendo semejante escándalo a esas horas de la madrugada? Extendió el brazo para alcanzar la lámpara que

estaba en el escritorio y la encendió. Eran las dos y quince de la mañana. Esperó un instante a ver qué pasaba. Entonces un grito aterrador resonó en toda la casa. Perdida entre la niebla de los sueños y la inquietante realidad que la rodeaba, Anita salió del despacho a toda prisa. La que había gritado era su madre. Estaba segura de ello. Lo primero que vio fue que la puerta del salón se encontraba abierta. Al pie de las escaleras, se cruzó con su abuela y con Lourdes.

—¿Qué sucede? ¿Ha sido Ernestina la que ha gritado? —quiso saber doña Agnes bajando los peldaños con la ayuda de su nieta menor.

Anita no supo qué decirle. Incluso no estaba segura de que llevarlas al salón fuera la mejor idea. Ignoraba el motivo de que su madre se pusiera a gritar de esa manera y temía por la frágil salud de su abuela. Le hizo un gesto a Lourdes para que le siguiera la corriente.

—Abuela, seguramente mi madre tuvo un ataque de nervios al despertarse y descubrir que papá no estaba a su lado en la cama. ¡Es tan despistada que se ha olvidado que salió de viaje al Tigre! ¿Por qué no vas con Lourdes a la cocina y le preparas un té de tila? Sabes que es lo único que logra tranquilizarla cuando no logra conciliar el sueño. Yo, mientras tanto, me quedaré con ella. —Las instó a moverse y tanto doña Agnes como Lourdes no tuvieron más remedio que atender a sus demandas.

Anita esperó hasta verlas desaparecer tras la puerta de la cocina y se dirigió de prisa al salón. Su madre no estaba sola. Lisandro la tenía entre los brazos, tratando de sostenerla porque parecía que, de un momento a otro, sus piernas ya no serían capaz de

mantenerla en pie. Corrió hacia ellos y miró a su hermano mayor buscando una explicación.

—¡No puede ser verdad! —Ernestina empezó a golpear el pecho de su hijo con los puños mientras no dejaba de sollozar.

—¡Mamá, soy yo, Anita! —La sujetó firmemente por los hombros. Sentía que Lisandro ni siquiera sabía cómo lidiar con ella.

Ernestina no pareció escucharla. Su cuerpo, retorciéndose en estertores, se tambaleó sobre el sillón y quedó tendido allí, todo tembloroso.

—Es papá… —dijo por fin Lisandro con la voz estrangulada—. Ha habido un accidente.

Anita experimentó un vuelco en el estómago que casi le corta la respiración. Apretó el brazo de su hermano, exigiendo saber más.

—El tren en el que viajaba chocó de frente con otra formación, cerca del barrio de Palermo. La noticia llegó a la redacción del diario *La Nación* y un periodista amigo me llamó apenas leyó la lista de pasajeros que proporcionó un empleado de la línea Mitre.

—¿Aparece el nombre de papá? —Le daba miedo preguntar.

Lisandro asintió.

—No puede ser… —Anita negó con la cabeza. Miró de reojo a su madre. Musitaba algo ininteligible mientras daba puñetazos al sillón.

—Hay muertos, Anita.

Aunque era posible que su padre se hubiera salvado del siniestro, las palabras de Lisandro presagiaban el peor de los escenarios. Justo en ese instante, doña Agnes aparecía en el salón, acompañada de Lourdes. Ellas también lo escucharon y al enterarse de lo que acababa de suceder, se echaron a llorar una en los brazos de la otra.

La anciana se descompensó ante la posibilidad de que su único hijo se encontrara entre las víctimas fatales.

—Deberíamos ir hasta el lugar del accidente —sugirió Anita sin pensar realmente en lo que acababa de decir—. Tal vez papá se encuentre aturdido o es posible que lo hayan trasladado a un hospital. ¡No podemos quedarnos aquí esperando noticias!

Lisandro compartía su misma desesperación; con todo, encontró la fuerza necesaria para hacerse cargo de la situación.

—Mi amigo quedó en llamarme si había alguna novedad. Ir hasta allí no tiene sentido; solo entorpeceríamos las tareas de rescate. El choque ocurrió cerca de la medianoche y los bomberos llevan más de dos horas trabajando.

Anita se acercó a su abuela y le ofreció un poco de agua.

—Mi hijo no puede estar muerto, *cherie* —susurró, con los ojos llenos de lágrimas.

—No, abuela. Papá aparecerá por esa puerta de un momento a otro, ya lo verás. —Le acarició la mejilla y le indicó a Lourdes que se quedara con ella mientras se ocupaba de su madre.

Se sentó junto a Ernestina y le apretó las manos para que dejara de golpear el sillón.

—Mamá, por favor, tranquilízate. No ganamos nada poniéndonos así. —La asió suavemente de la cabeza para recostarla sobre su hombro y le acarició la espalda. No era sencillo mantener la calma cuando sentía que todo a su alrededor estaba a punto de estallar. Tuvo que respirar profundo muchas veces para evitar derrumbarse. Debía ser fuerte, no solo por ella. Su madre, la abuela y Lourdes la necesitaban más que nunca.

Permanecieron en una vigilia tortuosa hasta que por fin el teléfono sonó.

Lisandro, quien no se había separado del aparato, tardó unos segundos en reaccionar y sus movimientos, algo torpes debido a los nervios, parecían desenvolverse en cámara lenta. Sus prolongadas pausas de silencio, mientras escuchaba a su interlocutor, no hacían más que aumentar la tensión. Cuando finalizó la llamada, permaneció un momento de espaldas a su familia mientras con manos temblorosas se tocaba el lóbulo de la oreja.

Anita fue la primera en atreverse a preguntar. Aunque la verdad resultara demasiado dolorosa, era peor no saber qué destino había tenido su padre.

—¿Qué te han dicho?

Lisandro carraspeó y se giró sobre sus talones. Los ojos acuosos y la palidez de su rostro hablaban por sí solos.

—El accidente ha sido catastrófico. Aún se desconoce el número total de víctimas fatales porque los bomberos continúan trabajando en el lugar. —El nudo de angustia que tenía en la garganta le impidió decir algo más.

Anita intuía que su hermano callaba para no revelar la noticia menos deseada. Se acercó a él y puso una mano en su hombro.

—Papá no sobrevivió, ¿verdad? —Lo dijo en voz baja; sin embargo, sus propias palabras le sonaron a algo irreal. ¿Cómo hablar de la muerte de su padre cuando hacía apenas unas horas habían compartido la cena?

Lisandro movió la cabeza, dándole la respuesta que ella no esperaba y entonces la poca fuerza que la mantenía en pie, la abandonó por completo.

Entre lágrimas y gritos de impotencia, los Von Keller se enfrentaban a una de las peores tragedias de su vida.

*

San Isidro, provincia de Buenos Aires, unos días después

El negro era un color que no le sentaba bien porque hacía resaltar demasiado su melena pelirroja. Odiaba tener que llevar luto, pero no estaba de ánimo para discutir con su madre. Ernestina había insistido en que todos llevaran prendas oscuras en señal de respeto hacia su difunto marido. Para no llamar mucho la atención, escondió el cabello debajo de un casquete de terciopelo color negro y se cubrió la parte superior del rostro con el tul que lo acompañaba. Habían pasado tres días desde el accidente ferroviario, y una vez que se confirmó que el nombre de Braulio von Keller figuraba en la lista de las veinte personas fallecidas en el siniestro ocurrido en el barrio de Palermo, todo fue un ir y venir de trámites legales y preparativos fúnebres.

Ernestina, resquebrajada por el dolor, tuvo las fuerzas necesarias para que las exequias de su querido esposo fueran inolvidables. El velorio se llevaba a cabo en el salón principal de la mansión Von Keller y los restos mortales de quien fuera uno de los anticuarios más importantes de Buenos Aires descansarían en el panteón familiar del cementerio de la Recoleta. Las terribles consecuencias del accidente obligaron a velarlo con el ataúd cerrado. La difícil tarea de reconocer su cuerpo le había tocado a Lisandro, y todavía no lograba reponerse de la impresión.

Anita agradecía no haber tenido que pasar por semejante experiencia. Prefería que la última imagen de su padre fuera la del abrazo que le dio justo antes de salir de viaje. Lo guardaría para siempre en su memoria como uno de los momentos más emotivos compartidos con él. Decidió que aquel gesto cariñoso e inesperado era suficiente para borrar todos los pecados de Braulio von Keller. Cerró los ojos un instante y lo vio frente a ella, sonriéndole. No pudo evitar que unas cuantas lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Alguien llamó a la puerta y la devolvió a la realidad.

—*Cherie*, ¿estás bien? —Doña Agnes entró en la habitación, arrastrando los pies. Parecía que la muerte de su único hijo la había hecho envejecer un montón de años.

Anita la abrazó.

—¿Por qué has subido a buscarme? —la regañó. Sabía lo mucho que le costaba subir las escaleras—. ¿Viniste sola?

La anciana asintió. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Apretó las manos de su nieta entra las suyas y la miró.

—Anita, necesitaba advertirte antes de que bajaras al salón…

—¿Qué pasa? —Había algo en el semblante de su abuela que le provocó escalofríos.

—Él está aquí. Acaba de llegar.

Anita no se equivocaba. Ni siquiera había mencionado su nombre y sentía ganas de vomitar.

—No puede ser…

—Tu madre le avisó lo que había pasado y apenas llegó se ofreció a oficiar la misa de responso de Braulio. Por supuesto, Ernestina le dijo que era lo que mi hijo hubiera deseado.

—¡No puedo creer que mi madre le abra las puertas de nuestra casa después de lo que sucedió! —La rabia le brotaba por todos los poros de la piel—. Ella nunca me creyó, ¿verdad, abuela?

Agnes dejó escapar un suspiro de impotencia.

—Ese hombre es un lobo disfrazado de cordero. Ernestina ha sido siempre una mujer difícil y nunca le voy a perdonar que haya preferido confiar en su palabra y poner en duda tu verdad, *cherie*. —La anciana vivía atravesada por la culpa de no haberse dado cuenta de lo que sucedía. Si no hubiese encontrado por casualidad el cuaderno de tapas azules donde su nieta escribía sobre los abusos del padre Mendoza, habría seguido con la venda en los ojos. La misma que su nuera se negaba a quitarse.

Anita miró a su abuela a los ojos.

—Prometeme que no me dejarás sola —le pidió en tono de súplica.

—No pienso separarme de tu lado, *cherie*. Ese malnacido no volverá a ponerte un dedo encima nunca más —le aseguró, acariciándole el rostro.

Bajaron juntas al salón, prendidas del brazo. Un gran número de familiares y conocidos se habían acercado para darle el último adiós a Braulio von Keller. Anita acompañó a su abuela hasta un sillón para que descansara un poco. Agnes se dejó cuidar; sin embargo, a sabiendas de que su nieta la necesitaba, le hizo señas de que no se marchara de su lado. Ella recorrió el lugar con recelo. No vio al padre Joaquín por ningún lado y eso le generó algo de calma. No iba a bajar la guardia; si ese hombre se encontraba cerca, terminaría por arrastrarla al pasado con su desagradable presencia. La llegada de Sabina Mendizábal, acompañada de su hijo, no pasó

desapercibida. La mujer, enfundada en un elegante vestido de seda negra, destilaba *glamour* con cada paso que daba. Agustín, su único hijo, la escoltaba de cerca, devolviendo el saludo de aquellos que lo conocían.

Anita observó cómo la amante de su padre, sin ningún miramiento, se abrazaba con su madre, prodigándole palabras de consuelo al oído.

Doña Agnes se percató de su reacción y le preguntó qué pasaba.

—Es esa mujer, no me gusta para nada —respondió, sin importarle que su abuela pudiera sospechar la razón.

—A mí tampoco me agrada —reconoció la anciana, enjugándose los ojos con un pañuelo.

Anita simplemente asintió. No quería seguir hablando de esa mujer. De repente, su hijo Agustín la miró y la saludó con un ligero movimiento de cabeza. En vez de devolverle el gesto, ella le dio la espalda. Pensaba que había sido suficiente para mantenerlo alejado, pero cuando oyó una voz masculina mencionando su nombre, supo que no había servido de nada. Su abuela le rozó el brazo para que se volteara.

—Quería darte el pésame, Anita. ¡Y a usted también, por supuesto, señora Agnes! —Hizo una reverencia en señal de respeto —. El señor Braulio no era solo un gran hombre. A él le debo todo lo que sé sobre mundo de las antigüedades. Me dio la oportunidad de trabajar a su lado y eso jamás lo voy a olvidar. Ya se lo he dicho a doña Ernestina… por favor, cuenten conmigo para lo que haga falta. Como socio de El Anticuario Alemán puedo hacerme cargo del negocio hasta que ustedes decidan qué hacer.

Agnes le agradeció la oferta mientras que su nieta guardó silencio. Estaba inquieta y, aunque no tenía nada en contra de Agustín Mendizábal, le bastaba con saber quién era su madre para sentirse incómoda a su lado. Cuando su hermano Lisandro apareció de repente y lo llevó aparte para hablar con él, experimentó un gran alivio. Le dijo a su abuela que iría a la cocina para buscarle un té de manzanilla. Doña Agnes indicó que no era necesario, que podían pedírselo a una de las criadas. Anita obedeció sin chistar. Se alejó solo un poco para acompañar a su madre, quien se encontraba sentada frente a ambas, al otro lado del féretro. Sabina Mendizábal ya no estaba a su lado y eso la animó a quedarse un rato con ella.

—Mamá, ¿cómo te sentís?

Ernestina se cubrió la boca con un pañuelo húmedo y arrugado que llevaba apretujado en la mano. Sacudió la cabeza. Todavía se negaba a aceptar que ya no volvería a ver a su esposo.

—Voy a pedir un té de manzanilla para la abuela. ¿Pido uno para vos también?

Su madre la miró a los ojos y Anita no supo qué decir. ¿De qué servía una simple infusión cuando acababas de perder a tu esposo? Aunque su matrimonio con Braulio von Keller jamás había sido idílico, Anita sabía que el dolor de la pérdida sería inconmensurable. Se preguntó si en aquellas lágrimas que su madre derramaba con tanto sentimiento había amor verdadero. Si su padre terminó cayendo en los brazos de otra mujer, dudaba incluso de que su tristeza fuera genuina. Tal vez la muerte de un hombre como Braulio von Keller solo significaba perder un lugar de privilegio en la sociedad porteña. A partir de ahora, Ernestina ya no era la esposa

de nadie. La tragedia de un accidente ferroviario la condenaba a convertirse en "la viuda de".

Una de las criadas pasó cerca del féretro y cuando quiso llamarla, debido a un grupo de mujeres que lloraban a su lado, no la escuchó. Decidió entonces ir a la cocina y preparar un té de manzanilla para su abuela. A ella también le caería bien tomar algo caliente. Tenía el estómago revuelto y no había probado bocado desde el desayuno. Miró de reojo a doña Agnes. Conversaba con una de las vecinas del barrio y no le prestaba atención. Aprovechó entonces para abandonar el salón sin que ella se diera cuenta. Le sorprendió no ver a Lourdes acompañando a su madre. Estaba segura de que hacía apenas unos minutos la jovencita se había sentado a su lado. La buscó entre la gente, pero no la encontró. Sin perder más tiempo, fue a la cocina. Una de las criadas le preparó dos tazas humeantes de té de manzanilla y se ofreció a llevársela a doña Agnes. Anita le dijo que no era necesario, que ella podía ocuparse. Cuando le aseguró que le hacía bien distraerse un poco, la empleada le sonrió comprensivamente.

Salió de la cocina con la bandeja cargada y durante unos segundos, al alzar apenas la vista, percibió movimientos en el pasillo, justo delante del despacho de su padre. Eran dos personas. La ventana que daba al patio estaba entornada y le impedía distinguir de quién se trataba. Sí notó que eran un hombre y una mujer. Más por aplacar esa repentina sensación de desasosiego que se instaló en su cuerpo que por mera curiosidad, se desvió de su camino para saber de quién se trataba.

No tardó en descubrirlo. Apresuró el paso al ver cómo el padre Joaquín se acercaba a Lourdes para abrazarla.

—¡Suéltela! —Dejó la bandeja encima de un aparador y lo empujó contra la puerta del despacho.

—¡Anita! ¿Qué te pasa? —Lourdes, asustada por la repentina aparición de su hermana, la miró con los ojos llenos de espanto.

—¡No voy a permitir que ese desgraciado te ponga un dedo encima! —gritó, apartándola de él e interponiéndose entre ambos.

—Anita, por favor, estás siendo irracional —dijo el sacerdote, intentando calmarla antes de que alguien se diera cuenta de lo que estaba pasando.

—El padre Joaquín solo se acercó a mí para consolarme —terció Lourdes, entre la perplejidad y el miedo—. ¡La muerte de papá me dejó un gran vacío en el corazón… y quizá pueda encontrar algo de paz en la palabra de Dios!

Anita se dio media vuelta y la miró a los ojos. Quería decirle tantas cosas para impedir que pudiera resultar lastimada. Sin embargo, sus propios temores la condenaban al silencio. La abrazó con fuerza, como nunca antes lo había hecho, y lloraron juntas.

—Muchas veces, la fe es el único bálsamo para calmar el dolor ante semejante tragedia —manifestó Joaquín Mendoza sin abandonar su prédica—. Braulio era mi mejor amigo, y en homenaje a esa amistad que nos unía desde pequeños quiero que sepan que, si necesitan que alguien las escuche, pueden contar conmigo.

Aquellas palabras, envenenadas con oscuras intenciones, provocaron que Anita soltara a su hermana de repente, se diera media vuelta y le lanzara una mirada asesina.

—¡No vuelva a acercarse a Lourdes nunca más! —le advirtió, apuntándole con el dedo—. ¡Si lo hace, le juro que se arrepentirá!

Joaquín Mendoza no mostró signos de amedrentarse, muy por el contrario, sonrió casi con burla ante las amenazas proferidas por Anita.

Ella, entonces, al darse cuenta que nada de lo que dijera sería suficiente para mantener a ese monstruo alejado de Lourdes, decidió pasar a la acción. Tomó una de las tazas con el té de manzanillas y se lo arrojó encima. El líquido caliente entró en contacto con la piel de su cuello y el padre Joaquín se retorció de dolor.

Lourdes no entendía por qué su hermana actuaba de aquella manera. Pensó que se había vuelto loca, que la muerte de su padre la había afectado tanto que no estaba en sus cabales. Salió corriendo para buscar ayuda.

—¿Qué has hecho, Anita? —El padre Joaquín se dejó caer al suelo mientras se cubría el cuello con las manos. Tenía los ojos llorosos.

Ella ni siquiera se inmutó cuando su hermano Lisandro apareció y le preguntó qué había sucedido. Los gritos de dolor del cura habían llegado hasta el salón y varios curiosos empezaban a asomarse por el pasillo para descubrir el origen de aquel inusual escándalo en medio de un velorio. La oportuna presencia del médico de la familia en la mansión Von Keller permitió que el sacerdote recibiera las primeras curaciones antes de ser trasladado al hospital para tratar la quemadura de su cuello. Doña Agnes fue la única que no hizo preguntas. Para ella fue suficiente ver la desesperación en los ojos de su nieta para comprenderlo todo.

Al día siguiente, el ataque que había recibido el honorable padre Joaquín durante la despedida final de su mejor amigo se convirtió en uno de los rumores más escurridizos entre los miembros de la alta sociedad porteña. Y Anita von Keller, la culpable de aquel

comportamiento aberrante, la protagonista de una historia que durante mucho tiempo la pintaría como una de las mujeres más perturbadas de la ciudad.



LA INVITACIÓN

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1949

Rosario deslizó el pincel por el lienzo con un movimiento sinuoso para representar el perfil de su flamante modelo. En una banqueta de madera, sentado con los brazos cruzados, su sobrino resoplaba de fastidio. Cuando ella le había comentado que necesitaba de un niño obediente para su próxima obra, el pequeño Santiago no dudó en levantar la mano.

—¿Tía?

Ella lo miró por encima del caballete.

—¿Qué pasa?

Santiago resopló, y al hacerlo cambió de posición.

—¡Me duelen los brazos! —se quejó, haciendo pucheros.

Rosario sonrió. El niño llevaba quieto demasiado tiempo y ambos necesitaban una pausa. Se acercó, lo sujetó de las axilas para ayudarlo a bajarse y tras darle una palmada cariñosa en las nalgas, le dijo que corriera a la cocina porque Emilce seguramente lo estaría esperando con la merienda. Santiago, ansioso de probar los bizcochos que esa mañana había horneado su madre, se puso a dar saltitos de alegría.

—¡Justo venía a ver si ya habían terminado! —Isabela entró a la habitación, chocando de frente con Santiago. Lo paró en seco para

darle un beso y luego lo dejó marcharse. Observó que su cuñada cubría el cuadro en el cual estaba trabajando con un paño de color verde—. ¿De verdad no dejarás que lo veamos hasta que esté terminado?

Rosario asintió.

—Mi hermano sabe muy bien que no me gusta mostrar mi trabajo cuando todavía se encuentra a medias —repuso, mirando por encima de su hombro para comprobar que Isabela no le hiciera trampa y espiase el lienzo.

—¿Cómo se ha portado Santiaguito? —quiso saber ella, preocupada por el hecho de que el niño no estaba acostumbrado a pasar tanto rato sin moverse.

—Creo que estuvo a punto de desistir en más de una ocasión; aun así, se mantuvo firme. Me atrevería a decir, sin pecar de nepotismo, que es uno de los mejores modelos con los cual he trabajado.

Isabela sonrió complacida y aceptó sentarse junto a ella para conversar un rato. El gran ventanal que daba al jardín permitía que el sol de la tarde se colara entre los lienzos.

—¡Sin duda, Santiaguito estaba deseando que hiciéramos una pausa para ir a probar tus bizcochos! —soltó de repente Rosario, echándose a reír.

Ambas sabían de la pasión del pequeño por los dulces, por eso, siempre que el trabajo de Isabela como cantante se lo permitía, le gustaba meterse en la cocina y consentirlo con sus confituras favoritas. Aunque Santiago no había salido de su vientre, lo amaba con la devoción que solo una madre siente por su hijo.

—A veces me da miedo que Santiaguito piense que quiero más a Samuel… —manifestó, refiriéndose a su hijo menor.

Rosario negó con la cabeza.

—Mi sobrino jamás pensaría algo así —la tranquilizó—. Él sabe que su madre verdadera está en el cielo y que te dejó a vos para que lo cuidaras en su lugar.

Isabela dejó escapar un suspiro lastimero. Cuando Magdalena murió, por su propia decisión, para no terminar sus días en prisión, el pequeño Santiago se aferró a ella con tantas fuerzas que no le costó nada sentirse su madre. Con el tiempo, incluso, había comenzado a llamarla "mamá" Todavía se emocionaba al recordar ese momento que la hizo tan feliz.

—¿Hay algo más que te inquieta? —preguntó Rosario, intuyendo que no se trataba solo de su sobrino y sus posibles celos hacia el pequeño Samuel.

—Me conoces demasiado bien —repuso Isabela esbozando una sonrisa de alivio. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un sobre—. Lo recibí hace un par de días…

—¿Qué es?

Isabela le dio varias vueltas al sobre antes de entregárselo a su cuñada.

—Tiene el membrete de la embajada de Alemania —comentó Rosario, algo sorprendida.

Isabela asintió.

—Léela, por favor.

Rosario desplegó el papel que venía doblado en dos y lo leyó.

Sentada frente a ella, expectante, Isabela movía las manos para tratar de controlar los nervios.

—¿Has hablado con Santiago?

Isabela negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que tome una decisión que me corresponde solamente a mí.

Rosario le devolvió la carta y notó que Isabela la metía en el sobre para esconderla de nuevo en el bolsillo de su pantalón.

—Sería un gran logro en tu carrera, Isabela. Además, creo que ya es hora de que en tu tierra disfruten del talento de tu voz —esgrimió Rosario, buscando la razón indicada para que su cuñada no tirara por la borda una oportunidad única como aquella—. Según las condiciones que se mencionan en la carta, te ofrecen dar una serie de conciertos en Berlín y otras ciudades de Alemania. Desde la embajada subrayan que no hay una fecha estipulada, por lo que asumo que podrás ir cuando lo creas conveniente.

—¡Volver a mi tierra ya nunca será conveniente para mí! —saltó Isabela, poniéndose de pie de repente—. ¡Allí me arrancaron a mi familia! ¡Lo perdí todo, Rosario! ¡Los bellos recuerdos que tenía de mi hogar en Berlín se quedaron enterrados debajo de tantas imágenes de horror que viví durante la guerra!

Rosario se acercó y la abrazó.

—¡Lo siento, Isabela! ¡Lo siento mucho de verdad! —No sabía qué decirle para que dejara de llorar. Le acarició el cabello y la sostuvo contra su pecho para consolarla—. ¿No se lo vas a contar a mi hermano?

Isabela se apartó y la miró a los ojos.

—Necesitaba desahogarme con alguien, por esto te busqué. No creo que deba hablarlo con Santiago, porque sé qué hará lo imposible para convencerme de aceptar hacer ese viaje que me remueve el corazón. Además, es un viaje de varias semanas y los

niños son demasiado pequeños. No quiero dejarlos solos tanto tiempo.

Rosario estaba segura de que las muchas razones que manifestaba Isabela no eran más que excusas para convencerse a sí misma de que hacía lo correcto.

Ella no era quién para decirle que se equivocaba. Por eso, decidió apoyar su decisión.

—Guardaré tu secreto, podés quedarte tranquila —le aseguró, mientras le prestaba un pañuelo para secarse las lágrimas—. Sé que es doloroso para vos pensar en la posibilidad de regresar a Europa después de lo que has vivido; sin embargo, dejame decirte que creo que no deberías desaprovechar una oferta tan importante.

—Gracias, Rosario. Cuento con tu discreción, entonces. —Apretó su mano en señal de agradecimiento y abandonó el atelier.

Rosario aprovechó la soledad del lugar para encender un cigarrillo. Abrió un poco la ventana para dejar salir el humo y contempló el jardín.

Soltó un resuello al pensar en Débora y en los días que habían compartido en París. Los momentos más aciagos habían quedado relegados a un segundo plano, atenuados por la presencia de Débora en su vida.

Sin embargo, ambas sentían que esa dicha que compartían podía esfumarse en un abrir y cerrar de ojos. Aunque Teodoro continuaba encarcelado, tenían miedo de que tarde o temprano, buscando revancha, terminara revelando su secreto. Y una sociedad tan conservadora como la porteña las sentenciaría al escarnio sin ningún miramiento. También le quitaba el sueño la seguridad de Francisco. Su hermano purgaba una condena por haber sido cómplice de su

cuñada Magdalena en el homicidio de un exmiembro de las SS alemanas, que amparado por el gobierno de Perón se había refugiado en Argentina para huir de la justicia de su país. Cada vez que lo iba a visitar volvía a su casa con el alma en un hilo, sabiendo que, a tan solo unas cuantas celdas de distancia, Teodoro Schneider se alimentaba del odio hacia él y su familia.

Esperaba con ansias el día en el cual Francisco recobrara la libertad, aunque sabía que aún le faltaban algunos años para cumplir su condena. Cuando él ya fuera un hombre libre, hablaría con Débora para irse de nuevo a París. En Buenos Aires no era sencillo ocultarse para pasar tiempo juntas, vivían con la angustia constante de ser descubiertas. Sonrió con cierta ilusión. Apagó el cigarrillo en el cenicero y luego, con el ánimo renovado, montó un lienzo en blanco sobre uno de los caballetes. Con trazos sueltos, la silueta de la Torre Eiffel le puso un brillo de felicidad a sus ojos.

*

San Isidro, provincia de Buenos Aires, 1949

Anita estaba llegando tarde y sabía que su falta de puntualidad le causaría una discusión con su madre. Le entregó el abrigo a una de las criadas y se tomó su tiempo para arreglarse frente al espejo del vestíbulo. Miró de soslayo el reloj. Llevaba casi quince minutos de retraso. Sabía que el abogado ya se encontraba allí. Había visto su automóvil estacionado frente a la casa. También reconoció el Chevrolet negro de Agustín Mendizábal. Seguramente, como socio de su difunto padre en la tienda de antigüedades, esperaba ser

mencionado en su testamento. Se dirigió al salón, y a través de la puerta entreabierta alcanzó a escuchar la voz de su abuela. Estaba intercediendo a su favor mientras su madre la acusaba de ser una irresponsable por no llegar a la hora pautada. Se detuvo un momento en mitad del pasillo y antes de entrar respiró hondo. Tenía toda la intención de mostrarse despreocupada y aparecer con una sonrisa en los labios, pero le bastó ver la mirada hierática que le dedicó Ernestina para que sus planes se vinieran abajo.

—¡Vaya, finalmente te dignaste a aparecer!

—¡Ernestina, por favor! —terció doña Agnes, dando unos golpecitos en el suelo con su bastón.

Anita se acercó a su abuela y le dio un beso en la frente. Se sorprendió de ver que Agustín Mendizábal estaba acompañado de su madre. No entendía qué papel jugaba esa mujer en la lectura del testamento. Los saludó solo por obligación y se sentó al lado de su hermano. Lo notó nervioso, con las mismas ganas que tenía ella de que todo acabara de una vez. Faltaba Lourdes, quien, por ser menor, sería representada por su madre.

El letrado encargado de leer el testamento miró a Ernestina, buscando su aprobación.

—Empiece de una vez, señor De La Torre. Ya hemos perdido demasiado tiempo por culpa de la impuntualidad de mi hija —dijo, procurando remarcar la falta de responsabilidad de Anita delante de los demás.

El abogado carraspeó y se pellizcó el puente de la nariz antes de comenzar con la lectura del testamento de su cliente. Todos lo escucharon con atención. Algunas de las cláusulas no sorprendieron a nadie. Don Braulio le había dejado a su madre el título de

propiedad de su casa en Mar del Plata y una pensión decente con la cual podría vivir hasta el final de sus días. La mansión familiar había sido heredada por Ernestina. Lisandro se quedaría con el automóvil de su padre, mientras que Anita recibiría las escrituras del departamento donde vivía. A Lourdes le había dejado una de las piezas de oro más valiosas de su colección privada. Además, los tres hijos obtendrían mensualmente un porcentaje de las ganancias de la tienda de antigüedades.

—¿Qué hay de la fortuna que mi marido amasó durante todos estos años? —preguntó Ernestina, interrumpiendo la lectura del abogado.

El señor De La Torre forzó una sonrisa y la miró con cierta conmiseración.

—El señor Von Keller contrajo una importante deuda el año pasado cuando invirtió en la Bolsa de Comercio. Las cosas no resultaron cómo él esperaba y se vio obligado a pedir un préstamo para pagarle a sus acreedores.

—¿Bolsa de Comercio? —saltó Lisandro, asombrado por lo que acababa de oír. Jamás se habría imaginado que su padre fuese capaz de arriesgar el patrimonio familiar en algo tan inestable como el mercado bursátil.

El abogado asintió.

—¿Qué significa eso exactamente? —quiso saber Ernestina. Había levantado la voz y era evidente que estaba demasiado nerviosa.

—La fortuna de los Von Keller se redujo de manera sustancial, señora Ernestina —respondió De La Torre, sin perder en ningún momento su mirada compasiva—. Don Braulio ofreció la tienda de antigüedades como garantía de pago. El socio de su esposo, aquí

presente, se hizo cargo de cubrir la deuda, y poco antes de su muerte el señor Von Keller decidió poner el negocio a su nombre.

Todas las miradas se posaron en Agustín Mendizábal. Su madre, sentada con la espalda bien erguida, sonreía complacida mientras apoyaba una mano en el hombro de su hijo.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Ernestina, negándose a aceptar que alguien ajeno a la familia se hiciera cargo del negocio—. ¡Braulio no sería capaz de algo semejante!

—Doña Ernestina, cálmese, por favor —le pidió Agustín Mendizábal, interviniendo por primera vez en la conversación—. Créame que mi única intención al pagar esa deuda era impedir que El Anticuario Alemán quedara en manos de los acreedores.

—Es la última voluntad de su esposo, señora Von Keller —intervino el abogado con aire flemático—. Agustín Mendizábal es ahora el propietario de la tienda de antigüedades. Para su tranquilidad y la de sus hijos, déjeme decirle que don Braulio formalizó un arreglo con él, y todos los meses, de acuerdo con el porcentaje de las ventas, recibirán una parte de las ganancias.

Todos se quedaron mudos. Entre la sorpresa y el malestar que generaba aquella situación, se hizo un silencio sepulcral en el salón.

—Supongo que lo correcto es agradecer al señor Mendizábal que se haya hecho cargo de la deuda que tenía mi hijo —dijo doña Agnes, resignada—. No sé en qué estaba pensando Braulio cuando decidió invertir en la Bolsa de Comercio, pero no voy a juzgarlo, mucho menos ahora que está muerto.

Ernestina la miró, consternada.

—¿No piensa hacer nada al respecto? —la increpó, como si el peso de los años le diera a doña Agnes el derecho de cambiar el destino

de su familia.

—Voy a respetar la última voluntad de mi hijo —respondió la anciana, tajante. Le pidió ayuda a Anita para levantarse—. Ahora, si nadie me necesita, iré a descansar un rato.

Ernestina estuvo a punto de decir algo, pero se quedó callada. Lisandro salió a fumar al jardín y el abogado, tras entregarles la copia del testamento, se marchó de la mansión en medio de la tormenta familiar.

—Ernestina, no hay de qué preocuparse. Todo seguirá igual que siempre —dijo Sabina Mendizábal, sentándose junto a ella para expresarle su apoyo—. Sé que nunca hemos sido amigas, pero quiero que sepas que contás conmigo y con Agustín para lo que sea.

—Mi madre tiene razón, señora Von Keller. Su esposo confiaba plenamente en mí y sabía que dejaba la tienda de antigüedades en las mejores manos.

Ernestina no sabía qué pensar. No dudaba de la capacidad de Agustín para hacerse cargo de El Anticuario Alemán. Braulio siempre hablaba maravillas de él. Lo que realmente la asustaba era que todo el mundo se enterara de que, por culpa de una mala inversión, el apellido Von Keller perdería el respeto de la sociedad.

—¿Sería posible recuperar la tienda de antigüedades? Estoy segura de que si lo comento con mi suegra, ella aceptaría desprenderse de la casa de Mar del Plata para cubrir la deuda y que el negocio vuelva a ser de la familia.

Sabina y su hijo intercambiaron miradas.

—Ponga el precio que crea justo, Agustín.

Él sonrió antes de darle una respuesta.

—Podríamos llegar a un acuerdo —dijo en tono conciliatorio—. Sé que tal vez no es el momento, pero me gustaría hablar sobre su hija Anita.

—¿Anita?

Agustín Mendizábal asintió.

—Mi madre cree que es hora de que siente cabeza, y aunque nunca hemos sido cercanos, reconozco que tengo cierta fascinación por ella.

—Lo que Agustín trata de decir es que, si usted se lo permite, le gustaría frecuentar a Anita con intenciones de un posible compromiso. Si la relación prospera y nuestros hijos deciden casarse, entonces la tienda de antigüedades volverá a formar parte del patrimonio de los Von Keller.

Los ojos de Ernestina se iluminaron.

—Así es —repuso Agustín, sin dejar de sonreír—. Si Anita se convierte en mi esposa, pondré El Anticuario Alemán a su nombre. Estoy seguro de que don Braulio lo aprobaría.

Ernestina no tardó en dejarse disuadir por la labia de los Mendizábal. Aunque el testamento le había causado un disgusto, empezaba a creer que, si jugaba bien las cartas, la suerte estaría de su lado. Sin embargo, había algo que la preocupaba y que ella no podía controlar: la reacción de Anita cuando se enterara de sus planes.

OJOS BIEN CERRADOS

Cuando el auto se adentró en una calle oscura y poco transitada, Anita se puso nerviosa. De repente, el calor húmedo de aquella noche de verano se volvió sofocante. Miró de reojo al joven que conducía. Nada en su actitud indicaba que estuviera en peligro a su lado. Conocía a Sebastián Godoy desde hacía tantos años que jamás había considerado la posibilidad de que pudiera lastimarla. Era el hermano mayor de Berenice, su mejor amiga, y por eso había aceptado sin dudar su ofrecimiento para llevarla de regreso a su casa. Él detuvo el coche debajo de la copa de un árbol, frente a un terreno baldío. La vivienda más cercana se encontraba a unos metros de distancia.

—¿Qué hacemos acá? —preguntó, desconfiada.

Sebastián se movió un poco para quedar de frente a ella.

—Quería que hablemos antes de llegar a tu casa —respondió, acompañando su explicación con una sonrisa seductora.

Anita sujetó el bolsito que lleva en la mano contra el estómago. Se dio cuenta en ese momento que le temblaban las manos.

—¿Se trata de Berenice?

Él negó con la cabeza.

—Mi hermana no tiene nada que ver con lo que voy a decirte. —Se inclinó más hacia ella hasta que su rodilla rozó el muslo femenino.

Anita se echó para atrás, pero no tenía espacio suficiente para evitar aquel contacto que le provocaba tanta inquietud.

—Hace tiempo que busco la ocasión de estar a solas con vos, Anita.

No le gustaba que la tratara con tanta familiaridad. Trató de abrir la puerta. Sebastián se lo impidió.

—¡Por favor, no te vayas! No tengas miedo; sos la mejor amiga de mi hermana, nunca te haría daño.

El hecho de conocerlo no le quitaba esa sensación de inseguridad que le recorría el cuerpo. Cuando Sebastián apartó un mechón de cabello de su rostro para acariciarle la mejilla, Anita se quedó petrificada.

—Me gustás mucho, Anita. Sé que siempre nos hemos tratado como si fuéramos amigos… pero yo quiero ser algo más. —Se humedeció los labios mientras clavaba sus ojos verdes en la boca temblorosa de la muchacha—. No pretendo nada serio, somos jóvenes y no me interesa comprometerme con nadie todavía. Bere me ha dicho que no te gusta ningún chico, que aunque tenés varios revoloteando a tu alrededor, no les hacés caso. ¿Yo no te gusto?

Anita tragó saliva. Era consciente de que Sebastián Godoy, con sus veinte años recién cumplidos, arrancaba suspiros a varias jovencitas de su edad. Su intensa mirada gatuna y ese cabello negro ondulado lo convertían en un joven muy atractivo. Incluso ella se había planteado alguna vez la posibilidad de verlo no solo como el hermano mayor de su mejor amiga.

Sebastián malinterpretó su silencio y se abalanzó sobre ella para robarle un beso. Anita reaccionó, dándole un empujón. Se limpió la boca y lo miró, aterrada.

—¿Te habían besado antes? —quiso saber él, molesto por su rechazo.

Ella no le contestó. No quería que supiera que la primera vez que alguien rozó sus labios había sido para aprovecharse de su inocencia.

—Quiero bajarme… —balbuceó, mirando hacia afuera.

Sebastián no pensaba rendirse. La tomó de la mano a pesar de su reticencia y la apretó suavemente, apoyándola encima de su muslo.

—Estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario, Anita —le dijo.

Anita no supo si aquellas palabras eran una promesa o una amenaza. Le daba pavor imaginarse a Sebastián, o a cualquier otro hombre, intentando tocarla. Era un miedo visceral que la dejaba sin aliento. Ese mismo miedo la atormentaba por las noches, cuando se despertaba en medio de una pesadilla, con el cuerpo bañado en sudor y un latido intenso en sus partes íntimas.

Sebastián puso el automóvil en marcha nuevamente y condujo hasta su casa. Se bajó antes que ella para abrirle la puerta. Cuando insistió en acompañarla, Anita le dijo que no era necesario. Él fingió no escucharla y la siguió por el sendero principal de la mansión Von Keller.

—Anita, por favor, no quiero que te enojes conmigo —le rogó, poniendo ojos de carnero degollado.

Ella hubiera querido decirle que no estaba enfadada con él, que no era su culpa que viviera con ese temor en el cuerpo al estar cerca de un hombre. Lo miró a los ojos y le sonrió.

—No te preocupes, Sebastián. Mejor olvidemos lo que pasó.

Él, aprovechando que Anita acababa de bajar la guardia, se aproximó y le rozó la boca con el pulgar.

—Si te asusta lo que pueda ocurrir entre nosotros, quiero que sepas que yo nunca he estado con una chica.

A ella le costó creerle. A su edad, seguramente ya debía tener mucha experiencia amorosa.

—He tonteado con alguna… pero nunca me he acostado con nadie. ¿Sabés por qué?

Anita negó con la cabeza.

—Porque no puedo dejar de pensar en vos —le confesó, dejando de lado la vergüenza de exponer sus sentimientos y salir escaldado.

—Yo…

—Shhh, no digas nada. —Se agachó y le dio un beso en la mejilla —. ¿Nos vemos el sábado en mi casa?

Ella no supo a qué se refería.

—El aniversario de bodas de mis padres —le recordó.

—Sí, no me lo perdería por nada del mundo. —Luego de la separación forzosa entre Berenice y ella cuando fueron suspendidas del colegio, recuperar el contacto con su mejor amiga había sido una dulce recompensa después de tanto tiempo sumida en la tristeza. Por eso, cada vez que los Godoy la invitaban a su casa, aceptaba de inmediato.

Sebastián se alejó hacia la salida y antes de traspasar el portón, se dio media vuelta y le arrojó un beso. Anita, aturdida por todo lo que acababa de pasar, no le correspondió, solo pudo suspirar profundo.

*

Barrio de Caballito, Buenos Aires, 1949

Anita abrió los ojos y observó al hombre que yacía a su lado, debajo de las sábanas. El pecho desnudo, definido por músculos fuertes, se movía al ritmo de su respiración pausada. Unos rizos oscuros le caían en la frente, brindándole la apariencia inocente de un niño. Venció la tentación de tocar el pequeño lunar que tenía junto a la nuez de Adán por temor a despertarlo. Se cubrió la boca para acallar un bostezo y abandonó la cama con parsimonia. El sol se colaba por uno de los postigos mientras el resto de la habitación se encontraba sumida en la penumbra. Las siestas en compañía eran un privilegio. Se puso su bata de seda color marfil y el delicado roce de la tela sobre la piel le provocó una intensa sensación de bienestar. Caminó descalza hasta el tocador. La alfombra mullida amortiguó el sonido de sus pasos. Él no tardaría en despertar y, conociéndolo, la convencería de hacer el amor una vez más antes de irse. Se dejó caer en la banqueta y contempló su imagen en el espejo. El cabello alborotado le caía sobre los hombros. Ya no había rastro en sus labios del rouge que solía ponerse cada vez que se encontraba con él. Tenía las mejillas sonrojadas y unas gotitas de sudor se deslizaban por su cuello, perdiéndose debajo del escote de la bata. De su garganta escapó un suspiro. Miró por encima del hombro, pero él seguía durmiendo.

Los recuerdos se habían colado en sus sueños y sin saber por qué, trajo a su memoria la noche en la cual Sebastián Godoy le confesó que ella le gustaba. Después de tantos años de insistencia y acercamientos que se fueron dando a cuentagotas, él tuvo la

paciencia suficiente para derribar esa muralla de desconfianza que había construido a su alrededor para protegerse. Sebastián había sido primero su amigo; luego, cuando ella comenzó a ceder frente a sus intentos de seducción, venciendo el terror que sentía de compartir intimidad con un hombre, se convirtió en su amante. La noche en la cual él traspasó físicamente esa barrera cimentada de miedo y confusión, Anita se echó a llorar entre sus brazos. Sebastián le preguntó qué le pasaba y no fue capaz de responderle. La experiencia resultó traumática para ella y amarga para él. Ninguno de los dos disfrutó del encuentro, llevado a cabo en el altillo de la casa de los Godoy. La segunda vez no contaron con la misma suerte y tuvieron relaciones en la parte trasera de su auto. De nuevo, la experiencia no fue del todo placentera. Anita se dejaba besar y recibía de buen grado las caricias de Sebastián. Siempre cerraba los ojos y le pedía a él que se quedara callado. El joven, dispuesto a hacer lo que fuera para complacerla, obedecía sin cuestionarla. Los encuentros a escondidas se volvieron más esporádicos a medida que la intimidad entre ambos fue ganando en intensidad. Anita ya no lloraba mientras él la penetraba. Su única condición antes de permitirle que se tumbara encima de su cuerpo desnudo era que permaneciera en silencio, mientras ella cerraba los ojos. Sebastián siempre accedía y aunque en alguna ocasión le preguntó el porqué de aquel extraño requerimiento, tuvo que conformarse con la sonrisa de Anita.

Lo contempló a través del espejo y suspiró angustiada. No podía decirle que cerraba los ojos para no ver al demonio. Había ganado una gran batalla al poder entregarse a un hombre sin sentirse tan sucia; sin embargo, ese significativo avance en su vida sexual no era

suficiente para borrar el pasado. Tampoco servía demasiado a la hora de disfrutar plenamente en la intimidad. Le divertían los juegos previos con los ojos cerrados, pero cuando se trataba de alcanzar el éxtasis, su cuerpo y su mente se desconectaban por completo. Para no incomodar a Sebastián, fingía todo lo contrario. Ignoraba si lo hacía bien o no, porque no contaba con la experiencia necesaria ni tenía a nadie a quien preguntarle. Con Berenice no hablaban de ciertas cosas. Y a él no podía decirle nada, porque enseguida descubriría que esos gemidos que brotaban de su garganta cuando culminaba en su interior, no eran más que puro teatro. Sus miedos e inseguridades le habían impedido buscar a alguien más. Sebastián le generaba seguridad y confianza.

—¿Qué hora es? —preguntó Sebastián, estirando ambos brazos por encima de la cabeza.

—Hora de vestirte y de regresar a tu casa —le dijo, Anita alcanzándole la camisa.

Sebastián atinó a protestar, pero sabía que cuando ella decidía que era momento de marcharse, era imposible hacerla cambiar de opinión. Se había adaptado con demasiada facilidad a sus "reglas" y no se quejaba. Estaba atrapado en un matrimonio que no lo hacía feliz, y el tiempo que pasaba con Anita recompensaba cualquier mal rato al lado de una esposa que no era más que un trofeo en su vida.

—Debí casarme contigo. —Se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta cuando ella le dedicó una mirada de espanto.

—Y yo te hubiera dicho que no —respondió, tajante.

Sebastián comenzó a vestirse mientras ella, que ya había regresado a sentarse frente al tocador, se cepillaba el cabello.

—Es lo que más me vuelve loco de vos. —Se acercó por detrás y hundió el rostro en su melena roja—. Parecés una diosa pagana con esos cabellos del color del fuego.

Anita se quedó muda, con el cepillo en la mano.

—¿Qué has dicho?

Él alzó la cabeza y la miró. Percibió de inmediato su cambio de humor.

—Tu cabello… me encanta. ¿Qué pasa? Estoy seguro de que no soy la primera persona que te lo dice. Creo que es tu mayor atractivo. —Sus manos se deslizaron por los hombros femeninos y cuando intentó abrir la bata para explorar sus pechos turgentes, ella lo detuvo.

—¡No!

Sebastián se quedó perplejo; no por el hecho de que ella no le permitiera tocarla, sino por la rudeza con la cual le había dicho que no. Le costó discernir si estaba enojada o hastiada. Y tampoco supo cuál de las dos reacciones era la peor. Con Anita, casi siempre las cosas eran demasiado imprevisibles.

Decidió no seguirle la corriente. No quería irse de allí con la sensación de que acababan de tener un altercado del cual desconocía la razón. Terminó de vestirse y pasó un momento al baño antes de despedirse de ella. Esperaba que esos minutos que le concedía fueran suficiente para que cambiara de humor.

Apenas se quedó sola en la habitación, Anita se derrumbó. Todo el aire que había estado conteniendo se escapó por su boca, dejándola prácticamente sin aliento. Se inclinó sobre el tocador y se cubrió el rostro con ambas manos. Otra vez ese temblor incontrolable que se apoderaba de su cuerpo y su voluntad. Sebastián, sin saberlo, había

hurgado entre sus recuerdos más siniestros. Alabar el color de su cabello no hizo más que despertar a la niña asustadiza que se empeñaba en esconder debajo de la imagen de una mujer que podía valerse por sí misma. La misma niña que odiaba con todas las fuerzas de su ser. Esa Anita era sinónimo de cobardía, de dejarse atropellar sin defensa posible. Levantó la cabeza y se atrevió a enfrentarse a la imagen que le devolvía el espejo. Durante una ráfaga de segundos, estuvo allí con ella. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y los labios agrietados. Escuchó que la puerta del baño se abría.

Sebastián apareció con el cabello humedecido y una sonrisa conciliadora.

—¿Nos vemos el viernes? —preguntó, acomodándose los tirantes del pantalón.

Anita iba a decirle que lo dejaran para otro día, pero el timbre de la puerta comenzó a sonar y se puso nerviosa. No esperaba a nadie y lo que menos deseaba era que la descubrieran con su amante.

—¿Quién será? —Sebastián se asomó por la ventana y miró hacia la calle—. Creo que es alguien de tu familia.

Ella se ajustó el nudo de la bata y corrió a su lado para ver si estaba en lo cierto. Reconoció el automóvil de su hermano, el mismo que acababa de heredar tras la muerte de su padre. Lisandro estaba sentado detrás del volante. Y eso solo podía significar una cosa: la persona que ahora tocaba el timbre con insistencia era su madre.

—¡No salgas de esta habitación por nada del mundo! —le exigió, cerrando el postigo de un manotazo. La habitación se quedó a oscuras.

Anita salió y cerró la puerta, rogando para que la visita imprevista de su madre no terminara en un escándalo. Al pasar por la sala, barrió el lugar con mirada de halcón para asegurarse de que nada delatara la presencia de Sebastián. Aunque en su familia sabían que ellos eran amigos, podrían sospechar la verdad.

Fingió sorpresa al ver a su madre. Cuando descubrió que su abuela también estaba allí, se asombró de verdad. Rara vez decidían ir a visitarla juntas. Aquello le dio mala espina. Las invitó a pasar y pidió disculpas por recibirlas en bata.

—¿Recién te levantás? —cuestionó Ernestina, poniendo cara de disgusto.

—Sí, mamá. —Anita sonrió y se prendió al brazo de su abuela para acompañarla al sillón—. Hoy tenía la tarde libre y me apetecía descansar.

—Haces bien, *cherie* —terció doña Agnes, acomodándose entre dos mullidos almohadones.

Anita se sentó junto a ella mientras Ernestina echaba un vistazo a conciencia a su alrededor.

—La muchacha de la limpieza viene mañana —se atajó ella ante la posibilidad de que encontrara una mota de polvo en algún sitio. Aunque en ese momento, la falta de higiene era el menor de sus problemas.

Ernestina no dijo nada, solo siguió inspeccionando la sala como si intuyera que su hija le estuviera ocultando algo.

—¡Pero qué cabeza la mía! No les he ofrecido nada. —Se puso de pie con la intención de ir a la cocina, y de paso, respirar un poco de tranquilidad. Sentía que, de un momento a otro, su madre sabría que tenía a un hombre encerrado en su habitación.

—Si es por mí, no te preocupes, Anita —respondió la abuela, endulzando su expresión con una sonrisa.

—Yo tampoco deseo nada —repuso Ernestina. Dejó de husmear y se sentó en el sillón de una pieza donde reposaba la manta tejida al crochet, un regalo de doña Agnes para su nieta tras uno de sus tantos viajes a la ciudad de Mar del Plata.

—Si me hubieran avisado que venían, habría bajado a comprar algo dulce en la panadería de la vuelta —comentó, mirando de reojo a su abuela, quien tenía debilidad por las confituras.

—Somos familia, no necesitamos avisar —replicó Ernestina, molesta.

—Lo sé, mamá. Solo…

—Creo que mi nieta tiene razón, Ernestina —interrumpió la anciana, dándole una palmadita en el brazo a Anita mientras le guiñaba un ojo—. Podríamos haberla incomodado apareciendo así, de sopetón.

Anita se sonrojó. Miró de reojo hacía su habitación. Estaba segura de que haber cerrado la puerta, y Sebastián no iba a ponerse en evidencia por nada del mundo. Él tenía mucho más que perder que ella si se enteraban de su relación clandestina. Además, tanto su madre como su abuela conocían a la familia de su esposa.

—Como sea, hemos venido a verte porque necesitamos hablar con vos de algo muy importante. —Ernestina se cruzó de piernas con un movimiento afectado y comenzó a juguetear con el puño de su blusa negra. El peso del luto acentuaba la palidez de su rostro. Parecía que, tras la tragedia que los había golpeado como familia, había perdido esa altivez de la cual siempre se vanagloriaba.

La seriedad que le imprimió a sus palabras encendió en Anita todas las alarmas. Más allá de encontrarla visiblemente desmejorada, sintió que, a pesar del dolor, su madre jamás la dejaría en paz.

—*Cherie*, tú mejor que nadie sabe que no suelo compartir el criterio de tu madre; sin embargo, hay algo en lo cual ambas coincidimos: las dos queremos tu felicidad.

Ahora sí que empezaba a preocuparse. Hizo un ademán con la mano para indicarle a su abuela que no dijera más nada.

—Si han venido para intentar convencerme de que es hora de formar mi propia familia, pueden irse por donde vinieron —les aclaró, tajante—. Ya no soy una niña y nadie puede decidir por mí.

Doña Agnes dejó escapar un suspiro. Intentó esgrimir un argumento convincente, pero no contaba con la imprudencia de su nuera.

—No tiene que ver solo con vos, Anita. El futuro de los Von Keller está en tus manos —dijo, sin siquiera inmutarse.

Anita la miró, incrédula.

—No entiendo nada.

—Agustín Mendizábal habló conmigo y me manifestó su deseo de frecuentarte en calidad de pretendiente.

—¡Mamá!

—¡No me interrumpas, hija! —exigió, al ver que ella la miraba como si acabara de volverse loca—. El negocio que ha pertenecido a la familia de tu padre durante tres generaciones terminó en poder de los Mendizábal. Si te conviertes en su esposa, El Anticuario Alemán volverá a formar parte de nuestro patrimonio. Braulio tenía a ese

muchacho en muy alta estima y siempre me dijo que soñaba con verlos juntos algún día.

Anita estuvo a punto de gritarle a su madre que el hombre al cual ella pretendía entregar como moneda de cambio era el hijo de la amante de su esposo. Se vio obligada a morderse la lengua para no revelar ese terrible secreto que Braulio von Keller se había llevado a la tumba. Un secreto que a ella le quemaba el alma.

—¡No voy a sacrificar mi libertad, mamá!

Agnes le apretó la mano y sonrió. En sus dulces ojos claros había una mezcla de comprensión y pedido de auxilio.

A Anita se le formó un nudo en la garganta. Si su abuela se había complotado con su madre para ir hasta allí y convencerla de algo que no quería hacer, la situación financiera de los Von Keller debía de ser calamitosa. A ella no le preocupaba el dinero, vivía al día con su salario como redactora de una de las revistas más importantes del país.

—Las deudas de tu padre nos dejaron en una condición precaria, hija —señaló, cambiando el tono beligerante de su voz por uno más calmado. Miró de reojo a su suegra, dándole a entender que le daba espacio para intervenir—. No podemos conformarnos solo con un porcentaje de las ganancias que dé El Anticuario Alemán. La tienda siempre nos ha pertenecido y es justo que vuelva a nosotros.

—Ernestina tiene razón, *cherie* —dijo doña Agnes afirmando con la cabeza—. Braulio no midió las consecuencias de su ambición y, al invertir todo ese dinero en la Bolsa de Comercio, nuestra fortuna se desplomó antes de ver algún beneficio. Un matrimonio con Agustín Mendizábal podría no solo devolvernos la tranquilidad económica

que necesitamos, también serviría para acallar los rumores que circulan por los rincones de la ciudad.

—¿Qué rumores, abuela?

—La gente habla de ti, *cherie*. Dicen que la muerte de tu padre no hizo más que empeorar tu comportamiento.

Anita asintió al darse cuenta de lo que ocurría. Sospechaba que el incidente protagonizado durante el velorio de su padre daría origen a los chismes más escabrosos. Después de todo, le había lanzado agua hirviendo en el cuello al sacerdote amigo de la familia.

—Debemos acallar esos rumores como sea, hija. Ya hemos perdido demasiado como para encima tener que soportar que te acusen de desquiciada. La boda con un joven respetable, a quien tu padre apreciaba de verdad, sería una muy buena solución.

—No es necesario que fijemos ya la fecha del enlace —terció la abuela, sonriendo con dulzura—. El propio Agustín propuso un tiempo para que puedan conocerse. Mientras tanto, procuraremos que la noticia se divulgue con celeridad, y así las malas pécoras que hoy se burlan de nosotros como familia tendrán que tragarse su veneno.

Anita se sintió acorralada. ¿Cómo era posible que el futuro de los Von Keller dependiera de ella?

—Las ganancias de la tienda de antigüedades dependerán del mercado, hija. El sueldo de periodista de Lisandro no es precisamente abultado, y los ahorros de doña Agnes no son suficiente para seguir llevando el estilo de vida al que estamos acostumbrados. Agustín Mendizábal me aseguró que si aceptás comprometerte con él, pondrá la tienda de antigüedades a tu nombre.

Anita se mostró escéptica.

—Eso es algo que no podés garantizar, mamá —le dijo, tratando de que asimilara la realidad que les esperaba—. Yo no gano mucho en la revista, pero puedo conseguir algo mejor y…

—¿Acaso vas a sugerir que una mujer como yo salga a buscar empleo? —Ernestina se rio—. ¿Querés también que Lourdes abandone los estudios y se ponga a trabajar?

—No, claro que no —replicó ella, molesta.

—Lo que te pedimos no es un sacrificio, Anita. Ya estás en edad de abandonar la soltería y pensar en formar una familia, y Agustín Mendizábal es un excelente partido. Pensá que estarías cumpliendo uno de los sueños de tu padre.

Necesitaba un respiro. Buscó la pitillera y cuando se dispuso a encender un cigarrillo, su madre arrugó la nariz.

—¿Vas a fumar precisamente ahora?

Anita hizo caso omiso al comentario quejoso de su madre.

—¿Habrá uno para mí?

—¡Doña Agnes! —exclamó Ernestina, asombrada.

La anciana se encogió de hombros mientras aceptaba el cigarro que le acababa de ofrecer su nieta.

—A mi edad, hay pocos vicios que despuntar —comentó, llevándose el pitillo a los labios.

Las dos se quedaron viéndola, quizá esperando que le diera un ataque de tos por causa del humo; sin embargo, parecía que estaba habituada a fumar. Anita sonrió. Su abuela nunca dejaba de sorprenderla. Abrió la ventana para ventilar la sala y evitar que su madre encontrara una nueva excusa para molestarla.

—¿Has tomado una decisión? —preguntó Ernestina, incapaz de disimular su ansiedad.

—Apenas he tenido tiempo de digerir la noticia —respondió ella en tono burlón.

—Pondremos en venta la casa de Mar del Plata —anunció doña Agnes como si ya hubiera tomado la decisión.

—¿Estás segura, abuela?

La anciana asintió.

—En este momento, lo más urgente es conseguir capital para continuar manteniendo nuestro estilo de vida. —Miró de reojo a su nuera y comprobó que estaba de acuerdo con ella—. También deberíamos barajar la posibilidad de desprendernos de la mansión…

—¡No, eso no, Agnes! —replicó Ernestina sacudiendo la cabeza con vehemencia.

—Piénsalo, querida nuera. Con lo que obtengamos de la venta, podemos adquirir una propiedad un poco menos ostentosa en la ciudad. Me gustaría mucho pasar mis últimos años de vida en un barrio como Belgrano o Recoleta. —Le dedicó una sonrisa a su nieta —. Y por supuesto, si encontramos algo cerca de aquí, mucho mejor.

Aunque Ernestina se resistía a la idea de abandonar la casona de San Isidro, tuvo que reconocer que, si era para mudarse a un barrio elegante, ya no le parecía tan descabellado. Muchas de sus amistades vivían en Buenos Aires.

—Sería más que conveniente para nosotros —alegó doña Agnes, viendo cómo su nuera empezaba a cambiar de opinión—. El año próximo Lourdes podría matricularse en un buen colegio y terminar sus estudios.

Ernestina asintió. Luego volvió a poner nuevamente toda la atención en su hija.

—¿Vos qué pensás?

—La abuela tiene razón, mamá. La muerte de papá cambió nuestras vidas y debemos habituarnos a ello. —Aplastó el cigarrillo en el cenicero y miró de reojo la hora. Sebastián continuaba encerrado en su habitación. El temor de que su madre o su abuela se dieran cuenta de lo que ocurría la obligó a abrir la boca sin pensar—. No puedo prometerte que me casaré con Agustín porque nadie es capaz de predecir su futuro…

—¿Entonces? —la interrumpió Ernestina, ávida de conocer su decisión. Estaba dispuesta a sacar provecho de la situación a cualquier costo. Lo principal era que el apellido Von Keller no perdiera prestigio.

Anita dejó escapar un resuello. Estaba a punto de hipotecar su vida. Una vez más, se sometía a la voluntad de su madre en pos de proteger a la familia.

—Aceptaré salir con él. —Vio cómo los labios de Ernestina se curvaban en una sonrisa triunfal—. Es lo único que puedo ofrecerte.

Anita miró a doña Agnes por encima del hombro de su madre con gesto resignado. Su abuela asintió, dándole a entender que había hecho bien.

Con aquella nueva esperanza en su vida, el rostro de Ernestina recobró el color de sus mejillas. Antes de que se marcharan, Anita aprovechó el buen humor de su madre para jugar una carta a su favor.

—Quiero que hagas algo por mí, mamá.

—¡Lo que quieras, querida! —le contestó, más amable de lo habitual.

—No dejes que el padre Joaquín se acerque a Lourdes.

El ambiente se tensó de repente. Ya no había sonrisas ni miradas amables.

—Anita, no vas a empezar de nuevo…

—¡Es la condición que exijo para aceptar someterme a tu ridículo plan de frecuentar a Agustín Mendizábal!

—Ernestina, deberías escuchar a tu hija —intervino doña Agnes, poniéndose de pie con dificultad.

—¿Cuándo vas a dejarlo en paz, hija? Después de lo que hiciste durante el velorio de tu padre, Joaquín no ha vuelto a aparecer por casa. ¡Y no lo culpo!

Saber aquello la tranquilizó. Sin embargo, no podía bajar la guardia. Lo conocía demasiado bien y con un monstruo como él nunca se estaba segura.

—Creo que es lo menos que podés hacer por mí, mamá. Me lo debés…

—El padre Joaquín no ha vuelto, *cherie*. Yo misma le he ordenado a los criados que si aparece, no le permitan entrar —confesó doña Agnes, a sabiendas de que seguramente acababa de ganarse una nueva discusión con su nuera.

—Gracias, abuela. —Anita la abrazó y la acompañó a la salida.

Ernestina se sintió deliberadamente ignorada. Giró sobre sus talones y miró a su hija. A pesar de que hacía tan solo un momento se habían abrazado, algo entre ellas volvió a quebrarse.

—Mañana hablaré con Agustín Mendizábal para que te invite a salir. Quizá por ser la primera vez, podríamos organizar una

merienda en casa —dijo, como si se tratara de algo trivial.

—Está bien, mamá. Como quieras —contestó Anita, desganada. No le apetecía para nada tener que verlo; sin embargo, no había manera de echarse atrás. Por un segundo, pensó en decirle que no incluyera a doña Sabina en la invitación, pero no tenía una razón valedera para plantear semejante exigencia sin despertar sospechas.

Apenas Ernestina y doña Agnes dejaron el departamento, cerró la puerta y soltó una maldición.

Sebastián, asomándose desde la habitación se la quedó mirando en silencio. Ella, al percatarse de su presencia, atravesó el salón de prisa y se dejó caer en el sillón.

—¿Estás bien? —Sebastián se acercó y se sentó a su lado.

Ella resopló con fastidio. Entonces recordó que las paredes de su departamento eran demasiado finas y seguramente había escuchado más de lo que debía.

—¿De verdad le vas a hacer caso a tu madre? No te veo casada, mucho menos con un individuo como Agustín Mendizábal.

La pregunta de Sebastián confirmaba que todo lo que se había hablado en aquella sala, de secreto tenía muy poco.

—¿Qué otra opción tengo? —Anita mostró su frustración, dándole un puñetazo al almohadón que tenía sobre el regazo.

—No es justo que cargues con semejante responsabilidad. —Sebastián le acarició el cuello. Anita estaba tan molesta que incluso el roce de su mano en la nuca no le provocó ni la más mínima reacción. Se puso de pie y caminó hacia su habitación—. Deberías irte antes de que tu esposa empiece a preocuparse.

A Sebastián volvía a descolocarlo aquella repentina frialdad que no sabía cómo manejar. Trató de alcanzarla antes de que le cerrara la

puerta en la cara.

—¿Estás enojada conmigo? —Quería entender por qué lo trataba así. Era evidente que la visita de su madre y de su abuela la habían perturbado—. ¿Por qué te preocupa que el padre Joaquín se acerque a tu hermana?

Ella lo miró directamente a los ojos con rabia.

—No hagas preguntas que no deseo responder —dijo, cortante.

—¿Tiene que ver con lo que pasó en el velorio de don Braulio? Yo estaba ahí, Anita, nadie me lo contó.

—¿Qué fue lo que viste?

—Oí los gritos, y cuando me asomé, el padre Joaquín tenía el cuello enrojecido. Vos sostenías una taza vacía en la mano y Lourdes te miraba con los ojos desencajados.

—¿Pensaste que me había vuelto loca? Porque eso es lo que la gente cree de mí.

Sebastián negó con la cabeza.

—Te conozco, Anita.

—¿Y eso qué significa?

—Que debiste tener una razón muy poderosa para hacer lo que hiciste.

Ella no respondió. Apartó la mirada para que no descubriera la sombra de tristeza que se asomaba en sus ojos. No iba a hablar con él de lo ocurrido. Poco le importaba si se dejaba arrastrar por la opinión popular que aseguraba que había perdido por completo la cordura.

—Mejor me voy.

Anita asintió.

—¿Cuándo nos volvemos a ver?

Ella se encogió de hombros.

Sebastián ignoró aquel gesto que hacía cada vez que él le preguntaba sobre su próximo encuentro. Se puso la chaqueta arrugada, le dio un ligero beso en los labios que ella apenas devolvió y se dirigió a la salida.

La miró a través de la puerta entreabierta.

—¿Si te casás con Mendizábal seguiremos con lo nuestro?

Anita volvió a encoger los hombros y Sebastián se marchó en medio de la más incómoda de las incertidumbres.

*

Tienda Harrod's, Buenos Aires, 1949

Las festividades navideñas estaban a la vuelta de la esquina. La pujante ciudad de Buenos Aires, haciéndose eco del *glamour* europeo, se vestía de luces y de colores para celebrar por todo lo alto. Las grandes tiendas, adornadas con enormes árboles y guirnaldas doradas, se convertían en el paseo favorito de los porteños. El ánimo festivo se sentía en el aire, y las extensas filas para sentarse en el regazo de Papá Noel hacía que los niños vivieran aquella época con la mayor de las ilusiones.

Rosario Navarro Soler no tenía ánimos de celebrar; sin embargo allí estaba, acompañando a su sobrino Santiago para que pudiera entregarle su carta al hombre que, ataviado con un grueso traje rojo y blanco, no se cansaba de reírse jocosamente mientras sacudía una campanita de cristal.

Ese año, la Navidad de los Navarro Soler sería de todo menos agradable. Aun así, se habían esmerado para que los pequeños de la familia no sufrieran las consecuencias.

—Cuando Samuel crezca podrá venir conmigo —dijo Santiaguito, acomodándose la gorra.

Rosario asintió. Su hermano tenía dos años y se había quedado en casa bajo el cuidado de su niñera. El nacimiento del pequeño no solo había afianzado el amor de Santiago e Isabela. Su llegada fue un bálsamo de dicha en medio de tanta tristeza. La absurda muerte de Magdalena y la detención de Francisco, quien cumplía condena en la Penitenciaría Nacional luego de que se descubriera su implicación en el crimen cometido por su cuñada, habían calado hondo en sus vidas.

—¡Rosario!

Una voz masculina familiar interrumpió sus pensamientos. Al darse vuelta para ver de quién se trataba, descubrió a Armando Quirós, el hombre que durante casi cinco años había sido su prometido. Le causó un gran desconcierto encontrarse con él después de tanto tiempo. Lo primero que le vino a la mente fue la tarde en la que se vieron por última vez. Ese día Rosario le había entregado el anillo, tras romper el compromiso.

—¡Armando, qué sorpresa! —dijo, impostando una sonrisa. Estaba nerviosa y cuando descubrió que él iba acompañado por una mujer que llevaba a una niña de la mano, se sintió completamente fuera de lugar. Santiaguito los miraba con curiosidad. Incluso parecía que se había olvidado de Papá Noel. Estaba más interesado en la niña de trenzas rubias que sostenía una muñeca en los brazos.

Armando Quirós observó al pequeño y Rosario percibió la confusión en su semblante.

—Es mi sobrino Santiaguito —explicó, antes de que él sacara una conclusión equivocada.

—¿El hijo de Santiago?

Rosario asintió sin dejar de sonreír.

—Querido, ¿no vas a presentarnos? —La mujer que iba con él tenía un acento peculiar.

—¡Por supuesto! ¡Qué torpe soy! Rosario, ella es Camelia, mi esposa —Señaló a la niña de trenzas doradas—. Y esa pequeñita es mi hija Milagros. Querida, te presento a Rosario Navarro Soler, una vieja amiga que hace mucho tiempo no veía.

Ambas mujeres se dieron la mano con cordialidad. Rosario no hizo ningún comentario, simplemente se limitó a escuchar cómo la mujer de Armando trataba de sonsacarle de dónde la conocía. Cuando su hija la apuró para no perder su sitio en la fila, Camelia no tuvo más remedio que someterse al capricho de la niña y se despidió de ella agitando la mano.

Armando resolvió esperarlas y aprovechó ese rato para conversar con Rosario.

—¿De dónde es oriunda tu esposa? —le preguntó ella, curiosa.

—Es chilena. Nos conocimos hace cinco años cuando viajé a Valparaíso para llevar adelante el proyecto de construcción de un hostal a la orilla del mar. Ella era la ayudante de cocina en el lugar donde me hospedaba. Me quedé una temporada en territorio chileno y volví a Buenos Aires a principios de 1943. Camelia se vino conmigo. Un año después me dijo que estaba embarazada. Nos

casamos en una ceremonia privada, para disgusto de mi pobre madre, y siete meses más tarde nació mi adorada Milagros.

Rosario no dijo nada. Sabía que lo más lógico era ponerse contenta por él; sin embargo, la felicidad que Armando rezumaba hasta por los poros no hacía más que echarle en cara la desgracia de su vida. Por supuesto que el pobre no tenía la culpa de nada, y se sintió mal por ser tan egoísta.

—¿Qué hay de vos?

La pregunta la dejó perpleja. ¿Acaso estaba burlándose de ella? A esas alturas del partido, no era secreto para nadie que su cuñada Magdalena, acusada de homicidio, se había quitado la vida y su hermano Francisco se encontraba recluido en la Penitenciaría Nacional cumpliendo una condena de ocho años.

Armando se dio cuenta de que acababa de meter el dedo en la llaga y trató de disculparse.

—Lo siento, no quise importunarte. Solo quería saber cómo estás.

Rosario le indicó a Santiaguito que la esperara en la fila y se apartaron un poco de la gente para tener privacidad.

—Soy yo la que te pide perdón, Armando —manifestó, avergonzada por su actitud—. Has logrado formar una bonita familia y se nota que sos muy feliz.

—Todo lo que hoy tengo te lo debo a vos, Rosario —reconoció él, muy a su pesar—. Hace catorce años, cuando pusiste fin a nuestro compromiso, me costó mucho aceptarlo. El paso del tiempo me hizo comprender que fuiste muy valiente al tomar esa decisión.

Ella suspiró.

—Me alegra que lo hayas entendido. Sabía que estaba haciendo lo correcto al dejarte ir. —Señaló con disimulo hacia la fila de niños que

cada vez era más extensa—. Tu hija es adorable. Se parece mucho a vos. Apuesto a que sos un padre excelente.

—Lo intento —aseguró, con una sonrisa en los labios.

Rosario hubiera querido decirle que ella también, a su manera, había encontrado la felicidad con Débora. Pero tuvo que morderse la lengua.

—¿Seguís soltera? —Armando miró su mano en busca de una sortija que respondiera a su pregunta.

Ella asintió.

—No tengo cabeza para nada serio. Mis hermanos me necesitan más que nunca. —Siempre que surgía el tema de su soltería, mencionar a su familia la sacaba del apuro.

—Sabés que nunca fue santo de mi devoción, pero lamento lo de Francisco.

Rosario lo sintió sincero.

—Fran está en la cárcel y Pedro al otro lado del océano.

—Mi madre me contó que dejó la iglesia.

—Así es. Decidió abandonar el sacerdocio y empezar una nueva vida en España. —No quería entrar en detalles y hablar de más—. Mi querido Pedrito necesitaba alejarse de Buenos Aires y, aunque lo extraño mucho, sé que es por su bien. Hablamos por teléfono a menudo, aunque no es lo mismo. Solo espero que encuentre lo que anda buscando.

—Seguro que sí. Siempre ha sido un joven muy sensato, ¡nada que ver a su hermano mayor! —Soltó una maldición por lo bajo—. Lo lamento, no debí decir eso.

—No te preocupes, Armando. Conozco a mis hermanos mejor que nadie, y sé que muchos piensan que los he consentido demasiado. Y

es la verdad, tras la muerte de nuestra madre le prometí a papá que cuidaría de ellos y es lo que he intentado hacer todo este tiempo. Al parecer, no he tenido mucha suerte. Santiago fracasó en su primer matrimonio; Francisco se metió con la gente equivocada y Pedrito se marchó lejos, porque su vocación religiosa ya no era suficiente para él.

—Todo eso no es culpa tuya, Rosario. Me consta que has estado detrás de tus hermanos, siempre procurando lo mejor para ellos, incluso a costa de tu propia felicidad. —Estuvo a punto de mencionar lo del disparo que la dejó estéril, pero se detuvo a tiempo—. Tenías tan solo catorce años cuando tu madre murió. Creo que era mucha responsabilidad para alguien de tu edad. ¡Seguías siendo una niña!

Rosario negó con la cabeza.

—Al principio tuve miedo —le confesó—. La tragedia nos había golpeado duro y no solo debía ocuparme de que mis hermanos salieran adelante. Mi padre estaba destrozado. Se apoyó mucho en mí, él era quien más me necesitaba para no derrumbarse. No se lo conté a nadie, pero había comenzado a beber. Se encerraba por las noches en el despacho con el retrato de mamá y se embotaba de alcohol para olvidar. Entonces un día dejé de lado mis temores y me planté frente a él para exigirle que ya no bebiera. Le quité el vaso de la mano y lo arrojé al suelo. Vacié todas las botellas en una maceta y le juré que si volvía a emborracharse perdería mi respeto para siempre.

Armando juntó las manos haciendo amague de aplaudir, pero ella se lo impidió.

—Habrá que armarse de paciencia —comentó Armando, forzando una sonrisa. De un momento a otro, parecía que ya no tenían nada

más de qué hablar. Una incómoda tensión se interpuso entre ambos, borrando de un plumazo la camaradería que acababan de compartir.

Se habían encontrado por casualidad, se contaron un poco de sus vidas y ahora tocaba despedirse.

—Debería ir con mi sobrino —fue lo único que se le ocurrió decir —. Podrían quitarle su lugar si creen que nadie lo acompaña.

Armando le dio la razón, pero antes de que ella se alejara, le dedicó una última sonrisa.

—Me alegra que hayamos coincidido hoy, Rosario. —Algo indeciso, se acercó y le dio un suave apretón en la mano—. Feliz Navidad para vos y tu familia.

Rosario tragó saliva y le deseó lo mismo. Se unió a la fila, parándose detrás de su sobrino. Miró por encima del hombro, justo en el preciso momento en el cual Armando y su esposa se saludaban con una sonrisa cariñosa.

Suspiró hondo y sujetó la mano de Santiaguito con fuerza. El niño alzó la cabeza y al ver que ella tenía lágrimas en los ojos se apresuró a ofrecerle su pañuelo.

Rosario le sonrió para asegurarle que estaba todo bien; sin embargo, el reencuentro con Armando había removido algo en su interior. Al verlo junto a su familia, feliz y realizado, el deseo de convertirse en madre, que durante tanto tiempo había permanecido agazapado entre las sombras, resurgió con la intensidad de un vendaval.



A PESAR DE TODO

Barrio de Almagro, Buenos Aires, 1954

En el emblemático edificio de la Editorial Haynes, ubicado en las calles Río de Janeiro y Bogotá, tenían su sede algunas de las revistas más importantes del país. La redacción de *El Hogar*, un semanario ilustrado que se había convertido rápidamente en la publicación predilecta de las amas de casa que amaban tanto la moda como los consejos culinarios, estaba en el tercer piso. En sus amplias instalaciones funcionaban la administración, las redacciones de diversas revistas y, por supuesto, los talleres de gráfica, dotados de modernas máquinas de impresión. Aunque la empresa, fundada cincuenta años atrás por un hombre visionario como Alberto M. Haynes, había crecido hasta convertirse en la más próspera del país, se caracterizaba por un ambiente familiar en un clima laboral ameno. En el hall principal había una foto del señor Haynes junto a una Minerva, la primera impresora utilizada en la editorial. Siempre que aparecía por allí, le contaba a quien quisiera oírlo cómo un tal Magnussen, su profesor en la English High School, se la había ofrecido después de tenerla juntando polvo en el sótano de su casa. El cubículo que ocupaba Anita junto a una de sus compañeras no era demasiado espacioso, pero al menos contaba con una ventana que daba a la calle Bogotá, y desde allí, cuando su trabajo lo permitía,

podían asomarse por el alféizar encalado para contemplar la ciudad. Una gran ventaja para Anita, sin duda, era que vivía cerca y le bastaba con tomar un tranvía para llegar a su departamento.

Miró con desgano la hoja en blanco que tenía frente a ella. Había llegado a *El Hogar* por recomendación de su hermano Lisandro. Él trabajaba como periodista en el diario *El Mundo*, que también editaba la Editorial Haynes, y tras hablar con don Gregorio Cáceres, el jefe de redacción, logró convencerlo de que la contratara por un período de prueba. Así, Anita comenzó en la sección de entretenimiento, en donde se limitaba a transcribir crucigramas o algún cóctel de letras. Poco a poco fue ganándose un lugar en la revista. Su jefe, a quien todos llamaban Goyo de manera cariñosa, se dio cuenta de su talento a la hora de escribir cuando, ante la ausencia de uno de sus redactores, le pidió un artículo para la sección de "Críticas de libros". Anita, viendo la oportunidad de mostrar lo que era capaz de hacer, se esmeró en su trabajo. Se llevó las felicitaciones de don Goyo y el aplauso de Rosalía, su vecina de escritorio. Un mes más tarde, obtuvo lo que quería. Dejó de transcribir juegos de palabras para dedicarse a dar su opinión sobre los libros del momento. Era una actividad que disfrutaba por partida doble, porque siempre había sido una lectora empedernida. Un ejemplar de *Mis mujeres muertas* perteneciente a la colección de misterio de "El Séptimo Círculo" descansaba encima de su escritorio. Lo había terminado la noche anterior porque tenía que redactar una reseña para el número de esa semana.

—¿Estás con falta de inspiración?

Anita soltó un soplo de frustración. Rosalía había dado en el clavo. No se le ocurría cómo empezar. El libro le había gustado tanto que

tenía miedo de que opacara su objetividad.

Rosalía abandonó un momento su escritorio y se aproximó al suyo. Llevaba unas gafas gruesas de color negro que siempre estaba acomodando sobre el puente de su nariz para evitar que se le cayeran.

Se quedó mirando, por enésima vez, el anillo de compromiso que Anita llevaba en su dedo anular.

—¡Es precioso! —exclamó, con un dejo de envidia en la voz. Ella estaba desdichadamente soltera, por eso quizá seguía de cerca con tanto entusiasmo la vida amorosa de su amiga.

Anita puso cara de hastío. No le gustaba la ostentación y aquella joya que Agustín Mendizábal le había dado el día que pidió formalmente su mano, le provocaba escozor. Siempre que podía se lo quitaba y procuraba llevarlo puesto cada vez que se encontraba con él o con algún miembro de su familia. Lo deslizó por su dedo, pero se detuvo al darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer. ¿Qué sentido tenía despojarse de él para no verlo cuando era inminente que tarde o temprano terminaría casada con un hombre a quien no amaba?

—¿Para cuándo es la boda? —preguntó Rosalía, presa de la curiosidad. Cada vez que encontraba la ocasión, aprovechaba para tratar de descubrirlo. Anita era muy escueta al respecto y ella quería saber la fecha con tiempo de sobra para mandar a confeccionarse un vestido elegante que había salido en el último número de *El Hogar* y que la tenía completamente enamorada.

—Mi madre insiste en que sea después del invierno. Piensa que celebrar una boda en primavera es señal de buen augurio —comentó sin mostrar ningún interés.

—¿Qué piensa Agustín?

Anita dejó escapar un suspiro.

—Si fuera por él, nos casaríamos la semana que viene. —Se reclinó hacia atrás en la silla para cruzarse de piernas. Al hacerlo, su falda de punto se movió un poco hacia arriba. Unas medias de nylon color beige disimulaban la extrema blancura de su piel. Llevaba zapatos de tacones que siempre le ayudaban a estilizar su figura. Lo que le faltaba en altura lo compensaba en curvas. Uno de los redactores más jóvenes la miró de reojo desde su cubículo y cuando ella lo sorprendió espiándola, se apresuró a darle la espalda.

Rosalía sonrió, divertida.

—El pobre se ha quedado bizco —aseguró en voz baja para evitar que la oyera.

Anita no dijo nada. No solía prestarles atención a sus compañeros de trabajo. El único con el cual tenía una gran afinidad era don Goyo. Gracias a él había encontrado su lugar dentro de la redacción, y aunque escribir sobre libros era un tema que disfrutaba mucho, ambicionaba poder llegar lejos como redactora. Ya tenía la confianza de su jefe; sabía que alcanzar su sueño era cuestión de tiempo. Como si lo hubiera llamado con el pensamiento, Gregorio Cáceres acababa de salir de su oficina y caminaba hacia ellas. Anita miró su máquina de escribir con la hoja en blanco.

—¿Cómo va esa crítica, Anita? —preguntó, observándola con seriedad por encima de sus anteojos.

Ella respondió poniéndose a escribir.

A Rosalía le tocaba elegir las recetas que saldrían en el próximo número, y su falta de decisión fue la excusa perfecta para acercarse

a él con unos cuantos papeles en la mano y una sonrisa seductora en los labios.

Anita los oía debatir desde su escritorio y le costaba concentrarse en su texto. Rosalía le hablaba con voz melosa sobre cuál sería el plato principal de la semana mientras aprovechaba cualquier distracción de don Goyo para rozarle la mano cada vez que le enseñaba sus notas. Entonces sonó un teléfono que echó por tierra los intentos de seducción de la joven redactora.

—Debo contestar —dijo Gregorio Cáceres, dirigiéndose a su oficina.

Anita tuvo la sensación de que estaba huyendo de las garras de su amiga. Rosalía, en cambio, ilusionada en conquistar el corazón de aquel soltero empedernido, prefirió aferrarse a la idea de que don Goyo, simplemente, era demasiado tímido para reconocer lo que sentía por ella.

El resto de la mañana transcurrió sin contratiempos. Cerca del mediodía, Anita pudo finalizar su texto y pasó a dejárselo a su jefe. Llamó a la puerta y esperó a que don Goyo la autorizara a entrar.

—¿Has podido terminarlo?

Ella asintió. Lo vio de buen humor. No fue capaz de discernir si era culpa de Rosalía o de la llamada telefónica que había recibido más temprano. Quizá era buen momento para comentarle su deseo de colaborar con la revista desde otra perspectiva.

—Sé que no hemos hablado mucho últimamente, pero eso no significa que he dejado de interesarme en vos —le hizo señas de que tomara asiento—. No tengo intenciones de pecar de indiscreto, pero ¿ya han fijado la fecha de boda? ¡No pienso perdérmela por nada del mundo!

Anita se dejó caer en la silla con tanto desánimo que don Goyo supo de inmediato que la idea de ser la esposa de Mendizábal no la hacía feliz.

—¿Estás aplazando tu matrimonio a propósito?

Ella no dijo nada.

—He visto compromisos más largos, pero creo que ninguno se debía al hecho de que la novia no deseaba casarse —comentó, estudiando su reacción.

—Todo este tiempo he conseguido posponer la boda con un sinfín de excusas —se atrevió a confesar—. Sin embargo, mi madre ya no acepta nada de lo que le digo y mi abuela, aunque lo intenta, no va a evitar que me convierta en la esposa de Agustín Mendizábal. Durante los últimos cuatro años logré huir de mi destino; me temo que llegó el momento de aceptar que he perdido.

—¿No estás enamorada de ese muchacho?

—No niego que sea un excelente partido. Aunque prometió que su única intención es hacerme feliz, me pregunto qué pasará cuando se dé cuenta de que eso no depende solamente de él. Agustín sabe que no me casaré enamorada, se lo dejé en claro casi desde el principio; aun así, ha insistido en continuar con nuestro noviazgo. Tal vez no quiere decepcionar a su madre, o a la mía. Y no sé cuál de las dos opciones es la peor. El caso es que terminaremos siendo marido y mujer a pesar de todo.

Don Goyo estiró el brazo por encima del escritorio para rozarle la mano en un gesto de apoyo.

—Las cosas no deberían ser así, pero comprendo que aceptaras casarte con él para devolverle a tu familia lo que ha perdido. Eso habla muy bien de vos, Anita, aunque lamento en el alma que

tengas que renunciar a tu libertad. —Se puso serio de repente—. Cuando seas la señora de Mendizábal no pensarás abandonar tu trabajo en la revista, ¿verdad?

Anita negó enérgicamente con la cabeza.

—Lo hablé con Agustín y él estuvo de acuerdo en que continúe escribiendo para *El Hogar*. No importa que mi madre o que doña Sabina piensen que una mujer recién casada debería ocuparse de atender a su esposo en vez de salir a trabajar. No voy a darles el gusto de meterse en mi vida. Creo que ya lo han hecho de sobra.

Don Goyo asintió. No conocía personalmente a la madre ni a la suegra de la joven; sin embargo, lo que le contaba Anita sobre ellas le bastaba para darse cuenta de que no eran trigo limpio. Si bien detestaba prejuzgar a la gente, prefería hacerle caso a su intuición.

—¿Tenés algún pendiente en la redacción? —le preguntó, hojeando una de las carpetas de su escritorio.

—No. —Anita estuvo a punto de hablarle de sus aspiraciones dentro de la revista. Decidió esperar un momento más oportuno—. Si hay algo que quiera que cambie del texto, puedo corregirlo ahora mismo.

Su jefe le guiñó el ojo.

—Está perfecto así. ¿Por qué no te tomas el resto del día para descansar o hacer algo que te plazca?

La sugerencia era tentadora y Anita aceptó de inmediato su oferta.

—Nos vemos mañana, don Goyo.

—Hasta mañana, Anita.

Ella salió del despacho, cerrando la puerta despacio. Rosalía la estaba esperando.

—¿Te ha dicho algo sobre mí?

Anita sintió pena por su compañera. Hubiese querido decirle que sí, pero alimentar sus esperanzas de un romance que ni siquiera había nacido era completamente inútil.

—Hablamos sobre la crítica del próximo número —respondió mientras revisaba su cartera para cerciorarse de que no se olvidaba nada.

—¿Ya te vas?

—Sí, don Goyo me dio permiso para irme temprano.

Rosalía frunció el ceño y Anita se vio obligada a darle una explicación razonable para que no pensara tonterías. Sabía de sobra que le molestaba la relación cercana que mantenía con el jefe, y a pesar de que con frecuencia le aclaraba que se trataba solo de una amistad de índole filial, la joven no podía esconder sus celos. Se despidió de ella antes de que volviera a acribillarla a preguntas y se ganó toda la atención de sus compañeros al abandonar la redacción con una sonrisa en los labios.

Apenas cruzó el umbral del edificio, descubrió que la estaban esperando. Vaciló un segundo al ver a Sebastián avanzando hacia ella por la vereda. No llevaba la parte de arriba del traje, tampoco lucía una de sus elegantes corbatas de seda. Se quitó el sombrero y la saludó.

—Justo iba a buscarte. —Se inclinó para darle un beso en la mejilla y no consiguió su propósito porque ella lo detuvo a tiempo.

—Estamos en la calle —le dijo, mirando a su alrededor con preocupación.

—¿Qué tiene de malo que quiera besar a una vieja amiga? —retrucó él, restándole importancia a las cosas, como siempre solía hacer.

—Sos un hombre casado y yo una mujer comprometida, que además ostenta una reputación bastante dudosa. Creo que son motivos más que suficientes para no llamar la atención.

Sebastián terminó dándole la razón. Le dijo que su auto estaba estacionado al otro lado de la calle y le ofreció acercarla hasta su departamento.

—Puedo tomar el tranvía —dijo ella, poco convencida de irse con él—. A propósito, ¿por qué has venido a buscarme a mi trabajo? No recuerdo que hayamos quedado en vernos.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Tengo algo para vos, pero está en la guantera del coche. ¿Vamos? —Ella, presa de la curiosidad, accedió a acompañarlo. Sebastián, sin importarle lo que pudiera pensar la gente, apoyó su mano izquierda en la espalda de Anita mientras caminaban.

Hizo alarde de sus modales de caballero y abrió por ella la puerta del lado del acompañante. Se apresuró a subir y lo primero que hizo fue robarle el beso que le acababa de negar, solo que, en vez de buscar su mejilla, tomó por asalto su boca.

Anita apenas alcanzó a reaccionar y lo empujó por temor a que alguien pudiera verlos. No estaban en la intimidad de su departamento y las muestras de afecto en público la ponían demasiado nerviosa.

—¡Basta, Sebastián! —Tenía la fuerte sensación de que cada vez que se encontraban fuera del ámbito privado, todos los ojos estaban puestos en ellos.

—Está bien, no quiero que te enojes conmigo —dijo él, en señal de tregua. Luego abrió la guantera y sacó un sobre—. Llegó esta

mañana temprano y como sé que siempre esperás con ansias noticias de Bere, cancelé una cita de trabajo para venir a traértela.

La preocupación despareció del rostro de Anita para darle paso a la alegría. Recibir carta de Berenice era algo que le daba mucha alegría. Llevaba tres años viviendo en Francia y no había un solo día en que no la echara de menos. Intercambiaban correspondencia y hablaban por teléfono de vez en cuando, pero no era lo mismo. Su querida amiga se había enamorado perdidamente de un médico parisino, y tras contraer enlace decidió dejar definitivamente Buenos Aires para empezar una nueva vida en Europa. Hacía un mes que no sabía nada de ella. Berenice no la había llamado y la respuesta a su última carta aún no llegaba. Le arrebató el sobre a Sebastián y al ver su nombre escrito con la inconfundible caligrafía de su amiga, no pudo evitar emocionarse.

—Venía en el interior del paquete que le envió a mi madre —dijo él, poniendo en marcha el automóvil.

Anita abrió el sobre con tanta ansiedad que terminó rompiéndolo. Dentro, había un papel de color rosado doblado en dos. Lo desplegó y leyó en silencio.

París, 18 de febrero de 1954

Mi querida Anita, ayer he recibido tu carta y estuve a punto de levantar el teléfono para llamarte. Luego recordé que en Buenos Aires todavía no amanecía y entonces decidí escribirte. En caso de que caiga en las manos equivocadas, voy a enviarte esta misiva a casa de mis padres. Seguramente mi hermano se ocupará de dártela.

Aunque me contás, muy por encima, eso sí, sobre los planes de boda con tu prometido, alcanzo a leer entrelíneas que no sos realmente feliz. Un compromiso que se prolonga durante tanto tiempo es señal de duda. Cuando Pierre me pidió que fuera su esposa, me arrojé a sus brazos de tanta felicidad. Me duele que no estés pasando por lo mismo, querida amiga. Sé que lo estás haciendo por tu familia, empujada por el deseo de Ernestina de que el apellido Von Keller vuelva a ser uno de los más respetados de Buenos Aires. Y eso es terrible, Anita. La boda con Agustín les traerá tranquilidad económica, pero ¿a qué precio? ¿Vale la pena hacer semejante sacrificio? ¡Ojalá no tuviéramos un océano entre nosotras! Estoy segura de que, con el argumento indicado, podría persuadirte de acabar con esa pantomima de una vez por todas. Para mí es imposible viajar ahora… ¿qué hay de vos? ¿No te gustaría conocer París? Tal vez tomarte un tiempo antes de cometer el error más grande de tu vida. Por favor, te pido que lo pienses. Un viaje nunca le ha hecho mal a nadie, sobre todo cuando hay que reflexionar sobre el futuro. Ya lo hablé con Pierre y está de acuerdo en alojarte en nuestra casa si aceptás venir a visitarnos. ¡Nos haría tanto bien volver a vernos! ¡Te extraño demasiado! Si te decidís, me avisás y te espero. París te va a enamorar, querida Anita.

Un beso de tu amiga que te quiere mucho,

Bere

Anita soltó un suspiro lastimero. Las palabras de Berenice habían calado hondo en su corazón. Después de leer su carta, confirmaba que, de las dos, ella seguía siendo la más sensata.

—¿Qué te cuenta mi adorada hermana?

Hizo caso omiso a la pregunta de Sebastián. En su cabeza no dejaba de dar vueltas la idea de un viaje a París. Sabía que todo estaba en su contra. Irse al otro lado del mundo cuando todavía no se había fijado la fecha de su boda era un descalabro. Su madre pondría el grito en el cielo, mientras que Agustín seguramente trataría de convencerla de que no era el mejor momento para viajar. Incluso era probable que le sugiriese conocer París durante su luna de miel. Dobló el papel con cuidado y luego guardó el sobre en su cartera.

—¿Pasa algo? —Sebastián empezaba a perder la paciencia. Tanto hermetismo lo sacaba de quicio.

Aunque parecía estar perdida en sus pensamientos, ella lo miró y sonrió.

—¿Podrías hacerme un favor?

Sebastián, sin dudarlo, asintió con vehemencia.

Lo que Anita le pidió a continuación lo dejó sin palabras.

*

Cementerio de la Recoleta, Buenos Aires, 1954

Rosario se levantó un poco la falda del vestido y se agachó para depositar un ramo de jazmines sobre la tumba de su madre. Era una visita que casi siempre hacía acompañada de alguno de sus hermanos; sin embargo, esa tarde en particular había preferido la soledad. Era la primera vez que se plantaba frente al sepulcro donde descansaban los restos de Irene Sandoval de Navarro Soler desde

que conocía la verdad sobre su origen. El miedo de que el enojo pesara más que el amor que sentía por ella la había mantenido alejada. Y ahora se encontraba allí, contemplando el retrato de su madre con un nudo en la garganta. Su inexplicable muerte los había golpeado como familia. Durante muchos años, sembrado de interrogantes dolorosos, la razón que la había orillado a quitarse la vida había quedado sepultada entre las sombras de la incertidumbre… hasta que la imperiosa necesidad de su hermano Francisco de descubrir la verdad expuso ante sus ojos una historia que la tenía a ella como protagonista.

Hacía apenas unos pocos meses que el secreto que se había llevado su madre a la tumba le reveló que por sus venas no corría ni una gota de la sangre de los Navarro Soler. Ella era fruto de un amor malogrado. Un amor que Irene Sandoval nunca pudo olvidar. Deslizó el dedo por el cristal que protegía su fotografía y suspiró.

—No me molesta ser hija de un hombre al que nunca conocí, lo que más me corroe por dentro es que no me lo hayas contado, mamá. —Buscó un pañuelo en su bolso al darse cuenta de que estaba llorando—. No habría sido fácil para mí comprenderlo, pero sé que te hubiese perdonado. La muerte nunca es la salida.

No hizo nada para detener las lágrimas. El dolor se había enquistado en su alma y necesitaba expulsarlo para no morirse de tristeza. Aunque Débora ya no estaba a su lado y su ausencia se hacía cada vez más insoportable, sus hermanos le daban los motivos necesarios para no bajar los brazos: Francisco ahora era un hombre libre y acababa de casarse con la mujer que amaba. El matrimonio de Santiago con Isabela se consolidaba cada día más, y al otro lado del mundo, Pedro también había encontrado el amor en Amelia, una

joven española que le devolvió la paz a su alma atormentada por la culpa. Parecía que sin importar cuánto se empeñara la vida en quitarle aquello que la hacía tan feliz, de algún modo u otro siempre encontraba una manera de recompensarla. Enterarse a su edad de que Álvaro Navarro Soler no era su verdadero padre había sido impactante; sin embargo, por su bien y por el de los suyos, prefirió aferrarse al gran cariño que los había unido hasta el día de su muerte. Un pasado del cual ella ni siquiera era responsable no iba a borrar de sus recuerdos la entrañable relación que había tenido con su padre… porque eso sería siempre Álvaro Navarro Soler para ella, el más afectuoso de los padres. Ulises Romano, el hombre que la había engendrado, era tan solo un nombre en una tumba que no se atrevía a visitar.

Era hora de marcharse. El cielo se había nublado y no tardaría en largarse a llover. Miró por última vez el rostro de su madre. Le sonreía con tanta dulzura que le costó encontrar las palabras para despedirse de ella.

—No sé cuándo volveré, mamá. He decidido pasar una temporada en París. Tus muchachos han encaminado sus vidas y creo que es hora de ser un poco egoísta y pensar en mí. Vos velarás por ellos desde el cielo, lo sé muy bien. —Hizo una pausa para respirar hondo —. Necesito reencontrarme conmigo misma en la ciudad donde fui la mujer más feliz del mundo. Hasta pronto, mamá.

Le dejó un beso y se alejó con un nudo en la garganta. El silencio que la rodeaba sucumbió ante el eco de sus firmes pisadas. Se detuvo justo antes de la salida y miró hacia atrás. A poca distancia se encontraban enterrados Ulises y Dante Romano. Ya había visitado sus tumbas en compañía de su familia; ahora, en solitario, no se

animaba a hacerlo. Decidió entonces marcharse. Cuando atravesó el enorme portal del cementerio la embargó la tristeza. Era una Navarro Soler porque así lo sentía; sin embargo, por esa sangre que corría en sus venas le habría gustado crear un lazo con su otra familia.

*

Barrio de Caballito, Buenos Aires, 1954

—¿Te has vuelto loca?

Anita no se sorprendió; por eso, había esperado casi hasta el último momento para hablar con su madre para contarle sobre sus planes. Contaba con la complicidad de su abuela y la anuencia de Agustín, quien, con tal de no contrariarla, terminó cediendo ante su insistencia.

Ernestina la miraba consternada, tratando de descubrir si había oído mal o, en verdad, su hija acababa de perder la cabeza por completo. Se encontraban en la sala de su departamento. Anita la había invitado a tomar el té, y aunque la mesa estaba servida, la infusión empezaba a enfriarse. Entre los nervios de Anita y la confusión de su madre, la merienda había quedado relegada a un segundo plano.

—¿Cómo vas a irte de viaje precisamente ahora? —reclamó Ernestina sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Berenice me ha invitado y tengo muchas ganas de verla —respondió ella, convencida de que no necesitaba un argumento mejor para justificar sus planes.

—Tu prometido no va a dejar que te vayas —dijo Ernestina, confiada.

Anita esbozó una sonrisa triunfadora. Si su madre pretendía boicotear su viaje usando a Agustín para lograrlo, estaba muy equivocada.

—He hablado con él y si bien me costó que entendiera mis razones, me dio su aprobación. —Antes de que Ernestina la interrumpiera, agregó—: Si te deja más tranquila, le prometí que fijaríamos la fecha de la boda a mi regreso. Será en primavera como querías, mamá.

Su madre cambió rápidamente de actitud.

—Con tus idas y venidas, fijar una fecha no es garantía de nada —replicó, consciente de que su hija siempre encontraba una manera de posponer el matrimonio—. ¿Cuánto tiempo pasarías lejos de Buenos Aires?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé realmente. Quizá un par de semanas, o un mes, como mucho. No voy a arriesgar mi trabajo en la revista. Don Goyo me dijo que puede prescindir de mí un tiempo, pero quiere que vuelva cuanto antes.

Ernestina estuvo barruntando un momento antes de volver a abrir la boca.

—Supongo que ya se lo contaste a doña Agnes…

—Lo saben la abuela, Lisandro y Lourdes —respondió Anita. No le importaba que le echara en cara que se lo hubiera dicho a ella en último lugar. Era el hueso duro de roer, lo sabía muy bien.

Ernestina musitó algo entre dientes y la miró a los ojos.

—Fijaremos la fecha del matrimonio antes de tu viaje. Quiero asegurarme de que no vuelvas a salirte con la tuya. Ya hay muchos rumores sobre por qué no se ha celebrado aún el enlace con Agustín Mendizábal como para propiciar que sigan hablando mal de nosotros. Cuando estés de regreso en Buenos Aires, vamos a organizar la boda más fastuosa. Será un evento que todo el mundo recordará. Creo que a Braulio, donde quiera que esté, le gustaría que fuera el 24 de septiembre, el día de su cumpleaños.

Por más que no estuviera de acuerdo, y sintiendo que su madre trataba de manipularla dándole un golpe bajo, Anita sabía que negarse no era una opción válida. Si aceptaba casarse con Agustín, podría viajar por fin a París. No se lo dijo para no enfadarla, pero ya tenía el pasaporte en regla, gracias a la ayuda de Sebastián. Él había conseguido que el trámite se realizara con celeridad, a través a un amigo que trabajaba en la Dirección de Migraciones. Su abuela Agnes, enterada desde el primer momento de su deseo de reencontrarse con su amiga de la infancia, había puesto su granito de arena con una suma de dinero para solventar sus gastos en Francia. Sonrió para sus adentros. Ahora que su madre finalmente había dado su brazo a torcer, casi todo lo demás estaba resuelto: Berenice le había ofrecido quedarse en su casa y contaba con la palabra de don Goyo de que no perdería su trabajo en la revista. Sin embargo, existía un asunto pendiente por resolver antes de abandonar Buenos Aires: debía descubrir el paradero del padre Joaquín Mendoza. Lo último que sabían de él era que había sido designado como sacerdote en una iglesia, al sur de la provincia, aunque de eso ya habían transcurrido un par de años. Su temor más grande era que el sacerdote se aprovechara de su ausencia para

acercarse a Lourdes. A pesar de que ya no vivían en San Isidro, sino en una propiedad un poco más modesta en el barrio de Belgrano, su abuela le había dicho que podía quedarse tranquila. Ella misma les había ordenado a los criados que, en caso de que descubriera dónde vivían ahora, no lo dejaran entrar. Pero ambas sabían que la solución no era impedirle el paso, no cuando el mayor problema radicaba en su propia madre. Si el padre Joaquín aparecía con su sonrisa hipócrita, evocando la amistad con Braulio von Keller, Ernestina no dudaría un segundo en invitarlo a pasar. Y eso era algo que ella no pensaba tolerar.

Acordaron organizar una cena para anunciar formalmente la fecha de la boda y después, según palabras de Ernestina, era libre de viajar a París para visitar a su amiga Berenice. Eso sí, se empeñó en recordarle que debía regresar con tiempo de sobra para ultimar los preparativos del casamiento.

Una vez más, Anita dijo que sí sin rechistar. La acompañó hasta el ascensor y antes de que cerrara la puerta, le hizo una pregunta.

—¿Has tenido últimamente noticias del padre Joaquín?

Ernestina la miró con desconfianza.

—Pensé que no querías saber nada de él.

Ella no respondió. No iba a enfrascarse en una discusión sin sentido.

—Me dijeron que está de vuelta en Buenos Aires, oficiando misa en una parroquia de Flores —dijo su madre al fin.

—¿Te han dicho en qué parroquia está?

Ernestina negó con la cabeza.

—¿Qué está pasando, Anita? Dudo que el padre Joaquín se atreva a volver a nuestra casa después de lo que sucedió ese día. La gente

aún habla de aquello.

—No tengo deseos de pelear, mamá. —Le dio un beso frío en la mejilla y, para evitar que le dijera algo más, cerró rápidamente la puerta del ascensor.

Regresó al departamento con un fuerte sentimiento de inquietud en el cuerpo. Saber que ese hombre estaba más cerca de lo que pensaba era como volver a escarbar en una herida que nunca había alcanzado a cicatrizar. Ya no se trataba solamente de ella, debía proteger a Lourdes de cualquier amenaza. Cada vez que recordaba cómo la había abrazado durante el velorio de su padre se le revolvía la sangre. Abrió la última botella de licor de menta y llenó un vaso. Se lo bebió de un solo sorbo para apagar esa rabia que la estaba devorando por dentro.

Si de ella dependiera, el padre Joaquín Mendoza nunca más pondría un pie dentro de su casa. Pensó en hablar con su hermano Lisandro. Él conocía a mucha gente y sería sencillo averiguar en qué iglesia de Flores se escondía el maldito bastardo.

FRENTE AL DIABLO

Barrio de Flores, Buenos Aires, 1954

Anita aminoró sus pasos al acercarse a la parroquia. Hacía tres días que conocía su paradero y le había costado mucho tomar la decisión de ir a verlo. Sin embargo, era algo que necesitaba hacer antes de subirse al avión que la llevaría a París. Estaba sola y comenzaba a pensar que había sido un error rechazar la oferta de su hermano de acompañarla. Prefirió dejarlo al margen. Aunque Lisandro sabía del desprecio que sentía por el padre Joaquín Mendoza, desconocía el porqué. Sus padres siempre se habían ocupado de taparlo todo, no solo para que su terrible secreto no llegara a oídos de la gente, sino también para que su hermano jamás se enterara. Su madre se ocupaba de tejer las mentiras más eficaces con el afán de proteger el buen apellido de los Von Keller de cualquier rumor malintencionado. No importaban las terribles consecuencias de su silencio, no cuando se negaba a creerle a su propia hija. El pobre de Lisandro era demasiado voluble, y aunque sentía pasión por el periodismo, a la hora de hurgar en la historia de su propia familia las preguntas se volvían invisibles. Subió las escalinatas de la parroquia con desgano. Esperaba que el miedo no la traicionara. Empujó la puerta y entró. La tenue luz que reinaba en el interior del templo le provocó un temblor en los labios. Nunca

había estado allí; sin embargo, los olores y los rincones se parecían demasiado a la iglesia donde el padre Joaquín le robara la inocencia. Avanzó despacio por el pasillo central mientras se retocaba el cabello. Lo llevaba recogido en un rodete, oculto debajo de un sombrero de terciopelo azul. Un grueso velo del mismo tono le cubría la mitad del rostro. Una amplia falda blanca que llegaba más allá de las rodillas y una camisa de seda a rayas con la anchura suficiente para no resaltar su silueta le daban un aspecto más discreto de lo habitual. No quería que nada en ella llamara la atención. Aunque le costara reconocerlo, todavía le tenía miedo.

Una feligresa se santiguó rápidamente y pasó a su lado sin siquiera mirarla. No había nadie más en la iglesia. Se sentó en el banco de la primera fila, con las manos cruzadas sobre el regazo y esperó. No se veía con el valor suficiente de ir a buscarlo a la sacristía. Hacerlo sería como meterse en la boca del lobo… y ella no estaba dispuesta a darle semejante ventaja al monstruo que la acechaba desde que era una niña. El silencio en aquel lugar oprimía el pecho y llenaba la cabeza de recuerdos dolorosos. Los minutos pasaban y el deseo de salir corriendo se volvía cada vez más acuciante. De repente, le dio un vuelco en el estómago al escuchar el chirrido de una puerta que se abría. Agachó la cabeza para no mirar. Sabía quién era. Cuando estaba cerca, podía sentir el terror en cada poro de su piel. El eco de sus pasos yendo hacia ella le taladró los oídos. Se detuvo a tan solo unos pocos centímetros de distancia. Su sombra se recortaba contra el suelo de mosaicos marrones y estaba justo debajo de sus zapatos de tacón. Pisó con fuerza, como si aquel movimiento tuviera el mágico poder de destrozarlo.

Y entonces el monstruo habló y ella se quedó quieta.

—¡Qué sorpresa, Anita! —dijo el padre Mendoza con júbilo mientras acariciaba el crucifijo que colgaba de su pecho—. ¿A qué debo el placer de tu visita?

Anita respiró hondo. Necesitaba demostrarle que ya no le tenía miedo. Alzó la mirada y vio la cicatriz de la quemadura en su cuello. Era una mancha amarronada en forma de estrella irregular que se perdía debajo de la sotana. Aquella horrible marca que ella misma había causado la blindó con la valentía suficiente para enfrentarlo.

—He venido a refrescarle la memoria. —El cura se sentó a su lado y pudo sentir la tensión en cada músculo de su cuerpo—. La última vez que nos vimos, le advertí que no se acercara a mi hermana.

—No he visto a la pequeña Lourdes desde entonces —repuso el padre Joaquín, interrumpiéndola—. Confieso que me sorprendió enterarme de que Braulio y tu madre habían adoptado a una bebé recién nacida. ¿Era hija de una pariente lejana?

Anita se puso blanca como un papel.

—Lourdes es hija de una prima de mamá que murió en el parto.

El padre Mendoza se quedó perdido en sus pensamientos y luego, de repente, dijo:

—Es una jovencita adorable. Me complace saber que ha encontrado una buena familia que se ocupe de ella.

Anita apretó los labios. Era repugnante oír como se refería a ella.

—Me voy de viaje y quiero asegurarme de que se mantendrá alejado de mi hermana.

—¿Te vas? ¿Adónde? Si se puede saber, por supuesto —el clérigo sonrió mientras trataba de vislumbrar sus ojos a través del velo.

—Eso no es de su incumbencia —retrucó Anita, en tono beligerante—. Le exijo que no aproveche mi ausencia para aparecer

por mi casa. La abuela Agnes me prometió que no le permitirá entrar, pero no puedo fiarme si se trata de un hijo de puta como usted.

Él chasqueó la lengua y movió la cabeza en señal de reprobación.

—No deberías usar un término tan ofensivo en un lugar como este.

Anita dejó escapar una sonrisa irónica.

—¡Estoy convencida de que hay cosas más horribles que ofenden a Dios… sobre todo cuando se llevan a cabo en su casa, a escondidas de todos! —Miró a su alrededor, solo para cerciorarse de que continuaban solos.

Joaquín Mendoza le mostró la mancha en su cuello.

—¿Qué más me harías si cruzo el límite con tu hermana? —la desafió.

Una furia incontrolable se apoderó de ella. Quería gritar y expulsar de su cuerpo todo el odio que sentía hacia ese ser endemoniado. Como si hubiese sido impulsada por un resorte, se levantó, se despejó el rostro y le clavó la mirada.

—¡No se atreva a ponerle una mano encima! —bramó, apuntándole con el dedo.

El sacerdote también se puso de pie. Su amenaza no le provocó ninguna reacción. Se reía, burlándose de ella como siempre lo había hecho. Entonces, en un arrebato desesperado, la sujetó del brazo con fuerza para impedir que se soltara.

—Los caminos del Señor son inescrutables, querida Anita. Nadie puede desviarse de su destino… y el mío ha sido marcado hace mucho tiempo. Dios me encomendó la difícil tarea de encauzar a su rebaño y eso es lo único que importa.

—¡No meta a Dios en sus porquerías! —lo increpó Anita, tratando en vano de zafarse de su agarre—. ¡Lo que usted me hizo no es obra de Dios sino del diablo!

—¡Veo que de nada sirvieron mis intentos de alejarte de la senda del pecado! ¡No me equivoqué cuando dije que llevabas al demonio en el cuerpo! —Quiso tocarle el rostro, pero ella lo escupió.

El padre Joaquín reaccionó, apretándola contra su cuerpo.

—Has crecido y te has convertido en una mujer exuberante. Aunque buscas ocultar tu esencia, puedo olerlo en tu piel, Anita. Has pecado, y te gusta. Lo que yo te enseñé ahora lo usas para complacer a otros hombres… deberías darme las gracias, ¿no crees?

Ella se retorció con todas sus fuerzas. Solo consiguió que el sombrero y el velo cayeran al suelo. Cuando adivinó cuál era su intención, opuso resistencia, pero no pudo evitar que, de un tirón, el sacerdote le quitara el broche que sujetaba su cabello a la altura de la nuca. La abundante melena rojiza, la que había escondido para llegar hasta allí, se deslizó por sus hombros y su espalda. Por un instante se sintió vulnerable y con ganas de llorar; sin embargo, no pensaba darle el gusto de verla perder el control. Hacerlo significaba para ella la peor de las derrotas. Ya había soportado demasiado. Se armó de valor y lo miró directamente a los ojos.

—Usted es un monstruo que se aprovechó de mi inocencia, poniendo a Dios como aval de su perversidad. A mí ya no podrá lastimarme. —Se dio cuenta de que le temblaba la voz; aun así, continuó hablando—. Antes de que siquiera lo intente, le juro que soy capaz de cualquier cosa.

Joaquín Mendoza se bajó el cuello de la sotana y le mostró la horrible cicatriz que tenía en su piel.

—Eso lo sé muy bien, querida. Lo que hiciste ese día me dejó una marca imborrable. —Se humedeció los labios y sonrió con ironía—. Aunque no lo creas, el placer de recordar cómo me mirabas con tanto odio y a la vez con un miedo visceral anuló por completo el dolor.

—¡Está loco, siempre lo ha estado! —Alzó el brazo en un gesto amenazador. Contuvo la ira en su puño cerrado y le dedicó una mirada hierática—. ¡No volveré a advertírselo! ¡Si descubro que se acerca a Lourdes, aprovechándose de mi ausencia, no vacilaré en tomar el primer avión de regreso y acabar de una vez por todas con esta pesadilla!

El cura se dio cuenta de que Anita hablaba en serio. Por el rabillo del ojo vio que una feligresa acababa de entrar a la iglesia. Se alejó de ella rumbo al altar, dándole la espalda, y empezó a orar.

Anita recogió el sombrero y buscó el broche, pero no lo encontró. Entre los nervios y el enfado, no recordaba si el padre Joaquín lo tenía en su poder o había ido a parar debajo de los bancos. No tenía tiempo de quedarse para tratar de hallarlo. Se cubrió el rostro con el velo y se marchó pisando fuerte, haciendo que el eco de sus tacones al caminar quebrara el silencio sepulcral del templo.

Una vez en el exterior, se detuvo un momento para respirar hondo. Levantó el velo para dejar que los tibios rayos del sol le acariciaran el rostro. Se dirigió a la parada de tranvía más cercana para volver a su departamento del barrio de Caballito. Su viaje a París estaba pautado para el día siguiente. Agustín pasaría a buscarla temprano en la mañana y la llevaría a despedirse de su familia antes de salir para el aeropuerto de Morón. Tenía toda la tarde por delante para preparar el equipaje. La llegada del tranvía

interrumpió sus pensamientos. Tras subir en medio de una pequeña multitud, consiguió un asiento en la parte de atrás. Un hombre de uniforme que iba parado al lado de la puerta volteó la cabeza hacia ella. No pudo evitar sentirse incómoda. No quería culpar a su cabello, pero no había nada en su atuendo que llamara demasiado la atención. Entre la blusa holgada y la falda por debajo de las rodillas, su imagen poco tenía de seductora. Maldijo entonces haber perdido el broche. El hombre hizo un gesto cómico con la mano y Anita entonces descubrió que ella no era el blanco de sus miradas. Se giró con disimulo hacia la derecha y vio que un niño festejaba sus extrañas muecas con el rostro lleno de risa.

Se sintió absurda, pero también aliviada. Se bajó del tranvía en la siguiente parada y caminó unos pocos metros hasta detenerse frente al edificio en donde se encontraba su departamento. Cruzó el hall distraída sin percatarse de que había un hombre leyendo el periódico. Descargó parte de su rabia contra el botón del ascensor, apretándolo con insistencia. Justo antes de ingresar al cubículo, una mano masculina se posó en su hombro. Profirió un insulto en voz alta y al darse vuelta se topó con su prometido.

Él la miró con cierto disgusto. Pensaba que se pondría contenta al verlo aparecer de sorpresa y era más que evidente que se había equivocado.

—¡Agustín! ¿Qué estás haciendo acá?

No le dijo nada, en cambio le dio un beso en la mejilla.

—Sé que acordamos que vendría mañana a la mañana, pero andaba por el barrio y me dieron ganas de pasar a visitarte. ¿De dónde venías? Te noto un poco nerviosa.

Anita impostó una sonrisa. Lo que menos necesitaba en ese momento era discutir con él a pocas horas de viajar a París.

—Necesitaba comprar algunas cosas antes de armar el equipaje.

Agustín supo que le estaba mintiendo. No llevaba nada en las manos.

—Puedo subir y ayudarte —se ofreció, haciéndole señas de que el ascensor ya había llegado.

Anita no encontró un argumento plausible para negarse y terminó aceptando. Solo esperaba que aquella inesperada visita no tuviera segundas intenciones. Se convenció de que sus sospechas iban por buen camino cuando Agustín le puso el brazo en la cintura y la atrajo hacia él, aprovechando la intimidad del espacio que los rodeaba. Su cuerpo se tensó. Le sucedía cada vez que su prometido intentaba acercarse demasiado. Si ponía la mente en blanco, podía controlar su incomodidad ante un beso o una caricia inocente. Agustín era un hombre respetuoso que siempre había sabido hasta dónde llegar. Le bastó con saber que ella prefería esperar para no insistir en tener relaciones. Anita entonces usaba a su madre de excusa, alegando que jamás la perdonaría por entregarse a su prometido antes de pasar por el altar. Y Agustín no tuvo más remedio que acatar sus deseos.

—No sé qué voy a hacer cuando estés tan lejos —le susurró al oído con la voz ronca.

Ella se removió inquieta. No se apartó solo para no causarle un desaire. El poco espacio que había en el ascensor y la manera en la que Agustín la tenía agarrada estaban minando sus nervios. Parecía que aquel maldito cubículo apenas se movía, prolongando su tortura.

—Serán solo unas pocas semanas —respondió, tajante.

—Para mí será una eternidad. —Sopló en su cuello mientras que una de sus manos se deslizaba por la espalda hasta apoyarse en su trasero.

Anita se cruzó de brazos para contenerse. Mientras Agustín trataba de seducirla, ella solo quería darle vuelta la cara de un sopapo. Cuando el ascensor finalmente se detuvo, abrió la puerta y salió. De mal talante, él la siguió. Tras entrar al departamento, Anita le dijo que la esperara. Puso distancia entre ambos al encerrarse en su habitación para cambiarse de ropa. Mientras aguardaba, Agustín se bebió una copa de brandy para quitarse el sabor amargo de la derrota. Había ido a verla con la ilusión de tener una noche de despedida romántica y sentía que solo estaba haciendo el ridículo. Sin importarle las consecuencias, se sirvió otra copa más. Y una tercera. Cuando Anita volvió, se encontraba algo achispado. La contempló embobado. Se había puesto unos pantalones pinzados y una blusa de mangas cortas. Iba descalza y llevaba las uñas de los pies pintadas de rojo. Era bellísima; era su prometida y la deseaba con locura. Se aproximó a ella y antes de que tuviera la oportunidad de volver a humillarlo, la besó a la fuerza.

Anita no respondió a su beso, muy por el contrario, lo empujó con tanto ímpetu que Agustín casi perdió el equilibrio. Se sentía algo mareado y sus reflejos estaban menguados por culpa del alcohol.

—Quería que pasáramos la noche juntos —confesó, dejándose caer en el sillón más cercano. De un manotazo se aflojó el nudo de la corbata y la miró. Tenía los ojos vidriosos—. Te he respetado todo este tiempo porque me has dicho que debíamos esperar… pero la

sola idea de que te vayas lejos me está volviendo loco. Faltan cuatro meses para la boda y la paciencia no es mi mayor virtud.

—¿Y por eso has venido a verme? ¿Para que me acueste con vos y así puedas soportar mi ausencia durante las próximas semanas? —le reprochó, enojada.

Él soltó una carcajada y de repente empezó a lloriquear. Era evidente que estaba borracho.

—A veces tengo la sensación de que te doy asco. Cuando te beso o te acaricio, percibo tu frialdad.

Anita respiró hondo. ¿Cómo decirle que no era su culpa sin revelarle la verdadera razón que se escondía detrás de su actitud, siempre tan a la defensiva? No confiaba lo suficiente en él como para abrirle su corazón. Le dio lástima y se sentó a su lado.

—Lo lamento, Agustín. Creí que habías aceptado cuál era mi postura acerca de compartir intimidad prematrimonial. —Se odió a sí misma por lo que estaba a punto de decir, pero cualquier mentira era mejor que escupir una verdad tan dolorosa—. Mi madre es una mujer muy estricta y siempre me ha inculcado buenos valores. No puedo traicionar todo lo que me enseñó cuando faltan tan solo unos pocos meses para que seamos marido y mujer.

Agustín contempló su boca en silencio. Luego, apartó la mirada y soltó una maldición.

Anita experimentó un sentimiento de culpa y le rozó la mano.

—Pronto seré tu esposa.

Él volvió a mirarla. Había un gesto desafiante en sus ojos grises.

—¿Cambiará algo entonces o tendré que conformarme con unos pocos besos como ahora?

Ella hubiese querido darle la respuesta que esperaba; sin embargo, su silencio habló más alto.

Agustín se puso de pie y su esbelto cuerpo se tambaleó. Anita lo obligó a sentarse otra vez.

—Debería irme.

—No, no voy a dejar que te vayas en estas condiciones —aseveró ella, con firmeza—. Este sofá es bastante cómodo y me quedaré más tranquila si sé que no andas por ahí, medio borracho, manejando por la ciudad.

Agustín se hundió entre los almohadones.

—No quiero molestarte.

—No es una molestia —aseguró Anita, suavizando la expresión de su rostro con una sonrisa—. Mañana temprano me lo agradecerás.

Él asintió mientras se masajeaba la sien.

—¿Te puedo traer algo? —le preguntó Anita, a sabiendas de que no solía emborracharse y la resaca sería bastante molesta.

Le pidió entonces una aspirina para calmar el dolor de cabeza. Luego, cuando Anita se dispuso a preparar el equipaje, se ofreció a echarle una mano. Ella le dijo que no hacía falta, que prefería que descansara un rato. Necesitaba un tiempo a solas y su presencia se lo impedía. Apenas él se quedó dormido, fue a su habitación y cerró la puerta. No tenía miedo de Agustín; sin embargo, un hombre bebido y lastimado en su orgullo podía llegar a ser imprevisible. El entusiasmo por el viaje y el reencuentro con su amiga del alma borró el mal trago de esa tarde en la iglesia. No iba a permitir que el monstruo empañara su alegría. Armó una sola valija con lo más imprescindible. Pronto estaría al otro lado del océano, disfrutando de una ciudad que solo había visto en las revistas.

París me espera, susurró con una sonrisa en los labios.

Esa noche, más que nunca, el nombre de aquel rincón del mundo lleno de luz y glamour le supo a gloria.

Le supo a libertad.



EN PARÍS

¿UN AMOR EN PARÍS?

Barrio Latino, París, 1954

Rosario se asomó al balcón de su departamento frente al boulevard Port-Royal y con ojos somnolientos contempló emocionada el paisaje que la rodeaba. La capital parisina había amanecido envuelta en una tenue niebla que el sol, poco a poco, comenzaba a disipar. Había aterrizado en el país galo hacía un mes y medio, después de asistir a la boda de Francisco con Eleonora, la bella muchacha italiana que había sabido allanar un difícil camino hasta llegar al corazón de su hermano. Mientras ella se encontraba pasando una temporada de momentos nostálgicos en París, los recién casados acababan de volver a Buenos Aires después de su luna miel en la idílica ciudad de Sorrento, lugar desde donde su cuñada había escapado tres años antes cuando la temida Camorra napolitana le puso un precio a su cabeza. Rosario estaba segura de que tras haber retornado a su tierra natal, acompañada del hombre que amaba, Eleonora conseguiría cerrar por fin todas esas heridas que aún permanecían abiertas.

Regresar al sitio donde se ha sufrido, con el corazón rebosante de felicidad, era el mejor remedio para curar un trágico pasado.

En su caso, ella había decidido volver a París para reencontrarse con la ciudad que le hizo descubrir el verdadero amor. Estaba allí

porque echaba mucho de menos los dos meses que habían compartido con Débora. Durante ese tiempo vivieron su amor en libertad, sin miedo ni vergüenza. Y ahora que la había perdido para siempre, necesitaba imperiosamente sentirla en cada rincón de París, saboreando una tarta casera en *The Tea Caddy*, o paseando por el imponente Jardín de Luxemburgo. Se había hospedado en un departamento que quedaba justo frente al edificio donde habían vivido durante su estancia en la ciudad. Cada mañana abría la ventana de su habitación y observaba la fachada con cierta ansiedad, esperando que alguien se asomara. Las cortinas siempre cerradas le indicaban que el lugar se encontraba vacío. Una brisa tibia le rozó la piel. Bostezó con energía y se recogió el cabello en una cola de caballo. Le había crecido tanto que le costaba acostumbrarse a llevarlo suelto. Arrastró los pies hasta la cocina para prepararse un café. Desde que estaba en París le gustaba desayunar algo liviano y luego comprarse unos *croissants* en una pastelería cercana. Se los devoraba casi sin darse cuenta mientras trabajaba en alguno de sus cuadros. Una de las primeras cosas que hizo al llegar fue comprar algunos lienzos y una gran variedad de pintura al óleo. Débora estaba en cada pincelada, en cada matiz. Ensimismada en sus pensamientos se le olvidó apagar la estufa. Al ver el espeso humo que salía por el pico de la tetera, soltó una maldición. Odiaba el café hecho con agua hervida. No tuvo más remedio que reemplazarlo por un té con limón. Estaba endulzando la infusión cuando sonó el teléfono.

Se sorprendió al oír la voz risueña de Jean Luc Bernard al otro lado de la línea.

—Rosario, espero no ser inoportuno al llamarte tan temprano —dijo el marchante parisino con una disculpa muy alejada de la solemnidad. Parecía contento y ansioso de hablar.

—¡Para nada! —se apresuró ella a responder.

—Te molesto porque la galería planea una exposición de artistas latinoamericanos la semana que viene. Sé que hay poco margen de tiempo, pero pensé en ti de inmediato.

Rosario no iba a negar que la oferta le parecía tentadora; sin embargo, creía no estar a la altura de lo que una galería de arte tan prestigiosa buscaba.

—No sé, Jean Luc. Mi obra no es tan conocida.

—Pero estás pintando, ¿no?

—Sí, por supuesto. Es más, en un rato voy a dar las últimas pinceladas a la obra en la que estoy trabajando.

—¡Perfecto! Me gustaría mucho ver tu trabajo. Si te parece bien, puedo pasar hoy mismo por tu departamento.

La impulsividad del marchante era abrumadora y Rosario le dio una respuesta que le permitiera tener tiempo para prepararse. No le gustaba tomar decisiones apresuradas; sobre todo si debía escoger entre sus trabajos, aquellos que pudieran representarla en una muestra tan prestigiosa. Se jugaba su futuro como artista; por ello inventó una excusa.

—Hoy por la tarde tengo un compromiso ineludible, Jean Luc.

—No hay problema. ¿Mañana después del mediodía está bien para ti?

Ella, sintiéndose un poco culpable por haberle mentido, aceptó de inmediato. Cuando colgó el teléfono, una sonrisa de satisfacción iluminaba su rostro.

El té se había enfriado y la emoción era tan grande que se olvidó de desayunar. Entró como una tromba al pequeño cuarto que había convertido en atelier y desenvolvió los lienzos que descansaban en un rincón para seleccionar aquellos que le mostraría a Jean Luc al día siguiente. La elección no fue sencilla, pero la dejó conforme. Retomó la pintura que tenía a medio terminar con un brío diferente. Incluso sintió en los dedos ese cosquilleo de ansiedad por ver el resultado final que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

Son pinceladas de felicidad, pensó, mientras el lienzo volvía a cobrar vida delante de sus ojos.

*

Barrio de Montparnasse, París, 1954

Anita despertó al escuchar la voz de Berenice, que hablaba en francés con su esposo. Gracias a las tardes de lecturas de novelas en francés que había compartido con su abuela Agnes, no le resultaba difícil comprender lo que estaban diciendo. Sonrió cuando Pierre mencionó algo relacionado con la próxima llegada de su primer hijo. La noticia del embarazo de su querida amiga solo se comparaba a la enorme alegría de haberse reencontrado después de seis años de comunicarse por extensas cartas e interminables llamadas telefónicas. La criatura nacería en otoño, y aunque ya había descubierto que estaba encinta cuando planearon aquel viaje a la distancia, Berenice prefirió esperar para contárselo mirándola a la cara. Se había dejado contagiar por su entusiasmo, pero le daba pena no acompañarla durante la última etapa de gestación. Para

cuando el hijo de su amiga naciera, ella no solo estaría de regreso en Buenos Aires; si nada se interponía en los planes de su madre, también sería la esposa de Agustín Mendizábal.

No quería que su futura boda enturbiara la alegría de estar en una ciudad como París, con una persona por quien sentía un inmenso cariño. Saltó fuera de la cama, y antes de pisar el suelo la puerta se abrió de repente.

Berenice irrumpió en la habitación. En una bandeja llevaba lo necesario para compartir con ella un desayuno bien criollo. Al menos una vez cada dos meses, su familia le hacía un gran envío desde Buenos Aires. El paquete incluía su yerba mate favorita, los chocolates que degustaba desde niña y, por supuesto, varios potes de dulce de leche casero que le preparaba la cocinera de los Godoy. Además, desde que se había enterado de que su amiga escribía para *El Hogar*, también le mandaban algunos ejemplares de la revista para que los guardara.

—¡*Bonjour*, Anita! —Dejó la bandeja encima de la mesa que estaba junto a la ventana, y tras soltar un hondo suspiro se tumbó en una de las sillas, sujetándose el vientre con ambas manos—. Pierre acaba de irse a su trabajo. Te dejó un beso y dijo que, si te parece bien, nos invita a almorzar fuera. Hoy desperté con unas náuseas terribles… —se quejó, torciendo la boca en un gesto de fastidio.

Anita se sentó en la silla frente a ella y la miró. El embarazo le había hecho ganar algo de peso. Las mejillas estaban más regordetas y, debido al esfuerzo que acababa de hacer, también coloradas. Tenían la misma edad, pero Berenice parecía mucho más joven. Atribuyó aquella diferencia indiscutible no solo al aspecto casi

aniñado de su amiga debido a su gravidez, sino también al hecho de que ella vivía en una constante incertidumbre desde que sabía que Joaquín Mendoza estaba de regreso en Buenos Aires. Se miró de reojo en el espejo, solo para comprobar que una marcada arruga de expresión le cruzaba la frente.

Berenice dijo algo y apenas le prestó atención.

—¿En qué estás pensando?

Anita untó un trozo de pan tibio con dulce de leche y le dio un mordisco. La cocinera de los Godoy no había perdido la sazón. El dulce de leche casero seguía siendo un manjar de los dioses.

—En nada —dijo Anita después de tomarse su tiempo para responder.

—¿Extrañás a Agustín? ¿Es eso? —Berenice la escrutó minuciosamente.

Su amiga negó con la cabeza. A ella no iba a mentirle. Ya era difícil sostener la farsa delante de su familia como para hacerlo allí, a miles de kilómetros de distancia.

—La verdad es que necesitaba alejarme de él y tu invitación me vino de maravillas —reconoció sin remordimiento alguno.

—¿Ta vas a casar sin estar enamorada? ¿Precisamente vos que siempre has reivindicado tu independencia? —Berenice se mostró incrédula. La amiga que ella conocía jamás hubiera renunciado a su libertad; mucho menos para atarse a un hombre al que no amaba.

—No acepté por gusto, Bere —se justificó—. Dejé que mi madre me manipulara, y cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde para arrepentirme. Se supone que ser la esposa de Agustín Mendizábal hará que la tienda de antigüedades que mi padre perdió por culpa

de una mala inversión vuelva a formar parte del patrimonio de los Von Keller.

—¿Y eso es realmente así?

Anita se encogió de hombros.

—Supongo que sí. Mi madre llegó a un acuerdo con Agustín. Una vez que estemos casados, pondrá la tienda a mi nombre.

—Comprendo que hayas accedido a convertirte en la esposa de Agustín para satisfacer la voluntad de tu madre, pero ¿a qué precio, Anita?

Ella no supo qué decir. Su propia felicidad, una vez más, quedaba relegada a un segundo plano.

—Tal vez llegue a enamorarme de él —dijo, poco convencida—. Es un buen hombre y me consta que me quiere.

—¡Eso no es suficiente y lo sabés muy bien! —Berenice se exaltó y tuvo que sujetarse el vientre porque su criatura había recibido el impacto y se movía en su interior—. ¿Qué pasa si estando casada conocés a un hombre y te enamorás de él de verdad? ¡Incluso podrías encontrar al amor de tu vida en esta ciudad! ¡Ya sabes lo que dicen de París!

—Eso no va a pasar, Bere —aseguró Anita, haciendo caso omiso a las locas conjeturas de su amiga.

—¿Cómo que no va a pasar? —Sonrió con ironía—. Sos una mujer hermosa y pizpireta. Cualquier hombre con dos dedos de frente se sentiría encantado de conquistarte.

—Bere…

—¡Y no estoy hablando del libertino de mi hermano!

Anita se sonrojó.

—Sí, él mismo me lo contó y lo primero que le dije fue que te dejara en paz. Sebastián nunca va a separarse de su esposa.

—¡Tampoco se lo he pedido! —saltó Anita, molesta por el hecho de que Sebastián no hubiese podido quedarse callado. Sabía que Berenice y él siempre se contaban todo; aun así, le pareció mal que actuara a sus espaldas. Ahora tendría que escuchar los reproches de su amiga.

—¿Vas a seguir siendo su amante cuando estés casada?

Anita percibió el tono acusatorio en su voz. No deseaba discutir con ella, por eso le dijo lo que Bere necesitaba oír.

—No, por supuesto que no. Sebastián sabe que ya no podrá buscarme una vez que sea la esposa de Agustín Mendizábal.

Berenice le cebó el último mate y antes de dárselo la instó a que la mirara a los ojos.

—Mi hermano puede ser el hombre más testarudo del mundo. Si insiste en molestarte, me avisás. Te juro que soy capaz de subirme a un avión hasta Buenos Aires para darle un coscorrón en la cabeza.

Anita sonrió. La creía capaz de eso y de mucho más. Era una de las razones por las cuales la quería y la echaba tanto de menos. Berenice la invitó a dar un paseo y ella aceptó. Luego de llevar la bandeja del desayuno a la cocina volvió a la habitación para vestirse.

Salieron de la coqueta casa de dos plantas ubicadas en pleno centro de Montparnasse prendidas del brazo. Aunque la primavera ya había llegado a París, las bajas temperaturas se sentían por las mañanas y las noches.

Entre la charla, las risas y los recuerdos llegaron hasta la Rue de Rennes, una de las principales arterias del barrio en donde se

encontraba el famoso Grand Bazar. Al pasar por un moderno edificio con muros pintados de un verde chillón, Anita aminoró el paso.

—Es una de las galerías de arte más famosas de París —le explicó Berenice, señalando una de las estatuas de estilo griego que flanqueaban la entrada principal.

Se detuvieron frente a una vidriera en donde se anunciaban las próximas exposiciones.

—¡Mirá, hay una compatriota nuestra! —Berenice se acercó al cartel y leyó el nombre que aparecía junto a la bandera de la Argentina—. Rosario Navarro Soler. ¿La conocés?

Anita respondió que no.

—A mí me suena el apellido —manifestó Berenice, pensativa. A pesar de que trató de hacer memoria, no logró recordar dónde lo había oído—. Parece que sus obras se exponen recién a partir de mañana, pero esta noche hay una recepción para presentar a la artista al público. ¿Te gustaría venir?

—¿A vos?

—No es mi primera opción a la hora de salir a divertirme; sin embargo, a Pierre le encanta. Su paseo preferido es recorrer museos y galerías de arte. Cuando me pide que lo acompañe, no soy capaz de decirle que no. Estoy segura de que si se lo comento, querrá venir con nosotras.

Un empleado de la galería se acercó y les entregó un folleto en donde se detallaba las diferentes exposiciones que podían visitar. Al parecer, la muestra de la tal Rosario Navarro Soler era una de las más destacadas. Junto a una breve biografía que no decía demasiado, había una pequeña foto de la mujer de espaldas, frente a un lienzo en blanco. Le gustó el misterio que generaba aquella

imagen al no revelar el rostro de la artista. Se la enseñó a Berenice y también tuvo la misma sensación. Anita guardó el folleto en el bolso y se aferró al brazo de su amiga para reanudar el paseo. Durante gran parte del trayecto de regreso, estuvieron hablando de la pintora argentina con gran curiosidad.



PINCELADAS DE FELICIDAD

Barrio Latino, París, 1954

Rosario era incapaz de decidirse. Sobre la cama, un par de vestidos revueltos se había convertido en su mayor dilema. Entre los nervios de la presentación y lo poco que había dormido la noche anterior apenas tenía capacidad para elegir la mejor opción sin sentirse demasiado agobiada. Jean Luc había insistido en organizar un cóctel de presentación previa a su muestra. La idea era que pudiera entablar contacto no solo con el público que asistía a la galería, sino también con los corredores de arte que aprovechaban aquellos eventos para "cazar talentos". Según sus propias palabras, ella estaba a la altura de los mejores. La presión de agradar y encajar dentro de un círculo de artistas que estaba acostumbrado a exponer en los lugares más destacados de Europa no ayudaba en nada a calmar esa ansiedad que le roía las entrañas.

Miró el reloj. Le quedaba menos de una hora para terminar de prepararse antes de que el marchante viniera a buscarla. Esa mañana había enviado a dos empleados para llevarse las pinturas que ella había embalado cuidadosamente la noche anterior. Al contemplarse en el espejo, no le gustó lo que vio. Llevaba un conjunto de ropa interior blanca un poco anticuado. Ella no seguía los dictados de la moda, se dejaba llevar por sus gustos y

necesidades. Hurgó en uno de los cajones para ver si encontraba algo más favorecedor, pero a los pocos minutos renunció a cambiarse. ¿Qué caso tenía preocuparse por eso cuando ni siquiera sabía qué vestido sería el más adecuado para la ocasión? Habría dado lo que fuera por contar con la opinión de Isabela. Su cuñada, acostumbrada a lucir siempre glamorosa en sus actuaciones musicales, no tenía problemas a la hora de elegir vestuario. Entonces cerró los ojos, se inclinó un poco hacia adelante y tras deslizar el dedo encima de los vestidos, lo dejó caer al azar sobre uno de ellos. El "afortunado" resultó ser un moderno traje Chanel de tweed color azul con chaqueta de doble abotonadura y falda lápiz, corta hasta las rodillas. Era un conjunto sobrio y a la vez cómodo. Debajo llevaría una blusa sin mangas en una tonalidad más clara. La chaqueta marcaba su cintura sin ceñirla demasiado. Si durante la noche sentía calor, podía quedarse solo con la blusa y la falda. Buscó un par de zapatos de tacón bajo porque sabía que pasaría la mayor parte de la velada de pie, y como accesorio de lujo eligió un collar de eslabones de oro con forma de pétalos de rosa. Se maquilló un poco y dejó el cabello para lo último. Ante otro ataque de indecisión, optó por dejarlo suelto, adornándolo con un pequeño broche de una libélula en el costado derecho. Se echó unas gotas del nuevo perfume que le encantaba y abrió el sobre de cuero negro para cerciorarse de que no olvidaba nada. Tras una última inspección frente al espejo, apagó las luces y salió del departamento con el tiempo justo para llegar al hall en donde la esperaba Jean Luc.

El marchante no estaba solo. Iba acompañado por una mujer de color, espigada y de músculos torneados. Llevaba el pelo casi rapado y unas sandalias que le otorgaban una altura envidiable.

—¡Rosario, por fin! —Jean Luc la saludó con dos besos, uno en cada mejilla, y alabó su atuendo.

—¿No vas a presentarnos?

La morena hablaba con un fuerte acento que Rosario no supo adivinar.

—¡Pues, claro! Rosario, ella es Clarisse, la sobrina del señor Munier. Vio una de tus obras esta tarde e insistió en acompañarme.

—Encantada, Clarisse. —Rosario había oído hablar mucho del tal Munier. Era uno de los corredores de arte más influyentes de París.

—¡El placer es mío, Rosario! —La joven también la saludó con un beso, y al sonreír sus perfectos dientes blancos brillaron como perlas —. Quería decirte lo mucho que me ha gustado tu estilo. He visto la obra de un tendal de artistas y no tienes que envidiarle nada a nadie. El lienzo con los niños corriendo hacia el mar es simplemente maravilloso. Voy a hablar con mi tío para sugerirle que patrocine una muestra en La Belle Époque.

Rosario se sintió abrumada ante tanta alabanza. Aunque no era la primera vez que su trabajo captaba la admiración de algún experto en arte, siempre le resultaba un poco incómodo estar en el foco de atención de gente tan importante. Ni en sus sueños más atrevidos se vio exponiendo sus cuadros en una de las galerías más sofisticadas de Francia. La Belle Époque se caracterizaba por promocionar a los nuevos artistas, brindándole un espacio donde hacerse de un nombre en el mundo del arte parisino.

—Creo que nuestra querida Rosario se ha quedado anonadada —comentó Jean Luc, jocoso.

—¡Lo siento! —se disculpó Rosario por su repentino silencio. Luego miró a Clarisse, que no dejaba de sonreír—. Gracias por tu

interés en mis obras. Cuando llegué a París lo hice sin demasiadas pretensiones. Solo planeaba pintar y dejar que los recuerdos guiaran mi mano.

—¡Pero aparecí yo y todo eso cambió! —intervino el marchante, sintiéndose orgulloso de lo que creía era uno de sus grandes descubrimientos.

—¡Jean Luc puede llegar a ser muy persuasivo! —dijo Clarisse, guiñándole un ojo a Rosario.

El aludido hizo caso omiso a su comentario y las apuró porque estaban retrasados. Entraron al automóvil que los aguardaba frente al edificio y continuaron con la animada conversación. Rosario y Clarisse iban en la parte de atrás, mientras que Jean Luc ocupaba el asiento del acompañante. El trayecto hasta el barrio de Le Morais no les llevó más de veinte minutos. En ese tiempo, Clarisse no tuvo ningún reparo en dedicarle a Rosario alguna que otra mirada penetrante que provocó que la argentina sintiera un calor en la nuca. Ni Jean Luc ni el chofer, que había abierto la boca solo para decir "buenas noches" se daban cuenta de lo que sucedía a sus espaldas. Rosario no quería equivocarse, apenas conocía a la joven y por más que la hubiese tratado con tanta simpatía, confundir su atención podía dejarla muy mal parada. Ya era bastante complicado esconder lo que despertaba en ella alguien del mismo sexo, como para encima cometer un error semejante. Le devolvió la sonrisa en un gesto de amabilidad y Clarisse deslizó sus ojos del color chocolate por la piel desnuda que se asomaba debajo de su chaqueta de tweed. Incluso con la penumbra que reinaba en el interior del automóvil, parecía que podía verla entre las sombras.

Cuando por fin se detuvieron frente a la galería. Rosario logró recuperar el aliento. Jean Luc tuvo que dejarlas para ir a verificar que todo estuviera en orden para la inauguración, y al quedarse a solas Clarisse le pidió que la acompañara. Rosario la siguió sin decir nada. La sala principal, en donde se exponían sus cuadros, ya empezaba a llenarse de gente. Los nervios a flor de piel no le permitían relajarse y disfrutar.

—Es normal estar nerviosa —le susurró Clarisse al oído, entregándole una de las dos copas de champagne que le había arrebatado al camarero que acababa de pasar junto a ellas.

Rosario solo se humedeció los labios para aplacar la sequedad de su garganta. La morena chasqueó la lengua y la instó a beber un poco más. No supo exactamente por qué, pero se terminó de un sorbo lo que quedaba en la copa.

Clarisse sonrió, satisfecha, mientras bebía su champagne sin dejar de mirarla.

El calor en el cuello que había experimentado con anterioridad se extendió por el resto de su cuerpo, convirtiéndose en hoguera. La inoportuna aparición de Jean Luc para pedirle que diera un pequeño discurso frente a los invitados dejó a Rosario con la mente en blanco. Estuvo a punto de negarse, pero al no encontrar ninguna excusa razonable que la salvara de hablar delante de aquella gente que no conocía, rogó en silencio que los nervios no le jugaran una mala pasada.

Jean Luc llamó la atención de los presentes haciendo sonar el cristal de su copa y todos se voltearon a mirarlo.

—Es un placer para mí esta noche acompañar a una gran artista en su primera exposición en París. —Tomó de la mano a Rosario y

volvió a dirigirse al público—. Conocí a Rosario Navarro Soler por casualidad. Ambos coincidimos en una muestra hace unas semanas, y hablaba de su trabajo con tanta pasión, y con ese acento argentino que es tan encantador, que me dije a mí mismo que debía darme la oportunidad de ver su obra. ¡Y les juro que quedé absolutamente fascinado con su manera de plasmar la vida en un lienzo! Esta noche podrán verlo con sus propios ojos, gracias a algunos de sus cuadros más representativos.

Los sobrios asistentes, con una copa de champagne en la mano y un canapé salado en la otra, prestaban atención al discurso del afamado marchante, mientras que el resto, quizá más por curiosidad que por un interés artístico, contemplaban a la mujer de origen argentino que, parada a su lado, sonreía con cierta incomodidad.

Dos mujeres jóvenes intentaron abrirse paso entre el público. La prominente barriga de una de ellas logró que pudieran llegar al frente sin demasiadas complicaciones. Justo en ese momento, la protagonista de aquella noche fue invitada a decir unas palabras para inaugurar oficialmente la muestra que, según el vaticinio de Jean Luc Bertrand, catapultaría a Rosario Navarro Soler como una de las nuevas voces del arte latinoamericano en tierras europeas.

Rosario no estaba acostumbrada a hablar delante de tanta gente, y se lo había dejado en claro. Bajo el argumento de entusiasmar a los posibles compradores de sus obras con alguna anécdota divertida, Jean Luc insistió hasta convencerla. Le dijo que un acercamiento con el público servía no solo para meterse en el bolsillo su dinero, sino también su admiración. Y como él era quien mejor sabía cómo funcionaba el negocio de las obras de arte,

Rosario no tuvo más remedio que seguirle la corriente. Bebió un poco de champagne para darse ánimos.

—¿Quieres quitarte la chaqueta? —le preguntó Jean Luc al oído tras notar las pequeñas gotas de sudor que tenía en el cuello.

Rosario vaciló un segundo, antes de contestar. El ridículo pudor de quedarse en mangas cortas frente a tanta gente luciendo sus mejores galas perdió rápidamente la batalla contra el calor que comenzaba a experimentar debido a los nervios y a las luces del salón que colgaban del techo justo por encima de su cabeza. Dejó que él la ayudara y luego, sonriendo tímidamente, se dirigió a los presentes en un francés bastante decente.

—El arte ha sido siempre mi refugio… Desde muy pequeña, los pinceles y los lápices formaron parte de mi vida. Gracias al apoyo incondicional de mi familia, durante mucho tiempo pude dedicarme a pintar sin preocuparme por nada más. Si bien he dado clases de pintura y es una actividad con la cual me siento muy a gusto, mi gran pasión es encerrarme en el atelier y convertir un lienzo en blanco en una obra única e irrepetible. —Hizo una pausa porque se le había resecado la garganta. Bebió el resto del champagne y buscó algún gesto de complicidad entre los presentes. Su mirada se cruzó con la de Clarisse. La morena le sonrió con un gesto seductor que le provocó un cosquilleo en la boca del estómago. A su lado había una mujer embarazada, y junto a ella una imponente pelirroja que parecía estar perdida en sus propios pensamientos—. No fue fácil para mí seleccionar las obras que forman parte de la muestra que se inaugura esta noche. Como podrán descubrir dentro de un momento, ninguno de los cuadros lleva título; antes de que pregunten por qué, déjenme decirles que no hay una razón en

particular, simplemente prefiero mantener el misterio. Quizá más adelante decida cambiar de opinión.

La enigmática explicación de Rosario provocó un silencio generalizado. El semblante de Jean Luc se endureció; sin embargo, cuando el público empezó a aplaudir con entusiasmo, se deshizo en sonrisas.

—Gracias por estar aquí conmigo esta noche. —Rosario alzó su copa vacía en un brindis imaginario y casi todos los presentes le devolvieron el gesto en una clara muestra de aprobación.

Jean Luc la abrazó, prolongando el contacto más de lo necesario.

—Has estado estupenda —le dijo, apartándose de ella para mirarla directamente a los ojos.

Rosario, un poco eufórica por el éxito de su discurso, le dio un beso en la mejilla. Al ver la reacción del marchante, se arrepintió enseguida de haberlo hecho. Jean Luc nunca le había dado señales de querer algo con ella; sin embargo, notó que la observaba de un modo diferente.

Clarisse, quizá intuyendo lo que sucedía, se acercó con la excusa de que ella también quería abrazar a la aclamada artista argentina. Rosario agradeció su oportuna intervención y se entregó complacida a los fuertes brazos de la morena. Estaba tan contenta que ya ni siquiera le preocupaba que alguien pudiera descubrir el peligroso juego de seducción que ambas habían iniciado esa noche. Cuando la gente se fue arremolinando a su alrededor para conocerla y saber más de sus obras, Clarisse comprendió que estaba molestando. Antes de soltarla, le susurró unas palabras al oído y se marchó para buscar a Jean Luc.

Rosario no tardó en verse rodeada de un puñado de hombres y mujeres que ponían en jaque su manejo del idioma francés. Algunos hablaban atropelladamente y le costó entenderlos. ¿Dónde estaba Jean Luc? ¿Por qué Clarisse la había dejado sola? La frase que le susurrara la morena antes de alejarse aún retumbaba en su cabeza: *Cuando tengas oportunidad de escapar, hazlo sin pensar en nada. Yo estaré esperándote en la azotea.*

*

—¿Cómo te sentís? —Anita observó a Berenice. Un gesto de preocupación le arrugaba la frente. Hacía rato que la notaba algo pálida. Miró por encima del hombro, buscando a Pierre. Apenas llegaron a la galería, el esposo de su amiga se había encontrado con un conocido entre los presentes y no lo veían desde entonces. Sus ojos se desviaron hacia el centro del salón. Rosario Navarro Soler acababa de pronunciar su discurso, y aunque les hubiera gustado acercarse para saludar a su compatriota, había al menos una docena de personas arremolinadas a su alrededor. Tendrían que esperar su turno; si el embarazo de Berenice lo permitía, por supuesto. La acompañó a sentarse y le hizo señas a uno de los camareros para pedirle un vaso de agua.

—Me duelen mucho los tobillos —se quejó Berenice, moviendo sus pies hinchados, embutidos dentro de un par de zapatos Mary Jane.

Anita se agachó y le desprendió las dos tiras que cruzaban el empeine de su amiga para aliviar su malestar.

—¿Deberíamos irnos? —sugirió. Era lo más sensato si Berenice se encontraba tan incómoda.

Su amiga negó con la cabeza.

—Primero quiero hablar con Rosario Navarro Soler. No podemos marcharnos sin antes saludarla, Anita —aseveró, mirando el sitio donde se encontraba la artista argentina—. Creo que le hará bastante ilusión saber que dos compatriotas han venido especialmente a la muestra para conocerla.

Anita ni siquiera intentó persuadirla. El camarero llegó por fin con el vaso de agua y Berenice se lo bebió de a pequeños sorbos por temor a que le causara arcadas. Lo último que deseaba era vomitar en medio de la exposición.

—¡Querida! ¿Te encuentras bien? —Pierre se arrodilló al lado de su esposa y le tocó el vientre—. Lamento haberte dejado sola, cariño. El hombre con el cual me viste hablando es uno de los accionistas de la clínica. Me reconoció apenas me vio y no podía ignorarlo.

Berenice le acarició la mejilla y sonrió.

—No te preocupes, mi amor. Es solo un malestar pasajero. Dentro de un rato se me pasa. —Le entregó el vaso vacío a Anita y le dio las gracias.

—¿Por qué no nos vamos?

—Yo le sugerí lo mismo y tu esposa se niega a irse sin hablar con Rosario Navarro Soler —terció Anita, soltando un suspiro.

—Ya me siento mejor —alegó Berenice, acallando cualquier reproche. Se puso de pie, aferrándose al brazo de su esposo y le dijo que quería recorrer la muestra.

Pierre, sintiéndose culpable por abandonarla durante tanto rato, obedeció sin chistar.

—Después de ver los cuadros, buscaremos a la artista.

Ni Anita ni Pierre se atrevieron a contradecirla. Las cuatro obras de arte que exponía Rosario Navarro Soler se encontraban en un anexo del salón principal. Una vez allí, descubrieron que eran lienzos de fondo completamente blanco, en donde varias pinceladas de colores bien pigmentados representaban a hombres, mujeres y niños. El público iba y venía, pero todos terminaban deteniéndose delante de cada cuadro para contemplarlo con atención. Berenice, quizá por su pronta maternidad, se sintió subyugada por la imagen de varios niños que corrían hacia el mar. La obra de mayor tamaño, sin embargo, plasmaba el rostro de un hombre joven, cubierto de lágrimas. Anita no solía emocionarse con facilidad; mucho menos por causa de una pintura o una pieza musical. Sin embargo, se quedó ensimismada con aquella obra que lograba trasmitir tanto sufrimiento. Buscó un título y entonces recordó que la artista argentina había explicado que ningún cuadro de la muestra lo llevaba. Era un detalle curioso, aunque poco importaba si lograba encoger el corazón de todo aquel que lo observaba. De repente sintió que la gente a su alrededor desaparecía, y las viejas heridas que de vez en cuando volvían a sangrar la golpearon con la fuerza de un vendaval. Le faltaba el aire. Necesitaba salir para poder respirar con normalidad. No quería desfallecer allí, frente a Berenice y su esposo. Se disculpó con ambos sin dar demasiados detalles y se alejó rumbo al patio interior de la galería. Salió a toda prisa, como si estuviera huyendo de alguien. Nadie jamás se podría imaginar que intentaba escapar del infierno que dormía en su interior. Berenice quiso acompañarla, pero Pierre la detuvo.

—Déjala, ya volverá.

Ella no dijo nada. Había muchos secretos ocultos en el pasado de su amiga… secretos que quedarían sepultados para siempre bajo el manto del misterio.

—Sería una pena que precisamente ahora que Anita se ha ido pudiéramos hablar con Rosario Navarro Soler. —Berenice barrió el salón con la mirada. No había señales de la artista argentina por ninguna parte. Ya estaba resignada a tener que marcharse sin lograr su cometido, cuando un grupo de personas que admiraba una de las obras comenzó a dispersarse y Rosario Navarro Soler apareció casi como por arte de magia.

Fue Pierre el encargado de captar su atención. Agitó la mano en el aire e hizo un gesto para que se acercara. Los Fontaine se dieron cuenta de que la artista vaciló un segundo, antes de responder.

—Buenas noches —dijo Rosario en francés.

—Buenas noches, señorita Navarro Soler —se apresuró a contestar Berenice en castellano.

—¿Argentina?

La joven asintió, sin dejar de sonreír.

—Me llamo Berenice Godoy y él es mi esposo, Pierre Fontaine.

—Es un placer conocerlos. —Estrechó la mano de ambos y entonces recordó que más temprano, mientras ella daba su discurso, había una mujer pelirroja acompañando a la futura madre. No la vio por ninguna parte.

—Cuando nos enteramos de que una artista argentina expondría sus obras, no dudamos en venir —intervino Pierre haciendo alarde de su manejo del español—. Mi querida esposa insistió tanto que fue imposible negarme.

Rosario sonrió.

—¿Han visto los cuadros? ¿Qué les parecieron? ¿Tienen algún favorito? —Jean Luc le había indicado que tratara de empezar cualquier conversación con aquellas tres preguntas de rigor. Era la mejor manera de descubrir la preferencia del público de primera mano y no tener que fiarse de los intermediarios.

Berenice le habló de su obra favorita y aunque buscó saber algún detalle jugoso del cuadro, se dio cuenta rápidamente de que Rosario Navarro Soler evadía con destreza sus intentos de obtener más información.

—Mi amiga ansiaba cruzar algunas palabras con usted, pero se sintió un poco indispuesta y salió a tomar aire —comentó Berenice, con la ilusión de retenerla a su lado el tiempo suficiente hasta que Anita regresara.

—Seguramente tendremos la ocasión de hablar antes de que la noche llegue a su fin. —Rosario curvó los labios en una sonrisa condescendiente y miró a su alrededor—. Ahora, si me disculpan, debo atender al resto de los invitados. ¡Por favor, sigan disfrutando de la muestra y gracias por haber venido!

No pudieron hacer nada para prolongar el tan ansiado encuentro, y Berenice parecía ser la más afectada.

—¿Qué ocurre, querida? ¿No estás contenta de haber hablado con ella? —cuestionó Pierre, preocupado. El embarazo la había vuelto más sensible de lo normal y cualquier nimiedad podía convertirse fácilmente en un incordio.

—Me apena que Anita se perdiera la oportunidad de conocer a Rosario. —Berenice soltó un suspiro lastimero. En silencio y con una fuerte inquietud instalada en su pecho, se quedó mirando en

dirección a la puerta por donde, hacía ya varios minutos, había desaparecido su amiga.

*

Anita se acercó a la cornisa y contempló la luna llena radiante que pendía sobre el cielo estrellado de París. Había abandonado las instalaciones de la galería buscando un poco de soledad y sin darse cuenta terminó allí, en la azotea del edificio. Algunos de los presentes, tal vez buscando lo mismo que ella, habían empezado a invadir el patio, privándola de un espacio en donde sentirse a gusto. Por eso cuando descubrió la escalera que conducía a la parte más alta del edificio no dudó en escabullirse. Ahora estaba allí, completamente sola y con unas ganas incontrolables de fumar un cigarrillo. Por supuesto no llevaba ninguno encima y profirió un par de maldiciones en voz alta. Nadie iba a escucharla. Apoyó los brazos en el borde de la cornisa y tuvo que estirarse un poco para poder mirar hacia abajo. El vértigo de la altura le provocó un latigazo en el estómago. Respiró hondo y cerró los ojos. Al abrirlos, unas gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Se las enjugó de un manotazo, enfurecida por permitir que el pasado se colara entre sus pensamientos. Ver el rostro lloroso del joven que aparecía en uno de los cuadros de Rosario Navarro Soler había sido devastador. Sintió que era un reflejo de su propia alma… un alma destrozada que, a pesar de todo, luchaba día a día por florecer en medio del barro más espeso y oscuro. ¿Cómo era posible identificarse con la imagen de un desconocido retratado en una obra de arte? Necesitaba calmarse y, sobre todo, poner distancia entre ella y el vacío bajo sus pies. Se

alejó de la cornisa y caminó un rato por la azotea para ver si la brisa le despejaba la mente. Allí arriba hacía un poco de frío, pero no tenía deseos de regresar a la galería todavía. De repente oyó un portazo y unas risas femeninas. En puntas de pie corrió a ocultarse detrás de un muro. El plan de perpetuar un poco más su soledad fue saboteado por la llegada de dos mujeres que no paraban de reírse. Hablaban en francés, pero estaban demasiado lejos y no alcanzaba a oír bien lo que decían. No las veía porque se encontraban al otro lado del muro, muy cerca de la cornisa desde donde ella acababa de huir para esconderse. Rodeó una pared de ladrillos y se asomó con cautela. Una de las mujeres le daba la espalda. La otra, de piel morena y cabello muy corto, se hallaba ligeramente recostada contra la cornisa. Sus manos descansaban en la cintura de su acompañante, quien, a su vez, le acariciaba los brazos desnudos.

Anita no era capaz de apartar la mirada; ni siquiera cuando sus cuerpos se acercaron y sus labios se fundieron en un beso apasionado. Se cubrió la boca porque casi emite un grito de sorpresa. Eran dos mujeres abrazándose y besándose como si el mundo a su alrededor no existiera. A la de piel más oscura la había visto en la muestra. Seguía sin conocer la identidad de la que se encontraba de espaldas. Sí alcanzó a distinguir que movía una mano por el trasero de la morena, empujándola con urgencia hacia su propio cuerpo. No decían nada, a sus oídos solo llegaban los gemidos y los jadeos. Sonidos que retumbaban en su cabeza, llenándola de imágenes prohibidas. Nunca antes había visto a dos mujeres en una situación semejante, y más allá de escandalizarse, sintió una tensión sexual que la dejó aturdida. No había nada de sucio en sus caricias, cada vez más atrevidas. Tampoco en los besos

que ahora se prodigaban en el cuello. La tez de la mujer morena, que brillaba a la luz de la luna, contrastaba en una perfecta sintonía con la palidez de su amante de turno. Anita entendía que estar espiándolas era algo bastante inapropiado. Pero por más que su cerebro le enviaba señales claras de darse media vuelta y marcharse, su cuerpo se negaba a obedecer. Podía sentir la dureza de los pezones, empujando suavemente la tela de su blusa. Deslizó su mano hacia abajo hasta alcanzar la zona de la entrepierna, justo allí donde se había concentrado un calor intenso que la quemaba por dentro. Estaba asustada, pero salir corriendo ya no era una opción viable. Sus dedos temblorosos comenzaron a moverse en círculos, enviando miles de señales desde el centro de su femineidad hasta todos los rincones de su cuerpo. Mientras contemplaba cómo las dos desconocidas se tocaban sin inhibiciones, se dejó arrastrar por la ola de placer que la invadió sin piedad. Cerró los ojos un momento y al volver a abrirlos, se dio cuenta de que algo sucedía entre ellas.

Estaban hablando y la distancia impedía que pudiera escucharlas.

*

—¿Qué sucede? —Clarisse tomó el rostro de Rosario entre las manos y la obligó a mirarla. El deseo que percibió en sus ojos no mentía. De nada servía negar lo evidente—. Pensé que querías lo mismo que yo.

A Rosario le costó recobrar el aliento. Le temblaban las piernas; a pesar de que había subido a la azotea consciente de lo que ambas buscaban, lo único que ahora ansiaba era salir corriendo.

—Sos una mujer muy seductora, Clarisse, y me encanta que no tengas ningún tapujo en mostrar tus sentimientos…

—¿Pero? —la interrumpió la morena, molesta por su reacción tan absurda. No era la primera vez que sufría un rechazo ante sus avances de seducción. Sin embargo, estaba convencida de que con ella sería diferente. Habían tonteado el tiempo suficiente como para echarse atrás precisamente a la hora de concretar lo que llevaban postergando toda la noche.

Rosario sonrió. Se sentía culpable por haber permitido que las cosas llegaran demasiado lejos. Enemistarse con Clarisse no entraba en sus planes.

—No estoy preparada para iniciar una relación, al menos no por ahora —confesó, mientras se acomodaba la falda. Necesitaba poner un poco de distancia entre ambas y se puso a contemplar el vacío desde la cornisa.

Clarisse la siguió y se paró a su lado. Hizo un gesto exagerado con los brazos en alto para luego cruzarlos sobre el pecho. Era su manera de ahogar la frustración que sentía por haberse ilusionado con alguien que no se lo merecía.

—¡Yo no estoy buscando nada serio, Rosario! Me gustaste y sé que el sentimiento es mutuo. No veo nada de malo en dejarnos llevar por lo que nos pasa. —Su voz sonaba algo ronca. Le rozó la mejilla con la punta del dedo y sonrió, quizá con la ilusión de encender de nuevo la pasión que acababa de consumirlas—. Hay piel entre nosotras. ¿Acaso vas a negarlo?

Rosario agachó la cabeza y se mordió el labio.

—Nunca ha sido sencillo para mí, Clarisse. Fui criada en una familia conservadora y vivo en una sociedad que espera que me case

con un buen hombre y forme una familia… En el pasado estuve prometida en matrimonio.

—¿Has estado alguna vez con una mujer? —Con aquella pregunta tan directa, Clarisse le dio a entender que no necesitaba contarle todo de su vida para justificarse.

Rosario asintió.

—Me enamoré de ella con miedo. Era un sentimiento desconocido del cual no podíamos escapar. Tuvimos que escondernos para que no nos condenaran. Sin embargo, ese mismo amor que tanto nos asustaba nos llenaba de felicidad.

—Hablas de ella en pasado.

—Débora murió y no me permitieron estar a su lado en sus últimos momentos.

—Lo siento mucho, Rosario. ¿Cuándo pasó?

—Hace dos años, aunque duele como si hubiera sido ayer —reconoció, dejándose abrumar por la tristeza—. Por eso abandoné Buenos Aires y vine a París; quería volver al sitio en donde fuimos libres de verdad.

—¡Es que París es la mejor ciudad del mundo! —declaró Clarisse alzando la voz—. Todavía se nos juzga por ser diferentes, pero hay muchos lugares en donde podemos estar sin que nos miren mal. De a poco, hemos creado nuestro propio espacio. Allí nadie se escandaliza si dos hombres van de la mano o una mujer besa a otra en algún callejón. Sé que en otros países la situación es peor; aunque en Francia se considera a la homosexualidad como un acto ilegal, no nos persiguen ni nos reprimen.

Rosario asintió. Todavía recordaba la expresión de asombro en el rostro de Débora cuando una tarde, paseando por Montparnasse,

descubrieron a dos jovencitas dándose un beso en la vía pública. Les parecía irreal que se atrevieran a mostrarse delante de todos sin ningún reparo. A ellas, quizá por su edad o porque estaban demasiado acostumbradas a fingir ser solo amigas, les costó mucho asimilar el hecho de que pudiera existir en el mundo un lugar donde nadie las juzgara por amarse.

—Necesitas tiempo para aceptar quien realmente eres, Rosario. Te pido disculpas si te hice sentir incómoda. Mi intención nunca fue presionarte, soy joven y solo quiero divertirme. —Contempló el vacío durante unos segundos y luego la miró—. La vida es demasiado corta y prefiero pasar a la siguiente.

Las palabras de Clarisse fueron lapidarias. No solo le echaba en cara la diferencia de edad entre ambas, también le planteaba su falta de valentía para sentirse cómoda con su condición. No le dijo nada. Ya no tenía sentido. La vio marcharse contoneando las caderas, como si estuviera más que dispuesta a buscar una nueva aventura aquella misma noche. Envidiaba su seguridad. Al lado de alguien como ella, era la mujer más patética del mundo. Había reprimido sus propios deseos por temor a hacer el ridículo. Después de su gran historia de amor con Débora, un revolcón ocasional solo le dejaría un vacío en el alma. Si alguna vez volvía a sentir algo parecido por alguien, recién entonces podría entregarse sin reservas. Se frotó los brazos desnudos, procurándose un poco de calor. Era hora de regresar al interior de la galería. Seguramente Jean Luc estaría nervioso, preguntándose en dónde se habría metido.

Con desgano se dirigió hacia la salida. En verdad, no le apetecía hablar con la gente. Se detuvo a mitad de camino, cuando le pareció escuchar un ruido al otro lado de la azotea. Esperó un momento y

no oyó nada más. Pensó que podía tratarse de un gato que aprovechaba la noche parisina para recorrer los tejados a su antojo. Bajó las escaleras sin prisa y al llegar al rellano su pie tropezó con algo. Se agachó y recogió un pañuelo del suelo. Quizá se le había caído a Clarisse. Buscó un poco de luz para examinarlo mejor y descubrió unas iniciales bordadas en rojo en una de las esquinas: A. V. K.

Se lo llevó a la nariz y aspiró con fuerza.

Una exquisita fragancia a rosas le trajo recuerdos del jardín de su madre. Cerró los ojos un momento para perpetuar aquel instante en su memoria. Guardó el pañuelo dentro de su corpiño y tras acomodarse la blusa enfiló rumbo a la galería. Jean Luc le preguntó dónde estaba y ella simplemente sonrió.

LA PROMESA DE LA ABUELA

Barrio de Montparnasse, París, 1954

Anita llevaba varios minutos esperando que la operadora la comunicara con Buenos Aires. Nerviosa, su dedo jugueteaba con el cable del teléfono mientras balanceaba la pierna de izquierda a derecha en un compás casi perfecto. Berenice y su esposo acababan de salir porque tenían cita con el obstetra. Ella, con la excusa de llamar a su casa, logró quedarse a solas en el departamento.

La noche anterior, después de llegar de la galería de arte, ni siquiera tuvo ganas de cenar. Se preparó un té y con un libro en la mano se encerró en la habitación. No consiguió leer ni una sola página. La infusión tampoco sirvió de mucho a la hora de calmar sus nervios. Cuando intentó conciliar el sueño, dio mil vueltas en la cama.

La escena de la cual había sido testigo involuntario la asaltaba en los momentos más impensados, colándose sin permiso en su mente para dejarla con una sensación de cosquilleo en todo el cuerpo. Aunque no había sido su primera vez espiando a una pareja en la intimidad, el hecho de que se tratara de dos mujeres le generaba un torbellino de dudas que no sabía cómo sosegar. Era como hundirse en un mar de preguntas que la arrastraba hasta el fondo sin darle oportunidad de tomar una bocanada de aire.

Una voz impersonal al otro lado de la línea la trajo de regreso a la realidad. La operadora le comunicó que su llamada estaba lista; apenas unos segundos más tarde escuchó a su abuela, toda emocionada, saludándola entre lágrimas y risas.

—Abuela, no llores, por favor —le pidió, haciendo un gran esfuerzo por no echarse a llorar también.

—¡*Cherie*, hace apenas unos pocos días que te marchaste y siento que transcurrió una eternidad! —exageró doña Agnes con voz temblorosa—. ¿Cuándo vas a volver? Sé que París es maravilloso y seguramente no querrás separarte de tu amiga Berenice todavía, pero te echo mucho de menos.

Anita no se atrevió a interrumpirla. Dejó que su abuela le contara las pocas novedades que habían surgido desde su partida, y sonrió cuando la anciana aseguró que cuando estuviera de regreso en Buenos Aires la encontraría más delgada y con un montón de arrugas nuevas en el rostro.

—No me has contestado, *cherie* —se quejó doña Agnes desde el otro lado de la línea.

Ella soltó el aire por la boca y se acomodó un mechón de cabello tras la oreja.

—Berenice quiere que me quede unos días más, porque según ella aún no hemos recuperado el tiempo que perdimos todos estos años sin vernos.

—Eso es injusto, Anita —replicó su abuela, poniéndose seria—. Aquí también te necesitamos. Tu madre se pone nerviosa cada vez que los Mendizábal mencionan la boda…

—¡Voy a regresar a tiempo, *grand-mère*! —aseguró Anita, apretando el cable del teléfono con los dedos—. ¿Está mamá ahí con

vos? Me gustaría hablar con ella para dejarle en claro que no hay nada de qué preocuparse.

—No, *cherie*, Ernestina no se encuentra en casa en estos momentos. —Hizo una pausa prolongada, como si estuviera buscando qué decir a continuación—. ¿Quieres dejarle algún mensaje?

Anita notó el ligero cambio de voz en su abuela. ¿Acaso le estaba ocultando algo?

—¿Qué pasa, *grand-mère*?

La anciana soltó un hondo suspiro y, tras otros segundos de pausa, respondió.

—Tu madre anda en algo raro, Anita. Últimamente sale mucho a la calle y sé que ha mentido. Ayer me dijo que una de sus amigas la había invitado a tomar el té. Poco después de irse, la misma amiga llamó por teléfono, preguntando por ella, porque hacía mucho tiempo que no la veía.

—¿Le preguntaste a dónde había ido?

—Fue lo primero que hice cuando regresó. Por supuesto, se negó a responderme, argumentando que era una mujer adulta y podía hacer con su vida lo que quisiera.

Anita podía imaginarse perfectamente la escena sin esforzarse demasiado. Conocía mejor que nadie el carácter intransigente de su madre y lo reacia que era a dar explicaciones. De repente, una sospecha inquietante comenzó a crecer en su interior.

—Abuela… ¿y si se trata del padre Joaquín?

—*Cherie*, no te preocupes más por ese desgraciado. No creo que las misteriosas salidas de mi nuera tengan que ver con él —la tranquilizó.

—¿Estás segura? Si ese hombre se acerca a Lourdes…

—¡No ha vuelto a aparecer por aquí! Las criadas saben muy bien que en caso de que se atreva a venir, me deben avisar de inmediato.

—Quisiera mantener la calma, abuela, pero el hecho de que no vaya a la casa no significa que no pueda acercarse a ella —manifestó, angustiada.

Doña Agnes suspiró y tras un breve silencio, agregó:

—He hablado con Lourdes muy seriamente.

—¿Qué le has contado? —saltó Anita, presa de la desesperación.

—Nada, *cherie*. Le dije que mientras tú estuvieras lejos debía portarse bien. Eso incluye decirme a dónde va, con quién y, sobre todo, llegar a casa antes de que anochezca. Ya sabes que es muy obediente y hace lo que sea para complacerme.

—Abuela, de verdad agradezco que cuides de ella mientras yo me encuentro lejos. —Se aclaró la garganta antes de continuar—. Temo que, aunque tomemos todas las precauciones del mundo, no seamos capaces de protegerla de tanta maldad.

Ambas hicieron silencio, como si una nube oscura se hubiera posado sobre ellas. Era un asunto muy delicado para hablarlo por teléfono.

—Anita, no dejes que ese hombre siga adueñándose de tu vida a través del miedo. Estás en una de las ciudades más hermosas del mundo y no quiero que arruines tu tiempo allí por culpa de alguien que no se merece ni el aire que respira.

La joven sabía que su abuela tenía razón. Volver tan pronto a Buenos Aires significaba otorgarle al padre Joaquín un poder sobre ella que no estaba dispuesta a ceder. Doña Agnes, con voz muy solemne, le prometió que se encargaría de todo, incluso de descubrir

en qué andaba metida su nuera. Escuchar a su abuela hablar con tanta seguridad hizo que la angustia de un posible acercamiento entre ese hombre y su querida Lourdes mientras se encontraba lejos resultara casi imposible. Confiaba ciegamente en ella. Le había creído cuando nadie más lo había hecho y jamás la había juzgado. Si Agnes Laurent viuda de Von Keller hacía una promesa, era para cumplirla. Se despidió cariñosamente de ella y se quedó con un nudo en la garganta.

Se dirigía a la cocina para beber un poco de agua cuando escuchó ruidos de llaves al otro lado de la puerta.

Pierre entró primero, seguido por su esposa, quien sostenía un ejemplar de *Le Monde* en la mano.

—¡Anita, mirá, han publicado una nota sobre la exposición de ayer! —Dobló el periódico y le mostró una fotografía—. ¡Esa soy yo de espaldas, y la melena ondulada que se asoma a mi izquierda es la tuya!

Anita se acercó para ver mejor. Alguien había captado con su lente el momento en el cual Rosario Navarro Soler daba su discurso. Aparecía junto al marchante, con una sonrisa en el rostro. Pierre le guiñó el ojo y miró a Berenice con ternura.

—Deberíamos recortar la fotografía y ponerle un marco —sugirió, antes de alejarse rumbo a la terraza para fumarse un cigarrillo.

Berenice hizo caso omiso a su comentario y leyó en voz alta el titular del artículo.

Rosario Navarro Soler, la artista argentina cuyas obras transmiten emoción, brilla en París.

La joven continuó leyendo el epígrafe.

Anoche, en una de las galerías de arte más tradicionales del barrio bohemio de Le Marais, el público quedó fascinado con los cuadros de Rosario Navarro Soler. La artista, que se encuentra en París disfrutando de unas breves vacaciones, aseguró que no le resultó fácil para ella seleccionar las obras que forman parte de la muestra. Respecto a sus inicios, contó que siempre tuvo el apoyo de su familia y que el arte se ha convertido en un refugio para ella.

—¡Me hubiese gustado tanto que la conocieras! —se lamentó Berenice, soltando un suspiro.

—Es una lástima que no hayamos coincidido —repuso Anita, lamentándose del desencuentro con la artista tanto como ella.

—Por cierto, ¿qué estuviste haciendo en el patio durante tanto tiempo?

—Ya te lo dije, Bere. Necesitaba un poco de aire —contestó, nerviosa.

Berenice no parecía convencida con su respuesta. Dejó el periódico en la mesa de arrime y corrió al cuarto de baño.

Anita sonrió. Sin duda, una de las condiciones más incómodas de cualquier embarazo era la urgencia de orinar a cada rato. Se vio de repente embargada por pensamientos poco felices y sacudió la cabeza con fuerza, tratando de espantarlos. Clavó la mirada en la fotografía del periódico, enfocándose en la protagonista de la nota. Fue entonces que se dio cuenta de un detalle que durante la gala de la noche anterior no había percibido. En la imagen, Rosario Navarro Soler aparecía de perfil. Un abultado flequillo le cubría la frente mientras que el resto del cabello caía suelto sobre sus hombros.

Era muy parecida a la mujer que había visto en la azotea con la morena de cabeza casi rapada. No podía jurar que se tratara de la

misma persona; sin embargo, y a pesar de que jamás había alcanzado a verla con nitidez, el perfil de su rostro y la forma de su cabello se asemejaban bastante. Tomó el periódico y volvió a observar la fotografía con más detenimiento. Aunque no se atrevía a asegurar a ciencia cierta que era ella, sentía que no se equivocaba. Se dejó caer en el sofá y leyó el artículo completo. Pierre regresó de la terraza, le dijo algo sobre la cena, a lo que Anita apenas le prestó atención. El periodista le había preguntado a Rosario qué significaba para ella el éxito cosechado con sus obras en una ciudad como París. La respuesta que dio la artista argentina le provocó una sonrisa.

París me dio en una sola noche lo que Buenos Aires me ha negado durante muchos años.

Anita leyó aquel fragmento de la nota más de una vez y se quedó pensando. Era claramente una queja dirigida a la ciudad que la había visto nacer pero que no la valoraba como artista. Estuvo sentada allí, en el salón, con el periódico en el regazo, dándole vueltas a una idea que comenzaba a taladrar su cerebro.

Quizá sí existía la posibilidad de hablar con Rosario Navarro Soler cara a cara para darle una alegría a su querida Bere.

No tuvo que pensar demasiado para tomar una decisión. Se apoderó nuevamente del teléfono y antes de marcar a la operadora, miró su reloj. Con la diferencia horaria entre Francia y Argentina, con suerte aún encontraría a don Goyo en la redacción de la revista. Aunque hubiese preferido hablarlo con él en persona, era tiempo de plantearle su deseo de crecer dentro de la revista, escribiendo algo distinto. No renegaba de criticar libros ni mucho menos, pero sentía que podía explorar otras alternativas. Su verdadero interés apuntaba hacia las entrevistas, y si su jefe le daba el visto bueno, ya tenía en

mente a la primera candidata. Cuando oyó la voz grave de don Goyo al otro lado de la línea, se aclaró la garganta y cruzó los dedos.



BAJO LA LLUVIA PARISINA

Barrio de Le Marais, París, 1954

La lluvia en París tenía algo especial. Un encanto melancólico y romántico. Las aceras de baldosas desiguales y el peligro de convertirse en el blanco de algún conductor imprudente parecían quedar relegados a un segundo plano, si a cambio la *Ville Lumière* te compensaba cualquier contratiempo climático con una atmósfera preñada de tonos grises y aroma a verdor húmedo.

Anita había salido a pesar del mal tiempo, desoyendo las advertencias de Berenice. La excusa de un paseo matutino no era bastante convincente cuando afuera caía un aguacero de dimensiones casi bíblicas. Enfundada en una gabardina blanca, zapatos de goma y un enorme paraguas de mango de marfil, la pelirroja caminaba sin prisa por una de las arterias principales del barrio de Le Marais. Se movía con precaución, lejos de la orilla de la vereda para evitar a los automóviles. Una copiosa cortina de agua no le permitía ver con claridad hacia adelante. Sabía que la galería de arte se encontraba frente a una plaza. Recordaba que justo en la esquina había una cafetería con la mitad inferior del muro revestido de ladrillos. Se detuvo debajo del toldo de una librería para estudiar el entorno. El solar que acababa de divisar era la plaza que le servía como referencia para dar con la galería de arte. Ahora que iba en la

dirección correcta, retomó la marcha más confiada. La entrada principal se encontraba cerrada. Estaba tan entusiasmada de poder conseguir la entrevista, que no había barajado la idea de que tal vez la galería no abriera por las mañanas. Farfulló una maldición y se culpó a sí misma por no llamar antes para comprobarlo. Se aproximó con la esperanza de que alguien desde adentro la viera a través del cristal esmerilado de la puerta. Entonces descubrió un papel pegado debajo del timbre: "Abrimos al público a las 14 horas. Si es urgente, llame para ser atendido".

Al menos ahora tenía una posibilidad. Lo suyo no era precisamente una urgencia; sin embargo, esperaba que el hecho de presentarse con aquel clima desapacible la exonerara de cualquier culpa. Apretó el botón dos veces. El sonido de la lluvia acallaba cualquier ruido al otro lado de la puerta. Volvió a insistir, sin éxito. Trató de mirar hacia el interior, pero la opacidad del cristal la dejó con las ganas. Resopló, frustrada. Había ido hasta allí por nada y tenía que marcharse con las manos vacías. Se dio media vuelta, abatida por su mala suerte, y al llegar a la esquina se cruzó con una mujer de raza negra. La reconoció de inmediato. Para no abordarla en plena vía pública, decidió seguirla. Cuando se detuvo frente a la galería, supo que había hecho lo correcto. Antes de que la mujer cerrara la puerta tras de sí, Anita llamó su atención, agitando una de sus manos.

—¡Disculpa, estuve llamando recién y nadie me atendió!

Clarisse Munier se acomodó el mango del paraguas sobre el hombro, la miró con curiosidad y tras un prolongado silencio, preguntó:

—¿Qué puedo hacer por ti?

Anita se acercó con una sonrisa en los labios. Era la mujer de la azotea y tenerla así de cerca hizo que se le subieran los colores a la cara. Los nervios la estaban traicionando. Se aclaró la garganta antes de responder.

—Anoche vine a la muestra de Rosario Navarro Soler, la artista argentina. Yo también soy de Buenos Aires y escribo para una de las revistas más importantes del país. Quería saber si es posible que me concediera una entrevista para el próximo número. —Esperaba no sonar muy ansiosa.

—Será mejor que entremos. —Clarisse le dio espacio para que pasara y tras dejar los paraguas para que se secaran, la invitó a tomarse un café en la cocina.

Anita aceptó encantada. La cocina se encontraba al fondo de la galería, muy cerca de las escaleras que llevaban a la azotea. Era pequeña y estaba pintada de blanco. Contaba con una estufa de cuatro hornallas, una moderna heladera marca Westinghouse y un mobiliario en tonos ocres que combinaba con el color de las paredes.

—La muestra de Rosario ha sido un éxito —comentó la morena, buscando las tazas en una de las alacenas. La observó de reojo—. No me has dicho tu nombre. Yo soy Clarisse Munier y a veces colaboro aquí, en la galería. Mi tío es corredor de arte y se fía tanto de mi criterio que me ha designado como su cazatalentos predilecta —dijo, curvando sus gruesos labios en una sonrisa.

—Me llamo Ana Victoria von Keller…

—¿Von Keller?

Ella asintió. Estaba a punto de quitarse la gabardina, pero optó por no hacerlo.

—Tengo raíces germanas y también francesas. Mi abuela paterna es de la ciudad de Lyon, y en unas vacaciones de verano en Hamburgo conoció a mi abuelo. Su familia se dedicaba al rubro de las antigüedades. Ellos se casaron muy jóvenes y llegaron a la Argentina, allá por fines del siglo pasado. Mi abuelo siguió con la tradición de los Von Keller y abrió El Anticuario Alemán, la tienda que era el orgullo de mi padre.

—¿Eres periodista entonces? —dedujo Clarisse, arrugando el ceño.

Anita se mordió el labio. Dejó de hacerlo al darse cuenta de que la morena no apartaba la mirada de su boca.

—En realidad no lo soy —confesó—. Siempre me gustó escribir, y según los que me leyeron, no lo hago tan mal. Mi hermano Lisandro, quien sí estudió periodismo, me consiguió el puesto de redactora en *El Hogar*, una revista de culto en mi país.

—¿Qué escribes exactamente?

—Comencé en la sección de entretenimientos, creando crucigramas y juegos de ingenio. Era divertido; sin embargo, terminó aburriéndome. Además, no me permitía desarrollarme como escritora. Luego pasé a dedicarme a la crítica de libros.

—¿Y ahora haces notas con las celebridades? —indagó Clarisse, curiosa.

Anita no pretendía mentir, pero si quería obtener una entrevista con Rosario Navarro Soler no podía mostrarse como una novata.

—Es lo que realmente me gusta —manifestó, sin faltar a la verdad.

—No sé si Rosario aceptará que la entrevistes —dijo, poniéndose seria mientras le servía el café.

—Me hubiese gustado hablar con ella anoche, pero no tuve la oportunidad. —Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no pensar en lo que había visto en la azotea. Después de ver la foto en el ejemplar de *Le Monde*, estaba casi segura de que la mujer que acompañaba a Clarisse Munier era, precisamente, Rosario Navarro Soler.

—Los medios parisinos se hicieron eco de la muestra, y en el mundillo del arte se empieza a mencionar su nombre con admiración —dijo la morena antes de beberse un largo sorbo de café. Dejó la taza sobre la mesa y se reclinó en la silla, con los brazos cruzados—. Jean Luc está eufórico. Se siente así cada vez que hace un gran descubrimiento.

—Es una pena que en nuestro país no haya recibido todavía el reconocimiento que se merece. Creo que eso podría cambiar apareciendo en una nota en la revista *El Hogar*. —Aunque don Goyo le había dado el visto nuevo para que hiciera la entrevista, no tenía aún la garantía de que fuera a publicarla.

Clarisse asintió.

—Si Rosario tiene deseos de hablar contigo para que el público argentino conozca sus obras, no depende realmente de mí que ella acepte… o no.

—Entiendo. —Anita posó la mirada en la taza de café, como si con aquel gesto cotidiano pudiese encontrar las palabras justas para que su plan diera resultado—. No pretendo molestarla ni obligarla a hacer algo que no quiera. Vine hasta la galería con la esperanza de hablar con ella.

—Podría darte su número de teléfono. —Clarisse se puso de pie y hurgó en el interior del bolso que había colgado en el respaldo de la

silla al llegar—. Lo tengo apuntado por aquí.

El rostro de Anita se iluminó al ver la coqueta libreta de cuero rojo que la morena sostenía en las manos. La observó mientras escribía de prisa en un trozo de papel.

—Incluiré también su dirección, aunque te aconsejo que primero la llames. —Se lo entregó, y al hacerlo le rozó los dedos. Si bien se trató de un contacto meramente fortuito, duró más tiempo de lo normal y eso hizo que los nervios de Anita se multiplicaran. Respiró hondo, fingiendo no darse cuenta de nada y sonrió.

—Muchas gracias, Clarisse. —Terminó su café y, al levantarse de la silla, el papel con los datos de Rosario Navarro Soler voló hasta aterrizar debajo de la mesa. Se agachó para recuperarlo, pero la morena fue más rápida y, nuevamente, aprovechó la ocasión para tocarla.

—Perdona, no sé qué me pasó —Clarisse se alejó de ella al percibir la confusión en su mirada.

—No te preocupes. —Anita ni siquiera fue capaz de mirarla a los ojos. Enfiló hacia la salida a toda prisa, y antes de atravesar la puerta dijo—: Que tengas un buen día.

Guardó el papel en el bolsillo de la gabardina, recogió su paraguas y abandonó la galería sumida en una extraña mezcla de sentimientos.

Desde una de las ventanas del edificio, Clarisse Munier la siguió atentamente hasta que la joven se perdió entre la multitud que caminaba por la Rue des Francs-Bourgeois bajo una tenue llovizna.

*

Barrio Latino, París, 1954

Rosario estaba eufórica. Su primera exposición en territorio francés no solo había llegado a la prensa con excelentes comentarios de los mejores críticos de arte de París; de las cuatro pinturas presentadas en la galería, tres habían sido adquiridas por destacados coleccionistas, que pagaron una pequeña fortuna pujando por sus obras. Jean Luc compartía su emoción, por eso quiso convencerla de que pintara algo diferente para montar una nueva exposición en el verano. La propuesta era tentadora, pero significaba prolongar su estadía en París, y echaba mucho de menos Buenos Aires.

El marchante, que no se resignaba a perder a una artista de su talla, hizo hasta lo imposible para convencerla de quedarse. Finalmente, entre ambos, consiguieron llegar a un acuerdo. Rosario permanecería en la capital francesa el tiempo suficiente para trabajar en algo nuevo, y cuando acabara Jean Luc conservaría los cuadros en la bodega de la galería hasta la fecha de la muestra. Para ese momento, ella podría regresar y estar presente en la inauguración. Fue todo lo que pudo obtener el francés de parte de Rosario y con eso debió conformarse.

Las musas estaban de su lado y pronto encontró inspiración para pintar. Por las mañanas, si el clima lo permitía, salía a dar un paseo. Almorzaba algo ligero mientras escuchaba a la magnífica Edith Piaf; por las tardes, después de dormir una siesta, se encerraba en el atelier a crear. El éxito de la primera muestra estaba centrado en interpelar al público a través del dolor y la búsqueda de esperanza. No quería alejarse demasiado de aquella premisa, porque era importante afianzar un estilo para que pudieran reconocer sus obras

aun antes de ver su firma. Una misión difícil que pocos artistas alcanzaban, y ella, quizá pecando de vanidosa, deseaba intentarlo.

Esa tarde se encontraba pintando, completamente metida en su mundo de colores y pinceladas, cuando alguien llamó a la puerta. Su mano, haciéndose eco del sobresalto que le causó la interrupción, se desvió de su trayecto y dejó una mancha roja en el lienzo. Rosario escupió una maldición, dejó la paleta en el soporte de madera superior del caballete y salió al salón para ver quién se había atrevido a molestarla.

Cuando la persona al otro lado de la puerta dejó de llamar, Rosario pensó en darse media vuelta y fingir que no había oído nada. Sin embargo, la curiosidad de saber de quién se trataba la empujó a espiar a través de la mirilla.

Era una mujer. Estaba de espaldas y tenía el cabello de un rojo casi rabioso. De inmediato recordó a la joven que había asistido a la muestra. Esa noche también había llamado su atención la abundante y rojiza cabellera. ¿Acaso sería la misma? Si no abría la puerta, jamás lo descubriría. Se atusó el peinado y abrochó un botón de su blusa que había soltado para sentirse más cómoda al pintar. Apenas la pelirroja se dio vuelta, se despejaron todas sus dudas. Era ella. No solía fijarse demasiado en la gente. Le costaba retener nombres o recordar rostros, pero aquella mujer tenía algo que la hacía destacar.

—¿Rosario? ¡Hola! Espero no molestar…

Su acento era inconfundible.

—¿Te conozco? —preguntó Rosario, intrigada.

—Estuve en la galería la noche de tu muestra —explicó mientras sonreía para disimular los nervios. Finalmente se encontraba frente a la artista y temía hacer el ridículo.

Rosario pensó que tenía una sonrisa hermosa; de labios carnosos ligeramente teñidos de coral y dientes blancos como perlas. Se la imaginó con el cabello suelto, cayéndole en cascada sobre los hombros.

—Me acuerdo de vos —dijo, deslizando un dedo por el marco de la puerta. No conseguía apartar la mirada de su rostro. ¿Qué le sucedía? Aún no sabía su nombre; sin embargo, se sentía atraída hacia ella como si una sirena la hubiera hechizado con su canto. Llevaba un vestido celeste de corte imperio salpicado de pequeñas flores amarillas. En las manos sostenía un discreto bolso negro con una piedra blanca en el broche.

—Me llamo Ana Victoria von Keller y trabajo como redactora en *El Hogar*.

A Rosario no le dijo nada su nombre. Aunque en su casa eran lectores habituales de la revista, no recordaba haber leído nada de su autoría. Se hizo a un lado para dejarla pasar.

—A mí ya me conocés. —Cerró la puerta y fueron hasta el salón. La observó con disimulo mientras caminaba delante de ella. La tela del vestido se mecía al compás de sus pasos, insinuando las curvas de sus caderas. La línea perfecta de las medias de nylon se extendía por la parte posterior de sus piernas y terminaban a la altura de los tobillos con una pequeña mariposa bordada. Alzó la mirada justo a tiempo para evitar que la atrapara mirándola de aquella manera tan atrevida.

Aunque se encontraba de espaldas, Anita percibió la atención que le prodigaba Rosario Navarro Soler y no supo cómo reaccionar. No se parecía en nada a la incomodidad que había sentido con Clarisse

Munier esa mañana. Era algo completamente diferente… y la asustaba.

—Quizá debí llamar antes por teléfono, en vez de venir sin avisar.

—¿Cómo has conseguido mi dirección?

—En la galería. Hablé con una tal Clarisse. Cuando le comenté que te buscaba porque quería hacerte una nota para la revista, me dio tus datos. —Dejó el bolsito junto a su regazo y se cruzó de piernas. Rosario se sentó frente a ella, en el sofá de un solo cuerpo. Vestía de entrecasa, con un pantalón ancho y una camisa arremangada hasta los codos, manchada con un poco de pintura—. ¿Estabas pintando?

—Por las tardes me gusta encerrarme en mi atelier para trabajar.

—¡Lamento mucho haberte interrumpido! —Anita se mostraba realmente acongojada—. Debí llamar por teléfono primero.

Rosario no se lo dijo, pero estaba segura que, de haberlo hecho, se habría negado a recibirla. Y se hubiese perdido la oportunidad de verla en persona. La miró a los ojos. Cuando ella bajó ligeramente la cabeza y empezó a jugar con el broche de su bolso, supo que estaba siendo demasiado obvia.

—Por favor, perdona si te hago sentir incómoda. No es mi intención, ni mucho menos —se disculpó, chasqueando la lengua—. Observar es parte de mi trabajo y tenés un rostro muy llamativo; sin mencionar el color de tu cabello. ¿Me dejarías que plasme tu belleza en uno de mis lienzos?

Anita casi se ahoga con su propia saliva. Se cubrió la boca para carraspear y se animó a devolverle la mirada. Aquello, sin duda, era algo inesperado. ¿Significaba que, si aceptaba, ella le daría la entrevista? Solo debía preguntárselo.

—Si digo que sí, ¿me permitirás entrevistarte?

Rosario asintió sin dejar de mirarla.

—Jean Luc me ha invitado a participar en otra exposición. Quiere algo nuevo; algo que termine de enamorar a los franceses. Creo que podrías ser la protagonista de mi próxima obra. Los retratos han sido siempre mi tema predilecto. Se puede trasmitir tanto a través de una sonrisa o una mirada. En tu caso, sin duda, resaltaría el fuego de tu cabello y la blancura de tu piel. Lo siento, te estoy haciendo sentir incómoda de nuevo. Te pido perdón. Me dejo llevar por la pasión y se me olvida que la otra persona no experimenta el mismo entusiasmo que yo.

—No necesitas disculparte. Hay pasiones difíciles de controlar. —Al decir aquello tuvo deseos de morderse la lengua, porque no estaba pensando en su pasión por la escritura, sino en la candente escena que había presenciado en la azotea la noche de la muestra. Ahora que la conocía en persona, ya no tenía dudas de que la mujer que había visto solo de perfil, entre las sombras, era Rosario Navarro Soler.

—¿Tenemos un trato entonces? —La artista extendió el brazo hacia ella mientras sonreía.

Anita se inclinó un poco hacia delante y estrechó suavemente su mano. No supo si fue por las imágenes de Rosario y la morena besándose que invadían su mente sin pedir permiso, o por esa intensidad que descubrió en su mirada, pero el roce de su piel contra la suya provocó una descarga eléctrica que se expandió por su cuerpo a la velocidad de un rayo. Tuvo que soltarla antes de que se diera cuenta. Se puso de pie para marcharse. Parecía que no entraba suficiente aire en sus pulmones y necesitaba que su corazón

dejara de latir tan de prisa. Sentía que una fina gota de sudor bajaba por su nuca al tiempo que se le secaba la garganta.

—¿Ya te vas? —Rosario estaba sorprendida.

—En realidad, creo que ni siquiera debí haber venido —respondió, apartando la mirada. Se colgó el bolso en el hombro y cuando pasó junto a ella para dirigirse a la salida, se detuvo un momento. Quizá iba a cometer uno de los errores más grande de su vida; aun así, respiró hondo y preguntó—: ¿Mañana a la tarde te parece bien?

—Te estaré esperando a las cuatro, Ana Victoria.

—Prefiero que me llames Anita —dijo ella, dándole la espalda.

Rosario no la acompañó hasta la puerta. La observó mientras se marchaba de prisa, sin voltearse para decirle adiós.

Se dejó caer en el sillón, en el lugar exacto en donde había estado sentada Anita. Su perfume flotaba en el aire. Apoyó su mano en el pecho, que palpitaba con furia y cerró los ojos. Su cuerpo entero parecía flotar. Sonrió complacida. Hacía mucho tiempo que no se sentía así.

Hacía mucho tiempo que una mujer no le provocaba aquel torbellino en las entrañas.

Miró el reloj. Ya empezaba a contar las horas que faltaban para volver a verse. Intuía que le esperaba una larga noche de insomnio, sometida totalmente al influjo de aquella joven de melena color del fuego y mirada felina.

MOULIN ROUGE

Barrio de Montparnasse, París, 1954

Berenice miró de reojo a su amiga mientras, tumbada en su sillón favorito, tejía unos escarpines para el ajuar del bebé. Se removió inquieta para calmar un poco el dolor que punzaba en la parte baja de la espalda. Soltó un resuello y dejó la labor a un lado.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Anita se sobresaltó al oír la voz de Berenice. Absorta en sus pensamientos, se había olvidado completamente de ella. Volteó la cabeza y le sonrió.

—Nada —mintió, alisándose un pliegue de la falda. Ya se había vestido y estaba lista para salir en cualquier momento. Miró la hora, pero las agujas del reloj apenas se habían movido unos pocos centímetros.

—¿Estás nerviosa por la entrevista?

Ella negó con la cabeza. Le había contado a Berenice que esa tarde se reuniría con Rosario Navarro Soler porque su jefe, al enterarse de que la artista argentina acababa de exponer en una importante galería parisina, quería tenerla en el próximo número de la revista. Se lo relató todo tan bien, que hasta ella se lo creyó. Confiaba en que el reportaje fuera lo suficientemente profesional como para que don Goyo aceptara publicarlo. Por supuesto, lo de

posar para uno de los cuadros de Rosario se lo calló. Conociendo a su amiga, sabía que era capaz de acompañarla para ver con sus propios ojos cómo se convertía en protagonista de una obra de arte.

—Supongo que es solo un poco de ansiedad —respondió, acomodándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Lo llevaba atado porque así se sentía más cómoda. Todavía retumbaban en su cabeza las palabras de Rosario al elogiar el color de su cabello. No quería que algo que siempre le traía los peores recuerdos de su infancia se colara en sus pensamientos. Suspiró y caminó hacia la ventana. Afuera, un sol radiante iluminaba la ciudad. Había elegido el atuendo indicado para aquella tarde primaveral. Contempló su reflejo en el cristal. La amplia falda estilo *swing* verde esmeralda con enormes bolsillos en los costados producía un discreto contraste con la camisa negra entallada de cuello abotonado y mangas a la altura de los codos. Completaba el conjunto una cartera de cuero granulado color beige y un par de sandalias de tacón chino que adoraba. Se giró sobre sus talones y miró a Berenice.

—¿Estoy bien así o es demasiado? —preguntó, presa de una inseguridad que no era común en ella.

Berenice la observó de arriba abajo con atención.

—Creo que, para ser tu primera entrevista, vas acorde a la ocasión —manifestó, diciéndole exactamente lo que su amiga deseaba escuchar.

Anita se alejó de la ventana. Temía que de tanto mirarse terminara arrepintiéndose de todo.

—¿A qué hora te vas a ver con Rosario?

—A las cuatro —respondió, dejándose caer nuevamente en el sillón. La falda a su alrededor se abrió como una flor—. No quiero

llegar tarde, tampoco pecar de puntual.

Berenice sonrió, comprensiva.

—No lo tomes como algo demasiado formal. Cuando Pierre y yo hablamos con ella se mostró muy simpática. Se nota que a pesar de haber crecido en cuna de oro es una mujer sencilla. En eso se parecen mucho. ¿Cómo te impresionó?

Por un momento, no supo qué decir. Rosario Navarro Soler era un gran enigma para ella.

—Hablamos muy poco. —Volvía a mentir y le asustaba con qué facilidad podía hacerlo. Había aprendido, por obligación, a tergiversar la verdad desde pequeña, algo de lo que no estaba orgullosa. Aunque esconder los hechos le había permitido levantar un muro de contención para protegerse, también la condenaba a encerrarse en su dolor cuando el peso de los recuerdos se volvía asfixiante.

—Si no te vas ahora, vas a llegar tarde —puntualizó Berenice, señalando la hora en el reloj.

Anita asintió. Faltaba poco menos de media hora para las cuatro y llegar hasta el Barrio Latino le llevaría unos cuantos minutos. Revisó la cartera para asegurarse de que llevaba todo lo necesario y se despidió de su amiga con un beso en la mejilla.

Berenice le tomó la mano antes de que se alejara y la miró a los ojos.

—Todo irá bien, Anita.

Ella le agradeció su apoyo con una sonrisa. Se marchó con la sensación de que estaba a punto de vivir una aventura que jamás olvidaría.

*

Barrio Latino, París, esa misma tarde

El lienzo en blanco sobre el caballete parecía tan impaciente como ella. Miró la hora por enésima vez. Por más que lo hiciera, el tiempo no iba a pasar más de prisa. Lo sabía. Aun así, como si fuera una adolescente inquieta, se dejó dominar por la ansiedad. En la mesa a sus espaldas, el material de pintura estaba listo. Ni siquiera tenía una idea clara de lo que quería lograr, simplemente necesitaba que Anita von Keller se convirtiera en la protagonista de su próxima obra de arte. Abrió una de las hojas de la ventana para que entrara un poco de aire. De repente sentía calor. Fue al cuarto de baño y se refrescó un poco la cara. No llevaba nada de maquillaje. Hizo unas muecas en el espejo. Algunas arrugas se marcaban más que otras, sobre todo cuando sonreía. Se miró atentamente el cabello, hurgando entre varios mechones. Sopló con cierto fastidio al descubrir algunos pelos blancos en el flequillo. Enseguida se le pasó. La verdad era que, a sus cuarenta y cuatro años, no tenía de qué quejarse. Podía ir con el rostro lavado sin lucir demasiado cansada y apenas comenzaba a peinar canas. Sonrió al recordar a Débora. Siempre le preocupaba su apariencia. Nunca salía sin maquillarse y llevaba el cabello perfectamente arreglado.

La paciencia distaba mucho de ser su mayor virtud. Por un segundo, incluso llegó a pensar que Anita podía no aparecer. Perderse la oportunidad de ser entrevistada para salir en la próxima edición de *El Hogar* no le preocupaba demasiado. Lo que realmente le generaba cierta inquietud era que la joven se arrepintiera de

aceptar posar para ella. Tenía tantas expectativas puestas en su nueva obra que le dolería mucho que acudiera a la cita solo para decirle que no. Buscó un cigarrillo para calmar el ansia de la espera y salió a fumar al balcón. De a poco, París comenzaba a despedirse de la primavera. El verano estaba prácticamente a la vuelta de la esquina y la ciudad se preparaba, según los expertos que lanzaban sus pronósticos por la radio, para una temporada más calurosa y húmeda que lo habitual. Rosario se apoyó en el barandal del balcón y expulsó el humo por la boca. Miró hacia abajo. Había gente paseando y sacando fotos. Llamó su atención una pareja asiática que no dejaba de sonreír. Los siguió por pura curiosidad. Se perdieron más allá del boulevard, a la orilla del Sena. Al fondo se alcanzaba a ver la famosa torre Eiffel, ícono de la ciudad que atraía a miles de turistas cada año. Nadie podía irse de París sin inmortalizarse en una imagen con aquella emblemática estructura de hierro asomándose por detrás. Incluso Rosario tenía un par de fotografías gracias a Jean Luc. Giró la cabeza y entonces la vio.

Anita acababa de doblar la esquina y, tras asegurarse de que no venía ningún vehículo, cruzó la calle con celeridad. Mientras lo hacía, sujetaba un pequeño bolso contra su cuerpo. Una vez que alcanzó la acera desapareció de su rango de visión al ingresar al edificio. Rosario aplastó la colilla en el cenicero y regresó al interior del departamento para asegurarse de que todo estaba en orden. Caminó hacia la puerta, aunque sabía que Anita al menos tardaría unos minutos en llegar. El espejo que estaba justo encima de la mesita de arrime, al lado de la puerta, le devolvió la imagen de una mujer sonriente. Se llevó la mano al pecho y suspiró hondo. Escuchó el ascensor; luego, unos tacones que pisaban con firmeza. De

repente se hizo silencio. Se la imaginó al otro lado de la puerta, lista para anunciar su llegada. Pero ella no hizo nada. ¿Qué estaba esperando? Iba a tomar la iniciativa por temor a que se marchara, cuando por fin el timbre sonó.

Rosario sujetó el pomo de la puerta y dejó la mano allí, quieta, expectante, como si ella también necesitara tomarse unos segundos antes de enfrentarla.

Abrió despacio y midió a ojo la distancia que las separaba. Anita se encontraba parada casi en la mitad del pasillo; más cerca del ascensor que de su departamento. Parecía que, ante cualquier movimiento extraño de su parte, saldría corriendo sin mirar atrás. Apartó aquellos pensamientos absurdos de su mente y le sonrió.

—Hola —saludó Anita, devolviéndole la sonrisa—. ¿He llegado demasiado temprano?

Rosario ni siquiera se había fijado qué hora era. De todos modos, le daba igual. Estaba allí y eso era lo único que importaba.

—La verdad es que me aburría —le confesó, haciendo un gesto con la mano para invitarla a pasar—. ¿Cómo estás?

—Bien, un poco ansiosa —reconoció, tocándose el pequeño pendiente en forma de hoja que colgaba de una de sus orejas.

—¿Te gustaría beber algo antes de empezar? —Rosario miró hacia la cocina—. Puedo preparar un té si te apetece.

—No hace falta —se apresuró a decir Anita.

—¿Prefieres empezar con la entrevista o vamos primero al atelier?

Anita no supo qué responder. Había ensayado tantas veces las preguntas que quería hacerle, que tenía miedo de olvidarlas si dejaba pasar mucho tiempo. Los nervios eran su mayor enemigo y

hacer el ridículo le costaría demasiado caro. No podía mostrarse insegura.

—Preferiría enfocarme en la entrevista… ¡luego seré toda tuya! —Al ver la expresión en el rostro de Rosario, comprendió lo mal que había sonado aquello. Estaba tan nerviosa que ni siquiera era capaz de hablar con propiedad.

Rosario se limitó a sonreír. Se percató de inmediato de que no había sido más que un comentario poco afortunado de alguien dominado por la ansiedad.

Se sentaron una frente a la otra y Anita, colorada como un tomate, sacó una libreta y una estilográfica del bolso.

La artista observaba atentamente cada uno de sus movimientos en silencio.

—¿Lista? —indagó Anita, mirándola a los ojos.

Rosario asintió.

La entrevista se desarrolló con total normalidad. No quedó ninguna pregunta sin responder y, poco a poco, los nervios y la falta de confianza de Anita fueron desapareciendo gracias a la simpatía y la labia de Rosario. Como compatriotas lejos del terruño, terminaron hablando de lo mucho que echaban de menos Buenos Aires. Compartieron algunas anécdotas divertidas y ambas coincidieron en que París era maravillosa.

—¿Ya has estado en Pigalle?

Anita negó con la cabeza mientras guardaba la libreta y la estilográfica en el bolso. Ya tenía material suficiente para una buena entrevista. Solo hacía falta lo más importante: la aprobación de don Goyo para publicarla.

—¡Es un pecado que no conozcas el barrio más bohemio de Francia! —exclamó Rosario, lanzando entre líneas una invitación a salir juntas—. ¡Todo aquel que visita París no puede irse sin haber asistido a una velada en el famoso Moulin Rouge! La otra noche tuve el placer de escuchar por primera vez a Charles Aznavour, el confidente de la gran Edith Piaf.

Ella sonrió. Seguramente había lugares que jamás se le hubiera ocurrido visitar. Le agradaba la idea de poder conocerlos de la mano de Rosario. Se sintió un poco tonta. Quizá estaba imaginándose algo que no era, por eso no dijo nada por temor a equivocarse.

Cuando llegó la hora de abandonar el salón para dirigirse al atelier, Anita le pidió permiso para ir al baño. Rosario la acompañó y le dijo que la esperaba en su lugar de trabajo, a dos puertas de distancia.

En la soledad del cuarto de baño, Anita apoyó las manos en el borde del lavatorio e inclinó la cabeza hacia abajo. Cerró los ojos un instante mientras su corazón latía acelerado. Cuando se enfrentó a la imagen que le devolvía el espejo, descubrió un brillo nuevo en la mirada y una sonrisa boba en los labios. ¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso era la emoción por conseguir su primera entrevista? Una entrevista que ni siquiera sabía si algún día saldría a la luz. Se sintió un completo fraude. Rosario Navarro Soler había respondido a sus preguntas con la ilusión de ser reconocida en su tierra… ilusión que se evaporaría en el aire si ella no conseguía convencer a don Goyo de publicar la charla mantenida. Estaba obligada a decírselo cuanto antes. No tenía ningún derecho a engañarla de esa manera. Se dio media vuelta y al abrir la puerta se arrepintió de inmediato de la decisión que acababa de tomar. Era una cobarde. No había otra palabra para describir su comportamiento.

Se dirigió al atelier donde la esperaba Rosario con cierto recelo. Apenas atravesó el umbral, la envolvió un olor penetrante que le provocó picor en la nariz. Hurgó en el interior del bolso, pero no pudo encontrar su pañuelo. Era extraño porque nunca salía sin él. Se lo había obsequiado su abuela y llevaba sus iniciales bordadas.

Rosario estaba de pie frente a un lienzo en blanco. La miró por encima del hombro, sonriente.

—¡Ya estás aquí! —Dejó la paleta de colores encima de la mesa y le hizo señas de que se acercara.

Anita no vaciló en obedecer. Había un canapé forrado de terciopelo verde con bordes de madera delante del ventanal. La torre Eiffel, de costado, se alzaba en el horizonte.

—¿Podrías acomodarte en el sillón? —sugirió Rosario con voz suave.

Ella asintió y se sentó bien erguida, elevando ligeramente la cabeza. Como no sabía qué hacer con las manos, dejó el bolso a un lado y las colocó sobre su regazo.

Rosario la observó. Su pose era demasiado rígida. Se apartó del lienzo para intervenir.

—Quiero que te veas lo más natural posible —le dijo, inclinándose hacia ella—. ¿Me permitís?

Anita musitó un tenue "sí" sin abandonar su postura. Rosario estaba demasiado cerca. Contuvo el aliento cuando comenzó a darle indicaciones mientras iba apoyando una mano en su hombro o le rozaba el mentón para que moviera un poco la cabeza.

—Me gustaría que te soltaras el cabello. —Y sin esperar una respuesta de su parte, le quitó la gruesa hebilla de carey que

sujetaba su melena roja en una cola de caballo—. Mucho mejor —dijo, sonriendo complacida.

Anita no dijo nada. Parecía que las palabras se le hubieran atascado en la garganta. No pudo negarse ni protestar. Simplemente se dejó hacer, consciente de que en aquel lugar ella no era más que una pieza de arcilla en manos de la artista.

Rosario, satisfecha con el resultado, volvió a pararse frente al lienzo en blanco. Por encima del caballete solo alcanzaba a ver a Anita de la cintura hacia arriba. Le indicó que se llevara todo el pelo a un costado, despejando su rostro. Había algo en su atuendo que le molestaba. La camisa era demasiado sobria en contraste con la imagen de su cabellera casi salvaje. Además, estaba abrochada hasta arriba. No quería que se sintiera incómoda; aun así, se atrevió a pedírselo.

—¿Te importaría desabrocharte los primeros botones de la camisa? Mostrar un poco de piel no perjudica a nadie. —Su intención fue bromear para evitar un mal momento, pero cuando Anita no se rio, maldijo en silencio por su impertinencia. Se preparó mentalmente para disculparse y lo que hizo la pelirroja a continuación la dejó muda.

Anita se desprendió la camisa mientras miraba hacia abajo. Se detuvo al llegar al tercer botón y entonces alzó la cabeza.

—¿Así está bien?

Rosario tragó saliva y asintió en silencio. Se dio media vuelta con la excusa de buscar la paleta y con movimientos algo torpes, comenzó a mezclar los colores. Pocas veces permitía que le ganaran los nervios; sin embargo, había algo en aquella pelirroja que le erizaba la piel. Trató de concentrarse en los primeros trazos, pero

cada vez que elevaba la vista por encima del caballete y la miraba, todo el esfuerzo de no pensar en ella como un objeto de deseo se disipaba como arena entre los dedos.

Aunque el tiempo pasó deprisa, la tensión que las rodeaba iba en aumento a cada segundo. Anita seguía las instrucciones de Rosario sin protestar. Prefería quedarse callada antes que decir algo inapropiado. Cuando llevaba varios minutos en la misma posición, comenzó a sentir un dolor punzante en la parte baja de la espalda. Respiró profundo y fingió que todo estaba bien. No le salió como quería porque Rosario se percató de inmediato que algo sucedía.

—Tomemos un descanso. —Se deshizo de la paleta y rodeó el caballete. Se cruzó de brazos y la miró—: Podemos interrumpir la sesión cuando quieras. ¿Estás cansada?

Anita se acomodó en el canapé, estirándose con la gracia de un felino. La camisa abierta también se movió, revelando más de lo permitido. Al darse cuenta se cubrió rápidamente con la mano, cuando lo más sensato de hacer hubiera sido abrocharse de nuevo los botones.

Rosario sonrió divertida ante aquel gesto casi pueril. No había alcanzado a ver nada, solo un poco de piel lechosa, salpicada con diminutas pecas marrones. En ese momento pensó que era un detalle de su anatomía que no podía obviar en su obra. Si Anita se rehusaba a mostrarse más libremente, jugaría con su imaginación.

Afuera, la tarde comenzaba a languidecer.

—¿Tenés hambre? Hay un restaurante italiano muy cerca de aquí. —Vio que Anita se peinaba el cabello con los dedos. Cuando quiso recogérselo, Rosario chasqueó la lengua en un evidente gesto de desaprobación—. No lo hagas —pidió.

Ella se quedó con las manos suspendidas en el aire durante unos segundos, sin saber qué hacer. Al final, cedió al capricho de Rosario y decidió dejarse el pelo suelto.

La artista esbozó una sonrisa triunfal. Había ganado una pequeña batalla; ahora faltaba que Anita aceptase ir a cenar con ella.

—Mi amiga Berenice me espera para cenar.

No era la respuesta que Rosario hubiese deseado oír; aun así, no planeaba renunciar tan fácilmente al placer de su compañía.

—¿Qué harás más tarde?

Anita la miró, intrigada.

—¿Te referís a esta noche?

Rosario asintió.

—Apuesto a que no has disfrutado de la noche parisina como se merece. ¿Me equivoco?

—¿Qué tenés en mente?

Aquella pregunta cargada de curiosidad le gustó mucho más.

—Prefiero sorprenderte —dijo, toda enigmática. La escoltó hacia la salida y fue con ella hasta el ascensor—. ¿Nos vemos más tarde entonces?

La pelirroja no encontró un argumento lo bastante creíble para negarse a aceptar su invitación. Además, estaba segura de que París, de noche, podía ofrecerle un abanico infinito de diversión. Quería pasarla bien antes de regresar a la cruda realidad que la esperaba en Buenos Aires, y si una mujer como Rosario Navarro Soler le abría las puertas a un nuevo mundo, no pensaba perdérselo.

—¿A las diez te parece bien?

—Me parece perfecto. —Rosario abrió la puerta del ascensor por ella y al hacerlo, le rozó el brazo—. ¿Nos vemos abajo en el hall a

esa hora o preferís que nos encontremos en otro lugar? A propósito, ¿dónde te estás quedando?

—En Montparnasse, en el departamento de mi amiga Berenice.

Rosario entonces decidió cambiar de planes.

—Montparnasse está lejos de Pigalle. —No dijo nada más para no arruinar la sorpresa. Le propuso entonces que se reunieran a los pies de la Torre Eiffel.

Anita aceptó encantada y entró rápidamente en el ascensor. Al darse media vuelta, justo antes de que la puerta se cerrara, su mirada se cruzó con la de Rosario. Aquella mágica conexión entre ambas no duró más que unos pocos segundos; sin embargo, se mantendría latente hasta su próximo encuentro.

*

Champ-de-Mars, París, esa noche…

Por la noche, la capital francesa parecía tener vida propia. El centro de la ciudad se convertía en la pasarela favorita de los turistas que disfrutaban caminar por la avenida Anatole France mientras la luna se reflejaba como un halo de plata sobre la superficie del Sena. Aquel paisaje, plasmado en tantas obras de arte por los artistas más talentosos, enamoraba con la pasión de un amante. Y la torre Eiffel, como si fuera un guardián celoso, custodiaba la ciudad desde las alturas.

Rosario había llegado temprano por culpa de su falta de paciencia. Se encontraba sentada en un banco, frente a Champs-Elysées. Su brazo extendido por encima del respaldo de madera se movía algo

inquieto. Una pareja de edad indefinida pasó frente a ella. Iban prendidos de la mano, absortos en su propio mundo, mientras el resto de París seguía latiendo. Embargada un poco por la envidia, dejó escapar un suspiro.

Los minutos pasaban, Anita no llegaba y empezaba a preocuparse. Oteó los alrededores, buscándola. No había señales de ella por ninguna parte. Se hundió en el banco de madera, con la fuerte sensación de que esperaba en vano, cuando la vio caminando hacia ella desde la explanada de Champ de Mars.

El rostro de Rosario se transformó, pasando de la frustración a la alegría en cuestión de segundos. Fue incapaz de permanecer sentada y se acercó casi corriendo, alcanzándola justo frente a los jardines de la torre Eiffel.

—*¡Bonne nuit!* —dijo en un francés exagerado, dándole la bienvenida.

Anita sonrió.

—Llego tarde, lo sé. Mi amiga Berenice tenía ganas de recordar viejos tiempos y no me quería soltar —explicó. En sus ojos azules se percibía cierto atisbo de culpa—. ¿Hace mucho que llegaste?

Rosario negó con un movimiento de cabeza.

—Esperar en un lugar así no es un incordio para nadie —respondió, quitándole importancia al hecho de su retraso. Se paró a su lado y, sin previo aviso, la tomó del brazo—. ¿Lista para vivir una noche diferente, Anita?

Ella, totalmente sorprendida por aquel gesto amistoso, se limitó a seguir sonriendo. Recorrieron la orilla del Sena mientras Rosario, con un aire de misterio, le contaba sobre una de las leyendas más famosas del río que cruzaba la ciudad de París.

—El cuerpo de una mujer fue encontrado flotando en estas mismas aguas a fines del siglo pasado. Fue bautizada como La desconocida del Sena, aunque debido a su rostro tan tranquilo y hermoso, también recibió el nombre de La Bella Durmiente. Sus restos fueron expuestos en la morgue y se dice que uno de los médicos quedó cautivado por su belleza. Se ha escrito mucho sobre ella y varios artistas la han inmortalizado en sus cuadros.

—¿Vos la pintaste? —indagó Anita, intrigada por su relato.

Rosario, a propósito, tardó en responder.

—Escuché la historia pocos días después de llegar a París, y si bien es solo una leyenda y nunca se probó que la desconocida del Sena hubiera existido de verdad, sentí el deseo de emular a esos artistas que decidieron traerla a la vida a través de sus cuadros. —Siguieron caminando por Quai de la Tournelle sin soltarse—. Aunque vi algunas fotografías de la máscara mortuoria que se realizó tras su hallazgo, preferí dejarme llevar por la imaginación y pintar mi propia versión.

—Me gustaría mucho verla —confesó Anita, fascinada por la leyenda.

—Está en mi atelier, escondida detrás de otras pinturas.

—¿Y eso por qué?

El silencio de Rosario llevaba más misterio que la propia leyenda.

—No se la he mostrado a nadie —dijo por fin, tras soltar un suspiro.

Anita supo que no debía insistir. Estaba lista para hablar de otro asunto, cuando Rosario le hizo una sentida confesión.

—El rostro que elegí para que representara a La Bella Durmiente es el de alguien que significó mucho para mí… alguien que ya no

está en este mundo.

—Lo lamento, no tenía ningún derecho a entrometerme así. —Le acarició la mano en señal de apoyo y Rosario respondió apretando la suya contra su pecho.

Como si acabaran de hacer un pacto, continuaron el paseo en silencio; cada una perdida en sus pensamientos. Al llegar al boulevard de Port-Royal, detuvieron al primer taxi que pasó. Tras indicarle al chofer que las llevara al barrio de Pigalle, Rosario le sugirió a Anita que mirara a través de la ventanilla para no perderse nada. La belleza que brindaba París de noche, con sus luces y sus sombras, era embriagadora. Cuando había algo en el paisaje que llamaba su atención, lo señalaba con el dedo, buscaba a Rosario con la mirada y entonces se encontraba con su sonrisa.

Se bajaron justo frente al Moulin Rouge. El emblemático cabaret parisino había sido reformado tres años antes, y desde entonces las noches de baile, las atracciones y el can-can habían convertido el lugar en un favorito indiscutido. Las cuatro aspas iluminadas sobre la marquesina eran imponentes.

—En mayo del año pasado hubo un evento extraordinario que convocó a un millar de artistas y vedettes de todo el mundo. Lo organizó el famoso novelista Guy des Cars —le explicó Rosario, recordando la anécdota que le había contado Jean Luc Bertrand— y entre los invitados estuvo el mismísimo presidente de la República.

Anita observó, fascinada, los dos paneles que flanqueaban la entrada al cabaret. Se trataba de *Homenaje a Lautrec* y *Plegaria a los artistas*, con retratos de Piéral, famoso actor francés de la época y Edmond Heuzé, pintor conocido por sus obras del mundo circense.

En una de las marquesinas se anunciaba el show de esa noche. Debutaba en París un tenor español llamado Luis Mariano. Rosario pensó en su cuñada Eleonora, gran aficionada a la ópera. La música clásica no era su género predilecto; sin embargo, planeaba disfrutar de la velada.

—¿Entramos? —Miró a Anita, expectante.

La pelirroja, totalmente eclipsada por las luces, asintió con entusiasmo.

Cuando ingresaron al hall descubrieron que estaba abarrotado de gente. Avanzaron muy juntas entre la multitud hasta que Rosario abandonó un momento a Anita para comprar los boletos. Durante la espera, la pelirroja se vio literalmente avasallada por un enjambre de desconocidos que cuchicheaban en francés y soltaban risas estridentes. Alguien le tocó el hombro, haciendo que se sobresaltara. Al darse vuelta se encontró con Clarisse Munier que, igual al resto de personas que la rodeaban, tenía una sonrisa de oreja a oreja dibujada en el rostro.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? —Tuvo que acercarse un poco para que pudiera escucharla.

Anita asintió, moviendo con énfasis la cabeza.

—¿Estás sola?

—No, he venido con Rosario. —Notó el ligero cambio de expresión en su semblante. Era evidente que su respuesta la había sorprendido. Como si la hubieran reclamado con el pensamiento, en ese preciso instante Rosario apareció con los dos boletos para el concierto en la mano.

—¡Clarisse, qué sorpresa! —Se saludaron con un beso en ambas mejillas y se separaron con una prisa sospechosa—. Ya conocés a

Ana Victoria, ¿verdad?

Fue una pregunta innecesaria, que no hizo más que sumar cierta tensión al momento.

—Clarisse fue muy amable conmigo cuando fui a buscarte a la galería —intervino Anita, sintiéndose en medio de una batalla campal.

—No sabía que eras aficionada a la ópera —comentó Rosario, sin mirarla, mientras le entregaba su boleto del concierto a Anita—. Pensé que preferías algo más… moderno.

La morena recibió la indirecta con estoicismo. Había sido hiriente con ella durante su último encuentro y ahora estaba devolviéndole la estocada.

—Me hablaron muy bien del tenor que se presenta esta noche y no tenía ganas de quedarme en casa, aburrida —dijo, posando descaradamente sus ojos oscuros en Anita—. Veo que no han tardado nada en hacer buenas migas.

Rosario la taladró con la mirada, lanzándole una advertencia silenciosa. Las puertas de la sala principal se abrieron de par en par y la gente comenzó a moverse.

—¿Viniste sola? —La inocente pregunta de Anita quedó suspendida en el aire cuando Rosario la sujetó del brazo para apartarla a un lado. La miró, perpleja—. ¿Qué pasa?

—No quiero compartir la velada con ella —respondió la artista, observando por encima del hombro cómo Clarisse sonreía con sarcasmo. Se burló con un guiño de ojo y se alejó de ambas sin siquiera despedirse.

Anita guardó silencio. Acababa de ser testigo de una escena bastante desagradable y no tenía intenciones de entrometerse.

Mucho menos después de haberlas espiado en la azotea de la galería. Si decía cualquier cosa de más, corría el riesgo de ponerse a ella misma en evidencia. Buscaron un sitio cerca del escenario y perdieron rápidamente de vista a Clarisse, quien optó por sentarse más atrás.

Las luces se apagaron durante unos segundos y cuando volvieron a encenderse el telón se abrió de par en par. La orquesta tocó los primeros acordes de *Recondita armonia* y entonces apareció el tenor, quien, con su potente voz, deleitó al público con aquel fragmento de Tosca.

El concierto duró poco más de una hora. Luis Mariano, en un perfecto francés, supo meterse a los espectadores en el bolsillo, no solo con su talento vocal sino también con un carisma singular, que demostró al bromear con el público hasta el final de su actuación.

A pesar de que hicieron un poco de tiempo y dejaron que los demás fueran saliendo primero, volvieron a cruzarse con Clarisse en el hall del cabaret. Rosario trató de evitarla, pero la morena tenía otros planes. Se aproximó con ese andar felino que la convertía en receptora de todas las miradas, y tras ignorarla por completo, le dedicó una sonrisa seductora a Anita.

—La noche es joven todavía, ¿te gustaría ir a beber algo conmigo?

La atrevida propuesta de Clarisse cayó como artillería pesada. Rosario no podía creer lo descarado de su actitud, mientras que Anita, atónita por la invitación, no supo qué decir.

Clarisse, en una pose claramente beligerante, se puso a jugar con uno de sus pendientes sin dejar de sonreír. La confianza que tenía en sí misma era suficiente para sentirse vencedora. Era innegable

que no solo pretendía fastidiar a Rosario por haberla rechazado, también hacía aquello porque la pelirroja le gustaba.

—Clarisse, estás haciendo el ridículo —manifestó Rosario con expresión severa.

—No te metas donde no te llaman, Rosario —replicó la morena, molesta—. Deja que sea Ana Victoria la que decida con quién desea pasar el resto de la noche.

Harta de aquella situación bochornosa, Anita decidió meterse en la conversación.

—¿Se puede saber qué les pasa? —Tenía el ceño fruncido; la melena rojiza y el intenso rubor en sus mejillas, lejos de evidenciar su enojo, le conferían la imagen de una criatura adorable. A punto de estallar, eso sí, pero adorable al fin—. ¡Hablan como si yo no estuviera presente!

El reclamo de Anita era justo y Rosario se sintió mal por protagonizar aquella escena tan poco afortunada delante de ella. No tenía por qué ser testigo de sus desavenencias con Clarisse Munier. Respiró hondo mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas para disculparse. Pero Clarisse se le adelantó.

—Lo siento, Ana Victoria. No pretendía incomodarte… tan solo quise darte la oportunidad de elegir. —Deslizó su mirada de ojos oscuros hacia el artífice de su mal humor y soltó, irónica—: Rosario tiene la costumbre de hacerte creer importante y luego te trata con indiferencia.

—¡Clarisse! ¡Basta! —le advirtió Rosario, a punto de perder los estribos.

La morena estaba más que preparada para lanzar una ofensiva contundente; sin embargo, ninguna de las dos previó lo que sucedió

a continuación.

Anita abandonó el Moulin Rouge a toda prisa, abriéndose paso entre la gente con empujones y manotazos. Rosario maldijo a Clarisse y también a sí misma por dejar que la situación se saliera de control. Miró hacia ambos lados buscándola, pero no la encontró. Volvió a maldecir antes de enfilar en dirección a la avenida principal. Apresuró el paso una vez que el enjambre de gente comenzó a dispersarse. Una pelirroja avanzaba por la acera, a pocos metros de distancia. Corrió hasta ella y le rozó el hombro para llamar su atención. La mujer se dio media vuelta. No era Anita. Le pidió disculpas y siguió caminando. Dio vueltas por los alrededores con la esperanza de hallarla, a sabiendas de que seguramente a esas alturas la joven se encontraba muy lejos de allí. Entonces decidió volver sobre sus pasos y llegó al cabaret. Todavía había gente apostada frente al Moulin Rouge. Metió las manos en los bolsillos. Tenía un poco de frío; aun así, no quería irse. Entró al hall solo para comprobar que no estaba en el lugar. Dudaba de que Anita hubiese regresado después de lo sucedido. Por fortuna, Clarisse sí se había marchado. El lugar comenzó a cobrar vida de nuevo. La gente llegaba para disfrutar de una noche de bailes y de copas. Pensó en sumarse; después de todo, no le apetecía volver a su departamento. La falta de entusiasmo fue más que suficiente para desistir de su propósito. Salió y encendió un cigarrillo. Cuando no podía pintar, fumar la ayudaba a relajarse. Frustrada, caminó en dirección a la avenida. Divisó un taxi doblando la calle, pero lo ignoró. Otro pasó a su lado y tampoco hizo nada para detenerlo. Aún guardaba la esperanza de encontrarse con Anita antes de que acabara la noche.

*

Anita apuró el paso al ver que Rosario cruzaba la calle. Ni siquiera sabía por qué seguía allí. Se había subido a un taxi y tan solo unos cuantos metros más adelante, le pidió al chofer que se detuviera. La incómoda escena donde se vio envuelta la dejó sumida en el desconcierto. De repente, se había convertido en una especie de botín de guerra disputado por dos mujeres. Por eso salió corriendo, sin saber qué hacer ante semejante dilema. Y ahora estaba de nuevo allí, mirando de lejos a Rosario Navarro Soler, como si le debiera algo. Tenía que marcharse y olvidarse de todo. De la entrevista, de posar para ella y de todo lo que la hiciera sentir presa de una gran confusión. ¿Qué buscaba realmente? No saberlo le causaba pánico. Marcharse era lo más sensato, lo que le dictaba el cerebro. Pero su parte racional salió perdiendo cuando se dejó arrastrar por lo que sentía. Guiada por una fuerza desconocida, avanzó hacia ella. A medida que se iba acercando, con el andar vacilante y una sensación de ahogo en el pecho, se dijo una y otra vez que estaba a punto de cometer un error. Que regresar a buscarla significaba adentrarse en un mundo que desconocía. El repiqueteo de sus pasos competía con el vibrante latido de su corazón. Esa noche de primavera, un París iluminado con luces de neón fue testigo de cómo Anita von Keller, con cada zancada, con cada suspiro, se dejaba atrapar en las redes de una atracción inexplicable.

LA HORA DE LA VERDAD

Barrio Latino, París, 1954

Nerviosas y presas de una ansiedad desbordante, Rosario y Anita eran incapaces de decir algo. Se habían reencontrado frente al Moulin Rouge y, sin mediar palabra alguna, se subieron a un taxi que las llevó hasta el Barrio Latino. Rosario no preguntó si le parecía bien ir a su departamento y Anita tampoco se negó a acompañarla. Durante el trayecto en auto, sentadas una al lado de la otra, tan cerca que bastaba un simple movimiento para tocarse, ni siquiera intercambiaron miradas. Iban contemplando la ciudad, perdidas en sus propios pensamientos, quizá tratando de imaginar qué sucedería una vez que estuvieran a solas.

Cuando entraron al ascensor, un hombre alcanzó a colarse justo antes de que Rosario cerrara la puerta. Le dio las gracias con una sonrisa y se apoyó contra la pared del cubículo, con las manos en los bolsillos del pantalón. Se bajó en el tercer piso, saludándolas con un solemne "buenas noches"; al quedarse a solas, el reducido espacio que las rodeaba se volvió más asfixiante. El ascensor volvió a detenerse. Anita se acomodó la correa del bolso en el hombro, preparándose para salir. Rosario se interpuso en su camino. La miró a los ojos y suspiró:

—¿Por qué regresaste? —Era una pregunta que le quemaba la garganta y recién se animaba a formular.

—La verdad es que no lo sé —respondió Anita, con la voz queda y un ligero temblor en los labios.

A Rosario le provocó ternura la expresión de su rostro.

—Pensé que después del papelón que protagonizamos con Clarisse no querrías volver a verme —dijo, esbozando una sonrisa algo culposa.

Anita guardó silencio. Prefería olvidar lo que había pasado.

—Ya no hablemos de ello, por favor —pidió, sonriendo entre dientes.

Rosario era la más interesada en dejarlo atrás, por eso le hizo una propuesta.

—Olvidemos el mal momento que pasamos con Clarisse, pero no permitamos que eso eclipse todo lo que hemos vivido esta noche. El resto fue maravilloso, al menos para mí lo fue.

—Para mí también —reconoció Anita, en un arranque de sinceridad.

Rosario abrió la puerta del ascensor y caminaron por el pasillo, sumidas nuevamente en el silencio. Ya en el departamento, cada una con una copa de licor en la mano, salieron a la terraza para aprovechar la calidez de la noche. Se sentaron frente a frente, con las piernas flexionadas y los pies descalzos.

—Creo que te debo una explicación —soltó de repente Rosario, deslizando el dedo por el borde de la copa en donde había dejado la huella de su lápiz labial.

—No hace falta, de verdad. —Anita bebió un poco de licor; apenas lo necesario para humedecer su garganta seca. No quería que el

alcohol le nublara los sentidos.

—A veces es difícil hablar de ciertos asuntos —dijo Rosario, ignorando las palabras de la pelirroja. Se terminó la bebida que aún tenía en la copa y no vaciló en buscar la botella para servirse más. Le ofreció otro trago a Anita, pero ella lo rechazó.

—No quiero embriagarme —le dijo, sonriendo con los labios mojados de licor.

Rosario pensó que su boca era muy sensual y se preguntó qué se sentiría al besarla. Bebió más alcohol con el único propósito de envalentonarse y ser capaz de hablarle con el corazón en la mano.

—Yo, por el contrario, sé que si no me emborracho, aunque sea un poco, no podré contarte por qué Clarisse dijo todas esas cosas…

—Rosario, no me debés nada —la interrumpió Anita, rozándole el brazo con la punta de los dedos.

El sutil roce de su piel provocó en Rosario una descarga eléctrica que nació en su nuca y culminó más allá de su cintura. Cerró los ojos un instante. Tenía que calmarse. Controlar esos impulsos que le hacían plantearse si no estaba a punto de perder la cordura. No era la primera vez que deseaba a una mujer con una intensidad que asustaba. Podía percibir en el brillo de su mirada de zafiro el mismo fuego que la quemaba a ella; sin embargo, había algo en aquella joven que le indicaba moverse con cautela.

Se reclinó en la silla y ladeó la cabeza para no verla a los ojos.

—Clarisse es una mujer a la que le gusta seducir. No tiene pudor en hacerlo, y cuando se acercó a mí con la intención de tener una aventura me dejé llevar por su sensualidad exótica. Confieso que me sentí halagada de que se fijara en mí… Aun así, cuando me dijo que quería acostarse conmigo, la rechacé. Desde entonces no ha perdido

la oportunidad de echármelo en cara cada vez que nos vemos. Lo de esta noche fue la gota que rebalsó el vaso. Bastó que me viera con vos para planear su venganza, y por eso trató de seducirte delante de mí. —Se giró hacia ella y la miró—. Lamento que hayas tenido que pasar por algo así, Anita.

Ella no dijo nada y Rosario malinterpretó su silencio.

—Te doy asco, ¿verdad?

—¡No, claro que no! —exclamó Anita, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

Rosario alzó una ceja.

—¿Lo sospechaste alguna vez? Quiero decir, ¿te imaginaste que alguien como yo pudiera sentirse atraída por una mujer?

La pelirroja se mordió el labio inferior en un gesto culposo.

—En realidad, ya lo sabía —soltó por fin, sin atreverse a mirarla a los ojos.

—¿Cómo que lo sabías? —Rosario se quedó barruntando en silencio. ¿Había sido tan evidente para ella su preferencia sexual?

—No pensaba contártelo, pero creo que también debo ser sincera con vos. —Tragó saliva. Tenía la boca seca. Entonces Rosario vertió un poco de licor en su copa y se lo bebió de un solo sorbo. El alcohol le quemó la garganta, pero no le importó—. La noche de la muestra, yo estaba en la terraza tomando aire cuando aparecieron dos mujeres. No sé por qué, pero en vez de irme me escondí. A Clarisse la había visto durante la exposición y la reconocí de inmediato. Desde donde estaba no alcancé a distinguir bien tu rostro, solo podía percibir tu perfil y la forma de tu flequillo. Tampoco logré escuchar lo que decían, aunque deduje lo que estaba sucediendo. Al otro día, mi amiga Berenice me mostró una foto tuya en el periódico.

Estabas de costado, sonriente, y entonces me di cuenta de que eras la otra mujer en la azotea. —Rosario se puso de pie de repente y entró al departamento, dejándola con la palabra en la boca. Ella no supo qué hacer. Cuando regresó con algo en la mano y se lo entregó, el corazón le dio un vuelco en el pecho—. Mi pañuelo…

—Lo encontré esa misma noche, junto a las escaleras de la azotea. Solo tenía unas iniciales y no sabía a quién le pertenecía. Decidí llevármelo. Jamás pensé que conocería a su dueña.

Anita acarició las tres letras que había bordado su abuela.

Tragó saliva y con el licor que quedaba en su copa, buscó aplacar el ardor que subía por su garganta.

—Me sorprendí, aunque no es la primera vez que soy testigo de algo semejante. —Al decirlo, fue inevitable que la escena de esa noche se reprodujera en su cabeza con una nitidez que abrumaba. Se rio, nerviosa. Descubrió que Rosario la miraba expectante. —Cuando era adolescente, durante una fiesta de cumpleaños en casa de unos amigos, seguí a uno de ellos porque me pareció que estaba tramando algo. Tenía mala fama y sentí curiosidad. Quizá pensé que lo atraparía en medio de alguna travesura… pero se había escapado para encontrarse a solas con el hermano mayor del chico que cumplía años. Se estaban besando, ocultos detrás de un árbol.

—¿Qué hiciste?

—Me quedé con la boca abierta, sin poder moverme. Creo que aunque hubiese querido salir corriendo mis piernas se habrían negado a responder. Uno de ellos me vio y con un gesto me pidió que guardara silencio mientras sonreía. Esa noche tuve pesadillas. —Se calló de repente al recordar que cada vez que se despertaba por

culpa de un mal sueño era porque la sombra del padre Joaquín Mendoza la acechaba.

—Las chicas también tienen ciertos impulsos que no pueden… o no saben cómo controlar —explicó Rosario tras escuchar su anécdota—. En mi caso, surgió de manera inesperada, siendo ya una mujer adulta. Cuando era joven estuve comprometida con un hombre al que creí amar. Planeábamos casarnos porque eso era lo que se esperaba de nosotros. Hasta que sucedió algo que cambió mi vida para siempre: en un accidente, recibí un tiro en el vientre. Esa bala que perforó mi cuerpo me quitó la posibilidad de convertirme en madre, y con ello, un futuro dichoso al lado de mi prometido. Tomé la decisión de romper con él, por su bien, y no me arrepiento de haberlo hecho. Hace unos meses me lo encontré de casualidad. Se casó y tiene una hija hermosa. Si hubiera seguido a mi lado habríamos sido muy infelices.

Anita no dijo nada. El dolor que percibió en el relato de Rosario la había afectado, quizá demasiado. Parpadeó cuando se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Muchos años después conocí a una mujer maravillosa. Primero fuimos amigas, compartíamos un lazo especial que poco a poco, y sin que nos diéramos cuenta, se convirtió en algo más intenso. Tuvimos miedo… de lo que sentíamos y de lo que pudieran pensar los demás. Aun así, fuimos corajudas y nos atrevimos a amarnos. A su lado conocí el verdadero amor, y aunque hubo dudas y un temor constante al qué dirán, atesoraré para siempre en mi corazón el tiempo que pasamos juntas. —Dejó escapar un hondo suspiro antes de continuar—. Creo que, por esa razón, no pude llegar a nada con Clarisse. El recuerdo de Débora está muy presente todavía.

—¿Ella ya no está en tu vida?

Rosario negó con la cabeza. Había un dejo de angustia en su mirada.

—Débora murió hace dos años.

—Lo lamento mucho, Rosario.

Anita apretó sus manos suavemente.

—Se nota que la quisiste mucho. No todos pueden decir que alguien lo ha amado con tanta intensidad. —Pensó irremediablemente en su futura boda, en la vida que le esperaba al casarse con un hombre del cual no estaba enamorada ni, sabía, nunca lo iba a estar. Se miró el dedo, allí donde el anillo de compromiso que le había entregado Agustín había dejado una marca casi imperceptible en su piel. Sintió envidia del profundo amor que Rosario y Débora se habían profesado. ¿Alguna vez ella encontraría alguien a quien amar con la misma devoción?

Rosario le sonrió con amargura. Posó sus ojos anegados de llanto en la boca de Anita y en un loco arrebato, se acercó a ella con la intención de besarla. Con sus rostros a tan solo un par de centímetros de distancia y la respiración contenida, se miraron en silencio durante unos segundos… el tiempo suficiente para tomar la decisión más acertada, la que obedecía a la razón. Pero ellas eligieron hacerle caso a ese impulso acuciante que nacía de sus entrañas y cuando sus labios se rozaron, primero con torpeza y luego con pasión, el mundo que las rodeaba, el mismo que seguramente las condenaría sin ningún miramiento, desapareció por completo.

Rosario acarició la nuca de Anita y enterró los dedos en su sedosa cabellera de fuego. Ella deslizó las manos por la espalda de la artista

y delineó la forma de sus caderas. Rápidamente, el beso que surgió tímido se convirtió en el más apasionado, con una batalla en donde las lenguas invadían y devoraban con hambre. Cuando Rosario abandonó la boca de Anita para dedicarse a lamer su cuello, sus cuerpos se amoldaron el uno contra el otro, como si hubiesen sido creados para estar juntos.

Con la respiración entrecortada, Anita le pidió a Rosario que se detuviera. Necesitaba un momento para recuperarse. Una pausa para entender lo que estaba pasando.

—No debí besarte, Anita, aunque me moría de ganas de probar el sabor de tu boca —dijo Rosario, rozándole los labios con la yema del dedo. Estaban húmedos y enrojecidos. Tuvo que contenerse para no volver a devorárselos. No quería ejercer sobre ella ningún tipo de presión. Aunque había deseo en sus ojos azulados, también era evidente su estado de confusión—. Perdoname por hacerle caso a mis impulsos.

Anita movió la cabeza en un gesto de negación.

—No me pidas perdón, Rosario. —Quiso sostenerle la mirada, pero no se atrevió. Las oleadas de placer que invadían su cuerpo, tan perturbadoras como desconocidas, le impedían ordenar sus pensamientos. Se apartó de ella sin decir nada más. Al ponerse de pie sintió cómo le temblaban las piernas. El pañuelo se deslizó de su regazo, aterrizando en el piso. Buscó apoyo en la baranda del balcón y exhaló con fuerza, dejando que la brisa primaveral de París con el aroma de los plataneros colmara sus fosas nasales y penetrara en sus pulmones. Escuchó que Rosario se acercaba y el corazón se le desbocó en el pecho. Miró hacia abajo porque aún no era capaz de

enfrentarse a ella sin experimentar ese torbellino de mariposas estallando en la parte baja de su vientre.

—¿Puedo preguntar en qué estás pensando? —le dijo en un susurro que acarició su nuca.

Su perfume volvió a envolverla, mareándola. Suspiró profundo antes de darle una respuesta.

—¡Ni siquiera puedo tener un pensamiento coherente! —asumió, soltando una risotada que quebró por un instante el silencio de la noche.

—Es mi culpa —repuso Rosario, tratando de quitarle responsabilidad en lo que acababa de suceder.

Anita entonces por fin la miró.

—En todo caso, las dos somos culpables. Me besaste, sí, pero yo devolví el beso y… me gustó, me gustó mucho —confesó en un acto de valentía.

Rosario sonrió, complacida. Sintió deseos de besarla otra vez. Dejarse llevar por un nuevo arrebato sería cometer un gran error. Intuía que con una mujer como Anita debía moverse con precaución, midiendo cuidadosamente cada uno de sus movimientos.

—¿Querés quedarte a pasar la noche conmigo? —Y antes de que Anita sacara las conclusiones erradas, se apresuró a aclarar—: La habitación de huéspedes está siempre preparada. Es tarde y podrías llamar por teléfono a tu amiga para avisarle que no llegarás a dormir.

—Mejor no —dijo Anita, sin mostrar ninguna señal de incomodidad ante su propuesta—. Prefiero irme, si no te importa.

—Claro que no, yo solo decía…

La pelirroja asintió. Se dio cuenta de que Rosario hubiese deseado una respuesta distinta. A ella también le habría gustado quedarse; sin embargo, esa noche prefería terminarla en soledad. Porque aunque el ofrecimiento no daba lugar a equívocos, no se fiaba de sus propias intenciones. Por más que tratara de apartarlo de su mente, era una mujer comprometida en matrimonio, y eso Rosario ni siquiera lo sabía.

—¿Vendrás mañana para que siga con el cuadro? —indagó Rosario, mientras entraban al salón. Estaba reacia a dejarla marchar.

Anita se encogió de hombros.

—Si a Berenice no se le ocurre llevarme a dar un paseo, estaré aquí por la tarde.

—Te espero a las cinco.

—Nos vemos a esa hora —aseguró la pelirroja, cerrando la puerta del departamento. Se detuvo un momento a mitad del pasillo, quizá con la esperanza de que Rosario saliera a despedirse de ella con un último beso. Ella no apareció y Anita suspiró, resignada. Entonces se dio cuenta de que había olvidado su pañuelo… Sonrió. Si la asaltaba la duda de volver, ahora tenía la excusa perfecta para hacerlo.

PLANES INESPERADOS

Barrio Latino, París, 1954

Unos pasos que se detenían justo frente a la puerta del departamento hicieron que Rosario se quedara quieta, escuchando con atención. Miró la hora en su reloj de muñeca. Era demasiado temprano para una visita. Anita no llegaría hasta la tarde y, según podía recordar, no estaba esperando a nadie. Por un segundo se imaginó el rostro desafiante de Clarisse. Aunque no tenía un motivo para ir a verla, ella se caracterizaba por aparecerse en cualquier lado sin avisar. No conocía a mucha gente en París fuera del ámbito de las artes. Se saludaba amablemente con los demás vecinos del edificio, y en alguna ocasión se quedó conversando con un matrimonio de españoles que se encontraban en la ciudad disfrutando de unas vacaciones. La opción más plausible era la de Jean Luc Bertrand; sin embargo, él no solía visitarla sin antes llamar por teléfono. Mientras intentaba descubrir la identidad de la persona al otro lado de la puerta, oyó que se alejaba por el pasillo. Corrió para ver de quién se trataba, pero cuando se asomó no había nadie. Fue hasta el ascensor. Vacío. Miró hacia las escaleras; solo alcanzó a ver una sombra. Contrariada, volvió a su departamento y, por pura precaución, cerró con llave. Se preparó un té caliente y lo bebió en la terraza. Fue inevitable no recordar lo sucedido la noche anterior

en aquel mismo lugar. Se tocó los labios y suspiró. Su cuerpo todavía vibraba al pensar en el beso con Anita. Sonrió cuando su estómago vacío comenzó a quejarse. La infusión no era suficiente para arrancar un nuevo día. Llevó la taza vacía a la cocina para lavarla más tarde y se vistió para salir a la calle en busca de unos deliciosos *croissants*.

El sol se había abierto paso entre la bruma y el cielo estaba completamente despejado. París en primavera era un espectáculo digno de ver. Cuando llegó a la pastelería, el empleado que solía estar por las mañanas la saludó con una sonrisa. Mientras esperaba se sentó en uno de los taburetes junto al mostrador. Se marchó unos minutos más tarde, con una sonrisa en los labios y su bolsa de *croissants* tibios. Al salir se chocó con un hombre que de inmediato le pidió disculpas en un fuerte acento español. Le llamó la atención porque no era habitual cruzarse con extranjeros a esa hora de la mañana. Caminó sin prisa, disfrutando del intenso perfume que despedían los plataneros de frondoso follaje verde a lo largo del boulevard. Decidió dar un paseo corto antes de encerrarse en su departamento a pintar. La suave brisa tiñó de rojo sus mejillas. Fue hasta la Rue Saint-Jacques y regresó con el ánimo renovado. Ya casi en la entrada del edificio se detuvo de repente y miró por encima del hombro con la extraña sensación de estar siendo observada. Tardó apenas unos segundos en darse cuenta de que, una vez más, se dejaba asaltar por los pensamientos más descabellados. ¿Quién se iba a preocupar en seguirla a ella? Llevaba menos de dos meses en París y no conocía a casi nadie. Dudaba de que un hombre tan ocupado como Jean Luc Bernard perdiera el tiempo en acecharla. Entró con rapidez al departamento, como si temiera que alguien la

atacara a traición. Se maldijo por ser tan aprehensiva. Sin embargo, ni bien puso un pie en el salón y descubrió que las cortinas estaban entornadas, supo de inmediato que algo andaba mal. Estaba segura de que ella las había dejado abiertas antes de salir. Fue hacia la ventana y con cierta dificultad descorrió el pesado cortinado hasta que el entorno se iluminó. Al girarse sobre sus talones, casi le da un síncope. La bolsa de *croissants* que sostenía en su mano izquierda cayó el suelo.

Había un hombre de pie junto a la chimenea. En tan solo una ráfaga de segundos, su mente se plagó de los peores recuerdos. Quiso correr y cayó presa de su propio cuerpo que se negaba a moverse.

—No se asuste, no voy a hacerle daño —le dijo.

La voz masculina no era más que un eco lejano en sus oídos. Aun así, distinguió su acento. Era el mismo sujeto con el cual había chocado al salir de la pastelería. Entonces era verdad. La estaban siguiendo.

—¿Quién… quién es usted? ¿Cómo ha entrado en mi departamento? —Rosario recuperó el control de sus miembros y pudo retroceder unos pasos hasta acercarse a la puerta. Dudaba de poder lograr su objetivo. Aquel hombre no necesitaba más que un par de zancadas para llegar a ella y frustrar su intento de fuga.

El desconocido levantó los brazos en señal de tregua.

—No tuve más remedio que meterme a hurtadillas.

—¿Usted es la persona que se acercó a mi puerta hace un rato?

El hombre asintió.

—Quería asegurarme de que se encontraba en el interior, señorita Navarro Soler.

Rosario ahora no solo estaba aterrada, sentía que aquel extraño, de alguna manera que no alcanzaba a entender, se encontraba allí para tenderle una trampa.

—¿Cómo sabe mi apellido? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Sé muchas más cosas de usted, Rosario —aseveró, dejándola sumida en una intriga galopante.

Harta de aquel juego de palabras, lo fulminó con la mirada.

—Si no me dice quién es y qué hace aquí, llamaré a la policía —le advirtió, moviéndose hacia la puerta muy despacio.

—Eso no será necesario, se lo aseguro —respondió el español, sonriendo por primera vez—. Alguien que la conoce muy bien me habló de usted. Me dijo que podía confiar en su discreción.

Rosario seguía sin entender qué estaba pasando. Solo era consciente de que un desconocido la había rondado antes de meterse en su departamento, quién sabe con qué siniestro propósito. La barba espesa y los ojos renegridos representaban para ella una amenaza.

—Como ya se habrá dado cuenta, vengo de España.

Rosario trató de hilvanar sus pensamientos, pero el miedo y la necesidad de comprender aquella inesperada situación no le permitían hacerlo. Cuando escuchó la palabra "España" solo se le ocurrió un nombre.

—¿Pedro?

El intruso volvió a asentir.

—Así es. Fue Pedriño quien me pidió que viniera aquí.

—¿Por qué? —solo entonces Rosario consiguió tranquilizarse un poco. Aun así, no estaba dispuesta a bajar la guardia.

—Me llamo Jesús Fernández, aunque todos me conocen como el Macarra. Hace tres días recibí una llamada de su hermano. Quería que nos encontráramos en un sitio seguro.

—¿Pedro está en París?

—Supongo que sí, y si no lo está, no tardará en aparecer. Aunque debíamos vernos recién dentro de dos semanas, algo debió torcerse en su camino para que cambiara de planes.

La respuesta del tal Macarra le pareció demasiado ambigua. No explicaba el hecho de que la hubiera seguido; mucho menos que irrumpiera en su departamento.

—Lamento haberme presentado de esta manera. No tenía intenciones de asustarla —dijo, a modo de disculpa—. Hay gente en París que daría lo que fuera por verme muerto, y Pedriño creyó que este sitio sería seguro.

—¿Muerto? —Rosario experimentó un escalofrío helado en el cuerpo—. ¿De qué está hablando? ¿Quién es usted y qué tiene que ver con mi hermano?

El Macarra resopló de cansancio y pidió su consentimiento para poder sentarse. Ella vaciló un instante antes de indicarle con un movimiento de manos que podía ocupar uno de los sillones.

Un silencio sepulcral envolvió el salón. Rosario se aproximó y se sentó a una prudente distancia. A pesar de que había mencionado a su hermano, no podía fiarse de él.

—Con Pedriño compartimos los mismos ideales —aseveró con la mirada algo melancólica—. Nos unió el afán de luchar en contra de la tiranía.

—¿Habla de Franco?

El Macarra masculló una maldición y la miró.

—Ese hombre y su séquito de lamebotas han hundido a España en la miseria, convirtiéndola en el lacayo de los poderosos de turno. Mi patria, la que tanto ha sufrido por culpa de una guerra injusta, es ahora una sombra de lo que fue durante la gloriosa época de la República. Nos prohíben pensar distinto y nos obligan a cumplir con sus normas. Aquellos que luchamos por recuperar nuestra libertad, somos condenados al exilio. O a la muerte.

Rosario no conocía demasiado acerca de la situación de España tras la guerra. Cuando hablaba con Pedro, él siempre evitaba mencionar ciertos asuntos y ella no se atrevía a preguntar. Ahora se arrepentía de no haberlo hecho.

—¿En qué está involucrado exactamente mi hermano? —Aun temiendo la respuesta, quería saberlo todo.

—Creo que no soy el indicado para contárselo, Rosario. Será mejor que Pedriño hable con usted y se lo explique.

—¡Yo no veo a Pedro por ningún lado! —replicó, impaciente.

El Macarra sacó un viejo reloj del bolsillo de su chaqueta de cuero y miró la hora.

—No se preocupe, no tardará en aparecer.

Rosario ya no sabía si creerle o no. Aunque ya no le parecía un hombre peligroso porque su hermano jamás la hubiera expuesto a semejante amenaza, no alcanzaba a comprender la razón de que estuviera allí, como si buscara una especie de escondite. ¿En qué andaba Pedro realmente?

—Si lo prefiere, puedo esperar en el pasillo —dijo el Macarra de repente, sintiéndose un poco incómodo con la situación—. No hubiera venido a importunarla si no fuera porque él sugirió este lugar.

Rosario negó con la cabeza. Ya que estaba allí, dejaría que se quedara. Trató de recordar si le había mencionado a Pedro dónde se hospedaría durante su estancia en París. Igualmente, era un detalle que ahora importaba poco. Si no lo había hecho ella, era posible que cualquiera de sus hermanos se lo contara durante una llamada telefónica.

—¿Su esposa vendrá con él? —preguntó, curiosa. Si aquel peculiar allanamiento de morada le permitía conocer a la famosa Amelia, bien valía la pena el susto y el mal trago.

—No sabría decirle si lo acompañará en esta ocasión. Amelia es un elemento fundamental de la Resistencia. Ella ha colaborado con la causa de manera incondicional; sin embargo, muchas veces Pedriño trata de dejarla al margen para protegerla.

Rosario experimentó un nuevo escalofrío en el cuerpo. Su hermano estaba metido en algo turbio. Apenas lo tuviera enfrente hablaría muy seriamente con él.

—¿Le gustaría un café? ¿O tal vez un té?

—Un café me sentaría de maravillas, gracias.

Poco tiempo después, el Macarra no había dejado ni las migas. Parecía que el café caliente y los *croissants* habían sido su primer desayuno decente en mucho tiempo. Rosario iba a preguntarle algo sobre su vida para matar el tiempo de espera; no obstante, prefirió no hacerlo. Lo miró de reojo, y cuando se puso a cabecear, le ofreció que descansara en el sillón mientras ella se encerraba en el atelier a pintar.

Menos de una hora más tarde lo oyó dar vueltas por el departamento como una fiera enjaulada. Compartía con él la misma

ansiedad, solo que ella había conseguido un poco de sosiego abocándose a su trabajo.

Entonces el timbre sonó y ambos se quedaron petrificados, sin saber qué hacer.

Antes de que el Macarra abriera la puerta por ella, Rosario se interpuso en su camino.

—Por favor, espíe por la mirilla para ver quién es —le pidió el español bajando la voz.

Ella obedeció y al ver quién se encontraba al otro lado de la puerta, el corazón le dio un vuelco en el pecho.

—¡Es Pedro!

—Abra entonces. No hay tiempo que perder.

Con las manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas, Rosario abrió por fin.

Pedro también tenía los ojos aguados, aunque sus labios se curvaban en una enorme sonrisa de felicidad.

—¡Hermanita! ¡Por fin! —Extendió los brazos y Rosario se arrojó sobre su pecho, llorando como una niña pequeña. Pedro no dejaba de acariciarle el cabello mientras la mecía contra su cuerpo. Entre las sombras del departamento, el Macarra trataba de no emocionarse con aquella escena que le hablaba de reencuentros postergados.

Rosario se negaba a soltarlo. Le parecía un sueño tenerlo allí después de echarlo de menos durante seis largos años. Las cartas y las charlas a través del teléfono jamás superarían la dicha de poder abrazar a un hermano tan querido.

Pedro la alejó un poco para mirarla bien.

—¡No has cambiado nada! —Se restregó los ojos para secarse las lágrimas. Luego, tras hacerla girar para contemplarla al completo,

soltó—: ¡Me retracto, Rosario! ¡Estás más hermosa que nunca! ¡Como dirían en España, tan guapa que duele!

En medio del llanto, Rosario dejó escapar una carcajada. Era indudable que su hermano había adquirido cierta entonación al hablar. Parecía incluso que hubiera perdido su acento de porteño. Él sí que había cambiado. Estaba más delgado y una espesa barba le cubría medio rostro.

—Pedriño, será mejor que entres. No es prudente llamar demasiado la atención —le advirtió el Macarra, dándole un fuerte apretón de manos mientras lo empujaba hacia el interior del departamento sin ninguna sutileza.

—¿Amelia no ha venido con vos? —fue la primera pregunta de Rosario apenas se cerró la puerta detrás de ella.

Pedro negó con la cabeza.

—En otras circunstancias me hubiera acompañado. —Le sonrió a su hermana mayor—. Tenía muchas ganas de conocerte, pero preferí que se quedara en Haro…

—¿Acaso están en peligro?

Pedro miró al Macarra con gesto interrogante.

—No le he dicho nada —aseguró su compañero de causa—. Solo lo que acordamos.

Pedro soltó un suspiro de alivio.

—No sé qué es lo que se traen entre manos, pero me vas a contar todo. —Rosario se cruzó de brazos y lo taladró con la mirada.

Pedro le guiñó el ojo al Macarra. Aquel sutil movimiento le permitió ocultar, al menos por un instante, el nerviosismo de haber estado a punto de caer en una emboscada.

—Cuando mi hermana se pone así de persuasiva, no hay nadie que pueda escapar a sus preguntas —bromeó, para restarle importancia a la situación. Lo que menos deseaba era involucrarla en sus planes.

—A esta altura de mi vida lo que menos me importa es pecar de chismosa —le aclaró, poniéndose seria—. ¿Te apetece comer algo? Puedo preparar un almuerzo decente en cuestión de minutos.

Pedro sonrió. Bastó que su hermana lo mencionara para que se diera cuenta del hambre que tenía. El Macarra se le adelantó y agradeció su oferta, haciendo una reverencia que provocó la risa de los Navarro Soler. Mientras Rosario se metía en la cocina, los dos hombres se enfrascaron en una charla para ponerse al día. Cada tanto, ella se asomaba por la puerta para ver si podía escuchar algo. Tanto Pedro como el Macarra, acostumbrados a discutir con discreción asuntos tan delicados, se cuidaron de no hablar demasiado alto.

Durante la comida Pedro esquivó las preguntas de su hermana, obligándola a contarle cómo estaban las cosas en Buenos Aires. Rosario le habló de lo bien que le iba a Santiago en su bufete de abogados y el éxito que cosechaba Isabela en cada una de sus actuaciones. También mencionó lo feliz que estaba Francisco con su flamante esposa italiana y ambos se echaron a reír al recordar sus días de calavera. Ninguno de los dos podía haber imaginado jamás que terminaría casándose. Al mencionar a sus dos sobrinos, tanto ella como Pedro se emocionaron. Fue entonces que él decidió revelar la razón principal por la cual su esposa no lo había acompañado.

—La semana pasada nos enteramos de que mi Amelia está embarazada —dijo, con el pecho henchido de orgullo—. Habíamos planeado visitarte para darte una sorpresa y la sorpresa nos la hemos llevado nosotros.

—¡Enhorabuena, chaval! —el Macarra le dio un sonoro golpe en la espalda y alzó su copa de vino para proponer un brindis—. ¡Para que esa nueva vida que está en camino tenga la dicha de conocer a una España libre!

Pedro y Rosario unieron sus copas y luego ella, sin poder ya contenerse, le dio un abrazo para felicitarlo.

—¡Espero conocer a mi cuñada antes de abandonar París! —la exclamación de Rosario sonó a reproche y su hermano le prometió que viajarían a Buenos Aires tras el nacimiento de su primer hijo.

El Macarra carraspeó de repente y Pedro lo aniquiló con la mirada.

—¿Qué pasa? —quiso saber Rosario con toda la intención de descubrir por qué se habían aparecido en su departamento como si estuvieran huyendo de algo.

Pedro le hizo señas a su compañero de que los dejara solos. El Macarra se ofreció a limpiar la cocina y aunque Rosario le dijo que no era necesario, él no le dio otra oportunidad para tratar de convencerlo. Recogió los platos sucios y desapareció del salón con la rapidez de un rayo.

Pedro se sentó junto a su hermana y sujetó sus manos con fuerza.

—Sé que no hace falta que lo pregunte, Rosario… aun así, tengo que hacerlo. Ya no se trata solamente de mí. La vida de muchos inocentes está en jaque. —Respiró hondo antes de proseguir—. ¿Puedo confiar en que cualquier cosa que suceda entre las paredes de este departamento no saldrá nunca a la luz?

Ella asintió de inmediato. Más allá de no comprender a qué se refería exactamente, jamás traicionaría a su hermano. Sintió que tal vez ese era el momento de contarle el gran secreto que su madre se había llevado a la tumba. Le habló de la verdad sobre su origen y del hecho de que ella no era en realidad una Navarro Soler.

Pedro, perplejo ante la inesperada noticia, no supo qué decir. Conocer por fin lo que había orillado a su madre a tomar una decisión tan drástica le devolvía un poco de paz. Aunque su muerte nunca dejase de doler, aquella verdad echaba luz a tanta oscuridad.

—Ha sido una revelación impactante —comentó Rosario, contemplando la expresión de asombro en el rostro de su hermano menor.

—Eso no cambia nada —repuso Pedro, esbozando una sonrisa—. No importa que no llevemos la misma sangre, siempre serás mi hermana consentida.

—¡La única que tienes! —saltó ella en tono de broma.

—La mejor del mundo —agregó Pedro, todo zalamero.

Rosario arrugó el ceño.

—Estás a punto de pedirme algo, lo sé.

Él no fue capaz de negarlo y tuvo que contarle todo. Entre suspiros de inquietud y miradas cargadas de interrogantes, Rosario se enteró de lo que Pedro y el Macarra hacían en nombre de sus ideales.

—¿Amelia también está involucrada?

Pedro asintió.

—Ella ha sido un engranaje muy importante dentro de la Resistencia. Su gran habilidad con la fotografía nos ha permitido reconstruir la identidad de un sinnúmero de gente perseguida por el

régimen que no tuvo más salida que abandonar su tierra para ponerse a salvo. El gobierno de Franco nos persigue como si fuéramos alimañas. Cada vez es más difícil tender nuestras redes porque hay temor de confiar en la persona equivocada. Muchos compañeros han sido asesinados antes de poder cruzar la frontera. Francia es la puerta a la libertad para ellos y nosotros les brindamos la oportunidad de empezar una nueva vida lejos de la tiranía. Yo mismo me vi obligado a un cambio de planes al descubrir que alguien había revelado el camino que solíamos tomar para salir de España. Un día después de mi llegada a París me comuniqué con uno de mis contactos en la frontera y me confirmó que un grupo de tres hombres y dos mujeres fueron interceptados a tan solo un par de kilómetros del punto donde supuestamente se encontrarían con la persona que los sacaría del país. Fueron fusilados en el lugar…

Rosario lo soltó y se cubrió la boca con la mano para no gritar.

—Podría haber sido yo, lo sé —reconoció Pedro, sintiéndose mal por angustiarla de aquella manera.

—¡Cómo es posible que aquel joven sacerdote que ayudaba a los más necesitados terminara involucrado en semejante locura! —Estaba enojada con él y no pensaba disimularlo.

—Continúo haciendo lo mismo, hermanita. Solo que ahora tengo otros ideales por los que luchar.

—Aun así, me aterra la idea de que te pase algo, a vos o a tu esposa. Amelia está embarazada. Ese hijo que viene en camino debería ser razón suficiente para dejarlo todo —manifestó ella, mirándolo con desesperación.

Las palabras de Rosario fueron certeras y dejaron a Pedro sumido en el silencio. Su hermana tenía razón; la llegada de su hijo

significaba no solo la mayor alegría después de conocer a Amelia; ya nada volvería a ser lo mismo, ni en sus vidas ni en las de aquellos que le confiaban su futuro. Esperaba que el Macarra o algún compañero estuvieran dispuestos a relevarlo hasta que se sintiera capaz de volver al ruedo sin temor a las represalias. Cuidar de su familia había sido siempre su prioridad.

—Si algo malo le ocurriera a Amelia o a esa criatura que crece en su vientre, no sé qué haría —confesó, preocupado. Pedro le sonrió y se sobresaltó al oír un ruido proveniente de la cocina.

—Creo que tu amigo necesita ayuda —dijo Rosario, con toda la intención de ir a ver qué sucedía.

Su hermano la sujetó del brazo y la retuvo a su lado.

—Hay algo que no te he dicho, hermanita.

Ella entonces se asustó más de lo que ya estaba. No tanto por lo que acababa de soltarle su hermano menor, sino por lo que veía en su mirada.

—Necesitamos reubicar a un exiliado antes de ayudarlo a llegar al puerto de Le Havre. Se trata de un jovencito que se quedó huérfano, y su única familia vive en México desde hace cinco años. Amelia confeccionó un pasaporte falso y su barco zarpa en dos días. No habrá otra oportunidad de sacarlo de Francia.

—¿Dónde está ahora? —Rosario se lo imaginó escondido al otro lado de la puerta, aguardando a que Pedro le diera el visto bueno para hacerlo entrar en su departamento.

Pedro chasqueó la lengua, nervioso.

—Sé que debí preguntarte antes, Rosario, pero todo ocurrió demasiado rápido. Me lo encomendaron esta misma mañana,

apenas se enteraron de que yo estaba en París. El plan es que yo regrese a España y el Macarra lo lleve a su destino.

—Y supongo que parte del plan incluye que ese jovencito se oculte aquí hasta que llegue el momento de partir. —Rosario pensó en Anita y su visita pactada para esa misma tarde. No quería cancelarla, aunque ignoraba dónde ubicarla para darle aviso. Lo más sensato era hablar de ella con su hermano. Estaba a punto de hacerlo cuando Pedro la interrumpió.

—Sería solo por una noche. Mañana al mediodía sale de la estación el tren que los llevará a Le Havre. Al mismo tiempo, yo estaré viajando rumbo a la frontera para inspeccionar la zona. Nuestro sitio habitual ya no es seguro y debemos hallar una alternativa fiable. Hay fuertes rumores de que Francia podría entrar en un nuevo conflicto bélico contra Argelia tras el rotundo fracaso de Indochina, y eso tarde o temprano terminaría interfiriendo en nuestras maniobras.

—¿Estarás solo? —A Rosario le temblaba la voz.

—No, no te asustes. Me encontraré allí con algunos compañeros y regresaremos a España todos juntos. Amelia me espera en casa y ardo en deseos de abrazarla. —Le rozó la mejilla para tranquilizarla —. Aprendí a cuidarme las espaldas, hermanita. Te prometo que estaré bien.

Rosario lo abrazó. Aunque no se dijeron ni una sola palabra, ambos sabían que ese contacto fraternal que les recordaba lo mucho que se amaban era justo lo que necesitaban. Fue en ese momento que Rosario juntó coraje para hablarle de Anita.

—Hay algo que quizá interfiera con tus planes —comenzó diciendo, con cautela. Hizo un gesto con la mano para indicarle a su

hermano que la dejara continuar—. Esta tarde vendrá alguien. Se llama Anita y es argentina. La conocí de casualidad la otra noche durante la exposición de algunas de mis obras. Ayer estuvo aquí porque le pedí que posara para mí. No tengo manera de ponerme en contacto con ella, pero si te parece demasiado arriesgada su presencia, la esperaré en el hall y le diré que surgió un imprevisto, que no me será posible pintar hoy.

Pedro prestó atención a cada una de sus palabras, percibió cierto nerviosismo en ella mientras le explicaba la situación. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue el fugaz destello que vio en sus ojos al mencionar el nombre de aquella muchacha.

—No es necesario que canceles nada, hermanita —le aseguró, mientras curvaba los labios en una media sonrisa—. No quiero interferir en tu rutina y causarte problemas. Llegado el momento, sabremos qué hacer, vos no te preocupes.

Rosario soltó un suspiro de alivio y desvió la mirada por temor a que Pedro descubriera la ilusión que sentía por volver a ver a Anita.

Ninguno se percató de que el Macarra ya había terminado de ordenar la cocina y los observaba a través de la puerta entreabierta. Él tampoco se opuso a la visita de la joven argentina.

—Nosotros tenemos que irnos ahora —anunció de repente Pedro, con aire serio.

Ella prefirió no preguntar.

CONFIDENCIAS Y PASTELITOS DE LIMÓN

Barrio de Montparnasse, París, 1954

—¿Por qué estás tan nerviosa?

La pregunta de Berenice la dejó con la mente en blanco. Anita había aceptado merendar con ella antes de acudir a su encuentro y ahora se arrepentía, porque era más que evidente que su amiga planeaba someterla a un incisivo interrogatorio. No quería ser grosera con ella o ponerse en evidencia, cuando no tenía idea de lo que estaba pasando en su vida.

—Se nota que no has dormido nada anoche —puntualizó Berenice, escudriñándola con sus ojos de águila.

—Me dolía un poco la cabeza —respondió Anita para salir del paso con una explicación bastante coherente.

Berenice degustó otro pastelito de limón y dejó el último para su amiga debido al sentimiento de culpa que la embargaba cada vez que el embarazo la impulsaba a comer más de lo que debería. Aunque Pierre le aseguraba que apenas había engordado, ella notaba que la circunferencia de su vientre y la curva de sus caderas crecían casi en la misma proporción. Miró el pastelito que quedaba con indiferencia y para calmar la ansiedad de devorarlo, se sirvió otra taza de té.

—Quizá deberías descansar.

—Rosario me espera —le recordó.

Berenice sonrió, indulgente.

—Estoy segura que ella entendería si cancelás la cita…

—¡No es una cita! —Anita reaccionó de manera exagerada y eso no hizo más que despertar sospechas en su amiga.

—¿Qué pasa? Hay algo que no me estás contando. —Cruzó los brazos por encima de su prominente barriga y la miró, con una ceja levantada.

Anita chasqueó la lengua e hizo un gesto con las manos para restarle importancia al asunto.

—Ya te lo dije, me duele la cabeza. Nada que una aspirina no alivie —sonrió con la esperanza de que dejara de hacer preguntas incómodas.

—Antes confiabas en mí —le recriminó Berenice—. Aunque sé que existe un secreto en tu vida, que hasta el día de hoy te atormenta, cuando necesitabas un hombro donde refugiarte siempre recurrías a mí.

Ella se inclinó hacia adelante para apretar suavemente su mano.

—Lo que me callé es demasiado doloroso, Bere. Simplemente no podía hablar de ello, ni siquiera con vos —se justificó.

—Entiendo que en ese entonces tuvieras reparos en hablar conmigo, pero el tiempo pasó y ya no somos unas niñas. —Le acarició el brazo en un gesto de afecto—. Yo soy tu amiga, la mejor que tenés, y cuando quieras hablar te voy a escuchar, sin juzgar ni reprocharte nada.

Anita, con un nudo en la garganta, asintió. No estaba preparada para hablar del pasado; sin embargo, necesitaba desahogarse con

alguien sobre lo que había sucedido la noche anterior. Y aunque su amiga tal vez no lo entendiera, decidió arriesgarse.

—Hay algo que quiero contarte, aunque tengo miedo de que cambie lo que sentís por mí.

—Nada de lo que me digas cambiará nuestra amistad, Anita. Te conozco y sé la clase de persona que sos. Jamás pensaría mal de vos.

La pelirroja tuvo que tragar saliva para no echarse a llorar. De repente, se vio presa de una sensibilidad poco frecuente en ella. Asumió que solo estaba reaccionando a las palabras cariñosas de su amiga, y fue precisamente el apoyo de Berenice el empujón que le hacía falta para abrirle su corazón.

—Se trata de mi boda con Agustín.

—Nunca estuviste enamorada de él, ¿verdad?

Anita se quedó perpleja.

—¿Tanto se me nota?

Berenice sonrió, sarcástica.

—Digamos que cada vez que mencionabas a tu futuro esposo no había ninguna pizca de amor en tu mirada; mucho menos de pasión.

—Es un buen hombre, pero no siento nada por él —manifestó ella, esbozando una mueca de hastío.

—Y aceptaste casarte con él solamente para cumplir las expectativas de tu madre…

—Y las de mi abuela, y las de mi hermano —la interrumpió Anita, haciendo un aspaviento con las manos—. Me sometí a la voluntad de mi familia solamente para recuperar parte de nuestro patrimonio.

—Me parece loable que sacrifiques tu libertad y tu futuro por ellos; aun así, debo decirte que no estoy de acuerdo con lo que vas a

hacer. Desconozco cómo se lleva adelante un matrimonio de conveniencia, porque Pierre y yo nos casamos muy enamorados. —Hizo una pausa debido a una punzada en el vientre. Respiró hondo y continuó hablando—. Lo que sí sé es que vas a ser infeliz y no quiero eso para vos.

—Llegué a convencerme de que tal vez es solo cuestión de tiempo, que terminaré enamorándome de Agustín. Al menos es lo que siempre asegura mi madre que sucederá.

—Según recuerdo, doña Ernestina no posee el poder de la adivinación —soltó Berenice, medio en serio, medio en broma—. No deberías dejar que sus propios intereses pesen más que tus deseos.

—De eso se trata precisamente —murmuró Anita entre suspiros—. Voy a hablarte de algo que me ha dejado muy consternada. Espero que no me condenes por lo que vas a escuchar.

Berenice se llevó la mano cerrada al corazón y prometió no hacerlo.

—La noche de la muestra, cuando desaparecí para tomar aire… pasó algo.

—¿Conociste a un francés encantador y no vas a volver a Buenos Aires?

La errónea conclusión de Berenice le causó gracia. Negó con la cabeza.

—Estaba sola en la azotea cuando de repente aparecieron dos mujeres. Me oculté para que no me vieran. No me preguntes por qué, ni yo misma lo sé.

—¿Qué pasó entonces?

—Esas dos mujeres subieron hasta allí para tener un poco de intimidad. —La miró con la esperanza de que Berenice entendiera lo

que aquello significaba. Ante su expresión de desconcierto, resolvió contarle el resto de la historia—. Empezaron a besarse y a tocarse, hasta que una de ellas se detuvo y se pusieron a discutir.

Berenice asintió, en silencio. No parecía escandalizada y eso, en cierto modo, tranquilizó a Anita.

—¿No decís nada?

—Estamos en París, Anita. He oído historias similares todo el tiempo. Chicos que pasean de la mano por el Jardín de las Tullerías o mujeres que se muestran acarameladas en algún rincón del barrio rojo.

—Una de esas mujeres era Rosario Navarro Soler.

La revelación de Anita cayó como un rayo en medio del salón, con la fuerza y el impacto necesarios para dejar aturdido a cualquiera.

—¿Rosario? ¿Estás segura? —Se mordió el labio antes de seguir escuchando la confesión de su amiga.

—Rosario me lo confirmó ayer cuando estuve en su departamento.

—¿Por qué te lo contó precisamente a vos? —preguntó Berenice, con curiosidad.

—Después de lo que vi, salí corriendo y perdí el pañuelo que me bordó mi abuela.

Berenice asintió. Sabía muy bien a cuál se refería, y sabía también del cariño que le guardaba a ese pedazo de tela que doña Agnes le había regalado siendo una niña.

—No fui al departamento de Rosario solo para terminar la entrevista. En realidad, la tuve lista el primer día que nos vimos. Volví porque ella me pidió que posara como modelo para uno de sus cuadros.

—¿Te va a pintar desnuda? —Los ojos de Berenice se abrieron de par en par.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? —replicó Anita, sonrojándose ante la insinuación de su amiga, y casi se ahoga con su propia saliva. Se vio forzada a toser para recuperar el aliento, y de paso, ganar un poco de tiempo.

—Si eso pasara, no tendría nada de malo —aseveró Berenice, sonriendo.

—La verdad es que anoche, mientras estábamos en su departamento…

—¿No me habías dicho que irías al Moulin Rouge? —la interrumpió su amiga, sorprendida.

—Fuimos y nos encontramos con esa mujer, la de la azotea. Pasamos un momento bastante desagradable, pero no quiero hablarte de ella, sino de lo que sucedió después. —Hizo una pausa solo para inhalar un poco de aire y luego soltarlo por la nariz—. Rosario me besó…

—¿Y? —Berenice la miró, expectante.

—No salí corriendo, si es lo que estás pensando.

—¿Correspondiste a su beso?

Anita asintió.

—Me gustó mucho. —Sacudió la cabeza como si por su boca acabase de escupir una barbaridad—. Por eso tengo reparos en volver a verla; no por ella, sino por lo que me hizo sentir al besarme.

—Es normal que estés asustada, Anita. —Le apoyó la mano en el hombro—. ¿Qué vas a hacer?

Ella no supo qué responder.

—Deberías ir y ver qué pasa —le aconsejó—. Más allá del hecho de que sea una mujer, si Rosario te gusta, no te autocensures pensando en el qué dirán. Dejate llevar por lo que sentís, eso es lo más importante, Anita.

—Cuando regrese a Buenos Aires me espera un hombre al cual no amo y una boda que me causa urticaria —dijo, cargada de fastidio—. ¿De qué me vale en este momento seguir mis impulsos si tendré que renunciar a ellos apenas abandone París?

—Nadie conoce su futuro, solo somos capaces de evocar el pasado y tratar de vivir el presente, y si en tu presente aparece alguien que te hace temblar de pasión, más allá de su género o preferencia sexual, deberías ignorar todo lo demás.

El consejo de Berenice, aunque parecía demasiado quimérico, era lo más sensato que había oído en mucho tiempo. Siempre se había sentido como un animal herido cuando pensaba en tener intimidad con un hombre, y ahora ese miedo irracional que la llevaba a no querer ver jamás el rostro de su amante de turno parecía desintegrarse frente a un deseo completamente nuevo y apabullante. Un deseo provocado por una mujer. No sabía si hacerles caso a sus instintos, secundados por el beneplácito de su amiga, o enterrar en lo más profundo de su ser todo eso que sentía al pensar en Rosario. Se miró el dedo anular con rabia. No recordaba dónde había dejado la alianza de compromiso. Esperaba que se hubiera perdido en un descuido y no tener que verla nunca más. Claro que eso no solucionaba nada, pero al menos le quitaba un poco de angustia a su atribulada existencia.

—¿Qué te preocupa? —Berenice creyó adivinar por cuál derrotero se habían desviado sus pensamientos.

Anita le mostró la mano izquierda.

—Desde que estoy en París me he rehusado a llevar el anillo que me dio Agustín, y la verdad es que no me importaría en lo absoluto si no lo vuelvo a ver.

—Eso lo dice todo, Anita —repuso Berenice en un tono condescendiente.

—¡Ojalá pudiera renunciar a la boda y quedarme en Francia para siempre! —dijo, dejando escapar un suspiro lastimero.

—Si decidís hacerlo, contás conmigo —respondió su amiga, insuflándole el valor que a ella parecía faltarle para dar un paso tan importante en su vida.

Anita guardó silencio. Sonaba muy idílico para ser verdad.

—Hablá con doña Ernestina. Sé que es una noticia que se debe dar cara a cara, pero estoy segura de que si vas a Buenos Aires logrará convencerte de que hagas lo que ella quiere.

Anita sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—Jamás podría darle una noticia semejante por teléfono, Bere. Ni mi madre ni mi familia se lo merecen. —Se sintió mal porque su respuesta no era del todo sincera. Por más que pusiera como excusa que no quería cancelar la boda estando a miles de kilómetros de distancia, lo que realmente le impedía hacer esa llamada era el miedo a reconocer que podría encontrar la verdadera felicidad al lado de una mujer.

La oportuna aparición de Pierre le brindó a Anita una vía de escape. Aprovechó la llegada del esposo de su amiga para escabullirse en su habitación antes de que ella consiguiera detenerla. En la soledad de aquellas cuatro paredes, mientras se hacía la hora de acudir a su encuentro con Rosario, tuvo tiempo suficiente para

aclarar sus ideas. Después de pensarlo minuciosamente, sopesando los pros y los contras de volver a verla, resolvió hacerle caso a lo que le dictaba el corazón. Esperaba no equivocarse.



UNA CHIQUILLA ASUSTADA

Barrio Latino, París, 1954

Pedro observó de reojo a su hermana mayor. Mientras fingía interés en una novela de un autor francés que había leído en su juventud, trataba de descifrar qué se ocultaba debajo de esa calma aparente que le era imposible disimular, aunque pusiera todo su empeño en ello. Intuía que tenía que ver con la inminente aparición de la tal Anita von Keller.

Hugo Fontiveros, andaluz por nacimiento y republicano por vocación, se encontraba en ese momento en la cocina, engullendo una opípara merienda, después de pasar casi una jornada entera sin llevarse nada al estómago. Hambriento y cansado, pero con la esperanza reflejada en sus ojos oscuros, estaba más que preparado para cruzar todo un océano en pos de una vida mejor. El Macarra lo había dejado bajo su custodia para asistir a un mitin secreto en un sótano en las afueras de París, sitio elegido por los miembros de la Resistencia para intercambiar información y planear futuras estrategias en su lucha contra el régimen franquista. Pedro habría querido ir con él; sin embargo, tenía la misión de esconder y proteger a aquel muchacho de origen humilde y firmes ideales políticos para que llegara a su destino sin ningún rasguño. Sonrió al escucharlo entonar bajito una copla de su tierra.

Dejó el libro a un lado y le hizo señas a Rosario de que se acercara.

—¿Querés que nos vayamos cuando ella llegue? —preguntó en un tono de complicidad evidente.

Ella negó con la cabeza y soltó una risita nerviosa.

—No hace falta, Pedro. Además, ya nos pusimos de acuerdo en lo que vamos a decir —le recordó, acomodándose un mechón de cabello que no necesitaba ningún arreglo. Lo hacía simplemente porque le urgía enfocar la atención en algo tan banal como la apariencia de su peinado para no pensar en la visita de Anita.

—¿Estás segura de que se lo creerá? No quiero forzar la situación, mucho menos poner en riesgo la misión que tenemos por delante. La seguridad de ese jovencito depende absolutamente de mí.

Rosario tragó saliva. Su hermano había hablado con tanta gravedad que tuvo miedo de ser la única responsable si algo salía mal.

Pedro le dio una palmadita de confianza en el brazo.

—Tranquila, te aseguro que hemos pasado por situaciones mucho más delicadas y aquí seguimos, vivitos y coleando como el primer día.

Ella le apretó la mano y una sonrisa más calmada se dibujó en sus labios pintados de rojo. Volvió a mirar la hora y se dio cuenta de que Anita llevaba casi diez minutos de retraso. A pesar de Pedro y el muchacho que merendaba en la cocina, quería verla. Pidió en silencio que no se arrepintiera de encontrarse con ella. Sabía que el tiempo del cual disponían para estar juntas era efímero. Ambas tenían una vida en Buenos Aires y, por más que le doliera reconocerlo, París no sería más que un bello recuerdo que albergar

en el corazón. Dejó escapar un suspiro y entonces, como una súplica a sus plegarias, sonó el timbre. Se puso de pie como si su cuerpo hubiese sido impulsado por un resorte invisible y atravesó el salón deprisa, con pasos firmes pero elegantes. Apoyó la mano en el picaporte y miró por encima del hombro a su hermano. Pedro le dio el *okey* haciendo un gesto con los dedos y le guiñó el ojo, dándole ánimos. Abrió la puerta justo antes de que Anita volviera a llamar.

—¡Hola, siento llegar tarde! —La pelirroja no se movió de su sitio. Una sonrisa luminosa, cortesía de las perlas blancas de sus dientes, contrastaba con las pecas que salpicaban su rostro. El sol las había oscurecido un poco y teñían sus mejillas de un rosado casi angelical. Llevaba un vestido negro con lunares blancos, entallado en la cintura. El cabello, más rojo furioso que nunca, estaba recogido en la nunca con un moño de seda.

—Pasá, por favor —le dijo finalmente, sin dejar de mirarla.

Anita se deslizó hacia el interior del departamento con la gracia de una gacela y se detuvo en seco al descubrir que había un hombre de pie, en el salón.

Rosario se adelantó y se paró junto a él.

—Es mi hermano Pedro. Ha venido de sorpresa desde España.

—Pedro Navarro Soler. —Extendió el brazo hacia la recién llegada y cuando ella le dio la mano la apretó con suavidad—. Rosario me contó que es usted argentina. Anita, ¿verdad?

La pelirroja asintió.

—Me llamo Ana Victoria von Keller, aunque prefiero que me digan Anita.

—Ese es Hugo, el hermano menor de mi esposa. Insistió en acompañarme y no pude decirle que no —explicó Pedro cuando se

oyeron ruidos provenientes de la cocina.

Anita sonrió, sintiéndose un poco fuera de lugar. Era evidente que no esperaba encontrarse con alguien más allí. Miró a Rosario.

—Si te parece, puedo volver en otro momento —sugirió, pensando en el hecho de que a ella le gustaría pasar tiempo con su hermano en vez de encerrarse en el atelier a pintar.

Pedro se apresuró a responder.

—¡No tengo ninguna intención de interrumpir los planes de mi hermanita! —Le pasó el brazo por el hombro a Rosario y le dio un beso en la frente—. Mi… mi cuñado y yo desapareceremos durante un rato para no molestar. Queremos pasear un poco por París antes de regresar a La Rioja.

—¿La Rioja? —Anita se sorprendió.

—Sí, vivimos en un pueblecito llamado Haro, que se encuentra en la provincia de La Rioja. ¡Cuna de los mejores vinos del mundo! —manifestó, orgulloso.

—Así como lo ves, con esa barba de días y cara de no haber roto un plato en toda su vida, mi hermano es uno de los bodegueros más reconocidos de España —intervino Rosario, también hablando de él con orgullo—. Hace años usaba sotana y hoy es un hombre felizmente casado, y a punto de convertirse en padre.

Los ojos azules de Anita se abrieron de par en par mientras sus manos, entrelazadas, se tensaron con la firmeza de una cuerda de violín.

—¿Eras cura? —La pregunta salió de su garganta en un débil titubeo. Lo suyo no era una curiosidad natural, más bien, una reacción de espanto ante la idea de toparse con alguien que había ejercido el sacerdocio.

Pedro asintió sin darse cuenta del impacto que había causado en ella semejante revelación. Rosario, en cambio, se percató al instante de que la noticia acerca de la condición que ostentaba su hermano en el pasado no la había dejado indiferente. Fue la siguiente en hablar.

—Pedro sintió la vocación desde muy jovencito —le explicó, tratando de indagar qué se ocultaba detrás de aquella expresión de desconcierto que había transformado el rostro de Anita—. Ejerció de sacerdote algunos años y, por esas cosas de la vida, un día decidió abandonar los hábitos e instalarse en España.

Los Navarro Soler intercambiaron una mirada preñada de nostalgia.

—A veces, cuando la fe tambalea, es mejor dar un paso al costado —dijo él, soltando un suspiro—. Durante mucho tiempo creí que Dios me había abandonado y que mi vocación ya no era suficiente…

—Escudarse en la palabra de Dios para justificar cualquier cosa no es más que un acto de cobardía —manifestó Anita con voz temblorosa.

Tanto Rosario como su hermano se quedaron en silencio, sin saber qué decir.

—Voy a buscar a Hugo —anunció Pedro, convencido de que su presencia, de repente, ya no era agradable para la muchacha.

Apenas se quedaron solas, Rosario le preguntó a Anita si le apetecía beber algo antes de dar inicio a la sesión de pintura. Estaba a punto de responder cuando la puerta de la cocina se abrió y reapareció Pedro, acompañado de un muchacho desgarbado de abundante cabellera negra y cejas pobladas.

—Anita, él es Hugo, mi cuñado —le dio un empujoncito al joven para que la saludara.

—Encantado de conocerte —dijo él, acercándose tímidamente con el brazo tendido.

Anita ni siquiera pudo sonreír; solo aceptó el rápido apretón de manos sin mirarlo a los ojos.

—Nosotros nos vamos, hermanita. Volvemos en un par de horas.

Rosario asintió y fue con ellos hasta la salida. Al regresar al salón, encontró a Anita sentada en el sillón. Miraba un punto fijo mientras se mordía los labios. Se aproximó y se dejó caer a su lado.

—¿Estás bien? Me di cuenta de que algo cambió en vos cuando escuchaste que mi hermano había sido sacerdote. Sé que mucha gente se queda asombrada al conocer esa faceta de su vida, pero nadie antes reaccionó igual.

Anita optó por permanecer en silencio, perdida en la oscuridad de sus pensamientos. Rosario, impotente por no saber qué hacer, le acarició la mano, y aquel gesto que pretendía ser afectuoso provocó que la pelirroja se apartara de ella como si acabara de recibir un puñetazo certero en el estómago. Probó en carne propia el amargo sabor del rechazo y sintió que una piedra se posaba en su pecho. Decidió darle su espacio, por eso se levantó sin producir ningún sonido y caminó con sigilo hacia el atelier. La miró desde allí mientras entornaba la puerta. Anita seguía en la misma posición, solo que ahora tenía los ojos vidriosos. Le costó no regresar con ella y sacudirla hasta que le contara qué le estaba sucediendo; sin embargo, aceptó que no era lo más sensato. Quitó el paño que cubría el lienzo y el corazón le dio un vuelco al toparse con la sonrisa de Anita a medio terminar. Respiró hondo. Podía continuar sin ella,

dedicándose a pintar el fondo hasta que se sintiera mejor. Mezcló los colores en la paleta y comenzó a dar grandes pinceladas en tonos azulados para plasmar el cielo primaveral de París. A la derecha del cuadro, emergiendo entre las copas de los plataneros, se asomaba la torre Eiffel.

No tardó en concentrarse en su trabajo, y aunque no podía dejar de pensar en Anita, pronto perdió la noción del tiempo. Cuando observó el reloj, descubrió que llevaba ya casi una hora pintando. Decidió hacer una pausa. Metió los pinceles en un frasco con disolvente y apoyó la paleta en la mesa. Se asomó a la puerta entreabierta con el temor de que Anita se hubiera marchado. Una fuerte sensación de alivio le atenazó las entrañas al verla recostada en el sillón, con una mano debajo de la mejilla y la otra descansando encima de un almohadón. Parecía dormitar. Al menos sus ojos estaban cerrados. Al acercarse, con el mismo sigilo que había tenido para alejarse antes, percibió que había llorado. Las lágrimas habían trazado un rastro sobre su piel, borrando parte del maquillaje. Respiraba con cierta dificultad y sus párpados temblaban levemente. Estaba a punto de darse media vuelta para retornar al atelier cuando un fuerte grito la detuvo en seco.

—¡No, aléjese de mí!

Anita, presa de una pesadilla, movía los brazos como si quisiera quitarse algo de encima. Lloraba y se retorcía en el sillón. Sus manos empujaban hacia arriba mientras su cuerpo se sacudía, debatiéndose en una lucha desigual contra una fuerza invisible.

Rosario no podía quedarse sin hacer nada. Anita estaba sufriendo y necesitaba despertarse. Se sentó junto a ella y, sujetándola por los

hombros, la zarandeó suavemente. Se vio obligada a intensificar su acción porque ella no reaccionaba.

—Anita… —pronunció su nombre casi con recelo, pero comprendió que era inútil actuar con tanta cautela cuando ella estaba atrapada en un mal sueño. Alzó la voz. —¡Anita, por favor, tenés que despertar!

La joven murmuraba algo entre dientes y demandaba que la dejaran en paz. Supo que ella no era la destinataria de sus palabras. Lo que fuera que la acechaba se escondía en la profundidad de su mente. Insistió hasta que por fin Anita abrió los ojos. Se quedó mirándola, con la respiración agitada y el cuerpo presa de pequeñas convulsiones.

—¿Estás bien? —Rosario le apartó el cabello que le caía sobre el rostro y le acarició la mejilla—. Te quedaste dormida y tuviste una pesadilla.

Anita asintió. Su cabeza apenas se movió. Miró de reojo a su alrededor como si esperara que algo malo estuviera a punto de suceder. Rosario quiso soltarla un momento para ir a buscar un vaso de agua, pero viendo el terror en su mirada fue incapaz de dejarla.

—No te vayas, por favor. —La voz de Anita se asemejaba a la de una chiquilla asustada que no solo suplicaba que permaneciera a su lado; aquellas palabras eran un desgarrador pedido de auxilio.

Rosario le abrió los brazos y Anita se lanzó sobre ella con la desesperación de un náufrago en medio de una tempestad. Se recostó sobre su regazo y cuando sintió que Rosario peinaba su cabello con los dedos, cerró los ojos. El calor de sus manos hizo que el ritmo de sus latidos comenzara a normalizarse. Poco a poco, el temblor de su cuerpo fue desapareciendo.

—¿Querés contarme qué fue lo que soñaste? —Rosario notó cómo la espalda de Anita se tensaba. La acarició con lentos movimientos circulares.

—No puedo, es demasiado horrible para ponerlo en palabras —respondió ella, clavando la mirada en la cortina que se mecía con la brisa que entraba por la ventana.

Rosario no insistió. Sabía mejor que nadie lo difícil que era hablar de algo que hacía tanto daño. Ella también había tenido pesadillas después del aberrante ataque que sufriera a mano de esos dos salvajes, la noche en la cual la convirtieron en víctima de violación.

—Cuando cargamos con un estigma tan grande, necesitamos exorcizar de alguna manera. Los malos sueños son espantosos; sin embargo, yo creo que están ahí porque es la única vía de escape que encuentra nuestro cuerpo para liberarse de tanto dolor. Dan miedo, lo sé, pero es una forma de desahogarse.

Anita no dijo nada. Prefirió quedarse en silencio, dejando que la mano de Rosario se deslizara por su espalda y subiera hasta los hombros. De repente alzó la cabeza y la miró. Aunque sus ojos azules todavía estaban húmedos, al menos ya no lloraba.

—Gracias, Rosario. —Se acercó a su rostro y apoyó sus labios en los de ella. Fue un beso desplegado con ternura. Un beso ligero, sin urgencias ni demandas. Se apartó un poco y le sonrió—. Ver tu rostro al despertar después de tanta aberración me hizo bien.

Rosario le rozó la boca con la punta del dedo. Ansiaba otro beso y tuvo que quedarse con las ganas.

—Lamento si le causé una mala impresión a tu hermano, no fue mi intención —se disculpó apenas logró que su cuerpo y su mente

abandonaran el espiral de horror en el cual los había hundido la pesadilla.

—No te preocupes ahora por eso —la tranquilizó Rosario. Persistía en su cabeza la idea de que algo relacionado con la iglesia era el origen de sus miedos.

Anita se incorporó y soltó un gran suspiro.

—Es que cuando dijo que había sido sacerdote, sentí otra vez el pánico que me paralizaba cuando era apenas una niña. Quisiera tener el valor de hablar de ello, pero es tan horrible que no puedo. Las palabras se quedan enterradas en mi garganta cada vez que lo intento. —Le esquivó la mirada—. Cuando lo conté, siendo una niña, me trataron como si fuera la más mentirosa de todas. Mis padres nunca me creyeron y si bien siempre tuve el apoyo de mi abuela, nunca fue suficiente para mí. Ni siquiera después de… —Guardó silencio de repente, mordiéndose la lengua para tragarse las palabras antes de que fuese demasiado tarde.

—Anita, lo que sea, podés hablarlo conmigo.

Ella negó con la cabeza.

Rosario supo que por más que intentara persuadirla, resultaría en vano. Le sugirió pasar al atelier y seguir con el cuadro. Anita aceptó su propuesta. Necesitaba distraerse. Se permitió esbozar una sonrisa. Era agradable sentirse, al menos por un momento, el centro de atención de una artista del calibre de Rosario Navarro Soler. Le gustaba la arruga profunda que se le marcaba en la frente en señal de concentración y las largas miradas que le prodigaba mientras su brazo soltaba pinceladas sobre el lienzo. No le permitía ver los avances de la pintura, y cuando intentaba espiar, Rosario se apuraba

a cubrirla con un lienzo. El misterio que rodeaba al cuadro se incrementaba con la tensión sexual que reinaba entre ellas.

—¡No tengo perdón de Dios! —Le indicó que podía cambiar de postura sin problemas mientras dejaba los enseres de pintura a un lado—. Suelo olvidarme del mundo cuando trabajo, pero hace tiempo que no me entusiasmaba tanto con una obra —confesó, sin dejar de mirarla.

Anita estiró el torso hacia adelante, y al hacerlo, la tela del vestido se ciñó sobre la turgente redondez de sus pechos. Inspiró con fuerza y exhaló el aire por la nariz. El moño que sujetaba su cabello en la nuca estaba molestándola. Sin dudarlo, se lo soltó. Con lentos movimientos, lo peinó con los dedos, dejando que cayera a modo de cascada por encima de los hombros.

Rosario la observaba en silencio, conteniendo la respiración. Era una mujer hermosa, por eso la había elegido para convertirla en protagonista de uno de sus cuadros. Pero más allá de su belleza, Anita irradiaba una luz especial. El fulgor de sus ojos azules y el fuego de su melena ondulada eran la combinación perfecta entre el cielo y el infierno. Sintió que le hervía la sangre. El alocado latir de su corazón aturdía sus oídos. Podía escuchar como bombeaba dentro de su pecho como si se fuera a salir de su cuerpo en cualquier momento. ¿Qué hacer? Ansiaba acercarse a ella y meter la mano en el escote del vestido para descubrir la suavidad de sus senos que hacía apenas un instante se habían insinuado con descaro, invitándola a satisfacer todos sus deseos. No quería dar un paso en falso y quedarse con las ganas. La osadía de la cual se jactaba a la hora de avanzar sobre aquello que le gustaba, sin titubeos, parecía estar burlándose de ella. Era una mujer hecha y derecha, con la

valentía suficiente para haber defendido su amor por Débora; sin embargo, ahora se sentía atrapada en el cuerpo de una adolescente. Había algo en Anita que la atraía con la fuerza de un imán, pero al mismo tiempo la llenaba de temores y pensamientos inciertos.

¿Qué tenía aquella sensual pelirroja para provocarle sentimientos tan encontrados?

Una pregunta cuya respuesta desconocía.

*

Anita volteó la cabeza y se topó con los ojos de Rosario que la devoraban desde el otro lado del lienzo. Contuvo el aliento durante unos cuantos segundos. Tuvo que respirar hondo para que el flujo de aire entrara nuevamente a sus pulmones. Se llevó una mano al pecho, allí donde el corazón latía acelerado. La deslizó hacia arriba, buscando apagar ese espiral de fuego que se originaba en su nuca y llegaba más allá de su vientre. Parecía que todo el calor que irradiaba su cuerpo se había concentrado entre sus piernas. Se revolvió, inquieta. No fue capaz de permanecer sentada, y al levantarse observó por el rabillo del ojo que Rosario se aproximaba despacio, como si midiera cada uno de sus movimientos.

Cuando estuvieron frente a frente no hubo necesidad de decir nada. Se dejaron llevar por el lenguaje del deseo contenido. Rosario le acarició el cuello con ambas manos. Anita, mordiéndose los labios, la miraba, expectante. Sus bocas hambrientas hicieron que aquel segundo beso fuera muy diferente al primero.

Ya no había vacilación en sus movimientos.

Ni siquiera un atisbo de temor.

Solo pasión.

En un abrazo tan voraz como el ardor que las consumía por dentro, sus cuerpos se acoplaron en una simetría de curvas y redondeces.

Pechos contra pechos.

Vientre contra vientre.

Anita apretó el trasero de Rosario, empujándola hacia ella. Y Rosario respondió, levantándole la falda del vestido mientras movía una de sus piernas para que sus sexos anhelantes entraran en contacto. El sutil roce de aquel punto sensible provocó que ambas se sacudieran en un violento estertor. Se contemplaron a los ojos en silencio, con la respiración entrecortada y un ligero temblor en los labios. El deseo primitivo que iluminaba sus miradas hablaba a gritos de seguridad y determinación. No importaba si nadie aceptaba lo que sentían. Si eran condenadas a vivir para siempre en el infierno por seguir sus impulsos, estaban dispuestas a arder en sus llamas.

Cayeron en el canapé, abrazadas, buscándose entre ávidas caricias y besos húmedos. Rosario hundió el rostro en el hombro de Anita. Aspiró con fuerza. Ella olía a lavanda inglesa y a sudor. Sus delgados dedos se afanaron en desabrochar los primeros botones del vestido. El delicado encaje negro de su corpiño prometía el más dulce de los pecados. Descubrió una pequeña mancha en forma de mariposa justo en la línea que definía el nacimiento de sus senos.

—*Mon petit papillon*[1] —susurró, embelesada. Tocó por encima de la tela labrada de rosas de su ropa interior y jugueteó con su pezón.

Anita, rendida a sus caricias, cerró los ojos y arqueó la espalda. Bajó una mano a la entrepierna, donde su sexo latía de manera descontrolada. Se encontraba inmersa en un torbellino de éxtasis

que la elevaba hasta lo más alto y luego la dejaba caer, sin redes, en el más delicioso de los abismos.

Entonces Rosario se detuvo de repente y la vorágine que estaba a punto de estallar en su interior quedó suspendida entre sus propios gemidos y la maldición que soltó ella entre murmullos. Abrió de mala gana los ojos. Rosario le acomodó el vestido antes de apartarse.

—He escuchado la puerta. Debe ser mi hermano Pedro —dijo, mientras intentaba recobrar el aliento.

Anita, con las piernas convertidas en dos masas gelatinosas, consiguió ponerse de pie. Se abrochó los botones y se peinó un poco el cabello con los dedos. Miró a Rosario, esperando que dijera algo más, pero estaba tan nerviosa como ella y era demasiado evidente que la situación se les había ido de las manos. Le hubiera gustado tener un espejo donde mirarse, porque estaba segura de que aunque pusiera todo su esmero en tratar de disimular, lo que acababa de suceder entre ambas era visible en cada poro de su piel. Rosario se le acercó con una sonrisa culpable dibujada en los labios.

—¿Estás bien?

Ella asintió mientras recuperaba, de a poco, el ritmo de su respiración.

Rosario ni siquiera alcanzó a abrir la puerta porque Pedro irrumpió en el atelier sin anunciarse. Entró a toda prisa y se asomó por la ventana. Hugo venía detrás de él, con el rostro demudado y los ojos abiertos de par en par.

—Pedro, ¿qué pasa?

Él giró la cabeza y la contempló durante unos segundos. Tenía el mismo semblante de preocupación que el joven que lo acompañaba.

Se llevó el dedo índice a la boca y le hizo señas de que guardara silencio.

Anita observaba toda la escena sin entender. Miró a Rosario, buscando una explicación, pero no la obtuvo. Cuando se dio media vuelta y vio que Pedro acariciaba algo debajo de su chaqueta, se despertó en ella un sentimiento de inquietud que no supo cómo manejar. El sol que se colaba a través del postigo se reflejó en un objeto metálico que él ocultaba en uno de sus bolsillos. Tuvo que mirar bien para no equivocarse.

—Es una pistola —farfulló entre dientes, señalando hacia Pedro con el brazo levantado.

Todos la oyeron, pero ninguno dijo nada. Rosario decidió intervenir. No solo para saciar la curiosidad de Anita, sino también porque necesitaba que su hermano le contara qué demonios estaba ocurriendo.

—Pedro, no te quedes callado. —La voz de Rosario sonó más grave de lo habitual. Se acercó a él para poder mirarlo a los ojos.

Fue Hugo quien le dio una respuesta.

—Pedro cree que alguien ha estado siguiéndonos desde que salimos del edificio.

—¿Eso es verdad?

Pedro asintió, sin apartar la mirada de la calle.

—Creo que logramos perderlo después de dar varias vueltas, aunque no puedo estar seguro. —Se acarició la barba y soltó un suspiro—. Espero que este contratiempo no nos haga abortar la misión.

—El tren parte mañana al mediodía —recordó Hugo, dejándose embargar por la angustia. Llevaba una boina en las manos, que

apretujaba en un vano intento de calmar los nervios—. Debemos llegar a la estación temprano.

Anita seguía en silencio, armando en su mente un rompecabezas cuyas piezas no alcanzaba a ensamblar. Cuanto más oía, más confundida se encontraba.

—Nada impedirá que te subas a ese tren mañana —aseveró Pedro, acariciando la culata de su pistola. Tras echar un último vistazo a la calle, cerró la cortina y se giró sobre sus talones. Sonrió para atenuar la tensión de los últimos minutos y a la primera que miró fue a Anita—. Lamento que te hayas visto envuelta en todo esto.

—¿Qué es "todo esto" exactamente? —replicó ella, cruzándose de brazos.

Rosario, con la anuencia de su hermano, le contó la verdad.

Después de escuchar la increíble historia que se ocultaba detrás de la visita de Pedro Navarro Soler a Francia, Anita se quedó maravillada. Supo entonces de la incansable lucha que llevaban adelante los que no se resignaban a vivir en una España asolada por el miedo y la tiranía. Le hablaron de un grupo conocido como la Resistencia y de toda la gente que, desde el exilio y desde las sombras, seguía defendiendo sus ideales con el afán de derrocar al régimen impuesto por Franco y sus partidarios. Una gran admiración por su labor logró vencer el temor inicial al enterarse de que Pedro había sido sacerdote en el pasado. Incluso sintió respeto por su causa y alabó la valentía de Hugo Fontiveros por atreverse a cruzar todo un océano en busca de un futuro mejor.

La noche llegó acompañada por una llovizna ligera que no tardó en empapar las calles de la ciudad. Anita miró con recelo el reloj. No

deseaba marcharse; sin embargo, sabía que Rosario necesitaba compartir tiempo con su hermano antes de que abandonara París rumbo a una misión arriesgada. Se despidió de Pedro, disculpándose una vez más por su comportamiento previo y le deseó mucha suerte. A Hugo, quizá por su juventud o porque en cierto modo le recordaba a Lourdes, le dio un abrazo para reconfortarlo ante la travesía que le aguardaba al día siguiente. Atravesó el pasillo con paso cansino, seguida de cerca por Rosario. Ella la detuvo a mitad de camino, obligándola a darse vuelta. Tenía su pañuelo en la mano.

—Creo que no te lo devolví hasta ahora porque pensaba quedármelo —le confesó, sonriendo. Se lo entregó, y al hacerlo, sus dedos se tocaron, reviviendo por un instante la pasión que las había devorado esa tarde en el atelier.

Anita guardó el pañuelo en el bolso sin perder el contacto en ningún momento. Besarse allí, en medio del pasillo, era una apuesta demasiado arriesgada. Por eso, cuando el ascensor se abrió y uno de los moradores del edificio salió, casi les da un síncope. Consiguieron meterse en el interior del cubículo antes de que alguien las viera. Aprovecharon los pocos minutos de intimidad que tenían para concretar ese beso que llevaban deseando desde el mismo instante en el que sus labios se habían separado.

Cuando el ascensor alcanzó la planta baja, Rosario le impidió salir. Le costaba dejarla ir, como si tuviera el presentimiento de que ya no volverían a verse bajo el sol de París. Se arrepintió entonces de haberle regresado el pañuelo. Porque si ese pálpito se cumplía, al menos conservaría algo de ella.

Mientras Rosario se dejaba abrumar por aquellos pensamientos tan sombríos, Anita se debatía entre la necesidad de contarle por fin

que estaba comprometida en matrimonio o seguir fingiendo que no había un hombre esperándola en Buenos Aires.

Ninguna de las dos se atrevió a decir en voz alta lo que pasaba por sus cabezas. Solo compartieron un último beso antes de que la puerta del ascensor se abriera.

*

Al día siguiente, mientras seguía lloviendo sobre la ciudad de París, un hombre de barba y un muchacho con la cabeza cubierta por una boina dieron varias vueltas por el boulevard de Port-Royal. Una vez que se cercioraron de que nadie los perseguía, subieron a un automóvil gris conducido por un sujeto de cabello negro, de aspecto algo descuidado. Desde la ventana de su departamento, una mujer seguía todos sus movimientos. Esa mañana, Rosario Navarro Soler experimentó en carne propia la satisfacción de aportar su granito de arena a una causa importante. Se sintió identificada con aquellos que, a pesar de la adversidad, se resistían a ser pisoteados. De alguna manera, los ideales de Pedro, del Macarra y de tanta gente que buscaba recuperar la libertad de su patria, se quedaron flotando en el aire durante mucho tiempo.

La despedida con su hermano la había dejado devastada y, como siempre, encontró consuelo en el arte. Abandonó por un momento el cuadro de Anita y se puso a pintar algo completamente distinto. Bocetó de prisa, sin preocuparse por el resultado final. No quería que la inspiración desapareciera de repente. A un ritmo casi vertiginoso en donde los pinceles y la paleta cobraron protagonismo, el lienzo en blanco se llenó de rostros que la miraban con esperanza.

1 Mi pequeña mariposa.

AMIGAS DE FIERRO

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

Santiaguito hizo un nuevo intento en atraer la atención de su madre, pero ella seguía distraída y no le estaba haciendo el menor caso. Levantó la hoja en donde había dibujado a su gato persiguiendo a un ratón y la dejó sobre el regazo de Isabela. Cansado de que prefiriese leer el papel que sostenía en las manos antes que mirar su colorida obra de arte, el niño recogió los crayones, se levantó del suelo y corrió a la cocina para pedirle a su nana que le sirviera un vaso de leche. Juanito, que se encontraba remoloneando junto al sillón, lo siguió de cerca, moviendo su cola rojiza y maullando de alegría.

Isabela releyó la invitación que acababa de llegar con el correo de la mañana y suspiró. Desde que recibiera la primera carta oficial con membrete de la embajada alemana, vivía con la ansiedad de que, ante su falta de respuesta, insistieran en convocarla para una serie de conciertos en su tierra natal. Para evitar que la misiva cayera en las manos equivocadas, se ocupaba a diario de revisar la correspondencia. Ya era el tercer intento del mismo diplomático, que con palabras amables reiteraba el honor que significaría para la embajada patrocinar su actuación en las ciudades más importantes de Alemania. Las posibles fechas de su gira estaban programadas

para el mes de agosto, en pleno verano europeo, y en caso de aceptar debía comunicarse con la embajada al menos dos meses antes de la gira para organizarlo todo con tiempo. Santiago seguía sin saber nada. La única que estaba al tanto de aquel asunto era su cuñada, y se encontraba a miles de kilómetros de distancia. Metió la carta en el sobre y entonces descubrió el papel que Santiaguito había dejado en su regazo. Sonrió orgullosa. No poseía el talento innato de sus tías Rosario y Eleonora; sin embargo, nadie podía negar que ponía su mejor empeño en cada uno de sus dibujos. Decidió guardarlo para mostrárselo a su esposo cuando viniera a almorzar. En el bolsillo de su cárdigan de punto inglés, escondió el sobre de la embajada antes de que alguien lo viera. Estaba dirigiéndose a la cocina para empezar a organizar el almuerzo cuando llamaron a la puerta. Se desvió de su trayecto y al abrir se sorprendió al ver a su amiga Nina. Su aparición la dejó sin habla. Hacía menos de dos meses que había dado a luz a su hijo y lucía espléndida.

—¿No vas a invitarme a pasar? —se quejó la actriz, poniendo cara de preocupada.

—¡Por supuesto! —Se hizo a un lado para dejarla entrar y se saludaron con un abrazo—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y el pequeño Tomás?

Nina Montero esbozó una gran sonrisa.

—Jedrek se quedó en el departamento, cuidándolo. Le dije que necesitaba airearme y él, como siempre tan comprensivo, se ofreció a ocupar mi lugar… al menos durante un par de horas. —Le contó que llevaba más de una semana sin salir a la calle y comenzaba a sentirse agobiada.

—Es normal —repuso Isabela, invitándola a pasar al salón—. Los primeros meses son los más agotadores, sobre todo para la madre. Yo pasé lo mismo con Samuel, y aunque Rosario me ayudaba en todo lo que podía, llegaba a la noche casi sin fuerzas. Igual, no me importaría volver a vivir todo de nuevo.

La actriz abrió los ojos como platos.

—¿Estás embarazada?

Isabela negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—¡Creo que no! —Al ver la expresión de desconcierto en el rostro de su amiga, añadió—. Tengo un retraso de dos semanas, pero conozco demasiado bien mi cuerpo y en este preciso momento, te puedo asegurar que empiezo a notar las molestias típicas y engorrosas del período. —Se llevó la mano a la parte baja del vientre para enfatizar lo que acababa de decir.

—¿Pero te gustaría ser madre de nuevo?

La pregunta de Nina la tomó por sorpresa. No habían hablado con Santiago sobre la posibilidad de engendrar otro heredero pronto. Si bien siempre mencionaban su deseo de formar una gran familia, ambos estaban enfocados en su vida laboral. Ella, ganándose un lugar preponderante dentro del panorama musical nacional, y él forjando su carrera como uno de los abogados más solicitados de Buenos Aires. Su bufete crecía a pasos agigantados y llevaba casos importantes que, muchas veces, otros se negaban a aceptar.

—Quizá más adelante —respondió, esperando saciar la curiosidad de su amiga. La observó en silencio, con el ceño fruncido—. Dime, ¿cómo es posible que hayas dado a luz hace tan poco tiempo y estés así de radiante? ¡Tienes que contarme tu secreto!

Nina soltó una carcajada.

—Trucos de maquillaje que me enseñaron las mejores —reveló con aire misterioso, mientras le mostraba el contenido de su bolso. Era bastante profundo y con el espacio suficiente para llevar colorete, lápiz labial, polvo compacto y máscara de pestañas. También había un frasco pequeño de Nantes, su perfume favorito—. Me lo regaló la gran Zully Moreno.

Isabela sabía que habían actuado juntas en *La mujer de las camelias*, estrenada el año anterior. Nina soñaba con dar el gran salto, si bien por el momento debía conformarse con los papeles secundarios que conseguía para que su nombre comenzara a hacerse conocido. Había participado ya en una docena de films, y siempre que tenía la ocasión se jactaba de que en una escena la había besado Floren Delbene, su galán de cine favorito.

—Vine a verte porque queremos bautizar a Tomás y me gustaría que fueras la madrina. Ya le pedí a Fran que sea el padrino, cuando me visitó tras salir de la cárcel. Estábamos esperando que él y Eleonora volvieran de su luna de miel. Jedrek insistió en celebrar el sacramento del bautismo porque dice que él no va a imponerle nada a nuestro niño.

Isabela sonrió, emocionada y agradecida por aquel privilegio.

—Sé por experiencia propia que la llegada de un hijo pone tu mundo patas arriba. Tras el nacimiento de Samuel, y después de luchar por defender mi propia identidad, Santiago y yo decidimos seguir las tradiciones del judaísmo. Al octavo día de haber nacido, un experto en circuncisión que fue recomendado por el rabino de nuestra sinagoga llevó a cabo la ceremonia del Berit Milá. Santiaguito no tuvo ese privilegio, ya que cuando nació mi prima

Magdalena ocultaba la verdad sobre su origen judío y debió ser bautizado dentro de las leyes cristianas.

Nina asintió. Poco a poco, y más por tozudez que inteligencia, iba aprendiendo todo lo concerniente al judaísmo. Isabela le enseñaba a elaborar platos sencillos con los cuales agasajaba a Jedrek cuando volvía de los estudios cinematográficos donde trabajaba como escenógrafo. Por las noches leía algunas páginas del Torá, y gracias a la paciencia de su esposo, que le explicaba las cosas tres veces si hacía falta, iba asimilando de a poco las costumbres y prácticas de su religión.

Isabela sugirió disfrutar de un ligero refrigerio al aire libre para aprovechar el sol de la mañana y pasó por la cocina para ordenar a la criada que lo llevara al patio. Cuando regresó al salón, Nina vio que un papel blanco sobresalía de uno de los bolsillos del cárdigan de su amiga. Iba a decirle que tuviera cuidado de que no se le cayera, y al intentar hacerlo descubrió que Isabela se ponía nerviosa.

—No es nada —dijo ella, empujando el sobre hacia abajo para que ya no quedara a la vista—. ¿Vamos al patio?

Nina la siguió de cerca y no tardó en confirmar que algo sucedía. El silencio repentino de Isabela era sospechoso.

—Soy tu amiga, y si hay algo que te inquieta estaré encantada de escucharte —le dijo, indagando en su semblante. Los ojos claros de Isabela la evitaron con astucia mientras fingía admirar la frondosa enredadera que crecía en uno de los muros de la casa—. Rosario se encuentra lejos y Eleonora está en plena luna de miel, perpetuando lo que vivió con Fran en su Italia natal en el pequeño departamento de Balvanera. ¡Soy toda oídos, querida amiga!

Isabela se dejó contagiar por el buen humor de Nina. Siempre conseguía hacerla reír cuando una pena le laceraba el corazón. La criada apareció con el refrigerio y, apenas volvieron a quedarse a solas, sacó la carta de la embajada alemana del bolsillo del cárdigan y se la entregó.

Después de leerla dos veces, Nina la miró con un gesto interrogante.

—Por lo que dice ese diplomático, no es la primera vez que se contacta con vos.

—No, lo ha hecho en un par de ocasiones antes. Y cada vez que recibía su invitación, terminaba arrojándola a la basura.

—¿Por qué? —Guardó la carta en el sobre y la dejó lejos del alcance de Isabela para impedir que tratara de destruirla.

—Hay recuerdos que por más que quiera borrar de mi mente vuelven para hacerme daño. Berlín ya no es mi hogar, Nina. La guerra nos quitó a mí y a mi familia la posibilidad de tener un futuro en Alemania. La noche que vinieron a buscarnos para despojarnos de nuestros bienes y de nuestra dignidad, sellaron nuestro destino para siempre. El horror se quedó grabado en mi alma. El cuerpo inerte de mi *bobe* cuando los soldados le dispararon simplemente porque caminaba despacio y retrasaba a los demás; el abrazo de mi hermanito Samuel antes de que se lo llevaran; los ojos llorosos de mi padre al darse cuenta de que ya nunca más volvería a ver a su familia. —Hizo una pausa porque le costaba hablar—. La sonrisa de mamá, asegurándome que todo iba a estar bien, justo antes de que se la llevaran a la cámara de gas ¿Cómo podría ir allí y cantar como si nada hubiera sucedido?

El incómodo silencio que dejó el interrogante de Isabela se vio de repente interrumpido por un carraspeo a sus espaldas. Ambas se dieron vuelta y entonces descubrieron a Eleonora, la esposa de Francisco, parada bajo el umbral del salón, con los brazos en jarra.

—Porque si no lo haces, ese pasado que te empeñas en olvidar regresará cada vez con más fuerza hasta quitártelo todo. No permitas que lo que viviste defina tu futuro y el de quienes amas. —Eleonora se acercó y ocupó la única silla de mimbre que quedaba vacía.

—¿Has escuchado lo que dije?

Eleonora miró a su cuñada y asintió, soltando un hondo suspiro.

—Fue sin querer, lo juro. Llegué hace un rato y estuve con Santiaguito en la cocina. La criada me dijo que Nina había venido a visitarte y tenía ganas de saludarla. —Sonrió a quien alguna vez fuera novia de su esposo—. ¡Nadie diría que acabas de dar a luz a una criatura!

Nina le guiñó el ojo a la italiana y contempló la ligera curva de su vientre que se marcaba debajo del vestido.

—Cuando llegue tu momento, te diré cuál es mi secreto.

Isabela las escuchaba hablar con tanta liviandad que, por un instante, la angustia que la agobiaba desapareció entre risas y bromas. Pero aquella tregua duró lo que un suspiro, porque Eleonora ni siquiera había empezado.

—Isabela, tú y tu familia saben del calvario que sufrí en Italia, antes de embarcarme para Argentina. Incluso después de llegar a este bendito país, donde creía que por fin me encontraría a salvo, el destino no se cansó de jugar en mi contra… hasta que conocí a tu hermano. *Francesco* me enseñó que, a pesar de todo, podía ser

feliz. —Se acarició el vientre con mirada ensoñadora—. Nunca pensé que volvería a enamorarme después de perder a Michele, mi primer amor, de una manera tan atroz. ¡Y mírenme ahora, casada con el hombre más maravilloso del mundo y esperando un hijo suyo!

Isabela le apretó suavemente la mano, y aunque trató de sonreír, no fue capaz de hacerlo.

—Fran ha sido muy afortunado al conocerte, Eleonora. Estoy segura de que esa criatura que llevas en el vientre les traerá a ambos la felicidad que tanto se merecen.

Nina, a quien le brillaban los ojos de emoción cada vez que alguien mencionaba al pequeño Tomás, estuvo de acuerdo con ella.

—Mi dicha no sería completa si no hubiese reunido el valor suficiente para regresar a mi tierra natal. Cuando mi futuro esposo en ese momento me sorprendió con los pasajes a Nápoles para pasar allí nuestra luna de miel me sentí feliz… —Hizo una pausa y se mordió el labio en un gesto de angustia—. La verdad es que por dentro estaba aterrada. A ti la guerra te quitó todo, Isabela. En mi caso, fue la mafia quien se cobró con sangre el haber huido de una vida de infierno. Volver a esos lugares donde fui dichosa y en donde también me lastimaron tanto, no fue sencillo. Creo que si *Francesco* no hubiese estado a mi lado, no habría podido lograrlo. Por eso, aunque te parezca que no tiene sentido, que todos esos malos momentos que hoy te atormentan se harán más fuertes estando allí, deberías aceptar la invitación de la embajada alemana y brillar con tu voz en el escenario para acabar para siempre con la oscuridad que mora en tus recuerdos.

—Lo que dice Eleonora es verdad —terció Nina, quien conocía el calvario que ambas habían atravesado antes de desembarcar en

Buenos Aires—. A ella le dio fuerzas el amor de Francisco. Estoy segura de que si Santiago va contigo, ese miedo que ahora te encadena pronto no será más que una sombra difusa en tu vida.

Isabela agachó la mirada.

—Santiago no sabe nada. No he querido decírselo porque sería el primero en insistir para que acepte —manifestó Isabela, sopesando, entre la incredulidad y el recelo, la posibilidad de volver a su tierra después de tantos años.

—La gira empezaría en el mes de agosto. Para ese entonces Rosario ya estará de vuelta en el país y podrá ocuparse de los niños. —Nina miró a la italiana—. Si hace falta, Eleonora y yo también ayudaríamos a cuidarlos.

Isabela vaciló ante la propuesta de Nina. Por más que tuvieran la mejor voluntad de brindar una mano, ambas debían hacerse cargo de sus propias vidas.

—Si es necesario, *Francesco* y yo nos mudaríamos a la casa para que Rosario no se sienta tan sola —sugirió Eleonora, entusiasmada. El departamento que compartía con su esposo en el barrio de Balvanera contaba con todas las comodidades; sin embargo, después de que naciera su hijo planeaban mudarse a un lugar más amplio, con jardín y espacio suficiente para albergar a la familia numerosa que deseaban formar.

—¡Es una idea excelente! —celebró Nina, aplaudiendo con ímpetu.

Isabela, sintiéndose reconfortada, tomó a cada una de la mano y sonrió.

—Es un privilegio contar con su amistad, mis queridas cuñadas. Si decido enfrentarme a mis miedos y hago ese viaje a Alemania, quiero que sepan que solo será mérito de ustedes.

Nina batió las pestañas, en un intento inútil por detener las lágrimas. Iba a decir algo que coronara aquel momento emotivo, pero un quejido brotó de la boca de Eleonora y todo se convirtió en pánico cuando vieron la mancha de sangre en la falda de su vestido.



EL ANILLO PERDIDO

Barrio Latino, París, 1954

Esa mañana, a Rosario le costó más de lo habitual dejar la cama. Se quedó remoloneando mientras los rayos de sol inundaban la habitación. La noche anterior había estado despierta hasta muy tarde, aguardando ansiosa noticias de Pedro. Él le había prometido que apenas tuviera la oportunidad de hacerlo se comunicaría con ella para que se quedara tranquila. Dos días antes se había marchado junto con Hugo rumbo a la estación de Gare du Nord, y seguía sin saber nada. Se incorporó perezosamente y estiró los brazos por encima de la cabeza. Cerró los ojos y sonrió. Le bastó pensar en Anita para atenuar la angustia de ignorar cuál había sido el destino de su hermano tras abandonar París. La echaba mucho de menos. Estaba siendo irracional y lo sabía. Tan solo llevaban un par de días sin verse. La había esperado la tarde anterior, pero ella no apareció. No quería que su cabeza se llenara de ideas absurdas; no obstante, era inevitable hacerse preguntas que terminaban encontrando las peores respuestas. Seguramente su amiga Berenice la había retenido a su lado y por eso no había podido ir a verla. Una explicación bastante razonable que la dejaba más tranquila. Si era así, ¿por qué no llamaba para avisarle? Anita tenía su número de teléfono; se lo había dado Clarisse cuando la buscó en la galería de

arte para proponerle lo de la entrevista. Evitó sacar conclusiones precipitadas que no la llevarían a ningún lado. Saltó fuera de la cama y se acercó a la ventana. El cielo de París estaba despejado, y a esa hora de la mañana, el sol ya comenzaba a entibiar el aire. Faltaban pocas semanas para el verano y, aunque no le gustaba pensar en ello, se acercaba también la fecha de su regreso a Buenos Aires. Dejó escapar un suspiro de estoicismo y entró de nuevo en la habitación. Estaba por entrar al cuarto de baño cuando sonó el timbre. Miró el reloj. Eran casi las nueve de la mañana. Su rostro se iluminó ante la posibilidad de que se tratara de Anita. Se acomodó el cabello lo mejor que pudo y se pellizcó un poco las mejillas para darles color. Atravesó el salón con los pies descalzos y el corazón saltándole de alegría en el pecho. Pero todo ese entusiasmo se esfumó al espiar a través de la mirilla. En el hombre al otro lado de la puerta reconoció al conserje del edificio. Le abrió y aunque no era a quien esperaba, se obligó a sonreír.

—Buen día, ¿necesita algo? —Ni siquiera hizo un esfuerzo por recordar su nombre.

El conserje carraspeó.

—Disculpe las molestias, señorita Navarro Soler, pero acaba de llegar un telegrama desde Argentina y subí a traérselo de inmediato. —Le entregó el papel y, tras desearle que tuviera una buena jornada, desapareció por el pasillo en dirección a las escaleras.

Por un instante, Rosario creyó que por fin recibiría noticias de Pedro; sin embargo, aquel telegrama provenía de Buenos Aires y eso era algo inquietante. No tuvo tiempo ni siquiera de darle las gracias al conserje. Cerró la puerta tras de sí y desplegó el telegrama con dedos temblorosos.

Rosario, te necesitamos cuanto antes en Buenos Aires. Eleonora no está bien. Un abrazo. Santiago.

El breve texto que tenía delante de los ojos no decía demasiado. Lo leyó dos veces, como si al hacerlo lograra descifrar lo que su hermano Santiago había querido trasmitirle en aquellas escasas líneas. Volver a su país ya no era algo que pudiera posponer, de repente se había convertido en una prioridad.

Aturullada por la mala noticia que involucraba a su querida cuñada, no supo qué hacer a continuación. Por supuesto ya no le apetecía ponerse a pintar. Se sentó un momento, respiró hondo y trató de calmarse. No ganaba nada preocupándose cuando se encontraba tan lejos de casa. Una vez que logró ordenar sus pensamientos, lo primero fue llamar a la galería de arte. Pidió hablar con Jean Luc Bertrand; cuando le dijo que debía partir hacia Buenos Aires a la brevedad, él lamentó perderla tan pronto. No quería que aquel viaje imprevisto la dejara afuera de la próxima muestra que estaba organizando; entonces acordaron que ella le entregaría un par de cuadros que ya había terminado antes de abandonar París. Jean Luc le hizo prometer a Rosario que apenas tuviera listas dos obras más, se las enviaría por barco para completar la colección que planeaba exponer en una gira que recorrería las galerías más importantes de Francia. La propuesta era tentadora y ella aceptó encantada. El propio Jean Luc se ofreció a conseguirle un pasaje en el primer vuelo a Buenos Aires, y finiquitar en su lugar cualquier asunto pendiente que le quedara en París. Rosario pensó irremediablemente en Anita. No sabía cómo ponerse en contacto con ella. Solo tenía el dato de que su amiga vivía en el barrio de Montparnasse. Decidió aprovechar la oferta de Jean Luc para dejarle

una carta. Confiaba en que él se la entregaría en caso de que Anita, al no encontrarla en su departamento, la fuera a buscar a la galería de arte. Incluso era probable que pudieran verse antes del viaje. De todos modos, escribiría esa carta. Rosario finalizó la llamada con la sensación de haberse quitado un problema de encima. Ni bien cortó, intentó comunicarse con Buenos Aires, pero la operadora le informó que había problemas con la línea. Volvió a insistir varias veces, hasta que por fin logró que alguien respondiera a su llamada.

Al otro lado del teléfono escuchó la voz de Isabela. Angustiada, su cuñada le contó lo que había ocurrido con Eleonora. Le explicó que se encontraba todavía ingresada en el hospital y que su condición era grave. Debido a su historial clínico, corría el riesgo de perder a la criatura. Isabela, al escuchar que a Rosario le temblaba la voz, se apresuró a aclararle que los doctores se mostraban optimistas y aseguraban que, al ser una mujer joven, el embarazo podía llegar a término con los cuidados pertinentes.

Rosario entonces le preguntó por Francisco.

—Tu hermano no ha querido separarse de ella en ningún momento —respondió Isabela, apesadumbrada—. Santiago no consiguió convencerlo de que descansara un poco. Por las noches duerme a su lado y durante el día la cuida con una dedicación admirable.

—Parece que estuvieras describiendo a otro hombre —adujo Rosario, quien conocía a su hermano mejor que nadie. El Fran indolente del pasado ya no existía… había desaparecido el día que se enamoró perdidamente de Eleonora Ferrara. Esperaba que esa criatura no se malograra, porque entonces sí que tenía miedo de cuál podría llegar a ser su reacción.

Isabela se quedó callada un instante.

—Yo soy testigo de que Francisco ha cambiado de verdad, Rosario. Durante estos años, no solo hemos limado nuestras asperezas. Sentimos cariño el uno por el otro y, lo más importante, nos respetamos. Es más que un cuñado para mí.

—Lo sé, Isabela. Fran ha cometido muchos errores en su vida; aun así, aprendió de cada uno de ellos y ahora que se ha convertido en un hombre de bien, sería muy injusto que recibiera un golpe tan doloroso.

—¡Eso no va a pasar, Rosario! —replicó Isabela, espantando de su cabeza los malos pensamientos—. ¿Cuándo dejas París?

—Lo más pronto posible. Te llamaré para avisarte qué día sale mi vuelo rumbo a Buenos Aires.

—Tengo que contarte algo.

Al otro lado de la línea, Rosario se alarmó nuevamente.

—He decidido aceptar la invitación de la embajada para cantar en Alemania. Fue precisamente Eleonora la que me convenció de que ya era tiempo de enfrentarme a mi pasado. Santiago ya lo sabe y viajará conmigo. Tal vez debería haberlo consultado contigo antes de dar semejante paso; después de todo, los niños quedarán bajo tu cuidado y el de Francisco. Con la situación delicada de Eleonora… no sé, siento que no es justo que nos vayamos en este momento.

—El viaje es en agosto, ¿verdad?

—Sí, el primer concierto es el día 4 y el último el 22. Estaríamos casi un mes afuera. Santiago dice que deberíamos irnos a fines de julio para no tener que andar luego a las corridas.

—¡Mi hermano siempre haciendo alarde de su buen juicio! —bromeó Rosario, con el propósito de mitigar un poco la tensión—. Yo

me ocuparé de todo. No es la primera vez que llevaré las riendas de la casa. Lo hice cuando tenía catorce años y creo que nadie se quejó.

Isabela sonrió.

—Eso no es lo que me preocupa, Rosario. Mis niños no podrían quedarse en mejores manos.

—¿Entonces?

—Creo que por más que haya aceptado volver a Alemania, jamás dejaré de sentir miedo.

La sincera confesión de Isabela generó un prolongado silencio entre ambas. Rosario no supo qué decirle. Se mordió el labio, sintiéndose culpable de no encontrar las palabras que su cuñada necesitaba escuchar.

—Santiaguito acaba de llegar del colegio. ¿Te gustaría saludarlo?

Rosario suspiró.

—¡Claro que sí, ponlo al teléfono!

—¡Tía, te extraño mucho! ¿Cuándo vas a venir a jugar conmigo?

La voz chillona de su sobrino fue como un golpe de nostalgia justo en el medio del pecho. Rosario le hizo la promesa de que pronto volverían a verse y finalizó la llamada con los ojos llenos de lágrimas.

*

Barrio de Montparnasse, París, 1954

Anita intentaba no hacer ruido para no despertar a Berenice. Llevaba un buen rato buscando el anillo de compromiso sin éxito. No sabía

dónde lo había dejado y tampoco recordaba la última vez que lo había lucido en su dedo. Hurgó en cada rincón de la habitación, poniendo especial atención en los espacios menos probables, pero parecía que la delicada pieza de joyería que Agustín Mendizábal le había entregado como fe de sus deseos de convertirla en su esposa, simplemente se había esfumado. Siguió con la búsqueda en el salón, aprovechando que su amiga dormía una siesta. Berenice se había sentido mal la tarde anterior, y ante la ausencia de Pierre ella fue quien tuvo la responsabilidad de llamar a su doctor.

Todo empezó durante la hora del almuerzo. Berenice no quiso probar bocado debido a las fuertes náuseas que la aquejaban desde temprano. Unos mareos y la amenaza latente de un desmayo la obligaron a meterse en la cama. Cuando su amiga le pidió que no la dejara sola, permaneció a su lado, cabeceando en un sillón mientras velaba su sueño. Por la tarde Berenice se sentía incluso peor. Se quejaba de punzadas en el vientre y entre lágrimas le rogó que llamara a Pierre. Anita lo hizo de inmediato, pero el esposo de su amiga se encontraba atendiendo una emergencia. Asustada, marcó el número del doctor que llevaba el embarazo de Bere. Menos de media hora después, apareció en el departamento con su maletín gris y las palabras de aliento necesarias para calmarlas a ambas. Tras examinarla, diagnosticó una subida de tensión preocupante. Le indicó qué alimentos debía evitar, recomendó que bebiera mucha agua y, sobre todo, que hiciera reposo durante al menos una semana. Berenice ingresaba en el último trimestre de gestación y cualquier malestar podía convertirse en un problema serio. El doctor le dijo que pasaría a verla en un par de días, y antes de marcharse

le repitió a Anita todas las instrucciones para que las siguiera al pie de la letra.

Exhausta, dejó escapar un suspiro. El maldito anillo seguía sin aparecer. Miró el teléfono con desgano y entonces pensó en llamar a Rosario. No fue más que un deseo que estalló de repente en su mente y permaneció vivo solo un par de segundos, tiempo suficiente para comprender que lo mejor era renunciar a él antes de dejarse arrastrar por un impulso para luego arrepentirse. La situación de Berenice la había desbordado por completo, y ante la posibilidad de que algo malo le sucediera a ella o al bebé había puesto todo lo demás en un segundo plano. Incluso empezaba a creer que la pérdida de la alianza de compromiso no era más que una estrategia deliberada de su parte para evitar lo que le esperaba en Buenos Aires.

La voz débil de Berenice llamándola desde la habitación impidió que continuara llenando su cabeza de pensamientos absurdos. Fue con ella y mientras le acomodaba las almohadas para que estuviera más cómoda se olvidó de sus intenciones de llamar a Rosario a fin de avisarle que esa tarde tampoco podría ir a su departamento.

Berenice la miró, atenta a cada uno de sus movimientos. El prolongado silencio de su amiga era demasiado locuaz.

—¿Qué te pasa? Y no me digas que estás preocupada por mí, porque sé que se trata de otra cosa.

Anita se sentó junto a ella y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hace dos días que no veo a Rosario. ¡Y no es por tu culpa! —le aclaró, antes de que se hiciera una idea equivocada—. La verdad es que quedarme con vos para cuidarte me dio la excusa perfecta para

no volver a su departamento. ¿Sabés que no pude encontrar el anillo de compromiso por ninguna parte?

Bere abrió los ojos bien grandes.

—¡Es una señal! —exclamó, alzando la voz de manera exagerada —. ¡Si no aparece es porque no tenés que casarte!

Anita se rio. ¡Ojalá todo fuera así de fácil!

—¿Acaso vos lo escondiste?

Ella negó, sacudiendo la cabeza.

—¿Lo perdiste a propósito?

—¡No, por supuesto que no! —replicó, fulminándola con la mirada —. Simplemente desapareció, y ahora me siento culpable porque no quiero encontrarlo.

—Si pudiera levantarme de esta cama, te ayudaría a buscarlo.

—Ya oíste al doctor, nada de aventuras temerarias fuera del lecho, al menos durante una semana —le advirtió, apuntándola con el dedo.

Berenice soltó un resuello y se acarició el vientre.

—Este pequeño me recuerda a cada momento que depende de mí. —Tomó la mano de Anita y la colocó debajo de la suya—. ¿Lo sentís?

El gesto la tomó por sorpresa. No alcanzó a reaccionar. No hasta que un sutil movimiento ondulante le rozó los dedos. Se quedó paralizada, con un nudo atravesado en la garganta y el corazón palpitando a un ritmo acelerado.

Berenice se dio cuenta y le apretó suavemente la mano.

—Es emocionante, ¿verdad?

Anita asintió. No era capaz de hablar. Cuando se le llenaron los ojos de lágrimas, comprendió que debía alejarse de su amiga antes

de que fuera demasiado tarde. Se soltó con una brusquedad inusual y le dio la espalda.

Berenice no hizo preguntas. Sospechaba que aquella reacción emocional era por culpa de alguno de los secretos que Anita guardaba celosamente desde hacía tantos años. Le pidió que le preparara un té de hierbas. Sabía que necesitaba de un tiempo a solas.

Anita se encerró en la cocina y mientras llenaba la tetera de agua dio rienda suelta a las lágrimas contenidas. El frutal aroma de la infusión rápidamente se propagó por el lugar. Entre tazas, cucharitas de plata y terrones de azúcar, tomó una dolorosa decisión.

Apenas Berenice se encontrara mejor regresaría a Buenos Aires.

Pero antes, quizá solo para verla una última vez, le haría una visita a Rosario.



EL CHANTAJE

Barrio Latino, París, unos días después…

Anita vaciló un momento antes de entrar al edificio. Había estado dando vueltas por el barrio durante casi una hora sin atreverse a dar ese paso que tantas veces había imaginado en su cabeza. El hall se encontraba vacío. Cuando se detuvo delante del ascensor, dudó de nuevo. Entonces oyó que alguien intentaba atraer su atención, llamándola desde el mostrador de la recepción. Se dio media vuelta. El conserje le hizo señas con el brazo en alto, indicándole que se acercara. Caminó en su dirección y, a pesar de los nervios, intentó sonreír.

—Buenas tardes, ¿ocurre algo?

—¿Es usted la señorita Von Keller?

Anita asintió.

—Y ha venido a visitar a la señorita Navarro Soler, ¿verdad?

Ella volvió a asentir.

—Se marchó a Buenos Aires ayer por la mañana —le informó, mientras se rascaba la cabeza.

La inesperada partida de Rosario tuvo el mismo impacto que un balde de agua helada deslizándose por su cuerpo, enfriándolo hasta dejarla completamente petrificada.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó el conserje, preocupado.

Ella lo escuchó, pero parecía que le costaba entender. Cuando por fin consiguió recuperarse de la impresión de saber que Rosario ya no se encontraba en París, respiró hondo y dijo:

—No pensé que se iría sin despedirse.

—Un par de días antes recibió un telegrama desde su país. Creo que eso fue lo que precipitó su regreso a la Argentina.

Anita solo pudo asentir en silencio. Una incomprensible mezcla de congoja y alivio la invadió, provocándole una gran confusión. De alguna manera, aquello era lo que esperaba encontrarse al venir a ver a Rosario para decirle adiós. Fue inevitable comparar la desaparición del anillo con su partida. Miró al conserje, quien la observaba con atención, como si estuviera al tanto de lo que había sucedido entre ambas.

—Quizá ese sujeto que la visitó antes de dejar el departamento sepa decirle algo más. Salió de aquí con un enorme paquete. Supongo que llevaba un cuadro de la señorita Navarro Soler.

Jean Luc Bertrand. No podía tratarse de nadie más. Era muy probable que Rosario le hubiera dado algún mensaje para ella. No le hacía mucha gracia volver a la galería de arte después del lamentable episodio que habían tenido en el Moulin Rouge por culpa de Clarisse Munier; no obstante, no iba a quedarse con la incógnita. Le dio las gracias al conserje y se marchó.

Anita llegó a su destino diez minutos antes del cierre. Esperaba que, ante la inminente llegada de la época estival, la galería no hubiese cambiado de horario. Se encontró con el mismo cartel pegado en la puerta que rezaba que abrían hasta las cinco. Entró

algo encandilada por el sol y le preguntó a un joven por Jean Luc Bertrand. Cuando le dijo que no se encontraba en la galería, su ánimo se evaporó. No supo qué hacer, pero irse no era una opción. Decidió que esperaría, al menos hasta que alguien viniera a informarle que debían cerrar. Vio por el rabillo del ojo que el joven miraba hacia la puerta y sonreía. Se volteó. Clarisse Munier acababa de llegar. Saludó al empleado con dos besos en las mejillas y se dirigió hacia el rincón en donde se encontraba ella con paso firme.

—¡Ana Victoria, qué sorpresa! —exclamó, a la vez que también le daba un ligero beso en cada mejilla—. No pensé que volvería a verte.

Anita pasó por alto las formalidades. No iba a fingir que le agradaba encontrarse con ella.

—He venido a ver al señor Bertrand, pero me han dicho que hoy no se encuentra en la galería.

—Así es. Jean Luc tenía una reunión fuera de París y me dejó a cargo. ¿En qué puedo ayudarte? —La miraba fijo, solo para hacerla sentirse incómoda—. Se trata de Rosario, ¿verdad?

Ella asintió. No tenía caso negarlo.

—Pensé que quizá había dejado algún recado para mí. Su conserje me dijo que el señor Bertrand estuvo con ella antes de su viaje.

—Sí, fue a buscar uno de sus cuadros para la próxima exposición. —Se encogió de hombros, dándole poca importancia al asunto—. No sé si le dio algo para ti… debería fijarme en su despacho. ¿Me acompañas?

Anita no tuvo más remedio que ir con ella. Entraron al lugar y lo primero que notó fue que Clarisse cerró la puerta.

—Como verás, Jean Luc es poco ordenado. —Hizo un gesto con el brazo, abarcando el espacioso escritorio lleno de papeles y carpetas. Comenzó a buscar, aunque no puso mucho empeño en hacerlo.

Anita la observaba, impaciente, mientras Clarisse revolvía entre las pertenencias del marchante. De repente, se detuvo y sacó un sobre que asomaba por debajo de un cenicero. Ella alcanzó a ver su nombre escrito en el dorso.

—¡Es para mí!

Clarisse asintió, moviendo lentamente la cabeza. Rodeó el escritorio y se paró frente a ella, sosteniendo el sobre en la mano, pero sin entregárselo.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer para leer lo que hay en su interior? —indagó, sonriendo con ironía.

Anita palideció.

—¿Qué estás diciendo? Esa carta es para mí, no te pertenece —trató de arrebatársela y Clarisse la apartó, escondiéndola en su espalda.

La morena chasqueó la lengua al tiempo que se sentaba en uno de los extremos del escritorio. Volvió a mostrar el sobre, delineando con el dedo índice el nombre de su destinataria, escrito en grandes letras con tinta azul. Parecía que aquel simple pedazo de papel le otorgaba un poder especial.

Anita no pensaba caer en su juego, cualquiera que este fuese. Conocía poco a Clarisse; sin embargo, había visto y oído suficiente de ella como para actuar con precaución. La observó atentamente. Llevaba una camisa de estilo masculino, abotonada hasta el cuello, y un pantalón con pinzas en la cintura y botamangas anchas, dobladas hacia arriba. Su rostro, maquillado en exceso, la hacía ver como una

actriz de cine en decadencia. No supo si sentir rabia o pena por ella. Quizá solo debía hacerla entrar en razón.

—Clarisse, por favor —dijo, endulzando la expresión severa de su rostro. Necesitaba convencerla sin llegar a medidas extremas—. ¿Qué ganas quedándote con esa carta? Seguramente ni siquiera es importante. Puede que solo se trate de una nota de despedida y nada más.

Clarisse entonces bajó la guardia, abandonando por un momento la postura desafiante.

Anita tragó saliva. Sus ojos azules se encontraron con los de ella.

—La carta es tuya si antes dejas que te bese.

—¡Estás loca! —respondió, alzando la voz.

—Apuesto a que cuando Rosario te lo pidió, no le dijiste que no —se burló—. Es una mujer con un gran poder de convencimiento y tú…

—¿Y yo qué? —la interrumpió Anita en tono beligerante. Se estaba hartando de aquella situación.

Clarisse la miró con indulgencia. Dejó escapar un hondo suspiro de resignación y le entregó la carta.

Anita, por temor a que solo fuera una treta, prácticamente se la arrancó de las manos. Estaba dispuesta a marcharse, cuando Clarisse la sujetó del brazo para impedírselo.

—¿Qué hay de mi beso? —preguntó, mirándola con lascivia.

—¡Estás loca! —Anita trató de soltarse, pero no lo consiguió.

—No es locura, Ana Victoria. Es la seguridad de saber lo que quiero. Algo de lo que tú careces. —La atrajo hacia ella, apretándola contra su cuerpo de músculos firmes y con un movimiento brusco,

se apoderó de su boca para obtener lo que, según ella creía, era su recompensa.

Dejó la galería de arte en medio de un caos mental. Por un instante no supo siquiera dónde se encontraba. Miró el sobre que llevaba en la mano. Una lágrima había borroneado parte de su nombre. Se alejó de prisa hasta llegar a una plaza. Su cuerpo tembloroso se desplomó en un banco de madera mientras su corazón palpitaba desbocado. Tardó unos cuantos minutos en recuperar el sosiego. Esperaba no cruzarse nunca más con aquella mujer. Aunque más miedo le causaba lo que la esperaba al otro lado del océano, no veía la hora de abandonar por fin París.

Ansiosa por descubrir lo que Rosario había escrito para ella, rasgó el sobre y sacó el papel doblado en dos que había en su interior. Paseó sus ojos azules por el texto, ligeramente inclinado hacia la derecha, de caligrafía redondeada y uniforme. Leyó la nota con un nudo en la garganta.

Anita, mon petit papillon:

He tenido que regresar a Buenos Aires de urgencia. Me hubiese gustado verte antes de mi viaje, pero a veces el destino es cruel y juega en nuestra contra. No sabía dónde ubicarte y vos dejaste de venir…

Espero que no reniegues de lo que vivimos, porque yo jamás podré hacerlo. Tu retrato a medio terminar puede ser la excusa perfecta para retomar el contacto al otro lado del mundo. Aunque me muera de ganas de reencontrarme con vos, dejaré esa decisión en tus manos; por eso no voy a darte mi dirección.

Si de verdad querés verme de nuevo, no será difícil dar con mi paradero. Yo te esperaré, el tiempo que haga falta.
No te olvides de nuestra primavera en París.
Te dejo un beso imaginario hasta que ese destino cruel que hoy nos separa me deje dártelo cuando volvamos a estar juntas.

Rosario

Con manos trémulas, Anita dobló el papel y lo guardó en el sobre. Tenía los ojos vidriosos y un asfixiante sentimiento de culpa aplastándole el pecho. Se llevó la mano al cuello y suspiró con fuerza. La emotiva carta de Rosario, atravesada por palabras amorosas, y la ilusión de un reencuentro eran la promesa de un futuro a su lado. Para ella, en cambio, era una carta de despedida.



DESPUÉS DE PARÍS

FANTASMAS DEL PASADO

Hospital Italiano, Almagro, Buenos Aires, 1954

Rosario se detuvo frente a la habitación en donde se encontraba ingresada Eleonora y aguardó unos segundos antes de entrar. Sabía que al otro lado de la puerta estaba Francisco. Su hermano, angustiado por un pronóstico médico poco favorable, pasaba las noches y los días al lado de su esposa. Dormía en un sofá incómodo, y aunque tanto ella como el resto de la familia se habían ofrecido a quedarse en su lugar, él simplemente se negaba a irse. Se alimentaba poco, descansaba a medias, y cuando empezó a oler mal tuvo que aceptar a regañadientes abandonar a Eleonora durante un par de horas al día para asearse con propiedad. Rosario llevaba en Buenos Aires menos de una semana, y de inmediato le informaron que la condición de su cuñada era grave. Había sufrido un leve desprendimiento de la placenta que ponía en serio riesgo la continuidad de su gestación. Aquel peligroso infortunio, consecuencia del aborto traumático sufrido durante su primer embarazo, había revivido el turbulento pasado de Eleonora, en manos de un esposo violento y manipulador.

Rosario abrió la puerta despacio y espió dentro de la habitación. Su cuñada dormía plácidamente mientras Francisco sostenía su mano entre las suyas. Aunque estaba despierto, pudo ver que

parpadeaba para no sucumbir al cansancio. Carraspeó bajito para llamar su atención. Él le hizo señas de que pasara.

—No quiero despertarla —dijo Rosario en un susurro. Se acercó y le dio un beso a su hermano en la mejilla—. ¿Cómo está?

—No creo que despierte, al menos por un rato. Una de las enfermeras acaba de inyectarle un sedante porque estaba muy inquieta. —Sonrió, aunque con amargura—. Ya no soporta el hospital. Solo desea irse a casa.

Rosario asintió. Era lógico que quisiera marcharse de allí. Ella aún sentía escalofríos cada vez que recordaba la época cuando fue hospitalizada después de recibir un balazo en el vientre. Se sentó en una silla, al otro lado de la cama.

—¿Qué ha dicho el doctor?

Francisco la miró. Había desazón en sus ojos.

—A pesar de que Eleonora está reaccionando bien al tratamiento, aún hay riesgo de que el embarazo no llegue a término. Es demasiado pronto para inducir el parto y nuestro hijo no sobreviviría. —Negó con la cabeza—. Ni ella ni yo estamos preparados para enfrentarnos a esa terrible posibilidad.

—Eso no va a pasar —le aseguró—. Eleonora se encuentra en las mejores manos; pero te necesita entero, Fran. Estás hecho un guiñapo ¿Qué va a ser de ella si caes enfermo?

—No puedo dejarla sola, Rosario. Anoche me confesó entre lágrimas que tiene mucho miedo de no llegar a conocer a nuestro hijo. Me habló del niño que perdió por culpa de ese desgraciado de Gentile, del dolor que sintió al enterarse de que lo cargaba en su vientre. Está convencida de que, si lo hubiera sabido antes, habría podido protegerlo de los golpes y el maltrato. Prácticamente se echa

la culpa por ello y no es justo que vuelva a sufrir algo semejante. ¡No lo es! —alzó la voz sin darse cuenta.

Eleonora musitó algo entre dientes, pero siguió durmiendo.

—¿Por qué no te vas a casa a descansar un rato? —sugirió Rosario, a sabiendas de que su hermano diría que no.

Fran no contestó. Le acarició la mejilla a Eleonora y descubrió que estaba húmeda. Antes de aquel mal trago, solía tener sueños placenteros. Desde que se encontraba internada, muchas veces se despertaba llorando. Cuando le preguntaba qué había soñado, ella respondía que no recordaba nada.

Una enfermera entró en la habitación para cambiar el suero de Eleonora. Rosario la observó. Algo en la mujer le resultó familiar. Bastó que la oyera hablar para recordar de dónde la conocía.

—¿Guillermina? ¿Es usted?

La enfermera, quien le daba la espalda, asintió con un parco movimiento de cabeza.

—¿Se acuerda de mí? Nos vimos en la casa de Schneider. —Notó que le esquivaba la mirada.

—Si me disculpan, tengo que seguir con mi ronda. —Metió ambas manos en los bolsillos del uniforme y se dirigió hacia la salida raudamente.

A Rosario le pareció bastante extraña su actitud. La había visto apenas un par de veces en la casa de Teodoro Schneider, cuando visitaba a Débora durante su convalecencia. Guillermina era una de las dos enfermeras que él había contratado para cuidar a su esposa. ¿Por qué tenía la sensación de que acababa de huir de ella?

—¿Qué pasa? —Fran también se dio cuenta de que algo andaba mal.

—Es esa mujer, salió corriendo cuando la reconocí.

—¿Quién es?

Le contó dónde la había visto y no se quedó a escuchar la respuesta de su hermano. Intrigada, abandonó la habitación, pero no había rastros de la mujer por ningún lado. Recorrió el pasillo hasta llegar a la sala de espera principal. Allí, se cruzó con una enfermera. Le preguntó por la tal Guillermina y cuando le dijo que acababa de verla yendo hacia el patio trasero, le pidió que le explicara cómo ir hasta allí.

Apenas encontró el lugar, la vio apoyada contra el tronco de un árbol. Estaba fumando. Le pareció más nerviosa que antes. Se acercó con sigilo. Si intentaba escapar de ella nuevamente, al menos estaría preparada para impedírselo. Sin embargo, no hubo necesidad de hacer nada. La enfermera la miró por encima del hombro, le dio una calada al cigarrillo y sonrió.

—No pensé que volvería a verla, Rosario.

Se acordaba de su nombre.

—¿Por qué salió de ese modo de la habitación de mi cuñada?

—Porque ahora que la tengo enfrente después de tanto tiempo, creo que llegó la hora de hablar seriamente con usted.

Rosario guardó silencio. Las enigmáticas palabras pronunciadas por la enfermera de inmediato encendieron la mecha de la duda.

—¿De qué se trata?

Guillermina arrojó la colilla del cigarro al suelo y la pisoteó con la punta de su zapato de cuero negro gastado por el uso. Se acomodó un mechón del cabello gris que le caía sobre la frente y tardó unos segundos en contestar.

—Antes que nada, quiero que sepa que no tengo evidencias de lo que voy a decirle, tan solo sospechas…

—¿Sospechas de qué? —demandó Rosario, comenzando a perder la paciencia.

—De que la señora Débora Eiserman no murió por causas naturales.

A Rosario le dio un vuelco en el pecho. Empezó a respirar de manera irregular. Incluso podía sentir el bombeo de la sangre corriendo por sus venas. Inspiró con fuerza y volvió a soltar el aire despacio cuando creyó que estaba a punto de desmayarse.

—¿Se encuentra bien? Venga, siéntese. —Guillermina la sujetó del brazo y la llevó hasta un banco de piedra al lado de la puerta para que se sentara.

—¿Por qué ha dicho eso? Débora estaba enferma, su corazón no resistió…

—Eso es cierto. Ella tenía una insuficiencia cardíaca que podía causarle la muerte de un momento a otro, pero tomaba religiosamente su medicación y seguía todas las indicaciones del doctor al pie de la letra. Mi compañera y yo vimos una leve mejoría en su condición, por eso me resultó muy extraño que tuviera una crisis cuando su enfermedad estaba casi controlada.

—¿Acaso insinúa que Teodoro Schneider tuvo algo que ver con su muerte? —Formular aquella fatídica pregunta en voz alta no hacía más que hurgar en una herida que todavía sangraba.

—Ese día ocurrió algo muy extraño. La otra enfermera pidió permiso para ausentarse durante su turno. Entonces el señor Schneider me propuso que ocupara su lugar durante el resto de la jornada. Yo acepté porque no tenía nada mejor que hacer; además,

me ofreció un pago extra que no podía darme el lujo de rechazar. —Interrumpió su relato para encender un segundo cigarrillo. Le ofreció uno a Rosario y ella lo rechazó—. Por la tarde, a la hora de la merienda, apareció el señor Schneider en la habitación. Traía consigo un servicio de té y me dio permiso de tomarme un par de horas mientras él cuidaba a su esposa.

—¿Solía hacerlo? —indagó Rosario. Le costaba imaginarse a un hombre tan ruin como Teodoro Schneider consintiendo a Débora de aquella manera tan solícita.

Guillermina negó con la cabeza.

—La visitaba una vez al día. Se quedaba un rato con ella y luego se marchaba.

—¿Recuerda cuándo fue exactamente?

—Jamás podré olvidarlo. Esa misma noche, la señora Débora murió en su cama mientras dormía. Sé que el corazón de una persona enferma puede fallar sin previo aviso; sin embargo, lo que descubrí después me llenó la cabeza de sospechas.

Ante el repentino silencio de la enfermera, Rosario le exigió que continuara hablando.

—La cocinera me dijo que el señor Schneider se ocupó personalmente de preparar el té que luego le llevó a su esposa, cuando nunca antes lo había hecho.

—¡Dios, no puede ser! —Rosario se cubrió la boca. Notó que le temblaba la mano. ¿Era posible que Debora hubiese muerto en manos de Teodoro?—. ¿Por qué se calló la boca durante todo este tiempo? —le recriminó, iracunda.

—Tuve miedo —confesó con un dejo de culpa en la mirada—. Si ese hombre fue capaz de asesinar a su esposa, ¿qué me haría a mí

si amenazaba con desenmascararlo ante la justicia? Yo solo soy una vulgar enfermera. Sería mi palabra contra la suya. ¿A quién piensa que iban a creerle?

Guillermina tenía razón. Teodoro era un hombre demasiado habilidoso como para dejar cabos sueltos. Si descubría que la enfermera sospechaba de algún juego sucio en la muerte de Débora, no vacilaría ni un segundo en acabar con ella.

La mujer la miró. Tenía los ojos vidriosos y no paraba de darle hondas caladas al cigarrillo.

—Le juro que muchas veces traté de buscarla para contárselo, pero el temor de sufrir represalias me lo impedía. Por favor, perdóneme.

—Debió hablar, Guillermina. ¡Ese hijo de puta no puede salirse con la suya!

—Dos días después del entierro de su esposa, Teodoro Schneider me mandó a llamar. Me pagó el salario de todo el mes y me dijo algo que nunca voy a olvidar. —Hizo una pausa para expulsar el humo del cigarro y continuó—. "Gracias por sus servicios, Guillermina. Aprecio su capacidad profesional y su calidad humana. Sobre todo, admiro profundamente su lealtad. Espero que tenga una vida muy larga, depende solo de usted que así sea".

¡La había amenazado abiertamente! Rosario soltó una maldición en contra de Teodoro Schneider y la idea de hacerle pagar por todas las atrocidades que había cometido se fue abriendo paso en su cabeza entremedio del odio y de la rabia.

—Tenemos que hacer algo, Guillermina. —Ya no se trataba solamente de ella y ese deseo de venganza que siempre estuvo

agazapado en su interior. Si ese hombre le había puesto fin a la vida de Débora, alguien debía desenmascararlo.

—Lo lamento, pero yo no puedo ayudarla, Rosario —enfatizó la enfermera, negando con el dedo—. Ya le he dicho lo que pasó ese día y sé que al hacerlo estoy poniendo en riesgo mi vida. Tengo tres hijos que dependen de mí y un nieto en camino. ¡Entiéndame, por favor!

—Está bien, no se preocupe por nada. —Abrió su cartera y miró en el interior, buscando algo—. No llevo mucho dinero encima, pero si me da unos días, reuniré una importante cantidad para que usted y su familia se vayan lejos.

Guillermina la miró, atónita.

—¿Irnos? ¿Adónde? No voy a dejar mi trabajo. Soy la única fuente de ingresos en casa —le explicó, angustiada—. ¿Cree que de verdad ese hombre va a lastimarme si se entera de lo que he hablado con usted?

Rosario asintió.

—No quiero que le pase nada, Guillermina.

—Entonces no haga nada. Su amiga está muerta y ya no tiene caso…

—¡Débora se merece justicia! ¡Si ese desgraciado la mató, debe pagar por ello! —replicó en un sentido exabrupto. Le temblaba la voz y había lágrimas en sus ojos.

La enfermera se compadeció de ella.

—Sé que la señora Débora no solo era su amiga. Ella nos hablaba mucho de usted a mi compañera y a mí. Decía que había sido muy feliz a su lado. —Le tomó la mano para darle ánimos—. Entiendo que quiera hacer justicia, pero piense si realmente vale la pena

ponerse en contra de ese hombre. A pesar de haber estado en la cárcel, ha logrado reconstruir su vida. Lo último que supe de él es que tiene un cargo importante en la Cámara de Industria y Comercio Argentino-Alemana. Sigue siendo poderoso y podría destruirnos a las dos con solo levantar el teléfono. Olvídese de él, se lo ruego por el bien de todos.

Rosario no dijo nada. Se quedó pensando en lo que acababa de escuchar.

—Ahora si me disculpa, debo regresar a mi trabajo.

—Gracias, Guillermina. Y si necesita cualquier cosa, no dude en buscarme. —Escribió en un papel la dirección de su casa, también la del atelier del barrio de Almagro y se lo entregó—. No voy a mencionar su nombre, pero entienda que no puedo dejar las cosas así.

La enfermera asintió y, tras guardarse la nota en el bolsillo del uniforme, se alejó rumbo a las instalaciones del hospital.

Rosario permaneció en el patio un rato más. Necesitaba ordenar sus pensamientos antes de volver a la habitación de Eleonora en donde la esperaba Francisco. Tras meditarlo concienzudamente, tomó la decisión de no contarle nada a su hermano de lo que acababa de pasar. Él también insistiría en que se olvidara de Schneider. Pero olvidar no entraba en sus planes.

UNA SORPRESIVA VISITA

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

Anita sabía que cuando su madre descubriera que no llevaba el anillo de compromiso en el dedo se desataría una hecatombe. Había pospuesto la visita a su casa durante dos días, alegando que aún se encontraba cansada del viaje y tenía trabajo atrasado en la revista. Su abuela la llamaba a cada rato y le insistía en que fuera a verla. Ella tenía muchas ganas de abrazarla, por eso se había armado de valor y ahora estaba a punto de llegar a su casa, en una desapacible tarde invernal que no hacía más que acrecentar su ansiedad. Se apeó del tranvía entre una pequeña multitud y tardó más de lo habitual en cubrir los metros que la separaban de su destino.

Estaba a punto de doblar la esquina cuando vio que un automóvil se detenía frente a la casa de su familia. Un hombre de mediana edad, con el cabello entrecano y traje impecable de color azul oscuro se bajó y caminó presuroso hacia la puerta del acompañante. Entonces apareció en escena su madre, luciendo uno de sus mejores vestidos. La mano derecha de Ernestina Burgos viuda de Von Keller descansaba en el brazo de aquel desconocido que no dejaba de sonreír. Juntos, caminando muy cerca uno del otro, se dirigieron hacia el interior de la propiedad. Anita aligeró el paso y los siguió a una prudente distancia. Los vio intercambiar algunas palabras

mientras su madre se aferraba al brazo del hombre con una intimidad que la desconcertó. Recordó entonces lo que le había comentado su abuela durante una de sus charlas telefónicas acerca de las misteriosas salidas de su nuera. Se detuvo en seco al ver que ella giraba levemente la cabeza en su dirección. Tardó en reaccionar y terminó siendo descubierta. Cuando su madre le hizo señas con la mano, no tuvo más remedio que avanzar con una naturalidad que en ese momento no poseía.

—¡Ana Victoria, querida, por fin! —La saludó con un beso en la mejilla y un abrazo que apenas duró unos pocos segundos—. ¡Llevás dos días en Buenos Aires y recién aparecés! ¡Mi pobre suegra está hecha un mar de lágrimas!

Anita, nerviosa, ni siquiera supo qué decir. Miró de reojo al caballero que acompañaba a su madre. Sonreía como si aquel inesperado encuentro le causara gracia. Su serena actitud no se parecía en nada a la de Ernestina, quien se retocaba el cabello casi con frenesí mientras hablaba con voz temblorosa.

—Mamá, ¿no vas a presentarme a tu amigo?

Ernestina se quedó callada mientras pensaba qué decir a continuación. Cruzó los brazos sobre el pecho y respiró hondo antes de abrir nuevamente la boca.

—Será mejor que entremos, Ana Victoria. Hay algo importante que tengo que anunciar a todos. Le pedí a Lisandro que viniera. Tu abuela y Lourdes deben estar esperando. —Le indicó a su acompañante con una mirada suplicante que enfilara hacia la casa y miró a su hija—. Me alegro que hayas decidido visitarnos precisamente hoy.

Anita no podía creer el descaro de su madre. Tuvo que morderse la lengua para no echarle en cara que hubiera planeado darle una noticia a su familia sin preocuparse por si ella iba a estar presente o no. Como no quería protagonizar una pelea, optó por guardar silencio.

Los tres entraron en la casa; tal como Ernestina había predicho, la familia Von Keller en pleno se encontraba reunida en el salón. La sorpresiva aparición de Anita eclipsó la llegada de aquel desconocido. Doña Agnes se largó a llorar entre los brazos de su nieta. Lourdes y Lisandro tuvieron que esperar unos minutos para darle la bienvenida a su hermana. Anita se separó de su abuela con los ojos anegados en lágrimas y se fundió en un abrazo con ellos. Ernestina tuvo que carraspear para atraer la atención de todos. Fue entonces que observaron con curiosidad al hombre que la sujetaba del brazo.

—Les presento al señor Teodoro Schneider —y sonrió, sonrojándose como una jovencita—. Ambos coincidimos hace unos meses en un evento solidario en la Fundación Friedrich Ebert, y desde entonces nos hemos estado frecuentando en calidad de amigos.

Doña Agnes enarcó las cejas y contempló al tal Teodoro con desconfianza.

—¿Cuándo surgió exactamente su *amistad*? —preguntó, sarcástica.

Ernestina iba a responder, pero su acompañante se le adelantó.

—Señora Von Keller, entiendo que mi presencia hoy en su casa les provoque desconcierto. Soy el primero en reconocer que debimos contarles lo que estaba pasando. —Teodoro Schneider le rozó

suavemente la mano a Ernestina y luego le dedicó una mirada complaciente a la anciana—. Si bien al principio solo éramos amigos, con el paso del tiempo nos dimos cuenta de que compartíamos sentimientos más profundos. Ambos somos viudos y creo que no le hacemos daño a nadie con nuestra relación…

—Mamá, ¿eso es verdad? —lo interrumpió Lisandro, levantando el tono de su voz.

—Sí, hijo. Teodoro es el hombre con el que pienso rehacer mi vida. Por eso estamos hoy aquí. Él quería proceder de manera apropiada y ha venido a pedir mi mano en matrimonio.

Los Von Keller se quedaron mudos de la impresión. No solo se trataba de un romance oculto, Ernestina acababa de anunciar que planeaba casarse.

—¡A tu edad! ¿Dónde se ha visto? —exclamó doña Agnes, pensando en su hijo muerto. Aunque habían transcurrido cinco años desde su partida, no concebía la idea de que otro hombre ocupara el lugar vacío que dejara Braulio en el corazón de su nuera.

—Soy una mujer joven aún —replicó Ernestina, indignada ante el comentario despectivo de la anciana—. Tengo derecho a volver a enamorarme. Quise mucho a su hijo y le guardé luto durante todo este tiempo. Ya es hora de pensar en mi futuro, ¿no le parece?

Doña Agnes entonces buscó el apoyo de sus nietos. Lisandro estaba tan irritado como ella, pero el muchacho prefirió quedarse callado. Lourdes, sentada en un rincón, observaba al pretendiente de su madre con curiosidad. Era imposible adivinar qué pasaba por su cabeza en ese instante. Anita, sin embargo, mostraba cierta indiferencia. Parecía importarle muy poco el hecho de que su madre quisiera volver a casarse. En silencio, observaba la escena como si

se tratara de una mala obra de teatro. Podía reírse ante la absurda ocurrencia de doña Ernestina o enojarse con ella por darles semejante sorpresa. Cuando sopesó la situación con frialdad, llegó a la conclusión de que tal vez aquella locura que planeaba su madre era su mejor opción para salvarse ella misma de un matrimonio que no deseaba. Por lo pronto, necesitaba ponerse de su lado. Si el resto de la familia no apoyaba su decisión y ella sí lo hacía, podría allanar el camino para anular, o al menos suspender, su boda con Agustín Mendizábal por un tiempo indefinido. Involucrarse en una disputa familiar no era la solución. Debía congraciarse con su madre para así obtener un voto de confianza.

Se aclaró la garganta antes de exponer su opinión.

—Abuela, no ganamos nada con discutir. —Miró a Ernestina, luego hizo lo mismo con Teodoro Schneider. Algo en su manera de torcer la boca al sonreír le otorgaba un mohín siniestro—. Creo que es justo que le demos una oportunidad al caballero de explicar cuáles son sus intenciones con respecto a mi madre.

Ernestina asintió, agradecida por su oportuna intervención.

—Soy un hombre de palabras precisas y acciones contundentes. No me gusta andar con rodeos, mucho menos si se trata de un asunto tan delicado —manifestó Schneider, llevándose ambas manos a la cintura—. No tengo edad para perder el tiempo en una relación pasajera. Durante una época de mi vida la pasé muy mal; sin embargo, logré recuperarme, tanto económicamente como a nivel emocional. Cuando conocí a Ernestina, supe que era la mujer indicada para acabar con mi soledad. Espero contar con su anuencia para concretar un compromiso lo antes posible. Si no es así, será

una pena, pero desde ya quiero dejar en claro que no voy a renunciar a ella por nada del mundo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —quiso saber Anita, pensando en su propia boda. Si tenía suerte y planeaban casarse pronto, sería más sencillo convencer a su madre de que resultaría demasiado engorroso organizar dos eventos tan importantes casi en simultáneo.

Teodoro Schneider y Ernestina intercambiaron una mirada esperanzadora.

—No es necesario esperar mucho —dijo él, retomando la palabra.

—Habíamos pensado en casarnos a finales de octubre, después de la boda de Anita con Agustín —anunció Ernestina, sonriendo complacida—. Queremos una ceremonia sencilla, solo por lo civil. Ni Teodoro ni yo nos sentiríamos cómodos pasando por la iglesia.

Doña Agnes perdió la compostura y soltó una risotada.

—¡Debería darte vergüenza, Ernestina! —Levantó el bastón y apuntó hacia arriba en un gesto amenazante—. ¡Si mi pobre hijo te viera, se levantaría de su tumba para advertirte que estás a punto de cometer una locura!

—¡No hable de Braulio como si fuera un santo! ¡Usted sabe mejor que nadie los pecados que cometió en vida! —Se calló para no ponerse en evidencia.

Anita supo entonces que su madre estaba al tanto de la infidelidad de su padre. Se preguntó si también conocía la identidad de su amante. Iba a decir algo para calmar los ánimos, pero la intempestiva salida de Lourdes del salón se lo impidió. Salió detrás de ella, desoyendo el llamado de Ernestina. La siguió hasta su habitación y entró para ver qué le pasaba.

La encontró tumbada en su cama. Se cubría el rostro con ambas manos mientras se estremecía en violentos hipidos. Fue y se sentó junto a ella. Le acarició la espalda para hacerle saber que estaba allí, brindándole su apoyo. Luego se acostó a su lado y la abrazó hasta que su cuerpo dejó de temblar.

—Me hiciste mucha falta —murmuró Lourdes entre sollozos. Apretó con fuerza la mano de su hermana y ya no la soltó.

—Yo también te extrañé, muñequita —le dijo, dándole un beso en el cuello.

La joven sonrió al oír que su hermana mayor se dirigía a ella con aquel apelativo tan cariñoso. Era la única que la llamaba así y aunque le disgustaba que muchas veces la trataran como a una niña, debía reconocer que sentirse arropada de vez en cuando, como cuando era pequeña y corría a los brazos de Anita o de su abuela, la llenaba de alegría. Suspiró hondo y se dio media vuelta.

—No quiero que mamá vuelva a casarse. ¿Has visto la cara de ese hombre? Su mirada me da escalofríos —hizo un gesto de repudio, frunciendo la nariz.

Anita le enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Siempre que Lourdes mencionaba a Ernestina, sentía un pinchazo en el corazón. ¿Qué decirle para que dejara de preocuparse, cuando ella creía que aquella absurda y repentina boda podía ser la excusa perfecta para cancelar la suya? Debía mantener en secreto su plan, al menos hasta que pudiera convencer a su madre de hacer lo mejor para ambas.

—Apenas lo conocemos.

—A veces basta solo una primera impresión para calar bien a alguien —repuso Lourdes poniéndose seria—. Y ese tal Teodoro

tiene una forma de mirar que provoca repelús.

Anita suspiró. No estaba en posición de decir lo contrario porque ella también desconfiaba del pretendiente de su madre. Quizá era solo efecto de la sorpresa y el hecho de que nadie en su familia jamás se hubiera imaginado que Ernestina tuviera un amorío en secreto. Recordó entonces lo que ella había dejado entrever al responder a los agravios de su abuela. Miró a Lourdes, tratando de indagar en su expresión si había prestado atención a las palabras dichas por su madre en el fragor de la discusión.

—Hay algo más que me angustia. —Lourdes se mordió el labio y desvió la mirada—. Mamá insinuó que nuestro padre no se portó bien.

Las palabras de Lourdes despejaron de un plumazo las dudas de Anita.

—Mamá estaba nerviosa, no sabía lo que decía —respondió, quitándole importancia a algo que realmente sí la tenía.

Lourdes negó con la cabeza.

—Sé que hay algo de verdad en lo que ella dijo.

Anita arrugó la frente y abrió la boca.

—¿Qué es lo que sabés?

—Una tarde, pocos meses antes de la muerte de papá, lo escuché hablando por teléfono en su despacho. Yo había ido a buscar un libro y la puerta estaba entreabierta. ¡Te juro que no tenía intenciones de espiarlo, pero estaba muy enfadado y quería saber el porqué!

Anita asintió. Ella también hubiera hecho lo mismo en su lugar. La conminó a continuar.

—Hablaba con una mujer. La trataba de "querida" aunque nunca mencionó su nombre. Discutían sobre un viaje. Él decía que no podía acompañarla, que eso era demasiado arriesgado. Antes de colgar se despidió de ella con palabras amorosas, parecía que todo su enojo había desaparecido. Más tarde, durante la cena, lo observé atentamente. Sonreía como si estuviera acordándose de alguna anécdota divertida… Papá no solía ser así. Nos quejábamos de que pasaba poco tiempo con nosotros y que cuando lo hacía siempre estaba serio, pensando en otra cosa.

Anita envidiaba la capacidad que tenía Lourdes para captar con tanta facilidad lo que ocurría a su alrededor. Más allá de escuchar por casualidad la conversación telefónica de su padre con quien seguramente sería su amante, había visto gestos en él que nadie más advirtió. Tenía miedo de preguntar, pero debía hacerlo.

—¿Qué es lo que pensás?

—Creo que es obvio que papá tenía una amante, y mamá de alguna manera se enteró. Lo que le dijo hace un rato a la abuela prueba que ella sabía algo. —La miró, intrigada—. ¿Vos no sospechabas nada?

Tardó en darle una respuesta. Ante las acertadas suposiciones de Lourdes, decidió entonces que no tenía caso mentir.

—Sí, yo también vi algunas cosas extrañas y un día seguí a papá hasta un edificio en Barracas. Lo esperé y cuando lo confronté con la verdad, no tuvo más remedio que aceptar que tenía una amante.

—¿Supiste quién era?

Anita vaciló en revelar aquel secreto, sobre todo porque estaba segura de que su madre ni siquiera se imaginaba que su futura consuegra se había enredado con su marido.

—No, no me lo dijo y no quise preguntar —contestó, esquivándole la mirada. Aborrecía tener que mentirle, sobre todo a ella, que era la que menos se lo merecía—. Creo que es mejor que nunca lo sepamos. Papá está muerto y es un asunto bastante delicado, que le causaría un gran disgusto a la abuela.

Lourdes concordó con ella.

—Guardaremos el secreto entonces —dijo con cierto pesar.

—Sí, muñequita, será nuestro secreto. —Le dio un toquecito en la punta de la nariz y la jovencita se echó a reír.

—¡Quiero que me cuentes todo sobre tus días en París! —le pidió, fervorosa por oír de sus aventuras en territorio francés.

Se tumbaron boca arriba en la cama y mientras contemplaban la antiquísima lámpara de bronce que colgaba del techo, Anita le relató parte de lo que había vivido en su viaje. Le habló de su visita al Moulin Rouge, pero omitió mencionar el nombre de Rosario o el desafortunado incidente con Clarisse Munier. Por más que lo intentó, no pudo expresar en palabras la magnífica belleza de París. Entonces le prometió que algún día pasearían juntas por los Campos Elíseos y verían sus reflejos en la superficie del río Sena. Le contó acerca de la leyenda de la Dama Desconocida y cuando Lourdes no mostró demasiado entusiasmo ante su promesa y aquella historia misteriosa, quiso saber la razón.

—Dentro de unos pocos meses vas a ser una mujer casada y tu vida cambiará para siempre.

Su comentario sonó a sentencia y Anita tragó saliva. Era verdad. Si no lograba torcer su destino, sin alianza de compromiso o no, pronto se convertiría en la esposa de Agustín Mendizábal. Se incorporó al sentir una opresión en el pecho. Desde que había

regresado, pensaba siempre en Rosario y en los momentos compartidos en París. Aunque pusiera todo el esfuerzo del mundo en olvidarla, su recuerdo se empeñaba en atormentarla. La llevaba en la memoria y también en su piel. Dejó escapar un suspiro lastimero. Lo hizo con tanta vehemencia que Lourdes se la quedó mirando en silencio. Se volteó hacia ella al descubrirse observada.

—¿Qué pasa?

La muchacha se encogió de hombros.

—No sé, vos sabrás —dijo, en tono despreocupado. Su exultante juventud le permitía cambiar de humor en cuestión de segundos. Saltó de la cama y se sentó frente al espejo del tocador.

—Yo lo hago —se adelantó Anita, arrebatándole su cepillo favorito. Le gustaba peinarla con él porque la suavidad de sus cerdas le dejaba el cabello sedoso.

Lourdes sonrió. Era algo que solían hacer a diario en el pasado hasta que Anita se mudó para vivir sola.

Guardaron un silencio casi sepulcral mientras el cepillo se deslizaba con movimientos envolventes por la ondulada melena de color cobrizo de la joven. Parecían estar abstraídas en un ritual sagrado y ninguna de las dos quería abrir la boca por temor a estropear el momento. Anita vivía aquellos breves instantes con infinita emoción. Nada la hacía más feliz que cuidar de Lourdes. Por eso, cuando terminó con su cabello, recogiéndolo en una trenza para que no se le enredara, tuvo que hacerle una pregunta incómoda.

—Lourdes, ¿has visto al padre Mendoza últimamente? —Trató de aparentar calma, pero tan solo mencionar su nombre le provocaba aversión.

La joven no contestó enseguida. Ese lapso de vacilación fue suficiente para que Anita entrara en pánico. Había sido demasiado ingenua al pretender que su abuela podía mantenerlo alejado de ella. La escudriñó atentamente a través del espejo. Notó que Lourdes tragaba saliva. La sujetó por los hombros y la obligó a voltearse.

—¡Decime la verdad! —exigió sosteniéndole el rostro entre las manos.

Lourdes dejó escapar un suspiro. Miró hacia un lado y luego se enfrentó a los incisivos ojos azules de su hermana mayor.

—No quiero que te enojes conmigo. —Hizo un mohín con los labios—. Sé que no te gusta que lo vea, ¡pero te juro que no ha sido culpa mía!

Anita ya no fue capaz de controlarse. Imaginarse que ese hombre había estado cerca de Lourdes era el más oscuro de sus temores hecho realidad. Aunque por dentro libraba una batalla en contra de sus emociones más perturbadoras, hizo un gran esfuerzo para no asustar a la joven.

—¿Dónde lo has visto? —inquirió con voz angustiada.

—Vino al colegio en un par de ocasiones para dar unas conferencias sobre el rol de la juventud en la Iglesia y se me acercó para saludarme. Me dijo que lamentaba no poder seguir frecuentando a nuestra familia, ya que papá había sido su mejor amigo. Se mostró muy amable. No entiendo por qué la abuela y vos no quieren saber nada de él.

—¿Te dijo algo más? ¿Te hizo preguntas incómodas?

Lourdes negó enfáticamente con la cabeza.

—¡Es un cura! ¿Qué mal podría causarme?

Anita tuvo que morderse la lengua para no expulsar de su garganta todas las palabras de odio que guardaba para el padre Joaquín Mendoza.

—Es un hombre… no importa que lleve sotana —dijo, abrumada por no haber evitado que el monstruo que la había lastimado a ella en el pasado ahora acechara a su tesoro más preciado. Se alejó de Lourdes y se cruzó de brazos, buscando apaciguar el temblor en sus manos.

Lourdes se quedó callada, pensando seriamente en lo que acababa de escuchar. Pese a haberle parecido exagerada esa imposición de no acercarse a él, la extraña reacción de su hermana mayor al descubrir que se había cruzado con el padre Mendoza era por demás inquietante. Estaba cansada de que la siguieran considerando una niña. Quería que, de una vez por todas, le dijeran la verdad.

—Anita, tengo diecisiete años. ¿Cuándo vas a tratarme como adulta? —le espetó, mostrando su fastidio con el ceño fruncido.

Su hermana se vio reflejada en aquel gesto tan suyo y le costó contener las lágrimas. Lourdes estaba en lo cierto. Ya era una mujercita, y esa condición que ahora ostentaba con orgullo no hacía más que recordarle toda la clase de peligros a los que se exponía. Entre ellos, la alarmante cercanía del padre Joaquín Mendoza. Si tuviera el poder suficiente como para construir a su alrededor una muralla impenetrable, la levantaría con sus propias manos.

—Lo siento, muñequita. A veces olvido que ya no sos una niña. —La abrazó y notó cierta resistencia de su parte, como si tratara de imponer su edad para sentirse mayor.

Unos golpes en la puerta pusieron fin al abrazo.

Lisandro se asomó sin entrar en la habitación y puso cara de circunstancia.

—Chicas, Schneider ya se va. Mamá quiere que salgan a saludarlo.

Anita y Lourdes se miraron y soltaron en simultáneo un bufido de fastidio. Lisandro sonrió ante aquel gesto tan elocuente que comulgaba con sus propias impresiones. Los tres hermanos entraron juntos al salón, en donde los recibió una Ernestina de semblante circunspecto y un Teodoro Schneider sonriente. Doña Agnes seguía hundida en su sillón, con una imperturbable expresión de hastío en el rostro.

Apenas la flamante pareja salió al exterior, el clima en el salón se tornó más ligero. Doña Agnes incluso se atrevió a esbozar una débil sonrisa cuando Anita la miró, con un gesto interrogante.

—¿Estás bien, *grand-mère*?

La anciana negó con la cabeza, pero siguió manteniendo una tenue sonrisa en los labios.

—No me lo esperaba, *cherie* —respondió, visiblemente apesadumbrada—. Para mí, la noticia ha sido como una traición a la memoria de Braulio.

Lourdes se arrodilló a su lado y apoyó la cabeza en el regazo tembloroso de su abuela.

—Yo pienso lo mismo, *grand-mère* —se atrevió a decir en un tono de voz más elevado de lo habitual.

Todos sabían que la pequeña Lourdes jamás se hubiera atrevido a expresar su opinión a bocajarro delante de su madre. Lisandro guardó silencio mientras que Anita se parapetaba frente a la ventana que daba a la calle. Desde allí fue testigo de cómo Ernestina caminaba del brazo de su pretendiente con aires de adolescente

enamorada. No le pareció un comportamiento ridículo; más bien, la forma de actuar de una mujer que había decidido tomar las riendas de su vida sin importarle nada más. Y sabía que, en eso, estaba en desventaja. Su madre tenía el coraje que a ella le faltaba; ya fuera para hablar con Agustín y cancelar la boda o enfrentarse a lo que sentía por Rosario Navarro Soler. Justo en ese preciso instante, como si lo hubiera llamado con el pensamiento, descubrió que el automóvil de su prometido se detenía frente a la casa. Cuando se cruzó con Ernestina notó que Agustín estaba sorprendido. Tras la partida de Teodoro Schneider se quedaron conversando un momento junto al portón de la entrada. Anita se puso nerviosa. Sospechaba que estaban hablando de ella y no podía quedarse al margen. Atravesó el salón raudamente, haciendo caso omiso al llamado de su abuela y salió al jardín. Su madre y Agustín estaban dirigiéndose a la casa. Se interpuso en su camino y se acordó de que no llevaba la alianza de compromiso en el dedo. Ni siquiera le importó. Dejó que él la abrazara y le diera la bienvenida con un breve beso en los labios que le supo a nada.

—¡Anita! ¡Te he echado tanto de menos! —Se rehusó a soltarla y rápidamente le pasó el brazo por la cintura para evitar que ella lo apartara.

—¿Cómo estás, Agustín? —le preguntó, ahorrándose un comentario cariñoso que no habría sonado sincero.

Ernestina carraspeó.

—Hija, querida, no seas tan fría con el pobre que lo ha pasado muy mal durante tu ausencia —dijo, taladrándola con la mirada.

Con tal de no provocar una reacción adversa en su madre, Anita impostó una sonrisa y apoyó la mano en el pecho de Agustín. Fue

entonces que él se percató de la marca blanquecida que tenía en el dedo.

—¿Dónde está el anillo que te di?

Anita no respondió. Ernestina, avergonzada por aquella inesperada contrariedad, volvió a meterse en la conversación.

—Seguro se lo ha sacado para lavarse las manos y lo olvidó en algún lugar. ¡Cabeza de enamorada! —exclamó, fingiendo una calma que no tenía.

Su hija se encogió de hombros y respondió:

—La verdad es que lo perdí en París y no lo lamento en absoluto. Mi amiga Berenice me dijo que, si desapareció, es por una razón…

Antes de que soltara algo inapropiado, Ernestina sacudió la cabeza en un gesto de resignación.

—¡Esta hija mía, siempre haciendo bromas con asuntos tan serios!

—No es una broma, mamá. —Soltó el brazo de Agustín y lo miró fijamente—. ¿Podemos hablar? Hay algo importante que debo decirte.

Las palabras de Anita provocaron que ambos se quedaran mudos. Ernestina intentó impedir que su hija cometiera una tontería, pero no pudo hacer nada cuando Agustín manifestó, intrigado, que quería escucharla.

—Mamá, por favor —Anita le indicó que entrara en la casa—. Necesito que te vayas.

Su madre le dedicó una mirada de advertencia que Anita ignoró deliberadamente. Cuando por fin los dejó a solas, ella propuso dar un paseo por los alrededores. No quería que nadie los espiara desde una de las ventanas. Llegaron hasta la plaza del barrio y se sentaron en uno de los bancos de madera con pintura descascarillada.

—Me habría gustado que vinieras a buscarme apenas llegaste a Buenos Aires —comentó Agustín, rompiendo el hielo—. Sabés que paso buena parte del día en la tienda de antigüedades. Me hubieras encontrado allí si realmente querías verme.

Anita no se dejó amilanar por sus reproches. Se cruzó de brazos y encogió un poco el cuerpo. Debido a la prisa por salir de la casa había olvidado ponerse un abrigo. Agustín se dio cuenta de que tenía frío y le ofreció su propia chaqueta. Ella le agradeció el gesto con una sonrisa. Su caballerosidad ponía las cosas más difíciles. Aun así, no pensaba echarse atrás. Lo miró a los ojos y tragó saliva con el propósito de juntar un poco de valor.

—Creo que el hecho de no haber ido a verte después de estar casi un mes en París refleja cómo me siento respecto a nuestro compromiso. —Hizo un gesto con la mano para detenerlo al ver que él pretendía decir algo—. Ambos sabemos que vamos a casarnos solamente por cuestiones que poco tienen que ver con el amor. Te dije en muchas ocasiones que no estoy enamorada de vos. Te respeto y siento afecto; sin embargo, eso no es suficiente para seguir adelante con los planes de boda…

—¿Qué estás tratando de decir? —la interrumpió, sujetándola del brazo con firmeza.

Ella trató de soltarse y Agustín, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, la liberó de inmediato.

—Lo siento, no quería asustarte —se disculpó, esquivándole la mirada.

—Entiendo que mis palabras te hayan enfadado, pero no tiene sentido que nos casemos únicamente para recuperar la tienda de antigüedades. Sé que prometiste ponerla a mi nombre cuando fuera

tu esposa. Yo te ofrezco una alternativa: olvidemos el matrimonio y dame un plazo razonable para juntar el dinero que pusiste de tu bolsillo al saldar la deuda de mi padre. Te pagaré hasta el último centavo, solo necesito un poco de tiempo.

—¡No! —replicó Agustín, alzando la voz—. ¿Cómo podés pensar que voy a consentir semejante locura? Todo el mundo sabe que vamos a casarnos en septiembre. Mi madre ya mandó a imprimir las invitaciones y sé que la tuya contrató a una de las mejores modistas de Buenos Aires para confeccionar tu ajuar. ¡Si cancelamos la boda ahora, después de un compromiso de tantos años, seremos el hazmerreír de Buenos Aires!

—Sos igual que mi madre —lo acusó—. Te importan más las apariencias que tu propia felicidad. ¿Qué clase de vida creés que vamos a tener si yo no te amo?

—¡Pero yo sí estoy enamorado de vos! ¡Y sé que, si me lo propongo, haré que me quieras! —Le agarró las manos y las besó—. ¡He esperado demasiado para que ahora me digas que ya no vas a casarte conmigo!

Anita se soltó de un movimiento brusco, provocando que Agustín se quedara viéndola con una expresión de desconcierto en el rostro. Parecía no entender o fingía no hacerlo para ganar tiempo.

—Por favor, Agustín. Hablemos como personas civilizadas para poder solucionar nuestro problema.

Él la miró, horrorizado.

—¿Nuestro compromiso ha sido eso para vos? ¿Un problema? —inquirió, meneando la cabeza. Se negaba a creer lo que estaba escuchando.

Agustín se mesó el cabello con furia. Tenía los ojos rojos y la mandíbula tensa.

—Se trata de otro hombre, ¿verdad? Es por causa del imbécil de Godoy o porque has conocido a alguien más durante tu estadía en París.

Anita se quedó de piedra. No supo qué responder.

—No tiene caso que lo niegues. Sé muy bien que te has estado revolcando con ese tipejo desde hace varios meses. —Sonrió con sarcasmo—. Cuando descubrí que me engañabas, opté por guardar silencio y fingir que no pasaba nada. Si te hubiese echado en cara tu infidelidad, habrías encontrado la excusa perfecta para dejarme.

—¿Te has quedado callado todo este tiempo? —Anita no era capaz de comprender qué clase de hombre permitía que su prometida se acostara con otro sin hacer nada al respecto. Supo entonces que Agustín Mendizábal ni siquiera la amaba. Ella era para él como una de las tantas piezas que comerciaba en la tienda de antigüedades. Una reliquia de la cual alardear frente a los demás. Sintió asco, aunque también cierto alivio. Si no había amor verdadero de por medio, sería más sencillo poner fin a la relación.

Agustín torció la boca en una mueca de evidente repulsión.

—Tu mala fama siempre te ha precedido, Anita. Los que te conocíamos estábamos al tanto de tu comportamiento poco moral, aunque creo que fue eso precisamente lo que me atrajo de vos desde la primera vez que te vi —reconoció, resignado—. Cuando tu padre insinuó la probabilidad de un acercamiento entre nosotros, no dudé en aceptar. Claro que jamás imaginé que tendría que lidiar con tu débil juicio y tu falta de sentido común. Que te hayas rebajado a ser la amante de un hombre casado respalda lo que digo. Por más

que trate de barrer debajo de la alfombra tus ofensas, siguen acá —se llevó el dedo a la sien—, carcomiéndome día y noche, llenando mi cabeza de imágenes que ningún hombre que se precie de tal debería ver. Sos una puta, y me temo que eso no va a cambiar, sin importar lo que haga para enderezarte.

—¡No te atrevas a insultarme! —le advirtió. Si para defenderse de sus agravios debía valerse de oscuros secretos, estaba más que dispuesta a hacerlo—. ¿Cómo podés reprocharme que me haya metido con un hombre casado cuando tu propia madre era la amante de mi padre?

Aquella incómoda revelación tomó por sorpresa a Agustín.

—¿Qué mierda estás diciendo? ¿Cómo tenés la osadía de mancillar el nombre de nuestros padres con semejante calumnia?

—Es la verdad. Yo lo sospechaba y él me lo confirmó poco antes del accidente. Tu madre y él fueron amantes durante mucho tiempo. Es más, fue ella la que lo convenció de nombrarte su socio en El Anticuario Alemán.

—Eso no puede ser. —La actitud beligerante de Agustín dio paso al mayor de los desconciertos. Aunque no dudaba de que Anita podía ser capaz de inventar aquella mentira para salvarse de un matrimonio no deseado, sabía que no estaba mintiendo. Él mismo había sido testigo involuntario de ciertas situaciones ambiguas entre su madre y don Braulio, que ahora por fin encontraban una explicación. Se maldijo en silencio por haber mirado hacia otro lado para evitar un conflicto que, tarde o tempano, repercutiría en la relación con su prometida.

—Entiendo que no es fácil para vos… tampoco lo fue para mí. Como verás, existe una razón de mayor peso para no casarnos que

el hecho de que yo no te ame. ¿Te imaginás lo que puede llegar a ocurrir si mi madre se entera un día lo que hubo entre su difunto esposo y tu madre? Viviríamos en una constante tensión. Cada encuentro familiar sería un desastre —puntualizó, poniéndose seria. Estaba en lo cierto, aunque él se empeñara en negar lo evidente.

Agustín ya no sentía deseos de discutir. Sus hombros caídos y la sombría expresión de su rostro lo mostraban como un hombre abatido por una verdad que no esperaba oír.

—Hubiese preferido no contártelo, pero tenías derecho a saberlo.

Él esbozó una tenue sonrisa.

—Creo que no estás siendo del todo sincera —le dijo—. En el fondo, me lo has contado para que sea yo quien tome la decisión de romper nuestro compromiso.

Ella intentó negarlo, aunque hacerlo no serviría de nada.

—No te amo y eso debería ser suficiente —zanjó, poniendo distancia entre ellos.

Agustín la detuvo antes de que le diera la espalda y le clavó la mirada de un modo hierático.

—El anillo no es un problema. Puedo comprarte uno mejor mañana mismo.

—Agustín, basta…

Él la sujetó contra su cuerpo con violencia. Le acarició el rostro con la mano y trató de besarla. Anita volteó la cara mientras fruncía los labios con impotencia.

—Te convertirás en mi esposa tal como lo habíamos planeado —sentenció, impasible—. Tenés poco más de un mes para hacerte a la idea de que pronto serás una Mendizábal. El mismo día que

estampes tu firma en el registro civil, la tienda de antigüedades volverá a ser de tu familia.

Anita forcejeó hasta que logró soltarse de su agarre.

—¡Eso no va a suceder! ¡Hablaré con mi madre y le contaré toda la verdad! ¡Será ella la que cancele la boda! —le gritó, presa de los nervios. Agustín la miraba como si estuviera escupiendo amenazas sin sentido. Lo vio reírse de ella con sorna y tuvo ganas de borrarle la sonrisa del rostro de una bofetada. Se abstuvo solamente para no empeorar la situación. Necesitaba calmarse, y una reacción violenta de su parte no sería de gran ayuda.

—Vamos, te acompaño a tu casa —repuso él con una frialdad alarmante.

—No hace falta que vayas conmigo —replicó Anita retrocediendo sin mirar atrás.

—Como quieras. —Se metió las manos en los bolsillos de su gabardina y antes de alejarse, dijo—: Decile a tu madre que no se preocupe por la alianza que perdiste en París. Compraré una nueva para que la luzcas en nuestra boda. Ese día terminarás aceptando tu destino.

Anita se tragó los insultos que tenía en la punta de la lengua y se giró sobre los talones para irse por el camino contrario. Cuando llegó a su casa, su madre la estaba esperando. El resto de su familia había desaparecido.

—¿Podemos hablar un momento?

—Mamá, no estoy de ánimo para sermones —respondió, dirigiéndose hacia las escaleras.

Ernestina le impidió que pisara el primer escalón, agarrándola del brazo.

—Quiero saber cómo te ha ido con Agustín. El pobre se quedó frío cuando vio que no llevabas el anillo de compromiso. —La soltó y meneó la cabeza, incrédula—. ¿Cómo has podido extraviar una joya tan valiosa?

Anita dejó escapar un bufido de hastío. Después del desagradable enfrentamiento con Agustín, no estaba lista para un nuevo conflicto.

—A mí no me preocupa en lo absoluto la pérdida de ese anillo —dijo, con un marcado desdén—. Es más, le dije a Agustín que quiero cancelar la boda. Por supuesto, se negó rotundamente.

—¿Y qué querías que hiciera? ¡Llevan comprometidos casi cinco años y ahora que por fin has cedido a dar el siguiente paso, te echas para atrás! ¿Acaso te has vuelto loca? —Ante la falta de respuesta de su hija optó por seguir enumerando las distintas razones que existían para concretar aquel matrimonio—. ¡Esa boda está en boca de todos desde hace mucho tiempo y de ella depende que El Anticuario Alemán, el negocio que tu padre sacó adelante con tanto sacrificio, vuelva a ser de los Von Keller!

Anita respiró hondo. No pensaba levantar la voz y ponerse al mismo nivel de su madre.

—Tengo casi dos meses por delante para tratar de convencer a Agustín de que no soy la esposa que él necesita. —Hizo una pausa para sopesar lo que estaba a punto de decir—. Si es necesario, le contaré todos mis secretos…

—¡No serías capaz! —la cortó Ernestina, horadándola con sus ojos enfurecidos.

—Me conocés y sabés que lo haría —contestó, desafiándola con la barbilla en alto—. Si Agustín insiste en que me case con él, esa

verdad que primero ignoraste y después escondiste por el bien de tu familia, saldrá finalmente a la luz.

Ernestina no dijo nada. Se quedó allí de pie, consternada, viendo como su hija se alejaba de ella escaleras arriba.



EL BAUTISMO

Barrio de Flores, Buenos Aires, 1954

Ese domingo de finales de julio, el día amaneció despejado. La ausencia de nubes en el cielo y el sol que entibiaba el aire eran de buen augurio. Una pequeña multitud se había reunido en la parroquia Santa Clara para celebrar el bautismo del pequeño Tomás Goldmann. El niño de tres meses se movía inquieto entre los brazos de su madre. Jedrek, de pie detrás de ella, le hizo una mueca a su hijo y él gorjeó de alegría. Nina observó a su esposo por encima del hombro y le agradeció su oportuna intervención con una dulce mirada. Le pasó una mano por la cabeza al niño y le susurró al oído su nana favorita. A su lado se encontraban Isabela y Francisco, ansiosos de que comenzara el ritual por el cual se convertirían en padrinos de Tomás. Santiago era el encargado de vigilar a Santiaguito y Samuel, que impacientes ante la espera se negaban a quedarse quietos. Con un gesto serio les indicó que se sentaran en la primera fila mientras él se volteaba hacia la puerta que conducía a la sacristía. Faltaban menos de diez minutos para la hora del bautizo y el sacerdote aún no había aparecido. Le dijo a Isabela que iría a buscarlo y todos apoyaron su decisión. Se detuvo a mitad de camino cuando vio que el padre Mendoza se acercaba con una biblia en una mano y una pequeña vasija de cristal en la otra en donde llevaba el

crisma bautismal. Saludó a todos con un rostro sonriente y pidió disculpas por demorarse. Tras preguntar quiénes eran los padrinos, Isabela y Francisco se posicionaron delante de la pila bautismal, siguiendo las indicaciones del clérigo. Nina les entregó al niño, quien vestido con una túnica blanca observaba todo a su alrededor con curiosidad. Isabela lo acogió entre sus brazos y Francisco, quizá pensando en la criatura que crecía en el frágil vientre de su mujer, le dio un beso en la frente con una ternura conmovedora. Todos vieron el brillo de emoción en sus ojos y se hizo un silencio generalizado que fue interrumpido por la solemne voz del padre Joaquín Mendoza. La ceremonia se vivió en medio de hondos suspiros, miradas vidriosas y sonrisas de embeleso. Se le impuso al pequeño el nombre de Tomás Abel. Nina apenas podía contener las lágrimas. Jedrek le apretó la mano, aunque también estaba al borde del llanto. Cuando Isabela trató de que Francisco alzara en brazos a su flamante ahijado, él miró a su hermano en busca de ayuda. Santiago le dio una palmada de ánimo en la espalda, alentándolo a aceptar la invitación.

Francisco se paró frente a Isabela sin saber qué hacer. Jamás había tenido el privilegio de alzar a un niño tan pequeño. Ni siquiera había podido hacerlo con sus dos sobrinos.

—Es hora de que empieces a practicar —le dijo Santiago, sonriendo.

Isabela entonces depositó el cuerpecito de Tomás en el arco que formaban los brazos abiertos de Francisco y él lo apoyó contra su pecho mientras le sostenía la parte trasera de la cabeza con una mano.

—¡Por ser la primera vez lo hacés muy bien, hermanito! —lo felicitó Santiago en broma.

Fran esbozó una sonrisa de alivio y cuando el niño enredó sus deditos alrededor de su corbata, lo dejó jugar.

Santiago miró con nerviosismo su reloj. Isabela se acercó y preguntó:

—¿A qué hora dijo que llegaría el fotógrafo?

—Ya debería estar aquí —respondió él, preocupado—. Me lo recomendó uno de mis socios. Me dijo que era muy responsable. Parece que se equivocó.

El padre Mendoza pareció darse cuenta de que algo andaba mal y cuando le contaron que el fotógrafo que habían contratado no aparecía, se ofreció a tomar unas fotos con su vieja pero fiel cámara Leica de 35 milímetros. Dijo que tenía un rollo sin usar en alguna parte y corrió a la sacristía. Regresó unos minutos más tarde, con la máquina colgando del cuello y una expresión de victoria en el rostro. La primera fotografía que pidió Nina fue la de Tomás en brazos de su padrino. Aquella conmovedora imagen sería el regalo perfecto para Eleonora. Sabía que la italiana se emocionaría al verla; sobre todo, porque debido a su embarazo de riesgo se había perdido la ceremonia. Al igual que Rosario, quien se había quedado con ella para no dejarla sola. El dichoso fotógrafo nunca llegó y el padre Mendoza se convirtió en el héroe de la jornada. Aunque planeaban hacerlo de todos modos tras el bautismo, Jedrek lo invitó a la discreta recepción que se llevaría a cabo en la mansión de los Navarro Soler. El cura aceptó encantado y prometió mandar a revelar las fotos esa misma semana.

Estaban yéndose cuando una mujer ingresó a la parroquia pisando con firmeza. El repiqueteo de sus tacones rebotaba en forma de eco contra los altos muros del lugar. Llamó la atención de todos; no solo por su seguridad al caminar sino también por el color de su cabello, que fulguraba bajo el reflejo de las luces que colgaban del techo. Pasó entremedio de los asistentes al bautismo y se plantó frente al sacerdote. Isabela miró por encima de su hombro mientras se alejaba hacia la salida con el pequeño Samuel prendido de la mano. También Santiago se vio tentado a observar lo que ocurría a tan pocos metros de distancia, pero Santiaguito ya estaba en la vereda y lo obligó a apurar el paso. Nina y Jedrek, ocupados con su hijo, que había comenzado a berrear, apenas le dirigieron una breve mirada.

Sin embargo, cada uno de ellos se marchó con la fuerte sensación de que aquella misteriosa mujer estaba a punto de poner en serios aprietos al cura párroco de Santa Clara.

*

Anita esperó a que la iglesia se quedara vacía. Estaba parada frente al padre Mendoza, con las piernas ligeramente abiertas y ambos brazos pegados a los costados del cuerpo. Apretaba los puños con tanta fuerza que sus nudillos se habían tornado blanquecinos. Le costó mucho reprimir el deseo de no abalanzarse encima de él para golpearlo hasta quedarse sin aliento. Su sonrisa socarrona y ese brillo malvado en la mirada le provocaban náuseas. Se había jurado a sí misma que nunca más vería los ojos del monstruo que tanto daño le había hecho… pero no podía ignorar lo sucedido con Lourdes. Saber que se había aproximado a ella, seguramente con

alguna siniestra intención, le revolvía el estómago. Por eso estaba ahora allí, encubriendo sus miedos con un valor que le nacía de lo más profundo de las entrañas.

—¿Cómo estás, Anita? —la saludó con la misma hipocresía de siempre, sin dejar de deslizar sus lascivos ojos por su anatomía.

Ella no le respondió. A pesar de lo recatado de sus prendas, se sintió sucia y vulnerable. En su mente repitió una y otra vez que no era culpable de nada; por lo tanto, nadie tenía derecho de acusarla o condenarla por lo que había pasado. Mucho menos el verdadero responsable de todo. Respiró hondo y se enfrentó a aquellos ojos que despertaban los recuerdos más negros.

—Le advertí que se mantuviera lejos de Lourdes. —Alzó la mano y lo apuntó con el dedo. Notó que temblaba y se maldijo por ello—. ¡No vuelva a buscarla o le juro que se va a arrepentir!

Joaquín Mendoza negó con la cabeza. Una sonrisa irónica le dio el aspecto de un viejo zorro ladino.

—Veo que la pequeña Lourdes te lo ha contado. Le pedí que no lo hiciera, pero es evidente que heredó la rebeldía de su madre.

Anita se echó hacia atrás, como si aquellas explosivas palabras hubieran impactado directamente contra su cuerpo, dejándola débil y sin aliento. Tuvo que sujetarse del extremo de un banco para no perder el equilibrio. Por un instante, creyó que había oído mal, que aquel ser despreciable solo estaba jugando con ella… pero le bastó ver la expresión de triunfo en su rostro para comprobar que todo era real.

—Te confieso que siempre tuve mis sospechas; sobre todo porque conozco a Ernestina y no se caracteriza precisamente por su gran instinto maternal. Por eso cuando me contaste que Braulio y ella

habían adoptado a la hija de una supuesta prima lejana, comencé a tejer mis propias teorías. —Hizo una pausa adrede para escudriñar la reacción de Anita. Le gustaba ver cómo de a poco iba perdiendo esa altanería con la que siempre lo trataba. Saber que estaba en inferioridad de condiciones lo hizo sentir más poderoso que nunca—. Bastó que utilizara mis influencias eclesiásticas para investigar el origen de Lourdes. Recordé que durante una larga temporada abandonaste tus estudios para pasar tiempo en Mar del Plata con tu abuela. Allí me puse en contacto con un miembro de la diócesis y descubrí que la niña fue registrada como hija de los Von Keller unos días antes de que regresaras a Buenos Aires.

Anita lo escuchaba sin oír realmente lo que decía. Su corazón bombeaba con tanta fuerza que aturdía sus sentidos. Se dejó caer en el asiento que tenía a sus espaldas y se llevó la mano al pecho en un vano intento de aplacar su agitación. De repente, el pasado se le vino encima con el ímpetu de un vendaval, y no fue capaz de luchar contra los recuerdos que se agolparon en su cabeza.

*

Mar del Plata, provincia de Buenos Aires, 1936

La tempestad había llegado casi por sorpresa, como suele hacerlo durante los meses de verano. El mar embravecido golpeaba contra las rocas y el viento empujaba las nubes cargadas de agua a una velocidad alarmante. Una silueta femenina se recortaba contra la ventana de una de las casas, que estaba separada de la costa por un sendero de ripio y una playa angosta que esa tarde se

encontraba desierta. Contemplaba el cielo con temor mientras se acariciaba el vientre. No era la primera tormenta virulenta que azotaba Mar del Plata desde que se había mudado con su abuela, hacía ya poco más de siete meses. Un rato antes la radio había emitido un comunicado oficial en donde se solicitaba a la población que permaneciera en sus hogares hasta que pasara lo peor del temporal. Se dio media vuelta al escuchar el leve crujido de la puerta de madera al abrirse. Se movió con la lentitud que su enorme barriga de casi nueve meses de gestación le permitía. Sonrió al ver a su abuela, quien entraba en la habitación con una bandeja de sus bizcochos predilectos.

—Aléjate de la ventana, *cherie*. El viento está soplando muy fuerte y puede abrirse de golpe. —Se acercó con paso cansino y dejó la bandeja del refrigerio encima de la mesita de noche. Dio unos golpecitos en la cama, instándola a sentarse junto a ella—. ¿Estás cansada? ¿Te duele el vientre? Recuerdo que cuando esperaba a tu padre, si había tormenta me daban unos pinchazos insoportables. Tu pobre abuelo se volvía loco cada vez que le gritaba que si el niño no nacía pronto, terminaría conmigo.

Anita sonrió. Lo hacía cada vez que su abuela le contaba alguna anécdota sobre la época en la cual había estado embarazada. Le gustaba oírla, no solo porque se sentía menos desdichada, sino también porque era una parte de la vida de su familia que desconocía. Se ubicó a su lado y le costó encontrar una posición cómoda. Tuvo que abrir ligeramente las piernas para balancear el peso del vientre que se perfilaba alto y redondeado debajo del vestido de algodón. La sabiduría popular, apoyada por las creencias de doña Agnes, vaticinaba que dentro de sus entrañas crecía una

niña. Y ella, a pesar de las terribles circunstancias de su concepción, se permitía ilusionarse con la idea de tenerla entre sus brazos. Miró a su abuela con un gesto interrogante. Doña Agnes le ofreció un bizcocho y sonrió con dulzura.

—¿Qué te preocupa, *cherie*?

Anita tragó saliva. Tenía el estómago cerrado y dejó el bizcocho en la bandeja para disfrutarlo luego.

—¿Has hablado con mamá?

La anciana asintió con la cabeza.

—Llamó mientras dormías la siesta para preguntar cómo iba todo.

—¿Vendrá cuando llegue el momento? —La voz de Anita sonaba trémula. Sabía que la presencia de doña Ernestina en Mar del Plata tenía un único propósito: llevarse a la criatura que ella expulsaría de su cuerpo para que nadie descubriera la verdad.

—Me ha asegurado que estará aquí unos días antes de la fecha de parto. La comadrona cree que darás a luz antes de fin de mes. Por precaución, tus padres viajarán este fin de semana. Braulio me confesó que tiene muchos deseos de verte, *cherie*.

—¿Y mamá?

Su abuela tardó en contestar.

—Vendrá, y eso es lo único que importa —dijo finalmente, dándole un suave toquecito en la mejilla.

Anita se acarició el vientre. Un nudo en la garganta la obligó a guardar silencio.

—Nada de lo que sucedió es tu culpa, *cherie*. —Doña Agnes agachó la cabeza, apesadumbrada. Muchas veces se sentía en falta con ella y no se atrevía siquiera a mirarla a los ojos—. Tu propia familia te falló. Incluso yo misma no pude o no supe apoyarte

cuando más lo necesitabas. Soy tan responsable como mi hijo y mi nuera de todo lo que ha pasado. Si te hubiéramos escuchado de verdad cuando acusaste al padre Mendoza de aprovecharse de ti, las cosas habrían sido muy diferentes. ¿Podrás perdonarnos algún día, mi querida?

Su nieta la sujetó del mentón y la obligó a levantar la cabeza.

—Vos fuiste la única que jamás dudó de mí, *grand-mère*. No cargues con errores que no te corresponden. Me creíste cuando nadie más lo hizo… Mi propia madre me acusó de ser una mentirosa porque se negaba a aceptar que ese hombre vestido con sotana es el mismísimo demonio. Le abrió las puertas de casa y prefirió evadir la realidad solo para no aceptar su parte de culpa. Si he podido perdonar a mamá y a papá, ¿cómo no voy a perdonarte a vos, que siempre me has cuidado con tanto cariño? —Se recostó sobre su regazo mientras afuera el cielo era iluminado por los relámpagos. Respiró hondo para impregnarse del perfume floral de su abuela y cerró los ojos.

Doña Agnes le acarició la roja cabellera, recogida en una elaborada trenza, y dejó que unas cuantas lágrimas rodaran por sus mejillas. De repente, la habitación quedó sumida en la oscuridad.

—La tormenta ha provocado que saltaran los fusibles —dijo la anciana, tratando de no perder la calma. No se animó a moverse. Volvió a refusilar y una luz blanquecina iluminó el lugar apenas un par de segundos.

—Abuela, tengo miedo —musitó Anita sin soltarla.

—Tranquila, *cherie* —dijo para tranquilizarla, aunque ella también estaba asustada. Su memoria era precaria y no recordaba en qué mueble de la cocina había guardado las velas. Llamó a gritos a la

única criada que colaboraba con ellas para pedirle que las buscara. La muchacha tardó en aparecer. Pero cuando entró en la habitación, llevaba un candelabro en la mano.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la anciana, dejando la pieza de metal sobre la mesita de arrime ubicada al lado de la puerta—. Ve y asegúrate de que haya una vela encendida en cada habitación.

—Sí, señora. Ya mismo. —La criada se dio media vuelta y salió para cumplir con las órdenes de su patrona.

Fue en ese preciso momento que doña Agnes oyó el grito desgarrador de su nieta. Anita se encontraba parada junto a la cama, con las piernas separadas y las manos abrazando su vientre. Tenía la parte delantera del vestido empapado y un charco de agua alrededor de los pies. La anciana entró en pánico.

—Abuela… me duele mucho —dijo Anita apretando los dientes.

—Calma, *cherie*. Las mujeres han dado a luz desde hace miles de años y te aseguro que no hay nada que temer. —Sabía que aquellas palabras de consuelo servirían de poco; después de todo, su nieta era apenas una niña. Maldijo en silencio el nombre de Joaquín Mendoza y luego pidió perdón a Dios por el exabrupto, pero no por el odio que sentía por él.

Anita se retorció ante la primera contracción que llegó casi en sintonía con el relámpago que volvió a iluminar la habitación.

Doña Agnes le pasó la mano por la frente sudada y sonrió.

—Pujaremos juntas, *cherie*. Tu madre ni siquiera sospecha que está a punto de convertirse en abuela. Tendrás que conformarte solo conmigo.

Por segunda vez aquella noche, doña Agnes llamó a gritos a la criada. La joven vino tan pronto como pudo y se encontró con una

escena inesperada.

—¡Dios Santo! —profirió, mientras hacía la señal de la cruz.

—¡Pon a hervir agua en la cacerola más grande y trae todos los paños que encuentres! ¡Pero antes prueba si el teléfono funciona y llama a la comadrona! ¡El número de su casa está anotado en la libreta de cuero rojo!

La criada asintió, aunque no fue capaz de moverse de su sitio.

Doña Agnes sujetó firmemente la mano de Anita para afrontar con ella una nueva contracción. El cuerpo de su nieta se deslizó hacia el costado, buscando quizá un poco de alivio a tanto dolor. La anciana suspiró. No sabía si estaba preparada para asistirla durante el parto. No había previsto aquel revés. Esperaba que la línea no estuviese dañada y la comadrona llegara a tiempo para hacer su trabajo.

La lluvia fue ganando en intensidad a medida que los dolores de parto de Anita se volvían cada vez más agudos. Pedía piedad a gritos mientras se sacudía en violentos estertores, ecos dolorosos de lo que acontecía en lo profundo de sus entrañas.

Cuando la criada regresó le dijo a doña Agnes que, a pesar del mal estado de las líneas telefónicas, tras varios intentos fallidos había conseguido ponerse en contacto con la comadrona. La mujer, que vivía en una zona bastante alejada de la costa, tardaría en llegar. Entonces la anciana, abrumada por el miedo, comenzó a rezar mientras la muchacha se afanaba en retirar todas las mantas de la cama para dejar solo las sábanas, en donde el cuerpo inquieto y sudado de Anita seguía retorciéndose en lo que parecía una batalla desigual. Miró entre sus piernas y el corazón se le aceleró al descubrir que por entre los pliegues de su sexo se asomaba la cabeza de la criatura.

La criada también se dio cuenta y soltó un grito de asombro. Doña Agnes preguntó si el agua ya estaba lista y asintió en silencio.

—¡Abuela, por favor, ya no aguanto más! —se quejó Anita, aferrándose a los barrotes de la cama con ambas manos.

—¡Aguanta, chiquilla, aguanta! —Le secó la transpiración del rostro con un paño limpio y le hizo señas a la criada de que estuviera atenta a la llegada de la comadrona. Cuando se quedó de nuevo a solas con su nieta, se encomendó a su venerada Virgen de Lourdes. Le prometió visitar su santuario si aquella noche obraba el milagro de un nacimiento sin complicaciones. Empujada más por el instinto que por la sapiencia, puso sus manos arrugadas sobre el vientre de su nieta y empujó suavemente hacia abajo para ayudarla a parir. Si la comadrona no aparecía a tiempo, ella era la única opción con la cual contaba Anita. Le dijo que respirara hondo y que contuviera el aliento hasta que sintiera una nueva contracción.

Anita la miró. Tenía los ojos llorosos y el rostro enrojecido debido al esfuerzo. Obedeció las indicaciones dadas por su abuela y expulsó todo el aire de sus pulmones cuando la cabeza de su bebé se abrió paso entre sus carnes. Doña Agnes sostuvo a la criatura con cuidado y la instó a repetir el mismo proceso. Una respiración profunda justo antes de empujar con todas sus fuerzas. Pero Anita estaba demasiado débil y su cuerpo, que aún no se había desarrollado por completo, se resistía a acatar las órdenes que profería la anciana con desesperación.

Por más que trató de estimular el parto con una serie de enérgicos masajes en el vientre de su nieta, la criatura se negaba a abandonar del todo el calor del útero materno. El tiempo corría y el parto se complicaba a cada minuto. Anita empujaba y de inmediato se

quedaba sin arrestos. En un par de oportunidades, incluso había estado a punto de desmayarse. Cerca de la medianoche, cuando la propia doña Agnes comenzaba a desfallecer de cansancio, llegó la comadrona como caída del cielo. Se hizo cargo de la situación y sin demora, le ordenó que ayudara a la parturienta a ponerse de pie. Al principio, la anciana vaciló.

—¡Vamos, señora, ninguna criatura se resiste a nacer cuando ve desde arriba el mundo que le espera! —exclamó, aplaudiendo con las manos en alto.

Doña Agnes asintió y sostuvo a Anita del brazo para que abandonara la cama.

—¡No vaya a soltarla! —advirtió la comadrona, arrodillándose frente a la anatomía temblorosa de Anita que apenas conseguía mantenerse erguida. Hurgó en su entrepierna de donde colgaba la cabeza del bebé. La giró con cuidado y mirando a la parturienta, dijo —: ¡Ahora sí, cariño, puja con todas tus ganas!

Anita respiraba ligero, y cuando abría los ojos todo se volvía borroso a su alrededor; aun así, oyó claramente el vozarrón de aquella mujer que con una enorme sonrisa en los labios le dio valor suficiente para hacer un último esfuerzo. Apretó la mano de su abuela y se la llevó al pecho. Al mismo tiempo que de su garganta brotaba un grito desgarrador, de entre sus piernas se deslizó el cuerpecito sanguinolento de su bebé. La comadrona lo depositó suavemente entre el montón de toallas limpias que había en el suelo y exclamó:

—¡Es una niña! —Tomó una tijera y cortó el cordón umbilical.

Doña Agnes, conmovida contempló a la criatura. No se movía.

—Tranquila —dijo la comadrona mientras le daba a la recién nacida unos golpecitos en la espalda para obligarla a respirar. Durante unos cuantos segundos, se hizo un silencio aterrador.

—Abuela… —Anita ya no podía sostenerse en pie y doña Agnes tuvo que sentarla en la cama—. ¿Por qué mi niña no llora?

Entonces se escuchó un débil gimoteo seguido de un prolongado berrido. Los ojos de Anita se llenaron de lágrimas. Doña Agnes también estaba visiblemente emocionada. Incluso la comadrona, que ya llevaba años trayendo niños al mundo, tenía el rostro bañado en llanto. Revisó a la niña para asegurarse de que se encontraba bien y la envolvió en una manta colorida de lana que Anita había tejido con sus propias manos.

La primera en tener a la criatura en brazos fue doña Agnes. La arrulló contra su pecho susurrando una nana en francés. Mientras la embelesada bisabuela contemplaba a la pequeña de rostro arrugado y naricita respingada, la comadrona se ocupó de la joven madre hasta que todos los humores del parto fueron expulsados de su útero. Una gran mancha de sangre evidenciaba que el cuerpo de Anita todavía no había completado la transición natural entre ser niña y mujer. Por fortuna, o tal vez por los rezos de doña Agnes, la hemorragia se detuvo sin causar daños mayores. La mujer le dio de beber un líquido a base de hojas de caléndulas, por su gran poder cicatrizante y para aliviar el dolor del área perineal. A pesar del amargo sabor, Anita se lo bebió todo sorbito a sorbito. Le costaba mantener los ojos abiertos; sin embargo, no podía apartar la mirada de la estampa que suponía ver a su *grand-mère* sosteniendo contra su pecho a la niña que acababa de parir… Esa criatura que era fruto del miedo y del horror, significaba todo para ella. Aunque al principio

tuvo serias dudas sobre qué debía sentir por ese ser que crecía en sus entrañas, le bastó que empezara a moverse dentro suyo para amarlo incondicionalmente. Durante el embarazo se alimentó mejor que nunca. Incluso desayunaba todas las mañanas un enorme tazón de leche fresca, cortesía de la criada que la traía de la chacra de sus padres. También había aprendido a hacer ganchillo para confeccionarle el mejor ajuar, y daba caminatas en la playa acompañada de su abuela para mantenerse saludable. Y en todo ese proceso que había cambiado su vida, solo podía soñar con el momento en el cual viera por fin el rostro de su bebé. Trataba de apartar de su mente los malos recuerdos para no empañar la felicidad que suponía convertirse en madre a pesar de su juventud.

Sonrió entre lágrimas. Después de tanto sufrimiento, allí estaba su niña: pequeñita e inquieta, acaparando con ansias el calor de los brazos de su flamante bisabuela. El agotamiento la venció y sus pesados párpados se fueron cerrando poco a poco.

Despertó en medio de la noche por culpa de una pesadilla. La tormenta aún rugía en el cielo y la lluvia caía con fuerza. Se incorporó de golpe al ver que su vientre abultado había desaparecido. Aturdida y presa de un leve estado febril, miró a su alrededor. Entonces escuchó un leve sonido proveniente de la cuna de madera que su abuela había mandado a instalar en el rincón más acogedor de la habitación. Se levantó de la cama con cierta dificultad. Estaba mareada, pero los músculos de su cuerpo, tras el merecido descanso, habían recuperado la tonicidad. Se acercó con cautela, midiendo cada uno de sus pasos, y su corazón pegó un brinco en el pecho cuando vio a la criatura que dormía en la cuna, custodiada por una de sus muñecas favoritas. La abuela Agnes había

insistido en traerla en su valija, alegando que sería la herencia más preciada para su bisnieta, ya que la muñeca le había pertenecido antes a ella. Se trataba de una antigua pieza de colección que la anciana había recibido en su décimo cumpleaños de parte de su madrina, cuando todavía residían en Lyon. Era una auténtica muñeca francesa de *bisque mignonette*, completamente articulada y en excelente estado de conservación. Vestía una falda floreada y un diminuto corsé negro. Llevaba el cabello rubio trenzado a ambos lados de la cabeza. La acomodó en un costado de la cuna y acarició el cuerpecito tibio de su hija.

La niña reaccionó moviéndose debajo de las mantas. Anhelaba tenerla entre sus brazos y por eso no le importó despertarla. Ya habría tiempo después para que volviera a dormirse. Su abuela le había dicho que los bebés recién nacidos dormitaban la mayor parte del día si estaban bien alimentados y no padecían ningún malestar. Supuso entonces que la pequeña ya había tomado un buen biberón de leche mientras ella descansaba. Se inclinó para alzarla y sintió un extraño pinchazo en los pechos. La niña emitió un quejido lloroso, pero apenas Anita la apoyó contra su cuerpo, se tranquilizó. Observó su carita somnolienta y experimentó una ternura sin igual al descubrir unos finos mechones pelirrojos en su cabeza. Era un gran alivio que hubiese heredado su color de cabello. No quería que nada en ella le recordara al monstruo que había convertido su vida en un infierno. Tenía ojos claros, aunque el matiz todavía no estaba del todo definido. Agradeció que no fueran oscuros. Se dirigió hacia la silla mecedora donde la esperaba un mullido almohadón y se dejó caer con lentitud. Entonces se percató de que la parte superior del vestido se había mojado alrededor del pezón. Lo desabrochó y

descubrió una sustancia amarillenta y espesa deslizándose por su piel. Acercó el rostro de su hija y ella, impulsada por el instinto, apoyó la pequeña mano en el pecho de su madre y buscó con su boca la fuente de su alimento. El malestar duró poco y fue rápidamente compensado por la sensación de dicha que significaba para Anita aquel primer vínculo con su hija después de haber abandonado su vientre. Comenzó a balancearse en un ritmo cadencioso mientras le cantaba bajito su canción de cuna favorita. Le acarició el rostro con un dedo y sonrió, emocionada.

—Mi pequeña Lourdes —susurró, con los ojos llenos de lágrimas. Era el nombre que había elegido para su hija y no iba a dejar que nadie tomara esa decisión por ella.

Al día siguiente, los padres de Anita llegaron a Mar del Plata después de recibir la noticia del nacimiento de su primera nieta. Y Anita tuvo que aceptar la realidad… una cruel realidad en la cual nunca más podría ser la madre de Lourdes. Por el bien de la reputación de los Von Keller, debía conformarse con interpretar el rol de la hermana mayor durante el resto de su vida.

Y la primera noche que pasó en Buenos Aires, con los pechos llenos de leche y los ojos enrojecidos de tanto llorar, sintió deseos de morir.

ETERNA PERDICIÓN

Barrio de Flores, Buenos Aires, 1954

—Anita, ¿me has oído? —El padre Mendoza intentó llamar su atención rozándole el brazo.

La voz del monstruo la apartó de sus recuerdos.

—¡No me toque, hijo de puta! —El grito tembloroso de Anita reverberó en el interior de la parroquia como un eco atronador.

Joaquín Mendoza hizo caso omiso a su demanda y tomó asiento en el banco continuo al suyo. Tras soltar un hondo suspiro, manifestó:

—Cuando lo supe, me sentí feliz, Anita —le confesó sin mirarla a los ojos—. Esa criatura no tiene la culpa de nada, porque lo que pasó entre nosotros fue hermoso…

—¡Basta! ¿Cómo puede decir semejante atrocidad? ¡Lo que usted hizo conmigo esa noche es una aberración! —Anita tuvo que interrumpirse y tomar aire antes de proseguir—. ¡Se aprovechó de la confianza de mi familia para llevar adelante su plan macabro!

—Anita, por favor, no digas eso.

—Un plan que llevaba años orquestando —dijo, con el estómago revuelto al rememorar las veces que, en la solitaria sacristía de la iglesia de San Isidro, había sido víctima de sus abusos—. Debería ser severamente castigado por todo lo que hizo.

—La carne es débil, querida —respondió él, valiéndose del mismo discurso patético de siempre—. Dios conoce a sus hijos y sabe mejor que nadie que somos pecadores. La voluntad más férrea se torna frágil ante la tentación… y para mí, vos has sido mi eterna perdición, Anita.

Ella negó con la cabeza.

—¡No vuelva a acusarme de ser la causante de sus errores! —le espetó, furibunda—. ¡Usted es el único culpable de todo! ¡Es un violador que oculta su perversidad detrás de una sotana! ¡Si el diablo tuviera un rostro humano, estoy segura de que sería el suyo! —Se puso de pie, pero de un violento manotazo, el padre Mendoza la obligó a quedarse sentada.

—Puedo enmendar lo que hice, si eso te deja más tranquila. —Sonrió con soberbia, como si tuviera la solución a todos los conflictos del mundo—. Imagino que debió ser duro para vos no poder criar a nuestra hija…

—¡No la llame así! —saltó Anita, indignada.

El sacerdote asintió con un dejo de fastidio. Respiró hondo para aplacar ese deseo acuciante que lo aguijoneaba con insistencia cada vez que ella estaba cerca. Se aclaró la garganta y continuó:

—Yo estoy dispuesto a renunciar al sacerdocio y darle mi apellido. Incluso podríamos casarnos…

—¿Ha perdido por completo la razón? —Anita no daba crédito a las palabras de aquel desquiciado.

—Sé que la boda con ese tal Agustín Mendizábal no es de tu agrado. —Señaló su dedo—. Ni siquiera llevas su anillo. Si aceptaras mi propuesta, te lo quitarías de encima y serías por fin la madre de Lourdes.

Anita ya no podía seguir escuchando las barbaridades que salían de la boca de Joaquín Mendoza. Se compuso y logró volver a pararse. Necesitaba irse de allí lo antes posible.

—¡Anita, por favor, no te vayas! —le suplicó el cura siguiéndola por el pasillo central. Se detuvo en seco al ver que alguien ingresaba a la parroquia. Era la madrina del niño a quien hacía apenas unos cuantos minutos había impuesto el sacramento del bautismo.

Anita también se paró a mitad de camino al encontrarse de frente con aquella mujer. Percibió la incomodidad en su semblante. Se preguntó si habría escuchado parte de la conversación. Quiso decirle algo, pero ella se le adelantó.

—¿Se encuentra bien? Está usted demasiado pálida.

A pesar de su conmoción, percibió que tenía un acento peculiar.

—No se preocupe, estoy bien —respondió con prisas. Impostó una sonrisa y se dirigió rumbo a la salida. Le temblaban las piernas y cada paso que daba sin desfallecer era un pequeño triunfo. El frío aire matinal en el rostro la despejó. Respiró hondo y enfiló rumbo a la parada de tranvías. Mientras cruzaba la calle no pudo deshacerse de esa agobiante sensación de pánico que la había embargado cuando el monstruo le dijo que conocía su secreto.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

Rosario se asomó por la ventana al oír el auto de Santiago.

—¡Ya están de regreso! —exclamó, dándose media vuelta para mirar a su cuñada.

Aunque Eleonora esbozó una sonrisa, ambas sabían que estaba triste por no haber podido asistir al bautismo del pequeño Tomás.

—Me hubiera gustado acompañar a *Francesco* —dijo la italiana, hundiendo la cabeza en la almohada—. Sé lo importante que era para él apadrinar al hijo de Nina.

Rosario se acercó y se sentó en la cama.

—Para mi hermano, vos y esa criatura que crece en tu vientre son lo más importante —repuso, dándole unas palmaditas de ánimo en el brazo—. Fran es feliz siendo el padrino de Tomás, pero jamás te habría llevado con él desoyendo las órdenes del doctor.

Eleonora asintió, resignada. Llevaba en reposo las últimas tres semanas y todavía le aguardaban algunos meses más antes de la fecha del alumbramiento. Cuando ese día estuviera cerca, la ingresarían nuevamente en el hospital para practicarle una cesárea. Nadie quería arriesgarse a un parto natural en sus precarias condiciones. Su vida y la de su hijo estaban en juego.

—Baja a recibirlos, Rosario. No hace falta que te quedes conmigo —le dijo Eleonora en tono comprensivo.

Rosario llevaba buena parte de la mañana haciéndole compañía a Eleonora. Las aficiones de su cuñada a la ópera y al dibujo le permitían mantenerse distraída; aunque en ocasiones, cuando el hastío o la incertidumbre de lo que vendría la asaltaban, no había nada que la contentara.

La puerta se abrió de repente y una Isabela contenta entró en la habitación.

—Imagino que estabas esperando a otra persona —dijo, guiñándole el ojo a Rosario con complicidad. Guardó silencio solo para observar la reacción de Eleonora—. Tu devoto esposo ha sido

literalmente "secuestrado" por sus dos sobrinos para jugar ese partido de fútbol que quedó pendiente el domingo pasado. ¡No sé qué tiene ese juego de pelota que vuelve tontos a los hombres! ¡Hasta Santiago se arremangó el pantalón y se ofreció a ser el arquero en el equipo de los niños! ¡El pobre Francisco está en clara desventaja!

La crónica de los últimos acontecimientos relatada por Isabela con su voz de soprano provocó que tanto Eleonora como Rosario soltaran una carcajada. Las tres coincidieron en afirmar que bastaba poner una pelota frente a ellos para que se olvidaran del mundo. Ya no solo era ir a la cancha cada vez que se disputaba un superclásico entre River Plate y Boca Juniors. Desde la llegada del televisor a los hogares argentinos, también se quedaban embobados delante de la pantalla cuando trasmitían algún partido en directo. Aquella caja de madera que había sido una completa revolución se había convertido en un gran entretenimiento. Mientras los hombres preferían los encuentros deportivos o alguna obra de teatro, ellas optaban por sentarse delante de la pantalla para aprender a cocinar los más deliciosos manjares de la mano de doña Petrona en su programa *Variedades hogareñas*.

Tanto Eleonora como Rosario se percataron del repentino silencio de Isabela.

—¿Ocurre algo? ¿Estás nerviosa por el viaje?

Ella asintió.

—Supongo que es normal sentirme así —respondió al recordar que, en menos de una semana, ella y Santiago partirían rumbo a Alemania—. No sé si es ansiedad, miedo, angustia. ¡Ni siquiera puedo explicar lo que siento!

—Es normal. Ya verás que cuando estés allí sabrás que has hecho lo correcto —repuso Eleonora, desde su propia experiencia al volver a Italia durante su luna de miel.

—Hoy sucedió algo extraño en la iglesia, después del bautismo de Tomás —dijo Isabela de repente, pensativa—. Cuando estábamos saliendo, nos cruzamos con una mujer que se presentó delante del cura con una actitud combativa. El padre Mendoza la conocía y por la expresión de su rostro, me atrevería a jurar que hasta tenía miedo de ella… o de lo que nosotros pudiéramos pensar al verlos juntos.

—¿No escuchaste de qué hablaban? —preguntó Rosario, intrigada.

—En ese momento no. Santiago estaba apurado porque los niños andaban correteando por la vereda, pero yo tuve que volver para hablar con el cura sobre las fotos que había tomado con su cámara. Estaban en medio de una discusión y la mujer se descompensó. Incluso crucé un par de palabras con ella y noté que apenas podía sostenerse en pie.

—¡Qué misterioso! —exclamó Eleonora, presa de la curiosidad.

—Y lo más llamativo es que creo que la he visto en alguna parte… pero no consigo acordarme en dónde. —Isabela meneó la cabeza mientras trataba de hacer memoria—. No es una mujer fácil de olvidar. Tiene una abundante cabellera de un color rojo intenso, y a pesar de que estaba afectada por lo que ocurrió con el sacerdote, había algo en su manera de desenvolverse que te impulsaba a contemplarla.

—Quizá si hubieras oído parte de la conversación —alegó Eleonora, tan interesada como ella.

—¿Pelirroja?

Isabela asintió, mirando a Rosario.

—Llevaba el pelo recogido en un rodete; aun así, resaltaba alrededor de la palidez extrema de su rostro.

—¿Viste el color de sus ojos?

—Eran azules.

Aunque quería indagar más sobre aquella misteriosa mujer, Rosario se quedó callada. Nada indicaba que pudiera tratarse de Anita. En una ciudad tan grande como Buenos Aires, seguramente vivían miles de pelirrojas. Sin embargo, el hecho de que hubiese discutido con un cura sumaba un detalle perturbador a la ecuación que comenzaba a gestarse en su mente. Había sido la propia Anita quien le confesara su rechazo a todo aquel que llevase sotana y alzacuello. Necesitaba despejar aquella duda y solo había una manera de hacerlo.

—Isabela, ¿irías conmigo a un lugar? Te prometo que volveremos a tiempo para preparar el almuerzo.

Isabela la miró con el ceño arrugado.

—¿Adónde vamos?

—A mi atelier. Quiero mostrarte algo.

—¿Tiene que ser precisamente ahora? Podríamos ir esta tarde con los niños, ya sabes lo mucho que les gusta dibujar allí —sugirió su cuñada sin entender la razón de su apuro.

—¡No, no puedo esperar! —replicó Rosario, acercándose a la puerta—. ¿Venís?

Isabela miró a Eleonora y ella solo suspiró, resignada.

Rosario, quien había aprendido a conducir antes de su viaje a París, le pidió el coche prestado a su hermano Francisco, y él, sin hacer preguntas, le entregó las llaves en mano antes de volver al patio para terminar el partido de fútbol.

Isabela no desconfiaba de la reciente capacidad de su cuñada al volante; aun así, le pidió que condujera despacio. La veía demasiado ansiosa y a pesar de intentar descubrir a qué se debía, se quedó con las ganas. Cuando llegaron a su destino, Rosario le dijo a Isabela que la siguiera. La condujo hasta el fondo del atelier en donde había un caballete con un cuadro tapado por un lienzo verde oscuro. Lo levantó y esperó.

Entonces Isabela supo por qué la mujer pelirroja de la iglesia le había resultado familiar.

—¡Es ella! ¡Es aquí donde la vi la otra vez cuando vine a visitarte! —Apartó los ojos de la pintura y miró a su cuñada, aguardando una explicación—. ¿Cómo es posible? ¿Tú la conoces?

Rosario dejó escapar un suspiro y asintió.

—Si tenés tiempo, nos tomamos un café y te cuento cómo mi camino y el de esta enigmática mujer de cabellos de fuego se cruzaron en París.

*

Barrio de Caballito, Buenos Aires, 1954

Anita se detuvo al ver el automóvil de Sebastián Godoy estacionado frente a su edificio. No tenía ánimos para verlo; mucho menos para escuchar sus quejas porque todavía no se había puesto en contacto con él tras su regreso. Se dio media vuelta y enfiló hacia la parada de tranvías más cercana. Volver a la casa de Belgrano era la mejor opción que tenía. Necesitaba un consejo de su abuela y un abrazo de Lourdes. Llegó justo antes del almuerzo, que transcurrió en

calma. A la hora de la sobremesa, doña Agnes se excusó alegando cansancio y le pidió que la acompañara a su habitación. Una vez allí, la anciana tomó la mano de su nieta y preguntó:

—*Cherie*, ¿qué pasa hoy contigo? Has estado muy callada y no has comido nada.

Anita, abrumada por la angustia, se arrojó al regazo de su abuela y comenzó a lloriquear.

La anciana le peinó el cabello con los dedos y no hizo más preguntas. Aguardó en silencio hasta que la joven estuviese preparada para hablar.

—Lo sabe, *grand-mère* —musitó entre hipidos Anita sin separarse de ella.

Doña Agnes tomó el rostro de su nieta entre las manos y la obligó a levantar la cabeza.

—¿Qué significa eso? —exigió saber.

Anita suspiró y la miró con los ojos azules anegados de lágrimas.

—¡El padre Mendoza estuvo viendo a Lourdes a nuestras espaldas! ¡La visitó en el colegio en un par de ocasiones! ¡Ella misma me lo contó! —Se detuvo unos segundos para recuperar el aliento y calmar el temblor en su voz—. Yo tuve tanto miedo de que le hiciera lo mismo que a mí… Fui a buscarlo y entonces me dijo que siempre había tenido dudas sobre el nacimiento de Lourdes. Nunca creyó en la historia que inventó mamá sobre la prima lejana que murió en el parto. Siempre estuvo al acecho, abuela, por eso se enteró de nuestra larga estadía en Mar del Plata. Le bastó hablar con gente de allí para sacar sus propias conclusiones.

Doña Agnes maldijo entre dientes.

—¿Qué más te dijo ese desgraciado?

—Está loco. Me ha soltado toda una sarta de barbaridades sobre dejar la iglesia y formar una familia. —Anita meneó la cabeza, desesperada—. ¡Quiere contarle la verdad a Lourdes! ¿Te imaginas lo que sucedería si eso pasa? ¡Mi pequeñita me va a odiar! ¡Jamás podrá perdonarme por tantos años de mentiras!

Su abuela le acarició las mejillas.

—No, *cherie*. Eso no va a pasar, te lo prometo —dijo con una seguridad inesperada.

—Tengo mucho miedo, *grand-mère*… Nunca antes tuve tanto miedo —susurró Anita dejándose envolver el rostro por las tibias manos de su abuela.

—Tranquila, *cherie*, no hay nada de qué preocuparse.

La ayudó a ponerse de pie y la invitó a dormir la siesta en su cama, como cuando era pequeña. Anita se acurrucó entre los mullidos almohadones tejidos al crochet mientras doña Agnes la arropaba. Escuchando la dulce voz de la anciana entonando una canción en francés, se adormeció.

Cuando despertó, un par de horas más tarde, estaba sola en la habitación. Encontró una nota que le había dejado su abuela encima de la mesita de noche.

Mi cherie, todo va a estar bien. Descansa y piensa en cosas bonitas.
Te amo hasta el infinito.
Tu grand-mère que tanto te quiere y tanto te debe

Agnes

Dobló el papel y lo metió dentro del cajón. Había perdido la noción del tiempo. Fue al cuarto de baño a lavarse la cara antes de pasar por la cocina. Tenía sed y necesitaba beber un poco de agua. Se sorprendió al encontrarse con su hermano. Estaba degustando un café mientras hojeaba un ejemplar de la revista *El Gráfico*.

—Pensé que te habías ido —comentó él dejando la taza de porcelana sobre la mesa.

—La abuela me invitó a dormir la siesta en su cama —respondió Anita mientras se servía un vaso con agua del frigorífico. A pesar de estar en invierno, le gustaba beberla bien fría, dando pequeños sorbos.

—Te consiente demasiado —se quejó Lisandro, quien siempre había sentido envidia del trato cercano que su hermana tenía con la abuela.

Anita hizo caso omiso a su comentario y preguntó:

—¿Está en el salón?

Lisandro negó con la cabeza.

—Salió hace una hora más o menos.

—¿Dijo adónde iba?

—Mencionó una partida de bridge en casa de una amiga.

Anita asintió. Era extraño que saliera un domingo por la tarde, cuando solía quedarse en el salón armando uno de sus rompecabezas.

—¿Cómo va tu trabajo en la revista? —preguntó Lisandro, cambiando de tema.

—Bien. Quiero hacer algo distinto; arriesgarme con cosas nuevas. Durante mi estadía en París entrevisté a una artista plástica argentina que estaba exponiendo parte de sus obras allí. Le adelanté

algo por teléfono a don Goyo y aceptó leer la nota. La tiene en sus manos ahora. —Se encogió de hombros y bebió un poco de agua. Pensar en Rosario le provocaba cosquillas en el vientre—. No sé si la publicará, pero al menos hice el intento.

Su hermano sonrió.

—Cuando te recomendé para *El Hogar* supe que no te conformarías con la sección de críticas de libros… y no me equivoqué. Estoy muy orgulloso de vos, Anita.

Ella volteó la cabeza y sonrió.

—Gracias, Lisandro. —Era la primera vez en mucho tiempo que su hermano mayor le brindaba una muestra de afecto. Hizo algo impensado. Se puso de pie y lo alcanzó antes de que abandonara la cocina para darle un abrazo—. Te quiero mucho.

Lisandro, gratamente sorprendido por la efusividad de Anita, la estrechó contra su pecho y dijo:

—Yo también te quiero, ratoncita.

Anita se rio. Hacía siglos que no la llamaba así. Cuando se separaron se miraron a los ojos.

—¿Estás bien? —quiso saber él al percibir sus lágrimas.

—Necesitaba un abrazo de mi hermano mayor, eso es todo —respondió, dándole unos golpecitos en el brazo.

Lisandro se quedó pensativo durante unos cuantos segundos. Luego intentó decirle algo, pero tras una pausa que generó cierta incomodidad entre ambos, finalmente abrió la boca para anunciar, despreocupado:

—Me voy que me están esperando en la cancha.

—¿Hoy juega San Lorenzo? —preguntó Anita, refiriéndose al club de sus amores. Lisandro había heredado el fanatismo de su padre

por la institución azulgrana y no se perdía ninguno de sus partidos. Decía siempre que, de algún modo, era como estar unido a él a pesar de la tragedia que se lo llevó.

Anita permaneció un largo rato con la vaga sensación de que Lisandro había estado a punto de decir algo importante y, por alguna razón que desconocía, había elegido el silencio. Dejó escapar un suspiro de fastidio porque ignoraba a qué hora volvería su abuela del partido de bridge y no deseaba irse sin saludarla.

No podía esperar el regreso de la anciana. Al pasar frente al salón, vio que la puerta estaba entreabierta. Su madre leía, recostada en el sillón de orejas que siempre elegía don Braulio para sentarse a beber una copa. Cuando la mujer se percató de su presencia, la llamó. Anita la ignoró y antes de que la detuviera para convencerla de quedarse quién sabe con qué intención, enfiló rumbo al vestíbulo a toda prisa.

Justo antes de cerrar la puerta, oyó que Ernestina gritaba su nombre.

INOLVIDABLE PARÍS

Barrio de Caballito, Buenos Aires, 1954

Ese lunes por la mañana a Anita casi se le pegan las sábanas. Había pasado tan mala noche que ni siquiera fue capaz de oír el despertador. Los rayos de sol entraban por la ventana, iluminando como un faro la oscuridad de la habitación y de sus propios pensamientos. Las pesadillas habían vuelto con más virulencia que antes. Se espabiló sacudiendo varias veces la cabeza, y cuando se dio cuenta de que ya eran más de las nueve soltó una maldición y corrió al cuarto de baño para acicalarse. Regresó a la habitación con el pelo húmedo y desordenado, envuelta en una bata. Era su primer día en la redacción desde su regreso de París y llegaría tarde. Esperaba que ese detalle no malograra la posibilidad de que don Goyo le permitiera publicar su entrevista.

Aunque se dio prisa, terminó entrando en el edificio donde funcionaba la revista *El Hogar* cuando el reloj de recepción marcaba las diez y cinco minutos. Apenas puso un pie en la redacción, Rosalía le salió al paso. Se dieron un abrazo y luego le dijo, en voz baja, que don Goyo había estado preguntando por ella desde muy temprano.

—¿Está en su despacho?

Rosalía asintió.

—Yo iría ya mismo a hablar con él —le dijo, mirando de reojo hacia la oficina del jefe. Ella se jactaba siempre de conocerlo muy bien y sabía que, por alguna extraña razón, esa mañana necesitaba hablar con su compañera urgentemente.

Anita sonrió. Su mandíbula se había tensado a causa de los nervios. Tardó apenas unos segundos en llamar a la puerta de don Goyo. Escuchó su voz amortiguada diciéndole que pasara y entonces entró. Se quedó en el umbral, esperando una reprimenda por llegar a una hora inadecuada. Pero no hubo reprimenda alguna ni nada que se le pareciera. Don Goyo rodeó el escritorio y caminó hacia ella dando grandes zancadas. La abrazó y Anita, sorprendida, ni siquiera pudo separar los brazos del cuerpo.

—¡Por fin te veo, Anita! —La apartó para mirarla y sonrió de oreja a oreja—. Quería hablar con vos cuanto antes sobre la entrevista que escribiste.

—¿Le gustó? —preguntó tímidamente.

Él soltó una carcajada.

—¿Qué si me gustó? ¡Es estupenda! Tanto que me da vergüenza reconocer que por mi culpa has desperdiciado tu gran talento en una sección donde no podías lucirte realmente.

Anita estaba eufórica. Intuía lo que iba a decir a continuación y le costó contener la emoción.

—¡Vamos a publicar la entrevista a Rosario Navarro Soler en el próximo número de la revista! Felicitaciones, Anita, has hecho un gran trabajo. —Regresó a su escritorio y la invitó a sentarse.

Ella, con las piernas temblorosas, se dejó caer en la butaca con todo el peso de su cuerpo.

—La nota no puede salir así. Habla con uno de los fotógrafos y pónganse de acuerdo para ir a verla; hoy mismo, si es posible.

—¿A Rosario? —Anita sintió como su corazón se aceleraba.

—¡Por supuesto! ¿A quién más? Quiero imágenes de ella y de algunas de sus obras. También del lugar donde trabaja.

Anita asintió. No podía decirle que ni siquiera sabía dónde encontrarla. Entonces recordó que le había hablado de un hermano abogado. Se llamaba Santiago. Lo primero que hizo al salir del despacho de don Goyo fue averiguar la dirección de su bufete legal. La encontró en la guía telefónica. Recortó la página y la guardó en su bolso. Habló con Juan Carlos, uno de los mejores fotógrafos de la revista, y concertaron verse esa misma tarde después de las cuatro. Tenía el tiempo suficiente para acudir al bufete de Santiago Navarro Soler y averiguar dónde podía encontrar a Rosario.

Aprovechó la hora del almuerzo para acercarse hasta el lugar. El imponente Palacio Barolo, ubicado en plena Avenida de Mayo, era uno de los emblemas edilicios de la ciudad. Anita lo conocía solo por fuera y siempre se había sentido atraída por su fachada revestida en piedra símil París. Al entrar, sus ojos recorrieron el lugar con embeleso. Se dirigió a la mesa de entradas y le preguntó al empleado dónde estaban los ascensores. El muchacho sonrió y señaló hacia atrás con la mano por encima del hombro. Anita le dio las gracias y siguió su camino. El bufete Navarro Soler y Asociados se encontraba en el cuarto piso. Cuando llegó y le dijo a la secretaria a quién buscaba, esta le informó que el doctor Navarro Soler no pasaría ese día por su despacho porque estaba preparándose para viajar al exterior. Anita no podía irse con las manos vacías.

Sospechaba que si pedía la dirección de su casa no se la darían, por eso le aclaró la razón de su visita.

—En realidad no busco a Santiago Navarro Soler, sino a su hermana Rosario —le aclaró, sin dejar de sonreír—. Trabajo para la revista *El Hogar* y hace poco la entrevisté en París con motivo de una muestra que dio allí con algunas de sus obras de arte. Mi jefe quiere que me vuelva a poner en contacto con ella para realizar unas fotos que acompañen la nota y, lamentablemente, no sé cómo ubicarla.

La mujer se quedó pensativa y ya no la miraba con desconfianza.

—No estoy autorizada a brindar información privada del doctor Navarro Soler ni de sus socios, pero supongo que el suyo es un caso excepcional. —Abrió una libreta de cuero negro y tras hojear varias páginas se detuvo en una de ellas—. Tengo aquí la dirección del atelier de la señorita Rosario.

Cuando Anita descubrió que el atelier no solo se encontraba en el barrio de Almagro, sino que estaba a unas pocas cuadras de la Editorial Haynes, salió del Palacio Barolo con una extraña sensación en el cuerpo. Sin duda, muchas veces el destino jugaba sus cartas de una manera muy caprichosa. Rosario y ella se habían conocido al otro lado del mundo, en una ciudad idílica como París y ahora estaban más cerca de lo que suponían.

*

Barrio de Almagro, Buenos Aires, esa misma tarde

Rosario no podía dejar de pensar en lo que le había contado Isabela sobre la mujer pelirroja en la parroquia de Santa Clara. Observó la pintura que tenía frente a sus ojos a medio terminar. Le había prometido a Jean Luc Bertrand que la incluiría en la remesa de obras de su autoría para la próxima exposición, aunque no sabía si estaría lista para entonces. Nunca antes había tenido problemas en acabar un cuadro inconcluso; sin embargo, aquel era diferente. No era cuestión de musas esquivas o falta de inspiración. Simplemente se negaba a continuar porque Anita no estaba allí, al otro lado del caballete, posando para ella. Dejó escapar un suspiro y de un manotazo cubrió el cuadro con el lienzo. Buscó con desesperación el paquete de cigarrillos que había comprado esa mañana, pero no lo encontró. Se sirvió un vaso de whisky con hielo y tras revolverlo con el dedo, se lo bebió de un solo sorbo. Necesitaba embotarse la mente para dejar de pensar. Estaba por prepararse un segundo trago cuando sonó el timbre. Maldijo en voz baja. No esperaba a nadie y tampoco tenía ánimos de ver a ninguna persona. Ignoró al invitado indeseado con la esperanza de que, cansado, se marchara de una vez. Pero no tuvo suerte. La persona al otro lado de la puerta insistía en ser atendido y ella se vio tentada a gritarle que dejara de molestar.

—Rosario, ¿estás ahí?

Contuvo el aliento y casi se ahoga con su propia saliva. Reconocería aquella voz entre un millar de otras voces.

Era ella… Anita.

Por un momento no supo qué hacer. Casi se le cae el vaso de whisky al suelo. Lo dejó sobre la mesa y se atusó el cabello. Debía estar hecha un desastre. Olía a sudor y a alcohol. Corrió al baño y al

pararse frente al espejo, sus sospechas se hicieron realidad. Se mojó el rostro para despejarse un poco y disimuló el olor a transpiración con una de sus colonias más fragantes. Hurgó en el neceser donde guardaba sus artículos de maquillaje y se pintó los labios de rojo carmesí. Solo un toque, porque no le gustaba exagerar. Llevaba puesto el viejo delantal que se ponía cuando pintaba. Se lo quitó y lo arrojó al suelo. Debajo tenía unos pantalones Capri de tela cuadrillé y un sweater verde con cuello de tortuga. Aunque no estaba del todo conforme con su aspecto, salió por fin del baño. Se dio cuenta entonces de que hacía al menos un par de minutos que no escuchaba nada al otro lado de la puerta. ¿Acaso Anita se había cansado de esperar? Se dio prisa y al abrir la vio al otro del pasillo, conversando con un hombre. Estaba de espaldas, con los brazos cruzados. Su preciosa cabellera pelirroja, sujeta en una trenza, le caía por encima de uno de los hombros. Vestía una falda tubo de color morado y un cárdigan de lana gorda con un intrincado diseño de rombos. El sujeto que la acompañaba se percató de su presencia y le dijo algo mientras señalaba hacia donde ella estaba. Anita entonces se dio vuelta y sus miradas se reencontraron después de haberse perdido en París. Se quedaron mirándose como si el tiempo no hubiera pasado, como si estuvieran predestinadas a volver a verse a pesar de ellas mismas. Rosario fue la primera en reaccionar. Lo hizo al darse cuenta de que estaban llamando demasiado la atención.

—¡Anita! ¿Qué estás haciendo acá? —Le temblaban los labios y su voz sonó más aguda de lo que habría deseado.

La joven y el hombre que iba con ella se acercaron.

—Hola, Rosario. ¿Cómo estás? —preguntó ella, haciendo un gran esfuerzo en disimular sus nervios.

—Sorprendida de verte —respondió tras soltar un suspiro.

La pelirroja sonrió. Aunque el perfume de Rosario predominaba en el aire, alcanzó a percibir cierto olor a alcohol en su aliento.

—Esperamos no importunarte. —Se dirigió a su compañero—. Él es Juan Carlos, fotógrafo de la revista.

—Mucho gusto —dijo Rosario, apenas prestándole atención al hombre.

—Encantado de conocerla, señorita Navarro Soler —contestó Juan Carlos, solícito.

—¿Cómo has conseguido la dirección del atelier?

—Fui al bufete de abogados de tu hermano Santiago. Su amable secretaria me la dio.

Rosario asintió y los invitó a pasar. Se disculpó por el desorden mientras les hacía señas de que se sentaran en unos taburetes.

—¿Les apetece beber algo? —preguntó, sin estar segura de tener una bebida decente para ofrecerles. Estaba dejándose dominar por los nervios y temía que se notara demasiado.

—Yo estoy bien así —dijo Anita, paseando sus ojos azules por el lugar. El fotógrafo respondió lo mismo y pidió permiso para recorrer el atelier.

Rosario agradeció la ausencia momentánea de aquel hombre para poder enfocar toda su atención en Anita sin sentirse intimidada. Aunque hacía solo unos días que habían dejado de verse, se dio cuenta de que algo en su actitud había cambiado. Notó recelo en su mirada, como si estar allí le causara cierta incomodidad. Le hubiera gustado preguntarle a qué se debía esa actitud distante que se

empeñaba en mostrar, pero el tal Juan Carlos andaba cerca y no quería importunarla.

—Hemos venido porque mi jefe quiere algunas fotos para acompañar la entrevista —le explicó Anita en un tono neutro mientras se revolvía inquieta en el taburete.

Rosario enarcó las cejas.

—¿Fotos? ¿Con estas fachas? —retrucó, espantada.

Anita sonrió y entonces la máscara de displicencia desapareció de su semblante.

—Creo que retratar al artista en su ámbito natural, sin demasiadas petulancias, será un gran golpe de efecto —dijo, imaginándose la clase de imágenes que quería para ilustrar la entrevista—. ¿Te parece bien que empecemos ya?

—¿Tenés prisa en marcharte? —la increpó Rosario, convencida de que Anita estaba allí solo por su trabajo y nada más.

La inoportuna aparición de Juan Carlos consultando si podía fotografiar su espacio de trabajo, evitó que Anita le diera una respuesta.

Rosario lamentó la interrupción y unos minutos más tarde, aceptó someterse a las directivas, tanto del fotógrafo como de Anita, para obtener las mejores imágenes. Se sintió rara posando frente al objetivo de la cámara, como si fuera una especie de modelo. Estaba acostumbrada a estar siempre en el sitio opuesto y le costó seguir las indicaciones, no solo por las circunstancias tan ajenas a su mundo sino también porque le costaba apartar los ojos de Anita cada vez que él le decía que debía mirar hacia otro lado para conseguir una buena fotografía.

La sesión duró más de la cuenta, al menos eso pensó Rosario, un poco agobiada por tanto ajetreo y tantas miradas furtivas entre Anita y ella que no hacían más que generar incertidumbre. Cuando por fin Juan Carlos anunció que tenía material suficiente para hacer una nota a la altura de la entrevistada, suspiró aliviada. Poco le importó que se dieran cuenta de que estaba demasiado contenta de haber acabado por fin. Volvió a insistir en que bebieran algo antes de irse, pero recibió otra negativa. Ante la falta de una excusa creíble para poder quedarse a solas con Anita, no tuvo más remedio que pedirle que no se fuera todavía.

—Me gustaría hablar con vos sobre algunas de las cosas que dije en París y que quizá deberíamos omitir en la entrevista —dijo rezando en silencio para que el acompañante captara la indirecta y desapareciera lo antes posible.

Anita, sin un argumento sólido con el cual rechazar su petición, aceptó conversar con ella. Acompañó al fotógrafo hasta la salida y, al regresar, ninguna de las dos supo qué decir. El tenso silencio que se generó en el atelier se podía cortar con el filo de un cuchillo. Fue Rosario quien rompió el hielo. Lo hizo formulando una pregunta que tenía atorada en la garganta desde que Anita reapareció en su vida.

—¿Estás enojada conmigo? —Se cruzó de brazos y la buscó con la mirada cuando ella desvió la vista—. Si es por haber abandonado París sin despedirme, tuve que adelantar mi regreso por cuestiones ajenas a mi voluntad. Te dejé una nota con Jean Luc Bertrand…

—Leí la nota. La tenía Clarisse —dijo Anita, enfrentándose a esos ojos que la turbaban tanto.

—¿Clarisse? ¿Volviste a encontrarte con ella?

La pelirroja asintió.

—Hubiese preferido no hacerlo, pero quería saber qué decía tu mensaje. —Curvó los labios en una sonrisa sarcástica—. Por supuesto, Clarisse aprovechó la ocasión para hacer de las suyas.

Rosario se adelantó hasta quedar a tan solo un par de centímetros de ella. Reprimió el impulso de tocarla. Tuvo que contenerse, llevando las manos a la espalda.

—¿Qué querés decir?

—Nada; la verdad es que prefiero no acordarme —dijo con la respiración entrecortada.

—Lamento que por mi culpa hayas pasado un mal momento. No pensé que ella acabaría quedándose con la nota.

—No es tu culpa —se apresuró a decir Anita, tratando de restarle importancia a los hechos—. Aunque fue una experiencia desagradable, no sucedió nada grave.

—Si hubiese sabido dónde encontrarte, habría ido a despedirme de vos en persona.

—Ya no hablemos de ello, Rosario. —Retrocedió unos pasos para poner un poco de distancia—. París no es más que un recuerdo; debemos continuar con nuestras vidas.

Rosario no se conformaba con aquella indiferencia que la sacaba de quicio. ¿En dónde estaba la Anita que se había entregado a sus caricias sin tapujos? La misma que había temblado de pasión entre sus brazos.

—Yo nunca voy a olvidar lo que vivimos en París —susurró, endulzando su sentida confesión con una sonrisa. Rompió la barrera que ella misma había construido entre ambas, rozándole la mano con la punta de los dedos.

Anita sintió un latigazo cargado de electricidad recorrer su cuerpo de pies a cabeza. A pesar de que se moría de ganas de besarla, se resistía a caer en la tentación. Estaba dispuesta a todo con tal de evitar que Rosario intentara seducirla. Por eso se armó de valor y decidió hablarle de Agustín Mendizábal.

—Hay algo que tenés que saber —dijo, con una seriedad pasmosa —. En poco más de un mes seré una mujer casada. Lo nuestro, que ni siquiera sé cómo llamarlo, es imposible. Aunque lo he intentado, no puedo eludir el compromiso que contraje con el hombre que se convertirá pronto en mi esposo. Hablé con él para cancelar la boda… sabe que no lo amo, y no le importa.

—¿Entonces por qué te vas a casar con él si no estás enamorada? —inquirió Rosario, apabullada por aquella noticia que no se esperaba.

—¿De verdad te interesa saberlo?

—Todo lo que tenga que ver con vos me interesa, Anita —confesó, pasando por encima de su inminente matrimonio y de sus propias dudas.

Anita le dio la espalda. Necesitaba ordenar sus pensamientos. Acababa de contarle a Rosario que la había engañado y ella le soltaba una verdad así de contundente. No podía hacerle eso precisamente ahora, cuando faltaba tan poco para convertirse en la mujer de Agustín Mendizábal.

—Vení. —Rosario la agarró de la mano y la obligó a sentarse en el sofá—. Contame qué se esconde detrás de ese matrimonio tan poco afortunado.

—No tiene caso, Rosario —respondió ella, dejándose vencer por el agobio.

—Quiero escucharte —le dijo. Aunque pretendió que su voz sonara firme, el ligero temblor en los labios evidenció todo lo contrario. Estaba completamente atontada, tratando de asimilar que la mujer de quien se había enamorado, porque ahora sabía con certeza que lo que sentía por ella era auténtica devoción, pronto le pertenecería a alguien más.

Anita, resignada a revelar el resto de la verdad, le contó las razones por las cuales había aceptado casarse con Agustín Mendizábal.

—¿Es cuestión de saldar la dichosa deuda? —preguntó Rosario, intrigada.

La pelirroja se encogió de hombros.

—Le dije que, si me daba tiempo, yo le devolvería todo el dinero que pagó para finiquitar la deuda que contrajo mi padre, pero no quiso escucharme. Mi madre, por supuesto, es la primera en apoyar su decisión. Ella solo desea que un Von Keller vuelva a estar al frente de la tienda de antigüedades.

—Sacrificando la felicidad de su propia hija. —Rosario no conocía a Ernestina, aunque ya le caía mal.

—Yo acepté entrar en el juego, y a pesar de que logré estirar el compromiso lo más posible, antes de viajar a París me vi obligada a pactar la fecha de la boda. Fue la condición que impuso mi madre para dejarme partir. —Hizo una pausa, a sabiendas de que lo que estaba a punto de decir sería su perdición—. No contaba con lo que sucedió allí. Jamás pensé que encontraría a alguien como vos… una mujer maravillosa que puso mi mundo patas arriba.

Aquella revelación inesperada generó un silencio ensordecedor que duró apenas unos instantes. Ese breve lapso en el cual ninguna

de las dos supo qué decir fue lo único que necesitó Rosario para acercarse al rostro de Anita y volver a probar el sabor de su boca. No hubo resistencia alguna ni titubeos. Tan solo una rendición apasionada construida con besos hambrientos y caricias ansiosas. La ropa sobraba y el tiempo apremiaba. Se despojaron de todo mientras el sol de la tarde que entraba por la ventana iba proyectando sombras sobre su piel. Anita estaba temblando, pero no era de miedo, sino de puro éxtasis. Extendió el brazo para tocar el cuerpo desnudo de Rosario. Lo hizo muy lentamente, deteniéndose en el hueco que formaba su hombro derecho, en la redondez de sus pechos pequeños y la sinuosa curva que nacía en su cintura y moría más allá de sus caderas. Rosario entonces tomó la mano de Anita y la deslizó entre sus muslos, indicándole lo que debía hacer a continuación. Ella obedeció, dejándose guiar por sus propios instintos y comenzó a frotar su sexo húmedo hasta hacerla gemir de placer. Su propia entrepierna reaccionó, palpitando de deseo. Ese fuego que ahora le quemaba las entrañas fue rápidamente sofocado cuando Rosario la tumbó de espaldas sobre el sillón y enterró la cabeza en su pelvis. El cuerpo entero de Anita se tensó al sentir cómo Rosario lamía los labios sensibles de su sexo hasta hacerle perder el control. Creyó que moriría de placer cuando su lengua empezó a entrar y a salir con movimientos ondulantes, dando pequeñas estocadas que imitaban con asombrosa maestría el acto más primitivo y sensual entre dos seres humanos. Porque más allá de cualquier condición de género, del rechazo social y de sus propias limitaciones, en ese momento de absoluto éxtasis eran solo dos almas libres que se habían reencontrado para amarse.

Abrazadas, con la piel brillante por el sudor y el cuerpo todavía temblando levemente por los estertores de la pasión, Rosario miró a Anita a los ojos y sonrió.

—Te amo, *mon petit papillon*.

Anita le acarició los labios con la punta de los dedos. De repente tuvo fuertes deseos de llorar y no pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

—¿Estás bien? —preguntó Rosario, contrariada—. Si te molesta que te haya dicho que te amo, no voy a pedir perdón porque es lo que siento y no me arrepiento de lo que hicimos.

—Yo tampoco lamento lo que pasó —respondió por fin, aplacando la ansiedad de Rosario—. Ha sido maravilloso…

—¿Entonces?

Anita soltó un resuello y se enjugó las lágrimas de un manotazo. Le daba vergüenza confesarle que, por primera vez, había hecho el amor con los ojos abiertos sin fantasmas del pasado que la acecharan.

—No me hagas caso —dijo simplemente, estrechándola contra su cuerpo. Luego, mientras se adormecía escuchando el sonido acompasado de la respiración de Rosario sobre su pecho, susurró—: Yo también te amo.

Y entonces fue Rosario la que lloró de emoción y felicidad.

TIERRA NATAL

Hamburgo, Alemania, año 1954

La noche estaba estrellada y no corría ni una gota de viento. El calor bochornoso que había reinado durante todo el día parecía haberse transformado en una masa húmeda y asfixiante que coartaba el deseo de salir a las calles. Quienes se animaban a hacerlo, fuera por obligación o voluntad propia, se arriesgaban a regresar a sus hogares con el cuerpo bañado en sudor y la ropa pegada a la piel. La tan ansiada lluvia que muchos incluían en sus plegarias se resistía a abrirse paso entre las nubes para traer alivio.

Los más jóvenes eran también los más valientes, y preferían aventurarse a una noche tórrida simplemente porque no soportaban el encierro. Y, por supuesto, estaban los que, impulsados por alguna apremiante necesidad, vagaban por las calles en busca de lo que su propio cuerpo les pedía a gritos.

Un joven de abundante cabellera oscura se movía deprisa por uno de los callejones más lúgubres del barrio de Rotherbaum. La extrema delgadez de su cuerpo se percibía debajo de una amplia camisa y unos gastados pantalones de corte militar. Caminaba cabizbajo, con las manos en los bolsillos. De vez en cuando levantaba la vista, como si estuviera buscando a alguien. Un enjambre de luciérnagas bailoteaba alrededor de la luz mortecina de

la única farola del lugar. El fuerte olor a orina de gato, mezclado con algún alimento en descomposición de uno de los tarros de basura del restaurante de la esquina, era repugnante. Una sombra alargada se recortó contra la pared y un hombre robusto que avanzaba a trompicones terminó chocando contra él. Estaba completamente borracho. Le dio un fuerte empujón para sacárselo de encima justo antes de que su cuerpo se doblara hacia delante y ensuciara el suelo de ladrillos con un vómito espeso y nauseabundo.

El joven se alejó con una fuerte arcada martillándole en la boca del estómago. Se detuvo a unos cuantos metros de distancia, los suficientes para mantenerse a salvo de aquel sujeto con tan mala pinta. No supo cuánto tiempo estuvo allí esperando, con la mirada perdida y las manos presas de un temblor que solo se detendría cuando la blanca sustancia que lo había convertido en su esclavo entrara por fin en su organismo. Lo peor no era la espera, sino la terrible posibilidad de que la persona que le proporcionaba aquel polvo milagroso decidiera no aparecer. Recorrió el callejón de punta a punta hasta que sintió que los músculos de sus delgadas piernas dejaban de responder. Tuvo que sentarse en uno de los cajones de madera que los empleados del restaurante solían apilar junto a la puerta de acceso. Se asustó cuando alguien de pronto la abrió para arrojar la colilla de un cigarro y volvió a cerrarla. Fue entonces que sus ojos oscuros se toparon con un cartel publicitario medio rasgado que estaba despegándose de la pared. La luz de la farola le daba de lleno y pudo leer un nombre: Isabela.

Su corazón se detuvo al ver el retrato de una mujer de cabello castaño, cantando frente a un micrófono. Cuando consiguió unir las

partes que se habían roto, apareció el apellido Eiserman, escrito en letras bien grandes.

Los ojos del joven se llenaron de lágrimas. Eiserman… Lo pronunció en voz alta para convencerse de que era real y no se trataba de una alucinación debido a la abstinencia de casi veinticuatro horas que asolaba su mente y su cuerpo. Arrancó el cartel con cuidado, lo dobló y se lo guardó en uno de los bolsillos del pantalón. No podía parar de llorar. Incluso derramó unas cuantas lágrimas frente al sujeto que apareció a altas horas de la madrugada para entregarle en un sobre pequeño lo que tanto necesitaba.

Esa noche, en la soledad de su habitación, con los sentidos completamente anestesiados, se durmió susurrando un nombre.

Isabela…

*

Hamburgo, Alemania, al día siguiente

Un enorme ramo de rosas rojas inundaba el camarín con su perfume. Alguien las había colocado en un improvisado florero de plástico ni bien habían llegado al teatro. Iban acompañadas por una tarjeta, firmadas de puño y letra por el alcalde de la ciudad.

Isabela se encontraba sentada frente a un gran espejo que le devolvía la imagen de una mujer que acababa de triunfar en uno de los escenarios más importantes de Hamburgo. Cualquiera diría que eso era suficiente para que una artista de su clase se sintiera dichosa. Sin embargo, desde que había pisado suelo alemán, hacía ya casi una semana, vivía en una constante lucha interna que no la

dejaba disfrutar del éxito que estaba cosechando en su tierra natal. Pasar las dos primeras noches en Berlín había sido un viaje a los momentos más tiernos de su infancia, pero también le originó verse atrapada en una maraña de terribles recuerdos. Reconoció algunos de los rincones de la ciudad y otros le parecieron completamente extraños. Cuando Santiago le propuso visitar Wilmersdorf, el barrio donde había nacido, se negó rotundamente. No deseaba estar allí porque ya nada de aquel lugar le pertenecía. Por más que su antigua casa siguiera en pie, no sería más que un cascarón vacío, frío y sin alma. Los que alguna vez habitaron en su interior no existían más. Ella tampoco era la misma. La primera noche que actuó en el escenario del Teatro Schiller sintió una opresión en el pecho tan grande que creyó que no podría entonar ni una sola nota. Fue Santiago quien salió en su ayuda, sosteniendo su mano y susurrándole palabras de aliento al oído antes de enfrentarse al público. Tras poco más de una hora de un repertorio que incluyó tangos, boleros y un par de famosas canciones alemanas que había elegido especialmente para deleitar a los oyentes, corrió a los brazos de su esposo, que la acompañaba detrás de bambalinas, atento a cualquier señal de su parte. Habían llegado a un acuerdo: si Isabela sentía que ya no podía más, él saldría al escenario, pediría disculpas en su nombre y la sacaría de allí de inmediato. Las autoridades diplomáticas que la habían contratado para aquella gira por suelo alemán conocían muy bien su situación y se mostraron comprensivos con ella. Santiago, haciendo uso de sus facultades como abogado, había incluido una cláusula en el contrato donde se especificaba que, ante cualquier eventualidad inesperada, Isabela tenía derecho a

cancelar el show sin sufrir ninguna consecuencia. Nadie podía obligarla a cantar si por dentro se estaba desmoronando.

La puerta se abrió de repente y el bullicio del pasillo se coló dentro del camarín. Isabela le sonrió a su esposo a través del espejo y comenzó a quitarse el maquillaje.

Santiago se aproximó y sus ojos se posaron en el ramo de rosas rojas que ocupaba un rincón del tocador.

—Son del alcalde —dijo Isabela estudiando la expresión contrariada de su rostro—. ¿No me dirás que te has puesto celoso?

Él le rozó la mejilla con el dorso de la mano y soltó un suspiro.

—Ese hombre estaba sentado en la primera fila y aplaudía a rabiar cada vez que terminabas una canción.

—Un espectador muy atento —puntualizó Isabela sin hacer demasiado caso a su comentario. En el fondo le gustaba que la celara, porque aquella especie de juego absurdo terminaba casi siempre en una apasionada noche de amor.

—Un espectador que te comía con la mirada —se quejó Santiago, acercando una de las dos banquetas de cuero color rojo bermellón que había en el camarín, para sentarse junto a ella.

—Estaba con su esposa. —Le sonrió, divertida—. ¿La has visto?

Él asintió. La mujer del alcalde era una señora de mediana edad, con aspecto de sargento malhumorado. Apenas había aplaudido durante todo el show y no parecía sentirse a gusto entre tanta gente. Cuando tuvieron ocasión de conocerla, debido a que el alcalde quiso saludar a Isabela antes de abandonar el teatro, se dieron cuenta de que era ella quien llevaba los pantalones en su matrimonio. Le bastó lanzar una mirada de advertencia hacia su esposo al ponerse demasiado efusivo para que el pobre hombre se

replegara en silencio, como una tortuga escondiendo su cabeza debajo del caparazón para huir del peligro.

Se rieron al recordar la escena.

—Aun a costa de recibir una reprimenda de su esposa, se las apañó para hacerte llegar las flores —comentó Santiago, en tono burlón. Aunque Isabela recibía numerosas muestras de admiración antes y después de sus conciertos, a veces le resultaba incómodo ver cómo el público masculino le enviaba costosos presentes, quizá con el propósito de ganarse su simpatía.

—Son bellísimas y huelen de maravilla —retrucó ella, devolviéndole una sonrisa seductora.

Él le puso una mano en el muslo por encima de la tela de seda de su vestido y dijo:

—Vos estás bellísima esta noche y olés maravillosamente bien. Si no corriéramos el riesgo de que esa puerta se pueda abrir de un momento a otro porque alguien desea conocerte, te haría el amor ahora mismo. —Señaló hacia el fondo del camarín—. Te tumbaría encima de ese sofá y tardarías menos de un minuto en quedarte completamente desnuda.

La osada propuesta de Santiago le erizó la piel. Él conseguía siempre espantar sus miedos más atroces con palabras apasionadas como las que acababa de pronunciar.

—No sé qué haría sin ti, mi amor —respondió Isabela apretando su mano con firmeza.

Santiago fingió que estaba pensando y luego le guiñó el ojo.

—Se me ocurren un montón de cosas que podrías hacer, querida. —Le acarició la parte interna de la pierna, deslizando la falda del vestido hacia arriba.

Ella se dejó hacer, imaginando lo que vendría después cuando por fin estuvieran a solas en el hotel.

Pero el juego amoroso que apenas había comenzado fue interrumpido de repente cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Isabela, apartando la mano de su esposo de mala gana.

Santiago se cruzó de brazos y puso cara de circunstancia cuando una de las empleadas del teatro entró al camarín con cara de incomodidad.

—Señora Isabela, disculpe que la moleste, pero afuera hay un muchacho que insiste en hablar con usted. Si lo desea, puedo llamar al guardia de seguridad para que se encargue de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Santiago. Su escaso dominio del idioma alemán no le permitió entender la mitad de lo que aquella mujer decía.

Isabela le explicó la situación y él estuvo de acuerdo con la empleada en dejar que alguien de seguridad se ocupara del asunto. Aunque su esposa siempre trataba de atender a quienes se acercaban para felicitarla o simplemente conocerla en persona, a veces ese ritual que se repetía a menudo se tornaba agotador. Por esa razón, Santiago se opuso a que recibiera al joven que insistía tanto en verla.

—Querido, no me cuesta nada —dijo ella, ocultando detrás de una sonrisa el cansancio de otra noche en donde había dejado todo arriba del escenario.

Él se mostró reacio; sin embargo, Isabela era quien tenía la última palabra cuando se trataba de recibir a sus admiradores, y terminó cediendo ante una de sus sonrisas más encantadoras. La empleada

del teatro salió entonces en busca del misterioso joven y volvió al camarín unos minutos más tarde con una expresión de desconcierto en el rostro.

—No he podido encontrarlo —dijo, encogiéndose de hombros.

—Se habrá cansado de esperar —comentó Santiago después de que Isabela le tradujo las palabras de la empleada. En cierto modo se sintió aliviado por la repentina ausencia del muchacho.

Isabela, en cambio, tuvo una reacción muy diferente y no se preocupó en negarlo.

—Me habría gustado saludarlo.

—Ni siquiera lo conocés, querida —terció él, haciéndole un gesto a la empleada del teatro de que podía retirarse porque ya no la necesitaban.

—Tienes razón. —Suspiró hondo y se inclinó sobre el ramo de rosas para oler su perfume.

—¿Nos vamos?

Isabela se miró rápidamente al espejo y se atusó un rizo de cabello que se asomaba por debajo de su elegante sombrero pillbox de fieltro azulado. El sobrio vestido negro de satén duquesa que había elegido para actuar durante su segundo concierto en Hamburgo le sentaba como un guante.

Salieron al pasillo que a esas horas se encontraba casi desierto, a no ser por algunos tramoyistas que todavía no habían acabado con su trabajo. Al llegar al vestíbulo, descubrieron que estaba lloviendo.

—Voy a decirle al chofer que ya estamos listos —anunció Santiago, refiriéndose al conductor que les había asignado la embajada para sus traslados en territorio alemán.

Isabela se quedó esperando en el vestíbulo, contemplando a través de las ventanas acristaladas del teatro cómo una fina cortina de agua caía sobre el centro de la ciudad. Pensó que después de varias jornadas teñidas de un calor bochornoso, los hamburgueses sentirían aquella lluvia como una bendición. Santiago no regresaba y empezaba a impacientarse. Se puso a dar vueltas por el lugar, admirando la decoración estilo *art nouveau* que le daba al teatro un aire de modernidad en pleno casco histórico. Se detuvo en seco al descubrir que había alguien de pie al otro lado del ventanal, observándola fijamente. Se trataba de un hombre joven. No distinguió sus facciones ya que llevaba el pelo demasiado largo, y al estar mojado le caía de manera desordenada sobre el rostro. Sin embargo, algo en él llamó poderosamente su atención al punto de no ser capaz de apartar la vista. Ambos se quedaron quietos, mirándose a través del cristal que poco a poco, por efecto de la humedad condensada, comenzaba a empañarse.

La puerta se abrió de repente y Santiago ingresó al vestíbulo del teatro, sacudiéndose el agua de los zapatos. Aquella inesperada irrupción provocó que Isabela desviara la mirada un segundo. Cuando volvió a buscar al joven desconocido, él ya no estaba allí. Pasó de prisa junto a Santiago y salió a buscarlo.

—¡Isabela! ¿Dónde vas? —Su esposo la llamó en vano.

A Isabela no le importó mojarse. Fue hasta la esquina más cercana y oteó en ambas direcciones. No había señales de él. Tenía la certeza de que se trataba del mismo joven que había insistido en verla tras el concierto. ¿Por qué se había marchado sin encontrarse con ella? Y lo que era más inquietante aún: ¿qué hacía acechándola

bajo la lluvia? Frustrada al no poder ubicarlo, volvió al teatro donde Santiago, preocupado, la estaba esperando.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, con un gesto de brazos.

—Había alguien espiándome. Creo que era el joven del cual nos habló la empleada del teatro —dijo, sin dejar de mirar a su alrededor, con la extraña esperanza de verlo aparecer en cualquier momento.

La respuesta de su esposa solo preocupó más a Santiago.

—Puede ser alguien peligroso —repuso, apoyando la mano en la espalda de Isabela para instarla a moverse—. Será mejor que nos vayamos antes de que empiece a llover más fuerte. ¿Te apetece que cenemos en algún restaurante cercano o preferís que comamos algo en el hotel?

Ella iba a responder que le daba igual cuando el estruendo de un fuerte chaparrón hizo retumbar las ventanas del teatro. Entonces la puerta se abrió de golpe y la delgada figura de aquel joven se movió por el vestíbulo en una actitud claramente sospechosa. La primera reacción de Santiago fue proteger a su esposa. Se paró delante de ella, con los brazos abiertos y le lanzó una mirada amenazante al desconocido.

—¡No te acerques! —le advirtió en español.

—No creo que te haya entendido —le susurró Isabela poniéndose en puntas de pie para hablarle al oído.

Santiago la miró por encima del hombro, sin perder de vista al muchacho que tenían enfrente. No se había movido, aunque parecía no tener intención de dejarlos marchar.

—Isabela…

Cuando por fin abrió la boca para decir el nombre de Isabela, la tensión que flotaba en el aire dio paso a un silencio abrumador.

—Sí, se llama Isabela y es mi mujer —dijo Santiago, empeñándose en hablar en español cuando sabía perfectamente que era inútil.

El intruso lo ignoró. Se quitó el pelo mojado de la cara y entonces vieron las oscuras manchas violáceas debajo de los ojos. No solo era escuálido, tenía un aspecto enfermizo a pesar de su juventud.

—Isabela, soy yo —musitó entre dientes mientras intentaba sonreír.

Ella se apartó de Santiago e hizo caso omiso cuando él intentó retenerla a su lado. Se paró delante del muchacho y al verlo más de cerca, distinguió en su rostro unos rasgos dolorosamente familiares. Alzó el brazo para mover el mechón de cabello que le tapaba la mejilla izquierda. Le indicó que ladeara un poco la cabeza y entonces vio los dos lunares detrás del lóbulo de la oreja. Estaban separados apenas por unos cuantos milímetros y se asemejaban a la mordida de un vampiro.

—No puede ser… —Isabela sintió que su corazón se aceleraba. Aquella marca tan peculiar era la misma que su hermano Samuel tenía en el cuello cuando era niño. Siempre bromeaba con sus amigos, diciendo que él era nada más y nada menos que el discípulo predilecto del conde Drácula, y que por eso llevaba aquella señal como muestra de su condición vampírica.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó, tomando su mano entre las suyas. Eran sumamente delgadas y con las venas azules tan manifiestas que cualquiera habría asegurado que era un vampiro de verdad.

Isabela no pudo responder a su pregunta, porque su cuerpo colapsó debido a la impresión de encontrarse con el hermano que, durante todos esos años, había creído muerto.

*

Santiago alzó levemente la cabeza para observar al joven que yacía tumbado en una butaca, al otro lado de la habitación. Entre ambos, acostada en la cama con los párpados entornados y una palidez extrema en el rostro, se encontraba Isabela. El médico, que acababa de marcharse, había asegurado que la paciente no tardaría en despertar, y esbozando una sonrisa tranquilizadora dijo que el desmayo no había sido más que una respuesta física a una brusca crisis emocional.

Santiago no desconfiaba del diagnóstico vertido por el médico en un español bastante fluido; sin embargo, le inquietaba la reacción de Isabela una vez que despertara. No había sido fácil para él tomar la decisión de pedirle al extraño muchacho de larga cabellera y actitud sospechosa que los acompañara al hotel. Lo hizo después de que su esposa, justo antes de perder el conocimiento, susurrara el nombre de Samuel. Y ahora se encontraban allí, sentados junto a la cama, velando el sueño de Isabela sin dirigirse la palabra.

El desconocido se movió y Santiago lo miró. Se percató entonces de que le tiritaban las manos. Buscó esconderlas, cruzando los brazos sobre el pecho. Ese gesto no hizo más que sembrar oscuras sospechas sobre el origen de su condición. En su ámbito de trabajo, durante alguna que otra visita carcelaria, Santiago había visto de cerca el estrago que causaba la adicción a las sustancias prohibidas.

Y estaba casi seguro de que ese joven de ojos saltones y cuerpo tembloroso era prisionero de su propia debilidad.

El tenue quejido que brotó de la garganta de Isabela interrumpió sus pensamientos. Ambos se quedaron contemplándola en silencio, esperando a que ella terminara de despertar.

—Samuel… —musitó con voz entrecortada mientras intentaba enfocar la mirada.

—Isabela, mi amor. —Santiago apretó suavemente su mano para hacerle saber que estaba allí, a su lado.

La mujer esbozó una sonrisa, y al descubrir que había alguien más sentado junto a ella, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es un milagro. —Levantó el brazo para tocar el rostro de su hermano que ahora se presentaba frente a ella convertido en todo un jovencito.

—Querida, por favor, no te esfuerces —pidió Santiago, temeroso de que su esposa cayera presa de una nueva crisis nerviosa.

Ella negó con la cabeza, sin dejar de contemplar al muchacho que apartaba la mirada como si estuviera avergonzado de algo. Más allá de los dos lunares que sabía que tenía en el cuello, no había nada en él que le recordara al pequeño Samuel. Culpó al paso inexorable del tiempo y a la cruda realidad de creerlo muerto. Habían transcurrido once años desde que lo perdiera en Auschwitz. Once largos años en los cuales había llorado por él, pensando que había perecido en una cámara de gas junto a tantos otros. Necesitaba respuestas para entender qué había ocurrido ese fatídico día después de soltarlo entre la multitud.

—Samuel, mi querido Samuel. —Buscó su mano y él titubeó antes de dársela.

—Hace mucho que nadie me llama así —dijo con voz ronca tras aclararse la garganta.

Santiago quiso intervenir al ver que Isabela se agitaba. Ella le hizo un gesto con la cabeza, asegurando que no había nada de qué preocuparse.

—Santiago, mi amor, ¿podrías dejarnos a solas?

Él no supo qué contestar. La petición de Isabela lo tomó por sorpresa. Miró al joven con cierto recelo y al descubrir que tenía los ojos llorosos, de repente se sintió culpable por desconfiar de él. A pesar de sus sospechas, bastaba ver cómo apretaba la mano de Isabela con la suya, todavía temblorosa, para comprender quién sobraba en aquella habitación. Le costó dar el primer paso. Entonces el rostro de su esposa se iluminó con una sonrisa y aceptó su decisión sin vacilar. Se alejó sin decir nada, pero se quedó cerca en caso de que ella reclamara de nuevo su presencia.

Al otro lado de la puerta que Santiago había dejado entreabierta, Isabela y Samuel, sumidos en un silencio que delataba años de dolorosa ausencia, se contemplaban como si el tiempo que le habían robado se hubiera detenido el día que llegaron a Auschwitz.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella para romper el hielo.

—Fue casualidad. Vi un cartel en donde se anunciaba tu actuación en el Teatro Schiller. Aparecía tu nombre destacado, junto a una fotografía. Pasaron muchos años, pero supe de inmediato que eras tú. —Hizo una pausa para humedecerse los labios agrietados—. La noche que vinieron a buscarnos fue la última vez que te oí cantar.

Isabela asintió. Jamás olvidaría el terror al cual había sido sometida su familia esa fría noche de febrero cuando fueron

enviados al gueto de Lodz.

—Todo este tiempo creí que estabas muerto… —musitó, llevándose una mano a la garganta. Temblaba sin poder evitarlo—. Aunque jamás vi tu nombre ni el de nuestro padre en los registros de la Gestapo mientras fui prisionera en Auschwitz, sé que muchos de los que llegaban ni siquiera pasaban la primera *selektion*. Los que no eran elegibles para el trabajo forzado terminaban en la cámara de gas.

Samuel asintió, presa del espanto al oír las palabras de su hermana.

—Samuel…

—Ya no me llamo así —dijo él de repente, dejando escapar un resuello—. Hasta el nombre me han quitado. Soy Hans Schoenfeld desde que tengo siete años.

Isabela sonrió.

—Un placer conocerte, Hans Schoenfeld.

Samuel logró esbozar también una sonrisa.

—Cuéntame que ha sido de tu vida. Necesito entender qué ha pasado.

Él tardó en responder. Agachó la mirada y al levantar nuevamente la cabeza, contempló el rostro de su hermana mayor.

—El día que llegamos a Auschwitz y nos separaron, intenté seguir a papá pero lo perdí entre la gente. Cuando quise regresar contigo y con mamá, ya no estaban allí. Me arrastraron junto a un grupo de gitanos y una niña se aferró a mi mano. No sé por qué, pero no me atreví a soltarla. Tenía miedo, hambre, y me había orinado en los pantalones. La pobre estaba más aterrada que yo. Entonces vino

una mujer que llevaba una estrella de color azul bordada en el brazo.

—Una kapo —repuso Isabela, recordando a la horrible mujer que se había ensañado con ella durante su cautiverio.

Samuel asintió.

—Ella nos apartó a la niña gitana y a mí del resto del grupo y nos llevó a un barracón. Allí dijo que nos escondiéramos debajo de unos cajones de madera. Obedecimos porque no sabíamos qué otra cosa hacer. Nos acurrucamos juntos y cubrió nuestros cuerpos con leña. Antes de irse pidió que guardáramos silencio y permaneciéramos quietos hasta que ella volviera a buscarnos.

A Isabela le costaba creer que, en aquel infierno, alguien se hubiera apiadado de su hermano y de la otra pobre niña.

—Esa noche de lluvia la mujer regresó. Nos dijo que la siguiéramos de cerca y atravesamos un patio, esquivando las luces de la garita de vigilancia. Una vez que logramos salir, se deslindó de cualquier responsabilidad y nos ordenó que corriéramos por los campos, evitando a toda costa acercarnos al camino. La niña gitana lloraba mucho. Hacía frío y no paraba de llover. Éramos libres, aunque no sabíamos qué hacer con esa libertad que no esperábamos.

—Eran tan solo unos niños —dijo Isabela, atravesada por la angustia que destilaba el relato de su hermano.

—Lo sé, quizá por eso aquella mujer decidió salvarnos. —Se mordió el labio inferior antes de continuar—. Antes de decirnos adiós nos contó que difícilmente hubiéramos pasado la *selektion* debido a nuestra edad.

Aunque no guardaba recuerdos agradables de las mujeres que vendían a sus pares por un poco de dignidad entre tanta miseria, tenía que agradecer la afortunada intervención de aquella kapo en particular al salvar a Samuel de una muerte segura.

—¿Qué pasó después?

—Anduvimos toda la noche, sin detenernos. A veces tuve deseos de abandonar a la niña a su suerte porque sus pasos cortos me impedían avanzar a un buen ritmo… pero entonces pensé en nuestra querida *bobe*, muriendo en manos de ese soldado que le disparó solo porque no podía caminar más rápido, y no fui capaz de hacerlo.

—Tu buen corazón habló más alto —manifestó Isabela, trayendo a su memoria la terrible imagen de su abuela Zila, moviéndose con dificultad a causa de sus huesos viejos, el día que fueron arrancados de su hogar por el simple hecho de ser judíos.

—Cuando amaneció, cansados y hambrientos, llegamos a una granja. Nos ocultamos en un cobertizo por temor a que alguien nos llevara de regreso al campo de concentración. No vimos a nadie durante casi todo el día, aunque salía humo de una chimenea. Teníamos mucho frío. La niña gitana estaba afiebrada y apenas podía sostenerse en pie. No podía dejar que muriera. Por eso decidí salir y buscar ayuda. En la cabaña vivía una mujer mayor. Tenía los ojos casi blancos por culpa de la ceguera. Nos abrió las puertas de su humilde casa, nos alimentó, nos abrigó y nos cuidó. Se llamaba Basia y era viuda. Nos contó que había sido maestra y que, al no tener hijos propios, siempre trató a sus alumnos con cariño. Hablaba muy poco alemán; aun así, logramos comunicarnos. Enseguida se dio cuenta de dónde veníamos. Al parecer no éramos los primeros prisioneros que escapaban de Auschwitz y tampoco los primeros a

los que ella albergaba en su granja. La niña gitana recuperó su salud y un día, simplemente desapareció. La buscamos por las cercanías, pero fue inútil. Basia no quería levantar sospechas si preguntábamos por ella en el pueblo o las viviendas cercanas, entonces dejamos de buscarla.

—¿No supiste qué fue de ella?

Samuel negó con la cabeza.

—Estaba demasiado asustado como para pensar en su destino. Solo anhelaba volver a ver a mi familia, aunque Basia me decía a cada rato que eso era imposible. Esperó un tiempo prudencial para ver si alguien merodeaba por el pueblo haciendo preguntas sobre un niño perdido, y entonces una noche me dijo que tenía un plan. — Interrumpió su relato para tragar saliva y frotarse las piernas.

—¿Tienes frío? —Isabela señaló un armario—. Allí hay algunas mantas.

—Estoy bien —respondió él, enderezando la espalda en la butaca. Le dolía el cuerpo por culpa de los temblores que ahora apenas se percibían debido a la incómoda dureza de sus músculos.

—Continúa, por favor —le pidió Isabela dándose cuenta de que algo andaba mal con él.

—Basia reformó algunas de sus prendas y decidió convertirme en su sobrina para pasar desapercibido. Me vistió de niña y juntos nos subimos a un tren que me llevó de regreso a Alemania. Para evitar cualquier contratiempo, le decía a todo el mundo que yo era su sobrina muda, y que estaba viajando a Hamburgo para reencontrarse con sus padres.

—Mi cuñada Eleonora huyó de Italia haciéndose pasar por una monja —repuso Isabela, sorprendida ante la sagacidad de aquella

buena mujer—. La mafia napolitana la perseguía y se subió a un barco para poner a salvo su vida.

—Basia me llevó a Bremen, a la casa de unos parientes lejanos. Era un matrimonio de mediana edad, que tampoco había podido tener hijos. Me recibieron en su casa con una gran sonrisa. Sin embargo, la alegría solo duró mientras Basia estuvo con nosotros. El mismo día que ella se marchó de regreso a Polonia, comenzaron los malos tratos. —Samuel volvió a interrumpirse cuando su cuerpo se sacudió por efecto de un nuevo temblor. Atónito, observó como Isabela apartaba las sábanas y tras abandonar la cama, atravesó la habitación para buscar algo con que abrigarlo. Regreso a su lado y lo cubrió con una gruesa manta de lana. Antes de acostarse, friccionó suavemente sus brazos para darle calor.

—¿Mejor? —preguntó con una dulce sonrisa en los labios.

Él asintió. Hacía mucho tiempo que nadie le demostraba que era importante. Emocionado y sobrepasado por los acontecimientos, estuvo a punto de echarse a llorar. Respiró hondo y logró contenerse. Debía proseguir con su relato, aunque poner en palabras lo que había sido su vida significaba escarbar en las heridas.

Isabela se metió de nuevo debajo de las sábanas porque sabía que Santiago era capaz de enojarse con ella si desobedecía las órdenes del doctor.

Tras un breve silencio que les permitió a ambos un poco de calma, Samuel se dispuso a revelar el resto de su historia.

—El señor Schoenfeld era un hombre muy estricto, acostumbrado a imponer su voluntad. Criaba ovejas en su granja y me dejó claro desde el primer momento que estaba allí para trabajar. Según él,

debía devolverle con creces el hecho de haberse ocupado de mí cuando nadie más lo habría hecho. Me ofreció su apellido, un nuevo nombre que tuve que aceptar para esconder mi origen y nada más. Nunca recibí de él una muestra de afecto; ni siquiera permitía que su esposa, una mujer de pocas palabras, se dirigiera a mí como una madre. Para ellos no era más que un esclavo al que podían someter a una vida de abusos. Cuando tenía catorce años hui de la granja. Ya no me importaba nada, ni siquiera morir. Durante varias semanas viví debajo de un puente junto a un vagabundo. Robaba comida y me escondía en callejones. —Se arrebujó debajo de la manta. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no perder el hilo del relato por causa de las lagunas pantanosas que inundaban su mente. Había detalles que prefería guardárselos, por eso omitió que, durante esa época tan adversa, cayó en el abismo de la cocaína—. Una noche me involucré en una riña y un hombre me defendió. Dijo que, a pesar de mi juventud, sabía pelear muy bien. Me llevó al bar que regenteaba en el centro de Hamburgo y me dio trabajo. Me pagaba para mantener a los indeseables lejos de su negocio. No era el mejor trabajo de todos; no obstante, me trataba con respeto y compensaba mi lealtad no solo con dinero, sino también con su confianza. —Por supuesto, tampoco le dijo que, como parte de su paga, el propietario del bar le proporcionaba la droga que lo ayudaba a mantenerse despierto durante toda la noche.

—¿Todavía trabajas con él?

Samuel negó con un movimiento de cabeza.

—Hace dos años el bar cerró y desde entonces me gano la vida en el puerto. Allí siempre hacen falta unas manos fuertes y una espalda resistente.

Isabela no dijo nada, pero lo que pensaba se reflejaba en su semblante. Aquellas dos características físicas no eran precisamente algo de lo que Samuel pudiera presumir. No solo estaba delgado, también aparentaba una debilidad que asustaba.

—Has pasado por muchas penurias —manifestó, dejando escapar un suspiro lastimero—. Mi estancia en Auschwitz fue terrible. Mamá murió allí y de nuestro padre ya no supe más nada. Seguramente él también pereció poco después de su llegada. Sus muertes y la de tantos otros quedarán como testimonio de que la maldad existe y de que los monstruos no son aquellos que viven en los cuentos infantiles. El diablo no está en el infierno, Samuel, camina entre la gente. —Le acarició la mano, apretándola para que dejara de temblar—. Al menos tú no te has convertido en una cifra. —Le mostró el número tatuado en su piel—. Por más que hayas sufrido, pudiste escapar del horror.

A Samuel se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Puedes abrazarme?

La súplica pronunciada en voz baja provocó que el corazón de Isabela se agitara. Le hizo espacio en la cama y lo acogió entre sus brazos. Samuel apoyó la cabeza en el pecho de su hermana mayor y lloró cuando ella le cantó al oído las primeras estrofas de *Adon Olam*, el himno que los Eiserman siempre entonaban durante la celebración del *sabbat*. Santiago también la escuchó. Se asomó por la puerta entreabierta y al verlos abrazados se emocionó.

Esa misma noche, y después de una larga conversación en la cual Isabela se dejó llevar por la emoción del encuentro y Santiago optó por interpretar el rol del esposo comprensivo, pero con ciertos

reparos, tomaron la decisión de pedirle a Samuel que se fuera a vivir con ellos a Buenos Aires.

—¿Estás segura, querida? —Santiago tenía que preguntar para no quedarse con la molesta sensación de ocultarle a Isabela lo que pensaba del hermano perdido que acababa de recuperar.

—Santiago, no puedo irme sin él. Después de todos estos años en los que pensé que estaba muerto, necesito rehacer el vínculo que se rompió el día que nos separaron. Samuel es mi familia, es lo único que me queda de mi vida pasada y quiero que podamos construir un futuro juntos. Será la única manera de dejar todo el dolor definitivamente atrás —sentenció, recordando las palabras de su cuñada Eleonora.

Santiago asintió y le dio un beso en la mejilla.

—Mañana me pondré en contacto con la gente de la embajada y les explicaré la situación de Samuel…

—Quiero que recupere su identidad, Santiago. No sé cómo funciona exactamente la burocracia alemana, pero tengo esperanzas de que podamos llegar a Buenos Aires con mi hermano Samuel Eiserman y no con Hans Schonfeld. El hombre que le dio ese apellido lo trató muy mal. Creo que es justo que mi hermano vuelva a ser quien era.

—Así será, querida. Te lo prometo. ¿Ahora me harías un favor?

—Por supuesto. —Isabela le sonrió, complacida.

—Cierra los ojos y trata de descansar. Tu hermano estará bien. Duerme en el sofá, arrebujado debajo de la manta que le has dado.

Isabela le acarició la mano y luego reclinó la cabeza sobre la mullida almohada mientras emitía un sonoro bostezo. Con los ojos entornados, escuchó que su esposo cerraba la puerta de la

habitación. Santiago se dirigió al salón y se detuvo frente al sillón donde dormía Samuel. Todavía temblaba. Sin dudarlo, se inclinó hacia él y lo sacudió del hombro para que despertase.

—No sé si vas a entender algo de lo que te diga, pero no me importa. —Habló en un tono severo, el mismo que usaba cada vez que exponía un caso delante del juez—. Si Isabela sufre por tu culpa, si tu problema se torna incontrolable, te juro que cortaremos cualquier lazo contigo. Correré el riesgo de que ella se enoje, pero al menos me quedaré más tranquilo.

Samuel lo miraba fijo mientras tragaba saliva. A pesar de que no había comprendido casi nada de lo que Santiago le decía, su voz amenazante y la expresión iracunda de su rostro, bastaron para que el joven moviera la cabeza en un gesto de asentimiento. Un par de semanas más tarde, con todos los papeles de Samuel por fin en regla, Isabela abandonaba Alemania del brazo de su esposo con una sonrisa feliz. A su lado iba su hermano pequeño; aquel que le habían quitado los nazis y que ahora la vida le devolvía después de tantos años de dolor.

OH, L'AMOUR

Barrio de Almagro, Buenos Aires, 1954

Rosario trataba de poner atención en la revista que Anita había desplegado sobre la cama, pero era difícil cuando la mujer que le robaba el sueño olía de maravillas y jugueteaba con un mechón de su cabello rojo mientras leía en voz alta la nota que ella misma había escrito y que, seguramente, se conocía de memoria. Se arrojó a su lado y tras darle un beso en el hueco del hombro que se asomaba por el escote de su blusa de seda, se dejó contagiar por su entusiasmo.

—¡Esta fotografía te favorece mucho! —alegó Anita, sin apartar la mirada de una imagen que retrataba a Rosario en su espacio de trabajo—. Apenas la vi, supe que debía incluirla en la entrevista. Don Goyo estuvo de acuerdo; es más, me confesó que le parecías "una mujer muy interesante".

Rosario sonrió al ver la expresión divertida en el rostro de Anita.

—Según recuerdo, me comentaste que tu jefe es de esos hombres que defienden su soltería a rajatabla —comentó, contemplando la fotografía a página completa de una de sus obras más representativas.

—Y lo es —respondió Anita, frunciendo la boca en un ademán de impotencia—. La pobre de Rosalía ya no sabe qué inventar para que

le haga caso. Lleva enamorada de él desde que la conozco, y aunque ha tenido algún que otro pretendiente, siempre termina ideando una excusa para alejarlos. Creo que guarda la esperanza de que don Goyo caiga en la cuenta de que está enamorada de él y corresponda a sus sentimientos.

—*Oh, l'amour, l'amour… Moi je ne peux pas vivre un seul jour dans un monde sans amour*[2] —dijo Rosario soltando un profundo suspiro mientras se apoyaba la mano en el pecho.

Anita cerró la revista y la miró a los ojos. Acto seguido, se acercó hasta que sus labios casi se rozaron.

—*Je t'aime*[3] —dijo, delineando con la punta del dedo la barbilla de Rosario.

Sus bocas anhelantes se fundieron en un beso apasionado. Ese contacto cargado de electricidad fue la antesala perfecta para volver a amarse sin pensar en nada más. No les importaba tener que ocultarse para vivir un ratito de felicidad entre las paredes de aquel atelier, que se había convertido en guarida de su amor. Se encontraban al caer la tarde, después de que Anita abandonaba la redacción. Cuando les apetecía salir, paseaban por Buenos Aires, fingiendo una amistad de la que nadie dudaba. Si el clima invernal lo permitía, se hacían una escapada a Las Acacias, la estancia que la familia Navarro Soler poseía en Pilar. Allí, frente a la inmensa soledad que les ofrecía el campo, podían seducirse sin tapujos, sintiéndose dueñas de una libertad prestada que disfrutaban como si no hubiera un mañana. A medida que su historia de amor se volvía más intensa, también se hacía cada vez más tangible el hecho de que el día 24 de septiembre, si nada lo impedía, Anita se iba a convertir en la esposa de Agustín Mendizábal.

Rosario se removió, inquieta.

—¿Qué pasa? —preguntó Anita ante su reacción. El tiempo que llevaban juntas le permitía saber cuándo algo le preocupaba. Entonces Rosario mencionó la boda y deseó haberse quedado callada—. Volveré a hablar con Agustín. Tiene que entender que casarnos es un error —dijo, a pesar de que estaba segura de que no serviría de nada. Agustín se valía de la confianza ciega que había depositado su madre en él para torcer las cosas a su favor. Y doña Ernestina, en su afán de que El Anticuario Alemán volviera a pertenecer a los Von Keller, se dejaba manipular.

—¿Y tu madre? Quizá es con ella con quien deberías negociar —repuso Rosario, quien muchas veces se devanaba los sesos tratando de hallar una salida.

Anita negó sacudiendo la cabeza.

—Mi madre nunca me escucha. Ahora con la excusa de que está ocupada con los preparativos de su propia boda, me evita sin miramientos.

—¡Debe haber alguna manera de detener esa maldita boda!

El exabrupto de Rosario causó que ambas guardaran silencio. Anita apoyó la cabeza en su hombro y respiró hondo antes de retomar la conversación.

—Hay un secreto en mi familia que podría sacarme de encima a Agustín Mendizábal; sin embargo, si abro la boca mi madre jamás me lo perdonará.

Rosario la miró, atónita.

—¿Tan grave es?

Anita se encogió de hombros.

—Se trata de mi padre. Durante algún tiempo, tuvo una aventura con otra mujer. Mi madre lo supo, de algún modo, pero fiel a su estilo optó por quedarse callada.

—¿Cómo podría salvarte de un matrimonio no deseado la traición de tu padre?

—Porque su amante era Sabina, la madre de Agustín.

La respuesta de Anita la dejó helada.

—Tenés que contárselo cuanto antes. Estoy segura de que jamás dejará que la que fue amante de su esposo se convierta en tu suegra. Sería muy retorcido que formaran parte de la misma familia.

—Ella es muy retorcida —replicó Anita, sintiéndose avergonzada de su propia madre.

—No es tu culpa que sea así. —Rosario le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. ¿Vas a hablar con ella? No nos queda mucho tiempo.

Anita no respondió. Cerró el ejemplar de la revista *El Hogar* y suspiró al ver la fecha impresa en la portada. Faltaba menos de un mes para su boda. Si no hacía algo para evitarlo, perdería a Rosario para siempre. Y eso era algo que no estaba dispuesta a tolerar. Si para huir de un compromiso indeseado debía echar luz a los secretos más oscuros, lo haría sin vacilar.

Se dejó envolver por los brazos de Rosario mientras la noche se cernía sobre la ciudad de Buenos Aires.

*

Barrio de Palermo, Buenos Aires, 1954

El Anticuario Alemán era un local pintoresco de paredes adoquinadas y una gran puerta de madera pintada de verde oscuro que se encontraba emplazado sobre la avenida Córdoba, a escasos metros de Humboldt. Su elegante fachada con toques barrocos y las diversas piezas que se exponían en el escaparate principal atraían siempre la atención de los transeúntes que caminaban a diario por allí. Rosario se detuvo a una prudente distancia y observó los alrededores. Era temprano y el ritmo habitual del barrio recién empezaba a manifestarse. Estaba allí en una misión secreta. Después de meditarlo durante toda la noche, había decidido tomar el toro por las astas e intervenir directamente en el futuro de Anita. No podía perderla por culpa de un matrimonio arreglado o la ambición de una madre poco comprensiva. Se acercó a la tienda de antigüedades y recorrió con mirada curiosa los objetos que había al otro lado del cristal. Una cajita de música de baquelita con incrustaciones en madera labrada llamó su atención. Recordó que su madre poseía una muy similar. Una campanilla sonó y un hombre joven se asomó por la puerta entornada.

—Buen día, señorita. Abrimos en diez minutos, pero si desea ver alguna pieza más de cerca, puedo hacer una excepción —dijo mientras sonreía debajo de un tupido bigote.

Aunque no lo conocía, Rosario supo de inmediato que se trataba de Agustín Mendizábal. Era exactamente como Anita se lo había descrito. Con la excusa de interesarse por la cajita de música, aceptó la invitación de pasar a la tienda. Si todavía no era el horario de apertura, contaba al menos con algunos minutos para hablar con él sin que nadie los interrumpiera.

Una vez en el interior, lo siguió por un angosto pasillo flanqueado por unos estantes de madera repletos de objetos de colección de una variedad envidiable. En una de las paredes colgaban distintas pinturas que, expuestas una al lado de la otra, llegaban hasta el techo. Quizá terminara llevándose un cuadro también. Pero su prioridad poco tenía que ver con la compra de alguna antigüedad.

—Señor Mendizábal…

—¿Me conoce? —Agustín se dio media vuelta y la miró—. Si no me equivoco, es la primera vez que viene por aquí.

—No se equivoca; sin embargo, yo sé muy bien quién es usted y vine a hablar de un asunto muy delicado. —Vio que al fondo del pasillo había un despacho—. ¿Podríamos ir a otro lado?

Contrariado, Agustín tardó en darle una respuesta.

—¡Sí, claro! Venga, estaremos más tranquilos en mi oficina. —La invitó a sentarse y cerró la puerta—. Tendrá que ser breve porque en menos de diez minutos debo abrir la tienda.

Rosario asintió. Iría directamente al grano. Ella tampoco estaba allí para perder el tiempo.

—He venido a proponerle un trato, señor Mendizábal.

—¿Un trato? —Agustín no terminaba de sorprenderse—. ¿No cree que primero debería decirme su nombre?

—Me llamo Rosario Navarro Soler y estoy al tanto de que usted salvó El Anticuario Alemán cuando su anterior propietario perdió una importante suma de dinero por causa de una mala inversión. Dígame a cuánto asciende la deuda que los Von Keller contrajeron con usted y le haré un cheque ahora mismo.

Agustín Mendizábal se quedó perplejo.

—¿De qué se trata todo esto? ¿Qué tiene que ver usted con los Von Keller?

—Soy una buena amiga de la familia…

—¡Qué raro, nunca la mencionaron! —replicó él, desconfiado.

—En cambio yo sí escuché hablar mucho de usted, y también de su madre. Doña Sabina, ¿verdad?

Mendizábal se puso nervioso. ¿Quién era aquella mujer y qué pretendía?

Rosario abrió el bolso para extraer una chequera. La venta de sus cuadros en París había generado buenos dividendos y le pareció lo más sensato utilizarlo para evitar que Anita se casara con ese hombre.

—Estoy dispuesta a desembolsar más de lo que usted puso al momento de la deuda —manifestó Rosario, reacomodándose en la butaca—. Si no accede por las buenas, tendré que valerme de métodos sucios, pero seguramente más efectivos.

—¿De qué mierda está hablando?

Rosario pasó por alto el exabrupto de Mendizábal y esbozó una sonrisa de triunfo. Ponerlo nervioso era parte de su plan.

—De la relación clandestina que su madre sostenía con Von Keller. Intuyo que si su familia se entera provocaría un gran escándalo… un escándalo que, a estas alturas, con el amante de su señora madre muerto, nadie necesita. No hay nada más ruin que manchar la memoria de un hombre que ya no puede defenderse.

Agustín se aflojó el nudo de la corbata y se aclaró la garganta. Su rostro estaba blanco como un papel. Metió la mano en el bolsillo del saco y extrajo un cigarrillo.

—¿Le importa si fumo?

Rosario hizo un gesto de desdén con la mano.

—No sé de dónde ha sacado esa información, pero le aseguro que mi madre es una mujer intachable. Si fue Anita la que anduvo inventando semejante mentira, no debería hacerle mucho caso. En ocasiones dice cosas sin pensar. Hay gente que incluso cree que no está bien de la cabeza.

—Es de su prometida de quien habla —le recordó, molesta.

—La misma que seguramente le pidió que viniera hasta aquí para que tratase de persuadirme de cancelar la boda.

—Se equivoca, señor Mendizábal. Anita ni siquiera sabe que he venido a verlo. Es más, quiero que esta reunión quede entre nosotros. Yo le doy su dinero y usted me entrega algún documento legal que acredite que la tienda de antigüedades vuelve a sus dueños anteriores. Preferiría que pusiera el título de propiedad a nombre de Ernestina. —Lo había meditado bien y era mejor dejar a Anita fuera de todo aquel asunto.

Agustín Mendizábal no podía creer la prepotencia de aquella mujer; con todo, sentía que estaba en sus manos, y que proteger la reputación de su familia le saldría más caro de lo que imaginaba. Maldijo en silencio la moral dudosa de su madre y el atrevimiento de don Gregorio al convertirla en su amante.

—No hay mucho que pensar —repuso Rosario ante su falta de locuacidad—. Es un trato que nos conviene a ambos.

—No entiendo en qué la beneficia a usted que los Von Keller recuperen El Anticuario Alemán. ¿Acaso planea adquirir la tienda una vez que les sea devuelta?

Rosario no le contestó. Era algo que no le incumbía.

Agustín se puso de pie de repente porque alguien trataba de entrar al local. Miró su reloj y soltó un improperio.

—Tengo que abrir. No puedo darme el lujo de perder un cliente —dijo, malhumorado.

Ella le sonrió.

—Vaya tranquilo que yo lo espero.

Agustín resopló, impaciente y abandonó el despacho, cerrando la puerta tras de sí. Rosario se levantó y dio una vuelta alrededor del escritorio. Husmeó entre los papeles y vio que había un ejemplar del diario *La Nación* del día anterior, doblado en la sección de Sociales. Una fotografía captó rápidamente su atención y tuvo que volver a sentarse para no perder el equilibrio.

En un recuadro que ocupaba la parte baja de la página aparecía el anuncio de la boda de la madre de Anita… con Teodoro Schneider. El maldito sonreía mientras a su lado una mujer elegantemente vestida miraba a la cámara con una rotunda soberbia.

El enlace estaba previsto para la semana siguiente. Recordó entonces que Anita le había comentado que solo se casarían por el civil. Lo que nunca hubiera imaginado era que el prometido de su madre era Schneider… el hombre que había planeado su violación y, según el relato de la enfermera Guillermina, la muerte de Débora.

Tenía que advertirles a los Von Keller la clase de monstruo que era Teodoro Schneider. Recortó el periódico y lo metió en su bolso. No podía quedarse a esperar a Mendizábal. Se chocó con él al abrir la puerta.

—¿Ya se va? —le preguntó, extrañado.

—Prepare los documentos y estipule una cifra razonable. Volveré en un par de días.

Agustín la retuvo un instante.

—¿Sería posible llegar a un acuerdo distinto? —La sujetó suavemente del brazo y esbozó una sonrisa conciliadora.

—No, señor Mendizábal. La verdad es que me importa muy poco la tienda de antigüedades, lo único que busco es que usted no se case con Anita.

—¡Pero entonces es ella la que la envió!

Rosario dejó escapar un suspiro y se soltó de su agarre con un movimiento brusco.

—Ya le dije que Anita no tiene nada que ver —reiteró, alzando ligeramente la voz—. Ella nunca quiso casarse con usted y yo no voy a permitir que sea infeliz al lado de un hombre al que no ama.

Agustín se la quedó mirando, con las cejas levantadas y una mueca de desconcierto en su rostro. Después de cavilar durante unos segundos, abrió desmesuradamente los ojos y dijo:

—¡Usted y ella…! ¡Dios mío! —Ni siquiera era capaz de decir en voz alta lo que acababa de descubrir.

Rosario ni se molestó en negarlo. Tampoco se sintió ofendida cuando él la miró con asco.

—Ahora entiendo muchas cosas —deslizó el anticuario con una entonación burlona—. No sé hasta qué punto está usted relacionada con Anita, pero déjeme decirle que no es la única.

—¡No voy a permitir que la ofenda! —saltó Rosario, furiosa.

—La verdad no ofende, Rosario. Pregúntele a Anita por Sebastián Godoy, el hermano de su mejor amiga, a ver qué le dice —dejó escapar una risita de satisfacción.

—Me voy, señor Mendizábal. Nos vemos pronto —respondió Rosario, tajante. Se giró sobre sus talones y salió de la tienda de

antigüedades con la esperanza de haber dado el primer paso para allanar el camino hacia su felicidad, pero también con una duda clavada en el corazón.

*

Barrio de Caballito, Buenos Aires, 1954

Anita soltó un improperio al ver a través de la mirilla el rostro ansioso de Sebastián Godoy. Llevaba evitándolo prácticamente desde que había regresado de París. Reanudar su relación con él ya no tenía ningún sentido… no después de descubrir que se había enamorado perdidamente de Rosario Navarro Soler.

—¡Ana Victoria! ¡Sé que estás ahí! —vociferó Sebastián en tono severo, llamándola por su nombre completo—. ¡Puedo ver tu sombra por debajo de la puerta! ¡Solo quiero que hablemos cara a cara!

Anita retrocedió unos pasos y vaciló un momento antes de ceder a sus exigencias. Debía dejar de esconderse y enfrentarlo de una vez por todas. Abrió la puerta y Sebastián, quizá temiendo que ella se arrepintiera y se la cerrara en la cara, entró al departamento como una tromba, la sujetó del brazo y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿A qué estás jugando, Anita? ¿Tanto te costaba concederme unos minutos de tu tiempo? —le reprochó. Aligeró la presión alrededor de su brazo al darse cuenta de que le estaba haciendo daño—. Lo siento, es que me pone loco cuando me tratás de esa manera…

Ella se soltó y le hizo señas de que se sentara.

—¿Querés tomar algo?

Sebastián respondió que no.

Anita se sentó a su lado y trató de buscar las palabras correctas para hablarle de sus sentimientos sin que se burlara de ella.

—Te pido disculpas por haberme comportado como una chiquilla, pero la verdad es que no tenía ganas de verte. Pensé que nuestras breves charlas telefónicas serían suficientes…

—¿Suficientes? —la cortó él, incrédulo—. ¡Estuvimos revolcándonos durante varios meses y creo que esa intimidad que compartimos me da al menos cierto derecho a enojarme cuando hacés hasta lo imposible para no encontrarte conmigo! Deberías ser sincera. Yo nunca te he mentido.

—Tenés razón —dijo ella en tono conciliatorio. Le sonrió y Sebastián le devolvió la sonrisa—. Aunque te parezca increíble o creas que solo trato de justificarme, lo que hemos vivido ha sido importante para mí. Con vos superé el miedo de estar con un hombre a solas. —Él quiso interrumpirla y ella lo detuvo—. Sé que en muchas ocasiones te preguntaste por qué me costó tanto entregarme a vos la primera vez. Incluso después, nunca me atreví a abrir los ojos mientras hacíamos el amor.

—Anita, no hace falta que me expliques nada —dijo entonces Sebastián, intuyendo la razón de aquel extraño comportamiento que siempre lo había intrigado.

Ella asintió, agradecida por su comprensión.

—Berenice me contó que conociste a alguien en París —dijo, curioso—. ¿Es por eso que ya no querías verme?

—Me enamoré, Sebastián y no tiene caso continuar con una relación que no nos va a llevar a ninguna parte.

Sebastián tomó su mano y la besó con ternura.

Ya habría ocasión para confesarle que se había enamorado de una mujer. Hablaron un rato de Berenice y de la llegada de su primer sobrino. Cuando ya no hubo tema de conversación entre ellos y el silencio se volvió incómodo, Sebastián decidió marcharse. Estaban despidiéndose con un abrazo en el pasillo en el momento en que la puerta del ascensor se abrió y apareció Rosario. Se quedó viendo cómo Anita y ese hombre, quien seguramente sería el tal Sebastián Godoy, se abrazaban efusivamente. Los dos se voltearon al oír que alguien carraspeaba al otro lado del pasillo. La primera reacción de Anita fue soltar a Sebastián, pero él prolongó el contacto más de lo debido y mantuvo su mano apoyada en la espalda femenina en un claro gesto de posesión que provocó los celos de Rosario. Estuvo a punto de regresar por donde había venido, y al ver la expresión de súplica en los ojos azules de Anita decidió quedarse.

—Será mejor que te vayas —dijo la pelirroja, empujando a Sebastián para que por fin la soltara.

—¿No vas a presentarnos? —Godoy observó a la recién llegada con curiosidad. Luego, como si acabara de hacer un gran descubrimiento, exclamó—: ¡Pero si es Rosario Navarro Soler!

—¿La conocés? —inquirió Anita, con asombro.

—Después de leer la entrevista que le hiciste para *El Hogar*, ciertamente puedo asegurar que mucha gente comenzará a prestarle atención a sus cuadros. Es más, mi padre es un gran coleccionista y me habló muy bien de su trabajo. ¿Sería posible adquirir alguna obra de su autoría? A él le encanta alardear de su buen gusto artístico delante de sus amistades más rancias.

Rosario forzó una sonrisa y trató de pasar por alto que aquel hombre prepotente, según los dichos de Mendizábal, era o había

sido el amante de Anita.

—En este momento no cuento con obras disponibles para la venta, ya que estoy preparando una selección de mis mejores cuadros para participar en una nueva exposición en París. Si a su padre no le importa esperar, podré tener algo en un par de meses. —La verdad era que le daba lo mismo si no volvía a saber de él o de su progenitor aficionado del arte.

—Se lo diré, señorita Navarro Soler. —Se volvió hacia Anita y se despidió de ella con un beso en la mejilla—. Hasta pronto, Anita.

—Adiós, Sebastián —respondió ella, categórica.

Apenas ingresaron al departamento, Anita creyó conveniente explicarle a Rosario la presencia de Sebastián; sin embargo, cuando quiso hacerlo, ella se le adelantó.

—¿Ese hombre sigue siendo tu amante? —la cuestionó Rosario, con la voz ronca y los brazos en jarra.

Anita se quedó de piedra.

—¿Cómo lo supiste? —Los nervios le impedían ordenar sus pensamientos. Era imposible que se hubiera enterado de algo así.

—¿Es verdad entonces?

—Sebastián y yo tuvimos una relación, sí, pero ya se acabó. Ni siquiera hemos vuelto a vernos desde que regresé de París, y por eso vino a buscarme. Le dije que ya no quiero seguir con lo nuestro. Siempre ha sido muy bueno conmigo; incluso cuando todo el mundo me acusaba de haber perdido la cabeza, Sebastián no me juzgó.

—¿Sentís algo por él?

Anita negó con un movimiento contundente de cabeza.

—Es el hermano de mi mejor amiga, lo conozco desde que era una niña. Le tengo afecto, nada más. Nunca hubo un sentimiento

profundo entre nosotros, solo nos veíamos de vez en cuando. Él está casado y es el tipo de hombre que engaña a su esposa pero nunca la abandonará.

Rosario dejó escapar un suspiro, y la tensión acumulada dio paso a una sonrisa. Se acercó para darle un beso, entonces Anita la detuvo.

—No me has dicho cómo descubriste lo que había entre Sebastián y yo.

—¿Puedo besarte antes de contestar tu pregunta?

Anita asintió, complacida. No opuso ninguna resistencia cuando Rosario tomó posesión de su boca y comenzó a acariciarle la espalda por debajo de la camisa. La apartó unos centímetros para mirarla a los ojos. No le dijo nada, solo se quedó esperando una explicación.

—Está bien, no pensaba contártelo, aunque será mejor que lo sepas. —Rosario la llevó de la mano hasta el sillón, se despojaron de los zapatos y se sentaron frente a frente, con las piernas de una enredadas en las de la otra.

—¿Tengo que preocuparme? —indagó Anita después de oír su respuesta.

Rosario chasqueó la lengua y tras una pausa de varios segundos, dijo:

—Quiero aclarar que lo que hice fue con buenas intenciones, y que si actué a tus espaldas es porque preferí ahorrarte el mal trago de un posible resultado desfavorable.

Anita iba a interrumpirla, pero la curiosidad que sentía pesó más fuerte que cualquier cosa que pudiera decirle y en cambio la exhortó a continuar.

—Fue Agustín Mendizábal quien me habló de ese hombre —soltó Rosario, calibrando la reacción de Anita. En su rostro primero se manifestó el asombro; luego, una vez que pasó la sorpresa, percibió un atisbo de inquietud. Decidió contarle el resto para retardar cualquier efecto negativo que las llevara a una discusión—. Esta mañana me presenté en la tienda de antigüedades para hablar seriamente con él. Le ofrecí devolverle el dinero que había invertido al saldar la deuda de tu padre. Incluso le dije que podía pagarle más si, una vez que rompiera el compromiso, aceptaba poner El Anticuario Alemán a nombre de tu madre. Creo que es la opción adecuada. Según lo que me has contado es ella la que tiene más interés en recuperar el negocio que durante tantos años perteneció a tu familia…

—¿Qué te ha dicho Agustín? ¿Accedió a cancelar la boda? —la interrumpió Anita, dejando de lado el hecho de que Rosario se hubiera entrometido en todo aquel asunto sin siquiera consultárselo.

—Quedamos en reunirnos en un par de días. No me dio una respuesta, aunque tampoco se mostró demasiado reacio a negociar después de que le solté lo del amorío entre su madre y tu padre.

—Agustín ya lo sabía, aun así, se negó a ceder —repuso la pelirroja, perdiendo por un instante la esperanza de que todo saliera bien.

Rosario tragó saliva y esbozó una sonrisa culpable.

—Hay algo más, Anita.

Ella arrugó el ceño. Supo en ese momento que lo peor estaba por venir.

—No se lo dije abiertamente, pero Mendizábal es un hombre astuto y cuando le expliqué que te conocía, empezó a atar cabos…

—¿Sabe lo nuestro?

—Lo sospecha.

Anita se puso de pie de un santiamén y comenzó a dar vueltas por el salón, especulando sobre cuál iba a ser la reacción de su familia cuando se enterara de todo.

—¡Agustín se va a aprovechar para vengarse de mí, lo sé! —vociferó, dejándose abatir por la ansiedad—. ¡Estoy segura de que irá corriendo a contárselo a mi madre!

Rosario la siguió y la obligó a quedarse quieta en un lugar.

—Tendremos que asumir ese riesgo; aunque si te libras de la boda, valdría la pena, ¿no te parece? —Le peinó el cabello con los dedos mientras no dejaba de sonreírle—. No ganamos nada con preocuparnos por algo que no sabemos si realmente ocurrirá. Cuando llegue el momento, veremos qué hacer.

Anita envidiaba el temple de Rosario. Soltó el aire contenido en los pulmones y trató de esbozar una sonrisa.

—Jamás imaginé que harías algo así por mí.

—Aunque a veces reniegue de ciertas cosas que me sucedieron en la vida, si existe la posibilidad de solucionar un problema gracias a que nací en una cuna de oro, no voy a ser hipócrita. El dinero va y viene. No podía permitir que te unieras en matrimonio con ese hombre por culpa de una deuda monetaria.

—No creo que sea capaz de soportar la espera —confesó Anita, contagiándose de su optimismo.

Rosario soltó un resuello. Su repentino silencio, acompañado de una mirada cargada de resignación, no hizo más que encender las alarmas.

—No me has contado todo, ¿verdad? —preguntó Anita, titubeando.

Su amante no quería admitir que había dejado lo peor para el final. Se dio media vuelta y buscó algo en el interior de su bolso. Era la página de Sociales del diario, donde se anunciaba el compromiso matrimonial de Ernestina Burgos y Teodoro Schneider. Lo depositó en la mano temblorosa de Anita y aguardó.

—¿Qué se supone que significa esto? —inquirió Anita, posando sus desconcertados ojos azules en aquella participación que su madre había mandado a publicar en el diario.

—Conozco a ese hombre —manifestó Rosario, poniéndose seria—, y es de la peor calaña que te puedas imaginar.

Aquella lapidaria declaración hizo que Anita guardara silencio. Apenas consiguió articular palabra, preguntó:

—¿De qué conocés a Schneider?

Rosario la invitó a sentarse nuevamente. Lo que estaba a punto de decir no sería sencillo de escuchar; tampoco de explicar. Volvieron a acomodarse en el sillón, una muy cerca de la otra. En la mano derecha, Anita aún sostenía el recorte del diario con el anuncio de la boda. Lo soltó de repente, como si le quemara la piel, y el arrugado papel terminó su recorrido debajo de la mesita de arrime, fuera del alcance de ambas.

—Teodoro Schneider es el diablo en persona. Lamentablemente tuve la mala suerte de que se cruzara en mi camino y en el de mi familia. Era el esposo de Débora, la mujer de la cual me enamoré perdidamente.

Anita asintió, sorprendida ante semejante coincidencia.

—Estuvo preso, acusado de falsificación de documentos, pero nunca pagó realmente por todo que hizo. Sus pecados fueron mucho más horribles. Cuando descubrió lo que había entre Débora y yo, se vengó de la peor manera. —Interrumpió su relato al recordar lo que aquel canalla había planeado en su contra. Ni siquiera sabía cómo poner en palabras tanto horror. Respiró hondo y se mesó el cabello como si ese simple gesto pudiera ser suficiente para darle el valor de continuar. Entonces miró a Anita y en sus profundos ojos azules encontró la fuerza que necesitaba—. Teodoro Schneider contrató a dos maleantes con el único propósito de castigarme por haber seducido a su esposa. Una noche, estando sola en la estancia de mi familia, aparecieron dos sujetos muy siniestros… Me sometieron a la peor de las humillaciones, violando mi cuerpo y mi alma. Comprobé en carne propia hasta dónde era capaz de llegar la maldad de ese hombre.

Anita apretó la mandíbula en un gesto de rabia e impotencia. Estaba afectada no solo por la terrible experiencia que había sufrido Rosario, sino también por su propia historia. Una oscura telaraña de abusos que se perpetuó en el tiempo y concluyó con una violación. Sintió náuseas y un fuerte deseo de gritar.

—*Mon petit papillon*, no llorés, por favor. —Rosario le sujetó la barbilla y la obligó a que la mirara. Lo que vio en la mirada de Anita la desarmó. Supo entonces que el terror y el dolor que ella había experimentado esa noche en la estancia, en manos de aquellos monstruos, no le era desconocido. Tuvo miedo de preguntar, intuía que al hacerlo escarbaría en una herida que evidentemente todavía continuaba sangrando. Entonces Anita se puso a temblar. Su cuerpo entero se sacudió entre sus brazos cuando la acurrucó contra el

pecho. Le acarició la espalda mientras ambas se mecían en un ritmo lento y cadencioso siguiendo el tic tac del viejo reloj de colección que colgaba en la pared. Rosario acababa de traer al presente uno de los momentos más dolorosos de su vida, y entonces comprendió que en el pasado de Anita existía una sombra aún más oscura que la suya.

—Podés contarme lo que sea —le susurró al oído, muy despacito —. Tengo todo el tiempo del mundo para escucharte.

Anita no dijo nada. Sus ojos estaban completamente anegados y le ardían las mejillas. La angustia se había acumulado en su garganta, formando un muro de llanto que le impedía respirar con normalidad. Necesitaba retomar el control de su propio cuerpo y así encontrar una manera de liberarse de tanto dolor. Y para lograrlo debía abrirse íntimamente frente a la mujer que amaba, exponiendo sus temores y sus miserias. Esperó hasta que ya no cayeron más lágrimas por sus mejillas. Cuando el temblor que se había apoderado de su cuerpo empezó a desaparecer, inspiró con fuerza y luego soltó el aire por la nariz. Abandonó la calidez que le brindaba el pecho de Rosario con cierta resistencia y se atrevió a mirarla a los ojos.

—Lo que ocurrió esa noche fue horrible. Ninguna mujer debería pasar por algo así… mucho menos una niña pequeña. Si un monstruo te arrebata la inocencia, echándote la culpa de todo, tu mundo se convierte en una pesadilla. Querés gritar y llorar, pero el miedo es tan grande que terminás ahogándote en tu propio dolor. — Hizo una pausa solo para poder recobrar el aliento. Sentía que una enorme piedra le aprisionaba el pecho—. Cuando cumplí siete años comencé a sufrir abusos por parte de un sacerdote amigo de la familia. El padre Mendoza se aprovechaba de la confianza de mis

padres para acercarse a mí con las intenciones más siniestras. Me dijo que, si lo contaba, nadie me creería… me convenció de que el demonio obraba a través de mí, empujándolo a cometer los actos más impuros. Incluso aseguraba que mi cabello rojo era la fuente de todos los pecados.

—¡Maldito hijo de puta! —vociferó Rosario, echando chispas por los ojos. ¿Cómo era posible que un hombre de Dios se convirtiera en el mismísimo demonio? Ella que siempre había estado cerca de la Iglesia, sobre todo desde que su hermano Pedro eligiera dedicarse al sacerdocio, no llegaba siquiera a imaginarse que alguien que profesaba el amor al prójimo pudiera hacer tanto daño. Tomó un mechón del cabello de Anita entre los dedos y dijo—: Tu melena es hermosa, *mon petit papillon*. Tiene el color del cielo en un atardecer a la orilla del mar. Ese desgraciado nunca debió ponerte un dedo encima… ¡Maldito, mil veces maldito! —La abrazó de nuevo y esta vez hundió el rostro en su sedosa cabellera, llenándola de besos, borrando con ellos el amargo sabor de los recuerdos.

—Cuando junté el valor para contarlo, mis padres no me creyeron. Entonces comprendí que él tenía razón; su palabra valía más que mis gritos. Solo mi abuela Agnes confió en mí —dijo Anita, con un nudo en la garganta.

—Las abuelas son una bendición —manifestó Rosario con nostalgia. Ella había perdido a la suya siendo pequeña y solo se acordaba del dulce perfume a rosas que emanaba de sus manos cada vez que le acariciaba la mejilla.

—Ella me protegió, o al menos lo intentó —musitó Anita, dejando que de su pecho brotara un suspiro lastimero.

—¿Qué pasó? —Rosario le enjugó una lágrima con la yema del dedo.

—El monstruo regresó un día, ocultando sus negras intenciones debajo de una sonrisa afable y obtuvo lo que siempre había buscado… Se metió en mi habitación y entonces el lobo con piel de cordero por fin se devoró a su presa.

—¡Dios! —Rosario, espantada al oír su relato, se cubrió la boca para no soltar un grito.

—Yo apenas estaba consciente por causa de una fiebre, y cuando desperté por la mañana creí que todo había sido un mal sueño, pero pronto descubrí lo que había ocurrido en mi propia cama mientras mi familia dormía a tan solo unos pocos metros de distancia. Tenía catorce años, y esa noche mi mundo se derrumbó para siempre. —Se mordió el labio, obligándose a guardar silencio. No se sentía aún preparada para hablar de Lourdes y de lo que había tenido que hacer al renunciar a ella solo para no convertirse en la vergüenza de los Von Keller.

—¡Te juro que si lo tuviera ahora mismo enfrente de mí lo mataría con mis propias manos! —manifestó Rosario, hecha un manojo de nervios y furia.

—Es un ser despreciable. Muchas veces deseé verlo muerto, acabar con su vida y de una vez por todas ponerle fin a la pesadilla…

—¿Dónde está ahora? ¿Puede seguir lastimándote? —Rosario entonces recordó lo que le había contado Isabela el día del bautismo del pequeño Tomás Goldmann—. Oficia en el barrio de Flores, en la capilla Santa Clara…

Anita se quedó viéndola, perpleja.

—¿Cómo lo sabes?

Le contó del episodio que su cuñada había presenciado entre el cura de la iglesia y una mujer pelirroja una mañana de domingo.

—Eras vos. Isabela estaba segura de que te había visto en algún lado, y cuando la llevé a mi atelier y le mostré tu cuadro, te reconoció de inmediato.

Anita entonces asintió.

—Me acuerdo de ella. Se me acercó para preguntarme si me sentía bien. Jamás imaginé que se tratara de un miembro de tu familia.

—Isabela dijo que te vio muy alterada —repuso Rosario, molesta. No conseguía liberarse de la rabia. Parecía que se había enraizado en sus entrañas y amenazaba con devorarla desde adentro. Ni siquiera lo conocía, pero sentía un odio visceral por el padre Mendoza y le costaba disimularlo.

—Tuve un enfrentamiento muy desagradable con ese hombre —respondió Anita sin entrar en detalles.

—¿Por qué fuiste a verlo? —insistió en saber Rosario, dándose cuenta de que ella intentaba evadir el tema.

Anita suspiró y ensayó una respuesta convincente en su cabeza antes de convertirla en realidad.

—Fui a hacerle una advertencia porque me enteré que anduvo rondando el colegio donde estudia Lourdes…

—¿Tu hermana?

Anita asintió mientras tragaba saliva.

—Es normal que sientas miedo de que pueda lastimarla a ella también. Yo hubiera hecho lo mismo —dijo Rosario, poniéndose en

sus zapatos—. Ese sujeto no debería estar al frente de una congregación.

—Ha sido reubicado en distintas parroquias en más de una oportunidad. Incluso estuvo en Brasil durante algunos años. Mi abuela Agnes cree que la diócesis sospechaba de su comportamiento amoral y lo iba trasladando de un sitio a otro para encubrirlo.

Rosario maldijo en voz baja, dirigiendo su enojo hacia la Iglesia por permitir y solapar que bestias como Mendoza se valieran de su condición de hombres de Dios para cometer sus crímenes.

—Tiene que pagar, Anita. De un modo u otro, el maldito debe purgar en el infierno todo el daño que hizo, porque estoy segura de que no fuiste su única víctima. Esa clase de alimaña nunca se detiene.

Anita negó enérgicamente con la cabeza.

—No puedo enfrentarme a él ahora, Rosario. —Aunque pretendía mostrar seguridad, su voz temblaba—. Exponer lo que me hizo delante del mundo sería como volver a pasar por lo mismo y no es algo que desee en este momento de mi vida.

—Cuando te sientas preparada para acusarlo ante las autoridades, yo estaré a tu lado —le prometió Rosario, esforzándose en aceptar su decisión.

—Gracias —musitó Anita, haciendo un gran esfuerzo en sonreír. Aunque hablar de un hombre como Teodoro Schneider tampoco era agradable, debía conocerlo mejor antes de exponerlo frente a su madre—. ¿Hay algo más que deba saber de mi futuro padrastro?

Rosario no mencionó nada sobre su cambio repentino de conversación para no inquietarla con sus preguntas.

—Si lo que te conté sobre él te alarmó, hay algo todavía más siniestro que descubrí hace poco.

—¿Más terrible que lo que te hizo a vos?

Rosario asintió.

—Una enfermera que cuidaba a Débora durante su convalecencia me dijo que sospechaba que su muerte no había sido fruto de un corazón enfermo. Ella cree que Teodoro la mató, aprovechándose de su frágil condición. —Le contó sobre su extraño comportamiento previo al deceso de su esposa y la amenaza que había lanzado en contra de la enfermera para obligarla a quedarse callada.

—Debo hablar ya mismo con mi madre. —Anita se levantó de sopetón, se calzó los zapatos y miró el recorte con el anuncio de la boda. Decidió llevárselo, aunque ni siquiera sabía por qué.

2 Oh, el amor, el amor… Yo no puedo vivir ni un solo día en un mundo sin amor.
3 Te amo.

UNA MALA HIJA

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

Anita aminoró su andar al ver el automóvil de Teodoro Schneider estacionado frente a la casa de los Von Keller. La presencia de aquel hombre, ahora más que nunca, le provocaba una gran ansiedad. Mientras avanzaba por el sendero de grava que conducía al porche, sopesó el hecho de que quizá era mejor enfrentar a su madre con la verdad haciéndolo delante de su futuro esposo. Ni siquiera sabía cómo contarle todo lo que acababa de descubrir sin ponerse ella misma en evidencia al mencionar de quién lo había oído. Si lo manifestaba de una manera violenta, era probable que la tensa relación entre Rosario y Schneider revelase aspectos de su vida que aún no quería compartir con su familia. Sin embargo, la seguridad de su madre era más importante y decidió correr el riesgo.

Entró al salón y su aparición causó sorpresa. Doña Agnes la recibió con una sonrisa. Ernestina la miró atentamente, acomodándose los anteojos. Teodoro, por su parte, la saludó con un discreto movimiento de cabeza.

—¡*Cherie*, qué alegría verte! —exclamó la anciana, envolviendo a su nieta entre los brazos.

—¿Cómo estás, *gran-mère*? —preguntó Anita, preocupada. La había notado algo dispersa los últimos días y temía que se

enfermase.

—*Je vais bien, Dieu merci*[4] —respondió Agnes, dándole unos golpecitos en la mejilla para tranquilizarla.

—Eso no es cierto —dijo Ernestina, metiéndose en la conversación —. Esta mañana apenas quiso desayunar y anoche ni siquiera cenó.

La anciana le lanzó una mirada hierática a su nuera.

—A mi edad es normal tener poco apetito —repuso en tono severo, sin dejar de sonreír a su nieta.

Anita se sentó a su lado y le rozó la frente con el dorso de la mano. Más allá de una palidez que se había acentuado desde que ya no salía de la casa para resguardarse de las bajas temperaturas, su piel no presentaba signos de fiebre.

—¿Te duele algo? —insistió en saber la joven, apretando suavemente sus delgados dedos entre los suyos.

Doña Agnes se apresuró a negar con la cabeza.

—No tengo nada, solo los achaques típicos de alguien de mi edad.

Anita no se quedó conforme con su respuesta. Se giró hacia su madre y la miró. Ernestina se dio cuenta por su actitud que intentaba decirle algo y no se animaba.

—Lo que sea, podés hablar adelante de Teodoro. En una semana se convertirá en mi esposo —le recordó mientras se sentaba más cerca de él—. ¿Estás preocupada por la salud de tu abuela o se trata de otra cosa?

Aunque Teodoro seguía en silencio, su presencia en el salón resultaba muy incómoda. Anita se aclaró la garganta antes de soltarle a su madre lo que ocultaba aquel hombre de sonrisa fácil y mirada calculadora.

—Mamá, sé que será difícil para vos asimilar lo que voy a decirte, pero no puedo permitir que unas tu vida a la de alguien que ha hecho tanto daño. —Sus ojos azules se posaron en Schneider. Percibió un ligero mohín en su rostro—. Alguien que lo conoce muy bien asegura que el hombre con el que deseás pasar el resto de tu vida no es quien te ha hecho creer.

—Anita, no voy a tolerar que vengas a boicotear mi boda con una de tus tantas mentiras —replicó su madre, amonestándola con una mirada cargada de rabia.

—No son mentiras, mamá. Teodoro Schneider estuvo en la cárcel…

—Ya lo sabía —dijo Ernestina, interrumpiéndola—. Lo encerraron porque, en su buena fe, Teodoro falsificó documentos para ayudar a dos pobres mujeres a huir de Alemania justo antes de que estallara la guerra.

Anita se quedó de piedra. Se preguntó de qué más estaría al tanto su madre y prefería callar antes que cancelar un matrimonio del cual muchos en Buenos Aires ya hablaban.

—¿Y también te contó que cuando se enteró de que su primera esposa lo engañaba se vengó de ella enviando a dos exconvictos para que atacaran a su amante?

Esta vez, Teodoro sí reaccionó. La señaló con un dedo acusador mientras su rostro se encendía de rabia.

—¡Has hablado con Rosario Navarro Soler!

—¿La artista que entrevistaste para *El Hogar*? —Ernestina hizo la pregunta sin siquiera imaginarse lo que estaba a punto de suceder.

Doña Agnes observaba la escena en silencio.

—No es relevante con quién hablé —contestó Anita—. Lo importante es que sepas la clase de animal que tenés al lado para que vos misma lo saques de tu vida. —Iba a decir algo más, pero Schneider se lo impidió.

—Esa mujer me odia y es capaz de inventar cualquier clase de patraña para perjudicarme. Seguramente se enteró de que estoy a punto de casarme y le molesta que quiera rehacer mi vida al lado de otra mujer. Todavía le duele la muerte de Débora, mi difunta esposa…

Ernestina no entendía nada.

—¿Qué tiene que ver tu primera mujer con la tal Rosario?

Anita ni siquiera alcanzó a responder su inquietud porque Teodoro se le adelantó y lo que dijo lo hizo con toda la saña del mundo.

—Querida, hubiera preferido que ciertos asuntos poco agradables no llegaran a tus oídos; aun así, creo que debo ser sincero, ya que tu propia hija ha puesto sobre el tapete una verdad que incluso hasta el día de hoy, como hombre, me causa repulsión. —Tomó la mano de su prometida y suspiró—. Rosario Navarro Soler sedujo a Débora mientras todavía era mi esposa. Esa horrible mujer la arrastró en su mundo de promiscuidades, convirtiéndola en una pervertida.

Ernestina abrió grande la boca y doña Agnes creyó que había oído mal.

—¡Mamá, tu futuro esposo contrató a dos delincuentes para que violaran salvajemente a Rosario!

Ernestina sacudió la cabeza, negando la verdad que escupía su hija sin ningún miramiento.

—¡Eso no es verdad! —objetó Teodoro, aferrándose a la mano de su futura mujer—. ¡Querida, te juro que esas terribles acusaciones son infundadas! Si hubiera algo de cierto en ello, habría purgado una condena más larga…

—¡El hecho de que no se probara su crimen no significa que no haya existido! —le recriminó Anita, alzando considerablemente la voz. Estaba perdiendo los estribos, pero no le importó. Si debía enojarse y gritar para imponer la verdad, estaba más que dispuesta a hacerlo.

Teodoro sonrió, irónico.

—Creo que la cercanía de tu hija con esa mujer la ha afectado demasiado, querida —manifestó en tono burlón—. Yo tendría cuidado con ella.

Ernestina miró a Anita horrorizada.

—¡Ana Victoria, por favor, decime que no te has involucrado con esa depravada! —Se negaba siquiera a pensar en tan horrible posibilidad. Entonces, tras el silencio sospechoso de su hija, emitió un grito de espanto—. ¡Por Dios! ¡Esa es la razón por la que querés cancelar la boda con Agustín!

Anita se quedó callada. No supo qué decir. Cuando miró de reojo a su abuela y vio que estaba echándose aire con el periódico, se asustó.

—*Grand-mère*, ¿qué pasa?

—¡Qué pasa! ¿Y todavía tenés el tupé de preguntarle a tu abuela qué le pasa cuando acaba de enterarse de que te anduviste revolcando con una mujer? —vociferó Ernestina, al borde del colapso.

—¡Mamá, callate! —le gritó, arrodillándose frente a la anciana para asegurarse de que solo estaba un poco nerviosa por la situación. Tras constatar que volvía a respirar con normalidad, miró a su madre por encima del hombro—. No voy a discutir con vos qué clase de lazo me une a Rosario, pero hay algo más que debés saber…

—¡No pienso seguir escuchándote! —Ernestina se levantó de golpe y se alejó de su hija, dándole la espalda.

Teodoro la siguió y la reconfortó con un abrazo.

—Tranquila, querida. Nada de lo que diga tu hija podrá separarnos —le susurró al oído mientras le acariciaba la espalda.

Anita no pensaba desistir y tenía toda la intención de llegar hasta las últimas consecuencias. Ahora que la naturaleza de su relación con Rosario había salido a la luz, poco le importaba lo demás.

—¡Mamá, yo no dejaría que me toque un asesino!

La lapidaria acusación de Anita provocó un silencio ensordecedor. Fue la temblorosa voz de doña Agnes la que puso fin a la tensión del momento.

—¿Asesino?

—Sí, abuela. Teodoro Schneider acabó con la vida de su esposa. Débora Eiserman sufría del corazón, pero hay un testigo que asegura que justo antes de su muerte este hombre actuó de manera muy sospechosa…

—¡No voy a permitir que me calumnies así! —Schneider soltó a su prometida y se aproximó a Anita con un brazo en alto. Cuando estuvo frente a ella trató de zarandearla, pero el grito que profirió doña Agnes, lo detuvo en seco.

—¡No se atreva a tocar a mi nieta! —La anciana, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se levantó del sillón y lo amenazó con su bastón—. ¡Váyase de esta casa ya mismo!

—¡Doña Agnes, por favor! —suplicó Ernestina, llorosa. Se rehusaba a soltar a Teodoro—. ¡Anita es una mentirosa, siempre lo ha sido!

Doña Agnes, furibunda, la miró directamente a los ojos.

—¡Mi pobre nieta siempre ha dicho la verdad! ¡No le has creído en el pasado! ¿Tampoco lo harás ahora?

Ernestina no fue capaz de responder. Trató de defender a su futuro esposo por encima de cualquier cosa, incluso poniéndose en contra de su propia hija. Aunque hizo lo imposible para impedir que se fuera, Teodoro decidió que era mejor alejarse hasta que los ánimos se calmaran. Se despidió de ella con un beso en la mejilla y al marcharse, se dirigió a Anita y dijo:

—Deberías tener cuidado con esa mujer. Se lo advertí a Débora y mirá cómo terminó…

—¡Váyase! —le gritó Anita, alterada por su falta de escrúpulos. Aun con la verdad puesta sobre la mesa, Schneider pretendía mostrarse como un hombre sufrido, ensuciando la memoria de Débora.

Teodoro, aprovechando que Ernestina lloraba y no lo estaba observando, le guiñó el ojo a Anita y esbozó una sonrisa malévola.

—Volveremos a vernos pronto. —Se acomodó el sombrero y tras saludar a doña Agnes con un solemne movimiento de cabeza, desapareció tras la puerta que daba al vestíbulo.

Su partida dejó en las tres mujeres una extraña sensación de inquietud.

Ernestina, tambaleándose, se acercó a Anita y le dio vuelta la cara de una bofetada.

—¡Lo que acabas de hacer es imperdonable! ¡Siempre has sido una hija difícil, pero jamás pensé que llegarías a tanto! ¡Agradezco que tu pobre padre no esté aquí para ver en lo que te has convertido!

—¡Ernestina, basta! —intervino doña Agnes, parándose al lado de Anita.

—¡Deje de defender lo indefendible! —retrucó, limpiándose las lágrimas del rostro con la mano—. ¡La ha malcriado durante todos estos años, y ahora su adorada nieta le paga metiéndose en la cama con una mujer! —Miró a su hija con asco—. ¡Voy a casarme con Teodoro y ni vos ni tus mentiras se interpondrán en mis planes!

—¡Ese hombre asesinó a su esposa! —le recordó Anita, tratando de que su madre entrara en razón.

Ernestina negó con la cabeza. Luego, respiró hondo para calmarse.

—No pienso caer en tu juego, Anita —dijo con una calma escalofriante—. Teodoro me ama y yo estoy enamorada de él. Dentro de una semana nos convertiremos en marido y mujer. Preferiría que ese día no te acerques a nosotros.

—¡Mamá…!

—¡Ernestina, escuchá a tu hija! —Doña Agnes no daba crédito a la tozudez de su nuera.

—Ya has escupido tu veneno, Ana Victoria, y no sirvió de nada. —Ernestina se retocó el peinado y se alejó rumbo a la cocina—. ¿Vas a quedarte a cenar? —preguntó sin mirar hacia atrás.

Doña Agnes le pidió a su nieta en silencio que no se marchara.

—Sí —respondió ella con voz apagada, solo para complacer a su abuela.

Cuando Ernestina por fin abandonó el salón, Anita se dejó caer en el sillón, abrumada por todo lo sucedido. Se acurrucó en un rincón y cubrió su rostro con las manos. Tenía vergüenza de mirar a su *grand-mère* a los ojos.

La anciana se sentó a su lado y no dijo nada. Unos cuantos segundos más tarde, Anita tomó valor y alzó la vista hacia ella.

—Perdón, abuela…

—¿Por qué, *cherie*?

Anita respiró hondo.

—Por defraudarte.

La anciana negó enérgicamente con la cabeza.

—¿Defraudarme?

Anita asintió.

—Al contrario, *cherie*, admiro tu valor por enfrentarte a ese hombre y tratar de salvar a tu madre, a pesar de todo lo que ella te ha hecho.

—Con respecto a Rosario…

Doña Agnes le puso el dedo en la boca para callarla.

—No hace falta que me des una explicación, Anita. Lo único que siempre he querido es que seas feliz. —Guardó silencio un instante, perdida en sus propios pensamientos—. Un día vas a entender lo que una abuela es capaz de hacer para proteger a sus seres queridos.

Anita se dejó arropar por doña Agnes y lloró arrebujada contra su pecho, sintiendo que todos los males del mundo podían desaparecer si ella estaba a su lado.

*

Barrio de Almagro, Buenos Aires, al día siguiente

Rosario apartó las sábanas de seda con el único propósito de contemplar el cuerpo desnudo de Anita, quien dormía boca abajo con su exuberante cabello rojo desparramado encima de la almohada. Había llegado muy tarde el día anterior, después de haber enfrentado a su madre con el verdadero rostro de Teodoro Schneider, y cuando la invitó a pasar la noche con ella no dudó en aceptar. Compungida, aunque también con un sentimiento de alivio, le contó que lo sucedido había terminado por exponerla delante de su madre y de su abuela. Ambas ya estaban al tanto de lo que existía entre ellas, gracias a las acusaciones que lanzó Schneider en su afán de manchar su imagen a los ojos de Ernestina y alivianar así el peso de sus propias mentiras.

Rosario se inclinó sobre su cuerpo desnudo y besó con suavidad los hoyuelos de Venus que se marcaban en la parte baja de su espalda. Aquellas dos pequeñas depresiones le conferían un encanto seductor. Rosario se alejó un poco para observarla mejor, y entonces corrió a buscar su cuaderno de bocetos.

Regresó a la habitación y se acomodó en el sillón, con las piernas cruzadas a lo indio. Desde allí tenía una visión magnífica de Anita enroscada entre las sábanas. La delicada tela de satén le envolvía las piernas, dejando expuesto el trasero respingado y los dichosos hoyuelos que habían despertado su inspiración. Con trazos rápidos, pero bien definidos, la plasmó en el papel con el carboncillo. Se

detuvo de repente al notar que ella se movía. No dejó de mirarla mientras Anita se daba media vuelta para desperezarse con la gracia de un felino todavía adormilado. Estiró ambos brazos por encima de la cabeza y emitió un sonoro bostezo. Sonrió al descubrir que Rosario la observaba desde el sillón.

—¿Hace mucho que te despertaste? —preguntó, sentándose en la cama. Sus pequeños pechos turgentes quedaron entonces cubiertos por una pesada mata de cabello rojizo.

Rosario dejó escapar un resuello de admiración. Anita no era consciente del efecto que provocaba en ella recién despierta, con el rostro somnoliento y su magnífica desnudez que rozaba la perfección. Porque a sus ojos, los de artista y de mujer enamorada, Anita era la viva imagen de la belleza perfecta. Dejó el cuaderno a un lado y regresó a la cama para darle los buenos días con un beso apasionado en los labios.

Anita la tironeó del brazo y Rosario cayó encima de ella. Se rieron a carcajadas mientras el deseo que habían agotado la noche anterior volvía a despertarse con la misma intensidad. La dicha de amanecer juntas les permitía dejar los momentos amargos a un lado, porque cuando se amaban no existía nada más en el mundo. Hicieron el amor hasta quedar exhaustas y hambrientas. Rosario sugirió tomar unos mates en la cama y probar la mermelada de membrillo que le había mandado la cocinera de la estancia.

—¡Muero por regresar a Las Acacias! —confesó Anita después de darle el primer mordisco a la tostada untada con el delicioso dulce casero.

—Podríamos ir el fin de semana —dijo Rosario. Ella también tenía ganas de ir al campo. Aunque en invierno hacía mucho frío, el

encanto de las neblinas matinales eran inspiradoras. Muchas veces se había levantado temprano solo para pintar el paisaje gris que la rodeaba.

Anita sonrió complacida mientras tomaba el mate endulzado con canela. Junto a la bandeja, Rosario había dejado un ejemplar de *La Prensa* del día anterior. Lo desplegó sobre la cama y comenzó a hojearlo. Ya no mencionaron lo sucedido con Teodoro Schneider para no hacerse mala sangre. Después de que su abuela lo echara de la casa, Anita esperaba no tener que volver a verlo. Le regresó el mate a Rosario, y al pasar página se topó con la sección de los avisos fúnebres. No solía leerlos, pero una esquela llamó de inmediato su atención. Su rostro, ya de por sí pálido, se tornó tan blanco como un papel. Rosario la miró, inquieta.

—¿Qué ocurre?

—No puede ser…

Rosario dirigió su mirada a la parte superior de la página, en donde aparecía un nombre que ya no le era desconocido.

Joaquín Mendoza.

—Está muerto —musitó Anita, señalando con el dedo la esquela donde se anunciaba el repentino fallecimiento del padre Joaquín Mendoza, sacerdote de la parroquia de Santa Clara del barrio de Flores, a la edad de cincuenta y cinco años. Se invitaba a sus allegados y miembros de su congregación a despedir sus restos esa tarde en el cementerio de la Chacarita.

—¿Estaba enfermo? —preguntó Rosario como si le importara conocer la causa de su deceso. La verdad era que, en el fondo, se alegraba de que ese malnacido ya no pudiera aprovecharse de nadie

más. Observó a Anita y ante su falta de reacción, cerró el diario y lo apartó de su vista—. Se merecía morir…

Ella asintió sin decir nada. Aunque era evidente que su muerte la había perturbado, Rosario percibió cierta vacilación en su semblante, como si la noticia no la hubiese sorprendido.

—Nunca pensé que este día llegaría —manifestó finalmente, cruzándose de brazos. Se había puesto una bata de algodón y aun así tiritaba de frío. Se quedó pensativa, sumiéndose nuevamente en un silencio inquietante.

Rosario le cebó otro mate y Anita lo rechazó, alegando que se le había cerrado el estómago. Miró la hora.

—Debería prepararme para ir a la redacción —anunció de repente, forzando una sonrisa.

—¿Y si llamás para avisar que no te sentís bien? —dijo Rosario, tratando de retenerla un poco más a su lado.

—Don Goyo quería hablar conmigo para que escribiera una nueva entrevista —respondió mientras se despojaba de la bata y comenzaba a vestirse de prisa. No tenía tiempo para darse un baño.

Rosario asintió y salió de la habitación rumbo a la cocina. Unos minutos más tarde, Anita pasó para despedirse de ella con un beso.

—¿Nos vemos esta noche? —Rosario le acomodó el cabello detrás de la oreja. Lo tenía suelto y los abundantes bucles rojizos le enmarcaban el rostro de una manera majestuosa. Odiaba cuando lo llevaba recogido y Anita lo sabía muy bien.

—Tengo que pasar a ver a mi abuela —contestó Anita, perdida en sus propios pensamientos—. Temo que el disgusto de ayer la haya afectado demasiado.

Rosario no dijo nada. Le dio un último beso y cuando la vio cruzar la calle a través de la ventana, la saludó con la mano a pesar de que Anita ni siquiera se volteó para mirarla.



4 Estoy bien, gracias a Dios.

UN ENCUENTRO POCO AGRADABLE

Cementerio de La Tablada, Buenos Aires, 1954

Isabela apretó la mano de Samuel para reconfortarlo. Se encontraban frente a la tumba de Débora y la emoción que los embargaba era tan grande que llevaban un largo rato sin pronunciar palabra y con los ojos aguados. A una corta distancia, Santiago esperaba junto a su hijo mayor para darles un poco de privacidad. Hacía apenas tres días que habían arribado al país tras su viaje por Alemania y aunque Isabela hacía todo lo posible para que su hermano menor se adaptara a su nuevo entorno, el joven se mostraba retraído y cada vez que lo llamaban por su verdadero nombre tardaba en responder. Parecía que le costaba desprenderse de su antigua vida; tras varios años siendo Hans Schonfeld, el cambio tardaba en concretarse. Sin importar el empeño que pusiera Isabela en facilitarle las cosas, Samuel prefería pasar el día encerrado en su habitación, alegando que no tenía deseos de hablar con nadie, ya que su español era demasiado pobre. Isabela se aparecía todas las tardes con un cuaderno y uno de los libros de lectura de Santiaguito para enseñarle lo básico del idioma. Ese rato que ambos compartían se había convertido en un ritual impostergable y nadie se atrevía a interrumpirlos cada vez que se reunían para estudiar. Ni siquiera Santiaguito se acercaba para

hacerles compañía. Los observaba desde lejos, y aunque sabía que la envidia era un mal sentimiento, no podía evitar ponerse celoso. Para él, su desconocido tío estaba allí para robarse el tiempo y la atención de su madre.

Santiago le sonrió a su hijo. Entendía mejor que nadie como se sentía. Desde que Samuel había entrado en sus vidas, Isabela le dedicaba toda su atención. Vio que el niño giraba la cabeza hacia la entrada del cementerio. Entonces reparó en que un hombre se acercaba con un ramo de rosas blancas en la mano. Lo reconoció de inmediato. Cruzarse con Teodoro Schneider era algo que no se esperaba. Se aproximó a su esposa, posó la mano en su espalda y le dijo en voz baja lo que sucedía. Isabela se giró sobre sus talones y se topó casi de frente con la falsa sonrisa de quien fuera el esposo de su tía Débora.

—¡Vaya, no esperaba encontrarlos aquí! —exclamó Teodoro observando con curiosidad al muchacho que estaba de pie al lado de Isabela—. ¿Te conozco?

La inesperada aparición de Schneider causó un momento de tensión; aun así, Isabela no iba a protagonizar una escena violenta delante de su hermano.

—Sí, Teodoro. —Conminó al joven a dar un paso al frente—. Él es Samuel, el niño que conociste en Berlín.

La sonrisa de Teodoro se ensanchó y sorprendió a todos dándole un abrazo a Samuel.

—¡Muchacho, qué alegría verte después de tanto tiempo! —Casi se le cae el ramo de flores. Soltó a Samuel y lo dejó sobre la tumba, junto a la fotografía de Débora—. Aunque no tengamos lazos de

sangre, para mí siempre has sido mi sobrino. —Miró a Isabela—. Tú también, querida.

Ella iba a decir algo y Teodoro volvió a retomar la palabra para saludar a Santiago y a su hijo.

—Hace tiempo que no sabía nada de ustedes y tengo mucho que contarles. —Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un sobre—. No sé si estaban al tanto, me caso este sábado. Será una ceremonia sencilla, solo por el civil, ya que mi prometida también es viuda, al igual que yo. Hemos decidido prescindir de una fiesta, aunque celebraremos nuestro enlace con una sencilla recepción en mi casa. Me gustaría mucho que vinieran.

Santiago recibió la invitación y, sin siquiera leerla, se la guardó en el pantalón.

—No sé si podremos asistir —repuso Isabela, mirando por lo bajo a su esposo—. Volvimos de Alemania hace poco y queremos pasar tiempo con los niños…

—Eso no es problema —replicó Teodoro, revolviendo el flequillo de Santiaguito en un gesto que pretendió ser amigable, pero que en alguien como él resultaba inquietante—. Los niños también pueden ir. Por supuesto, la invitación incluye a Samuel. Por favor, no me hagan un desaire. Será algo íntimo y la verdad es que quisiera presentarles a mi futura esposa. Cuando la conozcan, entenderán por qué he decidido volver a casarme. —Miró la tumba de Débora con pesar—. La soledad a veces se vuelve aplastante y creo que ella estaría de acuerdo en que debo rehacer mi vida.

Santiago e Isabela intercambiaron una mirada suspicaz. Era evidente que, en todo ese tiempo, Schneider no había cambiado en nada. Pretendía manipularlos dando lástima. Ninguno de los dos

quería aceptar su invitación; sin embargo, no se animaron a rechazarla por temor a que se enojara, y no era el lugar ni el momento para soportar uno de sus desplantes. Además, estaban seguros de que no se iría hasta que le confirmaran su asistencia a la dichosa recepción.

—Haremos lo posible por estar ahí —dijo Santiago para salir del paso.

Teodoro le estrechó la mano con entusiasmo y saludó a Isabela con un abrazo. Cuando quiso hacer lo mismo con Samuel, el joven se echó para atrás y le tendió la mano, sin siquiera mirarlo a la cara. Fue cuestión de un segundo, sin embargo parecía que el aire a su alrededor se volvía denso e irrespirable. No fue hasta que Schneider se marchó que todos, incluso Santiaguito, recuperaron la tranquilidad.

—No me cae bien el tío —comentó el niño, sentándose al borde de la tumba de su abuela.

Samuel miró seriamente a su hermana.

—Apenas me acordaba de él —dijo, encogiéndose de hombros.

Isabela le sonrió.

—Tu tío es un hombre que no merece ser recordado, Samuel. —Recogió las rosas blancas que le había traído Teodoro a su difunta esposa y sin pensarlo dos veces, las arrojó en un tacho de basura.

Nadie dijo nada, aunque todos celebraron en silencio lo que acababa de hacer Isabela. Permanecieron frente a la tumba de Débora un rato más, hasta que el frío de aquella tarde gris que presagiaba tormenta los obligó a retirarse. Cuando llegaron a su casa, Santiaguito corrió a buscar a su hermano y Samuel se apresuró a subir las escaleras para encerrarse en su habitación.

Isabela suspiró y miró a su esposo.

—¿Vamos a ir? —preguntó él, mostrándole la invitación de la boda mientras hacía una mueca de fastidio.

—No lo sé. Ese hombre me provoca escalofríos. Después de todo lo que hizo, no entiendo cómo tiene la audacia de acercarse a nosotros como si no hubiera sucedido nada.

Santiago compartía su indignación. Nunca iba a olvidar lo que Schneider le había hecho a su hermana.

—Yo no deseo participar de esa pantomima. —Leyó el texto de la tarjeta—. La desafortunada novia se llama Ernestina Burgos.

—Yo tampoco, pero estaba pensando en Samuel. Prácticamente no sale a ningún lado y quizá es una buena oportunidad para que conozca gente.

Santiago se mostró escéptico. Dudaba de que un joven como Samuel se sintiera a gusto en la boda de Schneider; sobre todo después de ver su reacción al reencontrarse con él en el cementerio.

Isabela se dio cuenta que Santiago no estaba de acuerdo con su plan.

—¿Te parece mal que vaya con Samuel y los niños? No es necesario que nos acompañes…

—Si vas a ir a la boda de ese sujeto, voy con vos. —Le sonrió y le dio un beso en los labios—. Jamás los dejaría a la merced de alguien como Teodoro Schneider.

Isabela lo abrazó y sonrió complacida. Una vez más, su querido esposo le demostraba su apoyo incondicional.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

Cuando Anita llegó a la casa familiar fue directamente a buscar a su abuela. No la encontró en el salón, tampoco en la cocina. La criada le dijo que estaba en cama y que esa mañana ni siquiera había tenido fuerzas para bajar a desayunar. Corrió escaleras arriba a toda prisa, no solo porque temía por la salud de su querida *grand-mère* sino porque no deseaba cruzarse con su madre. La puerta de la habitación se abrió de golpe y soltó un suspiro de alivio al ver que se trataba de Lourdes. Se dieron un abrazo y de inmediato notó la tristeza en su mirada.

—¿Qué tiene la abuela? —preguntó en voz baja para no delatar su presencia en el pasillo.

—Ella dice que es solo cansancio, pero la veo muy demacrada. Ha perdido el apetito y esta mañana se ha negado a salir de la cama.

—Deberíamos llamar al médico —dijo Anita, angustiada.

—La abuela no quiere…

—No se trata de lo que ella quiere o no, Lourdes. Ya sabemos lo testaruda que puede llegar a ser. —Tomó las manos de la jovencita entre las suyas y las apretó con suavidad—. ¿Me harías un favor?

Lourdes asintió.

—Ve al salón y busca en la libreta que está junto al teléfono el número del doctor Torrealba. Dile que la abuela se siente mal y que no está comiendo. Vendrá enseguida, siempre ha tenido debilidad por ella. —Miró por encima del hombro de Lourdes—. ¿Mamá se encuentra en su habitación?

—No, salió temprano porque tenía cita con la modista. Se casa en unos días, por si no te acordabas.

Anita no dijo nada. Era evidente que todo lo sucedido cuando enfrentó a Schneider con su pasado no había llegado a oídos de Lourdes.

—Ese casamiento no debería realizarse —comentó, de mal humor.

—Ya es tarde para impedirlo, Anita —replicó Lourdes chasqueando la lengua—. Mamá jamás lo cancelará; no después de haber enviado las invitaciones y anunciar el matrimonio en todos los diarios. Bajo a llamar al doctor. Ve con la abuela que no me gusta que se quede mucho rato sola. —Se dirigió a las escaleras y se dio media vuelta—. Creo que le haría mucho bien que vinieras a quedarte con nosotros, al menos unos días.

Anita asintió, pero no fue capaz de darle una respuesta. Entró en la habitación y le dolió en el alma encontrar a su abuela tendida en la cama, con las manos cruzadas sobre el pecho y una palidez escalofriante en el rostro. Se acercó y doña Agnes abrió los ojos. Esbozó una débil sonrisa al verla.

—*Cherie*… has venido. —Le tendió el brazo, aunque lo bajó de inmediato porque no tenía la fuerza suficiente para mantenerlo en el aire.

Anita se sentó junto a ella y tomó su mano huesuda. Estaba fría. La masajeó con cuidado para darle calor.

—¿Cómo te sientes, abuela? Lourdes me dijo que no has querido levantarte. También sé que hoy no has desayunado. ¿Te apetece comer algo? Puedo prepararte un té o una taza de chocolate caliente. —Sonrió solo para que no notara lo preocupada que estaba por ella.

La anciana negó con la cabeza.

—No quiero nada, *cherie*, solo necesito que no te vayas de mi lado. —Barrió la habitación con sus ojos cansados—. ¿Dónde se fue mi adorada Lourdes? Estaba conmigo hasta hace un rato.

Anita decidió mentirle.

—Bajó a la cocina, *grand-mère*. En un rato vuelve para acompañarnos.

Doña Agnes asintió y entornó los párpados mientras dejaba que su nieta le acariciara la mano. Cuando volvió a abrir los ojos y vio que Anita estaba llorando, sacudió la cabeza en un gesto de negación.

—No hay de que preocuparse, *cherie*. Me pondré bien, ya verás.

Anita se mordió el labio. No quería llorar delante de ella, pero nunca antes la había visto en aquel estado tan vulnerable. Su abuela siempre representaba para ella un pilar donde apoyarse; un refugio al cual acudir en busca de paz. No concebía la posibilidad de perderla. Trató de no pensar en ello y una sonrisa triste asomó en su rostro compungido.

—Tu compañía será mi mejor remedio —dijo la anciana, haciendo un gran esfuerzo por incorporarse.

Anita la ayudó a sentarse en la cama y aceptó la invitación de su abuela para que se tumbara a su lado.

—Sé que no es el mejor momento para pedírtelo, pero me gustaría que te quedaras en casa, al menos hasta que yo mejore.

—Lourdes me dijo lo mismo.

—¿Y qué le contestaste? —quiso saber doña Agnes, ansiosa.

—No le dije nada. —La miró a los ojos—. Si el pedido es tuyo, entonces lo puedo pensar.

La anciana comenzó a acariciar el cabello de Anita, hundiendo sus delgados y arrugados dedos en su melena ondulada.

—Deberías llevarlo siempre suelto —manifestó mientras le apartaba unos mechones del rostro.

Anita asintió.

—A Rosario también le gusta cuando me suelto el cabello —se animó a decir. Miró de reojo a su abuela.

Doña Agnes sonrió.

—Es una mujer muy hermosa. Vi su fotografía en la revista. Supongo que no le hace justicia.

—No, en persona es mucho más bonita —reconoció Anita poniéndose colorada.

—No quiero pecar de indiscreta, *cherie*, pero ¿cuántos años tiene Rosario? —preguntó, alzando ligeramente las cejas en una mueca de intriga.

—¿Acaso eso importa, *grand-mère*? —Anita jamás se había preocupado por la diferencia de edad entre ambas. Aunque se llevaban casi doce años, no era algo que pesara en su relación.

—No me malinterpretes, *cherie* —se apresuró a decir la anciana antes de que Anita se enfadara—. Es solo que no me has contado nada de ella y quería primero conocerla a través de tu mirada antes de que me la presentes.

Anita guardó silencio, meditando sobre las palabras de su abuela.

—¿La quieres conocer? —Fue una pregunta hecha con vacilación, como si todavía le costara creer que el amor que sentía por Rosario pudiera ser aceptado algún día por su familia.

—¡Claro que sí, *cherie*!

Doña Agnes sonaba sincera y logró que su nieta se emocionara.

—¡Sos increíble, *grand-mère*! ¡Te preocupa más el hecho de que Rosario sea mayor que yo y no que me haya enamorado de una mujer! —le dijo, dándole besos en la mano en señal de agradecimiento.

—No es preocupación, Anita. La edad no importa cuando se trata del amor. Tu abuelo me llevaba quince años, pero esa diferencia nunca nos importó. Él tenía un espíritu joven y aventurero… fui muy feliz a su lado. —El semblante de la anciana se tiñó de nostalgia—. Por eso jamás juzgaría tu historia de amor con Rosario. El corazón no sabe de géneros ni de años, solo de sentimientos.

Anita deseaba que los demás pensaran como ella; sin embargo, estaba convencida de que su madre jamás la entendería. No pudo evitar que la sombra de su intransigencia empañara el tierno momento que acababa de vivir con su abuela. Iba a decir algo y entonces se dio cuenta de que ella estaba llorando.

—¿Qué pasa, *grand-mère*? —Le enjugó las lágrimas con el puño de su blusa.

La anciana apartó la mirada. De repente, Anita tuvo la extraña sensación de que su abuela se estaba despidiendo. La abrazó con todas sus fuerzas, como si al hacerlo pudiera mantenerla a su lado, venciendo incluso a la propia muerte.

—*Cherie*… —susurró doña Agnes mientras seguía derramando lágrimas por su rostro empalidecido—. No quiero irme de este mundo sin contarte lo que hice.

—¡*Grand-mère*, por favor, no hables así! ¡No te vas a ir a ningún lado! —replicó, enojada.

—¿Me harías un favor?

Anita asintió.

—Cierra la puerta con llave. No quiero que nadie nos interrumpa.

Ella cumplió con su petición y regresó a la cama para acurrucarse sobre el regazo de su abuela.

—Te escucho, *grand-mère* —dijo, conteniendo las ganas de llorar.

Doña Agnes aguardó un momento antes de retomar la palabra. Suspiró hondo y se preparó para su confesión.

—He hecho algo terrible, *cherie*… pero no me arrepiento de nada. —Volvió a sumirse en el silencio y cuando se sintió preparada para continuar, soltó su terrible verdad—. No podía permitir que ese malnacido siguiera atormentándote. Tenía que detenerlo de alguna manera.

Anita experimentó un escalofrío en el cuerpo. No dijo nada, simplemente dejó que su abuela se desahogara con ella.

—Un día me armé de valor y fui a verlo. Se sorprendió con mi visita. Me dijo que habías estado en la iglesia, muy alterada, y que se preocupaba por ti —sonrió con ironía—. Incluso se atrevió a comentar que le pareciste más hermosa que nunca… Me dio tanta rabia escuchar cómo te mencionaba, *cherie*. Luego, cuando aludió a Lourdes, se me revolvió el estómago. Habló de sus derechos de padre, como si fuera lo más natural del mundo. Lo confronté con la verdad, acusándolo de haber abusado de ti desde pequeña. Entonces, en un arrebato de conciencia o de pura locura, me confesó lo que te hizo esa noche. El maldito puso algo en tu leche tibia, por eso no tuviste ninguna reacción cuando se metió a hurtadillas en tu cuarto.

Anita soltó un resuello al recordar lo sucedido. Ahora entendía por qué todo le había parecido una pesadilla.

—Le pagué con la misma moneda, *cherie*. —Doña Agnes la sujetó del mentón y la obligo a que la mirase—. Cuando me invitó a tomar el té para conversar sobre cómo le diríamos la verdad a Lourdes de su origen, vertí en su taza unas cuantas gotas de veneno. Una tarde fui a visitar a una vieja amiga. La excusa era una partida de bridge, aunque yo tenía otra razón para estar allí. Le pedí que diéramos un paseo por el jardín y cuando ella se distrajo con su perro, arranqué unas cuantas hojas de laurel rosa y las oculté en mi bolso. Es una planta muy venenosa. Conocía de sus nocivos efectos porque había una en la casa de mi suegra y uno de sus gatos mordió su flor. Esa noche apareció muerto. Tu abuelo entonces me contó que era por causa de la planta. Al día siguiente, la arrancaron de raíz. Aunque sabía que podía ser letal, ignoraba cuánto hacía falta para matar a un hombre. No quise arriesgarme y eché casi todo el frasco en su té. Se lo bebió sin siquiera sospechar que pronto terminaría como el gato de mi suegra.

—Abuela…

—Murió al otro día, *cherie*. Ernestina me contó que lo encontraron en su cama. Creyeron que había sufrido un ataque al corazón, pero yo conocía la realidad. Y ahora tú también.

Anita ni siquiera supo qué decir. Le había sorprendido la repentina muerte del padre Mendoza; y aunque al principio se negó a validar sus sospechas para no enfrentarse al terrible hecho de que su abuela era capaz de matar por ella, siempre lo había sabido. Escuchar la verdad de sus propios labios solo hacía que se sintiera responsable de lo sucedido.

Doña Agnes, adivinando lo que cruzaba por la cabeza de su nieta en ese momento, agregó:

—Ni se te ocurra decir que es tu culpa. El único responsable de todo es ese demonio. Nadie me obligó a preparar ese veneno, *cherie*. Nadie me dijo que lo vertiera en su té. Mendoza estaba dispuesto a contarle a Lourdes que es tu hija, y eso significaba revelarle la dolorosa verdad sobre su concepción. —Rozó la mejilla húmeda de Anita y la miró fijo a los ojos—. Sé que no es fácil, pero tienes que hablar con ella y decirle que eres su madre. Sería terrible que lo supiera por alguien más, o que se le escapara a Ernestina durante alguno de sus arrebatos de ira.

A pesar de que le provocaba un gran temor que Lourdes se enterara del lazo que las unía y terminara odiándola por tantos años de mentiras, su abuela tenía razón.

—¿Me prometes que hablarás con ella? Me gustaría que lo hicieras antes de que yo deje este mundo.

La voz débil de doña Agnes se fue apagando lentamente y cuando sus ojos se cerraron, Anita sintió que el corazón se le encogía dentro del pecho. La sacudió para despertarla y su abuela esbozó una sonrisa.

—Sigo aquí, *cherie*…

Anita se echó en sus brazos, llorando de alivio y de tristeza. Permaneció acurrucada a su lado, comprobando a cada segundo que todavía seguía respirando. Cayó presa del sueño, abrigada por la calidez de su abuela. Cuando despertó y sintió el roce frío de su piel, su grito desgarrador estalló en el aire.



TAL PARA CUAL

Barrio Norte, Buenos Aires, 1954

La boda de Ernestina Burgos y Teodoro Schneider provocó un tendal de especulaciones. Muchos condenaban a la pareja el hecho de no haber esperado un tiempo prudencial tras el fallecimiento de doña Agnes Laurent viuda de Von Keller. No hacía ni una semana que la anciana había sido sepultada en el mausoleo familiar del cementerio de la Recoleta, y lo más prudente, concordaban todos, hubiera sido posponer la celebración del enlace al menos un par de meses. Por eso cuando los invitados no recibieron ninguna nota de cancelación, los rumores empezaron a circular por la ciudad como reguero de pólvora. Ernestina hizo caso omiso a los comentarios malintencionados. No iba a permitir que nada ni nadie arruinara su momento. Mucho menos dejaría que su propia hija la acusara de ser frívola e insensible. Claro que le dolía la muerte de su suegra. La lloró y veló sus restos con el respeto que se merecía, pero la vida continuaba y ella estaba a punto de convertirse en la esposa del hombre que le había devuelto la felicidad.

La ceremonia civil se había llevado a cabo en el jardín de invierno de la mansión que el flamante novio poseía en Barrio Norte. Aunque el día estaba nublado y frío, Ernestina tampoco iba a dejar que el clima interfiriera en sus planes. Lourdes y Lisandro la acompañaban.

No resentía para nada la ausencia de Anita. Era mejor que no estuviera cerca. La conocía de sobra como para esperar cualquier cosa de ella. Por parte del novio habían asistido Isabela Eiserman y su esposo, Santiago Navarro Soler. La famosa cantante era sobrina de la primera esposa de Teodoro y a él le hacía mucha ilusión que estuviera allí. El matrimonio iba acompañado de Santiaguito, su hijo mayor, y Samuel, el hermano de Isabela que acababa de llegar de Alemania.

Una orquesta de cuatro integrantes amenizaba la tarde con un repertorio de música clásica, y en algún momento de la velada, achispado por unas cuantas copas de champán, Teodoro se atrevió a pedirle a Isabela que interpretara una canción para deleitar a los presentes. Al principio se negó, pero él insistió tanto que no tuvo más remedio que ceder. Le preguntó que le gustaría escuchar y Teodoro le concedió la palabra a su esposa. Ernestina entonces sugirió un famoso bolero que sonaba en la radio todo el tiempo. Mientras Isabela entonaba la canción, los invitados la escuchaban embelesados.

En un rincón del jardín, Samuel bebía su tercera copa de champán en solitario. Estaba tan absorto contemplando a su hermana que no se percató de que alguien se había parado a junto a él. Supo que ya no se encontraba solo cuando sintió que lo envolvía un perfume embriagador. Giró la cabeza y la vio. Una muchacha de cabello cobrizo y enormes ojos celestes le sonreía mientras lo observaba por encima de su copa de cristal. Tenía los labios mojados y le sonreía.

—No nos han presentado —dijo, sin dejar de mirarlo.

Samuel no la entendió. Su dominio del idioma era todavía escaso y le costaba comunicarse con los demás.

—Lo siento, no hablo muy bien español —respondió en su lengua natal.

La sonrisa de Lourdes se ensanchó. Ella sí había entendido sus palabras.

—Yo estudio en un colegio alemán. Mi nombre es Lourdes von Keller. ¿Cómo te llamás?

Él se sorprendió al oírla hablar tan bien su idioma y también sonrió.

—Soy Samuel Eiserman. —Todavía no se acostumbraba a llamarse así. Había pasado mucho tiempo viviendo con otra identidad.

—¿Sos pariente de Isabela?

Samuel asintió.

—Sí, su hermano. Nos reencontramos hace poco cuando ella estuvo en Alemania —respondió, sin entrar en demasiados detalles —. ¿Y tú, eres pariente de la novia?

—Soy su hija, la pequeña. —Señaló a un hombre que estaba al otro lado del escenario—. Ese es Lisandro, el mayor. Falta mi otra hermana, Anita, que no pudo venir.

Samuel percibió un dejo de tristeza en su voz al referirse a la tal Anita. Hablaba un poco raro, pero su alemán era mucho más fluido que su pobre español. Un mozo se les acercó para ofrecerles más champán. Samuel tomó dos copas y le entregó una a Lourdes.

—Propongo un brindis —manifestó de repente, sintiéndose eufórico.

Ella lo miró, divertida.

—¿Por qué brindamos?

—¿Por la felicidad de los novios? —sugirió Samuel, arrugando el ceño.

Lourdes negó con la cabeza.

—Brindemos por nosotros —dijo, atrevida.

—¿Por nosotros? ¡Pero si acabamos de conocernos! —repuso él sin dejar de mirarla. Había algo en ella que le provocaba cosquilleos en el cuerpo. Se sentía como una mosca revoloteando alrededor de la miel. Imaginó entonces el dulce sabor de su boca, mojada con champán, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no traspasar la corta distancia que los separaba y besarla allí, delante de todos. Logró apartar aquella loca idea de su mente antes de concretarla.

—Entonces brindemos por la maravillosa casualidad de conocernos. —La joven chocó su copa con la de él y al hacerlo sus dedos se tocaron ligeramente. El roce duró apenas unos segundos, suficientes para que esa tarde de invierno naciera entre ellos una atracción irresistible.

Al concluir su canción, Isabela se llevó una avalancha de aplausos. Con la ayuda de Santiago, bajó del escenario y buscó a su hermano entre los invitados. Lo vio apartado del resto, conversando con una muchacha. La reconoció de inmediato. Era la hija de la novia. Le hizo señas a su esposo de que mirara en su dirección.

—Parece que Samuel no pierde el tiempo —dijo, jocoso.

Isabela no festejó su comentario.

—¿Es que acaso se entienden? —cuestionó, intrigada.

—Yo diría que se entienden más que bien —remató Santiago, guiñándole el ojo.

Ella chasqueó la lengua. Estaba yendo al encuentro de Samuel y entonces su esposo la detuvo.

—Déjalos solos. Es evidente que se están divirtiendo juntos.

Isabela vaciló un momento y renunció a buscar a Samuel. Santiago tenía razón. Su hermano y aquella jovencita se llevaban muy bien. Sonreían mientras conversaban animadamente. A pesar de su renuencia, acababa de convencerse de que había tomado la decisión correcta aceptando la invitación de Teodoro a su boda. Lo había hecho por Samuel, para sacarlo de la apatía, y resultaba placentero verlo disfrutar de la compañía de una muchacha de su edad. Distraída en sus pensamientos, vio que Santiago le hacía señas, y al mirar por encima del hombro descubrió que Samuel y su nueva amiga se acercaban a ellos.

—Isabela, Santiago, les presento a Lourdes von Keller.

—¡Es un placer conocerla, señora Eiserman! ¡La he escuchado cantar tantas veces en Radio El Mundo que me parece mentira verla en persona! —exclamó Lourdes, muy emocionada.

—El placer es mío, Lourdes. —Miró de reojo a su hermano. Parecía fascinado con su joven acompañante.

—Yo también estoy encantado de conocerte, jovencita —dijo Santiago, eclipsado por la fama de su esposa. Ahora que la veía de cerca entendía por qué Samuel la admiraba, completamente embobado.

—Quítame una duda, por favor. —intervino Isabela—. Los he estado observando. Sí, ya sé, no debería, pero Samuel es mi hermano pequeño y siempre estoy pendiente de lo que hace. ¿Cómo es que has podido comunicarte con él? Le cuesta mucho todavía el español…

—Mis padres me inscribieron en un colegio alemán —explicó—. Al principio me resultó muy difícil, pero con el paso de los años el idioma se volvió parte de mí. Me gustaría hacerles una propuesta.

—¿Una propuesta?

—Yo podría enseñarle español a Samuel.

Isabela miró a su hermano. Él parecía tan sorprendido como ella. Rápidamente el asombro en su rostro dio paso al entusiasmo; entonces, sin pensar demasiado en su respuesta, dijo lo que seguramente su hermano deseaba oír.

—¡Me parece una idea estupenda! —Buscó el apoyo de su esposo, consciente de que no importaba lo que él dijera, siempre terminaba revalidando sus locuras. Santiago guardó silencio, prolongando la intriga y finalmente también celebró la iniciativa de la joven. Cuando le preguntó a Lourdes dónde vivía y ella indicó que su familia se había mudado al barrio de Belgrano, Santiago sugirió que las clases de español se llevaran a cabo en la mansión de los Navarro Soler. Incluso ofreció los servicios del chofer en caso de que Lourdes necesitara de un vehículo para trasladarse desde su casa. Aunque intuía que quizá Isabela habría preferido que su hermano aprovechara aquellos encuentros para salir de su encierro, él pensaba que era mejor mantenerlo cerca debido a su problema. Desde su llegada a Buenos Aires, Samuel se había comportado según lo convenido; sin embargo, no se fiaba de él por completo. Seguía siendo un adicto, y su frágil condición podía desviarlo del deseo de recuperarse. Tal vez la oportuna aparición de Lourdes von Keller en su vida obrara el milagro. Lo esperaba por su bien y, sobre todo, por el de su querida Isabela.

La celebración se prolongó hasta bien entrada la noche, momento en el cual los flamantes novios anunciaron que debían retirarse ya que al día siguiente partían de luna de miel a la ciudad de Córdoba.

Isabela agradeció que todo hubiese terminado por fin. Se acercó a saludar a la pareja, y aprovechando que Ernestina se había quedado sola mientras Teodoro intercambiaba algunas palabras con Santiago, le dio el pésame por la reciente muerte de su suegra. La novia no se lo esperaba y su semblante se endureció.

—Doña Agnes habría estado feliz de verme cumplir mi sueño —se limitó a decir, forzando una dura sonrisa.

Isabela asintió. Gracias a los chismes que circularon durante buena parte de la recepción, se había enterado de las circunstancias poco afortunadas que rodeaban a la boda. Quizá por eso se atrevió a expresarle a la novia las condolencias por el fallecimiento de doña Agnes. No era habitual que se celebrara un casamiento cuando todavía se guardaba luto por un familiar.

La mano de Santiaguito tironeándole del abrigo la salvó de decir algo inapropiado o cometer otra tontería. El niño estaba exhausto y se le cerraban los ojos. Santiago lo levantó en brazos y, tras llamar a Samuel, que seguía conversando con Lourdes, fueron de los últimos en marcharse del lugar.

Cuando llegaron a la mansión, se encontraron con Francisco. Estaba bebiendo un trago en el salón para no molestar a Eleonora.

—¿Y Rosario? —preguntó Isabela, pensando que esa noche se quedaría a dormir con ellos.

—Voy a llevarlo a su habitación —dijo Santiago en voz baja, acariciando la cabeza de su hijo que descansaba en el hueco de su hombro.

Isabela le dio un beso en la mejilla al niño y regresó al lado de Francisco. Samuel estaba de pie junto a la ventana.

—Mi hermana vino temprano a visitar a Eleonora, pero tuvo que irse. Dijo que había alguien que la necesitaba hoy más que nunca. —Fran arrugó el ceño—. ¿Vos sabés en qué anda? Porque a mí no me cuenta nada.

Isabela aceptó la copa de brandy que él le ofreció y bebió un sorbo para no tener que responder. Ella sabía de la historia de su cuñada con Anita, la hija de la mujer que acababa de conocer. Eleonora también estaba al tanto de todo, ya que Rosario les había confesado a ambas que en París había vuelto a encontrar el amor. Ni Francisco ni Santiago sospechaban nada; o al menos, eso parecía.

—No soy tonto, Isabela. Conozco demasiado a mi hermana y sé que algo pasa. El hecho de que yo esté completamente abocado al cuidado de mi esposa no quita que me preocupe por los demás —le dijo, invitándola a sentarse frente a él.

Isabela observó de reojo a Samuel. Continuaba mirando a través de la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía perdido en su propio mundo. Se animó al imaginar que seguramente estaba pensando en Lourdes von Keller.

—En realidad no hay nada de qué preocuparse —dijo, por fin, sacando a Francisco de su error—. No me corresponde a mí hablar de ciertas cosas…

—¡Entonces sí pasa algo! —la interrumpió él, inclinándose hacia delante con el vaso de licor en la mano.

Isabela comenzó a sentirse incómoda. Debía decir algo que convenciera a Francisco de evitar hacer más preguntas.

—Tal vez sí —reconoció—. Ten un poco de paciencia. Rosario necesita tiempo para acomodarse a su nueva vida antes de contarles

la verdad. No me pidas que entre en detalles; le toca a ella hablar contigo y con mi esposo.

Francisco sabía que no lograría sacarle una sola palabra a Isabela. Su lealtad hacia Rosario era inquebrantable.

—Está bien —dijo, resignado a quedarse con la duda—. Supongo que habrá que esperar que mi querida hermanita se decida a conversar con nosotros.

Isabela asintió, aliviada de que hubiera comprendido la situación.

—Ahora, si no me necesitas para nada más, me retiro. ¡Estoy agotada! —Dejó la copa encima de la mesita de arrime y se levantó.

—¿Cómo ha estado la dichosa ceremonia? —preguntó Fran en tono burlón. No era secreto para nadie que despreciaba a Schneider al punto de desearle la muerte.

—Patética —respondió Isabela con sinceridad—. Creo que Teodoro ha encontrado en esa mujer a la horma de su zapato. Son tal para cual…

Samuel se dio media vuelta y contempló en silencio a Isabela.

—Aunque debo decir que su hija menor es un encanto de persona. Ya tendrás la oportunidad de conocerla.

—¿Y eso por qué?

—Porque vendrá a darle clases de español a Samuel. —Le sonrió a su hermano, pero él no le devolvió la sonrisa. Se alejó de la ventana y abandonó el salón sin siquiera despedirse.

Isabela se quedó de piedra, viendo como Samuel se iba, como si estuviera huyendo de ella.

*

Barrio de Almagro, Buenos Aires, 1954

Anita no quería llorar, pero frente a ella tenía el cuadro de La Bella Durmiente que Rosario había pintado en París, emulando a los artistas que homenajeaban a la leyenda más famosa del río Sena. Fue inevitable que sus ojos se llenaran de lágrimas. Su llanto silencioso la acompañó durante un buen rato mientras yacía acurrucada en el sofá de cuerina marrón que ocupaba uno de los rincones del pequeño salón del atelier. En la habitación de al lado, Rosario aún dormía. Suspiró hondo pero no alcanzó para detener el llanto. Lloraba por su amada *grand-mère*; por la promesa que le hiciera en su lecho de muerte y que ya jamás sería posible cumplir. Lloraba también por su falta de coraje al no haber podido hacer más para impedir la boda de su madre. Lloraba incluso por la mujer del cuadro, cuyo rostro casi angelical representaba a Débora, el gran amor de Rosario. Y lloraba por todas esas cicatrices del pasado que escocían sin piedad. Escuchó ruidos al otro lado de la puerta. De un manotazo se secó las lágrimas. A pesar del esfuerzo en disimular, no logró engañar a Rosario cuando apareció en el saloncito; al verla allí tumbada, hecha un guiñapo, la acunó entre sus brazos.

—A veces llorar es el mejor remedio —le susurró al oído.

Aunque no dijo nada, Anita ansiaba sacar del pecho todo ese dolor que la carcomía por dentro y poner en palabras aquello que se había quedado atrapado en su garganta. Estaba harta de los secretos, de tener que callar para complacer a los demás. ¿Cuánto era capaz de soportar el alma de un ser humano antes de volverse un despojo? Porque así exactamente era como se sentía en ese momento. Alzó

lentamente la cabeza, y al ver la dulce mirada de Rosario supo que ella era la única persona en el mundo en quien podía confiar.

—¿Qué pasa, *mon petit papillon*?

—Necesito contarte algo, Rosario.

Ella asintió con una sonrisa.

—Lo que sea —contestó, rozándole los labios con la punta del dedo.

Anita se recostó sobre su regazo y dejó que su tibieza le quitara el frío del cuerpo.

—Mi abuela me hizo una terrible confesión poco antes de morir. Ella… ella me dijo que había envenenado al padre Mendoza. Lo hizo por mí, para protegerme de su locura. —Había estado a punto de mencionar a Lourdes y la verdad que él pretendía revelarle, pero se calló de repente. Ese secreto todavía se resistía a salir a la luz—. No la culpo, mi *grand-mère* era una mujer extraordinaria, y fue capaz de cometer un crimen para acabar con el monstruo que me acechaba desde niña.

Los ojos azules de Anita brillaban como zafiros. Rosario la ayudó a incorporarse y la contempló un instante en silencio.

—¿Qué fue exactamente lo que te enamoró de mí? —preguntó, curiosa.

—Tu manera de mirarme. Hacía que todo en mi interior se removiera —dijo, acariciándole la mejilla—. Nunca nadie antes me había provocado tantas sensaciones con solo una mirada. Mis miedos, mis dudas… todo desaparecía cuando me sonreías. Con vos pude amar con los ojos abiertos por primera vez en mi vida. Ya no me aterroriza abrirlos, porque sé que el monstruo que me hizo tanto daño no está más frente a mí; ahora te veo a vos y soy feliz.

—Ese maldito ya no volverá a lastimarte nunca más. Yo sanaré cada una de tus heridas, *mon petit papillon*. —La besó en el cuello y fue subiendo hasta alcanzar sus labios palpitantes. Se besaron con ternura mientras se envolvían en un abrazo que hablaba de consuelo y de pasión.

El teléfono sonó un rato antes de que Rosario interrumpiera los arrumacos para contestar. Se puso de pie de mala gana y atendió la llamada. Al otro lado de la línea estaba Santiago. Tenía buenas noticias para ella. Colgó con una sonrisa de triunfo en el rostro.

Anita no preguntó quién era porque había oído el nombre de su hermano, el abogado.

—Desayunamos algo rápido y nos vamos —dijo de repente, eufórica.

—¿Adónde? —quiso saber Anita, intrigada.

Rosario se dio media vuelta y la miró.

—A cancelar una boda, *mon petit papillon*.

*

Barrio de Palermo, Buenos Aires, esa misma mañana

Anita no estaba segura de que presentarse juntas en la tienda de antigüedades fuera una buena idea; sin embargo, Rosario había insistido tanto en que la acompañara que terminó cediendo. La jornada había amanecido plomiza, pero cuando llegaron al barrio de Palermo, cerca del mediodía, el sol comenzaba a asomarse tímidamente entre las nubes. La fachada de El Anticuario Alemán estaba exactamente igual a como la recordaba. Necesitó tomarse un

momento antes de entrar al lugar. Apenas puso un pie en el interior, sucumbió a la nostalgia. La tienda olía a madera lustrada. Una iluminación tenue la envolvía en una atmósfera casi fantasmal, llenando de una luz mortecina las piezas de colección atiborradas en los rincones. Rememoró las veces que, siendo niños, ella y Lisandro toqueteaban todo, dejando sus dedos marcados en las relucientes superficies de los objetos que más atraían su atención. Sonrió emocionada al ver el candelabro victoriano con brazos de bronce que había pertenecido a su bisabuela. Estaba allí solo para ser exhibido como reliquia familiar, ya que don Braulio prohibió que se vendiera. Lo había heredado de su padre y guardaba un gran valor sentimental para él. Respiró hondo para no soltar una lágrima.

Rosario estaba parada cerca de ella, pero sin invadir su espacio, dejando que un aluvión de recuerdos llenara los ojos de Anita de un brillo emotivo. Aquel momento que ambas compartieron en silencio, fue interrumpido por la llegada de Agustín Mendizábal.

Él se mostró incómodo, y durante unos cuantos segundos ni siquiera supo qué decir. Entonces fue Rosario la encargada de hablar.

—He venido para que cerremos nuestro asunto —dijo tajante, mientras sacaba un sobre del bolso.

Agustín iba a darle una respuesta, pero alguien se le adelantó. No estaba solo esa mañana en la tienda. Sabina, su madre, apareció de repente, con una expresión de fastidio en su rostro.

—Creo que ha subestimado usted a mi hijo, señorita Navarro Soler —manifestó con altanería—. Aunque él es quien se encarga de la tienda, no hace nada sin mi aprobación.

Rosario no pensaba amilanarse por aquella mujer que la miraba despectivamente.

—Doña Sabina, no complique las cosas —intervino Anita, a sabiendas de que se exponía a un posible insulto de su parte.

—No deberías entrometerte, Anita —replicó Agustín, molesto.

Rosario abrió el sobre y le mostró un robusto fajo de billetes.

—Es la suma que pagó por la deuda más una cantidad extra —dijo, blandiendo el dinero delante de la cara de Agustín.

Él miró de reojo a su madre. Sabina negó con la cabeza. Hubo entre ellos un extraño intercambio de gestos que no pasó inadvertido. Entonces Agustín retomó la palabra, ignorando la mirada suplicante de su progenitora.

—Tenía dudas sobre el trato —reconoció, muy a su pesar—, pero creo que ya no me entusiasma continuar al frente de la tienda de antigüedades si no voy a poder concretar la boda con Anita. Después de todo, acepté hacerme cargo de la deuda que dejó don Braulio para lograr que ella se convirtiera en mi esposa. Ahora que eso ya no va a suceder, ¿qué sentido tiene quedarnos con un negocio que siempre le perteneció a los Von Keller? —La pregunta iba dirigida claramente a su madre.

Sabina farfulló una maldición.

—¡No hablás en serio! —lo increpó, levantando la voz.

Agustín ignoró su reproche, tomó el dinero y lo guardó en el bolsillo de su saco.

—Vengo enseguida —dijo, dándose media vuelta para dirigirse a su despacho.

—Su hijo es un hombre sensato —comentó Rosario, satisfecha por cómo estaba resultando todo.

—¡Mi hijo es un tonto que se dejó engatusar por un par de pervertidas! —escupió, furiosa—. ¡Sí, no pongan esa cara! ¡Sé muy

bien la sucia relación que tienen ustedes! ¡Me dan asco! ¿Cómo es posible que en algún momento me pareciera buena idea que te casaras con Agustín?

Anita no iba a dejar que las ofendiera. No planeaba confrontarla con lo que ella sabía, pero estaba tan indignada que no le importó armar una escena que luego seguramente lamentaría.

—¡Debería tener cuidado con lo que dice, señora! —Sintió la mano de Rosario sujetándola del brazo—. ¡No lance acusaciones que no hacen más que dejarla en ridículo! ¿Con qué moral se atreve a insultarnos cuando usted se metió en la cama con un hombre casado y lo manipuló para que nombrara a su hijo socio de El Anticuario Alemán?

La actitud beligerante de Sabina quedó rápidamente opacada por la vergüenza. Las lapidarias palabras de Anita la dejaron sin habla.

—¿Acaso pensaba que nunca se descubriría la verdad? Yo lo confirmé el mismo día de la muerte de mi padre y él me juró que iba a dejarla. Lamentablemente, no tuvo la oportunidad de hacerlo…

—Braulio y yo nos amábamos —dijo en un susurró la mujer cuando por fin pudo reaccionar para defenderse—. Lo que nosotros tuvimos no se compara en nada con la relación impura que vos y esta mujer mantienen.

Rosario soltó a Anita y se dispuso a responderle.

—La palabra amor le queda muy grande, señora. —La miró con desprecio—. Enredarse con un hombre casado para obtener un beneficio económico tiene otro nombre menos noble.

Parecía que la discusión iba tomando tintes violentos a medida que salían a la luz los secretos más oscuros. La reaparición oportuna de Agustín evitó que la situación terminara en algo lamentable. Tenía

una carpeta de cuero negro en la mano. La abrió y les mostró un papel en donde se declaraba que, a partir de ese momento, El Anticuario Alemán cambiaba de dueño. Anita leyó con cuidado el documento. Al ver el nombre de su madre, sintió un alivio inexplicable. Aunque nunca lo había dicho abiertamente, no estaba cómoda con la idea de que ella figurara como propietaria de la tienda de antigüedades. Y eso era algo que también le debía a Rosario. La miró y sonrió, satisfecha.

—¿Todo en orden? —preguntó ella.

—Solo falta la firma de doña Ernestina para legalizar el traspaso —terció Agustín con el rostro inexpresivo.

Rosario se apoderó del documento y fingió que entendía lo que estaba redactado. Como no confiaba en ellos, decidió que antes de que la madre de Anita estampase su rúbrica, le pediría a Santiago su opinión profesional.

—¿Nos vamos?

La sugerencia de Anita nunca fue más pertinente. Cuando Agustín atinó a detenerlas, quién sabe con qué intención, su madre intervino, empujándolo hacia atrás.

—¡No te humillés más!

—¡Mamá, basta! ¡Ya no soy un niño! —se quejó él, soltándose de su agarre. Mientras Anita y Rosario se alejaban rumbo a la salida, dejó escapar un suspiro lastimero. En cuestión de segundos, acababa de quedarse sin la tienda de antigüedades y sin prometida. Lo que su madre pensara de él le importaba un rábano.

LA CHICA QUE CONOCÍ EN PARÍS

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

La mansión de los Navarro Soler se destacaba no solo por la majestuosidad de su construcción sino también por el inmenso patio que la rodeaba. Los rosales cuidadosamente podados esperaban la llegada de la primavera para volver a florecer, mientras que los jazmines amarillos endulzaban el aire con su intenso aroma. Anita observaba todo, presa de la curiosidad. Había oído hablar tanto a Rosario de la casa donde había crecido que, al verla en persona, sintió una especie de familiaridad inexplicable. La propiedad de dos plantas era de ensueño y le recordó a la casona de su infancia, en San Isidro.

Rosario miró el reloj y enfiló hacia el porche. Era cerca del mediodía y, si todo iba según lo planeado, su familia las estaba aguardando al otro lado de la puerta. Cuando habló por teléfono con Santiago le había pedido que cancelara cualquier reunión para almorzar en familia. Ni él ni Francisco, quien apenas salía de la mansión debido a la convalecencia de su esposa, sospechaban la razón de aquella comida pactada con tan poco tiempo de anticipación. Por supuesto, Rosario contaba con la complicidad de Isabela y Eleonora. Se volteó y descubrió que Anita se acomodaba una y otra vez el cabello detrás de la oreja.

—¿Estás nerviosa?

La pelirroja soltó un suspiro y asintió.

—A Isabela ya la conocés —repuso Rosario, tratando de que se tomara las cosas con calma—. Eleonora es un amor, y mis hermanos… ¿qué voy a decirte de ellos que no te haya dicho ya?

Anita logró esbozar una sonrisa. Si Santiago y Francisco se parecían en algo a Pedro, estaba segura de que le caerían muy bien. De todos modos, cualquier suposición que tejiera en su cabeza no ayudaría a que se sintiera menos nerviosa. Entraron a la casa en silencio. El vestíbulo estaba desierto. De repente, dos niños aparecieron de la nada, corriendo hacia ellas como si hubieran salido de su escondite, dispuestos a atraparlas. Rosario abrió los brazos y ambos se le arrojaron encima. Llevaba unos elegantes zapatos de tacón y la embestida puso en jaque su frágil equilibrio.

—Santiaguito, Samuel, ¡van a hacer que me caiga! —vociferó ella mientras trataba de mantenerse en pie.

Los pequeños la soltaron solo después de recibir varios besos de su tía. Luego, observaron curiosos a la joven pelirroja que estaba parada a su lado.

—¿Y vos quién sos? —preguntó Santiaguito, arrugando el ceño.

Anita extendió la mano hacia él.

—Anita von Keller —dijo con aire solemne.

—Chicos, ella es la amiga especial de la que les hablé —intervino Rosario, peinando el cabello del pequeño Samuel con los dedos.

—¿La que conociste en París? —Santiaguito miró a su tía con gesto interrogante.

—La misma.

El niño apretó la mano de Anita con vehemencia.

—Soy Santiago Navarro Soler, y este es mi hermano Samuel —dijo, poniendo cara de circunstancia.

—¡Niños! ¿Dónde se han metido?

Isabela venía de la cocina con un delantal atado en la cintura y una mancha de harina en la mejilla. Se acercó raudamente al ver que estaban en el vestíbulo y que Rosario y Anita ya habían llegado.

—¡Por fin! —exclamó, risueña—. Santiago no dejaba de incordiarme con tantas preguntas —se quejó, limpiándose la mota de harina con la punta del delantal. Le dio un abrazo a Rosario y cuando le tocó saludar a Anita, dijo—: Ya nos hemos visto, aunque creo que es mejor que finjamos que acabamos de conocernos. ¿Te parece bien?

A Anita la idea le encantó. Se habían encontrado durante apenas un par de minutos, pero ella acababa de pasar un mal trago y prefería olvidar todo lo que había ocurrido ese día.

Isabela las escoltó hasta el salón. Allí se encontraron con Santiago, quien bebía un aperitivo mientras esperaba el almuerzo. Se giró sobre los talones al oír que alguien acababa de entrar. Sonrió al ver a su hermana y cuando puso toda su atención en la mujer que la acompañaba, se dio cuenta de que era la misma que habían visto tras el bautismo del hijo de Nina y Jedrek. Aquella extraña casualidad lo dejó sin habla.

—¿Qué pasa? —Isabela le hizo un gesto para que espabilara.

—¡Perdón, me distraje por una tontería! —Besó a su hermana y estrechó suavemente la mano de su invitada.

—Ella es Anita von Keller —dijo Rosario, mirando fijamente a Santiago.

—¿Von Keller? —él enarcó las cejas—. ¿Tiene algo que ver con lo que me has consultado esta mañana?

—Sí. Precisamente te traemos unos documentos legales para que le eches un vistazo antes de que la madre de Anita los firme. —Sacó unos papeles doblados de su bolso y se los entregó.

—Es un placer conocerte, Anita —manifestó Santiago, mientras dejaba la copa de jerez a un lado y se concentraba en el título de propiedad que acababa de entregarle su hermana.

—Lo mismo digo, Santiago —la joven sonrió un poco más relajada.

—¿Y Fran? —quiso saber Rosario.

—En la habitación, con Eleonora —contestó Isabela antes de llevarse a los niños de regreso a la cocina.

Rosario rozó el brazo de Anita, gesto que Santiago atisbó por encima de los documentos.

—Vamos. Es hora de que conozcas a la oveja negra de la familia Navarro Soler —bromeó, guiñándole el ojo a su hermano.

—¡Pensé que ese título me correspondía a mí! —replicó Santiago, riéndose.

—Vos sos el más sensato de todos. ¡Y me alegro de que así sea! —Rosario tomó la mano de Anita y la invitó a que la acompañara—. Bajamos en un rato.

Santiago asintió, en silencio. Apartó la mirada de los papeles solo para contemplar cómo su hermana y Anita caminaban prendidas de la mano rumbo a las escaleras. Sonrió complacido y retomó la lectura.

Eleonora se retocó rápidamente el cabello cuando la puerta de la habitación se abrió y Rosario entró junto con Anita. Francisco dejó la

silla con tanto ímpetu que casi la tiró al suelo.

—Fran, Eleonora, les presento a Anita.

Francisco se aproximó a ellas en dos zancadas y las saludó con un beso en la mejilla.

—Un gusto, Anita.

—El gusto es mío —respondió la pelirroja, algo cohibida por la intensa mirada de Francisco. De los dos hermanos, era el que más se parecía a Pedro, al menos en el aspecto físico.

—¿La chica que conociste en París? —mencionó él, divertido.

Rosario asintió.

—La chica que conocí en París —repitió, esbozando una gran sonrisa.

—Es mucho más bonita de lo que contaste —dijo Eleonora, haciéndoles señas para que se sentaran a su lado.

Anita se dejó arrastrar por Rosario y ambas cayeron sobre la cama.

—¿Cómo te has sentido? —preguntó tímidamente Anita, observando la redondez de su barriga.

—Hay días buenos y malos —respondió quejosa Eleonora mientras se acariciaba el vientre por encima de las mantas—. Por suerte, cada vez que siento que me derrumbo, ahí está mi amado *Francesco* para sostenerme.

—¿Falta mucho para dar a luz?

—Dos meses, si Dios quiere. —Miró a su esposo con dulzura—. Nuestra Irene nacerá en noviembre.

—Eleonora asegura que será una niña, y yo no soy capaz de contradecirla —repuso Francisco, encantado con la idea de que la pequeña llevara el nombre de su madre.

Anita se contagió de la emoción de los futuros padres y se sintió invadida por sus recuerdos. Se percató de que tenía los ojos acuosos cuando Eleonora la preguntó por qué lloraba.

—No es nada… —respiró hondo y trató de sonreír—. A veces soy una llorona, Rosario puede dar fe de ello.

—Es cierto, Anita es muy sensible. —Tomó su mano entre las suyas y la apretó suavemente—. Quizá esa es una de las razones que me hicieron enamorar de ella.

Cuando Francisco intercambió una mirada de sorpresa con Eleonora, descubrió que ella ya lo sabía. Se quedó mudo un instante porque de repente no se le ocurría qué decir. Entonces su esposa tomó la palabra, sacándolo del apuro.

—Todos estamos felices con la noticia. —Acarició la mano de Fran y una sonrisa iluminó su rostro palidecido por la falta de horas al sol. Miró a su cuñada—. Isabela y yo nos dimos cuenta de que algo importante te había sucedido en París y, aunque no imaginábamos que habías vuelto a enamorarte, bastó escuchar cómo hablabas de Anita para saber que ella era la culpable del brillo en tus ojos.

Las palabras de Eleonora animaron a Francisco a expresar sus propios sentimientos al respecto.

—Supongo que es normal que los hombres no nos percatemos de ciertas cosas y seamos los últimos en enterarnos de todo —bromeó —, pero eso no importa, hermanita. Tu felicidad es lo único que cuenta. La vida nos ha golpeado duro como familia y vos has tenido que pasar por situaciones muy fuleras. Es hora de que recibas una recompensa, y si Anita apareció para hacerte dichosa, ¡bienvenida sea!

Rosario se acercó a su hermano para abrazarlo. Luego, repitió el mismo abrazo cariñoso con Eleonora.

—Espero que Santiago reaccione igual que ustedes —dijo, un poco nerviosa. Con Francisco nunca tenía miedo al rechazo. Él siempre había sido su confidente; el que la escuchaba sin juzgar y la entendía mejor que nadie. Santiago, en cambio, era el más juicioso de sus hermanos. No se dejaba llevar fácilmente por las emociones, pero nadie podía negar que tenía un corazón de oro. Había apoyado su relación con Débora en el pasado, esperaba entonces que recibiera a Anita en la familia con los brazos abiertos.

—Yo quiero estar ahí cuando se lo digas a Santiago —repuso de repente Eleonora, interrumpiendo sus pensamientos.

—Mi amor, tenés que hacer reposo. Yo voy a almorzar con vos para que no te quedes sola. Rosario ya nos dio la noticia; no hace falta que estemos en la mesa —terció Francisco, en tono condescendiente.

—¿Qué esfuerzo supondría sentarme junto a mi familia un rato? —replicó ella, fastidiosa. Señaló la silla mecedora que Francisco había colocado junto a la ventana—. Nadie me contradice cuando pido pasar un rato allí, mirando a través del cristal cómo sigue la vida afuera.

—Eleonora tiene razón, Fran —intervino Rosario en favor de su cuñada.

Anita miró a Francisco.

—Llevar la silla mecedora al comedor sería muy fácil y como Eleonora no puede hacer ningún esfuerzo bajando las escaleras, la solución sería trasladarla en brazos hasta allí.

La sugerencia de Anita entusiasmó a Eleonora y dejó pensativo a su esposo.

—Creo que es una buena alternativa —celebró Rosario, contenta de que todos pudieran reunirse alrededor de la mesa.

—No sé… —vaciló Francisco, moviendo la cabeza.

—*Francesco*, *caro mio*, no va a pasar nada. —Eleonora lo miró con ojos suplicantes—. Prometo no cometer ninguna imprudencia y regresar a esta celda… ¡perdón, a esta habitación!, cuando tú lo dispongas.

Rosario y Anita se rieron. Fran observó la silla mecedora. Tenía un mullido almohadón de plumas y una gruesa manta de lana cubría el respaldo de mimbre. Era cómoda y segura, él mismo la había probado al momento de comprarla. Dejó escapar un suspiro de resignación. Eran tres contra uno y en aquella ecuación le tocaba perder.

—Está bien, lo haremos —dijo por fin, cediendo al capricho de Eleonora.

—¡*Grazie*, *amore*! —respondió ella, eufórica.

Francisco primero llevó la silla. Mientras tanto, Rosario se encargó de ayudar a su cuñada a vestirse, ya que Eleonora se negaba a bajar en camisón. Cuando él regresó a la habitación estaba casi lista, solo le faltaba peinarse. Anita se ofreció a hacerlo. Con movimientos suaves y envolventes, cepilló el cabello castaño de Eleonora hasta dejarlo bastante decente después de haber estado aplastado contra la almohada.

—¿Estás lista, querida?

La italiana asintió.

Francisco deslizó un brazo debajo de sus piernas y puso el otro en la espalda para darle impulso. La levantó sin ningún esfuerzo, a pesar de la enorme barriga. Eleonora se aferró a su cuello mientras no dejaba de sonreír.

—¿Todo bien? —constató Rosario, desde la puerta.

Ella asintió mientras apoyaba la cabeza en el hombro de su esposo. Bajaron al comedor y cuando Francisco apareció cargando a Eleonora, Santiago e Isabela se alegraron de verla. La silla mecedora había sido colocada en la cabecera de la mesa, en el sitio que habitualmente ocupaba Santiago.

—¡Hoy almorzaremos todos juntos! —exclamó Isabela, indicándole a Anita que se sentara a su lado.

—¿Y los niños? —preguntó la pelirroja al no verlos allí.

—Como sabíamos que Rosario tenía un anuncio importante que hacer, los enviamos a la cocina —respondió Isabela—. También falta mi hermano…

—¿No almorzará con nosotros?

Isabela negó con la cabeza.

—Prefiere hacerlo en su habitación. No se siente cómodo entre tanta gente —respondió, algo apesadumbrada.

—Ya tendré ocasión de conocerlo —dijo Anita, amablemente. Rosario le había contado las trágicas circunstancias que habían vivido Isabela y su familia durante la guerra, y de cómo el destino la quiso compensar devolviéndole el hermano que creía muerto.

—Claro que sí. —Isabela hizo sonar una campanita y segundos después apareció una criada con el almuerzo.

Para la ocasión, ella misma había preparado costillitas de ternera asadas.

—De postre hay duraznos a la emperatriz, tu favorito, Rosario —anunció Isabela, satisfecha. Meterse en la cocina para agasajar a sus seres queridos con deliciosos manjares era una actividad que disfrutaba mucho y que, debido a su trabajo, no podía dedicarle todo el tiempo que deseaba.

Rosario agradeció el gesto de su cuñada dándole una palmada en la mano por encima de la mesa. Luego, volvió a centrar toda su atención en Anita. Estaba sentada a su derecha y trataba de distraer a los nervios apretando una servilleta entre los dedos. Le sonrió para indicarle que todo iba a salir bien.

El almuerzo transcurrió en un clima de calma, pero también de gran expectación. Santiago parecía ser el más ansioso de todos y se sentía en clara desventaja frente a su hermano porque era muy evidente que Francisco ya había tenido el privilegio de oír las novedades. Porque si bien adivinaba de qué se trataba, le molestaba ser el último en enterarse. Miró de reojo a Isabela y ella le indicó que esperara un poco. Fue precisamente Fran quien decidió adelantar los acontecimientos, apiadándose de su hermano menor.

Se puso en pie y alzó su copa de vino.

—¡Creo que es hora de que hagamos un brindis! —anunció con una gran sonrisa en los labios. Le indicó a Santiago que llenara las copas vacías y se aclaró la garganta antes de proseguir—. Hermanita, no planeo robarte protagonismo, solo quiero darte el puntapié inicial para que, de una vez por todas, formalices frente a nosotros, tu familia, ese romance que ha surgido en la idílica ciudad de París.

Eleonora carraspeó para que su esposo por fin se callara. Entonces Rosario tomó su lugar, y con su copa de vino llena, le pidió

a Anita que se pusiera de pie. Le agarró la mano y sonrió.

—No sabía si algún día este momento iba a llegar. Después de la muerte de Débora pensé que jamás volvería a enamorarme… hasta que conocí a esta preciosa pelirroja que me quitó el aliento y me robó el corazón. —Se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que tragar saliva para poder continuar—. París me devolvió la felicidad y el deseo de empezar de nuevo. No es fácil vivir con libertad en una ciudad como Buenos Aires; aunque reconozco que no me incomoda en lo absoluto que tengamos que escondernos, ya que eso significa que podemos estar solas sin que nadie nos moleste.

Todos rieron; Anita, en cambio, se sonrojó.

—¿Piensan regresar a París? —la que interrumpió las risas fue Eleonora.

Rosario y Anita intercambiaron miradas de incertidumbre. Lo habían mencionado alguna que otra vez cuando las asaltaba la nostalgia; sin embargo, la idea de vivir en Francia, al menos por el momento, era solo un sueño.

—Veremos qué nos depara el destino —manifestó Rosario, guiñándole el ojo a Anita—. ¿Brindamos?

—Antes me gustaría decir unas palabras —interrumpió Santiago, abandonando su silla—. ¿Puedo, hermanita?

—¡Adelante!

—Has sido siempre una mujer valerosa, Rosario. Una hija amorosa y una hermana gallina —se burló, buscando la complicidad de Francisco. Él asintió con firmeza—. Podíamos quejarnos de que revoloteabas todo el rato a nuestro alrededor, pero la verdad es que nos cuidaste con la devoción de una verdadera madre. Nos dábamos media vuelta y ahí estabas; te llamábamos y venías sin importar

nada más. Por eso, quiero brindar para que seas feliz, para que esa pasión que hoy se desborda en tu mirada nunca muera. ¡Por el amor eterno! ¡Por Rosario y por Anita, dos valientes que se atrevieron a amar!

Tras el brindis, el silencio le ganó a la emoción. Hubo abrazos y lágrimas. Anita se sintió en familia y no pudo evitar pensar en su abuela. Le hubiese gustado tenerla allí, compartiendo su dicha. Estaba segura de que los Navarro Soler se habrían ganado su corazón. El de ella, ya les pertenecía para siempre.



INSTINTO MATERNAL

Barrio de Recoleta, Buenos Aires, 1954

Ese 24 de septiembre no fue un día más para Anita. Se despertó temprano entre los brazos de Rosario, con el corazón sereno y una sonrisa de satisfacción en los labios. Desayunaron juntas en la cama, con mates dulces y pastelitos de membrillo. En la mañana Anita tendría una reunión con don Goyo para discutir los detalles de su próxima entrevista. Gracias a la intervención de Nina Montero había conseguido que Olga Zubarry, una de las actrices del momento, le concediera una nota en exclusiva para la revista. Salió del atelier nerviosa, y como hacía buen tiempo decidió ir caminando hasta la editorial. Trabajaría solo hasta el mediodía, ya que había quedado con Lisandro y Lourdes para visitar la tumba de su padre en el día que don Braulio hubiese cumplido sesenta años. En la redacción se encontró con una Rosalía distinta. Su compañera lucía una enigmática sonrisa que despertó su curiosidad. Cuando le preguntó a qué se debía esa repentina alegría, la joven le contó, visiblemente emocionada, que don Goyo la había invitado al teatro. Sin duda era un acontecimiento extraordinario. Sobre todo, cuando le dijo en voz baja que después irían a cenar a uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad. Anita se alegró por ambos y le costó fingir

que no sabía nada mientras hablaba con su jefe en el despacho. Al mediodía, puntualmente como siempre, apareció Lisandro. Anita recogió sus pertenencias y se despidió de sus compañeros hasta el día siguiente. En el auto los esperaba Lourdes, quien la saludó agitando la mano apenas la vio salir del edificio.

—Mamá llegó ayer de su luna de miel —anunció la jovencita con una expresión de displicencia en la mirada.

Lisandro asintió sin decir nada y Anita soltó un hondo suspiro.

—¿Iremos a visitarla?

—Yo tengo que hacerlo —repuso Anita, observando a través de la ventanilla el ajetreo matutino de Buenos Aires en plena hora pico—. Mamá debe firmar los documentos que me dio Agustín para hacer oficial el traspaso de la tienda.

—¿Puedo acompañarte?

La pregunta de Lourdes descolocó a Anita. No pensaba ir con ella. Su plan era que Lisandro la dejara en casa de Schneider en Barrio Norte después de pasar por el cementerio.

—Prefiero ir sola, muñequita. Mamá seguramente debe estar muy enojada porque se canceló la boda con Agustín y no quiero que presencies otra discusión entre nosotras —alegó, esperando que ella entendiera sus razones.

Lourdes torció la boca en un gesto de desdén, pero no pareció molestarse por su respuesta.

—¿Esta tarde te verás con ese muchacho? —Lisandro miró a su hermana menor de reojo.

Tanto él como Anita vieron cómo Lourdes se sonrojaba.

—Sí, como cada miércoles —respondió mientras jugueteaba con la puntilla del puño de su blusa. Tres días a la semana se encontraba

con Samuel Eiserman para sus clases de español. Se reunían en el despacho, y aunque ella se empeñaba en la enseñanza del idioma, muchas veces habían hecho los libros a un lado para charlar sobre cosas más divertidas que los verbos y las construcciones gramaticales de la lengua castellana. En su última clase, Samuel había cruzado todos los límites al robarle un beso cuando ella estaba distraída, explicándole el uso de las preposiciones. Aunque el atrevimiento la tomó por sorpresa, no lo rechazó, ni tampoco se enojó. Esa misma noche no pudo dormir pensando en él.

—Rosario me ha dicho que Samuel aprecia mucho tu compañía —comentó Anita, escudriñando la reacción de Lourdes a través del espejo retrovisor.

—Somos buenos amigos —contestó la joven, esquivando su mirada.

Lisandro le guiñó el ojo y sonrió. Lourdes no sabía dónde meterse. Por suerte, en cuestión de segundos la conversación ya no giró más en torno a ella y su amistad con Samuel. Anita les contó sobre su próxima entrevista y Lisandro aprovechó para decirles que era probable que tuviera que viajar a Brasil por trabajo.

—Me tranquiliza que hayas regresado a vivir a la casa —manifestó él al detenerse frente a un semáforo—. De lo contrario, Lourdes tendría que mudarse con mamá cuando yo me vaya.

—¡Eso jamás! —replicó la joven, moviendo la cabeza con vehemencia. Miró por encima del hombro a su hermana—. Vas a quedarte más tiempo con nosotros, ¿verdad?

Anita asintió. Por más que algunas noches las pasara en el atelier con Rosario, había decidido regresar al hogar familiar para cuidar de Lourdes. Por primera vez en su vida podía cumplir con el rol de

madre, aunque le tocara hacerlo en silencio. La partida de su abuela y el deseo de su madre de mudarse con su esposo le habían devuelto por fin el título que le fuera arrebatado en el pasado. Solo necesitaba encontrar las fuerzas necesarias para revelarle a Lourdes la verdad.

Visitaron el mausoleo donde descansaban los restos de don Braulio y doña Agnes, y no pudieron evitar emocionarse. La muerte de su abuela estaba demasiado reciente y aún se sentía su presencia en todos los rincones de la casa. Se marcharon del cementerio de La Recoleta sumidos en el más triste de los silencios.

Después de dejar a Lourdes en su casa, Lisandro llevó a Anita hasta Barrio Norte. Cuando el coche se detuvo frente a la propiedad de Teodoro Schneider, ella tardó en bajar.

—¿Querés que te acompañe? —se ofreció él al ver que su hermana dudaba.

Ella negó con la cabeza.

—Mejor no. —Le sonrió y se despidió de él con un beso en la mejilla.

—¿Te espero?

—No hace falta. Volveré en tranvía —dijo, descendiendo del automóvil con parsimonia. Cerró la portezuela y se quedó mirando el muro de ladrillos que rodeaba la mansión en la cual ahora vivía su madre. Se acercó al portón y tocó el timbre. Tuvo que insistir un par de veces hasta que alguien le respondió que aguardara un momento. Una criada ataviada en un impecable uniforme gris la recibió amablemente. La condujo hasta el salón en donde se encontró con su madre. Estaba sola, hojeando un ejemplar de una revista de moda.

—Hola, mamá —dijo, de pie, bajo el quicio de la puerta.

—¿Vas a quedarte ahí o vas a entrar? —replicó Ernestina, observándola con cierto desdén.

Anita tragó saliva. Apenas había intercambiado unas pocas palabras con su madre y ya se sentía mal. No quería discutir con ella, por eso dejó de lado el hacha de guerra y se acercó. La saludó con un beso y le sorprendió cuando Ernestina la retuvo junto a su pecho para darle un abrazo. Entonces le indicó que se sentara y llamó a la criada para que les trajera un refrigerio.

—No es necesario, mamá.

—Un café a esta hora no le hace mal a nadie —respondió Ernestina, cruzándose de piernas.

Anita la contempló en silencio. Llevaba un elegante conjunto de camisa de manga larga y pantalón ancho color borravino. Se había recogido el cabello en un discreto rodete a la altura de la nuca y adornaba sus orejas con dos brillantes perlas blancas. A pesar de su habitual elegancia, algo en su semblante la preocupó.

—¿Estás bien? —se animó a preguntar con cierta reticencia. Cualquier comentario inapropiado o mal interpretado podía echar por tierra sus intenciones de evitar un enfrentamiento.

Ernestina no dijo nada, solo se limitó a asentir con una sobria sonrisa en los labios.

—¿A qué debo el honor de tu visita?

No había sarcasmo en sus palabras y eso le dio a Anita la pauta de que quizá ella también por fin había decidido enterrar el hacha de guerra. Sacó un sobre de papel madera del bolso y se lo entregó.

—El Anticuario Alemán vuelve a los Von Keller, mamá —dijo antes de soltar un suspiro.

Su madre leyó el documento que garantizaba que ella, Ernestina Burgos, pasaba a convertirse en la propietaria de la tienda de antigüedades. Anita esperó sorpresa, e incluso se imaginó que lloraría de la emoción. Sin embargo, no supo cómo gestionar su extraña reacción. Después de luchar tanto para recuperar el negocio de su familia, ahora parecía que ni siquiera le importaba.

—No pensaba que Agustín lo pondría a mi nombre —comentó, como si estuviera hablando de un asunto trivial.

—Creímos que era lo mejor —respondió Anita para no tener que mencionar que la idea había sido de Rosario—. Solo hace falta tu firma…

—Primero tendré que consultárselo a mi marido —manifestó, dejando los papeles a un lado.

—Es algo que no le incumbe —replicó la joven, desconcertada ante su respuesta.

—Aun así, no puedo firmar sin su consentimiento —zanjó Ernestina acomodándose el cuello de la camisa.

Anita percibió un ligero estremecimiento en su mano. Sentía que su madre estaba incómoda junto a ella, deseando que se marchara y la dejara en paz. Supuso que la razón de su comportamiento se debía a la posibilidad de que Teodoro Schneider llegase de un momento a otro y la encontrara allí. Quería pensar que su madre solo pretendía evitar un encuentro desagradable; sin embargo, intuía que había algo más y no se iría hasta descubrir de qué se trataba.

—No me preguntaste por Lisandro, ni por Lourdes —dijo en su afán de hacerla hablar.

—Los vi en la boda y parecían estar bien. Incluso Lourdes trabó amistad con un muchacho…

—Sí, es Samuel Eiserman, el hermano de Isabela. Llegó hace poco de Alemania y Lourdes está dándole clases de español en la mansión de los Navarro Soler.

Ernestina arrugó el ceño.

—¿La niña va a la casa de esa mujer?

—Esa mujer se llama Rosario, y sí, se reúnen allí tres veces por semana. Ellos viven también en Belgrano, y Santiago, el esposo de Isabela, puso un chofer a disposición de Lourdes para que la lleve y la traiga siempre que ella así lo disponga. A veces sale a dar un paseo con Samuel y regresa caminando o en tranvía.

—¿No has vuelto a tu departamento? —Ernestina hizo la pregunta con recelo, quizá temerosa de la respuesta que pudiera darle su hija.

—No, mamá. He decidido quedarme un tiempo más en casa para cuidar a Lourdes.

Ernestina asintió.

—Espero que esa mujer no ande por allí como si nada, sobre todo delante de la niña.

Anita respiró hondo para no soltar algo indebido.

—Rosario no ha estado nunca en casa, pero no dudo en invitarla a visitarnos si me apetece —dijo, aguijoneada por la rabia. La impaciencia estaba comenzando a ganar la batalla y no se lo podía permitir.

Ernestina hizo un gesto de desdén con la mano y fue entonces cuando Anita vio la mancha violácea que se asomaba por debajo del puño flojo de su camisa.

—¿Qué es eso?

Asustada, Ernestina bajó rápidamente el brazo.

—No es nada…

Anita se abalanzó sobre ella sin importarle que la tensa calma que habían compartido hasta ese momento se esfumara en un abrir y cerrar de ojos. Le sujetó la mano y con un acertado movimiento consiguió desprender el botón de la manga. Era un moretón en forma de círculo que le cubría la zona de la muñeca. Parecía como si alguien la hubiese sujetado con fuerza.

—¿Quién te lo hizo? —exigió saber Anita, aunque tenía sus sospechas.

—¡Nadie! —respondió Ernestina, enojada. De un tirón se soltó y escondió la mancha debajo de la camisa. Sus dedos se movían con nerviosismo mientras intentaba volver a abrochar el botón.

Anita se encargó de hacerlo por ella y guardó silencio. A pesar de que las preguntas para hacerle se agolpaban en su cabeza, se quedó callada.

—Creo que subiré a descansar un rato —anunció Ernestina de repente—. ¿Lo de la firma es urgente?

Anita no supo qué contestar. El traspaso de la tienda de antigüedades era el menor de sus problemas. Aunque su madre lo negara hasta el cansancio, acababa de descubrir que Teodoro Schneider abusaba de ella. Si se había atrevido a ponerle una mano encima en plena luna de miel, ¿qué se podía esperar a partir de ahora? Hubiera querido que se desahogara con ella, pero no tenía caso presionarla. Su madre jamás reconocería delante de nadie que el hombre con el cual acababa de casarse la maltrataba. Decidió acompañarla a su habitación, haciendo caso omiso a sus excusas de que no era necesario. Cuando quiso ayudarla a quitarse la ropa para usar algo más cómodo y Ernestina se negó, acostándose con lo puesto, Anita sospechó entonces que el moretón que había

descubierto por casualidad no era seguramente el único en su cuerpo.

—No deberías quedarte —le dijo su madre, viendo que ella se acomodaba en un sillón.

—¿Me estás echando, mamá?

Ernestina negó con la cabeza y se acostó.

Anita esperó a que se durmiera y se acercó a la cama. Con sumo cuidado, apartó las sábanas y levantó la camisa hasta revelar su espalda. Comprobó, horrorizada, que sus temores eran ciertos. Una enorme mancha de tintes amarillentos y morados surcaba la cintura de su madre. Llorando de furia e impotencia, le acomodó la ropa y volvió a taparla. Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la mejilla antes de abandonar la habitación con el corazón encogido.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

Rosario había decidido pasar esa tarde en su casa, haciéndole compañía a Eleonora y disfrutando el rato con sus sobrinos. Después de que Anita le avisara que la reunión con Olga Zubarry se había adelantado, no tenía ganas de quedarse sola en el atelier. Más temprano había recibido una llamada desde París. Jean Luc Bertrand le informaba que las obras seleccionadas para ser expuestas en la nueva muestra habían llegado sanas y salvas luego una travesía de dos semanas. Rosario sabía que el marchante anhelaba que ella estuviera presente en la exhibición, pero también comprendía que, de momento, viajar a Francia no entraba en sus planes. Hasta que

Eleonora no diera a luz, no se atrevía a moverse de Buenos Aires. Ni siquiera se escapaba a Las Acacias con Anita por temor a que el parto se adelantara y algo saliera mal. Dejó a los niños en el jardín, correteando con su gato Juanito, y pasó por la cocina para beber un vaso de agua antes de ir a ver si su cuñada necesitaba algo. Seguramente ya habría despertado de su siesta y estaría aburrida. Apenas entró en la habitación, descubrió que Eleonora seguía durmiendo la siesta. No vio a Francisco por ningún lado. Lo buscó y entonces lo encontró en el despacho, hojeando un ejemplar de *El túnel*, de Ernesto Sabato, que había pertenecido a su padre.

—Eleonora duerme —dijo, abriendo uno de los postigos.

Francisco apagó la lámpara y cerró el libro. Por más que lo intentara, no conseguía concentrarse en la lectura.

—¿Pasa algo?

Su hermano carraspeó, nervioso.

Rosario se acercó y se sentó en el borde del escritorio.

—¿Estás preocupado por ella?

Él asintió, aunque era más que evidente que se trataba de algo más.

—Hoy sorprendí a Samuel y a esa muchacha en una actitud bastante sospechosa —soltó por fin, como si acabara de quitarse un peso de encima.

—¿Sospechosa en qué sentido?

—Cuando entré en el despacho estaban sentados en el sillón, muy juntos. Ni siquiera tenían los cuadernos abiertos. —Hizo una pausa antes de continuar—. Ella llevaba la blusa mal abrochada y Samuel ni siquiera fue capaz de mirarme a los ojos.

Rosario observó el jardín a través de la ventana.

—¿Dónde se fueron?

—Me dijeron que se irían caminando hasta la casa de Lourdes. Estaban tan avergonzados que al final sentí pena por ellos. Seguramente los interrumpí en un momento de *ocio* —enfatizó con una sonrisa divertida.

—Son jóvenes —repuso Rosario mientras veía cómo sus sobrinos correteaban delante de la mansión.

El repentino y prolongado silencio de su hermano hizo que Rosario se diera media vuelta y le prestara atención.

—¿Qué es lo que te inquieta realmente?

Francisco dejó escapar un suspiro. Dudaba de si estaba haciendo lo correcto, pero le caía bien la hermana de Anita y temía que su inocente enamoramiento terminara mal.

—Se trata de Samuel… hay algo oscuro en él.

Rosario chasqueó la lengua.

—Es solo un pobre muchacho que tuvo una vida muy dura. Isabela dice que le va a costar mucho recuperarse.

—Isabela tiene una venda en los ojos, y el día que se le caiga, se dará cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

Las lapidarias palabras de Fran le provocaron un escalofrío. ¿Qué era lo que él sabía para hablar así de Samuel?

—Santiago también está al tanto, pero optó por guardar silencio para no contrariar a su esposa.

—¿De qué se trata?

Fran hizo silencio durante unos segundos antes de responder.

—De drogas, hermanita.

Rosario se quedó de piedra.

—¿Drogas? ¿Estás seguro?

Francisco asintió.

—No sé desde cuándo consume; tampoco el tiempo de intervalo que pasa antes de procurarse una dosis de alguna sustancia que su cuerpo reclama. Los temblores, la extrema delgadez, los cambios de humor… son síntomas de alguien que ha caído en la adicción.

Rosario se negaba a creerlo; sin embargo, ahora entendía muchas actitudes del muchacho. Suspiró hondo. En la época más dura de su vida, después de la violación y de perder a Débora, había empezado a fumar marihuana para evadirse de la realidad. Era apenas un vicio que despuntaba de vez en cuando y que la ayudaba a no pensar en cosas tristes. De repente se acordó de que todavía tenía un poco de hierba guardada bajo llave en su habitación. Tuvo el impulso de ir a comprobar si continuaba donde la había dejado.

—¿Dónde vas? —le preguntó Francisco, intrigado.

—¡Ya vuelvo!

Rosario subió corriendo las escaleras y entró como una tromba en su habitación. Hacía al menos una semana que no dormía allí. Descubrió que la puerta de una de las mesitas de noche había sido forzada. Ella la cerraba con llave precisamente porque allí escondía la marihuana. Con dos niños curiosos en la casa, cualquier precaución era poca. Hurgó en el interior del mueble, a sabiendas de que no encontraría nada. Solo para quitarse la sensación de culpa, miró en la otra mesita. Solo halló un par de libros y unas pantuflas de abrigo. Cuando salió al pasillo y cruzó delante de la habitación de Isabela, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no entrar y contarle lo que estaba pasando. Primero debía hablar con sus hermanos. Ellos ya conocían el problema de Samuel, y entre los tres encontrarían la mejor manera de decírselo sin que doliera demasiado. Buscó a Fran

en el despacho y le comentó que estaba segura de que Samuel le había robado la hierba que guardaba en su habitación. Acordaron entonces que esa misma noche hablarían con Santiago para ver cómo proceder.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, esa misma tarde

Anita estaba inquieta. Faltaba poco para que anocheciera y Lourdes todavía no había regresado de la mansión de los Navarro Soler. Llamó para preguntar si continuaba allí y la criada que la atendió le informó que se había ido junto con el joven Samuel hacía un par de horas. El trayecto entre ambas propiedades no demandaba tanto tiempo. No quería interponerse en los planes de Lourdes porque sabía que disfrutaba mucho de aquellos encuentros con el hermano de Isabela; sin embargo, le preocupaba que cometieran una tontería. Cuando escuchó que la puerta se abría, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Caminó rauda hasta el vestíbulo y descubrió, decepcionada, que era Lisandro.

—Lourdes no ha vuelto y mirá la hora que es —dijo, nerviosa.

Lisandro sonrió.

—Ya aparecerá, no te hagas mala sangre, Anita. —Fue al salón para servirse un trago y su hermana lo siguió. Le ofreció entonces una copa de brandy para atenuar la espera.

—No, gracias. Tengo el estómago cerrado. —La verdad era que no solo estaba angustiada por la tardanza de Lourdes, lo de su madre también la mantenía en una angustia abrumadora. Miró a Lisandro,

decidida a compartir con él lo que acababa de descubrir—. Schneider abusa físicamente de mamá.

Lisandro estaba a punto de beber un sorbo de brandy cuando su hermana le soltó aquella bomba. Su brazo quedó suspendido en el aire durante unos segundos hasta que finalmente se llevó la copa a los labios.

—¿Qué has dicho? —La había oído bien, solo necesitaba que se lo confirmara.

—Tiene unos horribles moretones en el brazo y la espalda. No quiso darme explicaciones, pero es evidente que ese maldito la golpea.

—¡Hijo de puta! —profirió Lisandro, tensando la mandíbula—. ¿Lo viste?

Anita negó con la cabeza.

—No estaba y mamá quería que me fuera para que no me cruzara con él.

—Después de todo lo que le contaste, no entiendo cómo pudo casarse con ese desgraciado.

Anita se sorprendió.

—La abuela habló conmigo unos días antes de morir… me contó muchas cosas que ignoraba. Creo que intuía que le quedaba poco tiempo.

—¿Qué fue lo que te dijo?

Lisandro la tomó de la mano y juntos se sentaron en el sillón, uno al lado del otro.

—Lo que te hizo Mendoza cuando apenas eras una niña. —Tragó saliva y la miró a los ojos con culpa—. También me reveló la verdad sobre Lourdes, aunque yo ya lo sospechaba. ¿Por qué nunca

acudiste a mí? ¡Podría haberte ayudado! ¡Soy tu hermano mayor y mi deber era protegerte!

Anita sintió las lágrimas deslizarse por sus mejillas.

—Lo lamento. Te juro que muchas veces intenté contártelo… pero mamá y papá no me creyeron. Tuve miedo de que vos tampoco lo hicieras. —Agachó la mirada mientras las fuertes manos de Lisandro envolvían las suyas—. Los secretos y las mentiras eran el pan de cada día en nuestra familia. Yo, la niña que siempre fui tildada de rebelde, ni siquiera fui capaz de negarme cuando mamá decidió que mi hija se convirtiera en mi hermana menor.

—Eso fue imperdonable, Anita. Has tenido que ver crecer a tu hija en silencio, fingiendo lo que no eras. Mamá no tenía derecho a condenarte por algo de lo que nunca has sido culpable. —Farfulló una maldición—. ¡Me alegro de que ese hijo de puta esté muerto!

Anita se mordió el labio. La confesión de doña Agnes en su lecho de muerte seguiría siendo un secreto que ahora compartía solo con Rosario. No había razón alguna para que Lisandro supiera lo que había hecho su abuela.

—¿Cuándo se lo vas a decir? Lourdes merece saber la verdad —repuso él, dándole ánimos.

—Supongo que solo debo encontrar el valor suficiente para sentarme con ella y contárselo. La abuela me lo pidió el mismo día que murió… pero no pude cumplir mi promesa.

—Eso tiene remedio, y lo sabés.

Anita asintió y al escuchar que la puerta de entrada volvía a abrirse, se enjugó las lágrimas de un manotazo y salió al encuentro de Lourdes.

—¡No la regañes! —le gritó Lisandro antes de que desapareciera del salón.

En el vestíbulo, Lourdes no estaba sola. Samuel la acompañaba. Anita se aproximó con sigilo, evitando que la vieran. Se ocultó a una prudente distancia y esperó.

—¿Nos vemos mañana entonces? —preguntó Lourdes en tono meloso.

—Te estaré esperando en la plaza de la vuelta a las cuatro —respondió Samuel con su acento tan particular.

Se hizo un silencio prolongado y Anita entonces se asomó para ver.

Lourdes y Samuel se besaban mientras la mano de él se apoyaba descaradamente en el trasero de su hija. Le costó mucho reprimir el impulso de hacer acto de presencia y apartarlo de ella. Tampoco tuvo la oportunidad porque Samuel se marchó de inmediato, dejando a Lourdes sumida en una catarata de suspiros. Decidió enfrentarla y cuando salió de su escondite improvisado, a la muchacha casi le da un síncope.

—¡Anita, por Dios, me has asustado! —exclamó, con la respiración entrecortada.

Ella la observó. Tenía las mejillas arreboladas y un brillo intenso en la mirada. Se había enamorado de Samuel Eiserman. Todo en su cuerpo lo confirmaba. Incluso la humedad en sus labios después de haberse besado con él. Por un instante, no supo qué decirle. Se sintió torpe, como si le costara encontrar las palabras adecuadas para advertirle que tuviera cuidado.

—Estaba preocupada porque no llegabas. —Lo que salió de su boca no era lo que pasaba por su cabeza en ese momento.

—Nos quedamos charlando y se nos hizo tarde —explicó Lourdes, colgando la estola de seda que envolvía su cuello en el perchero.

Anita se acercó y la obligó a que la mirara, sujetándola firmemente del mentón.

—No voy a tratarte como a una niña porque ya no lo sos —dijo, esbozando una sonrisa—. Solo quiero que te cuides y que pienses bien las cosas antes de actuar.

Lourdes asintió. Todo su rostro volvió a sonrojarse, aunque ya no era por causa del beso de Samuel, sino por la vergüenza de que su hermana mayor los hubiese atrapado *in fraganti*.

—Samuel es un buen chico, Anita. Me respeta y jamás haría nada para lastimarme.

Ella quería creerle y convencerse de que aquello era verdad; sin embargo, y aunque le dolía reconocerlo, Samuel Eiserman no le inspiraba confianza. No sabía si era su instinto maternal o el miedo de que alguien lastimara a su hija, pero decidió que lo vigilaría de cerca.

MI HIJA

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

A Rosario se le iluminó el rostro cuando bajó al salón y descubrió que Isabela no estaba sola.

—¡Anita, qué sorpresa! —exclamó, acercándose raudamente para saludarla con un beso en la mejilla. Miró a su cuñada y la notó preocupada—. ¿Sucede algo?

Isabela las invitó a sentarse y tras una pausa que no hizo más que prolongar la inquietud de Rosario, dijo:

—Anita ha venido buscando a Samuel.

Rosario no se lo esperaba; mucho menos porque ella tenía muchas cosas que decir del joven y no sabía cómo hacerlo sin lastimar a Isabela. Había hablado ya con Santiago y él estuvo de acuerdo en que ya no tenía sentido ocultarle la verdad.

—Ayer Lourdes y Samuel regresaron casi de noche a casa. Ella me dijo que habían estado conversando y no se dieron cuenta de la hora.

—Es natural a su edad —repuso Isabela, justificando el comportamiento de los muchachos.

—Eso no es todo. —Anita hizo una breve pausa antes de continuar —. Los sorprendí besándose y sé que pactaron encontrarse esta tarde, fuera del horario habitual de sus clases de español.

—¿Te molesta que pueda surgir una relación amorosa entre ellos? —preguntó Isabela algo contrariada.

—No me molesta —respondió la pelirroja, tajante—, pero creo que debo hablar con él muy seriamente para saber qué intenciones tiene con mi… hermana.

—A mí me parece bien —terció Rosario, poniéndose de su parte—. Si yo tuviera una hermana menor actuaría de la misma manera.

Isabela le lanzó una mirada hierática. Una extraña sensación invadió su cuerpo. Ella debía hacer lo mismo y proteger a Samuel. ¿Por qué de repente le asustaba que llegaran a desconfiar de él?

—Mi hermano ha tenido una vida difícil, ustedes lo saben muy bien. Desde que llegó a Buenos Aires apenas he logrado que salga de esta casa. Los primeros días ni siquiera abandonaba su habitación. Todo eso cambió después de conocer a Lourdes.

—Solo quiero hablar con él, Isabela —pidió Anita, intuyendo que ella trataba de persuadirla de que desistiera de su propósito.

—Está bien, voy a buscarlo. —Isabela suspiró resignada y dejó el salón en silencio.

Anita y Rosario entonces aprovecharon esos breves minutos de soledad para besarse.

—¿Dormiste aquí anoche? —preguntó la pelirroja, acariciándole la mejilla.

Rosario asintió.

—¿Cómo te fue con tu madre?

Anita soltó un bufido.

—Después te cuento —dijo, dejándola con la intriga.

La reaparición de Isabela, que venía acompañada de su hermano, hizo que Rosario soltara la mano de Anita. Cuando miró a Samuel a

los ojos y descubrir sus pupilas dilatadas supo que había probado ya la hierba encontrada en su habitación.

—Estaba durmiendo la siesta —manifestó Isabela, justificando su aspecto un poco desaliñado.

—Hola, Samuel, ¿sabés quién soy? —Anita habló despacio para que él pudiera entenderla.

Él la observó un momento, luego negó con la cabeza.

—Samuel, querido, ella es Anita, la hermana mayor de Lourdes —intervino Isabela, apoyando una mano sobre su hombro.

—Encantado, Anita —respondió él con una sonrisa, arrastrando un poco las palabras.

Rosario temía que en cualquier momento Samuel cometiera alguna imprudencia. Movía los brazos como si tuviera un tic nervioso.

—¿Estás bien? —le preguntó, tratando de adivinar cuánta marihuana había fumado.

—Solo sigue somnoliento —respondió Isabela por él.

—Samuel, he venido a hablar con vos de Lourdes —dijo Anita sin dejar de observarlo. ¿Qué le ocurría? Parecía a punto de colapsar.

—Ella y yo nos queremos —soltó el muchacho de repente. Luego, se dejó caer en un sillón y comenzó a dar golpecitos en la alfombra con los pies. No lograba mantenerse quieto.

Isabela también se quedó mirándolo, con una expresión de desconcierto en el rostro.

—Recién se conocen —alegó Anita, molesta por la actitud prepotente de Samuel—. Lourdes nunca ha tenido novio y creo que solo está deslumbrada con vos…

—¡Eso no es verdad! —la increpó él, apuntándole con el dedo en un gesto amenazante. Buscó el apoyo de su hermana y lo encontró enseguida cuando Isabela se sentó junto a él y apretó su mano para que dejara de moverla como un poseso.

Rosario observaba la escena abrumada por la tensión. El comportamiento errático de Samuel era impredecible; sobre todo si comenzaba a sentirse acorralado. Miraba a Anita con recelo y ella podía convertirse fácilmente en un blanco donde descargar su furia. Decidió entonces que debía intervenir antes de que todo se saliera de control.

—Es evidente que Samuel no está bien —manifestó, haciéndole un gesto a Anita de que se apartara del sillón—. Creo que debería regresar a su habitación.

Isabela observó a su hermano, y aunque se daba cuenta de su estado, se negaba a aceptar que algo grave sucedía con él.

—No ha podido adaptarse todavía a Buenos Aires —repuso con indulgencia mientras peinaba el cabello de Samuel con los dedos.

Rosario se sentó en la mesa ratona frente a ellos y aguardó un instante antes de hablar. Era conmovedor ver cómo Isabela intentaba proteger a Samuel, poniendo siempre por delante su trágico pasado.

—Nadie duda lo mucho que han sufrido ambos durante la guerra. Han perdido a toda su familia y, aun así, lograron sobrevivir. —Esbozó una sonrisa al mirar a su cuñada—. Sé lo feliz que estás por haber recuperado parte de lo que te arrebataron, pero eso no significa que cierres los ojos y no veas lo que sucede a tu alrededor. No le hace bien a Samuel y no te hace bien a vos.

El muchacho se revolvió en el sillón y asustó a Isabela cuando apartó la cabeza para que dejara de tocarlo.

—Santiago no quería que sufrieras, pero él lo supo desde el comienzo y, aun así, decidió confiar en Samuel solo para evitarte un dolor más grande. Es evidente que sus advertencias no han servido de nada.

—¡Rosario, basta! —suplicó Isabela con los ojos llorosos.

—Es imposible continuar así. Samuel es una bomba de tiempo y no sabemos en qué momento va a estallar. Tenés que pensar en los niños, Isabela. No es seguro que convivan con un adicto.

Al oír aquella palabra, Samuel se levantó de golpe y cuando Isabela intentó retenerlo a su lado, la tiró al suelo. Ni siquiera se dio vuelta para ver lo que había hecho; comenzó a caminar sin rumbo por el salón, como una fiera enjaulada.

—Anita, andá a la habitación de Eleonora y decile a Francisco que venga —le pidió Rosario en voz baja antes de ayudar a su cuñada a ponerse de pie.

Isabela estaba llorando y ni siquiera sus lágrimas sirvieron para que Samuel se calmara.

—¿Estás bien? —le preguntó Rosario, sosteniéndola del brazo.

Ella negó con la cabeza. No le dolía la caída, sino el exabrupto virulento de su hermano. No era la primera vez que Samuel reaccionaba así y se sentía culpable por dejar que su necesidad de protegerlo la hubiera condicionado a la hora de no ver lo que todos a su alrededor sí habían descubierto casi desde el primer momento.

—Es mi culpa —musitó, dándose golpes en el pecho con el puño cerrado.

—Eso no es verdad, Isabela —replicó Rosario sacándola de su error—. Hiciste lo que pudiste, ahora buscaremos entre todos la mejor solución.

Ella la miró, extrañada. La sospecha que cruzó por su cabeza en ese momento era algo a lo que no quería llegar. No se atrevió siquiera a preguntar a qué se refería, para no angustiar más a su hermano. Lo contempló con tristeza. Samuel había vuelto a dejarse caer en un sillón. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho mientras se balanceaba hacia atrás y hacia delante, con la mirada totalmente perdida. Cuando Francisco apareció con Anita, supo que la situación se pondría mucho peor.

Rosario suspiró aliviada al ver a su hermano. Él adivinó de inmediato lo que sucedía y se plantó frente a Samuel, con las manos en la cintura y una expresión ceñuda en el rostro. Le indicó que se levantara, pero el joven ni se inmutó.

—Francisco, déjalo —pidió Isabela, a sabiendas de que no conseguiría nada si se mostraba riguroso. Samuel tenía la piel dura, y aunque no se atreviera a reconocerlo ante los demás, temía que reaccionara con violencia si alguien trataba de someterlo contra su voluntad.

Fran miró con indulgencia a Isabela, dándole a entender con aquel gesto que no había nada de qué preocuparse.

—Vamos, Samuel. Te llevaré a tu habitación —lo instó a levantarse sin éxito.

—Samuel, cariño, hazle caso a Francisco. No te encuentras bien y necesitas descansar —intervino Isabela, hablándole a su hermano en alemán.

Él negó con la cabeza, y de la nada se echó a reír. No era una sonrisa boba, fruto de una intoxicación, había algo oscuro en su rostro que provocó que todos a su alrededor intercambiaran miradas de desconcierto. Temblaba y apenas podía controlar los movimientos de su cuerpo.

Isabela tuvo que sentarse porque sus piernas apenas la sostenían en pie. Ella también tiritaba. No era de frío, ni siquiera de nervios. Sentía miedo de su propio hermano y eso era algo que no podía tolerar. Rosario y Anita le estaban hablando, pero ella no las escuchaba. En sus oídos solo resonaba la risa siniestra de Samuel. Entre la bruma de sus propios pensamientos y los insultos de su hermano en alemán, vio cómo Francisco lo arrastraba fuera del salón y juntos desaparecían tras la puerta. Quiso ir con ellos. Una mano alrededor del brazo se lo impidió. Alzó el rostro, bañado en lágrimas, y se encontró con la mirada compasiva de su cuñada. Devastada, dejó que ella la consolara.

Anita, parapetada en un rincón, guardaba silencio mientras Isabela lloraba en el hombro de Rosario. No sabía qué hacer. Jamás imaginó que su visita para hablar con Samuel sobre su relación con Lourdes desencadenara aquella escena tan dantesca. De repente se sintió responsable por todo lo que acababa de suceder, pero rápidamente apartó esa terrible idea de su mente. No era su culpa que el infierno padecido por Samuel en el pasado todavía lo persiguiera. Ella, mejor que nadie, sabía del poder que ejercían los monstruos que se hacían gigantes cada vez que el miedo te carcomía las entrañas.

Decidió marcharse para no volver a interferir. Se dirigió a la puerta y le hizo un gesto con la mano a Rosario para avisarle que luego

hablarían, cuando estuvieran más tranquilas.

En el porche, se cruzó con Santiago. Él le sonrió, pero al ver la seriedad en su rostro, supo que algo andaba mal.

—Isabela te necesita —le dijo, antes de alejarse por el sendero rumbo a la salida.

Dejó atrás la mansión de los Navarro Soler con un nudo en la garganta.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, más tarde ese día…

Anita llamó a la puerta con los nudillos y esperó. La tardanza de Lourdes en responder le causó cierta inquietud. Llevaba un buen rato encerrada en su habitación. Ni siquiera había bajado a compartir la merienda con ella. Por eso estaba allí, con una rosquilla de anís recién salida del horno y una taza de chocolate caliente.

—Adelante. —La voz de Lourdes sonó impasible.

Anita hizo malabares para que no se le cayera la bandeja y logró abrir la puerta. Entró y dejó el refrigerio encima de la mesita de noche.

—No tengo apetito —manifestó Lourdes, con indiferencia.

Anita no le replicó. Vio que se había cambiado de vestido e incluso llevaba uno de sus broches favoritos prendido en el canesú. El aroma a fresias de su perfume invadía el aire.

—¿Vas a alguna parte? —le preguntó, sentándose en la cama con los brazos estirados detrás de la espalda.

Lourdes se levantó para retocarse el peinado delante del espejo.

—Samuel me invitó a dar un paseo —dijo por fin, tratando de no sonar demasiado ansiosa.

Anita lamentaba tener que ser portadora de malas noticias, pero ahora que conocía la verdad sobre el muchacho, era mejor que Lourdes se mantuviera alejada de él.

—Samuel no va a venir —dijo, estudiando atentamente su reacción.

Lourdes dejó caer el cepillo sobre el tocador y se dio media vuelta.

—¿Cómo sabés que no va a venir? —inquirió, taladrándola con sus ojos azul turquesa.

Anita dio un golpecito en el colchón, invitándola a sentarse a su lado. Primero Lourdes se negó, aunque terminó cediendo. Se acomodó en uno de los extremos de la cama, con las piernas dobladas a un lado del cuerpo.

—Lourdes, me temo que ya no será posible que vuelvas a ver a Samuel.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —Había un gran desconcierto en su mirada.

—Esta tarde estuve en la casa de los Navarro Soler y…

—¿A qué fuiste? —la interrumpió la joven de mal modo.

—Después de lo que vi ayer, tenía que hablar con Samuel.

Lourdes se cruzó de brazos, en una actitud combativa.

—¿Qué le has dicho para que hoy no venga a buscarme?

—La verdad es que casi no pudimos hablar. De repente, se puso muy mal y Francisco tuvo que llevarlo a su habitación —dijo, dejando a un lado los escabrosos detalles de lo sucedido.

—¿Está enfermo? Ayer se encontraba perfectamente bien —repuso Lourdes, angustiada.

Anita tardó en responder porque no sabía qué contarle.

—Ese muchacho tiene serios problemas y no quiero que vuelvas a verlo. No te preocupes por las clases de español, yo hablaré con Isabela y se lo explicaré…

—¿Qué vas a explicarle? —despotricó Lourdes moviendo las manos en el aire en un ademán de incredulidad. Estaba tan furiosa que sus mejillas se habían teñido de un rojo intenso—. ¡No podés impedir que lo vea! ¡Yo lo quiero y sé que él también me quiere!

—¡Lourdes, por favor! —Anita trató de calmarla, pero cuando atinó a sujetarla del brazo, ella se soltó con violencia.

—¡No, Anita! ¡Ya no soy una niña y vos no sos mi madre para prohibirme nada! —gruñó, dándole la espalda.

Aunque Lourdes no podía saberlo, esas palabras cargadas de rabia que acababa de pronunciar habían dado de lleno en el corazón de Anita, hiriéndola de gravedad. Le costó mantener la calma y tuvo que morderse la lengua para no gritarle que estaba en todo su derecho de procurar su bienestar porque para ello la había cargado en su vientre durante nueve meses… pero otra vez dejó que el miedo al rechazo ganara la batalla.

Lourdes estaba frente a la ventana, y cuando la oyó lloriquear, Anita se aproximó a ella para confortarla.

—Jamás haría nada que te lastimara, muñequita —le dijo, tocándole el cabello. La joven entonces se apartó de su lado para evitar el contacto y la miró de soslayo. La frialdad que percibió en sus ojos le perforó el alma—. Un día vas a entender por qué lo hago, te lo prometo…

Lourdes se secó las lágrimas y regresó a sentarse en la cama.

—Me gustaría estar sola —sentenció, mientras comenzaba a quitarse el vestido que con tanta ilusión había elegido para su cita.

Anita señaló la bandeja con la rosquilla y el chocolate que seguramente ya se había enfriado.

—Puedo traerte otra taza si te apetece —ofreció, en tono conciliatorio. Trató de esbozar una sonrisa, aunque por dentro sentía tantas ganas de llorar como ella.

—No hace falta, te dije que no tenía hambre —contestó Lourdes de mal talante, sin siquiera mirarla.

—Bueno, como quieras —susurró Anita en una voz apenas perceptible. Salió al pasillo y dejó la puerta entreabierta para poder estar atenta a los movimientos de su hija. Cuando llegó al salón se detuvo un instante y miró hacia atrás, con la esperanza de verla.

Apenas unos pocos segundos después, el violento portazo en la habitación de Lourdes hizo que su cuerpo se estremeciera de pies a cabeza. Llenó una copa de licor y se la bebió de un solo sorbo. Iba a servirse otra, pero tomó la decisión más acertada y cerró la botella. Se dejó caer pesadamente en el sofá y cerró los ojos. Tenía una jaqueca terrible. La tensión y la angustia se habían acumulado en su espalda. Se tumbó y acomodó la cabeza en el cojín. No quería dormirse por si Lourdes la llamaba, pero el cansancio la venció en tan solo unos pocos minutos.

*

Una sombra se escabulló por el jardín, ocultándose entre los arbustos. Avanzaba con sigilo, midiendo cada uno de sus pasos. Cuando llegó a la parte trasera de la casa, tuvo que adivinar cuál era

su habitación. No podía cometer ningún error. Contaba solo con una única oportunidad y no iba a desaprovecharla. El postigo de una de las ventanas permanecía abierto y la luz estaba encendida. Se dirigió hacia allí con la esperanza de encontrarla. Se asomó discretamente, pisoteando las flores que crecían junto a la pared. La cortina al otro lado del cristal le impedía ver con claridad hacia el interior. Pegó la oreja a la ventana y entonces escuchó que alguien lloraba. Supo de inmediato que era ella. Golpeó el postigo con los nudillos y esperó. Nadie respondió así que lo intentó de nuevo. Entonces distinguió su silueta al otro lado del vidrio y su corazón saltó de alegría.

Lourdes abrió despacio una de las hojas de la ventana y se sorprendió al ver a Samuel.

—Hola —dijo él en voz baja, esbozando una gran sonrisa.

—¿Qué estás haciendo acá? —le preguntó ella mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo.

—Estabas llorando por mi culpa.

Lourdes negó con la cabeza.

—Lloraba porque odio a mi hermana —replicó ella antes de soltar un bufido de fastidio.

—Anita estuvo en la mansión…

—Lo sé —lo interrumpió Lourdes, sintiéndose avergonzada—. No debió presentarse allí como si tuviera el derecho de decidir por mí.

Samuel se rascó la cabeza.

—¿Te contó lo que pasó?

—No, solo me dijo que ya no podía volver a verte, que estabas en problemas y que era mejor si me alejaba de vos —respondió. Todavía seguía enojada con Anita y no iba a disimularlo.

—Yo no quiero que nos separen —replicó él, tomándola de la mano.

—¡Yo tampoco! —Iba a confesarle que lo quería, pero se lo guardó para ella.

—Por eso vine a buscarte. —Samuel le besó los dedos y suspiró—. Creo que solo hay una cosa que podemos hacer para estar juntos sin que nuestras familias se interpongan en nuestros planes.

—Te escucho. —Lourdes le acarició el rostro. Estaba ojeroso y pálido. Seguramente había derramado tantas lágrimas como ella.

—Vayámonos lejos, donde nadie nos encuentre. Yo no voy a regresar a la mansión —aseveró, sin dar una explicación.

—¿Pero no vas a llevarte nada? —preguntó Lourdes, perpleja.

—Dejé un morral con unas pocas cosas junto al otro lado del paredón —aclaró, señalando con el dedo hacia atrás por encima del hombro.

Lourdes asintió, pero no se movió ni un ápice de su sitio.

—¿Vienes conmigo?

Ella no contestó.

—No voy a obligarte a hacer nada que no quieras —dijo para tranquilizarla.

Lourdes lo miró y supo entonces que él tenía razón. Si deseaban estar juntos, debían huir.

—Me voy con vos —anunció, sonriente—. Vamos a necesitar dinero…

—No te preocupes por eso ahora, ya nos arreglaremos.

—No, no podemos improvisar y dar un paso en falso. —Meditó unos segundos y luego dijo—: Nos vemos en la esquina en quince minutos. Ahora vete antes de que alguien te descubra.

Samuel le robó un beso antes de que ella cerrara la ventana y con el mismo sigilo con el cual había llegado, se perdió entre las sombras de la noche.

En el interior de la casa de los Von Keller, Lourdes se preparó para fugarse con su enamorado. Metió en una pequeña valija algo de ropa, un frasco de su perfume favorito y una foto en donde aparecía junto a su familia. Envolvió la alcancía de yeso con un pañuelo y la golpeó contra el piso para amortiguar el ruido. El cerdito rosado se hizo añicos, dejando al descubierto unos pocos billetes y algunas monedas. No era suficiente botín para huir de casa y empezar de cero en otro lado. Entonces decidió arriesgarse y fue a la habitación de Anita. Abrió muy despacio la puerta. Su hermana no estaba. Entró y sin perder tiempo comenzó a hurgar entre sus cosas. Buscó primero en el *secreter*. Sabía que, en aquel antiguo mueble, Anita guardaba los objetos de valor. Tomó algunas joyas con la esperanza de poder venderlas y las guardó en el bolsillo del vestido. Abrió los cajones en busca de dinero, pero no había ni un mísero peso. En uno de los compartimentos superiores encontró un cuaderno de tapa azul. Cuando era niña había visto a su hermana escribiendo en él; recordó que Anita siempre lo escondía. En un arrebato, lo tomó y se lo llevó. Regresó a su habitación y escondió las joyas entre la ropa. Se puso un abrigo, cubrió su cabeza con un sombrero y se acercó a la ventana. Justo antes de dar el siguiente paso se detuvo y recordó la advertencia hecha por su hermana de alejarse de Samuel. Enterró aquellas palabras en lo más profundo de su mente y dejó que lo que sentía por él eclipsara todo lo demás. Empujó los postigos de madera y primero arrojó sus pertenencias sobre las flores que Samuel había pisado más temprano. Luego, con una agilidad

asombrosa, se encaramó sobre el alféizar de la ventana y saltó hacia el otro lado. Recogió la valija y se alejó de la casa sin darse vuelta ni una sola vez para mirar atrás.

*

Anita se despertó de repente al oír el timbre. Aturdida, se incorporó y descubrió a través de la ventana del salón que ya había anochecido. Se había quedado dormida. La única criada que trabajaba para ellos se retiraba siempre después de preparar la cena, pero ese día le había dado permiso para irse más temprano. Su intención era cocinar algo sencillo para ella y para Lourdes porque Lisandro nunca las acompañaba un viernes por la noche. Miró la hora. Las ocho y media. ¿Quién llamaba a la puerta con tanta insistencia? Se levantó y caminó deprisa hacia el vestíbulo. Por las dudas, espió por la mirilla. Sonrió al ver a Rosario al otro lado de la puerta. Le abrió y la invitó a pasar.

—Espero no importunar con mi visita —dijo ella mientras dejaba el abrigo en el perchero.

Anita le respondió con un beso en la boca, acallando sus disculpas.

—Me alegra que estés aquí —le dijo, llevándola de la mano hacia al salón—. ¿Has venido en transporte público?

—No, le pedí prestado el coche a Francisco. Me quedé preocupada por vos después de lo que sucedió esta tarde.

—¿Cómo se encuentra Isabela?

Rosario suspiró y aceptó la invitación de sentarse a su lado.

—La pobre está destrozada. Dice que es su culpa, que debió darse cuenta antes… Menos mal que justo llegó Santiago; entre él y Fran lograron calmar a Samuel. No se apartaron de su lado hasta que se quedó dormido.

—¿Qué va a pasar ahora con él?

—Santiago dice que necesita ayuda profesional y todos estamos de acuerdo, incluso Isabela. Mañana ella y mi hermano van a hablar con nuestro doctor de cabecera para que les recomiende a alguien idóneo. Es probable que haya que ingresarlo en un sanatorio.

Anita asintió. Haber presenciado el brote violento de Samuel le permitía imaginarse lo mal que se estaría sintiendo Isabela. Ella también se preocupaba por Lourdes. Porque, aunque todo lo que hacía era por su bien, sabía que la relación entre ambas sufriría un quiebre significativo después de que ella le prohibiera volver a ver a Samuel.

—¿Le has contado algo a tu hermana?

Perdida en sus pensamientos, Anita no oyó su pregunta.

—Perdón… me distraje. No, Lourdes todavía no sabe nada.

Rosario asintió.

—No solo he venido para asegurarme de que estuvieras bien. Quería que me contaras cómo te fue con tu madre. ¿Le entregaste los documentos?

—Sí.

La escueta respuesta de Anita y la expresión de angustia en su rostro hicieron sospechar a Rosario que algo había salido mal entre ellas.

—¿Se pelearon? ¿Te encontraste con Teodoro?

—No, creo que si lo hubiese visto le habría arrancado los ojos con mis propias manos. —Agachó la cabeza y de sus labios brotó un gemido lastimero—. Ese hombre es peor de lo que imaginaba, Rosario. Mi madre tiene el cuerpo minado de moretones. Y creo que el malnacido no solo la maltrata físicamente. Cuando la vi te juro que me costó reconocer a la mujer combativa e intransigente que siempre encontraba una razón para pelear conmigo. Estaba como apagada… parecía que ni siquiera era dueña de su voluntad. Por supuesto, sigue fiel a sus convicciones y negó que Schneider la golpeara.

Rosario pensó de inmediato en Eleonora. Ella había sufrido lo mismo en manos de un hombre violento y sabía que si no hubiera encontrado el valor de huir de Italia para ponerse a salvo, quizá su destino habría sido muy diferente.

—¡Ese hijo de puta no tiene perdón de Dios! —exclamó mientras maldecía el nombre de Teodoro Schneider entre dientes.

—Lo peor es que mi madre nunca se atreverá a denunciarlo. Le importa demasiado conservar las apariencias —se lamentó Anita a punto de echarse a llorar.

—Quizá nosotras podamos hacer algo —dijo Rosario, pensativa.

—¿Algo como qué? —inquirió la pelirroja, intrigada.

—No lo sé todavía, pero te aseguro que ya se me ocurrirá un plan para apartar a Ernestina de ese desgraciado y hacerle pagar por cada uno de sus crímenes.

Las palabras de Rosario sonaron a promesa, y la confianza ciega que tenía en ella provocó que Anita esbozara una tibia sonrisa.

—Siempre sabés qué decir para que me sienta mejor. —Tomó sus manos y las besó.

El gesto tierno de Anita le arrancó a Rosario un profundo suspiro.

—¿Te quedás a cenar? Me gustaría que nos acompañaras. Solo estamos Lourdes y yo; mi hermano anda de juerga.

—Si no es molestia.

—Vos nunca molestás. —Anita la soltó y se levantó—. Voy a buscar a mi hermana para avisarle que seremos tres en la mesa.

Rosario entonces la retuvo un momento.

—¿Se lo has contado?

—¿Lo nuestro?

Ella asintió.

—Todavía no. Sabe que nos conocimos en París y que luego nos hemos reencontrado en Buenos Aires. Lourdes cree que somos amigas… amigas muy cercanas.

La respuesta de Anita la dejó conforme. Nunca era fácil hablar de ciertos asuntos delicados con los seres queridos. Ella contaba con el apoyo incondicional de los suyos, pero entendía que no todas las familias eran igual de tolerantes.

—Ya vuelvo. —Anita le sonrió y acompañada por el repiqueteo de sus zapatos de tacón desapareció en dirección al pasillo.

Rosario se puso a recorrer el salón con curiosidad. Repasó los lomos de los libros que descansaban en una biblioteca empotrada a ambos lados de la chimenea. Luego se acercó al único ventanal que daba a un pequeño patio trasero en donde destacaba una tupida enredadera de glicinas lilas que trepaba por las paredes. Estaba distraída y cuando escuchó el grito que profirió Anita, casi le da un síncope. Corrió hasta ella guiada por el sonido de su voz y llegó hasta la puerta abierta de una habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó al verla de rodillas en el suelo, cubriéndose el rostro con las manos. Lloraba desconsoladamente. Se arrojó a su lado y la sacudió sujetándola por los hombros—. ¡Anita, por favor, no te quedes callada!

Ella la miró con desesperación.

—¡Se ha ido… mi niña se ha ido! —musitó con la voz trémula y las mejillas bañadas en llanto.

Rosario barrió el lugar con la mirada. La ventana estaba abierta y junto a la cama, desparramados sobre la alfombra, había varios trozos de una pieza de yeso que se usaba seguramente como alcancía. Sería imposible adivinar cuánto tiempo llevaba la joven fuera del hogar. En ese momento, ella era la única que podía pensar con claridad.

—¿A qué hora la viste por última vez? —preguntó a pesar de que Anita estaba hecha un manojo de nervios.

—No sé… por la tarde, cuando vine a verla para traerle un refrigerio.

Encima de la mesita de noche había una taza de porcelana y una rosquilla en donde se había posado una mosca.

—¡Ni siquiera la probó! —gimoteó Anita sacudiendo la cabeza en un ademán de impotencia.

Rosario la ayudó a ponerse de pie, y por temor a que su cuerpo colapsara debido a la angustia, le indicó que se sentara en la cama.

—¿Es posible que se encuentre en otra de las dependencias de la casa? —Tenían que barajar todas las probabilidades antes de entrar realmente en pánico—. Quizá solo se escondió para asustarte…

—¡No, Lourdes jamás haría algo así! ¡Se ha ido! —El cuerpo de Anita se sacudía en violentos estertores—. ¡Estaba muy enojada

conmigo porque fui a hablar con Samuel! ¡Me odia… mi pequeñita me odia y yo la he perdido para siempre! —Tomó una muñeca de trapo que descansaba sobre una de las almohadas y se la llevó al pecho mientras se tumbaba en posición fetal.

Rosario no supo qué hacer. Nunca antes la había visto tan devastada; ni siquiera cuando le confesó los abusos del maldito de Mendoza. Le apartó el cabello del rostro y descubrió que tenía los ojos cerrados. Apretaba la muñeca con tanta fuerza que los nudillos se habían vuelto blancos. Solo verla en aquel estado le provocaba una gran impotencia.

—Anita, *mon petit papillon*, tenés que tranquilizarte. Lourdes va a volver. Tarde o temprano se dará cuenta de que ha cometido un error y vendrá a pedirte perdón. Tu hermana es una muchachita sensata…

Anita abrió los ojos y la miró. Su boca temblorosa se movió como si tratara de decir algo, entonces, tras un suspiro que brotó desde el fondo de su ser, musitó:

—Lourdes no es mi hermana… ¡es mi hija! ¡Es la niña que una vez tuve en brazos y amamanté con tanto amor! —Las lágrimas se deslizaban como agua de cascada por sus mejillas enrojecidas.

La sorprendente revelación que acababa de hacer Anita dejó muda a Rosario. Ella jamás había parido un hijo y el dolor que sintió al enterarse de que su vientre estaba seco seguramente no se podía comparar con el que en ese momento desgarraba el alma de Anita; sin embargo, ahora comprendía por qué había reaccionado de aquella manera al no encontrar a Lourdes en su habitación. Se tumbó a su lado, la rodeó con los brazos para que dejara de llorar y le susurró al oído lo mucho que la amaba. Ya habría tiempo después

para hacer preguntar y escuchar explicaciones. De repente, los sollozos de Anita cesaron. Rosario no pudo detenerla cuando ella dejó la cama y se acercó hasta la ventana para cerrarla.

—Tengo que encontrarla y decirle la verdad, aunque me muera de miedo, Lourdes debe saber que soy su madre —siseó con un nudo en la garganta. Todavía estrujaba la muñeca de trapo contra el pecho.

Rosario asintió. No quería decir algo que la hiciera sentir incómoda. Pero finalmente, fue la propia Anita la que despejó todas sus dudas cuando le contó que Lourdes era fruto de aquella noche en la cual había sido violada por el padre Mendoza.

—Mi pequeña llegó a este mundo para demostrarme que incluso de los actos más terribles puede surgir el amor… porque yo la amé desde el primer momento que supe que crecía en mi vientre. Lourdes es un pedacito de mí, nada en ella tiene que ver con ese monstruo. Por más que la engendrara un ser oscuro, mi niña es pura luz.

—Claro que sí. Lourdes es tuya y de nadie más —repuso Rosario, acariciándole la mano que apretaba la muñeca de trapo—. Vamos a encontrarla, *mon petit papillon*, te lo prometo.

Regresaron al salón y Rosario llamó por teléfono a su casa. Entonces Francisco confirmó sus peores sospechas.

Samuel también había desaparecido.

MI MADRE

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

La habitación del hotel a donde fueron a parar era deprimente. El papel de las paredes se caía a pedazos y había un agujero en el piso de madera justo debajo de la ventana. Una mesita de patas torcidas, una silla con el respaldo roto y un ropero de dos puertas que emanaba un fuerte olor a naftalina completaban el ruinoso mobiliario del lugar. Lourdes y Samuel estaban de pie junto a la puerta. Se miraron un instante, dudosos, antes de entrar. Después de vagar durante un par de horas sin rumbo fijo, habían encontrado aquel hotel de mala muerte cerca de las Barrancas de Belgrano. El encargado los había mirado con desconfianza debido no solo a su juventud, sino también a la hora en la que habían aparecido, con caras de estar huyendo de alguien. Le dijeron que acababan de llegar del interior para trabajar en una casa de familia, aunque el aspecto pulcro y delicado de Lourdes no concordaba para nada con la imagen de una muchacha provinciana que venía a ganarse la vida en la gran ciudad. Pagaron por una habitación en el último piso, la única disponible, y aunque el precio les pareció injusto, estaban cansados y necesitaban un sitio donde pasar la noche. Samuel entró primero. Dejó la valija de Lourdes en el suelo y arrojó al lado su morral. La miró por el rabillo del ojo. Ella continuaba de pie bajo el

quicio de la puerta, con los brazos cruzados en el pecho y una expresión de susto en el rostro. Se acercó, le tomó la mano y la conminó a moverse.

—Será solo por hoy. Mañana buscaremos algo mejor —dijo, animándola con una sonrisa.

Ella soltó un resuello y cerró la puerta tras de sí. La lámpara que colgaba del techo se balanceó. Para no desentonar con el resto de la habitación, era vieja y parecía que ante cualquier movimiento brusco terminaría estrellándose contra el suelo. Los jóvenes intercambiaron una mirada de espanto para luego soltar una carcajada estridente. Al menos por un instante, lograron olvidarse de sus problemas. Tenían un techo sobre sus cabezas y un colchón donde dormir. No podían pedir más por el momento.

Lourdes se sentó en la orilla de la cama y escucharon un molesto chirrido. Cuando Samuel se ubicó a su lado, volvió a hacer el mismo sonido. No dijeron nada, pero ambos tuvieron que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír de nuevo.

—¿Estás arrepentida de haber huido conmigo? —le preguntó él, acariciándole el brazo con la punta del dedo.

Ella tragó saliva. El roce le erizó la piel.

—No —respondió en un susurro—. Hicimos lo que nos dictaba el corazón.

Samuel asintió y, sin pedirle permiso, se acercó a su rostro y tomó posesión de sus labios. La besó suavemente, dejando que la urgencia se agazapara en su interior para no asustarla. Lourdes respondió al beso con ternura, apoyando las manos en el hombro de Samuel. Se apartaron solo para mirarse a los ojos. Permanecieron en silencio, perdidos en sus propios pensamientos hasta que ella,

incapaz de disimular los nervios, se levantó de la cama para desarmar la valija. Samuel abrió la puerta del ropero y el fuerte olor a naftalina los hizo estornudar.

—No voy a guardar nada ahí dentro —resolvió Lourdes dejando las pocas prendas que había llevado encima de la única silla que había en la habitación. Le entregó las joyas de Anita a Samuel—. Si las vendemos, podríamos sacar dinero suficiente para tomar un tren a cualquier punto del país.

Samuel recibió los collares y los pendientes con agrado. Parecían muy valiosos, y al ver la incertidumbre en el rostro de Lourdes supuso que no habría sido sencillo para ella robarlos.

—Eran de mi hermana —dijo, con los ojos vidriosos.

Él no dijo nada y metió las joyas debajo del colchón. Vio que Lourdes tenía un cuaderno en las manos.

—¿Y eso?

Lourdes se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé por qué lo traje —respondió, rozando la tapa de color azul con sus uñas—. Es de Anita. Lo encontré mientras buscaba algo de dinero. Siempre sentí curiosidad por saber qué tanto escribía en él.

—¿Vas a leerlo?

Como única respuesta, volvió a encogerse de hombros. Dejó el cuaderno sobre la mesita de noche y entonces su estómago gruñó, recordándole que no probaba bocado desde el mediodía.

—Vamos a comer algo.

—¿Has traído comida?

Samuel sacó del morral una barra de pan envuelta en papel madera. También había algo de fruta y dos *scones* que se habían

puesto duros. Era el magro botín que logró sustraer de la cocina de los Navarro Soler antes de escapar. Le dio una manzana a Lourdes y él optó por quedarse con una mandarina. Disfrutaron del sencillo refrigerio sentados sobre el colchón, manteniéndose lo más quietos posible para evitar los molestos chirridos que hacían las patas de la cama cada vez que se movían. Los nervios de la huida y la tensión acumulada en su cuerpo se combinaron para que Lourdes empezara a sentirse somnolienta. Se le cerraban los ojos. Apoyó la cabeza en la almohada, y aunque olía bastante raro, no tardó en quedarse dormida. Samuel, en cambio, estaba inquieto. Cubrió a Lourdes con una manta y se alejó de la cama para no despertarla. Necesitaba respirar, sentía que empezaba a faltarle el aire encerrado en aquel tugurio. Abrió la ventana y una brisa fría le dio de lleno en el rostro. Le brindó alivio, pero no era suficiente para aplacar ese fuego que ardía bajo la piel, en cada músculo de un cuerpo que ya no le pertenecía porque era esclavo de su propia debilidad. No quedaba nada de la hierba que le había robado a Rosario y no sabía hasta cuándo podría soportar sin suministrarle a la bestia que lo carcomía por dentro alguna sustancia que saciara su voracidad. Por lo pronto, le urgía salir de allí. Miró a Lourdes un momento y luego abandonó el cuarto cerrando la puerta tras de sí. Esperaba estar de regreso antes de que ella despertara.

*

Unos gritos la asustaron. Todavía aturdida después de varias horas de sueño, le costó discernir si provenían de la habitación de al lado o de la calle. Se restregó los ojos para terminar de desperezarse, y al

incorporarse la cama chirrió. Buscó a Samuel, pero él no estaba allí. No quería entrar en pánico. Sabía que jamás la abandonaría a su suerte. Sin embargo, apenas puso los pies en el sucio piso de madera, levantó el colchón y descubrió que las joyas de su hermana habían desaparecido.

El corazón le dio un vuelco en el pecho y sus piernas casi la traicionan. Se aferró al respaldo de la cama porque de repente todo empezó a dar vueltas a su alrededor.

—No puede ser… —Su voz salió estrangulada y apenas la reconoció como suya. Se dirigió hacia la ventana, tambaleante, y se asomó con la esperanza de ver a Samuel. La calle estaba desierta. Se negaba a creer que él la hubiese llevado engañada hasta allí para aprovecharse de ella y robarse las pocas joyas que había traído para sobrevivir juntos durante su huida. Samuel no era esa clase de persona; confiaba en él. Entonces las advertencias de Anita volvieron a retumbar en sus oídos. ¿Y si ella tenía razón? ¿Acaso había cometido un error al aceptar escaparse con el muchacho al que creía amar? Sacudió la cabeza, negándose a sí misma una verdad que no estaba preparada para aceptar. Miró la puerta cerrada, y por un instante el impulso de marcharse de aquella pocilga fue más fuerte que el miedo a quedarse sola. Se obligó a tranquilizarse. No ganaba nada perdiendo la calma. Se sentó en la silla con cuidado porque sus patas torcidas parecían a punto de quebrarse. Respiró hondo hasta que el aire viciado a humedad del ambiente se abrió paso hasta alcanzar los pulmones. Repitió la acción al comprobar que los latidos de su corazón poco a poco iban recuperando el ritmo normal. Llenó su mente de las más variadas hipótesis.

Samuel se llevó las joyas para tratar de venderlas. Samuel escondió las joyas en un lugar más seguro. Samuel salió a dar una vuelta. Samuel… Samuel… Samuel.

Todo lo que se decía para convencerse de que él pronto estaría de regreso, fue perdiendo fuerza a medida que el tiempo pasaba y Samuel seguía sin aparecer. De repente, la noche se iluminó con un relámpago y no tardó en largarse a llover. Cerró la ventana porque empezaba a sentir frío. Irse ya no era una opción acertada. Sus ojos azul turquesa, empañados por las lágrimas, se posaron en el cuaderno de su hermana. Lo tomó entre sus manos, volvió a la cama y se metió debajo de las frazadas. Olían a rancio, pero al menos le darían un poco de calor. Acercó la lámpara para poder leer mejor y el cuaderno se abrió en una página al azar.

Soy Anita von Keller, un alma rebelde con cuerpo de demonio.

La enigmática frase estaba escrita casi al final, en una sola carilla, en color negro y bien remarcada. Lourdes pasó las páginas hasta llegar a las primeras. Había algunas anécdotas de la infancia de Anita relatadas en primera persona. Se emocionó cuando encontró una descripción de su abuela Agnes. Había hecho de ella un retrato en palabras, resaltando su bondad, su fuerte acento francés y la suavidad de sus manos. Así exactamente era su *grand-mère* y aquella sentida descripción le arrancó una lágrima. Continuó leyendo. Sonrió con algunos fragmentos de lo que seguramente eran los primeros intentos de Anita en escribir cuentos. Sin embargo, el texto comenzó a volverse extraño a partir de la mitad del cuaderno. Incluso la caligrafía había sufrido algunos cambios.

Me lastima y no puedo llorar. Si lo hago, se enoja mucho conmigo. Dice que no hacemos nada malo, que Dios lo permite para que el diablo ya no habite en mi cuerpo. ¡Odio mi cabello rojo! ¡Odio cuando él lo toca y lo huele porque sé lo que viene después!

Luego de aquellas palabras, había un gran espacio en blanco. Lourdes dio vuelta la página para seguir leyendo.

Mamá no entiende que me hace mal ir a la iglesia… que cada vez que me deja a solas con el monstruo, él me atrapa entre sus brazos y me acaricia donde no debe. Sus manos son grandes, aprietan y lastiman.

Lourdes cerró el cuaderno de un golpe. Aquello no podía ser verdad… Sin embargo, sabía que ese monstruo que mencionaba la pequeña Anita era el padre Joaquín Mendoza. ¡Con razón le había advertido tantas veces que se mantuviera lejos de él! Sintió que se le revolvía el estómago. ¡Pobre Anita! ¡Y ella la había tratado tan mal antes de escaparse! Se arrepentía de no dejarle al menos una nota para que no se preocupara. Tenía miedo de seguir leyendo; sin embargo, una fuerza que parecía emerger de su interior hizo que volviera a abrir el cuaderno en una página cualquiera. La fecha era bastante posterior a la del resto de los escritos. Lo que encontró a continuación, le heló la sangre.

No fue una pesadilla. El monstruo estuvo aquí mientras yo dormía. Mi cuerpo todavía tiembla. Por más que intenté borrar

lo que me hizo con agua y jabón, no logré quitarme el olor de su aliento en mi rostro ni el tacto de sus asquerosas manos sobre mi piel. No pude gritar, tampoco luchar. Me duele la garganta de tanto llorar. Tendré que contárselo a mis padres… no sé si van a creerme. El monstruo dice que soy una embustera y que nadie me escuchará. ¿Cómo se hace para vivir cuando estás muerta por dentro?

Lourdes se cubrió la boca para no gritar de rabia. El hijo de puta del cura había violado a su hermana. Trató de adivinar qué edad tendría Anita entonces. Por la fecha, dedujo que ni siquiera había cumplido todavía los quince años. Pasó a la siguiente página y lo que leyó no solo le causó rabia, sino también mucha impotencia.

La predicción del monstruo se cumplió. Mamá no me creyó ni una palabra de lo que le dije, y papá se limitó a mirarme como si lo que acababa de salir de mi boca solo fuera una broma de mal gusto. La única que confió en mi palabra es la abuela… mi adorada grand-mère me abrazó tan fuerte que pensé que ya nunca más me soltaría.

Tras un espacio en blanco de varios renglones, Anita volvió a escribir después de tres meses de lo sucedido.

No sé qué sentir. Lo único certero es que mi vida ya no volverá a ser la misma a partir de ahora. Mañana viajo a Mar del Plata con la abuela. Mis padres lo decidieron así. No quieren que nadie me vea y descubra que mi vientre está creciendo.

Lourdes dejó caer el cuaderno sobre su regazo. El corazón en su pecho ahora latía a un ritmo vertiginoso. Trató de ordenar sus pensamientos, pero las imágenes en su cabeza giraban como un carrusel. Anita estuvo embarazada… el terrible acto cometido por el padre Mendoza había dejado graves consecuencias. ¿Qué había sucedido con esa criatura? La única manera de descubrirlo era retomar la lectura, aunque hacerlo significara abrir una herida profunda en su alma. Decidió correr el riesgo. En las siguientes páginas, Anita documentaba sus días en Mar del Plata mientras transitaba su embarazo. Leyó sus textos con el corazón en un puño. Entonces llegó a la última anotación, con fecha de diciembre de 1936. Entonces la verdad que había estado sobrevolando a su alrededor desde que empezó a leer el cuaderno, se volvió dolorosamente gigantesca. Ella había nacido el 18 de diciembre de ese mismo año. Sintió que se ahogaba y necesitó pausar la lectura un instante. Aunque ya no tenía dudas de dónde se encontraba esa criatura, no sabía si estaba preparada para lo que venía a continuación. Se armó de valor y trató de no llorar. El valor sí la acompañó, pero no pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas mientras leía lo que restaba del relato de Anita.

> *Anoche, en medio de una tormenta descomunal, nació mi pequeña hija. Su llegada fue como una brisa fresca en una tarde de verano. Todo el miedo desapareció en el mismo momento en que la tuve en mis brazos por primera vez. Lourdes, mi pequeñita, tan frágil y tan llena de vida. Nunca supe lo que era la verdadera felicidad hasta que la acuné contra*

mi seno y se alimentó de mi leche. Tampoco conocí un dolor más grande que el que sentí cuando me la arrancaron de las manos, negándome para siempre el derecho de ser su madre.

Casi dieciocho años más tarde, Lourdes experimentó el mismo dolor que ella. Un frío helado se coló en sus huesos, atravesándole el alma. Cerró el cuaderno, se lo llevó al pecho y empezó a acunarlo como si fuera un bebé. Entonces se tumbó en la cama y lloró. Por ella, por Anita y por todo el tiempo que no pudieron ser madre e hija.

*

En la mansión de los Navarro Soler se respiraba un clima de angustia e incertidumbre desde la desaparición de los muchachos. Nadie dudaba de que habían escapado juntos después de que se le prohibiera a Lourdes volver a ver a Samuel.

Rosario y Anita ya estaban allí, y entre todos esperaban poder encontrarlos antes de que fuera demasiado tarde. Santiago fue el primero en proponer que dieran aviso a la policía, pero Francisco sugirió esperar un poco más. Isabela estuvo de acuerdo con su esposo desde el principio, aun a costa de que su hermano sufriera alguna consecuencia legal por haber huido con una menor. Anita también quería involucrar a las autoridades, porque su mayor miedo era que Samuel, en otro arranque de violencia, lastimara a su hija, pero se resignó a acatar la decisión de los demás. Los Navarro Soler acababan de enterarse cuál era el verdadero lazo filial que

compartían Anita y Lourdes. Aunque hubo sorpresas y muchas preguntas quedaron en el aire, nadie se atrevió a decir nada. La única que permanecía ajena a todo era Eleonora. Francisco había optado por mantenerla al margen, al menos de momento. Confiaba en que los jóvenes enamorados regresarían esa misma noche, sanos y salvos. Estaban reunidos en el salón, envueltos en un silencio tenso, mientras la espera se volvía cada vez más agobiante. La lluvia que no dejaba de caer tampoco ayudaba a calmar los nervios. Rosario abrazaba a Anita. Santiago hacía lo mismo con Isabela. Francisco, el más sereno de todos, cavilaba sentado en un rincón, con una copa de licor en la mano. Miró a su cuñada. Lloraba desconsoladamente sobre el pecho de Santiago.

—¿Le has avisado a tu madre?

La pregunta de Francisco iba dirigida a Anita.

Ella negó con la cabeza.

—Tal vez debería llamar a mi hermano —luego recordó que Lisandro había salido de juerga, y cuando eso sucedía no volvía a su casa hasta la madrugada. A veces ni siquiera llegaba a dormir. —No, no sabría dónde encontrarlo. Y mi madre… prefiero esperar a ver si tenemos noticias.

—No queremos a Schneider metido en este asunto —terció Rosario, arrugando el ceño.

Todos estuvieron de acuerdo con ella. La criada entró al salón y volvió a llenar las tazas con café. Antes de regresar a la cocina, preguntó si alguien necesitaba algo más. Era la hora de la cena; sin embargo, nadie tenía ganas de comer. El tiempo que transcurría sin novedades iba consumiendo lentamente la esperanza de que Lourdes y Samuel aparecieran pronto. La tormenta no daba tregua y

las peores imágenes cruzaban por la cabeza de Isabela. El sentimiento de culpa y el miedo no la dejaban en paz. Debía hacer algo… lo que fuera. Alzó la cabeza y con ojos llorosos miró a su esposo.

—Llamemos a la policía. Ya no puedo esperar más.

Santiago, a su vez, observó a su hermano. Francisco estuvo de acuerdo.

—Hablemos con el comisario Peralta —sugirió—. Él se ha portado muy bien con nosotros antes. Nos conoce y es el tipo de cana en el cual se puede confiar.

—Deberías llamarlo vos —le dijo Francisco a su hermano—. Si le hablo yo va a pensar que me he metido en algún lío.

Santiago no hizo ningún comentario al respecto y se acercó hasta el teléfono para marcar el número personal del comisario Martín Peralta. Tener un apellido importante otorgaba a los Navarro Soler ciertos privilegios. Logró comunicarse de inmediato con él. Era su noche de franco y estaba en su casa del barrio de Palermo. Tras una breve explicación de lo que había sucedido, Peralta accedió a intervenir. Llegó a la mansión menos de una hora después, acompañado por un agente.

—He enviado a varios oficiales a recorrer la zona —anunció a todos los que estaban reunidos en el salón. Francisco se había ausentado momentáneamente ya que había subido a la habitación para acompañar a su esposa, quien, ante el alboroto de la llegada de la policía, terminó enterándose de lo ocurrido.

—¿Cree que estarán cerca? —indagó Isabela, segura de que, a esas alturas, con tantas horas de ventaja, Samuel y Lourdes se encontrarían muy lejos.

—Debemos peinar primero las zonas aledañas —señaló el comisario, poniendo los brazos en jarra—. No hace mucho tiempo que huyeron y la lluvia los obligará a buscar refugio en algún lugar. Seguramente se han llevado algo de dinero y pasarán la noche en una pensión o en un hotel. Si es así, es muy probable que antes de que amanezca logremos dar con su paradero.

El optimismo del comisario no bastó para que Isabela se tranquilizara. Ahora que había intervenido la policía, temía las consecuencias que sufriría Samuel por haber huido con una jovencita de diecisiete años. Él ya era mayor y recibiría el castigo de la ley. Santiago adivinó el rumbo que habían tomado sus pensamientos y la abrazó.

—Todo estará bien, te lo prometo. —Miró al comisario, y por la expresión severa en su rostro supo que no dependía de él ni de sus promesas que hubiera un resultado final favorable. Solo le quedaba entonces, como abogado y como esposo de Isabela, encargarse de que la situación legal de Samuel fuera lo más justa posible.

El teléfono sonó y fue Rosario la que atendió. Le pasó el aparato a Peralta.

—Es uno de sus hombres.

—Lo escucho, oficial.

El intercambio de palabras entre los policías se dio en un breve lapso de tiempo que a los demás les pareció una eternidad. Cuando la conversación terminó, el comisario los miró a todos uno por uno.

—Isabela, señorita Von Keller —dijo, dirigiéndose a quienes eran evidentemente las más afectadas por aquella situación—. Me han comunicado que una pareja con las características de los fugados se ha hospedado en un hotel muy cerca de las Barrancas de Belgrano.

Uno de mis hombres se ha presentado en el lugar y el encargado le ha confirmado que todavía siguen allí. Están en una habitación del quinto piso…

—¡Vamos a buscarlos! —exclamó Isabela, desesperada por ver de nuevo a su hermano.

Santiago la retuvo a su lado.

—Querida, no ganamos nada con precipitarnos. Dejemos que la policía haga su trabajo.

—¿Lourdes se encuentra bien? —preguntó Anita, parándose delante del comisario.

—No sabría decirle, señorita Von Keller. El encargado ha informado que el joven que la acompañaba salió hace un par de horas y aún no ha vuelto.

Anita no podía dejar de imaginarse a su hija sola, encerrada en un lugar que no conocía. Seguramente estaba asustada, esperando que Samuel llegara de un momento a otro. Quedarse allí de brazos cruzados, dejándose agobiar por la incertidumbre, no era una opción.

—Quiero ir a buscarla. —Su voz fue contundente. Parecía que no iba a aceptar un no como respuesta.

Peralta se rascó la cabeza mientras sopesaba la posibilidad de permitirle a aquella joven que interviniera en los planes de la policía. Iba a decir algo, pero entonces Isabela decidió meterse en la conversación.

—¡Yo también quiero ir!

—¡Isabela, por favor! —La súplica de Santiago cayó en saco roto cuando ambas se unieron en pos de un mismo propósito.

Rosario ni siquiera intentó detener a Anita. Esperaba que fuese el propio Peralta quien echara por tierra las intenciones de ambas de traer a los muchachos de regreso a casa. Eso le correspondía a la policía, no a una madre y una hermana cegadas por la desesperación.

—Quizá no sea tan mala idea —comentó el comisario, mirando de reojo a su compañero. El joven agente asintió.

—Yo puedo acompañarlas.

Francisco estaba parado junto a la puerta, con las manos en los bolsillos del pantalón. Había escuchado todo y parecía muy dispuesto a colaborar.

—Buenas noches, Navarro Soler. ¿Cómo le va? —saludó Peralta, esbozando una tensa sonrisa.

Él se acercó e ignoró el gesto de desaprobación que hizo Santiago.

—Si Samuel ve aparecer a la policía, se asustará. No sabemos cómo va a reaccionar o en qué condiciones se encuentra —señaló, sin entrar en detalles sobre sus problemas de adicción—. La presencia de su hermana puede resultar beneficiosa… además el muchacho no habla muy bien español y la falta de comunicación en una situación tan arriesgada no le conviene a nadie.

Santiago tuvo que aceptar que su hermano tenía razón. La inestabilidad mental de Samuel podía generar un enfrentamiento con la policía.

—Si el comisario lo autoriza, creo que es la mejor alternativa —dijo por fin, apretando la mano de su esposa—. Si Fran va con ustedes me quedaré más tranquilo. Entre Rosario y yo cuidaremos a Eleonora y a los niños, ¿verdad, hermanita?

Rosario asintió sin dudarlo. A ella también la tranquilizaba que Anita e Isabela contaran con la protección de Francisco.

Todos estaban de acuerdo; solo faltaba el consentimiento del comisario. Tras intercambiar algunas precisiones con el agente que lo acompañaba, terminó accediendo.

—Ha tomado la decisión correcta, Peralta —manifestó Francisco, dándole las gracias con un fuerte apretón de manos.

A pesar de que la policía se mantendría al margen durante la primera parte del operativo, el comisario dejó bien en claro que él esperaría en una patrulla, a la vuelta del hotel. Después de despedirse de Rosario y de Santiago, Anita e Isabela salieron de la mansión prendidas del brazo. Las unía la misma necesidad y el mismo temor. Francisco las escoltó hasta su automóvil bajo una tenue llovizna, y cuando el Lincoln Zephyr se alejó de la mansión alumbrando la noche con sus potentes luces, Rosario, desde la ventana del salón, rogó en silencio que todo saliera bien.



REENCUENTROS

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

Samuel trató de abrir la puerta sin hacer ruido, pero todo en aquel maldito lugar chirriaba como el mismísimo demonio. Aunque la luz estaba apagada, distinguió un bulto sobre la cama. Al menos Lourdes dormía. Atravesó la habitación dando pasos cortos y medidos. No quería tropezarse con algo y despertarla. No después de haberse llevado las joyas de su hermana y regresar con las manos vacías. A tientas, se dirigió hacia la ventana y abrió un poco más el postigo. Ya no llovía. Se tocó el labio roto y el dolor lo mareó. Ahora sabía que haber salido a merodear por los alrededores en medio de la noche había sido una pésima idea. Pensaba adentrarse en los suburbios del barrio, en busca de algún bar o un local de alterne para tratar de intercambiar un poco de hierba por un collar o un par de pendientes. No conocía el barrio y terminó cruzándose con gente que, al igual que él, recorría las calles de noche para cometer algún ilícito. Como resultado de su temeraria travesía, había recibido una paliza a manos de dos sujetos muy mal hablados a los que apenas llegó a entender. No solo se llevó una buena tunda, sino que también había perdido las joyas de la hermana de Lourdes. Y para empeorarlo todo, los síntomas de la abstinencia se acentuaban con cada minuto que pasaba. Se dio media vuelta y se sentó en el piso

de madera, apoyando la espalda en la pared. Estaba exhausto, adolorido y con unas ganas tremendas de fumar un poco de hierba. Cabeceó en un par de oportunidades, pero la ansiedad que dominaba su cuerpo no le permitía dormir. Entonces la luz se encendió de repente y Lourdes, sentada en la cama, lo miró fijamente.

—¿Dónde estabas? —preguntó, enojada. Luego, al ver los magullones en su rostro, corrió hacia él y se arrodilló a su lado—. ¿Qué te hicieron?

Samuel emitió un débil quejido cuando Lourdes le tocó la mejilla inflamada.

—Me asaltaron —dijo en alemán, con tono decaído—. Salí a dar una vuelta porque este lugar me estaba asfixiando. Me encontré con tres hombres. Se pusieron a hablarme y como yo no les hice caso, porque no entendí todo lo que me decían, se me vinieron encima y comenzaron a golpearme. Tuve que ofrecerles las joyas para que me dejaran en paz. Lamento haberlas perdido…

—¿Por qué te las llevaste? —Lourdes no confiaba en la historia que acababa de contarle.

Samuel no supo qué responder. A esa hora no había ninguna casa de empeños abierta, sin contar con el hecho de que él apenas conocía Buenos Aires como para andar solo por ahí sin hablar fluidamente el español. Cualquier cosa que dijera sonaría a farsa, por eso resolvió decirle la verdad.

—Quería conseguir un poco de hierba, o algo más fuerte —le confesó, evitando su mirada.

—¿Hierba? ¿Estás hablando de marihuana?

Él asintió.

Lourdes lo soltó y dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Ese era el dichoso "problema" que había mencionado Anita. La razón de peso por la cual se suponía que ella no debía acercarse a Samuel. Sintió que la confianza que había depositado en él al aceptar su propuesta de escapar juntos se desmoronaba como un castillo de naipes. Ya ni siquiera sabía qué estaba haciendo allí, en aquel cuchitril, muriéndose de frío. Se puso en pie para apartarse de él.

—¿Te doy asco? —le preguntó al ver cómo Lourdes rechazaba su contacto.

—No debiste ocultármelo —replicó ella, mirándolo a los ojos.

—Si lo hubieras sabido, nunca te habrías acercado a mí.

—Me engañaste…

—¡No, por supuesto que no! —intentó levantarse, pero un fuerte mareo se lo impidió. Se tocó la parte trasera de la cabeza y sus dedos se mancharon de sangre—. Iba a contártelo, solo que decidí esperar. Tenía miedo de que mi hermana Isabela se enterase. Ella lo es todo para mí y no quería decepcionarla.

—Pero tu terrible secreto se vino abajo cuando… cuando Anita quiso hablar con vos. —Le costaba llamarla por su nombre ahora que sabía la verdad.

—Por eso tuve que irme. Mi cuñado sí se dio cuenta de lo que me pasaba cuando todavía estábamos en Alemania. —Se movió y soltó un gemido de dolor—. Los Navarro Soler me abrieron amablemente las puertas de su casa, pero yo nunca encajé en su mundo. Me esforcé solo por Isabela, para que ella no sufriera. Luego, cuando te conocí, creí que todo eso podía cambiar. Me gustaste desde el primer momento que te vi, Lourdes, y lo habría dejado todo por ti…

—Pero esas sustancias que usas son más importantes que yo —dijo Lourdes, terminando la frase por él.

Samuel asintió, resignado.

—Llevo años consumiendo y ya no puedo controlar mi propio cuerpo cada vez que…

—¡No quiero escucharte! —Lourdes se dio media vuelta para no tener que mirarlo. Le dolía ver que el joven de quien se había enamorado no era más que un mentiroso. Comprendió entonces que su lugar ya no estaba a su lado. Recogió la ropa que había colgado en la silla y la arrojó dentro de la valija.

—¿Qué estás haciendo? —Samuel logró incorporarse y con paso tambaleante se aproximó a ella para detenerla.

—¡Me voy! ¡Nunca debí hacerte caso! ¡Anita me lo advirtió! ¡Me equivoqué con vos, pero estoy a tiempo de enmendar mi error!

Samuel la sujetó del brazo y la tironeó hacia él.

—¡No te vayas, Lourdes! ¿Qué voy a hacer sin ti? —le suplicó, al borde de las lágrimas.

Ella trató de soltarse. Fue en vano. Los dedos de Samuel se aferraban a su muñeca con tanta vehemencia que le estaba haciendo daño.

—¡Déjame ir! —gritó Lourdes, mirándolo espantada.

—¡No puedes abandonarme!

Lourdes respiraba con dificultad. Su corazón comenzó a bombear con más intensidad y un sudor frío le recorrió la espalda. En un último intento por liberarse del agarre de Samuel, le rasguñó la mano. Él la soltó de inmediato, pero no estaba dispuesto a ceder. Antes de que ella tuviera la oportunidad de alejarse, la agarró del pelo y la tiró al piso.

—¡Lo siento! ¡No quise hacerlo! —se disculpó al ver el terror reflejado en su mirada.

Lourdes casi se ahoga con su propio llanto. Se arrastró ayudándose con los brazos hasta alcanzar la puerta. Le temblaba todo el cuerpo. Sabía que por más que consiguiera levantarse, Samuel nunca la dejaría salir de allí. A pesar de estar muy lastimado, parecía que una fuerza animal guiaba cada uno de sus movimientos. Incluso el brillo siniestro en sus ojos se asemejaba al de una bestia hambrienta. Y ella estaba a punto de ser devorada entre sus fauces.

Desmadejada en el suelo, con el vestido subido a la altura de las caderas, Lourdes se convirtió en una presa demasiado fácil. Samuel clavó la mirada en sus muslos desnudos. El deseo de poseerla por primera vez se propagó por todo su cuerpo, quemándole la sangre. Lourdes era para él en ese momento como una droga. Le urgía probarla y sentirla en su interior. Se abalanzó sobre ella con una rapidez asombrosa para no darle la oportunidad de escapar. Quiso besarla por la fuerza, pero Lourdes le dio vuelta la cara. Después de ese breve instante en el cual se quedó paralizada por culpa del miedo, pudo reaccionar por fin y trató de pedir ayuda. El grito de auxilio nunca estalló en el aire porque Samuel le cubrió la boca con la mano. Aun así, Lourdes no iba a dejar de luchar; cuando él comenzó a acariciarla por encima de la ropa, se retorció para impedir que siguiera tocándola. Cerró los ojos y las lágrimas mojaron sus mejillas. Si no ponía todo su empeño en defenderse, ella también terminaría convirtiéndose en víctima de violación. No podía causarle ese dolor a Anita… Tenía que pelear por ambas. Si no podía gritar, se valdría de otros métodos para ponerse a salvo; por eso decidió cambiar de estrategia. A pesar de que Samuel le ganaba en

fuerza física, ella contaba con la ventaja de estar más lúcida. Abrió los ojos y lo miró. Su cuerpo se quedó quieto, en una aparente rendición. Él contuvo el aliento, observándola fijamente. Cuando bajó la guardia y apartó un poco la mano de su boca con la intención de besarla, Lourdes no lo dudó y le mordió el labio lastimado. Samuel se echó hacia atrás y pegó un grito desgarrador. Ella aprovechó y con la pierna que estaba más cerca de él le asestó una patada en la entrepierna, clavándole el tacón del zapato en sus partes pudendas. Con la boca ensangrentada y los ojos llenos de furia, Samuel escupió una maldición en alemán mientras se cubría la bragueta del pantalón con ambas manos.

Entonces se oyeron unos golpes en la puerta y una voz masculina gritó sus nombres.

—¡Lourdes, Samuel! ¡Sabemos que están ahí! ¡Abran!

Al principio, ella no supo de quién se trataba. Samuel, en cambio, lo reconoció de inmediato. Se puso de pie y se alejó rumbo a la ventana.

—¡Ayuda, por favor! —chilló Lourdes, levantándose con gran dificultad. Se apoyó contra la pared para poder sostenerse en pie. Cuando intentó agarrar el picaporte de la puerta le temblaba tanto la mano que tardó unos cuantos segundos en abrirla.

Francisco fue el primero en ingresar a la habitación. Detrás de él, aparecieron Isabela y Anita.

—¡Lourdes, mi muñequita! —Anita corrió a su lado y la estrechó entre sus brazos.

Isabela quiso hacer lo mismo con su hermano, pero Samuel estaba parado junto a la ventana abierta, con una pierna colgando al otro lado del , dispuesto a cometer una locura.

—¡Samuel, no lo hagas! —le suplicó Isabela en alemán.

Él desoyó el ruego de su hermana y se movió peligrosamente, observando al vacío con temeridad.

—¡Muchacho, esa no es la solución! —Francisco le hizo una seña a Isabela de que lo dejara hablar—. Espero que entiendas lo que voy a decirte porque es muy importante.

Samuel permaneció impasible, con la mirada extraviada.

—Cuando era niño encontré el cuerpo de mi madre desangrándose en la bañera. No entendía lo que había pasado; tenía apenas diez años y quería morirme. Unos días después, mi hermana Rosario me llevó a la iglesia para hablar con el cura… entonces yo me subí al campanario y traté de saltar desde la ventana. En mi inocencia, pensaba que si moría pronto podría reencontrarme con mi mamá. —Guardó silencio un instante y miró de reojo a su alrededor. Isabela estaba parada detrás de él, con las manos entrelazadas sobre el pecho. En un rincón, Anita abrazaba a Lourdes, tapándole el rostro para que no viera nada en caso de que Samuel decidiera arrojarse al vacío. Se aclaró la garganta y suspiró—. Estaba dispuesto a saltar porque ya no soportaba ver a mi madre muerta. Se me aparecía en sueños o cada vez que cerraba los ojos. Ese día, Rosario me salvó. Me dijo que ella y mi familia me necesitaban. Entonces comprendí que no tenía derecho a causarles más dolor. Pensá en Isabela y en todo lo que ha sufrido al creer que estabas muerto. Si ahora vuelve a perderte, ¿cómo hará para seguir viviendo? A mí, el amor de mi hermana me rescató del dolor…

—Yo no tengo salvación —musitó Samuel entre sollozos—. Debí morir el día que llegué a Auschwitz. Isabela va a estar mejor sin mí… no soy más que un pobre adicto.

—¡Eres mi hermano, lo único que me queda! —replicó ella, aproximándose a la ventana con paso vacilante—. No voy a dejar que te vayas, Samuel… no ahora que te encontré.

Él no se atrevía a mirarla.

—Soy un ser despreciable, Isabela. Un pobre diablo que vive esclavo de sus adicciones… ¡Estuve a punto de hacerle algo terrible a Lourdes! —gritó, agarrándose la cabeza con las manos.

A Anita se le heló la sangre al oír aquellas palabras. Y Lourdes, acurrucada contra su pecho, empezó a llorar de nuevo.

—¡Déjame ayudarte, Samuel! ¡Juntos lograremos salir adelante, te lo prometo! —Isabela extendió el brazo y le rozó el hombro. No hubo rechazo, tampoco una reacción violenta; entonces dio un paso más hasta que quedó a tan solo unos pocos centímetros de distancia.

—No… ya no hay nada que puedas hacer por mí. —Samuel atinó a levantar la pierna que colgaba todavía del lado de adentro, pero Isabela fue más rápida y se tiró encima de él, poniendo su propia vida en riesgo.

—¡No! —gritó ella, aferrándose al cuerpo de su hermano con desesperación—. ¡Si caes, caeré contigo!

Samuel vaciló un segundo y Francisco entonces se abalanzó sobre ambos, sin pensar en las consecuencias. De un fuerte tirón, logró apartarlos de la ventana.

Fue un momento de extrema tensión. Parecía que el mundo afuera de aquel cuartucho maloliente seguía girando mientras ellos, allí, como en la escena de una mala película, quedaban suspendidos en el aire, paralizados por el horror. Samuel se hizo un ovillo en un rincón. Lloraba como un chiquillo y se lanzó a los brazos de Isabela, pidiéndole perdón a gritos. En el otro extremo de la habitación, Anita

consolaba a Lourdes en medio de una crisis de nervios. Francisco, aunque demostraba ser el más sereno de todos, estaba conmocionado. Lo que acababa de suceder lo había arrastrado irremediablemente a un episodio de su vida que creyó enterrado para siempre en la bruma de los recuerdos. Cuando vio a Samuel encaramado en la ventana, dispuesto a arrojarse al vacío, se vio a sí mismo, con diez años, deseando morir. Inspiró hondo y soltó el aire con fuerza. Todo eso había quedado atrás, ahora tenía una esposa y un hijo en camino por quienes vivir. Sabía que Samuel también saldría adelante. El amor de Isabela sería su salvación.

—Iré a buscar a Peralta —anunció con la voz estrangulada por la angustia.

Isabela asintió, resignada. Luego, tomó el rostro de Samuel entre sus manos y lo miró a los ojos. Le habló en alemán.

—Samuel, no voy a dejarte solo. Soy tu hermana mayor y cuidaré de ti hasta el último día de mi vida. —Hizo una pausa para respirar hondo y contener el llanto que se había acumulado en su garganta. Tenía que ser fuerte por él—. Necesitas ayuda y en este momento yo no sé cómo ayudarte. Solo puedo estar a tu lado, apoyándote y queriéndote mucho. Lo entiendes, ¿verdad?

Él movió la cabeza y de sus labios ensangrentados brotó un tímido "sí".

Unos minutos más tarde, cuando Francisco regresó acompañado del comisario Peralta y un par de agentes, Isabela le dio un último abrazo a su hermano antes de que se lo llevaran. Por consideración hacia ella, decidieron no esposarlo. Al pasar junto a Lourdes, fuertemente custodiado por los policías, Samuel se detuvo un instante. No se animó a mirarla, le habló agachando la cabeza.

—Lo siento mucho. Espero que algún día puedas perdonarme.

Ella sí lo miró. En sus ojos llorosos no había resentimiento, solo miedo y un atisbo de compasión.

Isabela y Francisco salieron detrás de la policía. Anita acarició el rostro de Lourdes, secándole las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Estás bien, muñequita?

La muchacha no respondió.

Su silencio no hizo más que aumentar la inquietud de Anita. Lourdes estaba blanca como un papel. Le indicó que se sentara. La cama chirrió cuando se desplomaron sobre el colchón.

—No te quedes callada, por favor —le suplicó, haciendo un gran esfuerzo para no caer en la desesperación. No podía borrar de su mente la escena que vio al entrar en aquel lugar. El grito de ayuda de Lourdes mientras intentaba quitarse de encima a Samuel se le había quedado grabado en el alma. Le aterraba preguntar, pero tenía que arrancarse esa duda terrible que le consumía las entrañas—. ¿Acaso… acaso te lastimó?

Lourdes negó con la cabeza y Anita soltó un gran suspiro de alivio. Le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y, como pudo, trató de sonreír para darle ánimos.

—Olvidaremos todo esto, te lo prometo —le aseguró antes de darle un beso en la mejilla. Cuando se apartó de ella y la miró, notó la extraña expresión en su rostro y volvió a asustarse—. Hay algo que no me estás contando, muñequita, lo sé.

Entonces Lourdes le dio la espalda y se estiró para recoger algo de la mesita de noche. Puso el cuaderno de tapas azules sobre su regazo y lo acarició con dedos temblorosos.

Anita se quedó helada. Sintió que el mundo se le venía abajo.

—Mi… mi diario —musitó, con voz estrangulada.

—Lo encontré en tu *secreter* mientras buscaba un poco de dinero para escapar con Samuel. No sé por qué me lo llevé; quizá fue solo por curiosidad. Siempre quise leer lo que escribías en él.

Anita apretó el relicario que colgaba de su cuello. Era el mismo que usaba la noche en la cual había dado a luz. Agradeció estar sentada, ya que sus piernas no dejaban de temblar. Quiso decir algo; sin embargo, las palabras se negaban a salir de su garganta.

Lourdes entonces la miró y su corazón dio un salto en el pecho. Ella había leído sus escritos. Finalmente lo sabía todo. El día que tanto había temido y soñado había llegado de la manera más inesperada y en el lugar menos apropiado de todos.

—Mi niña… no era así como imaginé el momento en el cual te revelaría la verdad —le confesó, entre hondos suspiros lastimeros—. Siempre tuve mucho miedo de que ya no me quisieras igual al saber que eras mi hija. Incluso pensé que llegarías a odiarme por culpa de tantos años de mentiras. Vivimos una farsa durante demasiado tiempo y no sé si podrás perdonarnos…

Lourdes le acarició la mano temblorosa y a pesar de las lágrimas que bañaban su rostro, esbozó una sonrisa comprensiva.

—El amor que me brindaste nunca fue de mentira, Anita. Nadie me mimó más que vos, ni siquiera mi… ni siquiera Ernestina, y ahora sé por qué.

—Mamá y papá obraron mal, pero yo también soy culpable. Dejé que tomaran por mí la decisión más importante de mi vida. —Se cubrió la cara con las manos y lloró desconsoladamente—. ¡No debí renunciar a vos y conformarme con cumplir solo el rol de tu hermana mayor!

—¡Eras una niña todavía, y ese hijo de puta te había violado! ¡Abusó de vos desde pequeña! ¿Qué culpa podrías tener?

Anita entonces la miró, con los ojos enrojecidos de tanto llorar. El dolor que laceraba su alma se había desbocado en su interior, despertando los peores fantasmas del pasado.

—Ese monstruo me hizo creer que yo era la causante de todo. ¡Tenía siete años cuando me acusó de que el diablo había poseído mi cuerpo para incitarlo a pecar! ¡No entendía muchas de las cosas que me decía, pero me sentía tan sucia! ¡Un día incluso agarré unas tijeras y me corté el cabello, porque a él le gustaba acariciarlo…!

—¡Basta, ya no te tortures más! —le rogó Lourdes incapaz de seguir escuchándola. Le bastaba todo lo que había leído en su diario para conocer la pesadilla que había vivido Anita durante tantos años —. Todo eso ya terminó. El monstruo debe estar pudriéndose en el infierno, el sitio que siempre se mereció. Él fue el único culpable… vos y yo no fuimos más que víctimas de su perversidad.

Anita asintió, gratamente sorprendida por las palabras de su hija. Tenía apenas diecisiete años, se había enterado de que su hermana mayor era en realidad su madre y acababa de atravesar una experiencia terrible; aun así, poseía una madurez admirable.

—Estoy muy orgullosa de vos, muñequita. —Acercó sus manos al rostro de Lourdes, vacilante, temerosa de que ella rechazara sus caricias. Cuando le rozó la mejilla con los dedos y vio que se le llenaban los ojos de lágrimas, se las enjugó con devoción. —¿Podrás perdonarme por tantos años de silencio?

—No hay nada que perdonar… mamá —dijo apretando la mano de Anita entre las suyas.

Anita sintió que le estallaba el corazón de felicidad.

—¡Me has llamado mamá! —Se reía y lloraba, incapaz de controlar la emoción que brotaba por cada poro de su piel. Quería abrazar a su hija, pero al mismo tiempo solo deseaba contemplar sus bellos ojos, que la miraban con una ternura que jamás imaginó.

—No será sencillo acostumbrarme, pero ya no puedo decirte Anita nunca más. Hacerlo sería quedarme estancada en el pasado, negando el lazo que nos ha unido siempre. Tenemos toda una vida por delante para recuperar el tiempo perdido y aprender a ser madre e hija.

—Mi adorable muñequita, siempre tan sensata. —Anita la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la frente.

—¡No siempre! —respondió Lourdes, en tono de broma.

Anita sonrió mientras le daba la razón.

La puerta de la habitación se abrió de repente y Francisco se asomó con cautela. Al verlas abrazadas, guardó silencio. Fue Lourdes quien se dio cuenta de su llegada y le hizo señas a Anita de que ya no estaban solas.

—¿Podemos irnos? Isabela nos espera en el auto.

Ambas asintieron.

—Nos vamos a casa —respondió Anita, apretando la mano de su hija.

—A nuestra casa, mamá —la corrigió Lourdes, regalándole una sonrisa.

Francisco se hizo a un lado para dejarlas pasar y cerró la puerta tras de sí.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, al día siguiente…

Esa mañana, Anita decidió consentir a Lourdes desde muy temprano, preparándole su desayuno favorito: café con leche acompañado de tostadas con manteca y miel. La noche anterior, después de que Francisco las dejara en casa, no habían querido cenar. Tenían el estómago cerrado debido a la tensión y solo necesitaban descansar. Anita había llamado por teléfono a Rosario para contarle que ya era oficialmente la madre de Lourdes, y que ya nadie podría jamás quitarle el derecho que siempre le había pertenecido solo a ella. Emocionada, le dijo que cuando su hija la llamó "mamá" por primera vez sintió que su corazón se llenaba de una tibieza indescriptible. Rosario entonces lloró con ella desde el otro de la línea, y antes de colgar Anita le había susurrado lo mucho que la amaba. Cuando se dio media vuelta, descubrió a Lourdes, mirándola con una expresión indescifrable en su rostro. Sonrió al recordar la escena mientras untaba una tostada con manteca y miel.

Anita no sabía si su hija la había escuchado, pero no iba a arriesgarse a que otro secreto más se interpusiera entre ambas.

—Tenemos que hablar. —La invitó a sentarse en el sillón y Lourdes obedeció.

—Te he oído —reveló ella, cruzándose de brazos.

—Lourdes… yo no… —¡Dios, ni siquiera sabía cómo decírselo!

La joven entonces suspiró y esbozó una sonrisa indulgente.

—No necesito que me des una explicación, mamá. Hace tiempo que lo sospechaba. Cuando me hablabas de París con tanta pasión, me imaginé que allí habías conocido a alguien especial. Luego, cada

vez que mencionabas a Rosario, te brillaban los ojos. Puedo ser bastante inexperta en asuntos amorosos, la prueba está en que me fijé en el muchacho equivocado —reconoció, muy a su pesar—; sin embargo, soy capaz de darme cuenta cuando una mujer está enamorada… y vos reunís todos los síntomas.

Anita se sonrojó y sacudió la cabeza. Su hija no dejaba de sorprenderla.

—¿Te incomoda que sea mujer?

—No; sin embargo, habrá personas que nunca lo entenderán. La abuela es una de ellas —dijo, refiriéndose a Ernestina—. Lisandro, en cambio, no me preocupa. Él es de mente abierta y, al igual que yo, solo le importa tu felicidad.

—De mamá me encargo yo —afirmó Anita, mientras le arreglaba a Lourdes el cuello torcido de la blusa—. En cuanto al resto de la gente, es algo que no podemos controlar. Rosario y yo nos hemos acostumbrado a vivir lo nuestro entre las sombras. No es lo ideal, lo sé… pero al menos podemos estar juntas.

—Me gustaría conocerla un poco más. Hemos coincidido algunas veces en la mansión de su familia y siempre me pareció una mujer muy interesante. Vi algunos de sus cuadros y tiene mucho talento.

—Ella también quiere pasar tiempo con vos. ¿Te parece bien que la invite a cenar mañana por la noche? Si es demasiado pronto, no hay problema.

—¡Creo que es una idea estupenda!

—¡Buenos días! —Lourdes apareció en la cocina, arrastrando los pies en sus viejas pantuflas y envuelta en su bata de seda. Estaba

despeinada y cuando se acercó a su madre para darle un beso, emitió antes un sonoro bostezo.

—¡Buenos días, remolona! —Anita le dio un suave chirlo en el trasero y le sirvió el café con leche—. ¿Dormiste bien?

Lourdes asintió mientras le daba un mordisco a la tostada con mucha manteca y un chorrito de miel, justo como a ella le gustaba. Sentirse consentida desde tan temprano era maravilloso.

—Como un angelito, mamá —respondió, sonriéndole.

Anita bebió un poco de café y la miró. La noche anterior habían estado despiertas hasta muy tarde, tumbadas en la cama, charlando sobre un sinfín de temas. Lo habían hecho muchas veces antes, pero ahora todo entre ellas era diferente y aunque algunas cosas no iban a cambiar, debían habituarse a su nueva situación. No lo habían hablado abiertamente, pero Anita estaba dispuesta a reconocerla como hija de manera legal. Quería que todo el mundo supiera que Lourdes era carne de su carne y que se sentía plenamente orgullosa de ser su madre. Poco le importaba que Ernestina se negara o tratara de impedírselo. Esta vez, no le permitiría entrometerse.

Oyeron ruidos en la puerta de calle.

—Debe ser el cartero —comentó Lourdes, mirando la hora.

Anita se acercó al vestíbulo y comprobó que su hija estaba en lo cierto. Había un sobre dirigido a ella en el suelo. Lo recogió y lo abrió. En su interior, se encontraba el título de propiedad de El Anticuario Alemán con la firma de su madre. Iba acompañado por otro papel en donde se estipulaba que la tienda de antigüedades quedaba en poder de su esposo, el señor Teodoro Schneider. Era un documento avalado por un escribano. Anita profirió una maldición. ¿Cómo era posible que su madre le hubiera cedido a ese hombre

una parte tan importante del patrimonio familiar de los Von Keller? ¡Después de haberla empujado a aceptar la propuesta de matrimonio de Agustín Mendizábal para recuperar la tienda, ahora se desprendía de ella como si nada! Segura de que aquellos papeles no eran más que una copia del documento original, los rompió en pedazos. Iba a hacer lo mismo con el sobre, pero entonces descubrió que había otro sobre más pequeño en su interior. Pensó que se encontraría con una nota de su madre; en cambio, lo que halló, la dejó estupefacta.

Teodoro Schneider no solo había manipulado a su madre para que le cediera la titularidad de El Anticuario Alemán. El bastardo había sacado una póliza de vida a nombre de su esposa y ella se lo había enviado oculto entre los demás documentos para pedirle ayuda. Estrujó el papel entre sus manos y lo arrojó al suelo, furiosa y asustada. Debía hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

LA NAVIDAD DE LOS NAVARRO SOLER

Barrio de Flores, Buenos Aires, 1954

Apenas Rosario ingresó a la parroquia Santa Clara, el bullicio de la ciudad desapareció para dar lugar a un silencio casi sepulcral. Avanzó por el pasillo central con el sigilo que le permitían sus zapatos de tacón bajo y se detuvo a pocos metros del altar de mármol en donde se podía leer la siguiente inscripción: *Ave María gratia plena ora pro nobis.*

Miró hacia atrás por encima de su hombro y descubrió a un jovencito arrodillado entre dos bancos de la nave izquierda. Tenía la cabeza gacha en una actitud contrita y sus manos entrelazadas sostenían un rosario con cuentas de madera. La imagen del muchacho le recordó a su hermano Pedro, quien solía pasar las tardes rezando en aquella misma iglesia cuando era apenas un adolescente. Se ubicó a una corta distancia y no pudo evitar observarlo. Era delgado y llevaba el cabello oscuro muy corto, peinado hacia atrás con prolijidad. Vestía una sencilla camisa blanca y pantalones grises. Lo vio llevarse las manos a la frente para luego hacer la señal de la cruz. Cuando se sentó, irguiendo la espalda, llamó su atención el aspecto desgarbado del muchacho. Hasta en eso se parecía a su hermano pequeño.

Una puerta al costado del altar se abrió y apareció el sacerdote que desde hacía pocos meses oficiaba misa en Santa Clara, después de la súbita muerte del padre Joaquín Mendoza. Se acercó al muchacho y lo saludó. Escuchó que lo llamaba "Jorge" y le preguntaba por su familia. Tras un breve intercambio de palabras, lo dejó continuar con sus oraciones. Rosario entonces llamó la atención del cura, con un gesto de la mano.

—¿Padre Eusebio?

El viejo sacerdote se aproximó a ella con una sonrisa afable en el rostro.

—Buenos días, hija. —Sus pequeños ojos la observaron atentamente a través del cristal de sus lentes de botella. Llevaba poco tiempo en aquella parroquia y estaba seguro que no la conocía —. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me llamo Rosario, padre. Me gustaría confesarme. ¿He venido en mal momento?

El padre Eusebio tenía un horario para impartir el sacramento de la confesión; sin embargo, si alguien se necesitaba que Dios lo escuchara, podía hacer una excepción.

—Por supuesto que no, Rosario. Iré a prepararme. ¿Por qué no me esperas mientras tanto en el confesionario?

Ella asintió y se alejó rumbo a uno de los pasillos laterales para entrar en el estrecho cubículo de madera. La oscuridad y la sensación de encierro le resultaron inquietantes. Hacía mucho tiempo que no pisaba una iglesia. Ni siquiera sabía si estaba haciendo lo correcto. Cuando el sacerdote se sentó frente a ella y vislumbró la silueta de su rostro al otro lado de la rejilla, comprendió que ya no había vuelta atrás.

—Ave María Purísima —proclamó el padre Eusebio con voz ronca.

—Sin pecado concebida.

—Te escucho, hija mía.

Rosario hizo una prolongada pausa antes de comenzar. Al escuchar el carraspeo impaciente del cura, decidió por fin hablar.

—He cometido muchos pecados en mi vida, padre. Y de algunos de ellos no me arrepiento. Sé que Dios o la Iglesia jamás aprobarían lo que hice; pero no me importa. Soy feliz porque elegí amar a mi manera y soy amada con la misma intensidad.

—El amor al prójimo es una gran virtud, hija —dijo el sacerdote un poco desconcertado tras oír sus palabras.

—Estoy segura que no diría lo mismo si le contara mi historia, padre —repuso ella en un tono bastante sarcástico—. De todos modos, no he venido a ventilar mi intimidad con usted ni con Dios.

El padre Eusebio ignoró su comentario fuera de lugar y la conminó a continuar cuando ella volvió a quedarse callada.

—Lo que quiero confesar hoy es que cometí una serie de acciones que seguramente harán que un hombre pase el resto de sus días en la cárcel. No se trata de una buena persona, padre, sino de un ser perverso que ha lastimado a mucha gente… incluso a mí.

—Has buscado venganza.

—No, padre, hice justicia.

El sacerdote soltó un suspiro de resignación.

—Te escucho, hija.

—Hace dos semanas la esposa de este hombre que le mencioné le envió a su hija un par de documentos que nos hicieron pensar que su vida corría peligro. Llevaban casados menos de un mes y ya había conseguido apropiarse de parte de su patrimonio.

—El marido tiene derechos sobre los bienes de su mujer —señaló el padre Eusebio, tajante.

—¿Y la póliza de vida que puso a su nombre? Si su esposa muere, el seguro le pagará una cifra millonaria. Creo que es una razón muy poderosa para sospechar lo peor.

—Es una acusación muy seria, hija.

—Ya lo ha hecho antes, padre… y logró salirse con la suya.

El sacerdote se quedó mudo.

—Sé de muy buena fuente que envenenó a su primera mujer mientras ella estaba convaleciente por una insuficiencia cardíaca. Ignoro si en esa ocasión hubo un seguro de vida en juego, pero una de las enfermeras que trabajaba para él me contó su extraño comportamiento el día que su esposa murió. La mató para castigarla a ella y a mí… porque nos amábamos.

El padre Eusebio emitió una tenue exclamación. Luego, volvió a guardar silencio.

—Cuando se enteró lo que había entre nosotras, urdió un plan para separarnos. Primero envió a dos malvivientes a violarme y después mantuvo cautiva a su esposa para alejarla de mí. Ella consiguió escaparse en una única ocasión para encontrarse conmigo… esa fue la última vez que estuvimos juntas antes de su muerte. —Interrumpió su relato un instante para aclarar su garganta. Se había jurado que no iba a llorar—. Por eso sé de lo que es capaz ese hombre. No podía permitir que volviera a lastimar a nadie más…

—¿Qué fue lo que hiciste entonces? —preguntó el cura, removiéndose inquieto en su banqueta de madera.

—Tenderle una trampa, porque es la única manera de acabar con alguien como él.

Rosario entonces le contó sobre el plan que Anita y ella habían elaborado meticulosamente para llevar a Teodoro Schneider ante la justicia.

Lo primero que hicieron fue hablar con Guillermina, la enfermera que había trabajado para él durante la convalecencia de Débora. No fue sencillo, pero entre ambas lograron convencerla de que declarara todo lo que sabía a la policía. Rosario le ofreció una suma importante de dinero para que se alejara de Buenos Aires junto con su familia después de dar su testimonio. Guillermina, al enterarse de que Schneider tenía en la mira a una nueva víctima, decidió colaborar. Buscaron al comisario Peralta, pero él de inmediato les explicó que no podían hacer nada sin pruebas. Una acusación basada en indicios no bastaba para meter a nadie tras las rejas. Entonces tuvieron que pasar a la segunda parte del plan y fue el turno de Anita de entrar en acción. Durante una visita a su madre, donde comprobó horrorizada que tenía nuevos moretones en el cuerpo, se metió en el despacho de Schneider mientras Ernestina entretenía a su esposo en el jardín. No solo se llevó la póliza de seguro original y el título de propiedad de El Anticuario Alemán a nombre de Teodoro; también dejó algo bien escondido en el fondo de uno de sus cajones del escritorio.

Al día siguiente, Rosario y Anita volvieron a la comisaría para hablar con Peralta. No fueron solas. Ernestina las acompañaba. Presentaron los documentos que señalaban que Teodoro Schneider tenía dos razones de peso para deshacerse de su esposa. Cuando ella mostró su cuerpo surcado por cardenales y declaró que

sospechaba que su marido estaba tratando de envenenarla, el comisario no pudo ignorar la gravedad de los hechos. Se comunicó con el juez de turno y, tras exponerle la situación, consiguió una orden para allanar la casa de Teodoro Schneider en Barrio Norte. Si encontraban algo allí que sustentara las acusaciones de intento de homicidio, podrían detenerlo.

Esa misma tarde, uno de los agentes que revisaba el despacho hizo un hallazgo sorprendente: un frasquito marrón de vidrio con un líquido sospechoso en su interior. En el laboratorio forense descubrieron que se trataba de un poderoso veneno de origen vegetal que, suministrado en pequeñas cantidades, durante un prolongado espacio de tiempo, podía causar daños irreparables en el cuerpo humano. Si en cambio se lo proporcionaba en una sola toma, la muerte era casi inmediata. Aunque el frasco no tenía huellas de Schneider, estaba en su poder y era evidencia suficiente para ordenar su arresto.

—Ese hombre está donde se merece, padre. No me arrepiento de nada de lo que hice para enviarlo a la cárcel. —Aunque lo habían encerrado de manera preventiva hasta que se realizara el juicio, las pruebas y los testimonios en contra de Teodoro aseguraban que recibiría una condena ejemplar.

—El arrepentimiento es el único camino para obtener el perdón, hija —dijo el sacerdote en tono condescendiente—. Si no hay un acto de contrición sincero, el sacramento de la confesión no sirve de nada.

—Entonces me iré sin el perdón de Dios, padre —replicó Rosario sonriendo con ironía.

—Hija, no seas soberbia. Nuestro Señor todo lo ve y todo lo sabe…

—No todo, lamentablemente, padre. ¿Dónde estaba Dios mientras uno de sus fieles servidores abusaba durante años de una niña pequeña, aprovechándose de la confianza de su familia? ¿Qué hizo su Dios la noche que ese diablo vestido con sotana se metió en su habitación y la violó cuando tenía apenas catorce años?

El padre Eusebio se santiguó tres veces y besó el crucifijo que colgaba de su cuello al oír aquellas terribles acusaciones.

—Si no te arrepientes de tus pecados, no podré darte la absolución, hija.

Rosario chasqueó la lengua.

—No la necesito, padre. Saber que el mundo se libró de dos hijos de puta como Teodoro Schneider y Joaquín Mendoza es lo único que le da paz a mi alma.

El cura no se sorprendió al oír el nombre de su predecesor. Antes de llegar a convertirse en el párroco de Santa Clara habían circulado rumores muy poco afortunados sobre el comportamiento del padre Mendoza en sus primeros años de sacerdocio. Iba a decir algo, pero entonces se dio cuenta que ya no había nadie al otro lado del confesionario.

Rosario atravesó la nave central de la iglesia convencida de que lo que acababa de revelar al padre Eusebio jamás saldría a la luz. Ni siquiera el sórdido pasado del monstruo que había arruinado la vida de Anita. El joven que había visto al llegar, y que tanto le recordó a Pedro, continuaba en su sitio, rezando. Al pasar a su lado, lo saludó con un movimiento de cabeza. Él se volteó un segundo para sonreírle.

Rosario no podía imaginar en ese momento que aquel devoto feligrés, de nombre Jorge, se convertiría casi sesenta años después en Francisco, el primer papa argentino.

*

Barrio de Belgrano, Buenos Aires, 1954

Era la primera vez en mucho tiempo que la familia Navarro Soler al completo se reunía para celebrar la Navidad, y habían decidido tirar la casa por la ventana. Hacía poco más de un mes que Eleonora, tras someterse a una cesárea, había dado a luz a Irene, una robusta niña de cabello negro y enormes ojos azules, que se convirtió rápidamente en la consentida de todos. Francisco estaba perdidamente enamorado de su hija y la cuidaba con una devoción admirable. Para mayor comodidad y para estar cerca de la familia habían abandonado su departamento en el barrio de Balvanera para instalarse definitivamente en la mansión de Belgrano. Dos días antes de celebrar la Nochebuena, los Navarro Soler se llevaron una gran sorpresa cuando Pedro apareció sin avisar, acompañado de su esposa Amelia y de Manuela, su pequeña hija de apenas dos meses de vida. Su llegada a Buenos Aires causó un gran revuelo, y los más contentos fueron Santiaguito y Samuel. Los hermanos estaban encantados de tener a dos niñas tan chiquitas a su alrededor. Se peleaban para ver quién ayudaba a la nana a cuidarlas y pasaban horas jugando junto a sus cunas, atentos a cualquier movimiento. Se comportaban como los primos mayores más responsables del mundo

y todos concordaban en que las pequeñas Irene y Manuela no podían estar en mejores manos.

Esa tarde, las mujeres se encontraban metidas en la cocina, preparando la cena de Nochebuena. Desde que vivía en Argentina, Isabela se había acostumbrado a celebrar la Navidad y era una de sus festividades cristianas favoritas. Había elegido ella misma el menú, y aunque se encargaba hasta del más mínimo detalle para que todo saliera a pedir de boca, ese año contaba con la ayuda de varias manos. A Rosario y Anita, que jugaban de local, les asignó la elaboración de uno de los platos principales: bifes de lomo a la holandesa. Mientras que Eleonora y Amelia, en el bando de las extranjeras, se encargarían del postre principal: un arrollado Caruso bañado con marrón glacé.

Los Von Keller habían sido invitados a celebrar con ellos, pero llegarían recién a la mansión poco antes de la cena. Nina, Jedrek y el pequeño Tomás, ahijado de Isabela y Francisco, no serían de la partida ya que habían viajado a Rosario para pasar las fiestas con la madre de la actriz.

—¿Nerviosa? —le preguntó Rosario a su cuñada Isabela.

Ella dejó un momento lo que estaba haciendo y se secó el sudor de la frente con un pañuelo. Era una noche calurosa y húmeda. Los tres hermanos Navarro Soler habían improvisado una gran mesa en el patio con tablones y caballetes, y esperaban que la lluvia no arruinara la cena al aire libre.

—Me prometió que vendría —dijo Isabela, mirando hacia la puerta con una sonrisa melancólica en los labios.

—¿Estás segura de que le daban permiso para salir? —indagó Eleonora, preocupada.

Isabela asintió.

—Samuel ha respondido muy bien al tratamiento. El doctor dijo que después de un aislamiento de casi dos meses, es recomendable que comience a rodearse de sus afectos. Cuando lo visité la semana pasada me encontré con un muchacho distinto. ¡Incluso ganó unos cuantos kilos, que lo favorecen un montón! Igual no vendrá solo, lo acompañará alguien de la casa de reposo.

Anita entonces pensó en Lourdes y en cuál sería su reacción al reencontrarse con Samuel después de lo sucedido. Ella ya le había advertido que era probable que el hermano de Isabela estuviera presente esa noche; pero su hija le dijo que por nada del mundo iba a perderse la cena de Nochebuena en la mansión de los Navarro Soler.

Amelia batía unas claras a punto de nieve con vehemencia y no parecía cansarse. A su lado, Eleonora rallaba unas cascaritas de naranja que luego caramelizaría para decorar el postre. Ambas habían hecho buenas migas enseguida. No se debía al hecho de que estaban casadas con Pedro y Francisco, o de que hubieran dado a luz a sus hijas con solo cuatro días de diferencia, seguramente esa afinidad que sintieron desde el instante en el cual se conocieron era porque ambas compartían raíces mediterráneas. Podían pasarse horas hablando de su tierra. Eleonora evocando a su añorado Sorrento, y Amelia alardeando de Madrid o del pequeño pueblo de Haro, donde se había afincado tras la boda con Pedro. Rosario se asomó por la ventana y vio que sus hermanos ya habían terminado de armar la mesa. El cielo estaba estrellado y soplaba una brisa fresca que, con suerte, mantendría a raya cualquier amenaza de tormenta.

—¿Dónde se han metido? —Isabela se sorprendió al ver el patio vacío. Santiaguito entró en ese momento a la cocina para picar algo y cuando le preguntó si había visto a su padre, el niño le dijo que estaba en el salón con sus tíos.

Rosario aprovechó el alboroto de sus cuñadas, que discutían por una receta que habían visto en televisión, para llevarse a Anita un momento afuera. Una vez en el porche, la besó con ansiedad. La pelirroja respondió acariciándole el trasero por encima del vestido.

—¡Ya no aguantaba más tenerte tan cerca sin poder tocarte! —le susurró Rosario al oído mientras le rozaba los labios recién besados con la punta de los dedos—. ¡Adoro a mi familia, pero a veces me sacan de quicio!

La pelirroja sonrió, divertida.

—¡Es que los Navarro Soler son demasiado para cualquiera! —bromeó. Rosario suspiró y Anita deseó haberse mordido la lengua—. Lo siento, no me di cuenta…

Haciendo un gesto con la mano, para restarle importancia a lo que acababa de decir la joven, respondió:

—Soy una Navarro Soler y eso no va a cambiar nunca —afirmó, orgullosa de sentirse parte de una familia que, a pesar de las tragedias, se mantuvo siempre unida.

Pensaban que estaban solas, pero al darse media vuelta casi les da un patatús. Francisco, Santiago y Pedro las observaban desde el jardín. Los sonreían, divertidos.

—¿Qué hacen ahí parados? —Rosario puso los brazos en jarra, en una actitud provocadora.

—¿Desde cuándo nos espiaban? —preguntó Anita, con las mejillas coloradas.

—¡Hemos visto más que suficiente! —respondió Fran jocoso, guiñándole un ojo a sus hermanos.

Rosario también se sonrojó ante su descarada respuesta.

Ellos se acercaron de prisa y antes de que cualquiera de las dos pudiera reaccionar, se vieron rodeadas por los tres varones de la familia Navarro Soler. Pedro fue el primero en abrazarlas. Luego se sumó Santiago, y por último, dando un salto de alegría, llegó Francisco. Entre los cinco formaron un gran nudo de brazos y manos entrelazadas.

Cuando por fin las soltaron, Rosario y Anita quedaron en el centro, espalda con espalda.

—¡Te dije que mi familia podía sacarte de quicio!

Anita soltó una carcajada y buscó a tientas las manos de Rosario.

—¡Me encanta la locura de tu familia! —respondió justo antes de que los hermanos volvieran a rodearlas con sus brazos.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, los Navarro Soler celebraron la llegada de la Navidad rodeados de todos sus afectos. La presencia de las Von Keller y de Samuel, quien había sorprendido gratamente a todos con su cambio, especialmente a Lourdes, no incomodó a nadie. Pedro y Amelia habían decidido posponer su regreso a España y quedarse un mes más en Buenos Aires. Francisco y Eleonora querían que el bautizo de Irene se celebrara antes de la partida de Pedro, ya que él había sido elegido para apadrinar a la pequeña Irene, junto con Rosario. Por su parte, Santiago e Isabela, visiblemente emocionados, anunciaron la llegada de su tercer hijo. Pasada la medianoche, después del brindis y de unas cuantas copas de más, Anita y Rosario lograron escabullirse de los demás para buscar un poco de intimidad. Ellas también tenían

una gran noticia para compartir con sus familias, pero habían decidido esperar.

Mientras los fuegos artificiales iluminaban el cielo y las risas estallaban en el aire, Rosario y Anita se besaban apasionadamente en un rincón apartado, ajenas al mundo y borrachas de amor.



POR SIEMPRE PARÍS

Barrio Latino, París, 1956

El invierno había llegado a Francia y su capital estaba teñida de blanco. Desde la ventana del departamento, Anita miraba caer los copos de nieve completamente embelesada. En sus manos sostenía una taza de chocolate caliente. Tembló de frío y se arrebujó debajo de la manta. Rosario estaba encerrada en su estudio, pintando. La habían invitado a exponer sus obras en una muestra itinerante que comenzaba su recorrido nada más y nada menos que en el Museo del Louvre. Por supuesto el evento la tenía muy nerviosa, y pasaba muchas horas al día trabajando. La joven no se quejaba en lo absoluto, porque mientras Rosario se dedicaba a sus cuadros ella intentaba escribir su primera novela.

Sonrió al verla aparecer en el salón. Iba envuelta en un gran cárdigan color arena que apenas le cubría los muslos. Sabía que no llevaba nada debajo. Le hizo un hueco en el canapé para que se tumbara a su lado. Rosario se acomodó entre sus piernas y se dejó seducir por el paisaje invernal que les ofrecía París a través de la ventana.

—¿Todavía no has leído la carta?

Anita negó con la cabeza. Hacía dos días que había recibido una misiva de su madre y continuaba sin abrirla. La relación entre ambas

nunca había sido fácil y cuando ella le anunció que pensaba regresar a París con Rosario, Ernestina no tuvo reparos en decirle que estaba cometiendo un gran error. Habían decidido vivir un año en Francia y luego un año en la Argentina, para no permanecer mucho tiempo lejos de sus afectos. Rosario se había convertido en una artista de renombre y muchas de sus obras eran requeridas por los coleccionistas más exigentes. Anita escribía en francés para una revista cultural y mientras tanto, en una vieja Remington que habían encontrado en un mercado de pulgas, tecleaba una historia que se le había metido en la cabeza y necesitaba contar.

Rosario la miró por encima del hombro.

—Yo puedo leerla por vos —se ofreció, acariciándole uno de los pies.

Anita suspiró. Dejó la taza vacía sobre la mesita de arrime y se estiró un poco para abrir el cajón donde había guardado la carta de su madre. La sacó, miró por enésima vez el remitente, y antes de arrepentirse rasgó uno de los bordes del sobre y desplegó la única hoja que había en su interior.

La leyó en voz alta para compartirla con Rosario.

Buenos Aires, enero de 1956

Querida Anita:

Después de mucho meditarlo, decidí sentarme y escribirte estas líneas. La última vez que hablamos las cosas no salieron bien, y te juro que no quería que te fueras de Buenos Aires enojada conmigo. Reconozco que a veces soy insoportable y me cuesta dar mi brazo a torcer. No ha sido fácil para mí entender que hayas cancelado la boda con Agustín porque te enamoraste de

Rosario. Soy una mujer muy conservadora y no supe cómo manejar la situación; pero también soy una persona agradecida y sé lo que ambas hicieron para librarme de Teodoro. Después de todos mis errores, de lo mal que me comporté con vos en el pasado, no dudaste en salvarme cuando me animé a pedirte ayuda. Gracias a ustedes, ahora soy una mujer libre y ese malnacido estará tras las rejas el resto de su vida.

¿Cómo te va en París? Lourdes me ha contado que ahora escribís para una famosa revista cultural en francés. ¡Tu abuela estaría muy orgullosa de vos! ¿Y Rosario? ¿Sigue exponiendo sus cuadros con éxito? Te juro que pregunto por interés y no por obligación. Acá las cosas marchan cada vez mejor. Tu hermano me ayuda con la administración de El Anticuario Alemán y Lourdes, cuando sus estudios de abogacía se lo permiten, pasa las tardes conmigo en la tienda. Ha comenzado a frecuentar nuevamente a Samuel Eiserman, aunque supongo que ya te lo ha dicho. Le advertí que tenga cuidado, pero la verdad es que el muchacho se ha esmerado mucho en cambiar. Trabaja en el bufete legal de su cuñado y Lourdes trata de persuadirlo a toda costa de que entre en la universidad para convertirse en abogado. Isabela está encantada con la idea, y te confieso que yo también. Aunque no me corresponde a mí decidirlo, si la niña se casa con Samuel, mejor que sea con un hombre de leyes y no un simple recadero, ¿no te parece? En todo caso, no voy a meterme. Ya lo hice con vos y todo salió mal. En el fondo me alegra que hayas cancelado la boda con Agustín. Entre nosotras, su madre nunca me cayó bien.

¿Cuándo vuelven a Buenos Aires? Lourdes está ansiosa de verte. Le cuenta a todo el mundo que su mamá está en París, escribiendo una novela. Yo también te echo de menos, Anita. No he querido llamarte para no hacerte sentir incómoda; por eso escribí primero. Creo que es más sencillo volcar en un papel todo eso que no nos animamos a decir en voz alta. Supongo que vos, que siempre escribiste, lo sabés mejor que yo.

Espero recibir noticias tuyas pronto.

No voy a pedirte perdón en una carta, hija. Ya lo haré cuando te tenga frente a mí y pueda darte un abrazo.

Te quiere mucho,

Tu madre

Anita acarició el papel y dejó escapar un suspiro.

—¿Era lo que esperabas? —Rosario percibió la humedad en sus ojos.

Ella asintió. Sabía lo mucho que le había costado a su madre escribir aquella carta y reconocer que se había equivocado. No importaba que no le hubiese pedido perdón, ya habría tiempo para ello. Guardó el sobre en el cajón y se enjugó las lágrimas.

—Podríamos adelantar nuestro viaje a Buenos Aires —dijo entonces Rosario, observando encantada cómo el rostro de Anita se iluminaba de repente.

—¿De verdad no te importaría? ¡Extraño tanto a mi muñequita!

—Yo también echo de menos a los míos. La semana que viene, después de que termine la muestra en el Louvre, regresaremos a la Argentina.

—¿Y qué pasará con el resto de la gira? —preguntó Anita, preocupada.

—Los organizadores de la exhibición solo necesitan mis obras, no hace falta que yo vaya con ellas.

—¿Estás segura? —Anita no quería interferir en su trabajo, pero ansiaba volver cuanto antes a su país.

Rosario acarició su rostro con devoción.

—Por más que nos vayamos al otro lado del mundo, París siempre será nuestro.

Anita la miró a los ojos y sonrió.

—Te amo, Rosario.

—Te amo*, mon petit papillon* —respondió ella, antes de tomar posesión de su boca en un beso febril.

Afuera, mientras la nieve seguía cayendo sobre la *ville de l'amour* dos mujeres se entregaban a las riendas de la pasión.

AGRADECIMIENTOS

La saga protagonizada por los hermanos Navarro Soler me ha acompañado durante los últimos cinco años de mi vida. Cuesta decir adiós, pero siempre hay nuevas historias aguardando a ser contadas.

En el camino tuve el apoyo invaluable de mi querida editora María Fernanda Mainelli. Sin duda, ella es gran responsable de que esta saga saliera a la luz y llegara de manera impecable a los lectores. ¡Gracias, Fer, fuiste la cómplice ideal!

Esta novela que acabas de leer y que tiene como protagonista a Rosario Navarro Soler casi no llegó a existir… si no hubiera sido porque alguien alguna vez me dijo: "¿Por qué no escribir una novela acerca de Rosario?". Y esa pregunta entonces se convirtió en un desafío. La persona que planteó esa idea fue María Belén Marinone. En ese tiempo, en su rol de periodista, se animó a hacerme la propuesta. Y hace unos meses, la vida nos reencontró trabajando juntas para que la historia de Rosario se convirtiera en realidad. ¡Gracias, Belén, por ser una editora ecuánime y cercana!

Gracias gigantes a todo el equipo de Penguin Random House por apoyar el nacimiento de una nueva aventura literaria; sobre todo a los departamentos de Corrección, de Arte, de Marketing y de Prensa y Comunicación. Su labor es encomiable y es un lujo para mí formar parte de la editorial.

Un agradecimiento muy especial a los trabajadores de prensa por difundir mis obras.

Gracias de corazón a las librerías, las bibliotecas y los grupos de lectura que recomiendan mis novelas.

Y por último, gracias infinitas a todos los lectores que eligen mis historias; ellos me acompañan durante el proceso de escritura con sus mensajes de aliento y hacen mucho más fácil el largo camino de la espera. Como siempre digo, ustedes están ahí, al otro lado de la página, pero cerca de mi corazón.



Un amor indomable. Una pasión prohibida.
Y el aleteo inquieto de la libertad.

En una casona de Buenos Aires en 1935, Rosario Navarro Soler descubre que una sola herida puede arrastrar muchas otras. Lo que parecía una vida resuelta —un apellido ilustre, un compromiso respetable y un futuro como madre — se quiebra en silencio. Detrás de una verdad que la familia calló durante años, Rosario encuentra su identidad y su amor inconfesable por una mujer. Pero el destino jugará sus propias cartas.

Casi veinte años después, en París, entre galerías de arte, cafés bohemios, las luces rojas del Moulin Rouge y los restos de la posguerra, conoce a Anita von Keller, una joven escritora que, como ella, carga una historia de dolor y abusos. Lo que comienza como un retrato artístico se convierte en una pasión desbocada, inesperada y urgente.

Mi pequeña mariposa es una novela sensible, valiente y luminosa sobre el deseo femenino, los secretos familiares, la fuerza de los que eligen y el dulce sabor de arder sin miedo.



ANDREA MILANO

Vive en Olavarría, provincia de Buenos Aires. Estudió idiomas y se desempeñó como traductora y docente de lenguas extranjeras. Voraz lectora y apasionada de las letras desde pequeña, empezó publicando relatos en los medios gráficos de su ciudad hasta que en 2007 editó su primer libro. Incursionó en diversos géneros literarios, desde la novela histórico-romántica al policial nórdico. Entre los títulos podemos mencionar: *Pasado imperfecto*, *Corazón impostor*, *Lazos de silencio*, *Susurros desde el más allá*, *La reina de la noche*, *Mala semilla*, *Embrujo gitano*, *En brazos de mi enemigo*, *Alma gitana*, *Derramarás lágrimas de sangre*, *Hasta que te vuelva a ver*, *Para siempre en un instante* y *La guardiana de todos los secretos*. Escribió obras bajo dos seudónimos: como Sienna Anderson, *Nomeolvides*, *Escondido en tu mirada* y *La sombra oscura de la duda*, y como Lena Svensson, la saga de Greta Lindberg compuesta por *La redención y la muerte*, *El cazador y la presa*, *El ángel y el infierno*, *La araña y la mariposa*, *El azar y la venganza* y *Greta y el*

misterio de los zapatos rojos. También participó de las antologías de relatos *Ay, amor*, *Ay, pasión* y *Ay, pecados*.

Fotografía de la autora: © Alejandra López

Otros títulos de Andrea Milano en

penguinlibros.com



Andrea Milano
Mi pequeña mariposa / Andrea Milano . - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2026.
(Narrativa Femenina)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-825-7

1.Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863



Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti
Fotografía de tapa: © Magdalena Russocka / Trevillion Images

Edición en formato digital: febrero de 2026
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-950-644-825-7

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice de contenido

Mi pequeña mariposa
Dedicatoria
Epígrafe
La madre
Antes de París
- La hermana mayor
- Alma rebelde
- La mejor decisión
- El castigo
- Imposible decir que no
- Amor condenado
- Mal trago
- Lo que no dije
- La invitación
- Ojos bien cerrados
- A pesar de todo
- frente al diablo

En París
- ¿Un amor en París?
- Pinceladas de felicidad
- La promesa de la abuela
- Bajo la lluvia parisina
- Moulin Rouge
- La hora de la verdad
- Planes inesperados
- Confidencias y pastelitos de limón
- Una chiquilla asustada
- Amigas de fierro

El anillo perdido
El chantaje
Después de París
Fantasmas del pasado
Una sorpresiva visita
El bautismo
Eterna perdición
Inolvidable París
Tierra natal
Oh, l'amour
Una mala hija
Un encuentro poco agradable
Tal para cual
La chica que conocí en París
Instinto maternal
Mi hija
Mi madre
Reencuentros
La Navidad de los Navarro Soler
Por siempre París
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de Andrea Milano
Créditos